

Fausta vencida

4 Los Pardaiján

Miguel Zévaco



se

Lectulandia

Fausta es la segunda novela de la serie «Los Pardaillán» escrita por Miguel Zévaco, publicada por entregas en Le Petite République a partir de 1903 y editada en dos volúmenes en 1908. Este libro («**Fausta vencida**»), constituye el segundo volumen de esta novela y corresponde al cuarto volumen de la serie.

En esta segunda parte de la novela, seguimos estando en 1588, durante el reinado de Enrique III. Luchando contra el duque y la Santa Liga. El caballero de Pardaillán juega el papel de protector de los enamorados: **Carlos**, duque de Angulema (hijo de Carlos IX) y **Violeta** (que en sí es de alta cuna); y a lo largo de la serie continuará desempeñando este papel le sienta tan bien. Desde la muerte de Luisa, continúa buscando a su asesino con frialdad y determinación, al mismo tiempo que frustra los intentos del duque de Guisa de sentarse en el trono de Francia. «*Guisa no será rey, porque yo no quiero que lo sea...*» ha dicho.

Así que nos encontramos por un lado al caballero de Pardaillán y por el otro a la princesa Fausta y al duque de Guisa... Sin revelar las múltiples y emocionantes aventuras de esta historia, podemos decir que el duque de Guisa y Enrique III mueren (Zévaco, a pesar de su imaginación, no puede cambiar la historia...), y finalmente, Pardaillán vence a Fausta...

Lectulandia

Miguel Zévaco

Fausta vencida

Los Pardaillán - 4

ePub r1.0

Meddle-orhi 16.09.16

Título original: *Fausta vaincue*
Miguel Zévaco, 1903
Traducción: Mario Martínez López

Editor digital: Meddle-orhi
Primer editor para Papyrefb2: elagarde
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ACLARACIÓN

En las traducciones al español hechas por las diferentes editoriales, la serie fue publicada en 27 episodios (*libros más pequeños que se continuaban entre sí*). Adicionalmente algunas editoriales han juntado tales episodios en grupos, y han publicado la serie en 7, 8 o 9 tomos. El problema aquí, es que el criterio para la agrupación, no buscó en ningún momento ofrecer al lector aventuras completas. Así que, cada uno de esos tomos no es una aventura completa y es necesario tener el siguiente tomo para enterarse del desenlace. Pero... ese tomo contiene también otros episodios que corresponden a la siguiente aventura, quedando ésta, también inconclusa en ese tomo.

En esta versión para papyrefb2, he decidido respetar la versión original, tal como fue publicada, en 5 partes y 2 libros completos en cada una de ellas, (véase la serie: «*Los Pardaillán*» al final del libro), tomando como base los originales en español de mi versión en papel y agrupando los episodios como indica la obra original, para ofrecer al lector, una aventura completa en cada libro.

VIDA POR VIDA

I - La flagelación de Jesús

INMENSA MULTITUD habíase reunido en la plaza de la Gréve, no para ver ahorcar, descuartizar o asar herejes, sino para asistir a la salida de la gran procesión que tenía por objeto presentar al rey Enrique III las quejas de la ciudad de París.

Para la mayoría de los parisienses, se trataba de reconciliar al rey con su capital, obteniendo, en cambio, cierto número de ventajas, entre las que se contaba, en primer lugar, el despido del duque de Epernon y del señor de O, que habían abusado un poco del derecho de exprimir el bolsillo de los burgueses.

Para otros, menos numerosos e iniciados en los proyectos de Enrique de Guisa, se trataba de causar a Enrique III un miedo saludable y obtener de él, a cambio de la sumisión de París y de su arrepentimiento por el día de las barricadas, una guerra sin cuartel contra los hugonotes, es decir, su exterminio.

Para otros, menos numerosos todavía y más iniciados aún en los proyectos de los jefes de la Liga, se trataba de apoderarse del rey, de encerrarlo en algún convento, y de deponerlo, después de haberlo tonsurado.

Y, por fin, para otros, que no pasaban de una docena de iniciados, se trataba de matar a Enrique III.

Todo el mundo estaba, pues, contento. No solamente la plaza de la Gréve, sino también las calles afluentes, estaban llenas de burgueses, que con la celada en la cabeza, la partesana en una mano, un cirio en la otra y el rosario alrededor del cuello, se disponían a formar parte de la procesión hasta Chartres. Añadamos que, además de los ligueros, que por una de las razones antes enumeradas querían penetrar en la ciudad en que se había refugiado Valois, además de aquellos burgueses armados hasta los dientes, formaban parte de la procesión gran número de mendigos.

En efecto, el viaje a Chartres, habida cuenta de la lentitud de semejante marcha, debía durar cuatro días. El duque de Guisa había hecho pregonar que tenía dispuestos tres descansos a lo largo del camino y que en cada uno de ellos se sacrificarían cincuenta bueyes y doscientos carneros para dar de comer al pueblo. Todos los mendigos de París habían visto en esta procesión una oportunidad de hartarse y por esto formaban parte de ella.

Aquel día, hacia las ocho de la mañana empezaron a repicar las campanas de las innumerables parroquias de París. En la plaza de la Gréve se pusieron en fila los delegados de las Casas Consistoriales, los representantes de las diversas iglesias, curatos o vicarías, luego las cofradías, varias órdenes de monjes, tales como carmelitas y capuchinos y, por fin, los penitentes blancos, que llamaban mucho la atención por haber sido fundada su cofradía por Enrique III al día siguiente de una orgía.

Por fin, cerca de las ocho, una vez cantado un *Te Deum* en Nuestra Señora, en presencia de Enrique el Santo, teniente general de la Liga, la procesión emprendió la marcha entre aclamaciones inmensas y frenéticos gritos de «¡Viva la Liga!» y «¡Viva

Enrique III!» y el tumulto de las lombardas disparadas en las murallas.

Entre las innumerables filas de cirios y arcabuces, se vieron cosas magníficas en aquella procesión. Ante todo, los Doce Apóstoles en persona, vestidos con trajes de la época de Jesucristo. Únicamente que aquellos dignos apóstoles dejaban ver corazas bajo sus túnicas romanas, y no habían tenido reparo en cubrir su cabeza con unos cascos.

Después de los apóstoles seguían algunos soldados romanos llevando los instrumentos de suplicio de Jesucristo. Uno llevaba una lanza, otro una pica a cuyo extremo se veía una esponja y otro, por fin, un cubo. Pero lo más bonito iba inmediatamente detrás.

En efecto, Jesucristo, también en persona, estaba representado por un personaje que arrastraba una cruz inmensa. Este individuo no era otro que Enrique de Bouchage, duque de Joyeuse, el cual, como se sabe, tomó el hábito de capuchino con el nombre de hermano Ángel, hábito que más tarde abandonó para guerrear, ingresando luego otra vez en la religión.

El duque de Joyeuse, pues, o el hermano Ángel, como se prefiera, llevaba sobre sus hombros una cruz que, por fortuna, era de cartón; ceñía su cabeza una corona de espinas, también de cartón pintado, y alrededor del cuello, como extraño anacronismo, el rosario de los ligueros. Llevaba la cara pintada de rojo, para imitar la sangre. A su lado iban dos capuchinos jóvenes, uno de los cuales representaba la Magdalena y el otro la Virgen.

Detrás de Joyeuse, disfrazado de Jesucristo, iban dos hombretones azotándole o fingiendo que lo hacían, cosa que originaba gritos de indignación entre el populacho. Y esa indignación, verdadera o fingida, como todo lo demás, tomaba proporciones extrañas cuando, por un anacronismo más extraño todavía, los dos azotadores gritaban a cada quince o veinte pasos:

—Así es cómo los hugonotes trataron a Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Mueran los herejes! —gritaba entonces la gente.

Monjes, curas, ligueros, cirios, arcabuces, azotadores, apóstoles y Jesús, todo el mundo salió de París camino de Chartres, entre cánticos y gritos de guerra.

A una veintena de pasos detrás de Jesucristo, o del duque de Joyeuse, iban de lado cuatro penitentes cogidos por el brazo, con la cabeza baja y el capuchón sobre el rostro, haciéndose notar por el tamaño de sus rosarios y por su extraordinaria devoción. Poco a poco, cundiendo el desorden entre las filas de la procesión, los cuatro penitentes llegaron a donde estaba Jesús, en el momento en que éste, con potente voz, exclamaba:

—¡Hermanos! ¡Mueran los malditos hugonotes que me han azotado!

Una aclamación saludó las palabras del que hacía el papel de Jesucristo.

—Ya que vamos a ver a Herodes...

—¡El rey! —interrumpió una voz imperiosa—. Decid el rey, caballero, porque París se reconcilia con Su Majestad.

—Es verdad, señor de Bussi-Leclerc —continuó Jesucristo—. Así, pues, hermanos, ya que vamos a ver al rey, debemos obtener, ante todo, que despida a sus «Ordinarios». ¡Mueran los «Ordinarios»!

—Es muy justo —contestó Bussi-Leclerc—. ¡Mueran los Cuarenta y Cinco!

—¡Mueran, mueran! —exclamó la multitud de penitentes.

—¡En marcha! —dijo Jesús.

Y la procesión, cuya marcha había sido interrumpida, empezó a serpentear de nuevo. Cubría casi una legua de extensión. Y algunas horas después de haber salido de París, todos los que la componían, andaban a su capricho sin orden de ningún género.

Precediendo al rebaño humano y a gran distancia, Guisa, Mayena y su hermano, todos montados a caballo y rodeados por unos cincuenta gentilhombres bien armados, hablaban en voz baja de cosas misteriosas. En cuanto a los cuatro penitentes que hemos señalado, conversaban entre ellos, sin tomar ninguna precaución, pero, por otra parte, eran tales los gritos, los cantos guerreros y religiosos, que les era difícil oírse uno a otro.

—Oye, Chalabre —dijo uno—. ¿Has oído al hermano Ángel?

—Ya lo creo, Sainte-Maline.

—Tengo ganas de dar unas friegas a ese Jesús —dijo otro de los penitentes.

—Cálmate, Montsery —dijo Chalabre.

—Joyeuse pagará sus palabras más caro de lo que se figura.

—Señores —dijo el cuarto penitente—, representemos bien nuestro papel hasta la noche y luego ya veremos.

—¿Ya estás restablecido de tu herida, Loignes?

—¡Oh! Fue una herida muy bien dada. El duque tiene la mano pesada. Llegué a darme por muerto, y a no ser por aquel astrólogo... pero, en fin, ya devolveré el golpe al duque.

—Eres un ingrato, Loignes —dijo Montsery—. ¿Cómo habríamos podido salir de París si al duque no se le ocurre ir procesionalmente a visitar a nuestro señor?

—Sí, va a Chartres, pero quiero ver cómo no vuelve.

—Va para pedir al rey nuestras cabezas —dijo Chalabre burlescamente.

—Y para ofrecerlas a Bussi-Leclerc y a Joyeuse —continuó Sainte-Maline.

—Señores —dijo Loignes—. Joyeuse hace poco que ha gritado: «¡Mueran los Ordinarios!» y Bussi-Leclerc: «¡Mueran los Cuarenta y Cinco!». Joyeuse no es más que un loco indigno de que se le dé una puñalada. En cuanto a Bussi-Leclerc no llegará a Chartres. ¿Os parece bien?

—Perfectamente —contestaron los otros tres.

Dejando a los espadachines entregados a sus proyectos de venganza o asesinato, nos fijaremos en una litera cerrada, que marchaba a algunos centenares de toesas tras la inmensa columna de gente.

Tal litera estaba rodeada por una docena de caballeros que dirigían amenazadoras

miradas a cuantos se acercaban. Dentro de la litera iban dos mujeres, Fausta y María de Montpensier.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntaba Fausta en aquel momento.

—Confundido entre los penitentes va silencioso, discutiendo consigo mismo cómo llegará hasta Herodes.

—¿Estáis segura de que el fraile forma parte de la procesión? —preguntó Fausta.

—Lo he visto con mis propios ojos.

Fausta murmuró entonces:

—Pardaillán me dijo la verdad, Jacobo Clemente, libre, se dirige hacia su destino. Vamos; Valois está condenado; nada puede salvarlo ahora.

—¿Qué decís, hermosa soberana mía? Me parece que habéis pronunciado un nombre, el del caballero de Pardaillán.

—Sí —dijo Fausta, mirando fijamente a la duquesa.

—Es un nombre que mi hermano y sus gentilhombres pronuncian a menudo hace cuatro o cinco días.

—Pues bien, si queréis que vuestro hermano no pronuncie más ese nombre...

—¡Oh, tanto me da! —exclamó riendo María de Montpensier.

La hermosa duquesita estaba muy alegre. Jugaba con las tijeras de oro, bromeaba y, en una palabra, acudía a presenciar la muerte de Enrique de Valois como si se tratase de una fiesta. En cambio, Fausta que, de ordinario, no dejaba traslucir ninguna agitación, parecía muy emocionada.

—Sí, a vos os importa poco; pero es necesario que el duque no tenga preocupaciones para poder llevar a cabo su intento. Precisa, por lo tanto, que no tenga siempre en los labios el nombre de Pardaillán y, para ello, decidle así que hayamos llegado a Chartres, que Pardaillán ha muerto y, a fin de que no tenga duda, añadid que yo misma lo he matado.

Dicho esto, Fausta cerró los ojos para absorberse en sus pensamientos.

De todo lo explicado resulta que nuestros personajes están dispuestos del siguiente modo: A la cabeza de la larga serpiente humana, que se arrastra por el camino, va un grupo de caballeros formado por Guisa, sus hermanos y sus gentilhombres. Con él van Maineville, con aire despreocupado, y Maurevert, inquieto y alarmado. En cuanto a Maurevert, sin duda siente interés por la procesión, porque, sin cesar, recorre las filas y tan pronto se le ve en un sitio como en otro. Tras esa banda de señores, y a cierta distancia, empieza la procesión, compuesta por numerosos monjes y sacerdotes, escoltados por ligeros y mendigos.

Siguen los apóstoles y Joyeuse, disfrazado de Jesucristo, gritando que los hugonotes le maltratan. Luego, pisándole casi los talones, van Chalabre, Loignes, Montsery y Sainte-Maline, disfrazados de penitentes.

Casi al final de la columna va un fraile solo, con el capuchón echado sobre el rostro y las manos cruzadas, estrechando con fuerza el puñal recibido del ángel. Es Jacobo Clemente.

Por fin, muy atrás, va la litera de Fausta.

De toda aquella gente en marcha, salía sordo rumor, compuesto de oraciones, gritos, carcajadas, canciones báquicas y cánticos religiosos. Aquel ruido atraía a las gentes de pueblos y lugares y de todas partes los villanos acudían para contemplar espectáculo tan extraordinario.

No seguiremos a la procesión durante el camino que recorrió en cuatro días. Digamos solamente que, al cuarto, apareció ante la puerta Guillaume, después de haber rodeado gran parte de las murallas de Chartres. Pero antes de unirnos a la procesión señalemos un hecho que tuvo lugar la víspera.

El tercer día, la procesión hizo alto en La trape, una de las etapas, señaladas por el señor de Crucé, promovido a la dignidad de aposentador de toda aquella gente. Los penitentes llegaron allí sobre las cuatro de la tarde y enseguida empezaron a comer en un extenso prado.

Naturalmente, Guisa y sus secuaces se alojaron en una de las mejores casas del pueblo.

Por el prado iban y venían los habitantes del pueblo, deseosos de acoger bien a los penitentes. Habían cocido innumerables hornadas de pan, desfundaron veinte barriles de sidra o vino y encendieron grandes hogueras en el prado. En ellas asaban carneros enteros, cuartos de buey colgados de cuerdas, cerdos y, por fin, un regimiento de gallinas y pavos.

Después de aquella comida enorme, que no describimos para no cansar al lector, todos se envolvieron en sus capas o en lo que pudieron y buscaron un rincón para dormir. La noche había invadido ya la comarca y los últimos vasos se vaciaron a la luz de las hogueras.

Gritaron por última vez: «¡Muera Herodes!». «¡Viva Enrique el Santo!». Y otras cosas por el estilo. Luego se apagaron las últimas antorchas cuando dieron las diez en el campanario del pueblo.

En aquel momento, en la penúltima casa que había yendo hacia Chartres, reposaban dos hombres, uno al lado de otro, tendidos en dos haces de paja. Uno de aquellos hombres era víctima del insomnio, pero el otro dormía apaciblemente.

En aquella casa, no ya sobre la paja, sino en una habitación bastante confortable de la planta baja, y en una buena cama, dormía otro personaje. Éste roncaba, hasta el punto de que Enrique de Navarra le habría tenido envidia, pues, como todo el mundo sabe, era un roncadador de mérito, y el que se hubiese acercado a aquel dormilón, para quien el sueño era motivo de hacer música, habría reconocido a uno de los más adictos servidores del duque de Guisa, es decir, a Bussi-Leclerc.

Mientras daban las diez en el campanario de la iglesia, cuatro hombres se acercaban silenciosamente a la casa que acabamos de indicar. Eran los cuatro adictos de Enrique III que, aprovechando la procesión para reunirse al rey sin peligro de ser detenidos, la habían acompañado hasta entonces. Eran Montsery, Sainte-Maline, Chalabre y Loignes, que durante todo el día acechaban la oportunidad de ejercer su

talento de espadachines en el pecho de Bussi-Leclerc. Y como éste era considerado con razón la primera espada del reino, les parecía no ser demasiados para llevar a buen término la empresa.

Como ya hemos dicho, la casa en que se alojaba Bussi-Leclerc, era la penúltima de la carretera y estaba bastante apartada del resto del pueblo para que no se pudiera oír el ruido de una lucha, si la había. Los cuatro espadachines se dirigieron resueltamente hacia la casa.

—¿Estás seguro de que se aloja ahí? —preguntó Sainte-Maline.

—No lo he perdido de vista —contestó Chalabre—. Seguramente lo vamos a sorprender durmiendo.

Se detuvieron ante la casa y celebraron consejo de guerra.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Montsery.

—Yo —dijo Sainte-Maline— me batiré con él.

—¿Y si te mata?

—Vosotros me vengaréis.

—¡Eso es! —contestaron Chalabre y Montsery.

—Señores —dijo Loignes—, parece que estáis equivocados. Después que ese miserable os injurió cuanto pudo mientras estabais en su poder, ¿todavía queréis que os destripe uno tras otro?

Loignes era el de mayor edad de los cuatro. Era un hombre serio y positivo que ejercía a conciencia su oficio de asesino del rey. Para él no había ninguna clase de consideraciones, y lo que tenía en más eran las astucias bien urdidas, o las puñaladas bien asestadas.

Los otros tres, como más jóvenes que eran, tenían aún algunos prejuicios. Es verdad que podían alabarse de más de una puñalada asestada de noche en la esquina de una calle, pero no habían llegado al grado de refinamiento alcanzado por Loignes. Por esta razón, ante las observaciones de su compañero, bajaron la cabeza.

—¿Qué hay que hacer? —preguntaron.

—Es muy sencillo. Vamos a llamarle, como si el duque lo mandara a buscar, y en cuanto salga lo cosemos a puñaladas.

Es necesario hacer justicia a los tres jóvenes, diciendo que inmediatamente se dispusieron a ejecutar tan sencillo plan.

—¿Por dónde se entra? —preguntó el conde de Loignes.

—Es preciso dar la vuelta a la casa —dijo Chalabre, que durante el día no perdió de vista a Bussi-Leclerc—. Seguidme, señores.

Chalabre dio vuelta a la casa, seguido por los demás, y a poco se hallaron en un patio cubierto de estiércol. Tras ellos había un establo, en donde dormían sobre la paja los dos desconocidos de que ya hemos hecho mención. A su derecha y al fondo estaban el gallinero y los establos, y, por fin, ante ellos, la casa dividida en dos partes: a la derecha, la vivienda, bastante grande, de los amos, y a la izquierda, una habitación aislada, con puerta independiente. Allí era donde dormía Bussi-Leclerc.

Chalabre señaló la puerta con el dedo.

—Es muy capaz de saltar por la ventana —dijo Loignes.

—No la hay —contestó Chalabre.

Y, en efecto, las ventanas eran un lujo extraordinario. Las puertas estaban divididas en dos partes y para ventilar y alumbrar una habitación era necesario abrir la parte superior de la puerta.

—Admirable —dijo Loignes—. ¡Atención!

Los cuatro desenvainaron las dagas, Sainte-Maline y Montsery se colocaron al lado de la puerta y a lo largo de la pared, dispuestos a echarse sobre Bussi-Leclerc en cuanto apareciese. Chalabre se colocó a la derecha, y Loignes, después de haber observado tales preparativos, dio un fuerte golpe a la puerta con el pomo de su espada. La luna, aun cuando estaba en su cuarto menguante, alumbraba suficientemente el cuadro.

—¡Eh! Señor Bussi-Leclerc —dijo Loignes.

—¿Quién va? —gritó una voz desde el interior.

—De prisa, vestíos e id adonde está el señor duque, que os necesita.

—¡Así se lo llevara el diablo! —dijo Bussi-Leclerc—. Esperadme, caballero, que salgo enseguida.

—No, no, he de ir también a avisar al señor de Maineville. Daos prisa.

Entonces Loignes se adosó al muro, al lado de Chalabre. Leclerc, acostumbrado a tales llamadas por parte del duque, no podía sentir ninguna desconfianza. Los cuatro, recogidos sobre sí mismos y daga en mano, esperaban. De pronto, oyeron el ruido que hacía Bussi-Leclerc empezando a abrir la puerta.

—¡Buenas noches señores! —dijo en aquel momento una voz muy tranquila—. Según parece, os proponéis jugar una mala pasada al señor de Bussi-Leclerc, gobernador de la Bastilla.

—¡Hola! ¿Qué es esto? —se dijo Leclerc, que se disponía a abrir la puerta.

—¡Traición! —gritó el conde de Loignes.

—¡Muere! —gritaron los otros tres arrojándose contra el hombre que acababa de hablar.

—Buenas noches, señor de Chalabre; buenas noches, señor de Sainte-Maline; buenas noches, señor de Montsery.

Se bajaron los puñales de los tres hombres. Un rayo de luz alumbraba el rostro audaz y tranquilo del que acababa de hablar.

Loignes, que no comprendía nada de todo aquello, dio un salto para herir al defensor de Bussi-Leclerc, pero en el mismo instante se sintió cogido por sus tres amigos.

—Es nuestro salvador —dijo Chalabre.

—Es el que nos sacó de la Bastilla —añadió Montsery.

—¡El señor de Pardaillán! —exclamó Sainte-Maline.

El conde de Loignes retrocedió un paso, se descubrió y dijo:

—Aunque hubierais sido el Papa en persona, habríais probado mi espada, por el mal que habéis hecho; pero como sois el señor de Pardaillán, nada tengo que decir. Ahora retiraos, caballero, dejadnos llevar a cabo nuestro empeño.

—Si os lo permito yo —exclamó Bussi-Leclerc tras de la puerta.

—Bueno, espera un poco. Ya verás cuán fácilmente se hunde una puerta y se atraviesa un cuerpo. Señor de Pardaillán, éste es Bussi-Leclerc, enemigo vuestro y nuestro. Creo, pues, que si no queréis ayudarnos, por lo menos no os opondréis a que matemos a ese bandido.

—Caballeros —dijo Pardaillán dirigiéndose a los tres jóvenes—. Cuando tuve la dicha de libraros de manos del gobernador de la Bastilla, me prometisteis, a cambio de las vuestras, tres vidas y tres libertades.

—Es cierto —contestaron a la vez Chalabre, Montsery y Sainte-Maline.

—Pues tengo el honor de rogaros que me paguéis esta noche la tercera parte de vuestra deuda. Os pido la vida y la libertad del señor Bussi-Leclerc.

Los tres espadachines se inclinaron y hasta el mismo Loignes envainó nuevamente la daga. Todos eran hombres de honor. Y si esta palabra disgusta al lector, aplicada a tales gentes, que la substituya por otra de su agrado.

—Nada tengo que objetar —dijo Loignes—, pero estoy furioso.

—¡Caballero! —dijo Sainte-Maline saludando con elegancia—. Os cedemos a Bussi-Leclerc.

—Faltan dos —observó tranquilamente el caballero.

—Es verdad, y cumpliremos nuestra promesa. Permitidme, no obstante, un buen consejo. Reservad para vos mismo una de las dos vidas que aún os debemos, porque lo que habéis hecho será desagradable al rey y tendríamos un gran disgusto al vemos obligados a mataros, si el rey nos daba la orden y ya no os debiéramos nada.

—Sois muy amable, caballero —dijo Pardaillán saludando graciosamente—; pero no os preocupéis por lo que me concierne, y ya que sois tan buenos pagadores, tened la bondad de dejarme el campo libre.

Los cuatro hombres saludaron y se retiraron, sin contestar a Bussi-Leclerc, que, tras de la puerta, les gritaba:

—Hasta la vista, señores. Haré preparar en la Bastilla un salón digno de vosotros.

Pero Sainte-Maline volvió de pronto sobre sus pasos.

—Señor caballero —dijo—. ¿Habría indiscreción en preguntaros por qué habéis salvado la vida a ese hombre, que es tan enemigo vuestro como nuestro?

—Ninguna indiscreción, caballero —contestó Pardaillán—. Soy tan buen pagador como vosotros y he aquí el secreto de mi conducta. Prometí al señor de Bussi-Leclerc un desquite y ¿cómo podría cumplir mi promesa si lo hubiera dejado matar?

Sainte-Maline miró asombrado al caballero, que sonreía, y después de haber saludado, se apresuró a reunirse con sus compañeros.

—Ahora huyamos —dijo Loignes—. Dentro de algunos minutos Bussi-Leclerc habrá amotinado a toda la procesión.

Loignes estaba furioso, pero como no podía hacer a nadie víctima de su ira, se contuvo, porque era hombre práctico.

—Pues bien —dijo Chalabre—, tomemos a pie el camino de Chartres.

Loignes se burló de tales palabras y condujo a sus compañeros al campo en que estaban atados los caballos de Guisa y de su escolta. Se deslizaron por él silenciosamente, tomaron un caballo cada uno y lo montaron sin ensillarle. Algunos momentos más tarde, y entre los gritos de «¡Alto! ¡Alto!» los cuatro espadachines hacían galopar sus caballos en dirección a Chartres y desaparecieron en la noche.

Entre tanto Pardaillán dio un puñetazo a la puerta, tras la cual estaba Bussi-Leclerc, y gritó:

—¡Eh, señor Bussi-Leclerc!

—¿Qué hay, señor de Pardaillán? —preguntó el otro con cierto dejo burlón.

—Que quiero deciros que estoy solo, muy solo.

—¿Y qué?

—Pues que si queréis tomar el desquite que deseáis hace tanto tiempo, estoy a vuestras órdenes.

—Gracias, pero prefiero esperar.

—Como gustéis, caballero.

—Estad tranquilo, que no perderéis nada con la demora.

—No estoy muy seguro de ello, señor gobernador.

—¡Bah! —continuó Bussi-Leclerc, siempre burlón—. ¿Os figuráis acaso que tendré miedo?

—De ninguna manera. Me consta vuestro valor y vuestra habilidad. Pero como corro peligro de que me maten otros, no tenéis probabilidades de volverme a encontrar. ¿Quién sabe tan sólo si llegaré a Chartres?

—Si morís de aquí allá —contestó Bussi-Leclerc con acento de odio— tened la seguridad de que lo sentiré, porque mi esperanza más dulce es la de destriparos.

—Muchas gracias —contestó Pardaillán—. ¿Quién os impide, pues, tratar de satisfacer este dulce deseo?

—¡Ah! —exclamó Bussi-Leclerc— es que yo no soy egoísta. Somos cuatro que os odiamos y que tenemos deseo de acabar con vos. Hasta puedo deciros cómo sucederá la, cosa.

—Me gustará mucho saberlo.

—Pues mirad si es sencillo. Por de pronto os atravesaré el vientre con mi espada, sin mataros, se entiende; luego Maineville os atará a un aspa del primer molino que encuentre. Tiene ésta manía y nadie puede quitársela. Cuando hayáis dado ya bastantes vueltas, es decir, cuando estéis muerto, Maurevert os arrancará el corazón, que ha prometido comerse con patatas. Por fin, el señor de Guisa abandonará vuestro cuerpo al verdugo para que lo haga descuartizar por cuatro caballos indómitos. Ya comprendéis —continuó Leclerc— que si yo os matase ahora, mis tres socios tendrían derecho a dirigirme reproches. Procurad vivir algunos días más hasta que

podamos echaros el guante.

—Lo procuraré —dijo humildemente Pardaillán—, pero os aseguro que temo no llegar vivo a Chartres y, como creo, deberíais aprovechar la ocasión.

—No —repitió Bussi-Leclerc.

—Entonces, ¿es que tienes miedo, Leclerc?

La puerta, desde la parte interior, fue atravesada por una puñalada.

—¡Bussi-Leclerc tiene miedo! —gritó Pardaillán.

—¡Maldito seas! —exclamó Bussi-Leclerc.

—Y me da lástima el oírte llorar de miedo —dijo Pardaillán.

Bussi-Leclerc intentó acribillar la puerta a puñaladas. Pardaillán se encogió de hombros, y, volviendo la cabeza, divisó en el patio a los habitantes de la casa, que, lívidos de espanto, asistían a tan extraña conversación. Al ver que Pardaillán hacía un movimiento, retrocedieron miedosos, pero el caballero, sin verlos tal vez, se dirigió a donde estaba su compañero que, espada en mano, esperaba los acontecimientos.

—Vámonos, monseñor —dijo Pardaillán—. Ahora el aire de este pueblo es malsano para nosotros. En cuanto a Maurevert, ya lo encontraremos en Chartres.

Los dos hombres, envueltos en sus capas, emprendieron a pie el camino de Chartres. Bussi-Leclerc continuaba blasfemando tras de la puerta y moviendo un ruido extraordinario. Al cabo de diez minutos los campesinos se acercaron a la puerta y el amo de la casa, descubriéndose, gritó:

—¡No tengáis miedo, monseñor, ya se ha marchado!

—¡Bribón! —gritó Bussi-Leclerc—. ¿Quién te ha dicho que tengo miedo? ¿Quieres que te ahorque en una rama para enseñarte que un gentilhomme no tiene nunca miedo?

Los campesinos se echaron a temblar, balbuciendo excusas, porque la amenaza no era vana. Entonces Bussi-Leclerc, con la espada y la daga desenvainada, salió preguntando:

—¿Dónde está?

El campesino quiso reconquistar el terreno perdido y contestó:

—No sé por dónde ha huido, monseñor, pero no hay duda de que se ha escapado y que debe andar lejos.

—Ni él ha huido ni yo he tenido miedo —dijo Bussi-Leclerc.

Y no mentía. No había tenido miedo, es decir, miedo de ser muerto o herido. Era uno de aquellos hombres para quienes la palabra muerte estaba desprovista de sentido, pero tenía miedo de una nueva derrota. La explicación que había dado a Pardaillán era exacta. Guisa, Maurevert, Maineville y Leclerc, habían resuelto unirse para vencer a Pardaillán, y no hacer nada uno sin los otros.

Bussi-Leclerc salió, pues, apresuradamente de la casa, y por una senda que le indicaron sus huéspedes llegó a la plaza de la iglesia, en uno de cuyos extremos se elevaba un calvario. Alrededor se habían instalado algunas tiendas de campaña y el duque de Guisa dormía en una de ellas, y en una cama portátil, en tanto que

Maurevert y otro oficial dormían sobre montones de paja. En cuanto a Maineville, había buscado alojamiento en el pueblo.

Leclerc mandó a buscar a Maineville, el cual llegó media hora más tarde, maldiciendo aquella interrupción de su sueño. Luego despertó al duque, y, obtenido el permiso necesario, entró en la tienda, en donde se hallaban los cuatro reunidos, y Bussi-Leclerc relató lo que había sucedido. Guisa soltó una maldición; Maineville examinó la punta de su daga, y Maurevert pronunció extrañas palabras.

—Creo, monseñor, que el viaje a Chartres es inútil. Lo mejor sería volvemos a París.

—¿Por qué? —exclamaron Maineville y Bussi-Leclerc.

—Porque si Pardaillán está en la procesión, está maldita y no será Enrique III el muerto, sino nosotros.

Y aquellos cuatro hombres, igualmente bravos, uno de los cuales era todopoderoso, pasaron el resto de la noche discutiendo cómo se desembarazarían del aventurero. Guisa, sombrío y pensativo, escuchaba a sus fieles consejeros sin decir nada. Pero como empezaba a nacer el día, dio orden de emprender la marcha.

—¿Hacia París? —preguntó Maurevert.

—Hacia Chartres —contestó el duque.

Maurevert se encogió de hombros y se aseguró de que su cota de malla estaba bien ceñida. La procesión se puso en marcha en el orden ya descrito y con los mismos cánticos e iguales gritos. Todo el mundo, atravesando la puerta Guillaume, entró en Chartres y se dirigió hacia la catedral. Una vez franqueada la puerta, los jefes de la procesión se hallaron en presencia de un numeroso grupo de hombres de armas. Guisa reconoció a Crillón, que acudía a su encuentro.

—Monseñor —dijo Crillón—. Su Majestad me ha conferido el honor de daros la bienvenida en compañía de los fieles súbditos que os escoltan.

Reinó gran silencio. Guisa dirigió una mirada sombría a las calles vecinas, que estaban llenas de hombres armados. Crillón añadió:

—Su Majestad, para honraros más, quería que viniese a recibirnos con los tres mil jinetes que tenemos alrededor de Chartres, pero hice observar a Su Majestad que bastaban dos o tres mil hombres para escoltar a una procesión.

—Habéis hecho bien, caballero. ¿Dónde y cuándo podré ver al rey en compañía de los concejales de París?

—Actualmente el rey está en la catedral.

—Pues vamos allí —dijo Guisa.

—Monseñor, me permitiréis indicarnos el camino. Sería inútil que esos dignos penitentes intentasen hallar otro, porque todas las calles están llenas de hombres de armas y burgueses, atraídos por la curiosidad, y que esperan al rey de Francia para aclamarlo.

—Id, caballeros —dijo Guisa—. Hemos venido como fieles vasallos y uniremos nuestras aclamaciones a las de la ciudad.

Y levantando su toca, adornada por triple hilera de perlas, Guisa gritó con voz fuerte:

—¡Viva el rey!

Pero tras él contestó el pueblo:

—¡Viva Enrique el Santo!

La procesión daba así su parecer, y al oírlo Crillón, se preguntó si no haría mejor cerrando las puertas y dejando extramuros a los penitentes. Pero como era un hombre enamorado del peligro, se dijo que sería ridículo manifestar temor de los portadores de cirios. Ordenó, pues, a sus hombres, con una mirada, que vigilaran a los que entraban y se dirigió a la catedral seguido por Guisa y sus gentilhombres. Tras este grupo iba la procesión de los parisienses, a quienes las gentes de la ciudad examinaban desde sus ventanas y no sin cierta simpatía.

La aparición de Jesús, sudando bajo el peso de su enorme cruz de cartón y más flagelado que nunca, fue saludada por un largo murmullo de lástima, hijo también de las voces de Joyeuse.

—Sire, sire, rey de Francia, ¿dónde estáis? ¿No sois el hijo mayor de la Iglesia? ¿Me dejaréis maltratar así por los hugonotes?

—¡Mueran los herejes! —gritaron los burgueses, cosa que alegró a Guisa y preocupó a Crillón.

Ante la catedral, la multitud era más compacta y estaba más nerviosa. Guisa observó en todos aquellos rostros provincianos la curiosidad que despertaba. En efecto, Enrique III, después de su fuga, fue acogido por los habitantes de Chartres cortésmente, pero sin entusiasmo. Allí, como en el resto del reino, el nombre de Guisa era popular y el del rey despreciado o detestado. El duque comprendió entonces la falta que cometiera perdiendo un tiempo precioso. De haberse hecho coronar al día siguiente del de las barricadas, Francia entera lo habría aclamado y reconocido. Pero no lo hizo, temiendo no poder contar con las provincias.

—¡Oh, Fausta! —se dijo—. ¡Cuánta razón teníais! ¿Por qué no habré seguido vuestros sabios consejos? Pero ya es tarde, si bien una puñalada puede arreglarlo todo.

Y miró a su alrededor con deseo de descubrir al monje. En aquel momento se abrían las puertas de la inmensa catedral y salían por ellas, rechazando a los burgueses, gran número de gentilhombres. Al mismo tiempo, los soldados de Crillón, gracias a una hábil maniobra, cortaron la procesión, dejando alrededor de Guisa solamente una docena de familiares.

—¡Aquí se desconfía de nosotros! —exclamó el duque frunciendo el entrecejo.

—De ningún modo, monseñor. Solamente se os rinden los honores que os son debidos.

Joyeuse, algunos de los apóstoles y dos azotadores se hallaban dentro del círculo formado por los hombres de armas, los gentilhombres del rey y el pueblo.

—¡Pegad! ¡Pegad! —exclamó Joyeuse.

Los dos azotadores empezaron a golpear fuertemente con sus correas figuradas.

—¡Sire! —exclamó Jesús—. Sire, rey de Francia, ¿dónde estáis? Ved lo que hacen los hugonotes y, no obstante, no me quejo.

Un gruñido de la multitud de burgueses contestó a estas palabras. Y como ya resonaban los gritos de «¡Viva Enrique el Santo!», Jesús, es decir, Joyeuse, empezó a proferir gemidos, que a la sazón no eran fingidos, porque cuatro penitentes se acercaron a él y empezaron a azotarlo, pero no con correas de trapo, sino con otras sólidas y gruesas de buen cuero. Joyeuse dejó caer la cruz de cartón, quiso escaparse y saltar, pero los cuatro lo tenían agarrado y lo llenaban de golpes.

—¡Misericordia! —aullaba el desgraciado—. ¡Asesinos! ¡Socorro!

Eso duró algunos minutos, durante los cuales los soldados contenían a la multitud, mientras Guisa, pálido y estupefacto, se preguntaba si había ido a meterse en la boca del lobo. Los cuatro penitentes azotaban a su sabor al desgraciado Joyeuse, el cual ya no profería más que débiles gritos.

—¡Basta! —dijo de pronto una voz fuerte.

Y en el pórtico de la iglesia apareció un hombre que se dirigió hacia Jesús. Los penitentes cesaron en su tarea, entraron en la iglesia, se despojaron de sus trajes y salieron nuevamente a la plaza, en donde se vio que eran Chalabre, Sainte-Maline, Montsery y Loignes.

El hombre que acababa de aparecer se dirigía majestuosamente hacia Joyeuse. Al verlo, todo el mundo se calló, los soldados de Crillon presentaron armas, Guisa descabalgó y, descubriéndose, se inclinó profundamente.

Aquel hombre era el rey de Francia.

II - Enrique III

EL REY, sin prestar atención a Guisa, se detuvo ante Joyeuse y, arrodillándose, exclamó:

—Mi señor Jesús, me habéis llamado, habéis llamado a un pobre rey como yo, herido, abandonado y desterrado por sus súbditos. Heme aquí, dulce señor Jesús. Ya que me habéis llamado en vuestro socorro, permitidme que seque la preciosa sangre que mana de vuestras llagas.

Y diciendo estas palabras, Enrique III se levantó, cogió su pañuelo y empezó a secar a Joyeuse, que balbucía.

—¡Sire, sire, cuánto honor!

Las multitudes son volubles en sus sentimientos. Al ver al rey que se arrodillaba ante el figurante que representaba a Jesús, incorporándose, por decirlo así, a la procesión parisiense, y adoptando de pronto sus pensamientos, resonaron furiosos aplausos. El rey levantó los brazos para mandar silencio.

—¡Qué prendan a esos dos miserables! —dijo señalando a los dos asustados azotadores—. Que los metan en la cárcel y que los azoten a su vez y luego que los ahorquen.

—Pero, sire —balbució Joyeuse—. Vuestra Majestad se equivoca; no son ellos...

—Mi señor Jesús os perdona la vida —continuó Enrique III— y por esta razón sólo seréis encerrados y azotados. Que se los lleven.

Los dos desgraciados azotadores fueron cogidos y, a pesar de sus gritos, llevados a la cárcel.

—Así serán tratados los enemigos de Dios y de la Iglesia —exclamó Enrique III.

Una aclamación inmensa saludó estas palabras, e inmediatamente resonó un grito de «¡Viva el rey!» que llegó al cielo. Un relámpago de alegría iluminó los ojos del soberano al oír tal grito, y se volvió hacia el duque de Guisa.

—Primo —dijo—, vamos a bendecir y a alabar al Señor por la alegría que nos proporciona hoy. Luego oiremos en el hotel a los señores concejales de la ciudad de París y las quejas que los parisienses quieren transmitirnos. Dejad entrar en la catedral a mis queridos parisienses.

Y volviendo la espalda a Guisa antes de que éste hubiese abierto la boca para contestar, se dirigió, precediendo a todos, hacia el portal abierto de par en par.

—«¡Oh!» —exclamó Guisa para sí—. «¿Acaso esa sombra de rey se atreve a desafiarme? ¡Y yo vacilaba! ¡Paciencia! Me vengaré terriblemente».

Siguió con sus gentilhombres, y penetró en la grande iglesia, en donde se dijo una misa. El rey había dado orden de dejar entrar a los penitentes de París, pero, en realidad, la catedral estaba tan llena con sus gentilhombres y sus soldados, que apenas pudieron entrar una veintena de familiares de Guisa.

El rey se sentó en un trono cubierto por un dosel y rodeado de guardias. Fuera, la multitud de penitentes, de parisienses y burgueses de Chartres, se esforzaba por oír

misa, sin conseguirlo, a causa de la distancia.

Cuando la ceremonia estuvo concluida, Enrique III, siempre rodeado por sus guardias, salió de la iglesia y se dirigió a la casa de los concejales, en donde recibía de la ciudad de Chartres una hospitalidad que, si no real, era, por lo menos, suficiente para un rey sin reino. No había dirigido aún la palabra a Enrique de Guisa.

Ante la puerta se detuvo el duque indeciso acerca de lo que haría, devorando su rabia y preguntándose si no sería mejor regresar inmediatamente a París.

En aquel momento el marqués de Villequier, gentilhombre de Enrique III, se acercó a él y, después de haberlo saludado, dijo:

—Monseñor duque, el rey, mi señor, me ha encargado decirnos que os recibirá mañana a las nueve, en audiencia, en las Casas Consistoriales, así como a los peregrinos y burgueses que os sirven de escolta.

Un murmullo amenazador se oyó entre los gentilhombres de Guisa, pero éste los apaciguó con un ademán.

—Decid a Su Majestad —contestó— que le doy gracias por la audiencia que quiere concederme, y a la que acudiré puntualmente. Pero decidle también que no le agradezco el haberos elegido por mensajero.

En efecto, Villequier era, tal vez, tan odiado como el mismo duque de Epernon.

—Transmitiré vuestra contestación, monseñor —dijo sonriendo.

Entonces Guisa y su gente se dirigieron a la hostería «El Sol de Oro», situada a corta distancia. En cuanto al cardenal de Guisa y Mayena, habían ido allí directamente desde su llegada a Chartres. En el momento en que el duque y sus gentilhombres entraban en la hostería, Maurevert cogió el brazo de Maineville y mostrándole a una persona que se hallaba entre la multitud, le dijo palideciendo:

—¡Mira!

—¿Qué? —preguntó Maineville distraídamente.

—No, no es él —dijo Maurevert pasándose la mano por su frente—, pero de pronto me pareció que era Pardaillán.

El duque, al oír tales palabras, se estremeció.

—¿Dónde está? —preguntó en voz baja y ronca.

—¡Ha muerto! —contestó una voz a su lado—. No os preocupéis más de él.

Guisa, Maineville, Bussi-Leclerc y Maurevert se volvieron a la vez, viendo a la duquesa de Montpensier que sonreía. Luego hizo seña a Guisa para que la siguiera.

—¡Pardiez! —exclamó Bussi-Leclerc—. Si está muerto, no hará mucho de ello.

El duque, sin darse cuenta, siguió a su hermana hasta la habitación que le estaba destinada.

—Hermano —le dijo la joven al estar sola con él—. Podéis estar tranquilo acerca de Pardaillán.

—¿Decís que ha muerto? ¿Cómo lo sabéis?

—Por aquélla que lo sabe todo y no nos ha engañado nunca.

—¿Fausta? —preguntó el duque.

—He aquí sus palabras: «*Decid al duque, que Pardaillán ha muerto, y si le asombra tal noticia, añadid que yo lo he matado*». He aquí lo que debía repetiros en cuanto hubierais entrado en Chartres.

—¿Y desde que estamos aquí no os ha dicho nada?

—Acaba de confirmarse la noticia.

Guisa se quedó pensativo. ¿Acaso se habría engañado Bussi-Leclerc? Pero al cabo, éste no vio a Pardaillán, sino que le oyó tan sólo. No, Fausta no se engañaba nunca. Sin duda, el caballero había caído en alguna trampa preparada por ella. Era, pues, seguro que Pardaillán había sido muerto aquella misma noche por los servidores de Fausta.

Guisa disimuló cuidadosamente sus impresiones, pero el suspiro que exhaló, probó a su hermana el alivio que le proporcionaba tal noticia.

—Dejemos este asunto —dijo—. Que este aventurero esté muerto o vivo, es asunto de poca importancia. ¿Dónde está el hombre?

—En Chartres —contestó tranquilamente la duquesa—. Ha venido con la procesión.

Por grande que fuese la impasibilidad de Guisa, no pudo dejar de estremecerse al pensar que el asesino de Enrique III había viajado con él y que tal vez en aquellos momentos, se disponía a asestar el golpe mortal.

—¿Estáis pronto, hermano? —pregunto María de Montpensier.

—¿Pronto? ¿Qué entendéis por eso? —preguntó el duque—. No quiero verme mezclado en lo que va a suceder. ¡Líbreme Dios de que se llegase a saber!

—Estad, tranquilo. La muerte del rey no será más que uno de aquellos accidentes que Dios permite a veces. Nadie lo sabrá, ni el mismo Jacobo Clemente, pero preparaos, hermano.

—¿Cuándo tendrá lugar... el accidente?

—Mañana —contestó María de Montpensier, mirando fijamente a su hermano.

El duque se pasó la mano por la frente y murmuró.

—¿Tan pronto?

—Cuanto más mejor —dijo la duquesa—. Los días de Valois están contados. ¿Para qué prolongar su agonía y su muerte?

—Sí, tenéis razón —balbució el duque.

—Mañana, después de la audiencia, Valois, irá a la catedral procesionalmente, con los pies desnudos, un cirio en la mano y cubierto por un saco. Es un voto que hizo para cuando se reconciliase con París. Mañana, la reconciliación será perfecta. El monje irá al lado del rey, porque en las procesiones el monarca es accesible a todos. El golpe se dará ante la catedral; vos, entre tanto, reunid fuera de los muros a cuanta gente tengáis, y el resto os concierne personalmente.

María de Montpensier se envolvió entonces en un capuchón, que se echó sobre el rostro, hizo un ademán de despedida a su hermano, y una vez fuera, halló a dos gentilhombres, que se dispusieron a escoltarla. Eran dos de los caballeros que

escoltaban la misteriosa litera desde que saliera de París.

En cuanto al duque de Guisa, hizo llamar a Mayena y al cardenal, y conferenció largamente con ellos. A la noche, a la hora de cenar, hizo sentar a su lado a Maurevert, Bussi-Leclerc y Maineville, y a pesar de la gravedad de la situación y la enorme trascendencia del acto que se preparaba en la sombra, siguieron hablando de Pardaillán. Bussi-Leclerc recordó oportunamente que el caballero le había dicho: «*Tal vez no llegaré vivo a Chartres*». No era posible dudar; Pardaillán estaba muerto y bien muerto.

—A fe mía, lo siento —exclamó Maineville—. Me hubiera gustado mucho hacerlo volar en el aspa de un molino.

—A mí también —dijo Bussi-Leclerc.

En cuanto a Maurevert, se contentó con sonreír.

A la sazón, y ya de noche, el que era objeto de aquella conversación, cenaba tranquilamente con el duque de Angulema en una modesta posada y ante una mesa adosada a una ventanita baja. Frente a la posada había un hotel suntuoso y, de vez en cuando, Pardaillán, levantando la cortinilla de la ventana, le dirigía una mirada.

—¿A quién pertenece ese hotel? —preguntó Pardaillán a la criada.

—¿Ese hotel? ¡Ah, caramba! Pues es como si no perteneciera a nadie, es decir, antiguamente era el hotel de los señores de Bonneval. Pero desde que yo vivo aquí, y hace de eso veintinueve años, no se ha abierto una puerta o ventana.

—Eso no impide que en este momento se halle dentro buen número de gente. Me gustaría saber lo que hacen.

—¿Qué queréis que hagan, mi querido amigo? —dijo el duque de Angulema—. ¿Qué han de hacer sino conspirar? Fausta los ha reunido.

—Es cierto. He visto cómo entraban mi hermosa tigresa y sus gentes por la puerta del jardín. Sin duda, conspiran. Pero ¿acerca de qué?

—¡Pardaillán! —dijo el joven duque, suspirando—. ¡Cuán lejos estamos de...!

—De Violeta, ¿eh? Paciencia, príncipe mío, paciencia. Hay dos seres en el mundo que pueden informarnos acerca de lo que debemos hacer. Uno es Fausta y el otro es Maurevert. Ahora los estamos siguiendo y los tenemos cerca, y muy desgraciados seremos si uno u otro no caen en nuestras manos. En todo caso, nuestra situación actual no puede ser mejor, y especialmente si la comparamos a la mía, cuando estaba en la nasa de la señora Fausta.

Pardaillán hizo una mueca, que expresaba cuán desagradable le era aquel recuerdo.

—A propósito, Pardaillán. Nunca me habéis contado cómo salisteis de allí.

—Pues del modo más sencillo —contestó el caballero—. Como la nasa estaba llena de cadáveres, la abrieron al día siguiente para que se los llevara el río, y entonces yo me dejé arrastrar por la corriente, y a poca distancia tomé tierra. ¡Ah, caramba! Ya está aquí —dijo interrumpiéndose Pardaillán—. ¡Atención!

El caballero había estado mirando a través de la ventana, y Carlos, al oír la

observación de su amigo, miró también y vio cómo avanzaba un hombre.

—Ya sabía que vendría.

—¿Quién es? —preguntó el duque de Angulema.

—Un servidor de Fausta, que regresa de recibir órdenes.

El hombre dio dos palmadas ante la puerta de la posada, y la criada abrió. Entonces entró en la casa y se dirigió apresuradamente hacia una de sus habitaciones.

Como ya habían acabado la cena, Pardaillán llamó a la criada y le dijo:

—Quisiéramos ir a dar un paseo. ¿Cómo podremos entrar a la vuelta, sin necesidad de despertar a nadie?

—Es muy sencillo —continuó la mujer—, pasad por la cuadra, cuya puerta dejaré abierta, y así podréis llegar fácilmente a vuestras habitaciones.

Pardaillán y Carlos de Angulema se envolvieron en sus capas y salieron a la calle. Una vez en ella, el caballero se ocultó en un rincón, diciendo:

—Esperemos aquí a que salga nuestro hombre.

—¿Quién es? —preguntó Carlos de Angulema.

—¿No lo habéis reconocido? Es el monje. Es Jacobo Clemente, el que estaba a nuestro lado en la posada «El Broche de Hierro».

—¿Aquél que dijo que os vengaría y se vengaría a sí mismo?

—Sí, es el que dijo que asesinaría a Enrique III —contestó el caballero—. ¿Por qué os estremecéis, monseñor?

—¡Es espantoso, Pardaillán!

—¿Pero no recordáis, acaso, que vuestro padre fue víctima de su madre y de su hermano? El azar quiere ahora que un ser fatal os vengue en la persona del rey.

Hablando así, Pardaillán examinaba atentamente el rostro de Carlos.

—Sí —contestó el duque—. Siempre me he figurado que Enrique III sería víctima de una desgracia, pero sí de mí depende, Pardaillán, Jacobo Clemente no herirá al rey; no es eso lo que quiero.

—¿De modo, monseñor, que, si es posible, detendréis el brazo del fraile?

—Sí.

Pardaillán movió la cabeza con aire de satisfacción.

—Vamos —murmuró—. Guisa no es aún rey de Francia.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el duque de Angulema.

Pardaillán cogió el brazo de su amigo, oprimiéndoselo, para recomendarle silencio. Le mostró la puerta de la posada, que se abría en aquel momento para dar paso a un monje, que llevaba la cabeza cubierta por la capucha y que lentamente, se acercaba a ellos.

—Quiero decir —contestó el caballero— que en este momento tenéis en vuestras manos la suerte del reino y de la cristiandad. Si pasa esté hombre, mañana vuestro tío será asesinado, y pasado mañana Guisa coronado rey. Monseñor, he aquí el destino que pasa. Un solo gesto vuestro puede cambiar la suerte del reino. Pero quiero dejaros obrar con libertad. Haced lo que queráis.

El hombre estaba ya muy cerca. Pardaillán se ocultó en un rincón y se cruzó de brazos. El monje pasó y, tras un cortísimo instante de vacilación, Angulema dio dos pasos rápidos, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Señor monje, escuchadme, por favor, dos palabras.

Pardaillán se rió silenciosamente pensando:

—Dormid en paz, rey de Francia, que el hijo de María Touchet vela por vos.

El monje se detuvo, diciendo:

—¿Qué me queréis? Si deseáis mi bolsa, os advierto que no la llevo, y si me queréis quitar la vida, os apoderaréis de una cosa que sólo pertenece a Dios.

—No deseo ni vuestra bolsa ni vuestra vida. Quiero rogaros tan sólo que me concedáis algunos minutos de conversación, en un sitio en que podamos charlar tranquilamente.

—Dejadme —contestó el monje—, porque esta noche no puedo hablar más que con Dios.

Pardaillán avanzó entonces rápidamente y dijo al monje, que ya se disponía a alejarse:

—¡Cómo! ¿Os negáis a pasar un rato con vuestros amigos, señor Jacobo Clemente?

El monje se estremeció al oír la voz del caballero y le tendió alegremente la mano.

—¡El caballero de Pardaillán!

—Y monseñor el duque de Angulema —dijo Pardaillán presentándole.

—Dos víctimas de Catalina y de Herodes —dijo el monje—. Dos personas que se alegrarán de ver correr la sangre de Enrique III. Sí, puedo pasar un rato con vosotros, señores.

—Venid, pues —dijo el caballero—. ¡Qué caramba! ¡Un vaso de vino nunca ha asustado a un fraile!

Jacobo Clemente hizo seña de que aceptaba la invitación y los tres se dirigieron a la posada, que entonces estaba muda y tranquila, aunque, como indicara la criada, no hubo dificultad alguna en entrar por la puerta de la cuadra. A los pocos instantes subían por una escalera de madera, que se encaramaba a un balcón, que pertenecía a la habitación del caballero. Algunos momentos más tarde, estaban los tres sentados en torno de una mesa, alumbrada por una bujía humeante, y en la cual había algunas botellas de cierto vino muy estimado en la comarca.

Pardaillán llenó tres vasos y vació el suyo de un trago. Jacobo Clemente humedeció los labios en el vino y dejó el vaso casi lleno. Era bebedor de agua. Sin embargo, sus ojos estaban alegres.

—Ese vino calienta el corazón —dijo— y estoy muy contento al lado de un amigo como vos, caballero. Os aseguro que durante mi triste vida he evocado muchas veces la imagen del hombre que trató de salvar a mi madre. En esta noche, que, tal vez, es la última de mi vida, me gustaría, caballero, que me hablarais de ella, pues,

como ya sabéis, no la conocí.

—Sí, no la conocisteis —contestó Pardaillán— y tal vez por esto amáis su memoria.

—Ya sé lo que queréis decir —contestó el monje palideciendo—. Como os dije, confesé una por una a todas las mujeres de la vieja Catalina, y así he sabido la vida de mi madre... y también sus crímenes.

—Alicia no fue criminal —dijo gravemente el caballero—. Tan sólo fue desgraciada.

—¿No es verdad? —exclamó el monje radiante—. ¿No es verdad que no deben imputarse a mi madre las faltas que cometió?

—Ciertamente, la vieja Médicis fue la única culpable. En cuanto a vuestra madre, no fue más que la mártir del amor. Se halló en la alternativa de ser despreciada por el hombre que adoraba o de matarlo. Su vida fue una lucha admirable. Es increíble la fuerza y la inteligencia que empleó para resistirse a Catalina. Lo que sufrió, sobrepuja a los castigos más crueles. Ahora descansa en paz en el cementerio de los Inocentes; por consiguiente, sólo debemos desearle eterno descanso.

Pardaillán se descubrió con el mayor respeto. El duque de Angulema le imitó y Jacobo Clemente sollozaba dulcemente. Fue una escena de gran emoción.

—Gracias, Pardaillán —dijo el fraile—, os agradezco vuestras palabras en favor de mi madre. No hablemos más de lo que fue; pero, por lo menos, decidme cómo tratasteis de salvarla.

—El pasado ha muerto —dijo el caballero con tristeza—. Para vos, como para mí, sólo existe el presente, es decir, el odio, y el porvenir, o sea, el castigo de los bandidos...

Jacobo Clemente se levantó, dejando caer el capuchón sobre sus hombros. Apareció entonces su cabeza pálida y descamada.

—Caballero —dijo—. Me recordáis la terrible realidad. Mañana vengaré a mi madre. Mañana, la vieja Catalina conocerá la desesperación sin remedio. Mañana, su amado hijo caerá, para, no levantarse de entre los muertos.

—¿De modo que queréis matar al rey de Francia?

—Es un secreto entre Dios, sus ángeles y yo —dijo Jacobo Clemente— y nadie lo sabrá. Pero antes que manifestar desconfianza hacia vos, consentiría en morir sin haberme vengado. Sí, caballero; mañana mataré al rey de Francia; mañana, vos también seréis vengado del mal que Catalina os ha hecho. Mañana, vos también, duque de Angulema, seréis vengado del mal que Catalina y Enrique ni hicieron a vuestro padre. Rogad por mí.

El fraile se quedó algunos instantes pensativo y luego, cuando hacía un movimiento para retirarse, Pardaillán le dijo:

—Ya que nos habéis confiado este secreto, decidnos, por lo menos, cómo intentáis llevarlo a la práctica.

—No puedo negároslo —contestó el fraile después de corta reflexión—. Mañana,

por la mañana, Valois recibirá en audiencia al duque de Guisa en las Casas Consistoriales. Después de la audiencia, debe ir a la catedral. Sé que habrán avisado al rey de que se acercará a él un confesor para otorgarle indulgencia plenaria por sus pecados. Dicho confesor se pondrá a su lado en el momento en que vaya a entrar en la catedral y, como ya habéis supuesto, ese fraile seré yo.

—¿Y seguiréis al rey durante la procesión? —preguntó Carlos.

—No —repuso el fraile—. Lo esperaré en la puerta de la catedral. Únicamente entonces me acercaré a él y en cuanto se arrodille, fijaos bien... Valois no se levantará más.

Jacobo Clemente bajó la cabeza, como agobiado por sus pensamientos, y repitió:

—Adiós y rogad por mí.

Marchó hacia la puerta y Carlos se levantó con viveza, para impedirle el paso, pero Pardaillán lo contuvo con la mano, y en el momento en que el fraile abría la puerta, le dijo:

—Jacobo Clemente, he de pedir os un favor.

El fraile se detuvo, volvió sobre sus pasos, y con alegre expresión exclamó.

—Hablad, caballero, estoy dispuesto a complacer os en todo.

—Es un favor, muy grande —dijo Pardaillán—. Necesito que Enrique III viva todavía algún tiempo... Os pido, por consiguiente, la vida de Enrique III, rey de Francia.

Jacobo Clemente se puso lívido. Fue sobrecogido por temblor convulsivo y se sentó en el escabel que había ocupado.

—¿Tenéis necesidad de que Valois siga viviendo? —preguntó.

—Sí, mi vida está ligada a la de ese rey qué queréis matar, y ya que nuestro encuentro ha sido providencial y que hablo con el hijo de Alicia de Lux, os digo: Clemente, te pido que me dejes vivir, permitiendo que lo haga Enrique III.

—¡Maldita sea la hora presente! —exclamó el fraile.

—Espero la contestación del hijo de Alicia —dijo Pardaillán con majestuoso acento.

—¡Maldición! —exclamó el fraile temblando, pues Pardaillán, al pedirle la vida del rey, le cerraba las puertas del paraíso terrestre que debía abrirle aquella misma noche, a las doce, el ángel, o sea, María de Montpensier. Así, pues, lo que le pedía Pardaillán, era sencillamente renunciar al amor de María.

Mientras Jacobo Clemente se decía esto, sonaron las doce en el silencio de la dormida ciudad. A la primera campanada el monje se levantó estremeciéndose, a la sexta, unió las manos, exclamando:

—¡Gracia, Pardaillán!

El caballero contemplaba asombrado aquel drama, que no podía comprender. ¿Por qué Jacobo Clemente pedía gracia? ¿Qué pasaba en las tinieblas de su alma?

Sonó la duodécima campanada y hubo un largo Silencio. Luego el fraile se dejó caer de rodillas con la cabeza baja, y así permaneció unos instantes. Dirigió después

la mirada hacia Pardaillán y, con voz apenas perceptible, murmuró:

—El rey de Francia vivirá. ¡Oh, madre mía, lo hago por el caballero de Pardaillán!

Y dichas estas palabras cayó desvanecido.

—Creo —dijo Pardaillán— que ese hombre acaba de hacer una heroicidad.

Y en unión de Carlos de Angulema se apresuró a cuidar a Jacobo Clemente que, al cabo de pocos minutos, abrió los ojos, se levantó y se sentó.

Si un rostro humano personificara el dolor, ciertamente el del fraile era su imagen.

III - ¿Traición?

AL DÍA SIGUIENTE por la mañana, el rey Enrique III se levantó muy temprano, en la habitación que ocupaba en el hotel del señor de Cheverni, gobernador de Beauce. Debía ir a las nueve a las Casas Consistoriales para recibir, de acuerdo con su promesa, al duque de Guisa y a los diputados de París.

El señor de Cheverni, uno de los pocos gobernadores que habían continuado fieles a la insegura fortuna de los Valois, cedió su hotel a Su Majestad, albergándose él y los suyos en una casa burguesa. Había transformado su hotel en una especie de palacio real, que adquirió la apariencia de un Louvre en miniatura, cuando Crillon hubo logrado reunir seis o siete mil hombres que, a la sazón, constituían todo el ejército de aquel rey casi destronado.

Enrique salió llorando de París, pero cuando, al llegar a Chartres, vio una diputación de burgueses que acudieron a saludarle, una vez hubo visto la instalación que rápidamente le había preparado Cheverni y, por fin, hubo pasado revista a los veteranos de Crillon, pensó que no sería tal vez su estancia muy desagradable.

No obstante, al poco tiempo se desvaneció esta impresión, pues echaba de menos el Louvre y sus fiestas. A pesar de que se distraía con procesiones, le faltaban las mascaradas. Así, pues, Enrique III llevaba en Chartres una existencia triste y monótona en extremo.

Más de una vez tuvo la idea de regresar a París, entrar en el Louvre y decir a los parisienses:

—Aquí estoy. Procuremos entendernos.

Era hombre no desprovisto de valor, pero sus íntimos, como Villequier, de Epernon y de O, no dejaban de hacerle observar que la reina madre se había quedado en París para arreglar la situación y que el rey lo estropearía todo regresando precipitadamente.

Tampoco era hombre que careciese de ingenio y, a veces, sabía burlarse agradablemente de sus enemigos. Lo había probado en diversas ocasiones y una vez más, la víspera en la catedral.

Aquella mañana el rey se levantó muy contento y antes de hacer entrar al pequeño grupo de cortesanos que lo rodeaban, pasó a la habitación vecina en donde Catalina de Médicis, que había llegado hacía ocho días, le hizo decir que lo esperaba.

Enrique había reflexionado gran parte de la noche, acerca de la respuesta que daría a los parisienses. Entró alegremente en la habitación de su madre, y contra su costumbre, la besó en las dos mejillas, porque Enrique III, tan pródigo de pruebas de afecto hacia sus cortesanos, se mostraba muy reservado para con su madre. Al recibir la caricia filial, Catalina se estremeció de júbilo. Sus labios delgados y pálidos se distendieron en una sonrisa de felicidad; sus ojos claros y duros tomaron dulce expresión y su rostro se llenó de ternura. Amaba apasionadamente a su hijo y solamente por su felicidad se había cubierto de crímenes.

—Hijo mío —le dijo con gran dulzura—. Hace mucho tiempo que no habíais besado así a vuestra madre.

—Porque estoy muy contento —dijo Enrique sentándose en un sillón—. Hace mucho tiempo que no había experimentado tal alegría y sé perfectamente que os la debo, así como os debo todos los sucesos agradables de mi vida. Gracias a vos, madre mía, mis buenos parisienses quieren reconciliarse conmigo y como no tengo inconveniente en ello, quiero estar en París dentro de dos días y hacer una entrada de la que espero se hablará. Porque, en resumidas cuentas, ¿qué quieren los parisienses? ¿Qué despida a Epernon? Pues bien, lo haré, porque no podéis figuraros, señora, cuán antipático está desde hace algún tiempo.

—¿Y os figuráis que esto es todo lo que quieren los parisienses? —observó Catalina.

—¡Por Nuestra Señora! ¿Qué más pueden desear?

Catalina de Médicis miró asombrada a su hijo, pero vio que era sincero.

—Enrique —dijo—. Si yo os diese cuenta de lo que quiere el pueblo de París, de lo que espera el pueblo de Francia, de lo que hay en el fondo del pensamiento de los burgueses, de los artesanos y de los campesinos, os asombraría; y, sin duda, asombraría también al mismo pueblo. Cerca como estoy de la tumba y lejos de las vanidades del mundo, he dirigido una mirada clarividente sobre el Universo, pero nada de esto os diré, sire, porque, sin duda, no comprenderíais mis palabras. Os diré, sencillamente, que, al despedir a Epernon, hacéis una cosa buena, pero ello no es más que un pedacito de carne echado a los lobos hambrientos. ¡Por Nuestra Señora!, como decíais hace poco, estoy resuelta a defenderme y a defenderos. En tanto que la anciana reina viva, Guisa, los parisienses y los hugonotes, tendrán mucho que hacer. Ahora escuchadme, hijo mío. En la actualidad no podéis regresar a París.

Enrique III se levantó de un salto. Conocía la profunda prudencia de Catalina; pero sabía, también, que había sido herida mortalmente en su orgullo de reina y de madre, y preparaba con extraordinario ardor el regreso a París y el castigo de los parisienses. Sabía también que era mujer capaz de desafiar todos los peligros, y para que se hubiera decidido a hablar así, era preciso que el regreso a París fuera realmente imposible.

—¿Por qué no puedo volver a París? —preguntó con sorda irritación—. ¿Acaso no soy el rey?

—Erais el rey, hijo mío, y habéis salido de París.

—Es cierto, señora. Ya me habéis reconvenido por tal falta, pero estoy decidido a repararla. Pasado mañana estaré en el Louvre.

—Pues pasado mañana por la noche, el trono de Francia estará desocupado —dijo la reina con firmeza.

—¿Qué decís? —balbució Enrique III, poniéndose lívido.

—Digo, querido hijo —contestó Catalina cogiéndole una mano—, que quieren atraeros a una trampa y asesinaros, no sólo a vos, sino a mí y a todos nuestros

amigos. ¡Os lo aseguro, Enrique! Se prepara una nueva jornada de San Bartolomé. Pero no contra los hugonotes...

Enrique III se dejó caer en el sillón, y secó su frente llena de sudor. Luego se levantó, y empezó a pasear por la estancia, murmurando:

—¿Qué hay que hacer madre? Quedarse en Chartres es cada vez más difícil. Chartres estaba bastante cerca de París para que pudiera ir a la capital en poco tiempo, pero con lo que me decís, veo que esta ciudad está demasiado cerca de París.

Y, como en el momento de su fuga, levantó los brazos al cielo exclamando:

—¿Qué hacer? ¿Adónde iré? ¿Dónde podré refugiarme?

—¡Calmaos, querido hijo! —dijo la anciana reina—. Si Chartres está muy cerca, podemos ir a Blois.

—¡Ah, madre mía, me salváis!

—Blois tiene un castillo inexpugnable, en el cual podría resistirse un sitio de diez años.

—Sí, sí, madre, vámonos.

Y luego golpeándose la frente añadió:

—Esas gentes que están ahí son unos miserables. Guisa es un impostor. ¡Oh, no quiero verlos! ¡Qué se vayan! Voy...

—Lo que vais a hacer, hijo mío, es ir a las Casas Consistoriales, como está convenido —interrumpió Catalina—. Fingid confianza para escuchar las quejas de los burgueses de París. Y cuando veáis a Guisa triunfante, cuando crea teneros en su poder, entonces le descargaréis el golpe que le tengo preparado. No deis otra respuesta que la siguiente, la cual tendrá la virtud de aplastar a Guisa y conquistar nuevamente el reino.

—¿Qué es lo que debo decir, madre?

—Que el rey convoca a los Estados Generales en Blois, ¿comprendéis? Guisa, entonces, ya no será nada y los parisienses tampoco. El rey discutirá con todos los reunidos... sin contar con que ganamos tiempo —añadió Catalina sonriendo.

Enrique III respiró con fuerza y se echó a reír.

—¡Pardiez! —exclamó—. El medio es excelente. Sí, tenéis razón, señora. Los Estados Generales lo arreglarán todo. Al convocarlos, destruyo el poderío de Guisa, porque entonces discuto directamente con mi pueblo y me convierto en su amigo y en su padre, puesto que consiento en discutir con él.

Catalina movió lentamente la cabeza y dijo sonriendo:

—Id, hijo mío. Id a anular a Guisa de este modo, y en cuanto a lo que intentaban contra vos, esta misma noche mis espías acabarán de informarme. Entre tanto, no manifestéis la más ligera desconfianza. Id a las Casas Consistoriales y luego a la procesión, como si nada os amenazase. Id, hijo mío, que vuestra madre vela por vos.

Enrique III besó de nuevo a su madre, diciéndole:

—Os he comprendido perfectamente, señora...

Y volvió a sus habitaciones, y una vez estuvieron abiertas las puertas entraron los

cortesanos y familiares, hablando de Guisa y de la gran procesión de los parisienses.

—¡Sire! —murmuró Epernon—. Si Vuestra Majestad quisiera...

—¿Qué, duque?

—¡Qué hermosa redada! No tenéis más que ordenar a Crillón que cierre las puertas y yo me encargo del resto.

Epernon lo habría hecho como lo decía. Aquel hombre, dado a los goces del lujo, aquel señor que gastaba más dinero que el mismo rey, era hombre de empresas extraordinarias, de actos de audacia y de aventuras temerarias. Su bravura era tan asombrosa como su buena fortuna en salir de las aventuras peligrosas. Más tarde fue perseguido y estuvo a punto de ser preso, y entonces se refugió en Angulema. La ciudad se amotinó contra él y quiso matarlo; Epernon, solo en la habitación en que se había parapetado, sostuvo un sitio de treinta horas, mató o hirió a un centenar de enemigos y acabó por salir sano y salvo de aquella algarada. Tal era el hombre que aconsejaba a Enrique III lo que llamaba una buena redada, es decir, acuchillar sin piedad a todos los que habían venido de París, desde Guisa hasta Joyeuse.

Pero Enrique III era digno hijo de Catalina y, como dijera, había comprendido perfectamente a su madre; si no retrocedía ante una estocada que dar o recibir, la astucia le parecía la mejor arma. Se hizo, pues, el sordo, dio orden de llevar doce cirios a Nuestra Señora de Chartres para impetrar su auxilio, y, por fin, declaró que ya era hora de dirigirse a las Casas Consistoriales.

Epernon se encogió de hombros y murmuró al oído de Crillón:

—Ya veréis cómo el rey permitirá que nos degüellen el mejor día. Compadre, prestadme cincuenta arcabuceros y con ellos restableceré el orden. El rey fingirá ponerse furioso, pero así nos habremos salvado todos, él y nosotros.

Crillón vaciló un momento.

—Vamos, valiente Crillón —dijo el rey—; en marcha.

Crillón desenvainó la espada y exclamó en voz alta:

—¡Los guardias de Su Majestad!

Y con una mirada dio a entender al duque de Epernon, que sólo era un soldado esclavo de la consigna. Diez minutos más tarde, el rey, rodeado de sus gentilhombres, se dirigía a las Casas Consistoriales por entre una doble fila de soldados, dispuestos a lo largo del camino. Detrás de cada fila, la multitud silenciosa y casi hostil, miraba las ventanas llenas de gente, y no se oía ni un viva ni un grito. Era siniestro.

—De O —dijo Epernon, que iba tras el rey—. Dime qué sientes.

De O aspiró el aire y dijo:

—Siento el nuevo perfume que Ruggieri ha compuesto para Su Majestad y que, en realidad, es el aroma más suave que he aspirado en mi vida, Ruggieri es un gran hombre; ¿no es cierto, sire?

El rey sonrió, y agitó los pliegues de su capa para que se desprendiera de ella mayor cantidad del perfume de que estaba impregnada.

—Pues yo —dijo de Epernon— huelo a traición.

Enrique III palideció, más, irguiéndose, apoyó la mano en la espada, como diciendo: Si hay traición nos defenderemos. Pero el camino terminó sin el menor incidente y el rey, entrando en las Casas Consistoriales, tomó asiento en el trono que le habían preparado en la sala principal. Sus cortesanos se colocaron a su lado. Crillon dispuso su gente de modo que pudiera acudir a cualquier contingencia y luego Enrique le dio orden para que introdujera a la diputación de los parisienses.

Parecía que el duque hubiese comprendido las sospechas y querido tranquilizar completamente al rey. En efecto, el drama combinado por Fausta no debía tener lugar en las Casas Consistoriales, sino que era en la catedral, donde Jacobo Clemente debía herir a Enrique III. Guisa, por consiguiente, había reunido fuera de las murallas a todos los combatientes de que disponía. Inmediatamente después de la recepción debía reunirse a ellos y esperar la señal. Doce campanadas indicarían que el rey había muerto, y seis que Jacobo Clemente había, fracasado.

El jefe de la Liga entró, pues, acompañado únicamente de algunos burgueses, a quienes conducía Maineville. Al ver tan poco séquito el rey respiró y Epernon empezó a bromear, ejemplo que imitaron los demás cortesanos. Guisa atravesó la sala en toda su longitud. Estaba tranquilo y sereno. Andaba con aquélla, majestad ruda que le era peculiar y una vez ante el trono se inclinó profundamente.

—Primo —dijo el rey con amabilidad—. Según parece, existe alguna discordia entre nos y mis buenos parisienses. Otros afirman que habéis tenido la bondad de recoger las quejas de nuestros súbditos para presentárnoslas. Hablad, pues, francamente, tened la seguridad de que estamos dispuestos a satisfacer toda clase de quejas, porque el primer deber de un rey es enterarse de las necesidades de su pueblo.

—Sí, sire —contestó Guisa—. Pero también el primer deber de la nobleza es sostener al rey. Por esta razón, sire, me he quedado en París para hacer comprender a los burgueses, cuán necesario era restablecer una paz duradera, entre el rey y sus súbditos. Éste ha sido mi papel. En cuanto a las quejas de los parisienses, no he tenido que recogerlas. Tampoco vengo a traerlas. Si he tenido la dicha de decidir a los parisienses a que se reconcilien con Vuestra Majestad, no me pertenece el conocer en qué condiciones debe hacerse la paz.

Tales palabras, a la vez modestas y altaneras, produjeron efecto en la mayor parte de los gentilhombres que rodeaban al rey, pero Epernon continuó sonriendo y Enrique III se quedó impasible.

—Sire —continuó diciendo el duque de Guisa—. He aquí a los diputados de la ciudad. Os dirán, si os place, cuáles son los deseos de vuestro pueblo.

Los diputados se inclinaron en señal de asentimiento y el rey dijo:

—Hablad, señores. Estoy dispuesto a oíros.

Entonces del grupo de los burgueses se destacó un hombre, a quien Enrique III conoció enseguida.

—¿Sois vos, señor de Maineville, el que hablará en nombre de los parisienses?

Era Maineville, en efecto, y su presencia en tal conferencia era el único acto

político del tal hombre, más habituado a manejar la espada o la daga que la palabra. Se inclinó y dijo:

—Si Vuestra Majestad lo permite, yo voy a hablar en su nombre.

—Hablad, caballero.

—Sire —dijo entonces—. La petición que voy a tener el honor de someteros, va dirigida Vuestra Majestad por los señores cardenales, príncipes, señores y diputados de la ciudad de París y otras ciudades católicas, asociados y unidos para defender la religión.

El rey se estremeció, porque tales palabras daban mayor importancia a la conferencia y envolvían una amenaza. Ya no se trataba de algunas quejas de los parisienses, era todo el reino, prelados, señores y pueblo, que hablaba por boca de Maineville.

—Veamos la petición —dijo el rey.

—Sire —continuó Maineville—. Dichos asociados, de los que tengo el honor de ser aquí el representante, han decidido y deciden suplicar a Vuestra Majestad:

***Primero:** Despedir al señor duque de Epernon, como fautor de herejía, perturbador y dilapidador de la hacienda pública.*

Epernon se echó a reír.

—Señor —dijo—, ¿queréis que me marche enseguida?

—Como queráis, señor duque.

Epernon se puso pálido al oír tales palabras. Guisa miró al rey con estupefacción, y los burgueses diputados gritaron:

—¡Viva el rey!

Pálido de ira, Epernon cogió la espada, e iba a cometer alguna locura, cuando vio fija sobre él la mirada del rey, que continuaba sonriendo. Comprendió (o creyó comprender) que Enrique III representaba una comedia y, cruzándose de brazos, dijo:

—Sire, me iré, no cuando yo quiera ni cuando parezca bien a los burgueses de París, sino cuando Vuestra Majestad, en pago de mis servicios y de la sangre que he derramado, me dé la orden. Entre tanto me quedo.

Y devolvió a Guisa la mirada que éste le asestaba.

—Continuad, señor de Maineville —dijo el rey.

—Dichos cardenales, príncipes, señores y diputados suplican a Vuestra Majestad.

***Segundo:** Marchar vos mismo contra los herejes de Guyena, y mandar al señor duque de Mayena contra los del Delfinado; Su Majestad, la reina madre, cuidaría de la tranquilidad de París durante la ausencia de Vuestra Majestad.*

***Tercero:** Quitar al señor de O todo gobierno o mando en la ciudad de París.*

Cuarto: *Aprobar las elecciones de los nuevos concejales y prebostes, hechas en París y en otras ciudades.*

Quinto: *Regresar a vuestra ciudad de París, y alejar de ella a todos los hombres de armas, a la distancia de doce leguas.*

Maineville se calló. Su cometido había terminado.

Los diputados, los gentilhombres del rey y hasta los soldados de guardia, esperaban con viva impaciencia la contestación de Enrique III. De tal respuesta, en efecto, debía salir la paz o la guerra civil. En cuanto a Guisa, parecía indiferente, y, en efecto, lo estaba. Para él, toda esta escena no era más que la preparación de otra. Mientras todos lo creían absorto en espera de las palabras del rey, pensaba que dentro de una hora éste habría muerto.

De pronto, el monarca se levantó, dirigiendo sobre aquella asamblea una mirada fría y vidriosa, que había heredado de su madre.

—Señor de Maineville —dijo lentamente con voz clara—, señores burgueses de París y vos, primo de Guisa, escuchadme. Lo que acaba de sernos expuesto no concierne solamente a las disensiones que, tan desgraciadamente, se han originado entre nos y la buena ciudad de París. Ya que son los cardenales, los príncipes, señores y diputados de las ciudades católicas los que me hablan, es todo el reino que hace oír su voz. En tal caso no me corresponde contestar aquí sino que el rey debe contestar a todo el reino.

Aquí Enrique III hizo una pausa, como para asestar mejor a Guisa el golpe que le había preparado Catalina.

—Así, pues, en presencia de los diputados de las tres clases debemos hablar —dijo con voz más firme, que hizo estremecer de alegría a los burgueses—. Señores, servíos, pues, entre tanto, transmitir esta respuesta, única digna de nos y de nuestro pueblo: «el rey convocará los Estados Generales».

Una tempestad de aplausos estalló en la sala y se propagó al exterior, en donde la nueva cundió con rapidez extraordinaria. El rey consentía en reunir los Estados Generales. Guisa sonrió ligeramente y Epernon se inclinó en señal de admiración.

—Los Estados Generales —continuó el rey—, tendrán lugar en nuestra ciudad de Blois y fijarnos para reunirse la fecha del 15 de septiembre.

—¡Viva el rey! —repitieron los diputados con sincero entusiasmo.

Y en la ciudad, los burgueses de Chartres y los penitentes de París repitieron entusiasmados tal grito. La reunión de los Estados Generales era una victoria que nadie hubiera osado esperar; era la monarquía, que se dignaba discutir directamente con la nobleza, la clerecía y el pueblo acerca de los intereses del reino.

Enrique III, siguiendo el consejo de su madre, al proclamar la reunión de los Estados Generales, cambió la tempestad en bonanza; la discusión no tuvo, pues, lugar. La sesión fue levantada inmediatamente y todos los asuntos pendientes,

aplazados para los Estados Generales. Entonces el rey se preparó a ir procesionalmente hacia la catedral.

En la calle, los burgueses de Chartres se alinearon cirio en mano; monjes y penitentes venidos de París, se formaron en fila, pero los ligueros, que habían ido armados hasta allí, no se veían por parte alguna. ¿Dónde estarían? A poco, se vio aparecer a Enrique III, el cual, despojado de su jubón de seda, de su capita de satén y de su toca adornada de diamantes, avanzaba con la cabeza y los pies desnudos, y vestido con una larga camisa de tela basta. Llevaba al cuello el rosario y en la mano un gran cirio. No iba rodeado de hombres de armas ni de gentilhombres. Andaba solo en un gran espacio libre, y a pocos pasos de él seguían un par de monjes, cuidadosamente cubiertos con el capuchón.

Fuera de las murallas, Mayena y el cardenal de Guisa esperaban. Habían reunido allí tres o cuatrocientos ligueros bien armados. En una llanura estaba el ejército de Crillón, y Mayena, a caballo, trataba de contar aquellos soldados por el número de sus tiendas.

El duque de Guisa llegó al momento en que todas las campanas de la ciudad empezaban a tocar, es decir, en el instante en que la procesión emprendía la marcha. El cardenal lo interrogó con la mirada.

—Sí —dijo el duque encogiéndose de hombros—, ha convocado los Estados Generales para el 15 de septiembre en Blois.

—He aquí una cosa que podría salvar a Valois —observó el cardenal— si...

—Si su destino no debiera cumplirse hoy mismo —interrumpió Guisa.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó el cardenal lleno de ansiedad, mientras Mayena no cesaba de mirar el campamento de Crillón.

—La campana mayor tocará doce veces. Seis indicarán que la empresa no ha tenido éxito, cosa que tengo por imposible.

—Yo he visto cómo se ponía en camino —añadió—. No ha tomado ninguna precaución. Va vestido con un saco. Lo siguen nuestra hermana María y la intrépida Fausta, vestidas las dos de capuchinos para reanimar al fraile en caso de que le faltara valor. Os lo repito, Enrique de Valois va a morir.

—¿Y Crillón? —preguntó Mayena, extendiendo el brazo hacia el ejército real.

—¿Crillón? Es leal hasta la muerte, pero no puede pasar de ahí. Una vez Valois haya muerto, ¿qué queréis que haga? ¿A quién obedecerá? Él mismo vendrá a prestarme juramento de fidelidad. Fausta lo ha previsto todo. Esperemos.

—Esperemos —contestó Mayena apaciblemente.

—¡Oh! —exclamó en aquel momento el cardenal—. Las campanas se han callado, el rey está en la catedral. Es el momento trágico.

Y los tres, inclinados, sobre el cuello de los caballos, escucharon el gran silencio que reinaba a la sazón en la ciudad. Experimentaban inexplicable angustia.

Transcurrieron algunos minutos. Los tres hermanos se miraban. La campana mayor seguía callada.

—Acerquémonos al campamento real —dijo Guisa para substraerse a la ansiedad que le oprimía la garganta.

En aquel momento, grave y sonora, vibró una campanada profunda en el aire. Los tres hermanos quedaron petrificados. El duque de Guisa sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—¡Una! —murmuró el cardenal jugando nerviosamente con el pomo de su daga.

—¡Dos! —exclamó Mayena con tranquilidad.

—¡Tres, cuatro, cinco! —contó el cardenal cada vez más impaciente.

—¡Seis! —dijo el duque de Guisa—. ¡Atención!

Entonces un rugido atravesó su garganta al observar que no se oía la séptima campanada. Mayena profirió entre dientes una furiosa blasfemia y los tres, mirándose uno a otro, apenas se reconocieron.

En efecto, no se oyó la séptima campanada. Por consiguiente, el monje no había matado a Enrique III.

Los Guisas esperaron, tal vez, por espacio de media hora y, por fin, el cardenal soltó una extraña carcajada y dijo:

—¡Vámonos! No tenemos nada que esperar.

—Hay que empezar de nuevo —dijo Mayena.

El duque de Guisa se volvió hacia Chartres, y tendiendo el puño cerrado exclamó, lleno de furor:

—¿Empezar de nuevo? Sí, Valois nos ha dado cita en Blois y, por la sangre de mi padre, te juro que iremos. Ten cuidado, porque en lo venidero no confiaré el puñal a manos de un fraile loco.

Bajó la cabeza y se quedó pensativo por algunos instantes. Luego se tranquilizó y dijo:

—Hermanos, somos víctimas de una gran desgracia.

—Tanto más cuanto que la situación va a cambiar, porque Valois ha prometido convocar los Estados Generales —dijo el cardenal.

—Sí, y tenemos necesidad de examinar la situación y recobrar la tranquilidad de espíritu, como gentes que tengan la cabeza segura sobre sus hombros.

—¡Bah! —exclamó Mayena—. París será siempre nuestro.

—Es cierto. Id, pues, a esperarme al pueblo de Latrape, en donde mis gentilhombres deben reunírseme. Allí sabremos lo que ha sucedido, y con más fundamento podremos hablar de nuestra futura conducta.

El cardenal y Mayena hicieron un gesto de asentimiento, y aguijoneando a sus caballos, se alejaron por el camino de París.

Guisa se adelantó hacia los ligueros, tratando de dar a su semblante le expresión del triunfo, que estaba muy lejos de su ánimo.

—Amigos míos —dijo—. Acabamos de decidir a Su Majestad a que lleve a cabo un acto que es más que una gran victoria para París; el rey promete reunir los Estados Generales.

—¡Viva el gran Enrique! —gritaron los ligueros.

—¡Viva el rey! —contestó el duque con rabia reconcentrada—. Su Majestad demuestra una buena voluntad que todos debemos agradecer. En tan agradable situación, amigos míos, no tenéis más que regresar tranquilamente a París para preparar vuestras reclamaciones. Ya sabéis que os ayudaré con toda mi alma en cuanto se trate de presentarlas a Su Majestad, que Dios guarde.

Y descubriéndose gritó por segunda vez:

—¡Viva el rey!

—¡Viva Lorena! ¡Viva el sostén de la Iglesia! —vociferaron frenéticamente los ligueros.

Pero ya el gran Enrique había hecho tomar el galope a su caballo y desaparecía hacia el Norte, dejando tras sí a la ciudad de Chartres, adonde había ido a buscar una corona.

Estaba sombrío. Muy pronto la calma que se había impuesto, se fundió como el hielo al Calor del sol. El furor se desencadenó en él. Solo, semejante a un fugitivo, corría por el camino mal cuidado, en que crecían toda clase de hierbas silvestres. Destrozaba a espilonazos los flancos de su caballo, y el pobre animal, que no podía correr más, píaaba de dolor. Al cabo de una hora de tan desenfrenada carrera, el pobre animal cayó.

Guisa, que era jinete consumado, saltó, cayendo de pies al suelo. A su alrededor, de las vastas llanuras, se desprendía una paz profunda. Y en tal serenidad de las cosas, aquel hombre colérico, aquel rey fallido, aquel audaz sin atrevimiento, hubiera podido parecer digno de compasión a un filósofo observador.

Lo que sobre todo le irritaba, era el no saber la razón de que el monje no hubiese dado el golpe. ¡Estaba todo tan bien combinado! Sin duda alguna un milagro había salvado a Enrique. Pero ¿quién habría hecho tal milagro?

—¡Oh, aquel fraile! —rugió—. ¡Aquel fraile estúpido y cobarde! ¡Desgraciado de él sí ha tenido miedo o me ha hecho traición! Pero tal vez alguien lo habrá detenido a última hora, ¡oh! Si es así, cuánto me gustaría conocerlo, para hacerlo morir a fuego lento.

Mientras monologaba de esta suerte, aparecieron en el horizonte y se acercaron rápidamente a él una quincena de caballeros. Muy pronto pudo distinguirlos con claridad: era una parte de sus gentilhombres que se reunían a él. A la cabeza iban Bussi-Leclerc, Maineville y Maurevert. Al ver al duque de Guisa al lado de su caballo echado, se detuvieron todos.

Uno de sus gentilhombres echó pie a tierra para ceder su cabalgadura al duque, el cual montó enseguida. Todos los cortesanos marcharon silenciosamente, porque no dejaron de observar que el amo sentía terrible cólera, cosa que les impidió dirigirle la palabra, por miedo de ser víctimas de sus furores.

Una hora más tarde el duque se reunió al cardenal y a Mayena y, sólo entonces, Guisa interrogó a sus familiares:

—Vosotros estabais en la catedral y lo habréis visto todo. Decidme, pues, qué ha sucedido. El fraile...

—No se ha presentado, monseñor —dijo Bussi-Leclerc.

—¿Ha hecho traición? Lo esperaba. Es necesario buscar a ese hombre y...

—El monje no ha sido traidor —interrumpió Bussi-Leclerc. Lo sucedido es que alguien se apoderó de él la pasada noche.

—Y lo ha tenido preso —añadió Maineville.

—¿Y no sabéis quién es ese alguien? —gritó furioso el duque—. ¿Para qué servís los tres?

—Perdonad, monseñor, pero lo sabemos perfectamente. Lo hemos visto.

—¿Quién es?

Maurevert avanzó entonces y con extraña sonrisa dijo:

—Pues bien, monseñor, es Pardaillán.

IV - Pardailán y Fausta

YA HEMOS DICHO que en el momento en que se puso en marcha la procesión hacia la catedral, fueron a colocarse los fugitivos en seguimiento de Enrique III. Y por las conversaciones que acabamos de reseñar, nos hemos enterado de que tales hábitos cubrían la figura graciosa y sonriente de María de Montpensier, y la otra, la majestuosa, sombría y fatal de Fausta.

Ésta, como organizadora del asesinato de Enrique III, tenía empeño de asistir a él, como un dramaturgo a la primera representación de su obra.

Nadie sentía la menor desconfianza de aquellos dos frailes. Además, el rey había dado órdenes para que no lo rodearan ninguna clase de guardias durante la procesión.

Lo hizo así, porque no tenía el menor motivo para sentir sospechas, a pesar de las recomendaciones de su madre, que era la desconfianza personificada. Además, era valiente y no le hubiera disgustado arrostrar un peligro, en caso de creer en él, y, por otra parte, si como rey le gustaba rodearse de imponente aparato, como penitente quería dar pruebas de humildad.

Revestido de su saco, con los pies desnudos, el cirio en la mano y la cabeza baja, se encaminaba hacia la catedral dando ejemplo de una piedad tanto más contagiosa cuanto que era sincera. Por fin, llegaron a la puerta de la iglesia, en donde el rey debía hallar un confesor llegado directamente de Roma, llevándole muchas indulgencias plenarias. Los dos monjes, al llegar a la catedral, dirigieron ávida mirada al pórtico, en donde toda la clerecía de Chartres esperaba a Su Majestad.

Pero a la izquierda y un poco aislado, semejante a una estatua, estaba inmóvil un fraile, cuyo rosario terminaba con una cruz de oro, destinada, sin duda, a hacerlo reconocer.

—Aquí está —murmuró María de Montpensier.

En aquel momento el fraile se destacó del ángulo de piedra en que se había inmovilizado y acercándose al rey se puso a andar a su lado.

—¡Por fin! —murmuró la duquesa con expresión de odio satisfecho.

—¡Silencio! —exclamó Fausta con voz grave que se confundió con el tumulto de los cánticos.

Estaban casi tocando al rey. María de Montpensier hallábase tan conmovida, que apenas podía contener la agitación de su seno. Un grito estaba a punto de escapar de su garganta para recomendar al fraile que hiriese. Lo devoraba con la mirada y, a través de los dos agujeros de la capucha que ocultaba su rostro, sus ojos negros y hermosos despedían llamas.

Cuando el rey llegó junto al coro se arrodilló y la duquesa sintió que las piernas no la sostenían. Había llegado el momento terrible. Precisamente cuando el rey se arrodillase Jacobo Clemente debía herir.

Enrique III se arrodilló y María se inclinó para ver mejor. Pero en aquel momento el terror se apoderó de ellos al observar que el fraile no hería, sino que se arrodillaba

al lado del rey y le hablaba en voz baja.

—«¡Oh!» —se decía la duquesa—. «¿Pero por qué no lo ha herido ya? ¿Qué dirá ahora? ¿Por qué no hiere?».

—*O salutaris hostia* —entonaba el rey con voz sonora.

El cántico proseguía con lentitud, la duquesa cayó de rodillas sin fuerzas ya para sostenerse.

¿Qué pensaba Fausta entre tanto? Miraba al fraile y se decía:

—No es él. ¿Quién será ese fraile? ¡Oh, ya lo sabré!

Una vez terminada la ceremonia de adoración, el rey se levantó y se marchó tranquilamente. El fraile se levantó también y permanecía clavado en el mismo sitio.

María de Montpensier profirió un gemido, y mientras la multitud marchaba, Fausta se dirigió hacia el fraile deteniéndose ante él. Se miraron los dos algunos instantes, mientras la duquesa, fuera de sí, buscaba al campanero para darle la orden necesaria, a fin de que hiciese dar seis campanadas...: la señal de la derrota.

—¿Quién eres? —preguntó Fausta con ruda voz.

Y al mismo tiempo buscó en su hábito el puñal de que iba armada.

Al oír su voz, el fraile hizo un movimiento de asombro.

—¿Quién eres? —repitió ella.

—¡Pardiez, señora! —contestó entonces el fraile—. No tengo necesidad de veros la cara, pues con la voz os conozco. Vuestra voz es de aquéllas que nunca se olvidan, sobre todo cuando se ha estado en la nasa. ¿Queréis saber quién soy? Mirad, señora, y dadme gracias de no haceros descubrir aquí, y mostrar a los hombres de Crillon la cara de una hermosa dama, venida para asesinar al rey. Mirad, señora, ya que lo deseáis, mirad a vuestro placer.

Al oír la voz del fingido fraile, Fausta retrocedió dos pasos. Bajo su capucha el rostro se le puso pálido, y mientras él hablaba ella se decía:

«¡Ésta es su voz! ¡Es él! ¡Pero si está muerto! No obstante, ésta es la voz que odio y amo al mismo tiempo».

En aquel momento, y cuando el fraile pronunciaba las últimas palabras, echó el capuchón sobre sus hombros y apareció la cabeza de Pardaillán.

Fausta, al ver aquella cabeza pálida e irónica, se estremeció. Durante unos instantes, fue la nieta de su abuela Lucrecia Borgia, y se preparó a herir a Pardaillán, el cual no hizo un solo gesto para evitar la agresión.

Tal inmovilidad salvó al caballero. Los brazos de Fausta cayeron inertes, y el espíritu de Lucrecia, que viviera en ella, la abandonó. Volvió a ser lo que era en realidad, una mujer de serenidad sobrehumana, un alma de creyente, convencida de su destino y segura de que se cumpliría cuando Dios quisiera. Sin embargo, aquella alma excepcional estaba encadenada a la carne; Fausta, vencida una vez más por aquel hombre, que no era nada en el gobierno de los hombres, se apoyó en un pilar para no desfallecer.

Pardaillán se acercó a ella. En su rostro no había ironía.

—Señora —dijo en voz baja y penetrante—. Permitid que repita lo que os dije en nuestro primer encuentro. Sois hermosa y joven. Volved a Italia. Os aseguro, señora, que no llego a penetrar las sublimes especulaciones a que os entregáis, pero, en cambio, veo muy claro. Si buscáis la dicha no la hallaréis en el poder que soñáis. Sed sencillamente una mujer, y así podréis ser feliz. Tomad de la vida todo lo que ésta puede ofrecernos durante nuestro corto paso por la tierra. Amad el sol, las estrellas, el calor del verano, las nieves del invierno, los árboles cubiertos de hojas y también los desprovistos de follaje. Todo ello es hermoso. Lo esencial estriba en conocer la belleza de todas estas cosas. El amor es lo principal para el hombre y la mujer, y el resto no vale nada. ¿Qué puede importaros que os obedezcan o no seres semejantes a vos? ¿Qué importa ser rey, papa, reina o papisa? Idos, señora, y dejadnos aquí que nos arreglemos contra los que son reyes, príncipes y duques, porque queremos nuestra parte de sol y de vida. Este discurso podrá pareceros extraño. Habéis querido matarme, pero, al hacerlo, llorabais. Por esta razón, señora, antes de llegar a la lucha irremediable, he querido daros un aviso fraternal. Más adelante será demasiado tarde. Ahora aún tengo el derecho de hablaros como amigo, pero más tarde, la amistad será un crimen.

Fausta permaneció muda. Pardaillán continuó:

—Ahora, señora, he de añadir que tengo tres proyectos entre ceja y ceja. El primero, que Guisa no sea rey. Después de mi encuentro con él, ante «La Adivinadora», la cuenta que contra él tenía ha aumentado considerablemente. Luego mataré al señor de Maurevert. Si queréis saber la razón, preguntádsela. Por fin, que el señor duque de Angulema y Violeta se casen. ¿Acaso, señora, no sentís lástima de esos dos inocentes? Si como yo, hubieseis visto llorar al joven duque, estoy seguro que os habríais apresurado a entregarle a Violeta, diciéndole: «Amaos y sed felices». Y después de haber hecho eso, señora, después de haber creado la felicidad de dos seres, seríais también feliz, y desdeñaríais, tal vez, la corona o la tiara. Vamos; una sola de vuestras palabras puede hacer felices a esos dos seres. Decidme, señora, ¿qué habéis hecho de Violeta? ¿Dónde está? Me atrevo a deciros que si no me contestáis, me obligaréis a recurrir a extremos desagradables.

Pardaillán se calló. En la iglesia reinaba absoluto silencio. Algunos cirios ardían todavía y únicamente dos monaguillos cruzaron la inmensa nave.

—Señora —continuó Pardaillán—, espero vuestra respuesta. ¿Dónde está la gitana Violeta?

Fausta dirigió una mirada rápida a su alrededor. Se vio sola, y a merced del caballero, y como estaba resuelta a no morir todavía, contestó con insegura y apagada voz:

—Lo ignoro. Esa niña no me interesa.

Pardaillán se estremeció.

—¿No os lo dije en París y en mi palacio, cuando ninguna necesidad tenía de ocultar la verdad? Ignoro lo que ha sido de esa chiquilla desde que pertenece a

Maurevert.

Pardaillán palideció. No había medio de dudar de lo que decía Fausta. Por de pronto le parecía mujer incapaz de mentir, y, además, creyó que en París no tuvo necesidad alguna de disfrazar la verdad. Por esto era preciso hacer hablar a Maurevert, toda vez que Fausta no podía dar noticia alguna.

—¡Adiós, señora! —dijo con emocionada voz—. He sentido una decepción cruel, pero tengo la satisfacción de observar que, por lo menos, en esta ocasión no sois mi enemiga.

E hizo un movimiento para retirarse.

—No soy vuestra enemiga —dijo entonces Fausta.

Y pronunció estas palabras con tal dulzura, que Pardaillán se detuvo. Fausta se acercó a él hasta tocarle con la mano, que posó sobre uno de los brazos del caballero.

—Esperad un momento —dijo con la misma dulzura.

—¿Qué me querrá? —se preguntó Pardaillán—. ¿Acaso hay una nasa en los sótanos de la catedral de Chartres?

Fausta parecía vacilar. Su mano, posada en el brazo del caballero, temblaba ligeramente.

—Habéis hablado —dijo por fin—. ¿Me permitís que lo haga yo a mi vez?

Y se detuvo, como arrepentida de sus palabras. A la sazón se dio cuenta de que, a pesar de todo su poderío, no era más que un pobre ser humano. Comprendió con terror que en ella había dos seres. De un lado corría por sus venas la sangre impetuosa y salvaje de los Borgia, pero de otro era la mujer que, con su fuerza de voluntad, había deseado ser, es decir, la virgen inmaculada de cuerpo y alma, el ángel, la sacerdotisa de los nuevos destinos de la Iglesia.

Había en ella un orgullo sublime y un amor devorador. Y con fuerza de voluntad, realmente admirable, había conseguido hasta entonces dominar su pasión. Así, pues, entre aquellos dos seres tan distintos, se libraba la ruda batalla, en la que uno de los dos debería sucumbir forzosamente. O Fausta seguiría siendo la virgen sacerdotisa, y en tal caso era necesaria la muerte de Pardaillán, o la joven renunciaría a su ensueño, convirtiéndose en una mujer, en cuyo caso necesitaría el amor de Pardaillán.

Fausta, al poner la mano sobre el brazo del caballero, le dio a entender que quería hablar, pero no se decidía a ello, pues en su interior se libraba el último combate. Erguida en los pliegues de su túnica monacal, invisible gracias a su capucha echada sobre el rostro, luchaba con un valor desesperado contra el amor que hervía en su seno. Luego, poco a poco, aquella estatua se animó. Se desvaneció su rigidez y, volviéndose femenina, se echó a llorar, cosa que asombró a Pardaillán.

No lloraba, como en el palacio de la Cité, por Pardaillán que iba a morir, o por el sacrificio de su amor al orgullo de virgen y sacerdotisa. A la sazón lloraba por la derrota de su orgullo. El amor, una vez más en la historia de la humanidad, había conseguido la victoria.

Se acercó un poco más a Pardaillán y su mano se crispó en el brazo del caballero.

Con un murmullo de infinita dulzura.

—Escúchame. Mi corazón estalla. Hoy quiero decirte cosas que nunca me habría creído capaz de decir a un hombre, pero tú no te pareces a ninguno. No obstante, ésta es una excusa indigna de mí. Al decirte que te amo, es porque el amor está en mí. ¿Por qué te amo? No lo sé, ni quiero saberlo. Lo único que sé es que te amo. En mi palacio te lo dije sin temor, porque entonces estaba segura de matar mi amor matándote. Te creía muerto y lloraba por ti con la fecunda alegría de pensar que había triunfado de mí misma y de que tenía el derecho de llorar. Ahora vives todavía, y cuando quisiera decirte que te odio, mis labios, a pesar mío, dicen que te amo. ¿Me comprendes, Pardaillán?

—¡Ay, señora!

—Yo también —continuó Fausta— en las primaveras embalsamadas, joven hermosa y adulada, me decía: ¿No amarás nunca? ¿Dejarás transcurrir la primavera de tu vida sin coger la flor que en todas partes se te ofrece? No, no amarás como las otras mujeres. Subirás a mayor altura que esas estrellas, más que este cielo, cuya elevación no se atreva a medir la mirada humana. He aquí lo que me decía, Pardaillán. Te he visto, y con sacudida violenta y dulce a la par, me has hecho descender del cielo a la tierra.

Fausta se calló. Pardaillán bajó la cabeza y, después de algunos instantes de silencio, dijo dulcemente:

—Señora, perdonad mi sencillez de espíritu. No soy más que un aventurero que, en la vida, goza, al pasar, de todo lo bueno que haya; tengo la desgracia de considerar la existencia humana como una cosa muy sencilla y muy hermosa que se estropea a fuerza de buscar complicaciones. Que cada cual haga lo que quiera, guardándose, como de la peste, de atentar a la voluntad del vecino. Así creo que la humanidad sería feliz. ¿Para qué diablos queréis buscar la felicidad a tanta altura, si está a vuestro alrededor?

—¡Pardaillán! —continuó Fausta como si no hubiese oído—. Pardaillán, conoces ahora mi pensamiento mucho mejor de lo que lo ha conocido cualquier hombre. Escúchame. Me has dicho y me repites que hallaré la felicidad a mi alrededor si quiero renunciar a la dominación sublime en que soñaba. Pues bien, renuncio a ella. No soy más que una mujer entre otras muchas. Renuncio a aconsejar a Guisa.

El caballero no pudo abstenerse de dar un suspiro de satisfacción.

—Renuncio a cuanto había preparado lenta y pacientemente. Mañana me marcho de Francia para ir a buscar al fondo de Italia la paz, la alegría, la felicidad y el amor, pero...

Pardaillán prestó atención.

—Pero —continuó Fausta— me voy en tu compañía. He aquí lo que te ofrezco. Allí tengo dominios y riquezas sin cuento. Nuestra vida será feliz. Si quieres, nos marchamos mañana mismo. Pardaillán —prosiguió febrilmente—, quien se ofrece a ti no se ofrecerá nunca más a ti ni a nadie.

Y quitándose la capucha añadió:

—Mira: lee en mis ojos la sinceridad de mi ofrecimiento.

Estaba hermosa, pero no con aquella belleza trágica y fatal que le era peculiar, sino como una mujer dolorida y apasionada. Pardaillán suspiró, pensando:

—¿Cuántas desgracias no va a causar todavía este espíritu del mal? ¡Oh, Luisa, pobre Luisa! No tenías habilidad para pronunciar sublimes discursos, pero una de tus miradas era ya por sí sola sublime, porque después de tantos años, aún recuerdo tu última mirada, mientras que las de estos ojos negros me dan malestar. Señora —añadió en alta voz— ¿qué queréis que un pobre aventurero como yo conteste a las admirables cosas que acabáis de decirme? Mi respuesta, señora, está despojada de toda belleza y no puedo rodearla con palabras mágicas. ¿Qué puedo decir que no sepáis? Amaba a una niña, a una hermosa niña dulce y candorosa, que se llamaba Luisa... y ha muerto.

Pardaillán palideció y con una dulzura, en que parecía fundirse su ser entero, acabó diciendo:

—Ha muerto... y sigo amándola... siempre la amaré.

Fausta, con gesto automático, se cubrió la cara con el capuchón. No añadió una palabra y se alejó.

Y cuando estuvo a algunos pasos, se volvió y vio que Pardaillán lloraba. Entonces estalló en ella una explosión de furiosos celos contra la muerta.

Al volver la cabeza Pardaillán, vio que estaba solo y que Fausta se había alejado. Movi6 la cabeza, y rápidamente se marchó a su vez.

En tanto Fausta volvió al misterioso hotel que, como ya hemos indicado, había enfrente de la posada «El Canto del Gallo», en la cual se habían alojado Pardaillán y Carlos de Angulema.

Ninguno de los que habitualmente rodeaban a Fausta hubiera podido darse cuenta de las terribles emociones que acababa de experimentar. Tal vez ya no las sentía, porque al entrar en la habitación que ocupaba, murmuró fríamente:

—¡Sea! La lucha continúa. Al cabo, la victoria será mía. Y, para empezar, anulemos a ese miserable monje que ha hecho traición.

Y cogiendo una pluma escribió apresuradamente: «Majestad, una fiel amiga del rey os avisa de que un fraile de la orden de los Jacobinos, llamado Jacobo Clemente, ha venido a Chartres para matar al rey. Por un milagro de Dios, Vuestra Majestad no ha sido asesinado durante la procesión». Algunos minutos más tarde, un gentilhombre desconocido depositó esta carta en el hotel de Cheverni y desapareció enseguida.

V - La posada «El canto del gallo»

ENRIQUE III, entre tanto, después de haber cumplido sus devociones en la catedral, regresó al hotel del señor de Cheverni, en donde, después de haberse quitado la camisa que llevaba y vestido su traje ordinario, se sentó inmediatamente a la mesa, y comió con gran apetito, en presencia de sus íntimos gentilhombres. Entre ellos estaban Sainte-Maline, Chalabre y Montsery.

El rey, que estaba de muy buen humor, hablaba familiarmente con ellos, en tanto que dirigía formidable ataque contra un excelente volátil, ataque sostenido por los vinos de Borgoña, que tanto gustaban al monarca. Alegrementemente, relataba lo sucedido en la Casa Consistorial y luego interrogó a Chalabre acerca de su estancia en la Bastilla. De pronto apareció un enviado de la reina madre, el cual le habló algunas palabras al oído.

—Decid a la reina, mi madre, que iré a visitarla inmediatamente después de la comida.

Continuó ésta, riéndose y bromeando, y extasiándose con la habilidad con que Chalabre y sus amigos salieron de la Bastilla. Es de advertir que los tres espadachines se guardaron muy bien de contar que un tal Pardaillán les había abierto las puertas.

Cuando el rey se levantaba de la mesa, apareció de nuevo el mismo enviado de Catalina.

—La reina está impaciente por conocer el desencanto del duque de Guisa —dijo el rey—. Decidle que ya voy.

Y entonces se dirigió hacia las habitaciones de su madre.

—¡Alabado sea Dios! —dijo la reina al verlo.

—¿Qué tenéis, señora? —exclamó el rey—. Estáis pálida como si acabaseis de correr un gran peligro.

—El peligro fue para vos, hijo mío, peligro de muerte.

Enrique III palideció y miró con inquietud a su alrededor. La anciana reina lo estrechó entre sus brazos, diciendo:

—Tranquilizaos, Enrique. Momentáneamente se ha conjurado el peligro.

—¿Momentáneamente? ¿Acaso puedo correrlo de nuevo?

—Espero que no, si seguís mis consejos. En nombre del cielo, hijo mío, no os presentéis más a las procesiones solo y desarmado. ¿Sabéis que faltó poco para que os mataran?

—¿Quién? —balbució el rey—. ¿El señor de Guisa?

—Si no él, uno de sus hombres. Leed este papel.

La reina tendió a Enrique III la misiva que acababa de recibir. El rey se sentó en el sillón para leer más cómodamente, según dijo, pero, en realidad, porque sintió que le flojeaban las piernas.

—¡Un fraile! —exclamó el rey, terminada la lectura—. Un fraile de la orden de los Jacobinos. No hay monasterio o convento que no haya recibido mis beneficios.

Los Jacobinos, en particular, han recibido más oro del que Epernon puede haber gastado. Conozco al prior Bourgoing y le juzgo hombre incapaz de haber intervenido en tan negra traición. ¿Qué os parece, señora?

—Pienso que vuestra confianza es la cosa más asombrosa que he visto. ¡Habláis de los beneficios que habéis hecho! ¡Pobre niño! ¿Ignoráis que un beneficio engendra el odio, y que es más fácil perdonar la mano que hiere que la que da? Habéis fundado la cofradía de los Penitentes Blancos. No hay ninguno de vuestros cofrades que no haya recibido algún regalo o prebenda y, a pesar de todo, ¿no visteis también a los Penitentes Blancos en la procesión de Guisa?

—¡Es cierto, *pardiez!* —exclamó el rey—. Jacobo Clemente, ¿qué habré podido hacerle yo para que me odie? ¡Ah, madre mía! Si ahora se empieza a matar a los reyes, ¿qué va a ser del trono y de la religión?

—Si empiezan a matar a los reyes —dijo Catalina de Médicis—, los reyes han de defenderse. Defendeos, hijo mío. Chartres, como lo habéis visto, está demasiado cerca de París. Pues bien; desde mañana preparad vuestra salida hacia Blois. Una vez en seguridad en el antiguo castillo, una vez vuestra persona esté al abrigo de los fosos, rejas, murallas y guardias, podréis buscar con mayor sangre fría el medio de salvar al pueblo, a la religión y a la monarquía. Entre tanto, es preciso hallar a ese monje, si está en Chartres, y hacer con él un escarmiento terrible.

Enrique III sonrió alegre al pensar en una caza humana.

—Tranquilizaos, madre —dijo levantándose y disponiéndose a salir—. Si ese hombre está en Chartres no se me escapará. Voy a echar sobre sus huellas a tres sabuesos que están acostumbrados a seguir rastros humanos de mayor importancia.

Una vez sola, la vieja reina oprimió su frente arrugada con sus dedos delgados y amarillos como el marfil.

—Clemente —murmuró—. ¿Dónde he oído ese nombre? Hace mucho, mucho tiempo. ¿Quién será ese Clemente? Quiero saberlo. Vamos a ver a Ruggieri.

Atravesó rápidamente dos habitaciones y llegando a una escalera la subió. Al llegar al granero del hotel, vio a un hombre sentado ante una mesa cubierta de papeles. Aquel personaje, con la cabeza apoyada en las manos, leía o reflexionaba. Era el astrólogo Ruggieri, a la sazón muy viejo y cansado, pero que seguía trabajando en su quimera, que se le escapaba de entre las manos en cuanto creía haberla cogido: la piedra filosofal, el elixir de larga vida.

Ruggieri, al levantar la cabeza, vio a Catalina sentada ante él y sonrió. Amaba a la vieja reina. Aquellas dos existencias estaban ligadas una a otra. La una, reina de nombre y de hecho, señora de un reino que gobernaba en nombre de su hijo; el otro, rey de los sueños prestigiosos, tan lejos y tan cerca uno de otro y tan semejantes, pues los dos vivían sedientos de imposibles.

—Y bien, Majestad —dijo Ruggieri apartando los papeles que ante sí tenía—. ¿Habéis visto a Loignes? Está curado, bien curado, lo mismo que cuando daba citas a la duquesa de Guisa, pero con algo nuevo en su corazón, un gran odio contra el

duque. En verdad que si Guisa debe morir pronto, por fuerza será a manos de Loignes.

—No he venido para hablarte de eso —dijo la reina—, sino de mi hijo, al que quieren matar.

—¿Y esto os asombra, señora?

—Quieren matar a mi hijo —continuó la reina estremeciéndose—. ¿Por qué no me matan a mí? Ya lo sabes, mi hijo es mi vida. He llorado, he derramado más lágrimas que la última de las desgraciadas en su cabaña, pero tenía un consuelo. Si me matan a mi Enrique, ¿qué será de mí?

Ruggieri se había levantado y se paseaba con la cabeza erguida.

—¡Miserables! —continuaba Catalina con salvaje acento—. Hasta ahora todos sus ataques habían ido dirigidos contra la reina. Pero si se atreven a atacar a la madre, juro por Dios que la posteridad recordará con espanto la venganza de Catalina, madre de Enrique III. Ruggieri, son los Guisa. ¡Qué pesadilla! Lorena y Bearn son dos fantasmas que ensombrecen mis últimos años. Desgraciada de mí. Hasta aquí, no tenía otra misión que defender el trono, pero ahora tendré también que defender la vida de mi hilo.

—No creo —contestó Ruggieri— que el Rey de Navarra quiera recurrir a tales medios. Su situación es excelente.

—Ya lo sé. Por eso digo que son los Guisa. Han armado contra Enrique el brazo de un fraile.

—¿Un fraile?

—Sí, un jacobino. Debía haber cometido el atentado, pero tal vez no se ha atrevido. Otra vez se atreverá y si no él será otro. Pero no es esto lo que más me espanta, Ruggieri, ese monje lleva un nombre que me recuerda el pasado, un nombre que yo misma he pronunciado, no sé dónde ni cuándo, pero espero que tu excelente memoria me ayudará.

Ruggieri, asombrado, miraba a la reina, que arrugaba en sus pálidas manos la carta delatora.

—Ese fraile —continuó— se llama Jacobo Clemente: ¿no os recuerda nada ese nombre, Ruggieri?

El astrólogo se estremeció. Su rostro se puso más pálido, y acercándose a la reina le preguntó:

—¿Estáis segura de que el hombre que quiere matar a vuestro hijo se llama Jacobo Clemente?

—Sí, así se llama —balbució Catalina.

Ruggieri retrocedió y cruzando los brazos murmuró:

—En tal caso, señora, tenéis motivos para sentir miedo. Organizad alrededor de vos misma y de vuestro hijo una vigilancia incesante. Haced que prueben ante vos los manjares y bebidas que se presenten al rey de Francia o a vos misma. Desconfiad de todos los que se acerquen a vos o a vuestro hijo.

—Ruggieri, me asustas; ¿quién es ese hombre?

—¿Os asusto, Catalina? Dentro de un momento estaréis más asustada todavía, porque ese hombre no quiere herir por cuenta de los hugonotes ni de los Lorena, sino en su propio nombre. Ese hombre ha hecho de antemano el sacrificio de su vida y nada podrá detenerlo si se acerca a vos o al rey. Ese hombre, señora, quiere vengar a su madre, martirizada y muerta por vos. Catalina, recordadlo, el amante de Alicia de Lux se llamaba Clemente y Jacobo Clemente es el hijo de Alicia.

La reina se quedó inmóvil, con los ojos fuera de las órbitas y las manos juntas, como si a sus pies hubiese caído un rayo. Luego dio un suspiro ronco y exclamó:

—¡El hijo de Alicia de Lux! ¡Mi hijo condenado!

Y entonces, profiriendo un gemido, elevó los brazos al cielo y con torpes pasos se acercó a la puerta y desapareció.

Ruggieri se había quedado en el mismo sitio y meditaba. Al cabo de algunos minutos abrió una cajita en la que había algunas píldoras, probablemente una substancia tónica compuesta por él, y se tragó una. Luego se cubrió con una capa y salió.

En el gran vestíbulo del hotel, una treintena de gentilhombres charlaban alegremente, mientras en el patio los guardias hacían centinela. Cuando Ruggieri atravesó el vestíbulo, las risas cesaron. Pasó por entre los silenciosos grupos de gente, que se apartaban de él.

Ruggieri, como si desdeñara darse cuenta de la impresión que producía, buscaba con la mirada a una persona entre aquella multitud. Y, por fin, divisando a Chalabre, se dirigió a él y dijo:

—Señor de Chalabre, quisiera hablar con vos y con vuestros dos amigos.

—A vuestras órdenes, señor.

Siguió al astrólogo, haciendo seña a Montsery y Sainte-Maline para que hicieran lo propio. En la calle los tres jóvenes se unieron a Ruggieri, que se detuvo.

—Señores —dijo—. Creo que sois leales a Su Majestad el rey. Sé que sois fieles a su persona. Sé también que sois valientes y atrevidos y que, si es necesario, no os asusta el atravesar un hombre de una estocada.

—Cuando es para el servicio del rey —dijeron los tres jóvenes inclinándose.

—Precisamente —observó Ruggieri con viveza—. De eso se trata. Señores, ¿queréis salvar al rey? Un gran peligro amenaza a Su Majestad. Ha llegado a Chartres un hombre con la intención de...

—De matar al rey —interrumpió Sainte-Maline—. Ya lo sabemos.

—Su Majestad acaba de encargarnos que busquemos a ese hombre —añadió Montsery.

—Eso es —dijo Chalabre.

—Pues eso simplifica lo que tengo que deciros —contestó Ruggieri con un gesto de satisfacción—. Señores, es preciso que ese fraile muera.

—Así será en cuanto le hayamos puesto la mano encima, señor astrólogo —dijo

Sainte-Maline.

—En ello estriba la cuestión —dijo Ruggieri—. ¿Conocéis al fraile? ¿Cómo vais a encontrarlo? ¿Por dónde empezáis vuestras pesquisas? ¿Cómo lo haréis para que tengan éxito hoy mismo, pues, de lo contrario, sería demasiado tarde?

Los tres jóvenes se miraron. En efecto, las preguntas del astrólogo eran las que se hacían ellos mismos.

—Íbamos precisamente a establecer nuestro plan de campaña —dijo Chalabre—. ¿Podéis darnos alguna noticia útil?

—Permitidme que os haga antes una pregunta. ¿Conocéis al fraile?

—No.

—En ese caso, señores, es preciso que sigáis mis consejos. Yo lo conozco muy bien. Si aún está en Chartres respondo de hallarlo. Quedaos en el hotel sin separaros del rey. No lo perdáis de vista un instante e impedid que se le acerque cualquier desconocido. Si el rey pregunta por qué no estáis en campaña, contestadle que la reina madre os ha dado orden de permanecer a su lado, y si la reina os interroga, decidle que yo estoy buscando al fraile. Esperadme en el hotel, y en cuanto me veáis regresar, será que ha terminado mi misión y empezará la vuestra. Id, señores.

Hablando así, Ruggieri se alejó. Los tres espadachines no se asombraron del tono autoritario que empleaba Ruggieri al hablar con ellos, pues, según la creencia general, el astrólogo estaba en relaciones con los espíritus infernales y creían de buena fe que sólo él era capaz de descubrir al monje que había intentado asesinar al rey. Así, pues, siguiendo las instrucciones recibidas, fueron a montar la guardia ante la puerta de la habitación del rey.

Durante todo el día esperaron el regreso de Ruggieri. Llegó la noche. El rey recibió a sus gentilhombres, como de costumbre y les anunció su viaje a Blois. Al ver a los espadachines, a quienes había dado orden de buscar al fraile, frunció el entrecejo, pero como estaba acostumbrado a guardar para sí sus impresiones, no dijo una palabra y creyó que el fraile había conseguido escapar.

El resultado de sus reflexiones fue el modificar la fecha de su salida a Blois, pues decidió emprender el camino al día siguiente. Luego se marchó a dormir, no sin recomendar a Crillón que doblara las guardias. Todos se retiraron. Únicamente Chalabre, Sainte-Maline y Montsery quedaron con los centinelas.

A las once de la noche, y cuando ya dormía todo en el hotel, apareció Ruggieri que, desde el umbral de la puerta, hizo seña a los tres jóvenes. Éstos se cercioraron de que iban bien armados, y envolviéndose apresuradamente en sus largas capas de noche, siguieron al astrólogo, el cual una vez en la calle, les dijo:

—Venid.

Todos empezaron a andar en silencio. Ruggieri iba delante, seguido por los tres jóvenes. No sentían la menor emoción al pensar que tal vez iban a suprimir una vida humana. Ruggieri entró, por fin, en una callejuela, y se detuvo ante una casa de pobre aspecto, que tenía un solo piso.

La noche era oscura en extremo. Una luz débil salía de una de las ventanas del piso y alumbraba confusamente cierta enseña, que se balanceaba al extremo de una barra de hierro. Aquella casa era una posada: la del «Canto del Gallo». Ruggieri señaló la ventanilla iluminada y dijo:

—Está ahí.

—Bueno —exclamó Chalabre—. ¿Por dónde se entra?

—Por esta puerta —contestó Ruggieri—. Da a una cuadra y una vez franqueada, encontraréis un patio; allí veréis una escalera de madera que conduce a la habitación correspondiente a esta ventana.

Los tres jóvenes, empuñando la daga, siguieron las instrucciones del astrólogo. Chalabre sonreía ferozmente; Sainte-Maline, pálido y con la cara convulsa, lo seguía, y por fin, Montsery parecía el más tranquilo de los tres, Ruggieri, al verlos desaparecer, murmuró:

—Jacobó Clemente es hombre muerto. ¡Qué importa! Ya que la madre murió, el hijo puede perecer también.

Estremeciéndose, escuchó unos instantes, y luego se marchó apresuradamente hacia el hotel Cheverni, en donde, hallando a la reina madre que velaba, le dijo:

—Tranquilizaos, Catalina. Si el rey ha de morir, no será por mano de Jacobo Clemente.

—¿Han matado al fraile? —preguntó la reina.

—Lo están haciendo ahora.

Y regresando a sus habitaciones se entregó nuevamente al trabajo, porque apenas dormía dos o tres horas diarias.

Se sentó, pues, ante la mesa y continuó el trabajo, en el mismo punto que lo interrumpiera la reina Catalina. Algunos instantes más tarde, había olvidado que en el mundo existieran Catalina, Enrique III, Jacobo Clemente y los asesinos que él mismo había puesto sobre la pista.

Sainte-Maline, Chalabre y Montsery atravesaron rápidamente el establo y se hallaron en un patio desde el cual se observaba la misma luz que vieran desde la calle.

Empezaron a subir la escalera exterior y, sin duda, tenían costumbre de andar silenciosamente, porque llegaron al primer piso sin que el menor ruido hubiese revelado su presencia.

Chalabre, con el mayor cuidado, trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada por el interior. Entonces dio un codazo, hizo saltar un vidrio, pasó la mano por la abertura, recorrió el pestillo y la puerta se abrió. Inmediatamente los tres hicieron irrupción en la estancia.

—¡Hombre! ¡Vaya un modo de penetrar en las casas! —dijo una voz.

—¡Señor de Pardaillán! —exclamaron los tres espadachines, deteniéndose llenos de asombro.

—¿Qué os sucede, señores? ¿Acaso venís a pedirme un vaso de vino? Si es así,

ayudadme a vaciar esas botellas.

Los tres espadachines estaban paralizados por el asombro. Alrededor de la mesa se sentaban Pardaillán, el duque de Angulema y otro personaje. Ninguno se había levantado. Únicamente Pardaillán se volvió hacia ellos girando sobre una de las patas de su escabel.

Los jóvenes, pasado el asombro, saludaron, pero sin envainar las dagas.

—Señor de Pardaillán —dijo entonces Sainte-Maline—. Excusadnos el modo con que hemos entrado en vuestra casa, pero no esperábamos hallaros. Tal vez ese digno reverendo que aquí está podría darnos noticias acerca de la persona que buscamos.

—¿A quién buscáis? —dijo el fraile, mientras Pardaillán hacía seña a Angulema para que estuviera dispuesto a desenvainar la espada.

—Buscamos —dijo Montsery— a cierto fraile culpable de alta traición hacia Su Majestad... A un fraile llamado Jacobo Clemente.

—¿Y qué le queréis? —dijo el fraile sonriendo.

—Queremos —contestó Chalabre— hacerle trabar conocimiento con estas tres dagas.

El fraile se levantó entonces y, con gran tranquilidad, dijo:

—Yo soy Jacobo Clemente.

Los tres saludaron y Sainte-Maline se volvió hacia el caballero.

—Señor de Pardaillán —dijo—. ¿Sois fiel y leal a Su Majestad?

—A fe mía, caballero —contestó sinceramente Pardaillán—, ello depende de las circunstancias. Hoy, por ejemplo, he sido fiel al rey, puesto que he tomado la precaución de acompañarlo a la catedral, ya que de no hacerlo le habría sucedido alguna desgracia. ¿No es cierto, señor Clemente?

—Es cierto —contestó gravemente el fraile.

Los tres espadachines se miraron estupefactos.

—La noche última —continuó Pardaillán— era también fiel a Su Majestad, puesto que obtuve el favor especial de que no lo mataran hoy. ¿Es cierto, señor fraile?

—Es cierto.

—¿Y ahora? —preguntaron los tres a coro.

—¿Ahora?

—Sí —contestó Chalabre—. ¿Sois bastante fiel para permitir que cumplamos nuestro cometido y salvemos al rey, matando a ese fraile? Contestad, caballero. ¿Estáis por el rey? Entonces dejadnos hacer. ¿Estáis contra él? Entonces vamos a atacaros.

—Esta noche, caballeros —dijo tranquilamente Pardaillán—, así como ayer y mañana, no tomo ni tomaré consejo de nadie. Ayer me pareció conveniente evitar al rey el peligro que lo amenazaba. Esta noche quiero también evitar que la conciencia del rey se cargue con un nuevo asesinato. Señores, mientras yo viva, ninguno de vosotros tocará un cabello del reverendo jacobino que es mi huésped.

En el mismo instante Pardaillán y Carlos de Angulema se levantaron espada en

mano.

Los tres espadachines se pusieron en guardia, e iban a cruzarse las espadas, cuando Sainte-Maline exclamó:

—Un momento, señores. Caballero, debo avisaros de que tal vez meteremos ruido. La ciudad está llena de rondas del señor Crillón, y, sin duda alguna, vencedor o vencido, seréis preso, cosa que me causaría vivo pesar. Reflexionad. Aún es tiempo.

—Lo que decís está lleno de buen sentido —dijo Pardaillán bajando la espada al suelo—. Tengo necesidad de salir de Chartres al salir el sol y no me gustaría el verme preso. Por esta razón, señores, no me batiré contra vosotros, a no ser que me obliguéis a mataros, cosa que sentiría mucho. Pero ahora recuerdo que me prometisteis tres vidas y tres libertades. Os he reclamado una y ahora os pido la segunda en favor de este fraile. Queda una.

Los tres espadachines, pálidos de rabia al ver que se les escapaba la presa, envainaron, no obstante, sus espadas y sus puñales y Chalabre dijo:

—Da gracias al cielo, fraile, de hallarte bajo la salvaguardia del único hombre del mundo que podía pedirnos tu vida. Ahora señor de Pardaillán —añadió— recordad que queda otra vida y otra libertad, y que nos complacerá mucho que nos la pidáis para salvaros a vos mismo.

—Cuando no tenga otra cosa que pedir que mi vida, todo irá bien —contestó el caballero sonriendo.

Y como viese que los tres hacían un movimiento para retirarse, añadió:

—¡Un momento, señores! ¡Hacednos el favor de beber con nosotros!

—No hay inconveniente, si es a la salud del rey.

—A fe mía —dijo Pardaillán llenando los vasos— bebed a la salud de quien queráis, pero yo lo haré a la de todos los aquí presentes.

Los espadachines se miraron y luego, haciéndose cargo de la situación, se sentaron, riéndose a carcajadas. Algunos momentos más tarde, brindaron en compañía del hombre que habían intentado matar.

—Bueno ¿y qué diremos al rey? —preguntó Chalabre—. No podemos decirle que estaba ausente la persona a quien buscábamos, puesto que nos han conducido hasta aquí.

—Y menos podemos decirle que habiendo venido para verter sangre, nos hemos contentado con verter vino en nuestros vasos, en compañía de micer Clemente —dijo Montsery.

—Conozco a Su Majestad —añadió Sainte-Maline— y por mucho que le asegurásemos que el vino era excelente, sería capaz de enfadarse con nosotros y de estar disgustado hasta que nos viese con una buena corbata de cáñamo alrededor del cuello.

—Todo puede arreglarse —dijo Pardaillán.

—¿Cómo?

—Deshaciéndonos del fraile —dijo Pardaillán.

En todos los rostros se pintó el más vivo asombro.

—¿Cómo? —exclamó Chalabre—. ¿Seréis tan generoso para permitirnos...?

—No tengáis miedo, señor fraile —añadió Montsery—. Lo haremos con tal rapidez que no tendréis tiempo de daros cuenta.

—Os equivocáis, señores —dijo Pardaillán.

—¡Ah! —exclamaron los espadachines.

—Sin duda alguna. A pesar de mi buen deseo de complaceros, no puedo entregaros lo que no es mío, es decir, la vida y la libertad del reverendo.

—¿Pero no nos aconsejabais desembarazarnos de él?

—Es el mejor consejo que puedo daros. Escuchad: ya preveo lo que va a suceder. El rey, al saber que micer Clemente no ha muerto, mandará cerrar las puertas y empezar los registros, que no tardarán en dar resultado. Entonces corréis la alternativa de incurrir en el disfavor real, lo cual significa el cadalso, o de matar a mi huésped, en cuyo caso os declararé felones y perjuros de la peor especie, sin contar con que, antes de atacar al fraile, sería preciso pasar sobre mi cuerpo y el de mi amigo.

—Es verdad —exclamaron los tres—. No tenemos ganas de ser felones ni de que nos ahorquen.

—He aquí, pues, lo que os propongo —continuó Pardaillán—. Procuradnos tres buenos caballos, conducidnos hasta la primera puerta y como, sin duda, sabéis el santo y seña, hacednos salir. Entonces desapareceremos. El reverendo vuelve a su convento, el rey no oye hablar más de él y así podréis decirle que os habéis desembarazado del fraile.

—A fe mía, que el consejo es excelente, ¿verdad, Chalabre? —preguntó Sainte-Maline.

—Hay que ejecutarlo enseguida. Montsery y yo nos encargamos. Tú, Sainte-Maline, guiarás al señor de Pardaillán.

—¡Uf! —pensaba entre tanto el caballero—. Me parece que esto es diplomacia pura. Mi padre decía siempre que se conseguía más con buenas palabras que con estocadas, y voy viendo que tenía razón.

Chalabre y Montsery bebieron otro vaso de vino y se marcharon enseguida.

—Es lástima —observó Sainte-Maline— que el reverendo padre no tenga traje de caballero.

Por toda respuesta, Jacobo Clemente se quitó el hábito de fraile y apareció vestido de caballero, pero sin espada. Únicamente llevaba un puñal que le había sido entregado por el ángel y con el cual debía haber herido a Enrique III. Estaba entonces desconocido, y más de un gentilhomme le habría envidiado la natural elegancia con que llevaba el traje.

Carlos de Angulema dejó un escudo de oro sobre la mesa para pagar el gasto hecho, y luego los cuatro salieron de la posada sin hacer el menor ruido. Algunos instantes más tarde se hallaban en la calle. Sainte-Maline los precedía a algunos

pasos, y Angulema dijo:

—Me parece, Pardaillán, que vamos a ser víctimas de una traición. Sin duda alguna, los dos que han salido antes han ido en busca de refuerzos y regresarán con ellos para prendernos a todos.

—Injuriáis a esos gentilhombres —dijo Pardaillán—. Son asesinos al servicio del rey de Francia; pero, si no tienen escrúpulo en matar, son, en cambio, incapaces de faltar a su palabra.

Carlos movió la cabeza con aire de duda y continuó con la mano apoyada en el pomo de su espada. Llegaron así a cosa de veinte pasos de una de las puertas, y a poco aparecieron dos caballeros por una calle próxima. Carlos de Angulema, al verlos, murmuró al oído de Pardaillán:

—Teníais razón. Son ellos.

Chalabre y Montsery iban a caballo y uno de ellos llevaba otro por la brida. Echaron pie a tierra y entregaron los tres caballos a Pardaillán y a sus amigos, quienes los montaron sin hacerse rogar. Entonces Chalabre se destacó del grupo y fue a hablar con el oficial de guardia que estaba ante la puerta. Un minuto más tarde se oyó el rechinar de la cadena del puente levadizo y Chalabre, desde lejos, gritó.

—Cuando queráis, señores.

El corazón de Carlos latió con violencia. Todo aquello le parecía extraordinario. Jacobo Clemente murmuró una oración. Pardaillán sonreía.

—Señores —dijo—, hasta la vista.

—Procurad que sea pronto —contestó Sainte-Maline—. Procurad también que en breve os hayamos podido pagar nuestra deuda. No podéis figuraros, señor de Pardaillán, cuánto placer tendré en mataros, porque con un hombre como vos no hay medio de vivir.

—Nos veríamos obligados a rogar al rey que nos desterrase —añadió Montsery—. Os lo ruego, haced de modo que pronto podamos cruzar nuestras espadas.

—Lo procuraré, señores.

Y saludando, los tres jinetes pasaron la puerta. Algunos instantes más tarde, Jacobo Clemente, acompañado de Pardaillán y Carlos de Angulema, galopaba por el camino de París, después de haber sido escoltado hasta la puerta por los mismos que habían querido asesinarlo.

Mientras fue de noche los tres guardaron silencio. Al alba se detuvieron en una aldea para dar descanso a los caballos y entraron en una taberna.

—Os dejo aquí —dijo Jacobo Clemente, que no había abierto la boca durante el camino.

—¿Por qué? —dijo Pardaillán.

—Debo regresar al convento —contestó el fraile con sorda voz—. Sólo salí de él para cumplir las órdenes de Dios.

—Y de la señora Fausta —murmuró Pardaillán entre dientes.

—El Todopoderoso os ha interpuesto en mi camino —dijo Jacobo Clemente—.

Sin duda no ha sonado aún la hora de Valois. Vuelvo, pues, a mi celda, en donde esperaré nuevas órdenes, pues no dudo que recibiré nuevamente la visita del ángel.

—Oíd —exclamó Pardaillán conmovido—. Lo mejor que podríais hacer es salir de vuestro convento y abandonar los rezos, las vigiliass y la soledad. Los ayunos que os imponéis son la causa de vuestra tristeza. Sois joven: podéis amar y ser amado.

Jacobo Clemente palideció y se llevó la mano al pecho.

—Seríais un valiente caballero y, sin duda, hallaríais placer en todo lo que constituye la vida del hombre. Quedaos conmigo y os curaré.

—No puedo, Pardaillán —dijo el fraile moviendo la cabeza—. Ha de cumplirse mi destino. Dios me ha elegido para librar al mundo de ese monstruo llamado Valois, sin duda por la intercesión de la que sufrió, lloró y murió maldiciendo a Catalina de Médicis. Pardaillán, es la voz de mi madre la que me guía.

—Idos —dijo entonces Pardaillán—. Ya veo que nada podrá separaros de vuestro camino.

—Nada, en efecto —dijo el fraile.

—Pero —continuó el caballero— ya que estáis decidido a matar al rey de Francia... porque estáis decidido ¿verdad?

—Ya estaría muerto ahora si vos no me hubierais pedido su vida, pero esperaré.

—Ya os he dicho y os lo repito que la vida del rey de Francia me importa un comino, pero creo que su muerte puede ser beneficiosa para el señor de Guisa. Ya os lo he explicado esta noche. Por esta razón, en cuanto la muerte de Valois no pueda beneficiar a Guisa, os aseguro que no tendré el menor empeño en que siga viviendo.

—Pues os juro, Pardaillán, que mi puñal no saldrá de la vaina en tanto que vos no me deis permiso para ello. ¡Adiós! Si alguna vez me recordáis, rogad por mí.

Dichas estas palabras, Jacobo Clemente montó en su caballo y se alejó al galope en dirección a París. Pardaillán lo siguió con la mirada mientras pudo ver la nube de polvo que levantaba el caballo al galope. Entonces murmuró:

—Sin duda está escrito que el hijo ha de vengar a la madre. Catalina y Alicia, las dos madres, sostuvieron un rudo combate, y he aquí que ahora los dos hijos, Enrique y Jacobo Clemente van a venir a las manos. ¡Qué se cumpla su destino!

Y, dando un suspiro, entró nuevamente en la taberna, en la que descansó durante una hora en compañía de Carlos.

* * * * *

Sainte-Maline, Chalabre y Montsery regresaron tranquilamente al hotel de Cheverni, en donde, como otros familiares del rey, tenían sus habitaciones. Cuando iban a entrar a ellas se abrió una puerta del corredor y apareció un hombre con una lámpara en la mano. Era Ruggieri.

—Buenas noches, señores —dijo el astrólogo.

—Buenas noches, señor de Ruggieri —contestaron cortésmente los tres

espadachines.

—Y qué, señores, ¿está ya hecho? ¿Puede el rey dormir tranquilo?

—Con toda tranquilidad —contestó Chalabre—, el fraile ha muerto.

—¿Qué habéis hecho del cuerpo? —preguntó Ruggieri.

—A fe mía, si tenéis gana de resucitarlo, de lo que, según se dice, sois muy capaz, id a buscarlo en las aguas del Eure.

—Bien, bien; sois buenos y fieles servidores. ¡Buenas noches, señores!

Los tres jóvenes se metieron en sus habitaciones y algunos minutos más tarde la reina estaba enterada de la muerte de Jacobo Clemente. Y al día siguiente, cuando el rey emprendió el viaje hacia Blois, su madre le dijo:

—Benedicid al cielo, hijo mío. Os habéis librado definitivamente de un peligro terrible. El fraile Jacobo Clemente ha muerto.

El rey regaló a Chalabre, a Sainte-Maline y a Montsery sesenta doblones a cada uno. Y al son de trompetas, en una cabalgata muy brillante, el rey y su corte salieron de Chartres y tomaron inmediatamente el camino de Blois, adonde llegaron al tercer día, y donde los encontraremos muy pronto.

VI - La vida en Jauja

HEMOS DEJADO a Graznido y a Picuic en el momento en que acababan de hacer una comida de bellotas, como si hubiesen sido cerdos verdaderos, pero hay que tener en cuenta que se morían de hambre.

Después de haber devorado todas las bellotas caídas del roble bajo el cual se habían sentado, después de haber apagado la sed en un arroyo que por allí corría, Graznido tuvo una idea magnífica.

Graznido despreció las bellotas y subiendo la pendiente de Montmartre explicaba a su compañero su maravillosa idea.

—Hay en el convento de Benedictinas una santa mujer, a la que he inspirado un amor extraordinario; y creo que no será difícil conseguir que sor Filomena nos dé de comer.

Picuic tenía sus dudas y contestó:

—Es imposible que hayas inspirado tal pasión a esa Filomena.

—¿Y por qué? —preguntó Graznido.

—Porque eres horroroso.

—Tal vez le gusto por eso mismo.

Sea lo que fuere, los dos compadres llegaron al convento de las Benedictinas y atravesaron la brecha. Era un día en que hacía un sol magnífico. Entre tanto, Graznido, con la mano a guisa de visera sobre los ojos, espiaba atentamente el huerto de las Benedictinas.

Vio pasar a dos o tres monjas, pero no la que deseaban su corazón y su estómago.

Así transcurrieron dos horas, y los dos compadres habían acabado por sentarse en una de las piedras desprendidas de la cerca. Graznido estaba tanto más triste cuanto más firme había sido su esperanza. De pronto, se dio una palmada en la frente y señalando el recinto que ya hemos indicado dijo:

—Acerquémonos a esa empalizada y estoy seguro de que encontraremos a la que busco.

Pero en el interior de la empalizada había una casita en la cual, como se recordará, Graznido recibió una paliza de Belgodere. ¿Acaso estaría allí el gitano?

Tras unos momentos de reflexión comprendió que no estaba, pues como la única misión de Belgodere era vigilar a Violeta, era natural que no estuviese allí, puesto que la joven tampoco estaba. A pesar de esos razonamientos Graznido se acercaba cautelosamente al recinto, y decidido a emprender la fuga en caso de descubrir la silueta de su ex patrón.

Llegó, por fin, a la empalizada siempre escoltado por Picuic, y mirando a través de los maderos, vio que el recinto estaba desierto.

—¿Y tu hermosa Filomena? —preguntó Picuic burlonamente—. Me parece que sueñas.

—¡No, por todos los diablos! Existe, sin duda alguna, y estoy seguro de su amor,

¿dónde estará?

De pronto palideció y retrocedió apresuradamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Picuic—. ¿Es ella?

—¡Mira! —contestó lúgubrementemente Graznido.

Picuic a su vez miró...

—¡Hombre! —exclamó al cabo de algunos instantes—. No veo más que dos jóvenes que acaban de salir de la casita.

—Sí ¿pero no las conoces, o, por lo menos, a una?

—Espera. Ahora me dan la espalda y se pasean, pero no, mejor parece que anden con precaución... miran a su alrededor... parecen asustadas... Se diría que son prisioneras que tratan de escaparse. ¡Pobres muchachas! Tal vez están cansadas del convento.

El digno Picuic parecía emocionado por su conjetura.

—¡Oh, oh! —dijo de pronto retrocediendo.

—¿La has reconocido?

—¡Es Violeta!

—Vámonos —añadió Graznido.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento en que Violeta está ahí, Belgodere no anda lejos. Prefiero comer bellotas que recibir garrotazos.

—¿Quién será la otra? —preguntó Picuic.

—¿Qué nos importa? Vámonos.

Y Graznido iba a unir la acción a las palabras, cuando se quedó clavado en el sitio al oír que una voz chillona le preguntaba:

—¿Qué hacéis ahí?

—Soy hombre muerto —pensó Graznido, tendiendo ya la espalda al garrotazo que esperaba.

Pero como el golpe no cayó, ni la voz parecía la de Belgodere, se volvió tímidamente y dio un grito de alegría:

—¡Filomena!

—¡Caramba! —se dijo admirado Picuic—. ¿Ésta es la conquista del señor Graznido?

Era, en efecto, Filomena, que, al ver a Graznido, bajó púdicamente los ojos. Sor Filomena no estaba sola. Iba acompañada de una vieja, especie de campesina mal vestida, de mirada recelosa, voz gruesa, y era la que había gritado a Graznido qué hacía allí. Era sor María Luisa.

—Venimos a ver a Belgodere, a nuestro amigo Belgodere. ¿Está bueno?

—¿Quién es ese Belgodere? —preguntó sor María Luisa.

—El gitano, ya lo recordaréis, el que estaba ahí.

—Ya no está, a Dios gracias. Aquel pagano ya no vive en el convento.

—¿Se ha marchado? ¡Ah, Filomena! ¡Querida Filomena! —exclamó Graznido—.

¡Cuán feliz soy de volveros a ver!

Y antes de que Filomena hubiera podido impedirlo, la abrazó y la besó en las dos mejillas. Filomena, al recibir aquellos besos, los primeros en su vida, se quedó atontada y emocionada en extremo. La pobre tenía más de cuarenta años. Pero el amor no cuenta el número de inviernos pasados sobre la tierra.

—Y es verdad —exclamó Picuic—. Ella lo ama. Graznido ha hallado una mujer que lo ama.

María Luisa estaba indignada.

—Salid —dijo— ¡sinvergüenzas!

—¡Oh, hermana! —contestó Filomena—. El señor Graznido no es un sinvergüenza. ¡Tiene una voz tan bonita!

—Bueno, ¿y qué hacéis ahí, bribones? —preguntó María Luisa.

—Voy a decíroslo, señora —contestó Picuic descubriéndose, y tratando de imitar la reverencia de Pardaillán.

—Llamadme sor María Luisa.

—Pues bien, sor María Luisa. He aquí lo que nos trae. He de deciros que soy íntimo amigo del señor Graznido aquí presente, hasta el punto de que a veces nos toman por hermanos.

—Bueno ¿y qué?

—Pues que mi amigo, desde que vino aquí, ha perdido el sueño y el apetito, y si continúa adelgazando de tal modo, acabará por morir. Todo ello obedece a que mi amigo, al salir de aquí se olvidó un tesoro.

—¿Un tesoro? —exclamó asombrada María Luisa.

—Sí, un tesoro, el más precioso e inestimable: Su corazón, que dejó en manos de Filomena.

—¡Qué infamia! —exclamó sor María Luisa.

—Hermana, hermana mía —suplicó Filomena.

Sor María Luisa iba a contestar muy ásperamente, cuando, de pronto, se lanzó hacia la puerta del recinto, que acababa de abrirse para dar paso a las dos jovencitas.

—¡Virgen santa! —exclamó—. ¡Se escapan las dos paganas!

Y echó a correr con toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas.

Violeta y su compañera, ligeras como dos corzas, estaban ya al lado de la brecha. Sor Filomena se había quedado petrificada de asombro en el mismo sitio. En cuanto a Graznido, no comprendió lo que pasaba.

Picuic, con la rápida comprensión del hombre que trata de asegurarse la pitanza y el lecho, estudió la situación:

—Es el momento de matar dos pájaros de una pedrada —pensó.

En un instante tomó su decisión. Abrió el inmenso compás de sus piernas, echó a correr para cortar la retirada a las dos fugitivas, y en pocas zancadas llegó a la brecha, antes de que ellas la franqueasen.

Violeta y su compañera se detuvieron. La desesperación se apoderó de su espíritu

y se echaron a llorar.

—¡Querida Juana! —dijo la gitanilla—. Ya veis que es inútil toda tentativa.

—¡Ay de mí! —contestó la otra—. Yo soy la causa de todo. ¡Quiera Dios que no nos ocurra ninguna desgracia!

Y se echaron en brazos una de otra.

—¡Hola, polluelas! —decía en aquel momento Picuic—. ¿Adónde ibais tan aprisa? Vamos, ¡adentro otra vez!

—Señor... —balbució Violeta.

Y al levantar sus hermosos ojos hacia Picuic, lo reconoció. Acto seguido se estremeció de terror al figurarse que no andaría lejos Belgodere.

—¡Estoy perdida! —exclamó.

En aquel momento, Picuic se unió a ellas y cogiéndolas por el brazo les dijo en voz baja:

—No temáis nada y fingid tenerme por enemigo. Os juro por el cielo que os salvaré, porque soy fiel servidor del señor de Pardaillán y de monseñor Carlos de Angulema.

Violeta se quedó extasiada y dio un grito de alegría.

—¡Silencio! —dijo Picuic y, en alta voz añadió—: Vamos, llegaos a esa digna religiosa.

María Luisa llegaba entonces sin aliento.

—¡Caramba! —exclamaba—. A no ser por este digno caballero, se escapaban esas infieles y entonces no sé qué habría sido de mí.

Picuic, cogiendo del brazo a las dos jóvenes, las hizo entrar nuevamente en el recinto y cerró la puerta. Las dos amigas no opusieron la menor resistencia.

María Luisa levantó entonces la cabeza para examinar el rostro de Picuic, y seguramente el examen fue favorable, pues con gran amabilidad le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Picuic, hermana, nombre armonioso del varón más católico de París, y si queréis de ello *tona* prueba, ahí va.

Y Picuic, con una voz de falsete, que nada tenía de desagradable para María Luisa, entonó:

—*Tantum ergo sacramentum...*

Sor María Luisa unió las manos con beatífica admiración. En aquel momento la voz de bajo profundo de Graznido se unió a la de Picuic, causando con ello las delicias de sor Filomena.

—*Genitori genitoque...* —cantaban los dos ex chantres.

Hacía mucho tiempo que sor María Luisa, que, a pesar de todo, era muy religiosa, no había oído semejante concierto. Terminados los dos versículos litúrgicos, las dos monjas continuaban mirando extasiadas a los dos compadres.

—Sin duda alguna —pensaba sor María Luisa— si acojo a esos dos hombres, la pobre sor Filomena correrá el peligro de caer en pecado mortal. Pero también, gracias

a ellos, las dos infieles no han podido escaparse. Escuchad, maese Picuic, veo que me había engañado acerca de vos. Sois un hombre de corazón, un buen hombre. Además, sois religioso y cantáis de un modo excelente.

—Hermana, me aduláis.

—No hago más que reparar una injusticia. Al detener a esas dos herejes habéis prestado a la madre abadesa un servicio que no olvidará. Voy a hablarle de ello y os recompensarán.

—¿Y cuál será nuestra recompensa, hermana? Espero que esta pregunta no será indiscreta.

—Haré de modo que os nombren chantres de nuestra capilla, aunque en ella no se digan misas más que los domingos y fiestas de guardar.

—Hermana —añadió Picuic—: Permitidme que os haga otra pregunta: ¿Cuál es el sueldo que dais a los chantres en este convento?

—No les damos ningún salario, porque nuestros recursos son demasiado reducidos, aunque es probable que, dentro de poco, nuestra fortuna aumente considerablemente. Entonces os pagarán doble, para indemnizaros del tiempo que hayáis cantado sin cobrar. Entre tanto, ganaréis el favor del cielo y el mío.

—Escuchad, hermana —dijo Picuic—. Prefiero decíroslo enseguida: mi modestia es tan grande que no puedo pensar siquiera en recibir elogios de la santa y reverenda madre abadesa, y así os ruego que no le habléis de nosotros.

—Como queráis —dijo sor María Luisa, que no tenía muchas ganas de que Claudina de Beauvilliers se enterase del intento de fuga de las dos herejes.

—Tal como os lo digo. Ni mi amigo, el señor Graznido, ni yo mismo, querríamos aceptar entonces el empleo de chantres, que acabáis de prometernos, es decir, el favor del cielo y el vuestro.

—¡Ah, no os dejaremos! —exclamó Graznido—. Siempre he tenido afición a la vida conventual.

—¿Y por qué no nos dejaréis? —preguntó extrañada sor María Luisa.

—Sí, nos instalamos aquí. Nada temáis, hermana. Os recompensaremos espléndidamente la hospitalidad que vais a darnos. Ante todo, cultivaremos nosotros el huerto. Luego Vigilaremos estrechamente a las dos herejes y, por fin, tendremos para vosotras los buenos modales que merecéis.

Graznido dirigió una mirada volcánica a sor Filomena, pero no había necesidad, porque la monja ya estaba convencida. En cuanto a sor María Luisa, reflexionando rápidamente, entrevió todo el partido que podía sacar de los dos fieles servidores, pues podría tenerlos siempre a sus órdenes, le harían su trabajo y, sobre todo, serían dos excelentes carceleros para las herejes, cuya guarda le había sido confiada.

—Aceptado —dijo de pronto.

—¿Cómo? —exclamó Picuic—. ¿Consentís en darnos hospitalidad?

—Con todo corazón.

—¿Y también comida?

—¡No faltaba más!

Picuic contempló admirado a Graznido, que había tenido la buena idea de ir al convento. Filomena y Graznido estaban contentísimos. Éste, ante la idea de comer todos los días, y aquélla, extasiada ante las ideas amorosas que llenaban su corazón.

—Venid —dijo sor María Luisa a los felices héroes.

Los cuatro se dirigieron entonces al pabellón vecino a la brecha y entraron allí.

—Ésta será vuestra vivienda —dijo sor María Luisa—. Esta noche, con sor Filomena, os traeremos vuestra cama, o sea algunos haces de paja que tomaremos de las cuadras de la abadesa. Cuidad de no mostraros cuando salga al jardín alguna de nuestras hermanas y, además, vigilad la brecha y la empalizada.

—Perdonad, hermana. Acabáis de prometerme una cama excelente, pero ¿cuál será nuestra comida? Ya comprenderéis que éste es un punto importante.

—Comeréis lo que nuestra industria nos proporciona todos los días a sor Filomena y a mí, porque si contásemos con los víveres del convento, hace ya mucho tiempo que habríamos muerto. En un lugar oculto criamos gallinas y tenemos gran cantidad de huevos.

—Al pelo —exclamó Graznido—. Precisamente me gustan las tortillas con delirio.

—Y el domingo —añadió María Luisa— retorcernos el cuello a un pollo.

—Muy bien —exclamó Picuic.

—Por fin, podemos disponer de las legumbres que cultivamos y de las que hacemos una sopa casi cada día. Cuando podemos añadir un poco de buey o de tocino, no dejamos de hacerlo.

Graznido lloraba de felicidad.

—¿Y el vino? —exclamó Picuic, que siempre era el más exagerado.

—Bebemos agua —contestó modestamente sor Filomena.

—No hay vino más que en la bodega de la reverenda abadesa —añadió María Luisa.

Los dos héroes hicieron una mueca, pero sor Filomena, con los ojos bajos, añadió con la misma modestia:

—Ya sabéis, hermana, que conozco el medio de entrar en la bodega de la abadesa. Creo, pues, que podremos obtener una o dos botellas diarias, no para nosotras, pues la regla lo prohíbe, sino para estos dignos caballeros.

—Permitidme la última pregunta, hermana —dijo Picuic—. ¿A qué hora se come?

—A las doce de la mañana comemos y descansamos.

—Pues no deben andar lejos —observó Picuic.

—Acaban de dar las ocho.

—¡Caramba! Pues habría jurado...

—Tal vez estos caballeros tienen apetito —insinuó sor Filomena.

—Precisamente apetito no, porque hemos comido bien bajo un roble esta misma

mañana. Pero como nos hemos levantado muy temprano y el camino nos ha despertado las ganas de comer...

—Hermana —dijo sor Filomena—, voy a buscar algunos huevos que guisaré junto con aquel trozo de venado que nos regaló el reverendo mendicante que pasó por aquí.

Y sin esperar el asentimiento de su compañera, Filomena se alejó rápidamente. Un cuarto de hora más tarde regresaba con las provisiones anunciadas y un pan blanco.

—En cuanto al vino —dijo tímidamente— hay que esperar a la noche para obtenerlo.

Las dos monjas se alejaron entonces para cumplir la misión que les habían confiado, es decir, vigilar a las dos jóvenes encerradas en el recinto. Picuic y Graznido se sentaron inmediatamente sobre un grueso tronco derribado, y colocaron entre los dos las provisiones debidas a la munificencia de sor Filomena.

—¿No te lo dije? —exclamó Graznido, devorando con frenesí.

—Graznido, te proclamo inteligentísimo compañero. Nunca lo habría creído de ti.

—Soy así... inteligente y valeroso, pero antes yo no lo sabía. Sin embargo, ahora que lo sé, ya ves los resultados.

—Si tenemos una pizca de ingenio haremos nuestra fortuna al salir de aquí —exclamó Picuic que, sin dejar de comer, reflexionaba.

—¿Cómo? —preguntó Graznido.

—Escucha. Violeta está aquí prisionera.

—Sí, a pesar de que yo la liberte.

—¿Tú? —exclamó Picuic estupefacto.

—Sin duda —contestó Graznido con doble sencillez—. ¿No te lo he contado nunca? ¿No te acuerdas de la batalla que hube de sostener?

—Es cierto. Pues Violeta, a pesar de que tú la libertaste, está presa aquí. Si el señor caballero de Pardaillán y el señor duque de Angulema salen de la Bastilla, como son capaces de hacerlo, está hecha nuestra fortuna, porque les habremos devuelto a la gitana.

—Sí —contestó Graznido—, pero ¿crees tú que saldrán nunca de la Bastilla?

—En tal caso —continuó Picuic— procedería de otra suerte. Ante todo quiero interrogar a Violeta. Siempre me ha parecido que esa niña era de noble familia y ¿quién sabe si no la están buscando? Te digo que Violeta es nuestra fortuna, Graznido. Es preciso dar un buen golpe y apoderarnos de ella.

—¿Quieres que vaya a buscarla y la traiga? —preguntó Graznido.

—No, no te metas en nada. Tú me ayudarás tan sólo cuando llegue la ocasión. Hasta entonces estaremos en Jauja y debemos procurar engordar un poco.

—En resumidas cuentas —dijo Graznido—, se está bien aquí y los víveres de sor Filomena valen más que las bellotas de esta mañana.

VII - María de Montpensier

UNA VEZ EN PARÍS, Jacobo Clemente se encaminó directamente hacia su convento, pues no acostumbraba a entretenerse por las calles cuando no tenía objeto para ello. Sentía grandes deseos de estar solo en su celda para reflexionar acerca de su situación, pero antes era necesario dar cuenta de su viaje al prior, cosa que no le inspiraba el menor recelo, pues el reverendo Bourgoing había sido siempre muy afable para él y le había permitido gozar de ciertas libertades, desconocidas para los otros frailes.

Eran las siete de la tarde cuando llegó ante la puerta del convento, después de haber recorrido en una jornada las veinte leguas que separan Chartres de París. Su caballo, que debía a la generosidad de los que habían querido matarle, estaba cubierto de espuma.

—Cuidad a ese noble caballo —dijo al hermano portero—. Conducidlo a la cuadra del reverendo prior, que estará muy contento con esta adquisición. Es el regalo de los filisteos.

El hermano portero obedeció sin replicar, y llamando a dos legos que hacían de mozos de cuadra, les entregó el caballo que había pertenecido al rey. Jacobo Clemente, después de haberse asegurado de que el caballo estaba bien cuidado, se dirigió a las habitaciones del abad, que no tenían nada de ascéticas.

El prior Bourgoing estaba sentado ante la mesa. Leía con gran atención una carta que acababan de entregarle, y fruncía el entrecejo, demostrando estar poseído de viva agitación, cosa que no le impedía hacer honor a la excelente comida que le servían tres frailes con respetuoso cuidado.

A Bourgoing no le gustaba que lo interrumpieran en tan importante operación como comer. Pero en cuanto supo que el llamado Clemente estaba en la antecámara, cerró con viveza la carta que leía, dio orden de introducir al joven fraile, y con una seña despidió a sus servidores.

—¡Cómo, hermano! —exclamó al ver a Jacobo Clemente vestido de caballero. ¿Por qué vestís ese traje, tan poco de acuerdo con las reglas de nuestra orden? ¿Qué significa esto?

El prior había visto veinte veces al joven con igual traje y nunca demostró la sorpresa ni la indignación que en aquel momento manifestaba. Por esta razón el fraile se quedó atónito.

—Pero esto no es todo —continuó diciendo el prior—. Ya hace cinco días que estáis ausente del convento y os hago buscar inútilmente por todo París. Éste es un modo muy extraño de cumplir con vuestros deberes. No sois hermano mendicante ni predicador y, en fin, no tenéis ninguna misión que pueda explicar tan larga ausencia.

—Perdonad, reverendísimo prior —dijo con frialdad Jacobo Clemente—. A no ser que vuestro espíritu esté turbado de un modo que no concibo, sin duda recordáis...

—No recuerdo nada —dijo el prior con violencia.

—¡Cómo, venerable padre! ¿No me disteis vos mismo la bendición antes de marcharme?

—¡Estáis delirando! —exclamó Bourgoing levantando las manos si cielo.

—¿No me disteis la absolución de todos los pecados que pudiera cometer?

—¡Loco, el desgraciado está loco! ¿Y por qué pecado podía yo daros la absolución anticipada?

—Ya os lo confié, padre mío. Recordad lo que me dijisteis. Recordad que me citasteis el ejemplo de Judith...

—Vos sois el que debéis recordar, hermano. Volved en vos, hermano.

—¡Ojalá me hubiese vuelto loco! —exclamó Jacobo Clemente con amargura—. Padre mío, vuestra actitud me sume en un mar de confusiones. ¿No me infundisteis ánimos vos mismo afirmando que la Escritura autoriza ciertos actos irregulares cuando se trata del servicio de Dios?

—Pero ¡en nombre del cielo! —exclamó el prior blandiendo el cuchillo—. ¿De qué actos irregulares queréis hablar?

—De uno solo, reverendo padre —contestó Jacobo Clemente con sombría voz.

—De ninguno, de ninguno —repitió el prior a voz en grito tratando de ahogar las palabras del fraile y mirándolo con ansiedad—. Vuestra imaginación enferma os sugiere pensamientos debidos, sin duda, al mal espíritu.

Bourgoing hizo la señal de la cruz sobre la servilleta de inmaculada blancura que cubría su pecho.

—Ya es demasiado —dijo Jacobo Clemente—. Salí con vuestra aprobación, con vuestra bendición, y con vuestra absolución. Salí con la gran procesión para ir al encuentro del rey en Chartres y matarlo con este puñal.

Bourgoing, con brusco gesto, rechazó la mesa, se quitó la servilleta y acercándose al fraile le dijo en voz baja:

—¿Pero qué decís? ¿Matar al rey? ¿Habéis concebido tan horrible crimen?

—Por Dios vivo, padre, juro que...

—No juréis nada. Consideraos feliz de que no os entregue al brazo secular. Idos, hermano, idos. Recitad los salmos de la penitencia... ayunad... velad, rezad y yo, entre tanto, reflexionaré acerca del mejor medio para hacer salir de vuestra alma el demonio que la habita en este momento.

Jacobo Clemente bajó la cabeza, comprendiéndolo todo. Se dio cuenta de que, habiendo fallado el golpe, el prior quería guardar silencio sobre aquella tentativa. Lo creyó así, pero se engañaba. Supuso que el prior lo mandaba a su celda para que hiciera penitencia, pero en la antecámara halló una docena de vigorosos frailes que le rodearon.

—Hermano —dijo uno—, es preciso seguirnos al calabozo de penitencia.

Entonces Jacobo Clemente vio que no solamente querían impedirle que hablase, sino que lo castigaban por no haber dado el golpe. Quiso dar un grito y defenderse,

porque el calabozo de penitencia era horrible, una mazmorra de la que casi nunca se salía vivo; más a pesar de todos sus esfuerzos, se vio encerrado allí.

Entre tanto, el prior Bourgoing acabó tranquilamente la comida, diciendo a los frailes que le rodeaban:

—No sé lo que tendrá nuestro desgraciado hermano Clemente, ni qué pecado mortal habrá cometido, pero está poseído. Profiere blasfemias extravagantes y horribles. Como las palabras que le inspira el demonio podrían introducir el desorden en la comunidad, prohíbo expresamente que nadie se acerque al calabozo para tratar de oírlas. Yo mismo iré a visitarlo y si consigo exorcizarlo lo dejaré salir, pero lo dudo.

El calabozo de penitencia estaba debajo de la bodega del convento. Una vez en ésta, se bajaba a él por una escalera de caracol de cuarenta escalones.

El calabozo era bastante espacioso. Sus bóvedas esculpidas, las columnas que salían de los ángulos y las piedras que, a pesar del tiempo y la humedad, mostraban los adornos que tuvieran antiguamente, todo ello probaba que aquella sombría estancia había sido destinada a otra cosa que a calabozo. En efecto, el suelo se componía de una serie de losas rectangulares de grandes dimensiones, en que estaba fijada una gruesa anilla de hierro oxidado por la humedad, y bajo cada una de las cuales había un ataúd.

El calabozo del monasterio de los Jacobinos era un panteón que entonces servía de cárcel a los frailes que habían cometido algún crimen secreto, que era necesario castigar sin revelarlo a los jueces laicos.

No había banco, ni escabel, ni mueble alguno, así como tampoco paja para echarse. No había más que un cántaro, que Jacobo Clemente encontró lleno de agua, circunstancia que le hizo suponer que el prior había dado las oportunas órdenes antes de su llegada. Su sospecha se confirmó, cuando, a tientas, halló al lado del cántaro un pan.

De ello se desprendía que su ingreso en el calabozo fue decidido antes de que se presentara al prior. La situación era terrible, pero Jacobo Clemente empezó a examinarla fríamente. Para meterlo en el calabozo fue atado y amordazado, pero una vez dentro, lo dejaron suelto. La oscuridad era opaca. Se quedó inmóvil, acurrucado en el ángulo en que el pie había descubierto el pan y el cántaro, y con la cabeza entre las manos, empezó a meditar.

Odiaba a Enrique III, tirano de la religión católica, porque no consentía en que hubiese otra jornada de San Bartolomé, y le odiaba porque también lo detestaba María de Montpensier y, además, por ser hijo de Catalina de Médicis, que tanto hizo sufrir a su madre. Por todas estas razones, Enrique III debía morir a manos de Jacobo Clemente, según éste se decía.

El ángel, en representación de Dios, se lo ordenaba; María, en nombre de su amor, se lo pedía, y su madre, en nombre de la venganza, se lo reclamaba. Era, pues, lógico que matase al rey y contrario al buen sentido el perdonarlo.

El primer resultado de esta lógica especial, fue desvanecer todo temor del ánimo de Jacobo Clemente. Después de los primeros movimientos instintivos y nerviosos, por hallarse en aquella tumba, se dijo que no debía temer nada, puesto que el rey vivía y él había sido designado por Dios para dar muerte al tirano.

Jacobo Clemente estaba, pues, seguro de que lo libertarían, el ángel, María de Montpensier o el espíritu de su madre. Sintió desprecio por las descaradas mentiras de su prior, en quien hasta entonces había tenido ilimitada confianza.

Transcurrieron algunas horas, al cabo de las cuales sintió hambre y sed. Comió la mitad del pan que le habían dejado y bebió agua del cántaro. Luego, fiel a la regla del convento, y obedeciendo las órdenes del prior, a pesar de que lo consideraba indigno, empezó a recitar los salmos de la penitencia, pues, en realidad, se figuraba estar en pecado mortal. Este pecado era su amor por María de Montpensier.

Acabó por dormirse en un sueño, si no tranquilo, por lo menos exento de temor. Al despertar tuvo nuevamente hambre y sed. Comió el resto del pan y bebió una parte del agua que le quedaba en el cántaro. Se figuraba que no estaba lejos el momento en que uno de los frailes del convento iría a renovar su provisión.

Sin embargo, transcurrieron las horas sin que oyese el menor ruido. Se dijo que, sin duda, era demasiado temprano y que tal vez había dormido poco rato. Como lo encerraron por la noche, creyó hallarse a la mañana siguiente. En realidad, había transcurrido una noche, un día entero y otra noche.

Llegó el momento en que no quedó una sola gota de agua en el cántaro. Tenía hambre y sed, pero eran relativamente benignas comparadas con los tormentos que llegan a producir semejantes necesidades.

—¿Por qué tendré tanta hambre, yo que, de ordinario, soy sobrio? Sin duda el largo viaje a caballo y tal vez la fiebre son la causa.

Hacía muchas horas que se paseaba por el calabozo. Las tinieblas continuaban siendo absolutas. Pero por el tacto, por el roce de su hombro contra las paredes y por la regularidad de sus pasos, conocía perfectamente las dimensiones de su calabozo y andaba con firmeza. Esta marcha monótona acabó por fatigarle y se durmió de nuevo. Pero entonces su sueño se vía poblado de pesadillas.

—¡Oh, cuánta sed tengo! —exclamó Jacobo Clemente despertándose—. ¡Qué sed, Dios mío!

Se levantó y, para engañar la sed, empezó a andar nuevamente. A la sazón notó que le temblaban las piernas y entonces comprendió la horrible verdad. Iba a morir de hambre y de sed.

Quiso gritar, pero sus labios no dejaron salir ningún sonido. Se arrastró hacia el lugar en que estaba la puerta y trató de llamar, pero sus debilitados puños apenas rozaron la madera. Cayó agotado y entonces el sufrimiento hizo presa en él. Luego, al cabo de un espacio de tiempo que no pudo apreciar, se calmó el sufrimiento y sólo experimentó una debilidad infinita.

Trató entonces de medir el tiempo que había transcurrido y se figuró que hacía

más de un mes que estaba allí, cosa que le asombró, pues nunca se habría figurado resistir tanto. En realidad, hacía tres días que había terminado la última gota de agua, y cinco a contar del momento en que fue encerrado.

¿Cuántas horas estuvo sufriendo el hambre y la sed, tendido en las losas de su calabozo? No hubiera podido decirlo. Por fin le pareció que se dormía y perdió la noción de las cosas. En aquella especie de sueño, o tal vez desvanecimiento, sus pesadillas tomaron más consistencia y se le apareció María de Montpensier.

Hallábase en una estancia en que reinaba exquisita frescura. Como en todos los sueños, no habría podido precisar los detalles de la habitación, pero, confusamente, se dio cuenta de que estaba tendido sobre un lecho de rara magnificencia, con cuatro columnas de ébano preciosamente esculpidas y rodeado por ricos cortinajes de brocado. Por la habitación andaba ligera y grácil como una aparición María de Montpensier.

En su ensueño, Jacobo Clemente la seguía extasiado con la mirada, temiendo despertarse a cada momento.

No obstante, le pareció que habían desaparecido el hambre y la sed que hasta entonces lo torturaban, y tenía la sensación de que le habían hecho absorber algún alimento, así como una bebida deliciosa, cuyo sabor conservaba aún el paladar.

—Pronto empezaré a sufrir de nuevo —se dijo—, porque todo esto no es más que un sueño.

Y miró a María de Montpensier, Hizo un esfuerzo para unir las manos, y entonces se dio cuenta de que éstas rozaban, en efecto, una tela muy fina y fresca. Casi inmediatamente se convenció de que todo aquello no era sueño, sino que la cama, las ropas que lo cubrían, la estancia, y la misma María de Montpensier eran reales.

Ya no soñaba, ni tampoco estaba extendido sobre las losas de la antigua tumba.

Hizo un esfuerzo de imaginación para explicarse por qué se hallaba entonces en aquel lujoso aposento, en vez del calabozo en que tanto había sufrido, pero su cerebro debilitado no pudo hallar otra explicación, sino que se había cumplido un milagro.

En aquel momento la joven se acercó a él sonriendo. Jacobo Clemente se quedó extasiado. Por aquella sonrisa se habría arriesgado a sufrir la condenación eterna. Ella tenía, en la mano un cubilete de oro, mientras con la otra levantaba ligeramente la cabeza pálida, ascética y hermosa del joven fraile.

—Bebed un poco —dijo con voz en que se advertía expresión de ternura y de conmiseración.

Y presentó a sus labios el borde del cubilete.

A medida que bebía, Jacobo Clemente sentía su cuerpo invadido por una frescura suave que alejaba la fiebre de su pecho y reanimaba sus fuerzas.

Al caer nuevamente su cabeza sobre la almohada, quiso balbucir una palabra, pero ella le tapó la boca con la mano, que el fraile besó estremeciéndose deliciosamente.

—Ahora dormid —dijo ella—. Es preciso.

Jacobo Clemente obedeció. Cerró los ojos y casi enseguida quedó sumido en profundo sueño. Perdió la conciencia de todo lo que le rodeaba, si bien, de vez en cuando, le pareció que le obligaban a tragar una bebida cordial.

Al despertarse se vio en el mismo sitio y observó con sorpresa que la luz diurna era la misma. En efecto, había dormido un día y una noche. Sentíase fuerte, vigoroso, con los miembros ágiles. Sobre el sillón, cerca de él, divisó el traje de caballero, con el que viajara desde Chartres hasta París. Se vistió prontamente y buscó con los ojos el puñal, pero no pudo hallarlo.

No tuvo tiempo de inquietarse por tal desaparición, porque, en aquel momento, sus ojos se fijaron en una mesa ya servida, y casi inmediatamente se abrió una puerta para dar paso a María de Montpensier.

—Y bien, ¿cómo os encontráis?

—Señora, ¿acaso estoy en el cielo? Debo creerlo así, porque veo ante mí a un ángel de Dios.

María se echó a reír.

—No —dijo—. Por desgracia, esto no es el Paraíso. Es sencillamente el hotel de Montpensier. Y el ángel que veis, no lo es en realidad. Sólo es una pobre pecadora que tiene necesidad de indulgencias. Pero sentaos ahí, y yo aquí. Quiero serviros. No me rehuséis ese placer.

Y acentuó tales palabras con un guiño tan malicioso y una mirada tan fascinadora, que Jacobo Clemente, fuera de sí, se dejó caer, más bien que se sentó, en la silla que le había designado.

La mesa estaba admirablemente servida y provista de manjares y bebidas deliciosos. Ningún criado servía a los comensales. La duquesa en persona, con graciosa destreza, cortaba los manjares y llenaba los vasos con sus blancas manos cargadas de diamantes.

Al joven le parecía estar soñando. Comía y bebía sin notarlo, y poco a poco la embriaguez subía a su cerebro. Contribuía a ello, el espectáculo maravillosamente impuro que tenía ante sí.

En efecto, María de Montpensier llevaba un traje que le habría envidiado la más refinada cortesana. Las gasas que la envolvían, apenas ocultaban sus delicadas formas. Sus brazos, un poco delgados, pero admirablemente modelados y de exquisito color de rosa, estaban desnudos. Su corpiño, muy descotado, dejaba ver sus senos de nieve y su flexible cuello, que adornaba un hilo de perlas de inestimable valor.

Imposible habría sido para Jacobo Clemente el separar su mirada de aquella mujer que adoraba con místico amor y que se ingeniaba para despertar en él el amor temporal. Ardiente llama brillaba en los ojos de la seductora y el fraile se ruborizaba y palidecía a cada instante. Entonces bebía, vaciando de un trago el vaso que hallaba a su alcance y que la hermosa cortesana llenaba sin cesar.

Aquellos vinos, aquellos manjares sabiamente especiados, aquellos perfumes, el

espectáculo de aquella mujer adorable, todo contribuía a llevar el vértigo del pecado mortal al pobre fraile, que hasta entonces había conseguido salvar su cuerpo y su alma.

Una risita perversa, una voluntad maliciosa de hacer sucumbir, por fin, a aquel hombre, brillaba en los ojos de María de Montpensier. No obstante, desde el primer momento en que se sentaron, empezaron a hablar de cosas muy interesantes, sin duda alguna, pero que no se referían a su pensamiento actual. La escena era de seducción y las palabras no eran allí más que un pretexto. Sin embargo, aquellas palabras tenían gran importancia para Jacobo Clemente.

—Soy muy feliz —decía María de Montpensier— de que por fin hayáis recobrado la vida y la salud. Ya estáis curado, pero en nueve días que lleváis aquí ¡cuántas veces he temblado!

—¿Nueve días? ¿Hace nueve días que estoy en este hotel?

—Sin duda, ¿no os acordáis? Sin duda la fiebre os lo habrá hecho olvidar todo.

—No me acuerdo de nada, señora.

—¡Cómo! ¿Tampoco os acordáis del momento en que os hallé medio muerto?

—¿Me hallasteis?

—En la Cité, detrás de Nuestra Señora. Eran casi las diez de la noche. Volvía yo a mi hotel, saliendo de una casa que vos ya conocéis, y de pronto uno de mis portatorchas me dijo que había en el suelo un gentilhombre desvanecido o muerto. Me incliné desde mi litera y os reconocí, cosa que estuvo a punto de hacerme desmayar.

Jacobo Clemente dio un suspiro de alegría.

—Entonces bajé —prosiguió María mirándolo maliciosamente— y en cuanto me incliné hacia vos, recobrasteis el sentido y me dijisteis que os habían atacado unos truhanes, que os habían dejado por muerto.

—¿Eso os dije?

—La prueba es que os hice meter en mi litera y os traje aquí.

Jacobo Clemente estaba estupefacto, pero, en el fondo, admitía sin discusión tal milagro. El ángel lo habría sacado del calabozo de penitencia y dejado en el camino en que María de Montpensier debía pasar.

—¿Y cuándo sucedió eso? —preguntó.

—Ya os he dicho, hace nueve días, el día siguiente de la procesión a Nuestra Señora de Chartres.

Jacobo Clemente se pasó la mano por la frente. Hacía algún tiempo que vivía rodeado de visiones e ilusiones. Cuando, por fin, conseguía tocar con una realidad, se disipaba y huía de su alcance.

Por de pronto había su entrevista con Bourgoing al día siguiente de la procesión de Chartres; luego tuvo lugar su estancia en el calabozo de penitencia, que, de acuerdo con sus cálculos, había durado seis o siete días, y, por fin, se despertó en el hotel de María de Montpensier.

De todo ello resultaba que, o bien el calabozo había sido un sueño, o la situación

presente no era más que una ilusión.

—¡Señora! —exclamó fuera de sí—. Siento extraña confusión en mi cerebro. Os ruego que me detalléis con precisión vuestros recuerdos. ¿Era, en efecto, el siguiente día al de la procesión de Chartres, cuando vos me encontrasteis?

—Exactamente, amigo. Al día siguiente de aquél en que debía morir Valois.

Jacobo Clemente se estremeció, al comprender que aquello no era ninguna ilusión por, su parte.

—¿Y me encontrasteis en la Cité? —prosiguió.

—Privado de sentido y junto a la posada del «Broche de Hierro».

—¡Qué Dios os conserve la razón!

—¡Amén! —dijo riendo María de Montpensier—. Pero pensad en que he tenido que dirigir yo el mismo ruego al Señor en la catedral de Chartres, cuando, en vez de Jacobo Clemente vi a Pardaillán al lado de Valois. No creáis que por ello os guardo rencor, porque, de lo contrario, no os habría hecho traer a mi hotel, arriesgando mi reputación.

—Mi corazón está lleno de agradecimiento —contestó con vehemencia Jacobo Clemente—, pero no hay necesidad de esta gratitud para aseguraros que la vida de Valois se prolongará solamente algunos días. Lo que no se hizo en Chartres, se hará en otra parte.

María de Montpensier palideció. Su risa fresca y sonora salió de sus labios y un brillo funesto centelleó en sus ojos. Se levantó de su sitio, rechazó la mesa y fue a sentarse en las rodillas de Jacobo Clemente, cuyo cuello rodeó con sus brazos. A la sazón, se hallaban como en la posada del «Broche de Hierro», cuando el duque de Guisa sorprendió a su mujer en los brazos del conde de Loignes.

Como entonces, Jacobo Clemente sentía el cerebro invadido por la doble embriaguez del vino y del amor. Su corazón latió con violencia. Sentía extraño desfallecimiento y en el fondo de su alma rugían el terror, la vergüenza y el remordimiento del pecado mortal.

—¿De veras? —murmuró la seductora—. ¿De veras estaríais dispuesto a herir? ¿No tuvisteis miedo en Chartres?

—¿Acaso puedo conocer el miedo? ¡Ojalá fuese así! No, señora, no fue el miedo lo que me impidió herir a Valois, porque me pesa la vida y aspiro al suplicio que vengará la muerte del tirano. Tampoco dejé de herirlo por lástima, porque ni él ni los suyos la han tenido de los míos. Tampoco fue remordimiento, porque Dios mismo me mandaba herir.

—¿Entonces por qué? —preguntó María, abrazándolo más estrechamente.

—¡Ah, señora! He de creer que Dios ha querido prolongar la vida del tirano, con un objeto que sólo conoce su divina sabiduría, porque puso en mi camino al único hombre que podía ordenar que aplazara mi misión.

—¿Y quién es ese hombre?

—Si ese hombre me mandase que volviera contra mí el arma que debía herir a

Valois, lo haría sin vacilar. Ese hombre es el único que puede disponer de mi voluntad y de mi vida, porque cuando mi madre sufría una agonía espantosa, fue el único que tuvo lástima de ella.

—¿Vuestra madre? —preguntó asombrada la duquesa—. ¿No vive feliz en Soissons, en donde vos nacisteis?

Jacobo Clemente sonrió.

—La mujer de Soissons no es mi madre —dijo—. Tal vez fue la que me educó, si bien no es muy seguro. Mi madre ha muerto, señora, y, como os he dicho, sufrió de un modo horroroso y si algún consuelo tuvo en su vida miserable, lo debió al hombre que Dios interpuso entre Valois y yo.

—¡Es Pardaillán! —exclamó María con repentina inspiración.

—No he dicho que sea él —repuso sordamente el fraile—. Lo cierto es que ese hombre ha extendido su mano sobre el rey de Francia y desde entonces el rey es sagrado para mí. Pero en cuanto le retire su protección, cosa que tal vez ocurrirá dentro de pocos días, entonces juro que el rey de Francia morirá por mi mano.

—Os creo —dijo María estremeciéndose.

Y como si no tuviera nada más que decir, se levantó vivamente, hizo un gesto gracioso y desapareció semejante a un hada.

Jacobo Clemente se quedó solo y presa de turbación inexplicable. Jamás había experimentado semejante angustia de dolor y de desesperación. Tenía la cabeza perdida y en vano se puso de rodillas y recitó toda clase de oraciones para ahuyentar el demonio de la carne.

Transcurrió el día sin que la duquesa apareciera nuevamente. Jacobo Clemente trató de salir, pero halló las puertas cerradas. No sintió por ello temor ni contrariedad. Poco a poco recobró la sangre fría y sólo le atormentaba una inquietud, la de no hallar el puñal que le diera el ángel.

Hacia la noche sintió cierto apetito, cosa muy natural después del largo ayuno que había sufrido. La mesa estaba todavía allí con algunos restos que el mismo Pardaillán hubiera juzgado muy sabrosos. Jacobo Clemente cenó, pues, solo, y luego, no teniendo otra cosa que hacer, se tendió en la cama. Llegó la noche, que llenó la estancia con sus tinieblas.

Durante largo rato la imaginación del fraile anduvo errante por el país de los sueños. Recordaba los diversos sucesos que últimamente le habían ocurrido, sin poder decidir de un modo cierto dónde empezaba el sueño y dónde terminaba la realidad.

Poco a poco se fundieron esos pensamientos diversos, y se estremecieron sus visiones. Por fin, perdió la noción del mundo de los vivos y cayó en profundo sueño. De pronto le despertó una extraña sensación. En la cama, y a su lado, se deslizaba una mujer que lo rodeaba con sus brazos. Sentía su perfume preferido y de pronto tuvo sobre sus labios la impresión dulce y voluptuosa de un beso de amor.

Entonces abrió los ojos.

Una luz, pálida y velada como la de una mariposa, iluminaba la habitación, precisando apenas el contorno de los muebles, y a aquella luz reconoció los risueños y maliciosos ojos de María de Montpensier.

Quiso balbucir algunas palabras, pero ella las ahogó con sus besos. Extraordinaria embriaguez subió al cerebro de Jacobo Clemente. Un soplo ardiente y desconocido por él, un soplo vivo y potente que palpita en todos los seres, desde la flor hasta el hombre, lo arrebató en sus alas.

Y cuando se halló nuevamente en la tierra, cuando, atontado aún, quiso reunir sus ideas, llevaba en el corazón un recuerdo imborrable y se decía a sí mismo que, por otra noche como aquélla, para hallar de nuevo a la que sus ardorosas manos buscaban todavía, daría más que la vida, condenaría su alma.

María, en efecto, había desaparecido. La luz se había apagado, pero las primeras luces del alba blanqueaban los cristales de la ventana.

Ardiente sed secaba la garganta de Jacobo Clemente. Encima de una mesita que estaba a su alcance, vio el cubilete de oro y, cogiéndolo, bebió, reconociendo entonces el gusto y la frescura de la bebida que le habían hecho tragar durante su delirio. Casi enseguida de haber bebido, apenas tuvo fuerza y tiempo para colocar nuevamente el cubilete en su sitio, porque cayó sobre las almohadas y se durmió con un sueño tan profundo, que más bien parecía la muerte.

Jacobo Clemente pasaba la vida de un sueño a otro.

Acababa de despertarse. Extraño sopor abotagaba sus miembros y su pensamiento. Abrió los ojos y empezó a mirar lo que le rodeaba. A la sazón no se hallaba ya ni en el calabozo de penitencia ni tampoco en el lecho de ébano. Estaba extendido sobre una cama dura y estrecha. Las paredes estaban desnudas. Veía solamente su crucifijo y una mesita cargada de libros y se estremeció violentamente al divisar en la mesa un objeto que brillaba. Era su puñal. Entonces reconoció que se hallaba en su celda del convento de los Jacobinos.

Se levantó, se vistió con su hábito, que estaba sobre un escabel, porque su traje de caballero había desaparecido. Con rápido gesto cogió el puñal y lo besó. Luego lo desenvainó y lo sujetó a su cintura, bajo el hábito. Entonces dio un suspiro, y como la cabeza le empezaba a dar vueltas, se sentó al borde de la cama evocando otra habitación y otro lecho, la visión de voluptuosidad, la hermosa mujer que había estrechado en sus brazos, sin saber si todo aquello era sueño o realidad. En aquel momento la puerta de su celda entreabierta, según mandaba la regla, se abrió del todo para dar paso al prior Bourgoing. Jacobo Clemente se levantó para saludar profundamente.

—*Deo gratias* —dijo el prior al entrar—. Recibid mi bendición, hermano. ¿Ya os habéis levantado? ¿Os ha dejado ya la fiebre? ¡Ah, cuántos cuidados hemos tenido durante los diez días que habéis estado enfermo!

—¡Diez días! —exclamó asombrado Jacobo Clemente.

—Sin duda alguna, hermano, es decir, desde el día en que volvisteis del viaje a

Chartres, que emprendisteis para mayor gloria del Señor.

—¿Y no he salido del convento desde que regresé de Chartres?

—No os habéis movido de esta celda, hermano. No obstante, delirasteis mucho, pero, gracias al cielo, veo que ya estáis curados.

—Completamente, digno padre —contestó pensativo el joven fraile—. Pero permitidme haceros una pregunta.

—Todas las que queráis, hijo mío —contestó Bourgoing frunciendo el entrecejo.

—Una sola, reverendo padre. Antes de entrar en el calabozo...; digo, antes de ser presa del delirio, vuestra benevolencia me había concedido ciertas libertades compatibles con un proyecto que, según creo, ya os he comunicado...

—No sé nada de ese proyecto, pero, continuad, hermano.

—Pues bien, digno padre; quisiera saber si continuaréis haciéndome objeto de vuestra benevolencia, o, en otras palabras, si gozo todavía de los mismos privilegios e iguales libertades.

—Siempre, hermano, siempre —dijo el prior—. Sois libre de entrar y salir de día y de noche, y hasta sin avisarme en un caso urgente. Me consta que trabajáis en la viña del señor. Ahora venid, hermano... Todos nuestros hermanos están reunidos en la capilla para dar gracias a Dios porque habéis recobrado la salud y la razón.

Jacobo Clemente siguió al prior y fue a arrodillarse en la capilla, en el lugar que tenía por costumbre. Pero mientras los frailes entonaban un cántico de gracias, él, prosternado y con la pálida cabeza entre las manos, se preguntaba:

—¿Dónde empieza el sueño? ¿Dónde acaba la realidad?

VIII - El Calvario de Montmartre

HEMOS DEJADO al caballero de Pardaillán y al duque de Angulema en el camino de Chartres a París, parados en una pequeña posada, a fin de reparar sus fuerzas lo mejor posible, y dar algún descanso a los caballos. El alto duró dos horas, al cabo de las cuales subieron nuevamente a caballo y prosiguieron su camino. El joven duque estaba sombrío. Pardaillán parecía tranquilo, como de costumbre.

En suma, el viaje de Chartres no había dado ningún resultado, por lo menos en lo tocante al amor del joven duque, que languidecía y se sentía presa de la desesperación. En efecto, Fausta no pudo dar ninguna noticia acerca de Violeta. Pardaillán relató a Carlos la escena de la catedral, añadiendo con flema que no había ninguna razón para, suponer que Fausta hubiese mentido, Así, pues, habíase perdido toda huella de la gitana. Ésta era la causa del desaliento del joven duque que, abandonando las riendas, dejaba marchar su caballo al lado de Pardaillán.

En cuanto al caballero, había ido a Chartres por dos motivos. Ante todo, para hallar la pista de Violeta, y luego, para arrancar el cetro real de manos de Guisa. Sobre este último punto había obtenido completa victoria. Valois estaba vivo y Guisa volvía a París en plena derrota.

—¿Y qué, monseñor? —dijo Pardaillán—. ¿Por qué suspiráis y estáis tan triste? Fijaos en que no hace mucho estabais en la Bastilla y yo en la nasa de la señora Fausta. En cambio, ahora estamos cabalgando sanos de cuerpo y espíritu, y perfectamente capaces de realizar el imposible de dar con las huellas de Violeta. ¿Qué más queréis?

—Hallar a Violeta —contestó amargamente el duque—. Como decís, Pardaillán, es un imposible, y éste es la causa de que os entristezca con mis suspiros.

—¿Y quién os ha dicho que es imposible hallar a Violeta, cuando ella no desea nada más que volar a vuestros brazos?

—No tenemos ninguna indicación. ¿Adónde dirigirnos?

—Pues seguiremos a Maurevert.

—¡Maurevert! —exclamó sordamente Carlos—. Muchas veces ya habéis asociado ese nombre al de Violeta. ¿Qué ayuda puede prestarnos Maurevert?

Pardaillán habíase guardado muy bien de contar al duque que Maurevert estaba casado con Violeta.

—Maurevert —contestó Pardaillán— es uno de los cómplices del duque de Guisa, y podéis tener por seguro que éste ha intervenido en la desaparición de Violeta. ¿Creéis, acaso, que podemos ir directamente al encuentro de Guisa, rodeado como está en su hotel por numerosos hombres de armas? Conseguiríamos tan sólo hacemos matar y entonces Guisa no tendría ya quien le disputase a Violeta.

—Es cierto, Pardaillán, es cierto, pero ¿y Maurevert?

—Pues bien: nos iremos a París y fácilmente encontraremos a ese tunante. Y entonces procuraremos atraerlo a un lugar que esté al abrigo de toda mirada indiscreta

y, en cuanto lo tengamos, le apuntaremos un puñal al cuello, diciéndole: «Si no nos decís lo que vuestro amo ha hecho de Violeta os matamos». ¿Qué os parece mi plan?

—Digo que sois el hombre más fecundo en recursos que he conocido.

—En cuanto a coger a Maurevert, tengo gran interés en hacerlo, pues, como sabéis, lo odio extraordinariamente. Confiadme —añadió Pardaillán— el cuidado de apoderarme de él. Estoy persuadido de que se acerca el instante en que podré satisfacer una antigua deuda que con él tengo.

—¡Ojalá que así sea, amigo! —contestó el duque—. ¿Y dónde nos alojaremos en París?

—¿Os parece que estábamos mal en «La Adivinadora»?

—De ningún modo, ¿pero no creéis que el lugar sea peligroso?

—Monseñor —contestó Pardaillán—, durante mi vida he tenido más de una vez necesidad de ocultarme, y he observado que siempre se encuentra con la mayor facilidad a las gentes que se esconden. Ni Guisa ni los suyos creerán que estamos en París y mucho menos se figurarán que hayamos ido a aposentarnos a «La Adivinadora».

—Pues vamos allí —contestó Carlos.

Hablando así, los dos caballeros continuaban andando al trote de sus cabalgaduras, sin apresurarse. Al día siguiente entraron en París y marcharon directamente hacia «La Adivinadora», adonde llegaron sin novedad hacia las doce del día, es decir, cuando la sala estaba llena de clientes. Pardaillán se sentó ante una mesa desocupada e invitó a Carlos a que hiciera lo propio.

Rosa estaba en la cocina vigilando la marcha de los asados. Estaba pálida y muy triste, pues se figuraba que Pardaillán continuaba aún en la Bastilla. Para cerciorarse, había efectuado una de esas tentativas desesperadas que sólo pueden ocurrirse a las mujeres que aman de verdad, pero desgraciadamente fracasó, como se verá, y la pobre Rosa se desesperaba. Mientras vigilaba la renombrada cocina de su casa, discutía consigo misma las probabilidades de salvar al caballero y, sin duda, éstas le parecían muy pocas, porque, de vez en cuando, con la punta del delantal se secaba los hermosos ojos llenos de lágrimas.

Por fin, los clientes se alejaron poco a poco. Los oficiales, gentilhombres y estudiantes, que no vacilaban en franquear el Sena de vez en cuando para hacer una buena comida en «La Adivinadora», todos ellos salieron uno después de otro, y, finalmente, no quedó en la sala más que una mesa ocupada en la cual dos rezagados vaciaban, sin darse prisa, una botella de vino de España.

Rosa salió para vigilar que todo estuviera en orden: la vajilla de flores en los aparadores de roble, los escabeles en fila alrededor de los muros los vasos de estaño colgados en sus respectivos clavos. Mientras hacía esa inspección, divisó de pronto a Pardaillán que, sonriendo, la miraba ir y venir. Rosa se quedó petrificada y se echó a temblar. Pardaillán se acercó a ella y le cogió las manos.

—¡Ah, señor caballero! —exclamó la buena mujer—. No me atrevo a creer en lo

que veo.

—Creed, pues, en estos dos besos —dijo Pardaillán dándoselos.

Rosa se echó a reír con los ojos bañados en lágrimas.

—¡Ah, caballero! —dijo—. Ya estáis libre. ¿Cómo habéis podido salir de la Bastilla?

—Es muy sencillo, mi querida Rosa, salí por la puerta.

—¿Acaso el señor de Bussi-Leclerc os perdonó?

—No, Roca, al contrario, yo perdoné al señor de Bussi-Leclerc. Pero poco importa. Lo esencial es que he salido. Únicamente he de advertiros, que muy honrados gentilhombres lamentan en el alma que yo haya salido de allí. Por esa razón, querida mía, os ruego muy especialmente que hagáis lo posible para que no nos vean ni a mí ni al señor duque.

—¡Dios mío, siempre sois perseguido!

—Como un pájaro en la rama, Rosa. Y no es culpa mía.

—Si por lo menos hubiese sabido que estabais aquí —exclamó Rosa, mirando la mesa de Pardaillán.

—Tranquilizaos —contestó el caballero—. Todos los que vienen aquí son tratados como príncipes.

Sin embargo, Rosa, contenta y feliz en extremo, a impulsos de un sentimiento semejante al de una madre que vuelve a hallar a su hijo amado, corrió a la bodega y a poco regresó llevando una botella cubierta de polvo auténtico.

—Este vino es el que prefería vuestro padre —dijo—. Ahora ya no quedan más que cinco botellas.

Pardaillán lo tomó y, llenando tres vasos, entregó uno a la hostelera.

—No me atrevo a beber con vos —exclamó la pobre mujer, mirando de soslayo al duque de Angulema.

Éste comprendió la muda indicación y volviéndose a Rosa le dijo:

—El señor de Pardaillán me ha hablado muchas veces de vos y me consideraré tan honrado bebiendo en vuestra compañía como si lo hiciera con una princesa de la sangre.

Rosa palideció de placer. En primer lugar, al enterarse de que Pardaillán había hablado de ella; luego porque tal cumplido procedía de un personaje como el duque de Angulema, cosa que entonces tenía extraordinario valor.

—¡Querida Rosa! —continuó Pardaillán en cuanto los vasos estuvieron vacíos—. Poco ha me hablabais del señor Bussi-Leclerc. ¿Conocéis acaso al digno gobernador de la Bastilla?

Rosa se ruborizó y el caballero se percató de ello.

—¿Por qué os ruborizáis? —le preguntó.

—El señor Bussi-Leclerc —contestó Rosa— ha venido aquí varias veces en compañía de algunos caballeros y maestros de armas, a los que obsequiaba magníficamente después de haberlos batido en algún asalto de esgrima.

—Eso está muy bien. ¿Y qué más?

—Pues... —murmuró Rosa bajando la cabeza— para libertaros yo confiaba en él. Varias veces me había afirmado...

—Vamos, hablad —dijo Pardaillán—, ya sabéis que a mí se me puede decir todo.

—Que estaba dispuesto... a casarse...

Una sonrisa de orgullo se dibujó en el semblante de la joven hostelera.

—Como soy viuda, y sin hijos y, en una palabra, completamente libre de cuerpo, si no de alma, yo habría podido aceptar su proposición. Con ello mi vida habría sido algo más triste, pero nada más.

Rosa decía todo eso probablemente sin darse cuenta del sacrificio que representaban tales palabras. El caballero de Pardaillán la contemplaba con extraordinario asombro.

—¿De modo —preguntó— que fuisteis a ver a ese Bussi-Leclerc?

—Sí, pero el primer día que fui no pude entrar en la Bastilla a causa de un motín de presos que hubo y la segunda vez me dijeron que el señor gobernador estaba en Chartres, acompañando a monseñor de Guisa, y ahora esperaba su regreso.

—Seguramente ya ha vuelto —contestó Pardaillán— y ahora lo encontraréis sin duda alguna.

—Ya es inútil, porque estáis libre.

Pardaillán vació otro vaso de un trago y dijo:

—Tenéis razón.

Pardaillán, ante el heroico sacrificio de aquella mujer, que no vacilaba en sacrificar su vida en aras de la libertad del caballero, se quedó mudo, sin saber qué decir. Angulema también estaba admirado al considerar el acto de aquella mujer, y mucho más la sencillez con que estaba dispuesta a llevarlo a cabo.

Pardaillán y Carlos de Angulema ocuparon nuevamente en la posada las habitaciones que antes les habían sido designadas. El caballero se alojó en la que fue teatro del combate de Graznido, y a Carlos, en su calidad de duque, se le ofreció la habitación más hermosa de la casa, pero él prefirió aposentarse en la contigua a la de Pardaillán.

Transcurrieron dos días sin que se produjera ningún acontecimiento digno de mención. Y, para ordenar un poco la cronología de los diversos sucesos que se entrecruzan, no estará de más hacer observar que aquella mañana era la cuarta, a contar del día en que Jacobo Clemente fue encerrado en el calabozo de los jacobinos: y que, a la sazón, hacía diez días que Picuic y Graznido llevaban una existencia regalada en la abadía de las benedictinas de Montmartre.

Pardaillán se dirigió hacia la antigua calle del Temple.

—¿Acaso vamos al hotel de Guisa? —preguntó Carlos por el camino.

—Por lo menos vamos a las cercanías, para ver si encontramos al señor de Maurevert.

—¡Siempre Maurevert! —exclamó el joven duque con inquietud evidente—. ¿Y

para qué lo queréis?

—Ya os lo he dicho. El señor Maurevert no ignora ninguno de los actos o pensamientos de monseñor de Guisa, y ya comprenderéis que si alguien sabe el paradero de Violeta, es sin duda el duque. Tal vez vos as figuréis que vale más dirigirse a Dios que a los santos y, si queréis, estoy dispuesto a entrar en el hotel de Guisa, pese a los doscientos guardias y gentilhombres que lo rodean.

—¡Eso es imposible! —exclamó el duque—. ¿Pero por qué no nos dirigimos a otro familiar de Guisa, a Maineville, por ejemplo?

—Porque me propongo matar dos pájaros de una pedrada y arreglar a la vez vuestros asuntos y los míos. Como sabéis, tengo una antigua cuenta con Maurevert, a quien persigo desde hace mucho tiempo.

La explicación era plausible y tranquilizó a Carlos de Angulema de la inquietud que empezaba a experimentar. En breve llegaron ante la puerta del hotel en donde estaban parados constantemente un centenar de curiosos. El hotel de Guisa era entonces el centro de la agitación popular. Los burgueses acudían allí para adquirir noticias y averiguar lo que pensaba el jefe de la Liga. Desde que se preparaban las listas para los Estados Generales, que el rey había prometido reunir en Blois, la agitación habíase aumentado aún, pero cambiando de forma. Se Veían tal vez menor número de hombres de armas en torno del hotel, pero, en cambio, abundaban más procuradores, abogados y burgueses, armados todos con espada y cubiertos con la coraza. Entraban y salían por la puerta principal, en que había un cuerpo de guardia de veinticuatro arcabuceros, sin contar los centinelas y patrullas que continuamente daban la vuelta al hotel.

Entre aquellas gentes que discutían gesticulando, Pardaillán y Carlos de Angulema pasaron inadvertidos, y se acercaron a un grupo bastante numeroso, en cuyo centro peroraba un hombre, exponiendo sus Meas.

Durante dos horas, el caballero y el duque permanecieron con los ojos fijos en aquella puerta, completamente abierta, y Carlos empezaba ya a creer que la idea de presentarse al duque no era tan mala como parecía, si bien se corría el riesgo de dejar allí la vida. Pardaillán, entonces, le dio un codazo, para señalarle a tres gentilhombres que entraban en el hotel.

Eran Bussi-Leclerc, Maurevert y Maineville. Maurevert iba entre los otros dos.

—Esperemos —dijo Pardaillán con extraña sonrisa.

Angulema miró a los tres favoritos de Guisa y luego, al dirigir los ojos hacia Pardaillán, se estremeció. Entre tanto, fue transcurriendo el tiempo. Dieron las doce del mediodía. La afluencia, de gente ante el hotel continuaba siendo la misma y nadie se fijaba en los dos caballeros. Luego dio la una en todos los relojes.

—¿Quién sabe si saldrán hoy? ¿O si han salido por otra puerta? —dijo Carlos.

En cuanto acabó de decir estas palabras, divisó a Bussi-Leclerc, Maineville y Maurevert. El segundo chocó con él a pasar, pero el caballero ya los había visto. Los tres gentilhombres se detuvieron en la calle hablando en voz baja. Luego Bussi-

Leclerc y Maineville se alejaron cogidos del brazo. Maurevert se quedó un instante en el mismo sitio y luego echó a andar.

—Esta vez es nuestro —dijo Carlos.

Pardaillán no contestó. Continuaba sonriendo, y sus ojos no perdían de vista a Maurevert, que se dirigía hacia la puerta del Temple, que franqueó. Entonces Pardaillán dio un suspiro. Esperó algunos instantes y luego, a su vez, franqueó la puerta, acompañado por el joven duque.

Maurevert andaba tranquilamente, y pasó, por fin, por delante de la puerta de San Marcos, luego ante la de San Dionisio, y dejando entonces a su derecha las alturas de Montfaucon, anduvo como si hubiera querido dirigirse a la puerta de Montmartre, pero antes de atravesarla, se dirigió hacia el bosque de encinas y castaños, cuyo follaje se destacaba al pie de la colina.

Maurevert iba a Montmartre. Rodeó la falda de la montaña y luego empezó a ascender. Pardaillán y Carlos de Angulema lo seguían a distancia, sin perderlo de vista, seguros de no ser descubiertos hasta que quisieran.

Cuando Maurevert empezó a subir, una sonrisa dolorosa crispó los labios de Pardaillán. Maurevert se dirigía hacia la aldehuela situada en el lugar en que hoy se encuentra el Calvario de Tertre. Era el mismo camino que dieciséis años antes siguiera con Luisa, el mariscal de Montmorency y su padre moribundo en un coche. Levantó los ojos hacia un lugar que reconocía muy bien por haberlo visitado varias veces.

Era cerca de un campo de trigo que habían segado pocos días antes y no lejos de la fuente que formaba un arroyuelo. Allí se había detenido el coche y allí era también donde Maurevert, apareciendo de improviso, hirió a Luisa con un puñal envenenado que le diera Catalina de Médicis. Sí, Maurevert, a la sazón, se dirigía al mismo lugar en que había cometido el asesinato.

Pardaillán estaba pálido como el papel. Con rápido gesto se cercioró de que llevaba en la cintura el puñal y la pistola. Se detuvo un instante, cebó el arma de fuego, y aseguró la mecha, la cual, por un sistema nuevo entonces, se encendía con un pistón.

—¿Vais a matarlo desde aquí? —murmuró Carlos en voz baja.

—No —contestó sonriendo el caballero—. Como es hombre muy rápido en la carrera, quiero asegurarme de que no se escapará. Para ello le romperé una pierna y así podremos hablar.

Maurevert continuaba subiendo. Pardaillán continuó la marcha y de pronto, siguiendo una revuelta del camino, divisó la cruz de madera que señalaba el lugar en que muriera su padre.

Junto a la cruz, Pardaillán vio una forma inmóvil. ¿Qué hacía allí? ¿Era una mujer? Pardaillán le prestó poca atención y apenas la vio, pues su mirada estaba fija en Maurevert.

Éste se detuvo al pasar junto a la tumba del viejo Pardaillán. Sin duda pensaba

también en el ya lejano día de agosto, radiante y bello, cuando en aquel apacible rincón, cuya paz contrastaba de tan notable modo con los sangrientos episodios de la ciudad, había saltado como un tigre para herir a Luisa de Montmorency.

Sin duda tales recuerdos revivían en él sangrientos y terribles, y pensaba en la venganza de Pardaillán, que día y noche lo perseguía a partir de entonces, y a la cual sólo había escapado milagrosamente. Tal vez se decía que la venganza acabaría por aplastarlo y que estaba condenado, porque Pardaillán había huido de la Bastilla, como lo probaba el hecho de haberse presentado en Chartres siguiendo a Maurevert.

—No creo que se haya atrevido a entrar en París —se dijo Maurevert—; pero si se atreve, que entre. Es lo mejor que puedo esperar. Esta noche me hallaré algo más lejos de París, lejos de ese imbécil de Guisa, que cree en mi lealtad. Es un imbécil, porque con todas las fuerzas de que dispone no ha sabido desembarazarse de Pardaillán.

Maurevert dirigió una mirada a lo lejos y vio entonces un caballo atado a un árbol, y un coche con dos vigorosos caballos. Un lacayo estaba al cuidado de todo ello, sentado a la sombra de un castaño.

—Bueno —se dijo Maurevert—. Todo está dispuesto. Dentro de veinte minutos, la gitana estará conmigo. ¿Qué haré con ella? Poco importa, con tal que no pertenezca ni al imbécil duque, incapaz de protegerme, y, sobre todo, al amigo de Pardaillán. La encerraré en el coche y luego yo saltaré a caballo. Dentro de cuatro días estaré en Orleáns y allí ya veremos. Vamos. ¡Adiós París! ¡Adiós Guisa! ¡Adiós Pardaillán!

Y diciendo estas palabras, Maurevert se volvió hacia la ciudad, con gesto amenazador.

Pardaillán estaba ante él y a veinte pasos de distancia.

Obedeciendo a una seña del caballero, Angulema, que iba más atrás, se detuvo, y comprendiendo la intención de su amigo, se cruzó de brazos para dar a entender que sería espectador y no actor de lo que iba a suceder.

El caballero continuó solo la ascensión, y también cuando estuvo a diez pasos de Maurevert se detuvo.

Éste dirigió una mirada a derecha e izquierda, pero la vertiente de la colina estaba desierta. Estaba solo y cara a cara con Pardaillán.

Comprendió que sería en vano el intentar la fuga, porque le temblaban las piernas, y no hubiera podido dar diez pasos sin caer.

Comprendió, también, que toda tentativa de defensa sería inútil, porque Pardaillán representaba la Justicia que, en venganza de los muertos, le ofrecía un combate leal con armas iguales, y, en tales condiciones, ante Pardaillán, era como un chacal ante un león.

Maurevert, después de haber mirado a derecha e izquierda, con aquella expresión de espanto que le descomponía el rostro, se quedó inmóvil, pensando que aquel mismo lugar iba a ser su sepultura al cabo de pocos instantes. Luego levantó el rostro

para mirar a Pardaillán, como diciendo:

—¿Qué me queréis?

Entonces habló Pardaillán. Carlos de Angulema no reconoció su voz baja y silbante, preñada de un mundo de recuerdos, de dolores, de amores y de odios, aun cuando aquella voz hablaba con la mayor sencillez.

—Observad, caballero que, como vos, voy armado de daga y espada. Es cierto que, además, tengo una pistola, pero sólo me serviré de ella en el caso de que tratéis de escapar. Ello, pues, nos coloca en condiciones de igualdad.

Maurevert hizo un ademán de asentimiento y Pardaillán continuó:

—Sin duda, os preguntáis, cuáles son mis intenciones. Quiero mataros. Lo haré con la mayor rapidez posible y sin haceros sufrir, considerando que el terror que experimentáis hace dieciséis años, compensa suficientemente el dolor de mi vida durante este mismo tiempo. Al mataros, caballero, creo sinceramente desembarazar la tierra de un ser que debe causar horror. Muchas veces he lamentado derribar a un enemigo, a quien me veía obligado a matar para salvar mi vida, pero vos, caballero, no sois mi enemigo. Sois la personificación de la maldad, que conviene destruir. Lo que me dijisteis en el calabozo de la Bastilla me probó una cosa que yo dudaba aún, es decir, que sois un reptil venenoso, al que es necesario aplastar. Os juro, pues, que tres minutos después de haberos matado, habré olvidado vuestro nombre. Voy a mataros, pero no aquí. Os llevaré a alguna distancia y, si no os parece mal, os ruego que me acompañéis hasta Montfaucon. No quiero que vuestra sangre maldita caiga en este lugar que cubre el cuerpo de mi padre. Montfaucon me parece un lugar apropiado para el duelo que os propongo y también para que allí repose vuestro cuerpo. ¿Consentís en acompañarme?

Maurevert hizo una nueva seña de asentimiento. Una esperanza nació en su cerebro. El camino de Montfaucon a Montmartre era bastante largo, y representaba media hora de marcha, treinta minutos, cada uno de los cuales podía ofrecer una oportunidad de salvación.

Con extrema alegría contestó:

—Vamos a Montfaucon, si queréis. En cualquier parte, tened por seguro de que no me dejaré matar sin haber intentado que os reunáis a vuestro padre, que hace ya mucho tiempo que os espera.

Algo tranquilizado, Maurevert dijo estas palabras con la insolencia que le era habitual. Sintiéndose más tranquilo, examinó rápidamente los alrededores, que continuaban solitarios.

—No sé si sucumbiré en el duelo que os ofrezco —dijo Pardaillán—. Es posible. Pero lo que es seguro es que os mataré. Tened por cierto que si nuestras espadas se cruzan hoy, sois hombre muerto. Me parece, pues, conveniente deciros en dos palabras por qué he resuelto mataros. Al mismo tiempo os haré una pregunta a la que espero no tendréis inconveniente en contestar.

—Haced las que queráis, señor de Pardaillán —contestó Maurevert.

Y mientras decía estas palabras, dio un salto terrible hacia atrás y fue a colocarse al abrigo de la cruz que indicaba el lugar en que estaba enterrado el viejo Pardaillán. Inmediatamente echó a correr hacia el coche y el caballo, que pocos momentos antes había examinado.

—¡Miserable! —gritó el duque de Angulema lanzándose en su persecución.

Pardaillán sonrió y apuntó con la pistola a Maurevert, que estaba ya a veinte pasos. Iba a disparar cuando, en aquel momento, del pie de la cruz, en donde estaba acurrucada, se irguió una sombra. Aquella sombra, que ya hemos señalado, se interpuso entre el cañón de la pistola y Maurevert. Pardaillán dirigió una terrible mirada hacia el cielo y dejó caer el brazo.

¿Quién era aquella mujer? ¿Qué hacía allí?

En pie, envarada, apoyada en la cruz y con los magníficos cabellos dorados esparcidos sobre los hombros, parecía no ver a Pardaillán ni nada de lo que estaba a su alrededor.

Pardaillán la miró apenas. Sus ojos estaban fijos en Maurevert que huía y en Carlos que lo perseguía. Ello apenas duró algunos segundos. Maurevert daba grandes saltos, y de pronto tuvo la impresión de que otra persona más ágil que él pasaba por su lado, le cerraba el paso y, en efecto, se halló ante el joven duque, que desenvainó, diciendo:

—¡Atrás caballero, o sois hombre muerto!

Maurevert esgrimió su espada contra Carlos de Angulema, no para matar, sino para abrirse paso. La espada de Carlos le pinchó en el rostro y lo detuvo.

Maurevert era consumado espadachín, más a pesar de todo, el duque paraba todas sus estocadas, y, en cambio, a cada paso presentaba a su adversario la amenazadora punta de su espada. Maurevert retrocedía en dirección a la cruz y cuando llegó a ella oyó una extraña carcajada que heló la sangre de sus venas. Dejó caer la espada y se volvió, viendo a Pardaillán, que no se había movido, y a la mujer de los cabellos de oro, que había dado aquella carcajada. Entonces se consideró perdido sin remedio.

—¡Caballero! —dijo el duque de Angulema—. Permitidme que permanezca al lado de este señor para impedirle la fuga, en caso de que lo intente.

—Monseñor —contestó Pardaillán—, servíos entregar la espada a ese hombre.

El duque obedeció y entonces Pardaillán dijo:

—Ahora, monseñor, tened la bondad de apartaros un poco. Ese hombre ya no tratará de huir.

El duque de Angulema se alejó sin vacilar y se cruzó nuevamente de brazos. Entonces, como si no hubiera sucedido nada, Pardaillán continuó:

—La pregunta que he de haceros, caballero, es ésta: ¿Qué os hizo ella? Comprendo que hubierais tratado de matarme veinte veces. Me explico también que hicierais lo posible para matar a mi padre, pero ¿qué os hizo ella? ¿Por qué no tratasteis de matarme, o de matar al mariscal de Montmorency?

Maurevert se calló. ¿Qué habría podido decir? Pero no era eso lo que cerraba sus

labios, sino el miedo de la muerte cercana.

Pardaillán se acercó a él hasta casi tocarlo y Maurevert dio un gemido olvidando, tal vez, que el caballero le ofrecía un duelo leal y que éste tendría lugar lejos de la tumba del aventurero, a cuya muerte había contribuido.

Pensaba tan sólo en que iba a morir y que aún era joven. A la sazón deseaba ardientemente la vida y habría deseado continuar viviendo aunque sólo fuese una hora.

—¿No contestáis? —dijo entonces Pardaillán—. Pues bien, he de deciros que por haber matado a aquella niña voy a mataros yo ahora. He aquí lo que quería deciros. El resto os lo perdono. Maurevert, vais a morir.

Éste cayó de rodillas, alzó la frente, húmeda de sudor frío, y dijo con voz ronca:

—¡Dejadme vivir! ¡Perdonadme la vida! ¡Perdón! ¡No me matéis hoy!

—Un hombre vale tanto como otro. Desenvainad la espada y tal vez el azar os sea favorable.

—No puedo ni quiero defenderme.

—¿No podéis defenderos?

—¡Oh, no!

—¿Estáis, pues, seguro de morir?

—¡Sí, siento que vais a matarme! —exclamó Maurevert en el paroxismo del terror.

—¿Estáis seguro de que tengo derecho a mataros y de que vuestra vida me pertenece?

—¡Sí! —gimió Maurevert inclinando la cabeza—. ¡Perdón en nombre de Luisa! ¡No me matéis!

Pardaillán, al oír este nombre, se estremeció, e inclinándose hacia Maurevert le tocó en el hombro. Luego, dirigiendo una mirada al duque de Angulema, que éste habría calificado de sublime, de haber comprendido el sacrificio que expresaba, dijo:

—Levantaos... Escuchadme... Tal vez podré perdonaros como me pedís.

—¡Oh! ¿Qué queréis que haga? ¡Hablad, ordenad! Tenéis sobre mí derecho de vida o muerte. He sido un infame, pero ya que tenéis fama de generoso, perdonadme.

Entonces resonó de nuevo la risa extraña de la mujer de los cabellos de oro y Pardaillán se estremeció. En cuanto a Maurevert no la oyó, pues toda su vida estaba suspendida de las palabras que iba a pronunciar Pardaillán.

—Habláis de perdón —dijo—. Puedo haceros gracia, pero no perdonaros. He aquí lo que puedo hacer. Habéis asesinado a una joven y existe otra a la que podéis dar la vida y la felicidad. Contra la vida de Violeta os perdono la muerte de Luisa.

Carlos se acercó de un salto, cogió la mano del caballero y, lleno de agradecimiento, murmuró:

—¡Pardaillán! ¡Pardaillán! ¡Hermano mío!

—¡Violeta! —dijo Maurevert—. ¿Decís que si os devuelvo a Violeta me perdonáis la vida?

—Así es —contestó Pardaillán—. Habéis muerto a un amor y, en cambio, devolved la vida a otro. Habéis hecho una existencia desgraciada, la mía, pero a cambio de eso, haced feliz la de monseñor de Angulema, aquí presente. Si lo hacéis, os olvidaré, no me acordaré más de vuestro nombre, como si ya os hubiese matado. Hablad, ¿dónde está esa joven?

—Lo ignoro —contestó Maurevert—. Lo juro por Dios que nos oye. Lo que os dije en la Bastilla y mis amenazas, son mentiras. Lo dije tan sólo por deseo de haceros sufrir. Sí, lo ignoro. Por mi salvación os juro que no sé dónde está esa joven, pero...

Al oír esta última palabra, Pardaillán y Carlos respiraron, y los dos a un tiempo exclamaron:

—¿Pero?... Decís pero ¿sabéis algo?

—No sabe nada, es un impostor. ¿Quién puede saber dónde está la gitana?

La que hablaba así era la mujer de los cabellos de oro, pero ni Pardaillán ni Carlos prestaron atención a sus palabras.

Maurevert había cerrado los ojos para no dejar advertir la frenética alegría, y el pensamiento infernal que la originaban. En lo más profundo de su ser rugía el odio salvaje, más fuerte en él que el mismo horror.

—Sí —dijo con voz alterada—, sí, señores, sé algo. Haciendo una traición, traicionando los intereses de mi señor, el duque de Guisa, podré saber fácilmente dónde está esa joven. Para ello no tengo más que quererlo averiguar y lo querré.

Bajó la cabeza, temiendo que su voz no fuese bastante conmovedora y que sus gestos traicionaran la maligna alegría que inundaba su alma.

Pero sus palabras eran tan verosímiles, que Carlos y Pardaillán quedaron convencidos de su sinceridad.

—¿De modo que ignoráis dónde está esa joven? —dijo el caballero.

—Ahora sí —contestó Maurevert—. Lo juro por la Virgen.

—¿Pero decís que podéis saberlo?

—Esta misma noche, caballero. ¡Qué digo!, dentro de una hora, si quiero. Sólo depende de mí. ¡Oh! ¿Por qué no habré tenido la precaución de averiguarlo antes de salir de París? Pero no pude adivinar que mi vida dependiera de ello.

—¡Pardaillán! —suplicó ardientemente el duque.

—¡Señores! —exclamó Maurevert retorciéndose las manos—. Os juro por mi alma que podré daros este dato. No tengo inconveniente en que uno de vosotros me acompañe, ¡oh, no!, porque tal vez sentiríais desconfianza. Comprendo que tenéis motivos para no prestar crédito a mis palabras. ¿Cómo lo haré? ¡Dios mío, inspiradme!

Pardaillán miró nuevamente a Carlos, que estaba trastornado por la esperanza y la desesperación.

—¡Calmaos, caballero! —dijo.

—¿Sabéis algún medio? Hablad; estoy dispuesto a todo —dijo Maurevert.

—Si lo que decís es cierto...

—Lo juro por el Evangelio.

—Os creo. Como lo suponéis, no podemos acompañaros a París, porque allí hay muchos peligros para nosotros. Nos hemos instalado en Ville l'Évêque, y mañana por la mañana, a las diez, podéis traernos la indicación pedida, mediante la cual os perdonamos la vida. ¿Iréis, caballero?

—Sí —contestó Maurevert pálido de alegría—. Iré o mandaré que os digan lo que deseáis saber. Lo juro, lo juro por el que aquí reposa, ¡por la tumba de vuestro padre!

—Está bien —dijo Pardaillán—. Idos, sois libre.

Por tercera vez se oyó la fúnebre carcajada de la mujer de los cabellos de oro. Maurevert se quitó el sombrero para saludar a Pardaillán y a Carlos de Angulema, que estaban inmóviles.

—Hasta mañana, señores —dijo.

Y se alejó. Mientras sintió sobre él las miradas de los hombres, gracias a un esfuerzo de voluntad, anduvo con paso tranquilo, pero en cuanto estuvo bajo los castaños, y creyó que nadie podía verlo, emprendió una carrera furiosa y sin aliento, hasta que llegó junto a la puerta de Montmartre.

Entonces se volvió hacia la colina y se echó a reír.

—¡Vendrá! —decía entonces el duque de Angulema.

—Así lo creo —contestó Pardaillán dando un suspiro.

Carlos era tan feliz que no habría podido comprender cuánta amargura había en el suspiro de aquel hombre, que con él renunciaba a un odio de dieciséis años.

—¿Por qué habéis dicho que estábamos instalados en Ville l'Évêque y que no queríamos regresar a París?

—Por pura precaución, a pesar de que creo que Maurevert, acudirá a la cita, pero en fin, ¿quién sabe?

Permanecieron algunos minutos pensativos y Pardaillán se decía que si Maurevert no cumplía como bueno, se apoderaría de él en otra ocasión y entonces no perdonaría.

Muy duro era para Pardaillán el renunciar a su venganza, y mientras reflexionaba sobre ello junto a la tumba de su padre, vio a la mujer de los cabellos de oro que lo miraba fijamente. Entonces la reconoció. Era Salzuma, la madre de Violeta.

Carlos de Angulema la había reconocido también, pero como creyó que Pardaillán oraba sobre la tumba de su padre, guardó silencio, respetando la meditación.

Tal vez el lector recordará que, después de su primera visita al convento de las Benedictinas, Pardaillán llevó a la gitana a «La Adivinadora», confiándola a los cuidados de Rosa. Pero la noche del día en que el caballero se rindió al duque de Guisa, Salzuma desapareció de la posada.

Pardaillán se preguntó cómo habría vivido hasta entonces la desgraciada, pero naturalmente era imposible contestarse las preguntas que mentalmente se hacía.

Salzuma lo miraba sonriendo. Era evidente que lo reconocía y que recordaba con precisión la escena de la «Posada de la Esperanza».

—¡Desconfiad del traidor! —dijo con voz de infinita dulzura—. Desconfiad de las personas que hacen juramentos.

Carlos miraba lleno de lástima a Leonor de Montaignes.

—¡Señora! —dijo Pardaillán—. Venid con nosotros. No parece decoroso que una Montaignes vaya errante por los caminos.

—¡Montaignes! —exclamó—. ¿Qué nombre es éste?

—El vuestro. Leonor, baronesa de Montaignes.

—¡Leonor! ¿Quién os ha dicho que me llamo Leonor? Conocía una joven que se llamaba así, pero ya ha muerto.

La pobre gitana estaba pálida en extremo. Sus manos temblaban.

Carlos la cogió por una mano diciendo:

—Sois Leonor —repitió—, la madre de la que amo. ¡Ah, señora! Escuchadnos. Recordad la abadía de Montmartre, en donde hallasteis al príncipe Farnesio, al obispo.

—El obispo ha muerto.

—¡Vuestra hija, señora! —exclamó el duque—. ¿No recordáis a Violeta?

—No tengo hija.

Carlos y Pardaillán ignoraban las circunstancias en que había vivido Violeta y también que su madre no la había visto nunca.

—Soy Salzuma, la gitana Salzuma, que dice la buenaventura. ¿No lo sabéis?

—Sí, venid con nosotros, ¿no estáis cansada de vivir así, siempre sola, con vuestros tristes pensamientos?

—Sí —dijo moviendo la cabeza—. Mis pensamientos son muy tristes. Si os contara la historia de la pobre Leonor de que hablabais, comprenderíais por qué mis ojos no tienen lágrimas a fuerza de haber llorado.

Se apoyó en la cruz y se envolvió en los pliegues de su manto de colores chillones y sembrado de medallas. Sus cabellos brillaban a la luz del sol. Sus ojos se perdían a lo lejos en el campo solitario, y en tal postura, alumbrada por la brillante luz del día, estaba en extremo hermosa.

—¿Habéis visto la catedral, vasta y sombría, que se yergue ante el viejo hotel? Allí fue donde la pobre Leonor descubrió en él la impostura, la traición y la infamia. Resonó en la catedral un grito desgarrador... ¡Oh, me estremezco al recordarlo! Pero no; todos maldecían a la bruja, todos la amenazaban; Luego la encerraron en un calabozo. Al cabo de mucho tiempo vio nuevamente la luz del día y la condujeron a gran distancia, entre multitud de hombres que rugían, hacia la fatal máquina de la muerte. Allí, al pie del terrible instrumento, se oyó un grito. ¿Quién lo profirió? ¿De qué entrañas salió? Nadie lo sabe.

Salzuma se interrumpió de pronto y se echó a reír nuevamente.

—Adiós —dijo entonces— y, sobre todo, no sigáis a la gitana, porque su camino

es el de la desgracia. Adiós.

Y dichas estas palabras, se alejó con majestuoso paso. Fuera de sí, el duque de Angulema se lanzó tras ella, llamándola por su nombre. Ella se volvió, y levantó un dedo hacia el cielo, diciendo:

—¿Por qué llamáis a la muerta? Si buscáis a Leonor, id al pie del cadalso.

Y dichas estas palabras dio la vuelta a un recodo y desapareció. El duque de Angulema se dirigió a Pardaillán, diciendo:

—Es preciso seguirla, caballero. Tenemos el deber de ampararla.

Pardaillán meneó la cabeza y observando que aquella escena imprevista había impresionado a su compañero dijo:

—Venid.

Los dos siguieron entonces el camino que tomara Salzuma, pero en cuanto hubieron dado la vuelta al recodo ya no la vieron. En vano registraron los alrededores y al cabo de dos horas de inútiles pesquisas, regresaron a París, en donde entraron por la puerta de Montmartre.

Pasaron la noche tranquilamente en «La Adivinadora» y al día siguiente, a primera hora, acudieron a la cita que Maurevert había aceptado, pero se detuvieron a medio camino de Ville l'Évêque. Pardaillán estaba convencido de que Maurevert cumpliría la palabra dada, pero sentía, por otra parte, la duda de que lo hiciera, pues era muy capaz de olvidar los juramentos prestados. Por esta razón, el caballero resolvió estar cerca, y en vez de ir a Ville l'Évêque, a la mitad del camino se ocultó en un bosquecillo de encinas, desde donde podían descubrir a cuantos vinieran de París. Hacia las nueve y media, divisaron a un caballero que avanzaba rápidamente.

—Es él —dijo tranquilamente Pardaillán.

Era Maurevert, en efecto: Pardaillán lo había reconocido a gran distancia.

—Es cierto —dijo Angulema, en cuanto Maurevert fue visible—. ¿Cómo lo habéis reconocido?

—Maurevert y yo nos reconocemos siempre, por muy grande que sea la distancia —contestó Pardaillán.

—¡Es él! —exclamó Carlos—. Viene solo y sin armas. ¡Ah, caballero! Me ahoga la felicidad.

—Salgamos al camino —dijo entonces Pardaillán.

Lo hicieron, y a poco Maurevert estuvo a su lado. Saltó a tierra, se descubrió y dijo:

—Aquí estoy, señores.

IX - La palabra de Maurevert

AL REGRESAR A PARÍS y después de su entrevista con Pardaillán, Maurevert empezó a recorrer la ciudad al azar y sin fijarse en las miradas de curiosidad que le dirigían los transeúntes. De vez en cuando recordaba los momentos de terror que había pasado y entonces, para olvidarlos, entraba en la primera taberna que hallaba.

Por fin se había apoderado de Pardaillán. Aquella vez lo había cogido bien y no podría escapársele. No dudó por un momento que Pardaillán acudiría a la cita. Lo esencial era combinar aquella vez la traición definitiva.

Habían, pues, terminado sus pesadillas, y se lo decía lleno de júbilo. No se fiaba de la Bastilla ni de Bussi-Leclerc. Por fin, iba a aplastar a su mortal enemigo. Aún no sabía de qué medios se valdría para apoderarse del caballero. Lo esencial, de momento, era que estaba en su poder.

Cayó la noche sobre París, y Maurevert iba transitando por las mismas calles, dando empujones a los burgueses que no le cedían inmediatamente el paso. Así fue cómo hacia las nueve de la noche chocó de pronto contra un transeúnte rezagado.

—¡Insolente! —gritó Maurevert, más por el deseo de gritar, que de insultar al burgués.

Y continuó el camino.

—¿Acaso va conmigo esa palabra? —exclamó el transeúnte—. ¡Alto, o de lo contrario, os hiero por la espalda!

Maurevert se volvió rechinando los dientes. Aquel gentilhomme era Lartigues, uno de sus amigos y servidor de Guisa.

—¡Lartigues!

—¡Maurevert! —contestó el gentilhomme—. ¿Eres tú?

Maurevert, al ver a aquel hombre, que era su amigo, pensó:

—Guisa se figura que estoy ausente de París y si sabe que no me he movido, está perdido todo. Mañana, Lartigues dirá que me ha visto.

—¿Eres tú? —continuó riendo el gentilhomme—. A fe mía, que iba a jugarte una mala pasada. Felizmente te he reconocido a tiempo.

—Creo —dijo Maurevert fríamente— que me habéis dado un empujón, insultándome luego.

—¿Estás loco?

—Señor de Lartigues, cuando me llaman insolente, necesito sangre.

—Pues bien, si lo queréis así, señor de Maurevert, os esperaré mañana a las ocho, en el Pré-aux-Clercs.

—Ha de ser enseguida —exclamó Maurevert.

Lartigues era un gentilhomme valiente y noble y buen espadachín, como todos los de su tiempo. La provocación de Maurevert le hizo subir la sangre al rostro.

—¡Caballero! —le dijo—. Creo que estáis loco, pero desde luego puedo asegurar que no sois cortés. ¡Desenvainad inmediatamente!

Así lo hicieron los dos y se pusieron en guardia. Al cabo de pocos instantes, Maurevert se tiró a fondo. Lartigues soltó la espada, dio una vuelta sobre sí mismo, y sin proferir un grito, cayó vomitando sangre. Estaba muerto. La espada de Maurevert le atravesó de parte a parte el pulmón derecho.

Maurevert limpió la espada y la volvió a la vaina. Entonces miró a su alrededor y vio que estaba en la Cité, a la orilla del río. Se inclinó, viendo que Lartigues no respiraba, y arrastrándolo por las piernas lo echó al agua.

Maurevert, entonces, remontó la orilla y, cosa extraña, aquel duelo imprevisto tuvo el privilegio de calmarlo.

Hemos relatado ese incidente, que nada tiene que ver con nuestra historia, para dar a entender, como era cierto, que Maurevert se jugaba la vida con la mayor facilidad, pero que, no obstante, la idea de hallarse ante Pardaillán le hacía temblar de miedo.

¿Cómo se explica tal anomalía?

Maurevert, una vez hubo matado a Lartigues, se dirigió tranquilamente a la posada del «Broche de Hierro», pues al recobrar la tranquilidad observó que tenía mucho apetito.

Entró en la posada cuando iban a cerrar la puerta, y como «La Roja» le hiciera observar que ya había sonado el toque de cubrefuegos y que no quería exponerse a una visita de la ronda, Maurevert hizo una seña igual a la que hiciera Jacobo Clemente. Luego añadió:

—Ahora podéis cerrar las puertas y las ventanas y prepararme una buena cena, porque me muero de hambre.

«La Roja» y Paquita se apresuraron a obedecer. A los pocos instantes, habían cerrado las puertas y ventanas, y luego prepararon una buena cena, que Maurevert comió con excelente apetito, bromeando al mismo tiempo con las dos mujeres.

Después de comer y de beber, se puso a meditar. «La Roja» y Paquita respetaron aquel cambio de actitud.

Por fin Maurevert se levantó y se ciñó nuevamente la espada. «La Roja» iba a abrirle la puerta, pero él la detuvo con un gesto, diciendo:

—No quiero salir por aquí.

Y repitió la seña. La hostelera se inclinó, y precediendo a Maurevert, llegó a aquella sala que comunicaba con el palacio de Fausta. Maurevert llamó sobre los clavos dispuestos en forma de cruz, la puerta se abrió, y pasó.

Una vez hubo entrado, la puerta se cerró por sí sola. A la dulce luz que siempre reinaba en aquella estancia, Maurevert, divisó a las dos criadas favoritas, Myrthis y Lea, bonitas y graciosas.

—¿Puede recibirme vuestra ama? —preguntó—. ¿Acaso duerme?

Las dos mujeres se miraron extrañadas de que alguien pudiera suponer que Fausta durmiese. En efecto, así que hubo acabado de hablar, apareció la soberana, que fue a sentarse en su sillón. Las dos criadas desaparecieron en el acto.

—No esperaba veros aquí ahora, señor de Maurevert —dijo.

—En efecto, señora, a estas horas debería estar bastante lejos de París.

—Si no me engaño, debíais aguardar mis órdenes en Orleáns.

—Es cierto, señora.

—En Montmartre os esperaban un coche y un caballo; el coche para ella y el caballo para vos.

—Ya lo he visto, señora, pues acudí a la cita que me indicasteis.

—Hice de modo que monseñor de Guisa os confiara una misión, a fin de que estuvierais libre de toda traba y pudieseis ganar ocho días.

—Es cierto, señora. Y el duque me cree en el camino de Blois, en donde tengo orden de fijarme en la instalación del rey y de las fuerzas de que puede disponer en caso necesario.

—¿Así, pues, todo estaba perfectamente combinado para justificar vuestra ausencia y preparar vuestra marcha? El duque os confió una misión que cubría la que yo os di. Hice disponer lo necesario para que pudierais viajar rápidamente. Todo estaba preparado y, en vez de marcharos, estáis aquí. Señor de Maurevert, jugáis a un juego peligroso.

—Es verdad, señora. La partida que juego en este momento es peligrosa. Hoy he salvado mi vida por milagro y mañana tal vez habré muerto, pero ahora estoy en seguridad, señora, porque, en pocas palabras vais a comprender la razón de que la pequeña continúe aún en la abadía y por qué han sido inútiles el caballo, el coche y la misión de Blois. Señora, en Montmartre, y cuando me dirigía a la abadía, tropecé con un obstáculo.

—No hay obstáculos —contestó duramente Fausta— cuando yo he dado una orden.

—Tenéis razón, señora, pero el tal obstáculo es muy serio. Se llama el caballero de Pardaillán.

Fausta se ruborizó ligeramente, lo cual indicaba en ella una emoción violenta.

—¿Habéis visto a Pardaillán? —preguntó con fingida frialdad.

—Sí, señora.

—¿Y os ha visto él?

—Me ha hablado —contestó Maurevert estremeciéndose—. Señora, ya comprendo vuestro asombro al verme vivo después de tal encuentro, pero voy a deciros una cosa que os asombrará más todavía. Pardaillán está en nuestro poder.

En efecto, el asombro de Fausta fue entonces extraordinario. A un tiempo sintió alegría y pesar, pero sobre todo asombro. Le parecía contrario al orden de las cosas que un hombre como Maurevert hubiese podido apoderarse de Pardaillán. Dirigió al primero una mirada sombría lamentando, tal vez, que Pardaillán terminase su gloriosa carrera a manos de Maurevert.

—¿Lo heristeis acaso? —preguntó con ansiedad.

Maurevert movió negativamente la cabeza.

—¿Lo habéis cogido? ¿Vivo? ¿No dijisteis que era vuestro?

—Lo cogeremos cuando queramos, señora. Mañana, a las diez, podremos cogerlo. Para ello debemos combinar una buena emboscada, en la que caerá con los ojos cerrados. Bastará para ello un centenar de hombres vigorosos y bien armados. Os aseguro que irá solo con el tonto de Angulema, con el cual apenas tengo para empezar. Señora, acabo de matar a un hombre para estar libre mañana. Era uno de mis amigos, pero mataría veinte si fuese necesario. Así, pues, como os lo digo, Pardaillán me ha dado cita mañana a las diez en Ville l'Évêque.

Fausta, con el brazo apoyado en el de su sillón, observaba con curiosidad las manifestaciones de odio de aquel hombre. Maurevert dio un suspiro, y continuó ya calmado.

—Estaban los dos en la falda de Montmartre, porque no se atreven a entrar en París. Van en busca de la gitana. Yo me dirigía a la abadía cuando, de pronto, veo a Pardaillán y comprendí que iba a morir, señora. Le vi la intención en los ojos. Entonces, dominado por el miedo, caí de rodillas y pedí perdón. Os aseguro que a mi odio sólo le faltaba eso. Y, contra lo que yo podía esperar, me ha perdonado, con el solo fin de que mañana le diga dónde está la gitana. Mañana, a las diez, debo acudir a la cita de Ville l'Évêque, y tengo la intención de ir, señora, creyendo que a vos también os gustará mandar a alguien.

—¿Decís que mañana, a las diez, en Ville l'Évêque? —preguntó Fausta.

—Sí —contestó Maurevert—. Mañana podremos apoderarnos de él. Sólo es preciso tomar las disposiciones necesarias. Conozco perfectamente Ville l'Évêque y me encargo de disponer la emboscada.

Un gesto de Fausta le impuso silencio. La soberana reflexionaba buscando una solución, e hizo seña a Maurevert para que se sentara, sin duda con el fin de que no la distrajera.

—Sería necesario apresurarse —exclamó Maurevert—. Es preciso que antes de salir el sol esté todo dispuesto.

Pero Fausta no intentaba apoderarse de la persona de Pardaillán; esto era cosa fácil, pues con un centenar de hombres armados, pese a la fuerza y al valor del caballero, no tendría otro remedio que sucumbir.

No era esto lo que buscaba Fausta. Desde la escena de la catedral de Chartres, había en su alma igual cantidad, por decirlo así, de amor y de odio. Alternativamente Fausta se veía dominada por una de estas dos pasiones, y tan pronto deseaba huir con Pardaillán, como matarlo con sus propias manos.

Momentos antes de que Maurevert le indicase la posibilidad de apoderarse del caballero, Fausta pensaba en darle muerte, pero después del relato de Maurevert, tal intención no existía en ella.

Indecisa estaba entre matar y salvar a Pardaillán, pero por fin tomó una resolución terrible. El odio había conseguido la victoria, y Fausta acababa de condenar a Pardaillán.

Dio un largo suspiro, como si la hubiesen aliviado de un dolor lancinante, y Maurevert observó que se ponía pálida como un cadáver.

Una vez resuelta la muerte de Pardaillán, Fausta combinó rápidamente el lugar y el modo de su muerte. Comprendió que, al matar a Pardaillán, no sólo libertaba al duque de Guisa de su más terrible enemigo, sino que quitaba de su propio camino el único obstáculo que le impedía llegar hasta el trono. Se decidió a hacer desaparecer de una vez, y en la misma catástrofe, todo lo que impedía su marcha triunfal. Pardaillán, Carlos de Angulema, Violeta, el cardenal Farnesio, y maese Claudio el verdugo. Todos a la vez.

Entonces, ya libre, podría ser, a la vez, reina de Francia, casándose con Guisa; reinaría después de la muerte de Valois, y sería dueña de Italia y de la Cristiandad entera, aplastando a Sixto V. He aquí el proyecto que, con su viveza habitual, entrevió en un instante.

—Señor de Maurevert —dijo—. ¿Habéis recibido una misión del duque de Guisa?

—En efecto, señora, gracias a vos —contestó Maurevert asombrado.

—Pues bien, es necesario cumplir esa misión. Os marcharéis a Blois, estudiaréis el castillo, las fuerzas de Crillon y el modo cómo están dispuestas, así como las precauciones que se han tomado, para ponerlo al abrigo de un atentado. En cuanto lo hayáis visto, regresaréis para dar cuenta a vuestro señor.

Maurevert se quedó estupefacto, mirando a Fausta con expresión de rabia.

—Todo eso —añadió Fausta— os empleará ocho días. Pongamos diez.

—¡Señora! —exclamó Maurevert—. Creo que no habéis...

—Yo creo —interrumpió Fausta con frialdad— que vuestra cabeza está muy poco segura sobre vuestros hombros y que puedo hacerla caer tan sólo con señalarla al señor duque. Creedme, señor de Maurevert, obedeced sin discutir.

—Obedezco, señora —murmuró Maurevert, poniéndose lívido—; pero mi cabeza, a la que vos amenazáis, os la doy. Consiento en morir mientras antes pueda verle morir a él.

—Tened paciencia —dijo Fausta—. Obedeced y lo veréis morir.

—¡Ah, perdonadme, señora! Llegué a suponer que le hacíais gracia de la vida.

—No, señor de Maurevert, tranquilizaos.

—¿Y la cita de Ville l'Évêque? —exclamó Maurevert.

—Acudiréis a ella.

—¿Acompañado?

—Solo.

Maurevert se estremeció.

—Es necesario. Hay que procurar que su confianza sea absoluta.

—Sí, ya comprendo. Iré solo. ¿Y qué diré?

—Ya que vuestro viaje a Blois durará de ocho a diez días, diréis a esos hombres que si quieren ver a Violeta, acudan dentro de diez días a la puerta de Montmartre,

adonde vos la llevaréis.

—¿Y entonces, adónde los conduzco? —preguntó Maurevert.

—A la muerte —contestó Fausta—. En cuanto al lugar exacto del suplicio, lo sabréis al regresar a París. Ya veis, pues, que vos mismo conduciréis a esos dos hombres al suplicio.

Maurevert ahogó un grito de alegría y preguntó:

—¿Qué hora les indicaré?

—La del mediodía —contestó Fausta después de corta reflexión—. Así, pues, dentro de diez días, a las doce, fuera de París y junto a la puerta de Montmartre. Podéis jurar sinceramente que verán a Violeta. Ahora idos.

Dichas estas palabras, Fausta se levantó y antes de que Maurevert pudiese añadir nada más, desaparecía. Algunos instantes después Myrthis y Lea entraron y le hicieron seña de que las siguiera, y a los pocos instantes, Maurevert se halló en la calle.

Permaneció un rato pensando en lo que acababa de suceder. Ni por un instante sospechó que Fausta lo hubiese engañado. Creyó que había imaginado algún suplicio espantoso, que era necesario preparar con tiempo.

El alba le sorprendió así ante la puerta de hierro del palacio de Fausta. Entonces marchó hacia su alojamiento, entró en la cuadra sin hacer ruido, ensilló su caballo, y dejando las puertas abiertas, se alejó llevando al animal de la brida.

Continuó a pie hasta llegar a la Puerta Nueva, y esperó a que la abrieran. Hacia las ocho de la mañana Maurevert se vio nuevamente en el campo, galopando rápidamente para fatigarse y alegre en extremo.

Por fin se acercó a París y como se aproximaba la hora de la cita, empezó a trotar hacia Ville l'Évêque, esforzándose en aparecer tranquilo. Entonces comprendió cuán difícil habría sido una emboscada, y mentalmente dio las gracias a Fausta. Divisó a cierta distancia a Pardaillán y al duque de Angulema que avanzaban hacia él. Fue aquél un momento de terrible angustia para Maurevert. Tal vez Pardaillán se habría arrepentido de su generosidad. No obstante, siguió acercándose, y al llegar al lado de los dos hombres, echó pie a tierra diciendo:

—Heme aquí, señores.

El rostro de Carlos se animó con una sonrisa y su corazón empezó a latir con apresuramiento. En cuanto a Pardaillán, no hizo el menor gesto. Maurevert evitaba mirar al caballero, y tenía sus ojos fijos en el duque de Angulema, pero con el rabillo del ojo vigilaba a Pardaillán.

—Señores —dijo con voz sorda, apenas inteligible—. El haber acudido a la cita que me disteis, debe de ser una prueba de que deseo cumplir mi palabra. Si yo hubiese querido escaparme, no tenía que hacer otra cosa que no venir.

Se detuvo un instante esperando una palabra o un gesto de aprobación, pero Pardaillán guardaba la misma inmovilidad. En cuanto a Carlos, estaba demasiado emocionado para pensar en otra cosa que en Violeta.

—Señores —añadió Maurevert—. Al aceptar vuestro perdón, me comprometí a dar satisfacción a vuestro deseo, o a ponerme nuevamente a vuestra disposición. Debo declarar que no he logrado el éxito que esperaba. Por esta razón, si no me concedéis un nuevo plazo, seré aquí lo que era ayer en Montmartre, es decir, vuestro prisionero.

Carlos palideció y Pardaillán miró asombrado a Maurevert.

—Vuestra conducta, caballero, disculpa muchas faltas pasadas —dijo con cierta dulzura—; si debemos batirnos espada en mano, tendré el gusto de deciros que en mi corazón existe el mismo odio de siempre, contra el hombre que tanto mal me ha hecho, pero que, en cambio, se ha atenuado el desprecio que por vos sentía.

Maurevert se inclinó al oír este ultraje, como si hubiera sido un cumplimiento.

—Pero —continuó Pardaillán— decíais que no habéis obtenido el éxito que esperabais. Eso me hace creer que, no obstante, podréis darnos alguna noticia agradable.

—En efecto, señores. He aquí muy exactamente lo que he podido saber y lo que, en cambio, no me ha sido dable averiguar. La joven de que me hablabais no está en París. Sobre ello no tengo la menor duda. A pesar de todo, no he podido averiguar a qué sitio la ha hecho conducir monseñor de Guisa.

—¡La he perdido para siempre! —murmuró Carlos.

—Caballero —añadió Maurevert—, ya podéis figuraros que no tengo motivo alguno para odiar a esa joven, y que desde ayer os estoy agradecido. Permitidme, pues, deciros que tengo alguna otra noticia que comunicaros.

—¡Oh, hablad! Decidme todo lo que sepáis.

—Caballero —añadió Maurevert volviéndose hacia Pardaillán—, os pertenezco, ¿queréis batiros conmigo o me concedéis un plazo de algunos días?

—¡Hablad! —contestó Pardaillán.

—Pues bien, señores. En diez días me comprometo a encontrar a esa joven, y presentárosla. Diez días, señores, os parecerán tal vez largos, pero es el tiempo que necesito para ir a una ciudad en que espero hallar las indicaciones necesarias.

—¿Qué ciudad es ésa? —preguntó Pardaillán.

—Blois —contestó Maurevert con la mayor naturalidad—. Allí se halla el hombre a quien confiaron la joven. Esto es un secreto político y si puedo hacer traición al duque en asuntos de amor, preferiría morir a hacerle traición en asuntos de Estado.

Tales palabras tuvieron el privilegio de aumentar la confianza de Pardaillán y Carlos de Angulema.

—Tengo la seguridad —continuó Maurevert— de que la joven no está en Blois. El duque no la habría enviado a tanta distancia, ni precisamente a un lugar en donde pueden surgir peligros de toda suerte. Allí, no obstante, averiguaré dónde se halla y, como os lo digo, espero poder presentaros a la que buscáis.

Carlos miró a Pardaillán, como diciéndole:

—No hay que vacilar.

Ésta era también la opinión del caballero.

—¿Decís diez días? —preguntó a Maurevert.

—Sí, diez días a partir de hoy. A las doce en punto del mediodía, me veréis en París. Os esperaré en las cercanías de la puerta de Montmartre.

—Hoy estamos a doce de octubre; por consiguiente el veintiuno estaremos ante la puerta de Montmartre.

—¿Puedo marcharme, señores? —preguntó Maurevert con cierta humildad.

—Idos, caballero —contestó Pardaillán.

—¡Hasta la vista, señores! —dijo Maurevert montando a caballo—. Voy a emprender una tarea difícil y peligrosa, pero lo hago con gusto, porque la jornada de ayer no se borrará de mi memoria.

Hizo que su caballo tomara el galope y se alejó en dirección al camino de Blois.

Pardaillán, pensativo, lo miró atentamente, mientras le fue posible verlo.

—¿Qué me decís de eso? —preguntó el duque.

—Digo —contestó Pardaillán— que ese hombre es menos malo de lo que me figuraba.

—Toma, efectivamente, el camino de Blois —observó Carlos.

En efecto, Maurevert se dirigía hacia Blois y no tenía prisa por llegar. Por primera vez, desde hacía muchos años, respiraba con tranquilidad. Miraba alegremente el campo inundado por el hermoso sol de otoño, y, de vez en cuando, paraba su caballo para contemplar algún paisaje agradable. Todo ello obedecía a la dicha de vivir sin terror.

Por la noche, en la posada en que se detuvo, se mostró alegre y decididor, acarició las mejillas de la criada, pagó generosamente y bebió los mejores vinos, de modo que los posaderos se dijeron:

—He aquí un gentilhombre simpático. Da gusto servir a hombres así.

Una vez en la cama, Maurevert se durmió profundamente y con la mayor tranquilidad. No puso a su alcance ni el puñal ni la pistola. Dejó la puerta abierta. No se despertó lleno de espanto al oír el menor ruido y, en una palabra, durmió sin cuidado alguno.

Al despertarse, el sol entraba ya en su habitación. Se vistió sin prisa, silbando entre dientes y continuó el viaje.

Por el camino saludaba a los leñadores que pasaban, a las campesinas que arrastraban al asno cogido de la brida. Nunca se había visto así. Aquellos fueron los días más agradables de su vida. Únicamente de vez en cuando se estremecía de pronto, y murmuraba:

—El veintiuno de octubre, a las doce. ¡Qué lejos está todavía!

X - El Cardenal

AL DÍA SIGUIENTE del en que Maurevert emprendiera su viaje hacia Blois, Fausta salió de su palacio en una litera cerrada y sin escolta. Llevaba un traje oscuro y modesto.

La litera se detuvo en la plaza de la Gréve, cerca del río. Fausta, sin tomar las precauciones de que siempre se rodeaba, se dirigió a la casa en que varias veces hemos introducido a nuestros lectores. Iba sola y despacio, como si hubiese esperado el ser vista desde las ventanas de aquella casa.

Llamó varias veces con el aldabón, hasta que, por fin, abrió un hombre, el cual no era el criado que ella colocara allí. En toda la casa no había, a la sazón, ni una sola persona que le fuese adicta.

—Vengo —dijo— para hablar con su eminencia el cardenal Farnesio.

El criado la miró con asombro y dijo:

—Os engaños, señora, el que decís no está aquí. Estoy solo en la casa, cuya guarda me han confiado.

—Amigo —dijo Fausta sonriendo—, id a decir a vuestro amo que la princesa Fausta quiere hablar con él.

—Señora —añadió el hombre inclinándose profundamente—, os juro que os engaños.

—Amigo —añadió Fausta—. Id a decir a vuestro amo que vengo a hablarle de Leonor de Montaignes.

Entonces, de la sombra que formaba la bóveda del pórtico, se destacó un hombre, se acercó lentamente apartó al criado y, con voz temblorosa, dijo:

—Dignaos entrar, señora.

—Ya veo, cardenal, que estáis bien guardado —dijo Fausta sonriendo.

Y tendió al criado una bolsa llena de monedas de oro.

Aquella sombra que acababa de levantarse, aquel hombre de ojos brillantes, pero de cabello y barba blancos, aquel caballero vestido de negro y en cuyo rostro se advertía la huella de incurable dolor, era, efectivamente, el príncipe Farnesio. Ofreció la mano a su visita, que se apoyó en ella, y los dos juntos subieron al primer piso y entraron en la gran sala que daba a la plaza de la Gréve.

Fausta, con la mayor naturalidad, y como si no hubiese otro sitio en toda la sala, fue a sentarse en el sillón de ébano coronado por un dosel y que tenía aspecto de trono. Durante algunos momentos contempló al cardenal que, en pie y ante ella, esperaba que le hablase de Leonor.

—Cardenal —dijo Fausta con dulce voz—. En vano tratáis de huir de mí. ¡Oh! Ya sé que no teméis la muerte, pero habéis querido vivir para ver nuevamente a Leonor. ¿Por qué os alejáis de mí? Estabais en mi poder, nuestro tribunal secreto os había condenado y, de quererlo, yo no tenía que hacer más que dejaros morir. A pesar de todo, os devolví la vida y la libertad, y es porque, a pesar de vuestra traición, os

quiero, cardenal. No puedo olvidar que vos fuisteis el primero en tener fe en mi destino y el que me presentó al conclave secreto, así como el primero que me saludó con ese título que me agobia.

Se detuvo un instante y luego, con cierta aspereza, continuó:

—Por otra parte, si yo hubiese querido apoderarme de vos, habría podido hacerlo, cardenal. ¿Cómo es posible que, habiendo vivido tanto tiempo entre nosotros y conociendo, como conocéis, la organización de nuestro espionaje, hayáis podido figuraros un solo instante que os escaparíais de mí, si yo tuviera empeño en cogeros? ¿Queréis que os diga lo que hicisteis después de salir de vuestra cárcel, medio muerto de hambre? Estuvisteis tres días en la posada de «La Adivinadora». Luego, al recobrar en parte las fuerzas, aceptasteis hospitalidad en casa de Claudio. Luego, sabiendo que yo había regresado de un viaje que hice a Chartres, os figurasteis, tal vez, que la calle de la Calandre estaba demasiado cercana a mi palacio. Os figurasteis que yo no sospecharía que buscaseis un asilo aquí mismo, en esta casa y viéndola vacía, vinisteis a ocuparla.

—Aquí me atraían terribles recuerdos —murmuró el cardenal.

—No quiero reprochároslo. Sólo he intentado probaros que, de haberlo querido, sabía en dónde cogeros y que era completamente inútil el guardaros de mí.

—Sí, ya sé que tenéis espías en todas partes y parece que los tengáis también en el corazón de los hombres. Pero yo no huía de vos, porque sois la muerte, y a ésta no la temo.

—Fijaos, Farnesio —dijo Fausta sonriendo— en que he venido sola, sin la menor escolta, de modo que podríais matarme con la mayor facilidad, si quisierais.

El cardenal la miró fijamente y le dijo:

—Sí, podría mataros aprovechando esta imprudencia que os coloca a mi merced.

—Ya lo sé —contestó Fausta— pero he venido para hablaros de Leonor. Y eso impedirá que vuestro puñal salga de la vaina. Por esta razón vamos a poder hablar tranquilamente de cosas que atañen a vuestra felicidad.

—Ya no hay felicidad posible para mí —replicó el cardenal.

—¿Cómo lo sabéis? Sois joven y un rayo de amor puede fundir el hielo que os rodea el corazón. Dejad que Leonor recobre el juicio y os perdone lo pasado. Esperad a ser dispensado de vuestros votos religiosos y he aquí la felicidad que empieza de nuevo para vos.

El cardenal escuchaba asombrado, sintiendo, al mismo tiempo, que un rayo de esperanza alumbraba débilmente las profundidades de su alma.

Fausta comprendió que había logrado impresionar al cardenal. Éste era un hombre débil que no se atrevía a tomar una resolución, y, no obstante, se llamaba Farnesio, y pertenecía a aquella familia de águilas que asombró a Italia por su audacia, su magnificencia y su genio. El cardenal era un hombre cuya debilidad conocía perfectamente Fausta. Era fatalista, y en ningún caso trataría de substraerse a los decretos del Destino.

—Cardenal —dijo Fausta—, no trataré de asombraros con una generosidad que no existe. Si os he dejado vivir, si os propongo derribar la barrera que os separa de Leonor y si os ofrezco devolveros mujer e hija, es que os necesito. Con un hombre como vos y en las circunstancias graves en que me encuentro, no puede salvarnos más que una franqueza, una sinceridad y una lealtad, dignas de vos y de mí.

—¡Violeta! —murmuró Farnesio deslumbrado—. ¡Leonor y Violeta! ¡Toda mi vida!

Y la esperanza se arraigó más en él, pues conocía bastante a Fausta para saber que no lo habría ido a buscar, de no haber tenido absoluta necesidad de él.

—Hablad, señora —dijo con temblorosa voz— y si solamente se necesita lealtad para obtener la dicha que me dejáis entrever...

—Se necesitará también valor. Tal vez exponer la vida.

—Como ya he expuesto la salvación de mi alma, no me importa arriesgar la vida. Lo único que deseo es dar un poco de felicidad a los dos seres que adoro.

—Pues bien —exclamó Fausta— os necesito, Farnesio. Ésta es la verdad. Mientras yo estoy aquí preparando los grandes acontecimientos que ya conocéis, Sixto, en Italia, trabaja con su prodigiosa actividad. Nuestro plan inicial era esperar la muerte de este viejo para darnos a conocer, pero ello ya no es posible. Por de pronto, Sixto no se muere. Luego, lo que sucede en Italia, nos obliga a precipitar las cosas. En Francia todo va bien. Guisa es dócil. Ya ha adquirido toda la energía necesaria. Valois va a sucumbir y, en breve, el reino tendrá un rey adicto a nosotros.

Farnesio escuchaba con profunda atención. El modo como Fausta le revelaba tales secretos, le hacía creer en su sinceridad.

—Aquí, pues —continuó Fausta—, aquí en Francia, Dios se declara por nosotros.

—¿Es, pues, en Italia, donde mi débil poder puede seros útil?

—Sí, Farnesio, Italia se me escapa. Muchos de nuestros cardenales se han sometido al Vaticano. Gran número de obispos están esperando para volverse contra mí en cuanto sufra el primer tropiezo. Son innumerables los sacerdotes que fingen ignorar los compromisos contraídos y que no contestan siquiera a mis mensajeros. Vos, Farnesio, sois el que arrastró a la mayoría de estos obispos y cardenales. En cuanto os vieron separado de mí, empezaron a sonreír al viejo Sixto.

Un suspiro de alegría deshinchó el pecho del cardenal.

Sí, todo aquello era cierto y él lo había previsto. Fausta tenía, realmente, necesidad de él y, sin duda, estaba dispuesta a toda clase de sacrificios para obtener su auxilio.

—He aquí, pues, lo que he venido a pedir. Decidme si os sentís capaz de cumplir tal misión y luego os diré lo que yo puedo hacer para vuestra felicidad. Se trata, cardenal, de ir a Italia, de ver a los que vacilan y, sobre todo, a los que se declaran contra nos. Tenéis sobre ellos una autoridad y un ascendiente por todos reconocido. Para que sigan la senda de su deber, me fío enteramente de que hallaréis en vuestro corazón los recursos que ya fueron eficaces una vez. Para impresionar su

espíritu de saludable terror, les diréis la estricta verdad de lo que se prepara.

Entonces Fausta se detuvo como vacilando.

—Hablad, señora —dijo Farnesio— hablad sin temor. Aun cuando debamos ser enemigos, los secretos sagrados que me confiéis quedarán guardados en mi corazón, hasta la hora en que deba servirme de ellos, en beneficio de vuestros intereses.

—Pues bien —dijo Fausta, con una vehemencia que habría acabado de convencer a Farnesio, si no lo estuviera ya—. Decid a esos sacerdotes, orgullosos y rebeldes, ante todo, lo que ya sabéis, es decir, que Enrique de Valois va a morir, que Enrique I de Lorena será rey de Francia; que repudiará a Catalina de Cléves, y que yo seré la reina de este grande y poderoso pueblo, pero decidles también una cosa que ignoráis. Alejandro Farnesio ha reunido en los Países Bajos el ejército más fuerte y más terrible que se ha visto, después del que reunió Carlos V. Estas tropas debían ser embarcadas a bordo de los barcos de Felipe de España, para ser diseminadas por Inglaterra. Una tempestad ha destruido la Armada Invencible, pero Alejandro Farnesio conserva intacto su ejército, que no pudo embarcar. Y ahora escuchad: Alejandro, en cuanto yo se lo mande, está dispuesto en entrar en Francia. Ahora espera, y en cuanto Valois muera, sus tropas, como un torrente, se desparramarán por Francia para reunirse a las de la Santa Liga. Ya sabéis la admiración y el terror que el nombre de Alejandro Farnesio inspira en Italia. Y no hay que decir que dirigiré a mi antojo su paso destructor. ¡Desgraciados de los insensatos que se hayan atraído ese nuevo azote de Dios!

Fausta se detuvo jadeante, y el cardenal, subyugado por aquella mujer, inclinó la cabeza y dijo:

—En cuanto Vuestra Santidad me dé órdenes, serán ejecutadas.

Una vez más Farnesio había sido vencido.

—¡Cardenal! —dijo Fausta con aquella emoción que sabía sentir en caso necesario—. ¿Estáis, pues, a nuestro lado y os restituís a nuestra Iglesia?

—Señora —dijo Farnesio—, os he prometido obedeceros, pero porque a vuestra vez me habéis prometido darme un medio de salir de esta Iglesia y de la otra.

—Es cierto —murmuró Fausta pensativa—. La pasión es, en vos, más fuerte que la fe, pero Dios tiene designios inescrutables e intenciones completamente impenetrables para nosotros. ¿Quién sabe si fuera de su Iglesia le serviréis con mayor eficacia? ¿Estáis resuelto a partir para Italia?

—En cuanto me deis la orden.

—¿Y también a cumplir la misión que os confío?

—¿Cuándo queréis que emprenda el viaje?

Fausta pareció reflexionar unos momentos y dijo:

—Estad dispuesto a partir el veintidós del presente octubre.

Entonces se levantó Farnesio y la interrogó con la mirada, como si hubiera esperado alguna otra cosa.

—Os preguntáis, tal vez, el por qué os señalo el veintidós de octubre, ¿no es

cierto, cardenal? —dijo Fausta sonriendo.

—No, señora. Pero hace poco me hicisteis una promesa.

—La de devolveros a Leonor y a su hija. Pero tened en cuenta, Farnesio, que no pretendo devolveros a la pobre loca que el gitano Belgodere halló un día errante y sin hogar y la unió a su triste destino, no; no os hablo de la gitana Salzuma, ni de la desgraciada que entrevistéis en la abadía de las Benedictinas. Os hablo, cardenal, de Leonor de Montaignes, prometida del príncipe Farnesio.

El cardenal, deslumbrado, la escuchaba como a un Dios.

—Sé —añadió Fausta— el medio de devolver la razón a su espíritu. Puedo sembrar en él el germen del perdón que os concederá. En cuanto a hacer que su corazón vuelva a despertar al amor, es cosa que os concierne.

—¡Leonor! —balbució Farnesio trastornado.

—Os devolveré a Leonor —dijo Fausta con gravedad—. Con ella, la hija que será el lazo de unión entre vos y la que amáis. Violeta, Farnesio, puede curar a su madre, no sólo de la locura, sino también del odio.

—¡Oh, adorada hija mía! —balbució Farnesio.

—Quedamos, pues —dijo Fausta—, en que partiréis el veintidós de octubre, pero no saldréis solo, sino con ellas. Y si he elegido este día para vuestra partida, es porque el día veintiuno se reunirá el Santo Concilio, que os relevará de vuestros votos y hará del cardenal un hombre, diciéndoos: «He aquí a tu esposa y a tu hija».

Farnesio cayó de rodillas, cogió una mano de Fausta y la besó ardientemente. Luego se echó a llorar.

Lloró largo rato a los pies de aquella mujer a la que, una hora antes, hubiera estrangulado. Entre tanto, ella lo contemplaba con tan sombría mirada, que el cardenal se habría estremecido de espanto de haberlo visto. Farnesio, al levantarse, vio ante él un rostro inundado de dulce lástima.

—¡Majestad! —murmuró—. ¡Ojalá llegue pronto el día en que tengáis necesidad de mi vida! Aunque me despojen de la dignidad de cardenal y trate de reparar la desgracia con que herí involuntariamente a una inocente, y llegue a ser padre y esposo, no por eso dejaré de ser vuestro servidor y, tened por seguro que contribuiré con todas mis fuerzas a la realización de vuestro sublime proyecto.

Farnesio se inclinó profundamente y, encorvado ante Fausta, le tendió su mano, en la cual ella se apoyó. Así la condujo hacia la puerta de la casa.

—El veintiuno de octubre, a las nueve de la mañana, estad vestido con vuestro traje de ceremonia y seguid a la persona que yo mande y que os diga sencillamente: «Leonor».

Y, dichas estas palabras, se alejó, dejando al cardenal trastornado de felicidad. Éste la vio subir a su litera, que desapareció en breve. Entonces dio un suspiro y subió a la sala del primer piso. Allí estaba un hombre en pie que lo esperaba. Era maese Claudio.

—¿Habéis oído? —preguntó Farnesio.

—Todo —contestó Claudio—. Os admiro. Os habéis quitado por lo menos veinte años.

—¡Oh! —exclamó Farnesio—. Ver nuevamente a Violeta y a Leonor, marchar con ellas y escapar, por fin, a la atroz pesadilla en que vivo hace dieciséis años.

—Y yo, entre tanto, quedaré aquí sufriendo todas las penas del infierno.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Farnesio.

—La verdad, señor —contestó maese Claudio con humildad—; vos vais a marchar con la que adoráis, llevándoos a la niña.

Farnesio, en efecto, se había rejuvenecido. Un rayo de amor y de esperanza disipaba la prematura vejez de su cuerpo, y a no ser por la blancura de sus cabellos, hubiera parecido, en aquel momento, tal como era en la época en que, caballero, elegante y audaz, escalaba de noche el balcón de Leonor.

—Maese —dijo—, he sufrido mucho en mi vida y Dios me perdona. Pero ¿no es justo que conozca una hora de alegría después de tantos años de desesperación?

—Sí —contestó lentamente Claudio, sin apartar la mirada de Farnesio—. Dios os perdona a vos que hicisteis el mal, pero no me perdona a mí que no soy responsable de ello. ¿Esto es justo?

—La amargura desborda de vuestra alma —dijo Farnesio— y por esta razón blasfemáis. Pero acabad de decir lo que os proponíais.

—Que vos os marcháis y yo me quedo.

El cardenal bajó los ojos y no dijo una palabra. Claudio se humilló más todavía y en voz baja, en que temblaba un sollozo, dijo:

—Me quedo, monseñor. ¿No tenéis nada que decirme? Esa niña, a la que adoro... y que es mi hija... porque, en fin, es mi hija... partís con ella... me la quitáis... Monseñor, ¿no tenéis nada que decirme?

—¿Qué puedo deciros —exclamó sordamente el cardenal— sino que compadezco vuestro dolor?

—¿Éste es el único consuelo que me dirigís? —exclamó maese Claudio—. Amé a esa niña desde que su primera sonrisa me dio las gracias por haberla salvado. Yo estaba solo en el mundo y ella fue el mundo entero para mí. Durante muchos años viví con sus sonrisas y sus caricias. Yo ya no la amaba, la adoraba. Monseñor, por piedad, tened lástima de mi desgracia. ¿Por qué queréis arrancarme el corazón al llevaros a mi hija?

De nuevo se encorvó y a la sazón lloraba desesperado.

—Hablad —balbució el cardenal—. ¿Qué puedo hacer por vos? ¿Qué os habéis figurado?

Maese Claudio, algo esperanzado, contestó:

—Mientras esa mujer hablaba, creí que la felicidad os haría generoso, monseñor, y que tendríais bastante grandeza de alma para decir: «Eres el verdugo, es cierto, pero también el padre, el verdadero padre de Violeta. Ven con nosotros y goza de tu parte de felicidad».

—¡Jamás! —exclamó el príncipe Farnesio con violencia—. ¿Has perdido la cabeza? ¿Acaso olvidas lo que has sido? ¿Cómo podría dejarte vivir al lado de mi hija, sabiendo lo que fuiste?

—Monseñor —murmuró Claudio—, me decís lo que yo mismo me he dicho muchas veces, pero sabed que ella ya lo sabe y, no obstante, no me ha rechazado.

—Pero yo me moriría de vergüenza al ver que mi hija te daba la mano.

—Monseñor, no me comprendéis. No os pido vivir al lado de Violeta. No, no lo creáis. Sería, sencillamente uno de vuestros criados. Empleadme, si queréis, en cultivar vuestros jardines. Soy excelente jardinero, y entonces me bastaría ver a la niña de vez en cuando, aunque fuera desde lejos.

—¡Jamás! —repitió el cardenal.

—Os juro que no le dirigiría nunca la palabra, ni ella a mí. Ella no me vería nunca. Me bastaría, os repito, ver que es feliz.

—Maese Claudio —dijo fríamente Farnesio—, renunciad a esas ideas. Ya comprendéis vos mismo que el antiguo verdugo de París, no puede vivir al lado de una princesa Farnesio ni aun entre sus criados. Únicamente me comprometo a mandaros cada tres, o cada seis meses, una carta que os hablará de ella y os dará cuenta de la vida que lleva.

Claudio se levantó y se cruzó de brazos.

—¿Me lo prometéis? —dijo.

—Por la salvación de mi alma.

—¿Esto es todo lo que estáis dispuesto a hacer por mí?

—Es cuanto puedo hacer.

—¿Decís que no me consentiréis vivir al lado de mi hija?

—¡Jamás!

Transcurrió un minuto de silencio, durante el cual el cardenal pudo creer que había vencido al verdugo. Pero éste, con las cejas fruncidas, parecía hacer un esfuerzo de memoria, y luego, yendo hacia la puerta corrió el cerrojo.

Farnesio, sonriendo, se dispuso a usar el puñal como había usado la palabra, pero en vez de ir contra él, Claudio se adosó a la puerta con los brazos cruzados; parecía buscar en su memoria. Luego, levantando nuevamente la cabeza, dijo con voz tranquila, pero en la que se ocultaba una amenaza:

—Monseñor, escuchad: he aquí exactamente el contenido del documento que os firmé:

A catorce de mayo del año de 1588, yo, maese Claudio, burgués de la Cité y antiguo verdugo jurado de París, siendo verdugo por sentimiento, declaro y certifico: Para herir a una mujer llamada Fausta, me comprometo durante un año, a contar del día de hoy, a obedecer ciegamente a monseñor, el cardenal obispo Farnesio, ejecutando cualquier orden que me dé y siguiendo sus instrucciones, sin otra voluntad que la de ser su obediente esclavo.

Y así me condene en la eternidad, si durante el transcurso de este año, desobedezco una sola vez.

—Y firmé, monseñor, con mi sangre.

El cardenal permaneció inmóvil mientras el verdugo recitaba el contenido de su pacto. Claudio, con lento gesto, dirigió la mano al pecho y continuó:

—Ahora voy a leerlos, monseñor, el contenido del documento que firmasteis vos. Escuchad. He aquí lo que dice:

A catorce de mayo del año 1588, yo, príncipe Farnesio, cardenal obispo de Módena, declaro y certifico: Dentro de un año, día por día, o antes de dicha época, me comprometo, en caso de que sucumba la mujer llamada Fausta, a presentarme ante maese Claudio, verdugo, en el día, en la noche y en la hora que le convenga, y a obedecerlo en lo que me pida, y le doy, además, permiso de matarme si le parece bien. Y así me condene en la eternidad si trato de desobedecer o de huir. Y firmo: Juan, príncipe Farnesio, obispo y cardenal por la gracia de Dios.

Terrible silencio siguió a la lectura de este documento. Luego, el cardenal dio un gemido y bajó la cabeza, como esperando el golpe fatal.

—Monseñor —continuó Claudio—. ¿No os he obedecido fielmente? ¿He cumplido lo que firmé con mi sangre? Puesto que nuestro pacto termina hoy, por vuestra reconciliación con la mujer llamada Fausta, ¿estoy en mi derecho al recordaros que me pertenecéis y que estáis obligado a presentaros a mí de día o de noche y a la hora que quiera?

—Sí —contestó Farnesio asustado.

Claudio avanzó algunos pasos, se detuvo ante el cardenal sin tocarlo, y dijo:

—Monseñor, me pertenecéis y voy a usar de mi derecho.

—Como queráis —dijo el cardenal con acento de desesperación—. Ya que habéis adquirido sobre mí derecho de vida o muerte, matadme. Verdugo, ejerce de nuevo tu oficio.

Pero Claudio contestó:

—Os equivocáis, monseñor, no quiero mataros a vos.

—¿A quién, pues? —preguntó el cardenal estupefacto.

—A Fausta.

—¿Y por qué?

—Porque quiero que viváis, monseñor. Al matar a Fausta no hago más que cumplir el pacto que nos une. ¿No es éste mi deber? Los dos convinimos en que esta mujer ha de morir y por esto la mataré ante vos.

—¡Oh, ya te comprendo, demonio! —exclamó el cardenal.

—El veintiuno de octubre vendrán a buscarnos de parte de Fausta para conducirnos al Concilio. Aquel día saldréis de la Iglesia para recobrar vuestra libertad. Al día siguiente, monseñor, saldréis de París en compañía de Leonor y Violeta. Ahora, fijaos bien en lo que os digo: El día veintiuno no se celebrará ningún Concilio ni nadie vendrá a buscaros de parte de Fausta, porque ésta habrá muerto. Vos, en cambio, monseñor, viviréis, y entonces podréis dedicaros a buscar a mi hija y a la mujer que amáis.

El cardenal estaba aterrado. Claudio le posó la mano sobre el hombro.

—Vos la buscaréis y yo haré lo mismo por mi parte, pero oíd, monseñor: En cuanto las hayáis hallado, será tiempo de ejecutar en vos el derecho que tengo de mataros. Adiós, monseñor.

—¡Perdón! —gritó Farnesio cayendo de rodillas.

—¿Me perdonáis vos?

—Sí —contestó Farnesio dando un suspiro.

—¿Consentís?

—Sí.

—¿Iremos los dos juntos a la cita de Fausta el veintiuno de octubre?

—Sí, los dos.

—¿Y nos marcharemos juntos también a Italia?

—Sí, juntos. Concedo todo lo que me has pedido.

El cardenal se levantó entonces, dirigiendo al cielo una mirada terrible. Claudio, en cambio, había bajado los ojos y con voz humilde y dulce, murmuró:

—Os doy gracias, monseñor. Hasta entonces no os dejaré.

—¡Oh! —exclamó Farnesio—. ¡Qué vergüenza tan grande! ¡Mi hija viviendo con el verdugo!

En aquel momento, maese Claudio, el verdugo, pensaba:

—¡Oh, Violeta mía! ¡No temas nada de mí! ¡No temas nada de mí! No temas que te reserve la vergüenza de vivir junto al verdugo. Quiero solamente asegurar tu felicidad casándote con el príncipe a quien amas y entonces ¡adiós para siempre!... desapareceré... en la muerte...

XI - La madre

LA MAÑANA era pura, acababan de dar las ocho en la antigua abadía medio arruinada, desde donde algunos años más tarde Enrique de Bearn debía contemplar su ejército que sitiaba a París. En los setos de las vertientes de Montmartre, cantaban alegremente los petirrojos, los pinzones y los gorriones; las flores silvestres abrían sus corolas para recibir los rayos del sol, los grandes castaños balanceaban sus ramas al soplo de la brisa matutina; había en el ambiente aquella inexplicable alegría que, al despertar de las cosas, es para el hombre una visión encantadora, de la que no se cansa nunca.

Fausta, en aquella hora, subía la montaña sin fijarse en el canto de los pájaros, ni en la luz pálida y dulce del cielo parisiense. A pesar de la alegría de aquella hermosa mañana, parecía estar sombría y preocupada, y, sin duda, monologaba acerca de los asuntos que embargaban su pensamiento.

Al llegar a la cima se detuvo la litera y Fausta bajó, pero en vez de ir a la puerta de la abadía, se dirigió a algunas cabañas edificadas en torno del convento, y que constituían la aldea de Montmartre.

Entró en una de aquellas casitas, de techo de bálago, de vigas salientes, con intervalos llenos de tierra amasada y secada al sol. El interior era tan miserable, como hacía comprender la parte exterior de la cabaña.

Allí entró Fausta. Una mujer anciana estaba sentada junto a la puerta para gozar del aire y la luz. Estaba hilando, y al ver a Fausta se levantó con precipitación, pero la joven, con gracioso gesto, la obligó a sentarse de nuevo.

—¡La buena señora de París! —murmuró la campesina.

Fausta, con la mayor sencillez, tomó por sí misma un escabel y se sentó al lado de la anciana.

—¿Ya trabajáis tan temprano? —preguntó sonriendo.

—¡Ay, noble señora! —dijo la campesina—. Soy muy vieja y se acerca la hora en que deberé despedirme de este mundo, y como el lienzo cuesta muy caro y quiero presentarme dignamente en el otro mundo, estoy hilando mi sudario.

Fausta se quedó atónita. La vieja la miró sorprendida de su asombro, y continuó haciendo girar la rueca.

—Gracias a las monedas que me disteis, noble señora —continuó— mi sudario será de buen lino y aún me quedará bastante dinero para pagar anticipadamente las misas necesarias para la salvación de mi alma y para la canastilla del niño que mi hija va a dar a luz.

—Ya os daré más dinero —dijo entonces Fausta dolorosamente sorprendida—. Os daré lo suficiente para que tengáis buena vejez y el que ha de nacer, feliz infancia.

—¡Qué Dios os bendiga!

—Amén —dijo Fausta con gravedad—. Pero decidme, buena mujer, ¿habéis cumplido mi encargo?

—Sí, noble señora. Desde vuestra primera y bendita visita, mi hijo no pierde de vista a la gitana; la sigue paso a paso, según vuestras órdenes, por todas partes adónde va pero sin dejarse ver, como es natural.

—¿Y desde entonces no ha tratado de salir de esa montaña?

—No: la gitana permanece alrededor de la santa abadía. Cuando tiene hambre viene aquí; por la noche, a hora bastante avanzada, oímos sus pasos que se acercan, y ya que demostráis tanto interés por esa hija del diablo, le hemos hecho una cama de heno en el establo. Vuestra Excelencia ya podrá comprender que unos cristianos como nosotros no podían admitir más cerca a una condenada como ella.

La campesina hizo la señal de la cruz y Fausta la imitó.

—Tendré en cuenta vuestro celo —dijo— y creed que si esta compañía puede atraeros alguna molestia en el otro mundo, yo os lo recompensaré en éste.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —dijo la vieja tomando los tres o cuatro escudos de oro que le tendía la dama—. Espero salir del paso con una o dos misas más.

—¿Y dónde está ahora la gitana?

La vieja hizo un gesto vago.

—Ha salido después del alba, al primer canto del gallo. Va y viene, baja y sube y a menudo descansa junto a aquella cruz negra que, sin duda, habréis visto, noble señora. Muy a menudo pasa grandes ratos junto al convento.

—Gracias, buena mujer. ¿Queréis mandar a buscar a vuestro hijo?

La campesina se levantó, guardó cuidadosamente en un cofre las monedas de oro que había recibido y saliendo al umbral de su puerta, dijo algunas palabras a un muchacho que allí estaba y que salió corriendo. Pocos minutos más tarde compareció el hijo de la vieja, gorra en mano, y esperando recibir órdenes de la noble dama.

—¿Dónde está la gitana? —preguntó Fausta.

—Allí bajo —contestó el joven tendiendo el brazo en dirección al convento.

—Condúceme a donde está.

El muchacho se inclinó y echó a andar. Rodeó los muros del convento y llegó a la brecha contigua al pabellón. Allí Fausta vio a Salzuma que, sentada en una piedra del muro derruido, dominaba el huerto del convento y miraba fijamente ante ella.

—Puedes marcharte —dijo a su guía, que se apresuró a obedecer.

Entonces Fausta franqueó la brecha sin que la gitana pareciera fijarse en ella. En cuanto estuvo en el jardín o en lo que las pobres monjas llamaban el jardín, porque todo en la abadía estaba sumido en el mayor abandono, se volvió hacia Salzuma y exclamó en voz baja:

—¡Pobre mujer! ¡Pobre madre!

Salzuma miró a quien le hablaba así, porque, según parece, en la locura, si bien la dirección general del pensamiento está perdida en el cerebro, quedan, en cambio, intactas algunas facultades. Salzuma había visto a Fausta durante unos instantes en la habitación de la abadesa Claudina de Beauvilliers. Desde entonces transcurrió bastante tiempo, y a pesar de que Fausta no llevaba el mismo traje, la loca la

reconoció.

—¡Ah! —dijo con cierta repulsión—. Vos sois la que me hablasteis del obispo.

Fausta se quedó estupefacta, pero resolvió aprovechar aquel acceso de lucidez.

—¡Leonor de Montaignes! —dijo—. Sí, yo os hablé del obispo y os conduje a su lado, pero lo hice por figurarme que lo amabais todavía.

—El obispo ha muerto —dijo Salzuma—. ¿Cómo podría amarlo? Además, es un crimen atroz el amar a un obispo. Si amáis a un obispo, señora, tened cuidado con la horca.

Fausta bajó la cabeza reflexionando qué podría decir para despertar una chispa de razón en aquel cerebro. Quería hablar con Leonor consciente, pero no con Salzuma loca. Había resuelto emplear a Leonor en el proyecto que lentamente llevaba a cabo.

Era un proyecto de venganza, un drama violento y terrible, del que ella debía salir victoriosa para siempre, vencedora de sí misma y de los otros... de Farnesio y de Pardaillán.

—¿De modo —preguntó— que os figuráis que el obispo ha muerto?

—Sin duda —dijo Salzuma con gran tranquilidad.

—Pues bien, andáis más acertada de lo que os figuráis. Pero, escuchadme, habéis sufrido mucho en vuestra vida.

—¿Me compadecéis? ¿Es posible que un ser humano se compadezca?

—Con toda mi alma; ¿pero de qué sirve la compasión si no se trata de aliviar el mal?

—El mío no tiene remedio —dijo Salzuma— y me basta que me hayáis compadecido. ¡Cuán hermosa sois! —añadió la loca con admiración profunda—. Siendo tan bella, por fuerza debéis de ser buena para los desgraciados.

—Vos habéis sido más hermosa, Leonor —dijo Fausta—. Tal vez hoy mismo lo sois más que yo, que lo soy mucho, lo sé. Leonor, habéis sufrido mucho y por esta razón no creéis en la felicidad, pero os aseguro que aún podéis ser dichosa.

—No soy Leonor; soy Salzuma, gitana que va por el mundo leyendo en las manos el destino de las gentes. En cuanto a la felicidad, es una palabra que me causa tanto horror como el aspecto de una fiera.

—Eres Leonor —afirmó Fausta con firmeza— y serás feliz. Ahora escucha. El obispo ha muerto y ya no te hará sufrir más. Pero existe un hombre que vive aún, que te busca y que te adora.

—¿Un hombre que me busca? —exclamó Salzuma con indiferencia.

—El que te amaba y te ama todavía. Acuérdate, lo amas aún y te busca porque te adora.

—¿Quién es? —preguntó la gitana con la misma indiferencia.

—Juan...

Salzuma se estremeció y prestó oído cual si fuera una voz que le hablara desde lejos.

—¿Juan? —murmuró—. Sí, me parece recordar ese nombre.

—Juan, duque de Kervilliers —repitió Fausta.

Salzuma palideció, y se levantó con la cabeza tendida, como para escuchar mejor aquella voz que oía a gran distancia y que, sin duda, se aproximaba cada vez más. Interrogó a Fausta con angustiosa mirada.

—¿Qué nombre es ése? —balbució con expresión dolorida.

—El nombre del que amaste —dijo Fausta, con dulzura y autoridad crecientes—. Juan de Kervilliers, el que debía ser tu esposo. Recuerda y verás cómo le amas todavía, porque te estremeces al oír pronunciar su nombre. Acuérdate, Leonor.

Salzuma, en efecto, la escuchaba cada vez con mayor atención porque las palabras de aquella mujer correspondían a sus sentimientos oscuros y los iluminaban. Fausta le tomó las dos manos.

—¡Acuérdate! —continuó—. Acuérdate de lo feliz que eras cuando lo esperabas, cuando desde el balcón del antiguo hotel de Montaignes esperabas su llegada.

—Sí, sí —murmuró la gitana conmovida.

—Acuérdate cómo te acogía en sus brazos y tú desfallecías al recibir sus besos. Te juraba un amor eterno y tú lo creías, hasta el punto de que habrías muerto antes que dudar.

—Sí, habría muerto —repitió Salzuma.

—Y era cierto, Leonor. Juan de Kervilliers te adoraba y si os separó la fatalidad, él sufrió tanto como tú. Me consta porque él mismo me lo dijo. Me dio cuenta de su amor y de su desgracia. No ha cesado de amarte. Te busca. ¿No quieres verlo?

Salzuma desprendió sus manos de las de Fausta y con ellas se tapó los ojos, como si los hubiese impresionado una luz demasiado viva. Recordaba confusas imágenes del pasado que, uniéndose una a otra en su memoria, reconstituían escenas enteras.

El violento trabajo que empezó el día en que se vio ante el cardenal, y que continuó al hablar con Carlos de Angulema y Pardaillán. Se cumplía en ella con creciente rapidez. Aquel nombre, Juan de Kervilliers era una antorcha que iluminaba los oscuros rincones de su cerebro.

Fausta la miraba con atención creciente. Le pareció llegado el momento de presentar a la loca otro cuadro.

—Sígueme —dijo— y te juro que en breve volverás a ver al hombre que amas.

Salzuma siguió dócilmente a aquella mujer, que ejercía sobre ella poderoso ascendiente. No sabía por qué aquel nombre provocaba en ella un dolor en que había también cierta alegría. No sabía por qué deseaba ver al hombre que así se llamaba, pero observaba que en su corazón había un vacío muy grande y que lo llenaría al volver a ver a aquel hombre.

Fausta entró en el pabellón, y Salzuma la siguió temblorosa.

—¡Oh! —dijo—. Aquí vi al obispo.

Y miró rápidamente a su alrededor, pero el pabellón estaba vacío.

—Sí —dijo Fausta—, aquí viste al obispo y por eso, pobre mujer, no te atreves a apartarte del convento. Por eso te vi sentada hoy en la brecha y esperando, a tu pesar.

—¡Oh, no! —exclamó la gitana—. Si os inspiro alguna compasión, haced de modo que no vea al obispo.

—¿Y a Juan de Kervilliers?

—A él sí —exclamó sonriendo—. Sin embargo, no lo conozco, pero tal vez lo conocí antes. Me parece que era un hombre muy joven y guapo. Se me figura sentir en mis ojos la inefable dulzura de su mirada, y que oigo su acariciadora voz.

—Te aseguro que lo volverás a ver.

—¿Tardaré mucho?

—No, dentro de pocos días, si no te alejas.

—¡Oh! No me alejaré, suceda lo que quiera.

Salzuma bajó la cabeza pensativa.

—Bueno, ahora escúchame, Leonor. No sólo volverás a verlo a él, sino a tu hija, ¿comprendes?

—¿Mi hija? —balbució Salzuma—. ¡Qué cosa tan rara! Los dos gentilhombres me dijeron también que yo tenía una hija.

—¿Qué gentilhombres? —preguntó Fausta con cierta inquietud.

—¡Oh! Pero no los creí. Ya sé que no tengo hija. Silencio, señora —prosiguió de pronto—, no volváis a pronunciar el nombre de Juan, porque si entrara mi padre... ¿qué le diría? Sería necesario jurarle de nuevo que no hay nadie en la habitación.

—Sí —exclamó Fausta—, sería terrible, pero más terrible todavía si el anciano barón sospechara la verdad que le ocultas.

—¿Cuál? —preguntó la loca—. ¿Sabéis que oculto una cosa a mi padre?

—Sí, y no lo recatas a Juan de Kervilliers.

Salzuma se llevó las manos a la cara y dio un grito.

—¡Mi antifaz! —exclamó—. ¡Mi antifaz rojo como la vergüenza! Lo he perdido. ¡Oh, si pudiese cubrir la vergüenza de mi rostro! Por favor, señora, no miréis... no sabéis ni sabréis nunca.

—Ya lo sé —interrumpió Fausta con rudeza—. Sé cuánta es tu vergüenza y tu felicidad, Leonor. Tu secreto, que ocultas a tu padre y, temblorosa, has revelado a tu amante, yo lo sé. Vas a ser madre, Leonor.

Salzuma dejó caer las manos. Un asombro extraordinario se advertía en su rostro trastornado.

—¿Madre? —preguntó—. ¿Habéis dicho eso?

—¿No es este tu secreto? ¿No es cierto que Juan lo sabe y que va a casarse contigo?

—Sí, sí —murmuró la pobre mujer—, porque es preciso que mi padre ignore nuestra falta. ¡Si supierais cuánto quiero a mi hijo, señora! Tendrá un nombre, un buen nombre, del que podrá enorgullecerse.

—¡Tu hija! Sí, pero acuérdate, haz un esfuerzo, has sido madre. La niña nació. Acuérdate, Leonor, acuérdate de la plaza llena de gente, de las campanas que doblaban a muerto, de los sacerdotes que te sostenían y de cuando llegabas...

—¡Al cadalso! —exclamó Salzuma retrocediendo hasta un ángulo del pabellón—. ¡El cadalso! ¡El monstruoso aparato mortal! ¡Perdón! ¡Dejad vivir a mi hijo al que llevo en mis entrañas!

La desgraciada cayó de rodillas y con su frente golpeó las losas. Fausta, consagrada por completo a su objeto y transformada en despiadada atormentadora, corrió hacia Salzuma y la levantó.

—Lo que ha sucedido es que eres madre. El hijo de tu falta y de Juan de Kervilliers ha venido al mundo. Y gracias a él, gracias a ese hijo te han perdonado la vida.

—¿Cómo? —exclamó la gitana—. ¿Es verdad? ¿Tengo una hija? ¿Soy madre?

Y lanzó una carcajada, pero casi inmediatamente se puso a llorar. Ya no miraba a Fausta, pues tal vez había olvidado su presencia. Tal vez había olvidado ya la escena que acababa de tener lugar, pero, en cambio, recordaba que era madre y que tenía una hija.

Habíase acurrucado en el suelo, y sollozaba dulcemente, mientras algunas ideas confusas se formaban en su cerebro.

—Y bien —continuó entonces Fausta—, ¿no queréis ver a vuestra hija, Leonor de Montaignes? ¿No halláis nada en vuestro corazón para la inocente a la que no conocéis y que, sin embargo, es vuestra hija?

—Muchas veces la he llamado —murmuró la loca a través de sus sollozos—. Ignoraba que fuese madre, pero muchas veces, cuando me agobiaba el dolor, comprendía que una caricia de un hijo me habría salvado de la desesperación.

—¿Queréis ver a vuestra hija? —preguntó Fausta con gran dulzura.

—¿Dónde estará? —exclamó Salzuma como si no hubiese oído—. ¿Cómo se explica que teniendo yo una hija no esté a mi lado? ¿Cómo ha podido vivir sin su madre?

—Voy a decíroslo —contestó Fausta.

—Vos lo sabéis iodo —exclamó Salzuma, sin duda influida por la razón que lentamente penetraba en su cerebro—. ¿Quién sois y qué me queréis, vos que me anunciáis la existencia de mi luja?

—¡Ah! —exclamó Fausta—. ¿Ya vuelves a la razón? ¿Me preguntas quién soy? Sencillamente una mujer compasiva. ¿Te parece poco? El azar me dio a conocer los secretos de tu vida y ha hecho que encontrase a los dos seres que te son queridos, es decir, a tu esposo y a tu hija.

—¡Mi hija! —exclamó la gitana uniendo las manos.

—Escuchad, pobre mujer: fuisteis madre cuando el dolor había trastornado vuestro espíritu y estabais encerrada en una cárcel.

—Recuerdo el calabozo —dijo Salzuma, estremeciéndose—. Recuerdo aquellos tiempos horribos.

—Unos hombres perversos se apoderaron de vuestra hija ¿comprendéis?

—Sí, los que me perseguían, los que me tenían presa —dijo Salzuma.

—Se apoderaron, pues, de vuestra hija.

—¡Pobre niña! ¡Cuánto ha sufrido!

—No, tranquilizaos. Por el contrario, ha sido muy feliz. Halló un hombre de bien, de excelente corazón, que pudo abstraer la niña a sus perseguidores, y la crió como si fuera su propia hija.

—¿Quién es ese hombre, señora? Decidme cómo se llama, para que yo lo bendiga.

—Ha muerto —contestó Fausta.

—¡Ha muerto! ¿Por qué el destino herirá tan sólo a los buenos? ¿Pero, por lo menos habrá muerto cargado de años y de felicidad?

—Murió miserable y encerrado en un calabozo.

Salzuma bajó la cabeza llorando.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó—. Ya que no podré verlo nunca, decidme, por lo menos, su nombre.

—Se llamaba Fourcaud... y era procurador. ¿Recordaréis este nombre?

—Lo tengo ya grabado en mi corazón para siempre. Pero ¿por qué un hombre tan bueno murió siendo tan despreciado? ¿Qué hizo para merecer la cárcel? ¿Cuál fue la causa de su encierro?

—Vuestra hija.

—Eso no puede ser. ¿Acaso habré sabido que tengo una hija para enterarme de que es un monstruo? No me habléis así, señora, o creeré que mentís.

—No me comprendéis. Vuestra hija fue la causa de la desgracia y de la muerte de Fourcaud, pero la causa bien inocente, porque adoraba al que creía ser su padre. ¿Me comprendéis bien?

—Sí, sí —contestó Salzuma—. Pero explicadme...

—Allá voy. El buen procurador Fourcaud, quiso educar a vuestra hija en vuestra religión.

—¿Mi religión? —murmuró Salzuma—. Hace mucho tiempo que oí hablar de eso.

—Acordaos, vuestro padre no era católico.

—Es cierto; nunca íbamos a la iglesia de los católicos.

—Erais hugonotes. Así, pues, el procurador Fourcaud hizo que Juana...

—¿Juana? —interrumpió la gitana.

—Vuestra hija, el procurador le dio este nombre. Quiso, pues, que vuestra hija Juana se educara en la religión de los hugonotes, que era la vuestra y la de vuestro padre, una religión proscrita.

—Sí, es verdad. ¡Cuántos de entre los nuestros han muerto o han sufrido espantoso suplicio!

—Pues bien, imaginaos ahora el odio que debía rodear al procurador Fourcaud y a vuestra hija.

—El mismo que a nosotros.

—Es cierto. Fourcaud fue denunciado como hereje, y encerrado en una prisión, en la que murió.

—¡Denunciado! ¡Oh, si yo conociera el delator! ¡Iría a arrancarle el corazón!

—Yo conozco al delator —dijo Fausta—. No fue ningún hombre; sino una mujer muy joven.

—¡Es atroz! ¿Cómo pudo una mujer joven tener el valor necesario para mandar a la muerte, y tal vez al suplicio horrible, a un hombre bueno?

—Sí, tenéis razón, porque el pobre Fourcaud murió atormentado. Lo clavaron a una cruz y lo dejaron morir.

—¡Es horroroso! —exclamó Salzuma estremeciéndose—. Esa mujer merecería el mismo suplicio. ¿Y decís que la conocéis?

—Ciertamente, ella es también una hereje, una joven sin hogar, una especie de cantora que iba con unos gitanos. Se llama Violeta.

—¡Violeta!

—Sí, ¿os sorprende este nombre?

—¿Y decís que denunció al procurador Fourcaud?

—Estoy segura de ello; pero, según parece, ese nombre no os es desconocido.

—En efecto, la conozco —dijo Salzuma con sombría voz—. He vivido con ella, porque yo misma iba con aquella compañía de gitanos. Ella cantaba y me gustaba oír la cantar, mientras yo decía la buena ventura. Su voz me penetraba en el alma. Algunas veces, al mirarla, tenía deseos de estrecharla en mis brazos, pero ella parecía sentir miedo de mí.

—Más bien será que no le inspirabais ninguna compasión —dijo Fausta.

—Es cierto. Debía ser una muchacha muy mala, cuando tuvo el valor de denunciar a un hombre tan bueno como Fourcaud; pero no hablemos más de ello, señora.

—No obstante, merece un castigo.

—Sí, un castigo terrible.

—Ya lo dijisteis vos. Merece morir en una cruz como su pobre víctima, toda vez que vuestra hija ha sufrido por su culpa.

—¡Desgraciada de ella si mi hija ha sufrido por su culpa!

—Sí, ha sufrido, porque la pobre fue encerrada en un calabozo.

—Ya me lo dirá ella —exclamó Salzuma—. ¿Me prometéis que la veré?

—Os lo he prometido.

—¿Cuándo? ¡Ah, señora, si yo supiera el día!...

—Dentro de muy poco —dijo Fausta.

—No me engañéis, señora.

—Os juro que la veréis, y también a esa maldita Violeta. Pero, para ello, es necesario hacer lo que yo os diga.

—Todo lo que queráis —exclamó Salzuma exaltada.

—Es necesario que nadie os vea, mientras yo vaya a buscar a vuestra hija para

traérosla.

—Allí, en lo alto de la montaña, hay unas buenas gentes que me dan de comer y me dejan dormir en su casa. Me ocultaré allí y nadie me verá.

—Pues allí os llevaré a vuestra bija.

—Venid, pues —dijo Salzuma extasiada—. Voy a enseñaros la casa.

La gitana volvió a pasar la brecha, dio la vuelta a los muros del convento y, por fin, llegó a la cabaña en que Fausta había entrado.

—Ahora —se dijo Fausta— creo que ni Dios mismo podría salvarlos. Los tengo a los dos.

LA CRUCIFICADA

XII - La hija

A LA PUERTA PRINCIPAL del convento de las Benedictinas llamó una hermosa dama. Apenas le abrieron se hizo anunciar ante la superiora, Claudina de Beauvilliers, pronunciando un nombre que a todos causaba sorpresa o infundía pavor: Fausta.

Inmediatamente fue recibida por la abadesa.

¿Era Fausta, realmente, el poder misterioso ante el cual había que inclinarse o solamente una intrigante? Más de una vez Claudina se había dirigido esta pregunta. ¿Y qué quería Claudina? Pues enriquecer su convento, para enriquecerse a sí misma.

La abadesa era una mujer de naturaleza ligera, descuidada, incapaz de maldad y más incapaz todavía de profundizar cosas. La futura querida de Enrique IV limitaba sus ambiciones a una existencia de lujo y placeres. Adoraba las fiestas, las joyas y la ropa blanca delicada, los trajes suntuosos y, en fin, todo lo que puede gustar a una cortesana, pero que una abadesa, por su profesión y sus votos, no habría debido desear.

Gustándole todo esto, ya se comprende la impaciencia con que la hermosa abadesa esperaba la realización de las promesas de Fausta. Estaba en el secreto de la gran conspiración. Sabía que Valois estaba condenado a muerte y que Guisa debía reinar. Al advenimiento de Guisa, se decidiría su fortuna.

En la Liga eran legión los que esperaban que el cambio de rey les traería el de su fortuna. Desde entonces no ha habido la menor variación en este particular, porque todos los partidos fían su fortuna a la conquista del poder.

Claudina de Beauvilliers sabía que su convento sería dotado ricamente por el nuevo rey. Conocía también la gran influencia que Fausta tenía sobre Guisa, y esto era más de lo necesario para que reservara a la misteriosa mujer un respeto y una obediencia muy sinceros. Pero en el fondo contaba con aquella fortuna como se cuenta a veces con una herencia problemática.

De ahí la inquietud, las repentinas familiaridades y los exagerados respetos cuando se hallaba en la presencia de Fausta.

De tal estado de espíritu había resultado que Claudina aceptó el papel de carcelera para la pobre Violeta, pero, en suma, ejercía muy poca vigilancia en su prisionera. Había traspasado tan humillante cuidado a dos monjas viejas, que juzgó aptas para el oficio de vigilantes.

Ya conocemos a esas monjas. Eran sor María Luisa y sor Filomena. La abadesa había oído decir de un modo vago que las dos carceleras se hacían ayudar por dos truhanes de estatura desmesurada, pero no se alarmó gran cosa por ello.

Es muy probable que, si Fausta hubiese sabido el descuido con que Claudina cumplía sus órdenes, no le habría confiado la custodia de la prisionera que en tanto tenía, pero Fausta, como otras personas dotadas de gran poder, había llegado a tener la seguridad de que todos sus servidores le eran adictos en cuerpo y alma.

Cuando entró en la habitación de la abadesa, ésta se hallaba haciendo sus cuentas, y con dolor se percataba de que, para llegar a fin de año, necesitaba seis mil libras.

El convento había sido dotado en dos mil libras, pero a partir de la fuga de Enrique III, el tesoro real estaba cerrado. A la sazón, las benedictinas no estaban ya en la pobreza, sino en la miseria. De modo que, con gran decisión, pero no sin lamentarlo, Claudina pasaba revista a los nombres de los nobles ricos a los que podría pedir dinero.

Aquella lista... de financieros, estaba ante sus ojos y Claudina la leía con gran atención, cuando entró Fausta. La abadesa se levantó e hizo una reverencia.

—¿Qué hacéis ahí, hija mía? —preguntó Fausta, que aun cuando más joven que Claudina, podía usar este tratamiento sin que extrañase.

—¡Ay, señora! —contestó Claudina, ofreciendo asiento a Fausta—. Estaba repasando las cuentas de la abadía.

—¿Y qué resultado sacáis de ello?

—Que nuestras pobres hermanas se morirán de hambre si del cielo no nos cae algún maná.

—Dios alimentó a su pueblo en el desierto —contestó Fausta con gravedad.

—Ya no estamos en aquellos tiempos en que Moisés con su cayado hacía salir agua de las rocas, y por más que busco, no hallo el modo de contentar a los innumerables acreedores de este desgraciado convento.

—Hablemos de vos —dijo Fausta—, ¿cuánto gastáis en un año?

—¡Ay!, ya he perdido la costumbre del lujo y apenas gasto para mi persona y mis criadas unas veinte mil libras al año.

—Como el convento está dotado en dos mil, y suponiendo que se gasten diez mil libras para su subsistencia, ¿cómo os procuráis las dieciocho mil libras restantes?

Claudina no pudo contener una sonrisa. La pregunta que le hacía Fausta no tenía más que una respuesta posible. No la dio, y bajo la mirada firme y clara de la joven, la abadesa se limitó a encogerse de hombros. Al mismo tiempo sus ojos miraron la lista que había dejado sobre la mesa. Fausta observó la dirección de aquella mirada, cogió la hoja, la leyó, y dejándola luego sobre la mesa, murmuró:

—¡Pobre mujer!

Esta exclamación de lástima ruborizó a Claudina como si hubiese oído un insulto y dijo con temblorosa voz, mientras dos lágrimas se deslizaban por sus mejillas:

—¡Señora! ¿Es culpa mía? Si fuese rica, sería pollo menos libre de cuerpo, pero como soy pobre de un modo tan extremado, que a veces no hay pan en el convento, yo...

Se interrumpió de pronto y luego dijo irguiéndose:

—Muchas veces la hermana dispensera viene a decirme que no hay cena para las monjas, y cuando sé que ya hace dos o tres días que no se enciende fuego en la cocina del convento, entonces, señora, miro a mi alrededor y como no tengo joyas que vender, vendo... lo que puedo. Además —continuó la abadesa— he hecho mucho en

favor de monseñor de Guisa, y en cambio, ¿qué ha hecho él por mí? He inducido a entrar en la Liga a algunos gentilhombres, cuyo concurso le es muy útil, le he dado todo lo que ha pedido y, en cambio, él sólo me ha hecho promesas, señora.

—Bien poco os costaría pasaros al partido realista —dijo Fausta con gran frialdad.

—Aunque fuese al partido de Navarra. Hemos de vivir, señora. Quiero vivir. ¿Quién podrá reprochármelo?

—Hija mía —repitió Fausta—, ¿habéis apurado ya vuestras fuerzas y vuestra paciencia?

—Creo que en la Liga hay muchos como yo, señora. ¿Y qué habría sido de mí en esos tiempos de revuelta en qué?... Perdonadme, señora.

—Hablad francamente, sin miedo.

—Pues bien, ya habréis adivinado la naturaleza de mis recursos. Pero desde que monseñor de Guisa es amo de París...

Claudina se detuvo nuevamente.

—Vuestros amantes piensan más en las armas y en los conciliábulos que en las dichas del amor —dijo tranquilamente Fausta.

—Eso es, señora —dijo Claudina asombrada y sonriente—. ¿Qué habría sido de mí si vos no os hubieseis apiadado de este convento?

—Veamos —dijo Fausta con bondadoso acento—. Decíais que os hacen falta...

—No decía nada, señora, pero me faltan seis mil libras.

—De modo que si pongo a vuestra disposición unas veinte mil libras.

—¡Ah, señora! Me salvaríais otra vez —exclamó Claudina, cuyos ojos brillaron con alegría.

—¿Y podríais esperar entonces el gran acontecimiento?

—Sin duda alguna, suponiendo que no tarde mucho —añadió Claudina riéndose.

—Pues bien, escuchad, hija mía, dentro de pocos días... Fijemos la fecha, el veintidós de octubre, por ejemplo.

—Perfectamente, señora.

—Pues bien, ese día mandadme a mi palacio a un hombre de vuestra confianza y os traerá las doscientas mil libras convenidas.

Claudina dio un salto.

—¿Qué tenéis, hija mía? —preguntó tranquilamente Fausta.

—Acabáis de decir... Pero, sin duda, os equivocáis.

—He dicho doscientas mil libras, y no por error.

Claudina de Beauvilliers se puso muy pálida y murmuró:

—¡Es una suma enorme!

—Será vuestra el día que os digo, con la condición de que la víspera, es decir, el día veintiuno de octubre, me ayudéis en una pequeña operación que quiero llevar a feliz término.

—Ya sabéis, señora, que siempre os pertenezco.

—No hablemos más. Cuando sea oportuno, os explicaré mi operación y os asignaré vuestro papel. De momento mandad a buscar a la joven prisionera que se llama Juana.

Claudina se apresuró a cumplir la orden. Algunos minutos más tarde volvió llevando de la mano a la compañera de cautividad de Violeta, es decir, a Juana Fourcaud.

Durante su encierro en el recinto del convento, Juana Fourcaud esperaba ver cada día a su hermana Magdalena, según le habían prometido. Había repetido cien veces a Violeta su triste historia y su maravillosa salvación.

Condenada a morir con su hermana Magdalena, una noche vio entrar a mucha gente en su calabozo de la Bastilla. De pronto, creyó que había llegado su última hora y que iban a buscarla para conducirla al suplicio. Pero una mujer, un ángel que bajó a aquel infierno, adonde le había guiado la piedad, se inclinó hacia ella diciendo:

—Juana Fourcaud, no moriréis. Y, no solamente viviréis, sino que desde ahora sois libre.

—¿Y Magdalena? —exclamó Juana.

—Magdalena —contestó la mujer— está ya libre y en lugar seguro.

Entonces, ebria de alegría, semejante a una muerta a la que un milagro hiciera salir de la tumba, siguió a su libertadora hasta una litera que había en el sombrío patio de la prisión. Subió en ella, y se sentó a su lado un hombre que la sujetó por los brazos. La litera se puso en marcha y se detuvo ante la puerta de la abadía de Montmartre, y allí la encerraron en el pabellón cercado.

Desde entonces esperaba, pensando en aquella desconocida, ya con extremo agradecimiento o con terror confuso. ¿Quién era aquella mujer? No podía hallar contestación a tal pregunta. Sin duda, era alguna dama de la corte que se apiadó de ella.

Cuando de nuevo se vio ante Fausta, Juana Fourcaud no la reconoció porque, como ya se recordará, Fausta llevaba aquella noche un antifaz. La pobre niña estaba temblorosa y Fausta, mirándola atentamente, se dijo:

—Sí, ciertamente es la hija de Belgodere. —Y en alta voz añadió—: ¿Me reconocéis?

Juana Fourcaud, o, más bien, Stella, movió negativamente la cabeza.

—Soy —dijo dulcemente Fausta— la que os libertó de vuestra prisión de la Bastilla.

Juana dio un grito de alegría y cogiendo una mano de Fausta la besó.

—¡Oh, señora! —murmuró—. ¡Cuán feliz soy al poder daros las gracias! Desde aquella noche tan terrible y dulce a la vez, no ha pasado una hora sin que pensara en vos. ¡Y con cuánta ansiedad esperaba este momento para deciros que os bendigo! Pero...

Se detuvo vacilando y, tímidamente, dirigió la mirada hacia Fausta.

—Hablad sin temor, hija mía —dijo ésta con una dulzura que trastornó a la pobre

niña.

—Sí —añadió—, ya veo que sois muy buena. Huelga deciros, por consiguiente, que desde aquella noche os he bendecido, pero también he derramado muchas lágrimas. ¿Cuándo veré a mi querida hermana Magdalena?

Por impasible que fuese Fausta, no pudo dejar de estremecerse al oír tal pregunta. Aquellas palabras de Juana evocaban una terrible visión, la de Magdalena Fourcaud balanceándose al extremo de una cuerda, y, por fin, abrasada por las llamas, caer en el montón de leña ardiendo, mientras que Violeta, en manos del verdugo, se acercaba también a la pira fatal. Entonces apareció Pardaillán, salvó a Violeta, y espantó a los caballos. Al evocar tal recuerdo, un suspiro hinchó su pecho.

—Volveréis a ver a vuestra hermana —le dijo.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Muy pronto. Pero, hija mía, he venido a encontraros aquí, en donde habéis estado al abrigo de todo peligro, para hablaros de un asunto muy grave. Decidme, ¿recordáis a vuestro padre?

—¡Ay, señora! ¿Cómo puedo haberlo olvidado cuando sólo hace cuatro meses que mi padre prodigaba sus caricias a mi hermana y a mí?

—¿Y vuestra madre?

Juana miró a Fausta con doloroso asombro.

—¡Mi madre! ¿No sabéis que murió poco después de nacer yo? Mi hermana Magdalena, que tiene más edad, podrá tal vez recordarla, porque varias veces me ha hablado, pero yo no sé nada de ella.

—¿Y qué decía vuestra hermana? ¿Qué clase de mujer era vuestra madre? ¿Era hermosa, verdad?

—Muy hermosa, señora. Magdalena me decía que nuestra madre era de extraordinaria belleza.

—¿No tenía los ojos azules?

—Sí, señora —contestó Juana asombrada.

—¿Y los cabellos rubios, muy largos?

—Éste es el retrato que varias veces trazó mi hermana. Decidme, señora, ¿conocisteis a mi madre?

—La conozco.

—¡Dios mío, señora! ¿Qué decís? —exclamó Juana temblorosa.

—Digo que conozco a vuestra madre.

—¡Oh! Habláis como si mi madre no estuviera muerta desde hace muchos años, pero, sin duda, sufro un error.

—Decidme, hija mía, ¿os hablaba vuestro padre a menudo de ella?

—Jamás, señora.

Fausta se estremeció de alegría.

—Sin duda, mi pobre padre trataba de evitar recuerdos penosos. Probablemente se entristecía mucho al hablar de mi madre. Ésta es, por lo menos, la explicación que

me daba mi hermana.

—¿Y si yo os dijera que hay otra explicación más natural y justa acerca del silencio de vuestro padre? ¿Si yo os dijera que vuestra madre no murió sino que desapareció?

—Sería una felicidad muy grande para mí.

—Oíd; suponed que vuestra madre, a consecuencia de un acceso de terror, hubiese caído enferma. Suponed, por ejemplo, que se hubiese vuelto loca.

Juana se estremecía de felicidad, y a pesar de que las palabras de Fausta eran claras y precisas, no acertaba a creer en su realidad.

—Si vuestra madre —continuó Fausta— hubiese sido víctima de la locura, si vuestro padre hubiese desesperado de curarla y si, por fin, ella hubiese desaparecido en un acceso de su mal y vuestro padre hubiera tenido que renunciar a la esperanza de hallarla, ¿no es natural que os hiciese creer en su muerte?

—¡Señora, señora! —balbució la pobre—. Temo volverme loca de alegría.

—Pues bien, Juana, todo lo que acabo de deciros es la pura verdad.

—¡Es imposible!

—Pues es verdad —añadió Fausta.

Juana cayó de rodillas sollozando de alegría. Claudina de Beauvilliers asistía satisfecha a tal escena. Se preguntaba con cierto espanto cuál era el objeto que perseguía Fausta. Pero debemos añadir que estaba sobrado deslumbrada por la perspectiva de las doscientas mil libras para profundizar los actos y los proyectos de su terrible protectora. Fausta se inclinó hacia Juana Fourcaud, la levantó y le dijo con dulzura:

—No llores, niña, o mejor, llora, porque tu madre no está curada del todo, pero yo conozco el medio de devolverle la razón. Bastará conducirte a su lado, porque tú sola eres capaz de curarla.

XIII - Fin de la vida en el país de Jauja

TRANSCURRIERON algunos días y se llegó a la víspera del veintiuno de octubre, día en que Fausta debía destruir a la vez a todos sus enemigos o, más bien, según ella decía, los obstáculos que habían impedido la realización de sus proyectos.

Pardaillán y Carlos de Angulema debían ser llevados por Maurevert, a las doce del día, a una emboscada de hombres del duque de Guisa.

Fausta se proponía avisar al duque, a las once, de que el caballero y su compañero de aventuras se hallaban en la abadía de Montmartre; así, los hombres del duque llegarían a la abadía casi al mismo tiempo que los dos gentilhombres que se trataba de matar silenciosamente.

Fausta había calculado muy bien el pro y el contra del asunto. Avisar al duque con mayor anticipación era ponerlo en presencia de Violeta viva, y entonces todo su plan se desmoronaba, porque Guisa, enamorado como estaba de ella, sería capaz de hacerlo todo para salvarla.

La ejecución de Violeta estaba fijada para las diez, en presencia de su padre y de su madre. Fausta esperaba que la muerte de la niña mataría al mismo tiempo a Farnesio y a Leonor.

Así, pues, a la madrugada tomaría sus disposiciones, con la complicidad y ayuda de la abadesa. A las diez, Violeta moriría, y en caso de que Farnesio no muriera en el acto, le obligarían a dar el salto hacia la eternidad. Carlos de Angulema y Pardaillán llegarían a las doce, y serían muertos por los hombres de Guisa.

Después de esta hecatombe, Fausta sólo tendría que consolar al duque de Guisa por la muerte de Violeta, cosa fácil según creía.

Y entonces irían hacia Blois, en donde Enrique III pasaría a mejor vida. Guisa sería rey, la Liga triunfaría. Alejandro Farnesio entraría en Francia. Se dirigirían luego a Italia, aplastarían a Sixto V, y nadie podría ya disputarle la soberanía cristiana del mundo entero.

Nada podía, pues, salvar a Violeta, al cardenal ni a Pardaillán.

Asistiremos a los últimos preparativos de aquella extraña maquinación, que, aun en aquella época tan fértil en sucesos trágicos, era excepcional y de feroz violencia.

La víspera del veintiuno de octubre, Picuic y Graznido vieron, con grandísimo asombro, entrar a cierto número de obreros en el huerto del convento. Hacía ya varios días que había desaparecido una de las prisioneras. Nuestros lectores ya saben que Juana Fourcaud fue llevada a Fausta. ¿Qué fue de la pobre niña durante aquellos días? Es muy verosímil que fuese conducida al lado de Salzuma, en la cabaña en que habitaba ésta.

Picuic y Graznido sintieron cierta alarma por la desaparición de Juana. Desde entonces vigilaban a Violeta con un celo que encantaba a sor María Luisa, la cual estaba muy lejos de sospechar las intenciones de los dos ex chantres.

En efecto, a Picuic se le había metido en la cabeza que Violeta sería el origen de

su fortuna. Vigilaba estrechamente a la joven porque quería guardarla para sí, ya para entregarla a Pardaillán o bien a su familia, que esperaba encontrar, y hacerle pagar cara la devolución de la hija. Su plan era sencillo y astuto a la vez, como todo lo que él emprendía.

Desgraciadamente para Violeta, Picuic no llevaba prisa en realizar su proyecto porque, mientras la enamorada Filomena les diera de comer, Picuic no sentía deseos de contrariar al destino. Se ocupaba en engordar, por primera vez en su vida, cosa que le infundía admiración sin límites.

En cuanto a Graznido, nadaba en un mar de felicidad. Fuese porque Filomena tuviera para él atenciones gastronómicas más delicadas y ardientes, o bien que el apetito de Graznido fuese superior al de Picuic, el caso es que eclipsaba a su amigo en rubicundez.

Enseñó rápidamente a Filomena a representar una escena que se renovaba cada noche. La tierna monja iba, con el corazón palpitante, a llamar a la puerta del pabellón en que Graznido tenía su domicilio. El hércules entreabría la puerta y su corazón. Luego dirigía una mirada hacia las manos de la enamorada vieja. Si veía una botella en cada una abría su corazón y la puerta, pero si las manos de la monja estaban vacías, lo cerraba todo, conducta que hemos de condenar severamente.

Filomena desvalijaba la bodega de la abadesa. El resultado de ello era que Graznido tenía el semblante encarnado, cosa que lo hacía más irresistible aún. Su voz era más profunda, si cabe, y el amor de Filomena crecía cada vez más. Picuic engordaba, pero a Graznido parecía que lo hinchaban.

—A ver si no puedes pasar por la brecha cuando salgamos de aquí —decía Picuic.

Engreído por su buena fortuna, Graznido contestaba diciendo que no veía la necesidad de marcharse y que, en caso necesario, haría la brecha más ancha, Picuic sentía, no obstante, cierta inquietud al pensar que el amor de la vieja monja acabaría un día u otro, y que entonces sería preciso volver a pasar hambre y miserias.

—Aquel día —pensaba— no me marcharé sin llevarme a Violeta.

Cuáles no serían su estupor y su inquietud, cuando el veinte de octubre, como ya hemos dicho, vio entrar a algunos albañiles en lo que Filomena llamaba el jardín, dirigirse a la brecha en cuestión y empezar a cerrarla por medio de gruesas piedras.

—Creo que nos encierran —dijo Graznido, observando de lejos aquel trabajo imprevisto.

—Mejor —contestó el otro— así no podremos marcharnos.

Los dos compadres se colocaron de modo que no pudieran verlos. Una vez tapada la brecha, observaron con gran terror que sólo podrían salir por la puerta principal.

Las tapias del convento eran como todas las de aquella época, es decir, verdaderas fortificaciones, muy elevadas y difíciles de franquear hasta con ayuda de escaleras. Si en rigor Picuic y Graznido habrían podido franquearlas, era imposible, en cambio, que Violeta pudiera hacerlo. La imposibilidad de llevarse a la joven que debía hacer su fortuna, fue patente para Picuic al ver que seis hombres de armas se dirigían hacia

el recinto en que se hallaba la prisionera. Dos de ellos se detuvieron ante la puerta, otros dos penetraron en el interior y los dos últimos montaron guardia ante la puerta de la casita que servía de prisión.

Entonces Picuic palideció. Sucedió algo nuevo y anormal en el convento. Se preparaba algún acontecimiento, cuya naturaleza no podía sospechar Picuic, pero comprendió que no resultaría nada bueno de todo ello.

Transcurrió casi todo el día sin que otro incidente viniera a justificar los temores de Picuic, pero, al llegar la noche, hubo en el jardín nuevas idas y venidas, tanto más misteriosas cuanto que no se veía a una sola monja.

Filomena y María Luisa habían desaparecido. ¿Qué era de ellas? Picuic estaba pálido de inquietud y Graznido lúgubre.

—¿Tienes miedo? —preguntó Picuic.

—Lo que tengo es hambre —contestó Graznido.

En efecto, las proveedoras no se habían presentado a darles la cena y los dos camaradas corrían el peligro de salir flacos y descarnados de aquel lugar de delicias, suponiendo que pudiesen salir.

—¿De qué quieres que tenga miedo? —preguntó Graznido poniéndose pálido, al sospechar que podía correr algún peligro—. Además, ya sabes que no tengo miedo nunca y que soy valiente.

—Pues yo sí lo tengo —contestó Picuic—. Espérame. Voy a ver si puedo averiguar lo que sucede en el pabellón, junto a la brecha que han tapado.

Dejando a su asustado compañero, Picuic se alejó. Graznido, entonces, miró a su alrededor en busca de algún agujero en que ocultarse, pero el recinto, rodeado de tablones, estaba a la sazón guardado por hombres de armas. A su derecha había los edificios del convento, y con gusto habría muerto antes que dirigirse allí, pues se figuraba que estaban ocupados por un ejército misterioso. A la izquierda, hacia el pabellón, había unos obreros ocupados en un trabajo desconocido; era el lado que Picuic juzgaba peligroso. Graznido dio un suspiro que parecía un gemido y se sentó en la hierba; a los pocos momentos se tendió cuan largo era y, ocultando la cabeza en los brazos, esperó el golpe mortal.

En cuanto a Picuic, deslizándose de uno a otro árbol, no tardó en llegar al pabellón. Lo rodeó tomando las precauciones que le sugería su habitual prudencia, y un extraño espectáculo se ofreció entonces a su mirada.

Detrás del pabellón, trabajaban una veintena de obreros, a las órdenes de Claudina de Beauvilliers, cosa que le hizo suponer que se preparaba una fiesta religiosa. He aquí lo que sucedía: detrás del pabellón se extendía una gran explanada, limitada por un lado por el pabellón y por el otro por el muro de cerca, que se perdía a lo lejos y bordeaba al fondo un bosquecillo de cipreses, que rodeaba el cementerio especial de las Benedictinas.

En la parte posterior del pabellón había una puerta, de modo que una persona que entrase en la vieja construcción por la puerta cercada a la derecha, a la sazón cerrada,

podía, por la puerta trasera, llegar directamente a la explanada por la parte opuesta del bosquecillo de cipreses. Ahora es necesario tener en cuenta que el pabellón en sí no era más que la prolongación o, mejor dicho, el vestíbulo de una construcción de mayores dimensiones que antaño había debido elevarse en la explanada.

Tal construcción había desaparecido arruinada, pero por las piedras que aún quedaban en pie, podía verse que el edificio arruinado por el tiempo y el descuido, estaba sin duda destinado al servicio religioso. Así lo probaban por lo menos dos o tres columnas que se elevaban al cielo puro y sereno de aquella hermosa noche.

Allí también entre dos columnas Picuic pudo observar un escalón formado con losas de mármol, que sin duda sirviera para el altar mayor. Miró entonces con ansiedad.

¿En qué se ocupaba aquel grupo de obreros, cuyos gestos observaba atentamente Picuic? Una parte de ellos cortaba la hierba allí crecida, y limpiaba la grada de mármol. Limpiaban igualmente un estrado del mismo material.

Sobre él, otros obreros elevaban un dosel de paño brochado. Y, con gran estupefacción de Picuic, en los pliegues de aquel dosel se cruzaban las llaves simbólicas de San Pedro.

¿Quién iría a sentarse allí? El terror de Picuic fue más agudo cuando la abadesa, habiendo observado que todo estaba en buen orden, dijo a los obreros:

—Ahora seguidme al cementerio.

Picuic, atraído a su pesar por extraña curiosidad, se deslizó al bosquecillo de cipreses. La noche envolvía misteriosamente la colina de Montmartre y las primeras estrellas empezaban a parpadear en el pálido cielo. Se encendieron dos o tres antorchas y, a su luz, Picuic pudo asistir al extraño trabajo que en el cementerio se llevaba a cabo.

Algunos obreros iban de una a otra tumba, se bajaban, se levantaban y luego iban más lejos.

—¡Por San Dionisio! —murmuró Picuic sudando de miedo—. ¡Ya era hora!

Sencillamente aquellos hombres cogían las flores crecidas sobre las tumbas; rosas de otoño pálidas y mórbidas, que empezaban a deshojarse al soplo de las primeras brisas frías.

Si Picuic hubiera sido poeta, habría podido preguntarse para qué debían servir aquellas flores cogidas en las tumbas, a qué moribunda o a qué muerta estaban destinadas, pero Picuic no hacía más que asombrarse. Por otra parte, su atención se veía solicitada por un grupo de obreros que, mientras sus camaradas se dedicaban a coger flores, ejecutaban otro trabajo.

En el centro del cementerio se elevaba una gran cruz que extendía en la sombra sus grandes brazos llenos de musgo verde. Era la cruz que arrancaban los nocturnos obreros a la luz de las antorchas.

—¿Por qué arrancarán esa cruz? —se preguntó Picuic.

No tardó en saberlo. La cruz fue transportada a la explanada que habían limpiado

con tanto cuidado, y la plantaron contra el muro del pabellón, al lado de la puerta.

—Haced aquí el agujero —mandó entonces la abadesa.

El lugar que señalaba estaba enfrente de la puerta trasera del pabellón y a pocos pasos de uno de los lados del estrado de mármol. Probaron entonces si la cruz entraba bien en el agujero del suelo, y siendo satisfactorio el ensayo, la volvieron a sacar y la dejaron tendida en el suelo, de modo que pareció a Picuic que sólo faltaba clavar en ella una víctima, y luego hundirla por su extremo inferior en el agujero, para transformar así la colina de Montmartre en un fúnebre Gólgota.

Terminados esos preparativos, desaparecieron los obreros macabros, y la misma abadesa entró en sus habitaciones del convento.

Por poco soñador que fuese Picuic, permaneció largo rato en el mismo sitio, dudando si estaba despierto o dormido. La luna que se elevaba en el cielo, le mostró la explanada, el estrado de mármol coronado por un dosel, la cruz echada y alrededor de cuyos brazos se enroscaba una guirnalda de flores hecha con las rosas cogidas en el cementerio de las monjas.

Picuic se preguntó para qué serviría aquella cruz, pero, no hallando la respuesta satisfactoria a tal pregunta, volvió al lugar en que dejara a Graznido, al cual halló tendido en la hierba. Picuic, como ya veremos, tenía una idea. Golpeó el hombro de su compañero, al que creía dormido, y éste contestó gimiendo:

—¡Perdón!

—¡Es necesario huir! —dijo Picuic.

Graznido, al reconocer la voz de su compañero, se tranquilizó instantáneamente y se puso en pie.

—¡Huir! —repitió—. Más vale hacerlo mañana por la mañana.

Picuic dirigió una mirada hacia la casita en que estaba encerrada Violeta y, con gran asombro, vio que estaba alumbrada. Entonces recordó los seis hombres que habían tomado posiciones en el recinto, y relacionó este recuerdo con los preparativos siniestros de que había sido testigo.

—¡Oh! —murmuró—. ¿Será posible?

—¿Qué? ¿Has visto algo? —preguntó Graznido mirando inquieto a su alrededor.

—Nada, huyamos si podemos. En cuanto al recinto, no hay que pensar en él porque está guardado.

Graznido, sin hacer la menor objeción, siguió maquinalmente a su amigo, el cual, atravesando rápidamente el huerto, llegó a la tapia.

—Querido amigo —dijo entonces Picuic— ponte al lado de la pared y me ayudarás a salir. A Dios gracias, aunque estés más grueso, no ha disminuido tu estatura. Espero que pueda llegar a la cresta de la pared, y desde allí te izaré.

Graznido obedeció, tomando la posición indicada por Picuic, el cual, a los pocos instantes, estuvo sobre el hombro de su amigo y desde allí, no sin esfuerzo, pudo llegar a la cima del muro, en donde se puso a horcajadas.

—Ahora yo —dijo Graznido—. Tiéndeme las manos.

—Buen medio para hacerme caer otra vez —dijo tranquilamente Picuic—. Tú procura salir como puedas. En cuanto a mí, debo marcharme inmediatamente, pero tranquilízate, ya vendré a libertarte.

Y, dejando a su compañero estupefacto, asustado y aterrado, Picuic se suspendió de las manos, se dejó caer a la otra parte del muro, y empezó a bajar corriendo la colina.

XIV - El señor Peretti

AQUELLA MISMA NOCHE un jinete que acababa de franquear la Puerta Nueva un poco antes de la puesta del sol, se dirigía hacia el molino del cerro de San Roque, adonde ya una vez tuvimos el gusto de conducir al lector. El molino estaba entonces silencioso y abandonado. Por las noches ya no se veía luz en su interior; sus aspas no giraban a impulsos de la brisa. Una vez llegado al pie del cerro de San Roque, el caballero bajó de su montura, que ató a un árbol, y empezó a ascender en dirección al molino.

—¡Alto! —gritó de pronto una voz.

Un hombre armado con puñal y pistola surgió de un seto, apuntó el cañón de su arma hacia el caballero, el cual, por toda respuesta, mostró su mano, en uno de cuyos dedos brillaba una sortija de oro.

—Está bien, pasad —dijo entonces el centinela con gran respeto.

Por tres veces y antes de llegar al molino, el jinete fue detenido de aquel modo y cada vez, gracias a la sortija misteriosa, los centinelas se inclinaban con un respeto rayano en la veneración y le dejaron continuar el camino. Una vez en el molino, lo introdujeron en una habitación bien alumbrada y cuyas ventanas estaban cuidadosamente cerradas y ocultas por gruesas cortinas, a fin de que no saliera el menor rayo de luz al exterior.

El que se hubiese interesado por los hechos y gestos del caballero, habría reconocido en él a uno de los principales acólitos de Fausta, aquél en quien ella depositara su entera confianza y que reemplazaba a Farnesio en la nueva jerarquía instituida por la sombría conspiradora.

Era el cardenal Rovenni, el que en el palacio de Fausta leyera el acta de acusación contra Farnesio y maese Claudio. Llevaba un traje de gentilhomme e iba armado de todas armas.

En la habitación en que acababa de entrar, estaba sentado un anciano, y más bien que sentado, hundido en un gran sillón de madera, sobre un montón de cojines. Encorvado y replegado sobre sí mismo, muy pálido y agitado por accesos de tos, el anciano parecía hallarse en los últimos días de su vida. El cardenal Rovenni se acercó al sillón, se arrodilló y murmuró:

—Santo Padre, heme aquí a las órdenes de Vuestra Santidad.

—Levantaos, querido Rovenni —contestó el anciano con voz muy débil—. Levantaos y hablemos como buenos amigos. Aquí no hay Santo Padre. Sólo hay vuestro amigo Peretti que siente gran satisfacción en veros.

Aquel moribundo era, en efecto, el molinero que en aquella misma habitación tuvo, con el nombre de Peretti, una conversación con el caballero de Pardaillán. Era Sixto V. El cardenal Rovenni obedeció a la invitación del Papa y se levantó, sentándose luego en una silla.

—Peretti —continuó el Papa—. Nada más que Peretti. ¡Ay! ¿Por qué no lo seré

en realidad? He querido gozar del poder supremo y la tiara me pesa extraordinariamente. ¡Ah! ¡Si pudiese abdicar el poder! Pero es demasiado tarde. Papa soy y Papa moriré.

—Aún os quedan muchos años de vida, felizmente para la Iglesia —contestó Rovenni, examinando atentamente las manifiestas señales de decrepitud que desmentían tales palabras.

—Seis meses, querido Rovenni, nada más seis a lo sumo. ¡Y tanto como me queda que hacer! Por ejemplo, esta conspiración a la que os dejasteis arrastrar.

—¡Santo Padre!

—No es ningún reproche. Vos y algunos otros pecasteis por mi culpa... Yo era un poco duro... Creía hacer bien..., pero no hablemos más. Heos de nuevo en el redil, en compañía de los mejores que esa endiablada mujer había logrado conquistar. Es necesario que antes de presentarme a rendir cuentas ante Dios, haya dejado este asunto solucionado.

Rovenni se estremeció, mirando al viejo con mayor atención.

—El que debe reemplazarme... —continuó Sixto.

Le interrumpió un acceso de tos tan fuerte, que Rovenni se levantó para pedir auxilio, pero el Papa lo detuvo con un ademán, y en cuanto hubo pasado el acceso dijo con tristeza:

—Ya lo veis; al decir que tengo seis meses de vida, exagero sin duda alguna, pero no hablemos más de mí. Lo esencial es que destruya esa conspiración antes de morir y luego que asegure mi sucesión a uno que sea digno de ella, que haya comprendido mi obra y me prometa continuarla.

El Papa dirigió una mirada insistente al emocionado cardenal.

—Esta persona —añadió— ya la conocéis..., es uno de vuestros mejores amigos... vuestro mejor amigo... porque en la tierra... no hay mejor amigo que uno mismo.

—¡Santo Padre! —balbució Rovenni, palideciendo de alegría.

—¡Chitón! No he dicho que seáis vos —añadió el Papa sonriendo—. Sólo he manifestado que era vuestro mejor amigo.

—Ya sé que soy indigno de tal honor —contestó Rovenni con las manos temblorosas.

—¿Por qué? —dijo Sixto—. ¿Por qué me habéis hecho traición? ¡*Per Bacco!* Por de pronto, esto prueba que tenéis energía y a mí me gustan los hombres enérgicos. Además, os habéis reconciliado a tiempo con la verdadera Iglesia. Dentro de un mes o dos, Rovenni, hablaremos de esto con más detenimiento, pero desde ahora os prohíbo decir que sois indigno. Si vos habéis tratado con traidores yo he guardado puercos.

Durante este párrafo, el cardenal había cambiado de color cuatro o cinco veces.

—Mi sucesor —terminó diciendo el Papa— será el que me ayude a vencer a la terrible enemiga suscitada por Satanás. Por ahora sois vos, querido Rovenni, el que

me dais esta inesperada alegría.

Más convencido que nunca, Rovenni se inclinó lleno de esperanza, pero guardó silencio, temiendo atraerse otro elogio terrible como el que el Papa acababa de dirigirle.

—¿Sabe ella dónde estoy? —preguntó Sixto.

—Se figura que estáis en Italia, Santo Padre, y no sospecha, ni remotamente, que os halláis tan inmediato a París. Se ha enterado de vuestra entrevista con el rey de Navarra, y la ha utilizado con gran habilidad para decidir al duque de Guisa.

—¡Navarra! —murmuró Sixto V—. ¡El hugonote! ¡El hereje!

—A quien excomulgasteis, Santo Padre, excluyéndolo de todo derecho a cualquier trono o principado.

—Es verdad —dijo Sixto sonriendo—, pero ¿y si el hereje volviese al seno de la Iglesia?

—¡Imposible!

—Si Enrique de Bearn abjurase —continuó el Papa— le levantaría la excomunión y entonces gozaría de todos sus derechos. Así, yo le daría la corona de Francia, pero de paso decapitaría al protestantismo.

—Vuestras miras son sabias y profundas —murmuró Rovenni inclinándose.

Sixto V se encogió de hombros.

—Los hombres son cerdos —dijo burlescamente—. Es necesario prometerles buena provisión de bellotas si se quiere obligarlos a volver por la noche a la pocilga. La noche ha llegado para mí, Rovenni, y antes de acostarme he de hacer entrar al rebaño. Pero, de momento, dejemos al de Navarra. ¿Decís que ella no sabe que yo continúo en Francia?

—Se figura que estáis en Italia —repitió Rovenni.

—Sí y decíais, querido Rovenni, que tal vez se presentaría una ocasión, mientras ella me cree muy lejos..., me lo dijisteis en vuestra última visita..., tengo la cabeza tan débil..., empieza a faltarme la memoria.

Un nuevo acceso de tos agitó al anciano, que acabó diciendo con apagada voz.

—Ya es tiempo.

—Os decía, Santo Padre —continuó el cardenal Rovenni— que, en breve, se presentará una circunstancia en la que Vuestra Santidad podrá sorprender juntos a todos los conspiradores.

Sixto V, desplomado en su sillón y con los ojos cerrados, movió la cabeza como un moribundo.

—¿Me oye Vuestra Santidad? —preguntó Rovenni con cierta alarma.

—Sí, sí, continuad, buen Rovenni... Los conspiradores han de reunirse..., ¿todos, verdad?

—Por lo menos todos los que han seguido a Francia para preparar los acontecimientos que ya conocéis. Así, pues, los principales conspiradores, cardenales u obispos, deben reunirse para una de aquellas ceremonias que ella sabe organizar

con su talento infernal. Ya sabéis que nadie sabe tanto como ella impresionar la imaginación de los que la rodean.

—Sí, éste es un detalle que yo he descuidado. Los hombres necesitan pompas, espectáculos magníficos o terribles. No lo olvidéis cuando seáis Papa, Rovenni.

—¿Qué decís, Santo Padre? —exclamó el cardenal juntando las manos.

—No quise decir tanto..., pero no digáis una palabra a nadie... Imaginaos que no he dicho nada... porque si se sabía... Continudad, hijo mío, continuad.

—Pues bien, Santo Padre, decía que es muy fácil aprovechar esta reunión.

—Pero ¿y Guisa? —preguntó Sixto V dirigiendo brillante mirada al cardenal.

—El duque de Guisa —dijo— debe concurrir a la ceremonia con sus gentilhombres y soldados. Será avisado poco tiempo antes de la ceremonia. ¿Sabéis quién ha de avisarlo? Yo, Santo Padre.

—¿Y qué? —dijo el Papa, como si no comprendiese.

—Pues que no lo avisaré.

Sixto V levantó los brazos al cielo y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Gran favor habéis hecho a vuestro servidor y a vuestra Iglesia, al devolverme al excelente cardenal Rovenni, que, por un momento, se había extraviado! La tiara sentará muy bien a esa noble cabeza... de traidor, de Judas y de impostor.

El Papa pronunció estas últimas palabras para sí, y Rovenni, que no las había oído, se quedó extasiado por las anteriores.

—Lo esencial —dijo Rovenni— es saber si Vuestra Santidad podrá...

—Tranquilizaos, querido amigo. Para esta circunstancia, Dios hará un milagro y me devolverá las fuerzas necesarias. Además, dispongo de hombres decididos e iré bien escoltado.

—Y podéis añadir, Santo Padre, que, gracias a mí, la mayor parte de los conspiradores están ahora indecisos y que, con poco esfuerzo, volverán a vos.

—Bien, amigo, bien, y ¿dónde tendrá lugar esa reunión? ¿En París?

—Felizmente, no. Se celebrará en un lugar solitario y bastante apartado de París. Allí podremos obrar sin temer la intervención de los ligueros. Será en la abadía de Montmartre.

—*Va bene*. Ya os enviaré antes un hombre que os dará mis instrucciones. Haced de modo que pueda entrar.

—¿En qué lo reconoceré, Santo Padre?

—Llevará en el dedo una sortija semejante a la que os he dado. Ahora, sólo falta que me digáis qué día será.

—Mañana —contestó Rovenni—. Si Vuestra Santidad entra mañana por la mañana en la abadía de Montmartre, hallará reunidos alrededor de la rebelde a todos los cardenales que persisten en tan extraño cisma.

Imperceptible estremecimiento agitó al anciano. Rovenni se había levantado y preguntó no sin cierta angustia:

—Yo y los que estamos prontos a volver al camino del deber ¿deberemos esperar a Vuestra Santidad?

—Sí —contestó Sixto V—. Aun cuando yo estuviese enfermo, Dios haría un milagro. Iré.

—Así, pues, Santo Padre, os esperaremos y como me habéis prometido, esperaremos antes al enviado de Vuestra Santidad que nos presente el anillo.

—Y le obedeceréis como a mí mismo —dijo el Papa levantando su diestra para bendecir.

El cardenal Rovenni se hincó de rodillas, recibió la bendición y luego, levantándose, salió del molino. Al pie del cerro de San Roque halló el caballo donde lo había dejado. Se izó sobre la silla y al paso se encaminó hacia la Puerta Nueva, pero cuando iba a dar vuelta al sendero, se detuvo, miró al molino, cuya silueta se perfilaba en el cielo, y murmuró:

—¡Papa! ¡Antes de dos meses seré Papa! Cree tener vida para seis meses. Pero sería necesario un milagro, y el tiempo de los prodigios ha pasado ya.

El caballero entonces se dirigió hacia el puente levadizo, y sin duda conocía el santo y seña, porque después de haber hablado con el oficial de guardia bajaron el puente y abrieron la puerta. A los pocos instantes, el cardenal Rovenni se perdía en París.

Apenas hubo salido de la habitación del señor Peretti el anciano enderezó su talle, luego se levantó y dijo burlescamente:

—En realidad, es muy fácil engañar a los hombres. Con una promesa se les haría traicionar a Dios. ¡Judas impostor! ¿Tú, Papa? Vamos, prepárate a tener paciencia, porque aún no me he muerto. ¡Seis meses! Seis años. Paciencia, *per la Madonna!* Paciencia, traidores míos, dejad que os lleve a Roma y me encargo de encerraros con todos los honores debidos. ¡Sinvergüenzas! ¡Eh, Cajetán!

Al llamar así, el Papa golpeó un timbre con un martillo de plata. Cajetán, el íntimo y verdadero confidente de Sixto, a quien hemos entrevistado al principio de este relato en el hotel de Catalina de Médicis, apareció enseguida.

—¿Cuántos hombres tenemos? —preguntó el Papa—. Me refiero a hombres de armas.

—Veinte, pero pueden aumentarse hasta treinta y cinco, armando a los lacayos.

—Bastarán los veinte. Que se preparen a escoltarme mañana. En cuanto a ti, Cajetán, voy a confiarte una misión en la que arriesgarás tal vez la vida.

—Mi vida pertenece a Dios y a mis superiores —contestó Cajetán.

—Bueno. Tú me precederás, entrarás en el lugar que voy a designarte. Hallarás una mujer a la cual en mi nombre y en el de Dios, le pondrás la mano en el hombro y la prenderás.

—Así lo haré, ¿quién es esa mujer?

—Fausta —contestó Sixto V.

XV - El 21 de octubre de 1588

HACIA LAS OCHO de la mañana, el príncipe Farnesio esperaba en la casa de la plaza de la Gréve al enviado de Fausta. Maese Claudio, sombrío y pensativo, iba y venía lentamente. Llevaba botas de viaje, una coraza de búfalo y una gran capa sujeta a los hombros. A veces su mano se detenía maquinalmente en el limosnero de cuero que llevaba en el cinto y que contenía un frasquito con veneno.

—Sin embargo —pensaba maese Claudio— sería muy agradable vivir en la felicidad que va a empezar para ella y que podría empezar también para mí. ¿Cuál es mi crimen? ¿Tengo yo la culpa de que mi padre y mi abuelo hayan sido verdugos y me hayan transmitido el oficio? ¿No he reparado mis faltas tanto como me ha sido posible? Y cuando la divina sonrisa de Violeta me hizo comprender el horror de matar ¿no renuncié a mi cargo? Todo esto está muy bien, pero no dejo de ser el antiguo verdugo de París. Si el señor duque de Angulema se enterara de ello, vería manchas de sangre en las manos de Violeta por haberlas tocado muchas veces yo con las mías. Mientras que yo muerto, una vez vea a Violeta libre y dichosa...

El príncipe Farnesio, sentado junto a la ventana abierta, contemplaba la plaza, espantado, por los recuerdos que evocaba. Había desaparecido ya la desgracia y la desesperación. Volvería a ver a Leonor y, a Violeta y se las llevaría a Italia.

Sonriendo, miró el traje purpúreo, y las insignias cardenalcias que se vistiera por recomendación de Fausta. Pronto dejaría para siempre aquel traje. Dentro de pocas horas ya no sería el cardenal obispo de Parma y Módena, sino sencillamente el príncipe Farnesio, un hombre libre como todos los demás, y que tenía el derecho de amar y de ser esposo y padre.

El cielo estaba puro; una ligera brisa, algo fría, hacía estremecer los hermosos chopos que bordeaban entonces las orillas del Sena. Era una de aquellas exquisitas mañanas de otoño en que parece que la naturaleza quiere ofrecer a los hombres una de sus últimas fiestas.

Así, de aquellos dos hombres, por un mismo suceso, el mejor se vería obligado a morir, en tanto que el otro iba a conseguir la felicidad. De pronto, el cardenal se levantó.

—Vienen a buscarnos —dijo estremeciéndose de alegría.

Claudio dio un suspiro y acercándose a la ventana vio una litera que se detenía ante la casa.

—Bajemos —dijo con voz ronca.

Algunos instantes más tarde estaban en la plaza y un hombre entregaba a Farnesio un billete que decía:

«Seguid al portador de esa orden y conformaos con sus indicaciones».

—Servíos subir, monseñor —dijo el hombre.

Farnesio y Claudio tomaron asiento en la litera, que inmediatamente se puso en marcha, pero en vez de dirigirse hacia el palacio de Fausta, como lo había supuesto el

cardenal, llegó a la puerta de Montmartre, la atravesó y empezó a subir la colina, en dirección a la abadía, circunstancia que habría acabado de tranquilizar al cardenal, suponiendo que tuviese alguna sospecha. Por otra parte, no había ninguna escolta. Solamente los acompañaba el hombre que servía de conductor, y activaba el paso de las dos perezosas mulas de la litera. No se veía a nadie y por los alrededores reinaba absoluta tranquilidad. La litera llegó sin incidentes a la abadía, se detuvo ante el portal y Farnesio y Claudio bajaron.

—Perdonad, monseñor —dijo entonces el enviado de Fausta—. Tengo que introducir en la abadía tan sólo a Vuestra Eminencia, el cardenal Farnesio, pero no a ninguna otra persona que lo acompañe.

—¿Oís, maese Claudio? —dijo el cardenal con secreta alegría.

—Perfectamente —contestó con humildad el ex verdugo—. Os espero bajo esta encina.

Farnesio hizo un gesto de aprobación y penetró en la abadía, cuya puerta se cerró pesadamente. En el convento reinaba la misma tranquilidad e igual silencio que en el exterior. Farnesio, dominando su impaciencia, siguió a su guía que atravesaba salas y corredores, y saliendo al huerto se dirigió hacia el derruido pabellón.

—Entrad, monseñor —dijo el guía.

Farnesio reconoció el lugar en que poco tiempo antes viera a Leonor. Temblando empujó la puerta y se vio en presencia de una quincena de personas, a las que conocía; cardenales vestidos de color de púrpura y obispos con trajes de color violeta. Todos los rostros estaban fúnebres. Tenían la misma expresión del día que condenaron a Farnesio y al verdugo a morir de hambre y sed. Estaban sentados en sillones, formando semicírculo y constituían una imponente asamblea en aquel viejo pabellón, en una de cuyas paredes había un crucifijo que dominaba la escena.

Farnesio buscó a Fausta con la mirada, pero no la encontró. Con vaga sonrisa, que traducía la inquietud que empezaba a sentir, miró sucesivamente a todos aquellos personajes; pero su silencio era de mal agüero y sus fijas miradas pesaban como una reprobación.

—¡Señores! —balbució Farnesio esforzándose por sonreír amargamente—. Esperaba... esperaba otra acogida y me asombra ver rostros tan severos.

Uno de ellos se levantó entonces y dijo:

—Cardenal Farnesio, no es severidad lo que veis en nuestros rostros, sino tristeza muy natural, cuando el más distinguido y enérgico de todos nosotros va a abandonarnos.

Farnesio respiró. Realmente, en lo que veía no había nada fúnebre.

—Servíos esperar —dijo el que hablaba—. La presencia del eminente y muy reverendo Rovenni es muy necesaria para la ceremonia de renunciación que os trae aquí.

Farnesio se inclinó; y en aquel mismo momento se abrió una puerta que no había observado en el fondo del pabellón, y apareció Rovenni. Estaba pálido y agitado,

pero Farnesio lo atribuyó a los motivos que se le acababan de exponer. Al entrar Rovenni se levantaron todos y luego se volvieron hacia el crucifijo y se arrodillaron, mientras Rovenni murmuraba una oración. Farnesio se arrodilló. Inclino la cabeza y, realmente, su súplica fue ferviente. Cuando hubo terminado su oración, Farnesio se levantó y vio que los asistentes se alejaban lentamente, a excepción de Rovenni, y salían por la puerta del fondo.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Dónde está Su Santidad?

—Vais a verlo, tened paciencia.

—Pero ¿y la ceremonia de renunciación? ¿Para qué hemos quedado solos?

—Pronto tendrá lugar, y si nos hemos quedado solos, Farnesio, es porque debo preguntaros ante todo si habéis consultado vuestra conciencia.

—¿Qué queréis decir, Rovenni? Ya me conocéis hace mucho tiempo.

—Precisamente, porque os conozco y porque sé cuánta es vuestra fidelidad a la fe y al dogma, os pregunto si estáis decidido a salir del seno de la Iglesia.

—Estoy decidido —contestó el cardenal con firmeza—. La que es dueña de nuestros destinos os habrá dicho sin duda que, con ésta y otras condiciones, he aceptado la peligrosa misión de ir a Italia.

Rovenni escuchó estas palabras con grandísima atención. Se acercó a Farnesio y en voz más baja le dijo:

—Ya sabéis que os quiero y, por otra parte, no ignoráis que es imposible para un sacerdote el salir de la Iglesia con el consentimiento de ésta. Fausta se ha comprometido a relevaros de vuestros votos, inaugurando con ello una obra maléfica que ningún Papa se ha atrevido a consumir.

—Me decís cosas muy extrañas —murmuró Farnesio palideciendo.

—Sed franco —continuó Rovenni dirigiendo rápida mirada hacia la puerta—. ¿Para qué misión os manda a Italia? Apresuraos, que los minutos y hasta los segundos son preciosos.

—Debo ir a Italia para hablar a los principales de vuestros afiliados, despertar su celo, y prometer o amenazar a los que quieren volver a Sixto.

—¿Eso es todo lo que debéis hacer en Italia?

—Sí.

—Y a cambio de ello ¿qué os han ofrecido?

—Pues bien —dijo Farnesio—, me han ofrecido...

En aquel momento se oyó un gemido en el exterior y un grito quejumbroso que desgarró el aire. Luego reinó nuevamente el silencio.

—¡Demasiado tarde! —murmuró Rovenni.

—¿Habéis oído? —preguntó Farnesio asustado.

—Farnesio, escucha a tu antiguo amigo. ¿Quieres seguir en el camino del deber y pedir perdón a Sixto?

Un sollozo se oyó en el exterior, y Farnesio preguntó:

—¿No habéis oído? ¿Quién grita? ¿Quién llora?

—Tú eres el que no me oyes —exclamó Rovenni—. Escucha. Sixto V morirá pronto. Sé quién será designado para los votos del conclave, en el testamento de Sixto. Nadie duda de que se atenderá su última voluntad. Farnesio, aún es tiempo. Reconcíliate con el Papa moribundo y con el que ha de reemplazarlo.

En el exterior reinaba nuevamente el silencio. Farnesio se pasó la mano por la frente, murmurando:

—¿Qué me proponéis? ¿Sois vos el que así me habla?

—Te propongo la fortuna, las grandezas. Fausta no puede darte nada y tú lo comprendiste bien cuando fuiste el primero en dejarla. ¡Una palabra, di una sola palabra, apresúrate!

—Fausta puede darme el amor —contestó Farnesio con gravedad—. Fausta es para mí el arcángel de la felicidad suprema, pues me convierte en un hombre, me substrahe a la nada de mis votos, me hace esposo devolviéndome a la que adoro, y padre entregándome a mi hija.

—¡Vuestra hija! —exclamó Rovenni con tan extraño acento que Farnesio se sintió sobrecogido de espanto.

No obstante, se rehízo de aquel terror, que le parecía pueril, y con tono que quería ser firme, dijo:

—Sin duda tengo la palabra de la Soberana y...

Rovenni se echó a reír.

—¡La palabra de la Soberana! ¿Crees en Fausta y en su palabra sagrada? Pues escucha.

S oyó una campana que estaba tocando a muerto. Las campanadas eran lentas, tristes, y resonaban con sordas vibraciones.

—¿Por quién tocan a muerto? —preguntó Farnesio.

—Escucha, escucha bien —exclamó Rovenni, cogiéndolo por el brazo.

Tras la puerta del fondo se oyó entonces un cántico funeral. Farnesio se desprendió con violenta sacudida de las manos de Rovenni, y con voz asustada, que apagaba el cántico fúnebre y el toque de muertos, dijo:

—¿Quién muere aquí? ¿Quién ha muerto?

—¡Farnesio! —exclamó Rovenni con terrible ironía—. La soberana Fausta te espera tras esa puerta. ¡Ve a pedirle que te devuelva a tu hija y a tu amante!

—¡Mi hija! —rugió Farnesio.

Y se precipitó hacia la puerta del fondo. Se dirigió a ella con vacilantes pasos y el corazón lleno de espanto, comprendiendo que entraba en la muerte, en la prodigiosa pesadilla del espanto sobrehumano, si bien trataba de hacer presa en algún vislumbre de esperanza.

—¡Mi hija! —repitió con un sollozo desgarrador en el momento en que llegaba a la puerta, tras de la cual continuaba el fúnebre cántico.

Entonces tropezó y, para no caer, se cogió a la puerta con rabia. Con furioso gesto la abrió completamente y durante un momento permaneció atontado, más lívido que

un cadáver, con los cabellos erizados, presa del vértigo. En su cabeza reinaba un desorden espantoso. Tuvo la sensación de que estallaba su cerebro, de que se le abría el cráneo, de que su corazón se desgarraba y de que una garra de hierro se incrustaba en su garganta.

Dio tres pasos, y levantando el brazo hacia la crucificada, repitió con voz que no tenía nada de humano:

—¡Mi hija!

Era, en efecto, su hija, Violeta. Por ella doblaban las campanas, como antaño en la plaza de la Gréve habían doblado por Leonor. Por su hija, el cántico de muerte se elevaba, en el aire puro y ligero de aquella alegre mañana.

En la explanada se erguía el semiarruinado estrado de mármol, sobre el cual se hallaban alineados los obispos y cardenales del cisma; y en el centro de aquella asamblea, en aquel grupo de gente vestida de púrpura y violeta, bajo su dosel rojo adornado con oro y vestida con traje de oriental suntuosidad, hermosa, fatal y terrible, Fausta, con pasmosa tranquilidad, mostraba a Violeta crucificada.

En efecto, ante él se erguía una cruz cubierta de musgo verde y que, por una reminiscencia pagana, o por secreto homenaje a la belleza, la abadesa Claudina había adornado con una guirnalda de flores.

Y sobre aquella cruz, atada por las muñecas y los tobillos, y también coronada de flores, cubierta de blanco por la túnica de las ajusticiadas, muy pálida y tal vez aturdida por algún narcótico, desvanecida o muerta quizá, estaba Violeta, su hija.

Todo aquel conjunto espantoso, aquel aparato escénico, suntuoso y trágico, lo vio Farnesio con la rapidez fantástica de los sueños imposibles, que nacen y mueren en un segundo. En el mismo instante en que salía del pabellón, y cuando él gritaba: «¡Mi hija!», una mujer que estaba junto al trono en que se sentaba Fausta se volvió hacia él. A la exclamación de Farnesio, respondió otro grito de horrible angustia. Y aquella mujer, de un salto, fue hacia el cardenal, y como antaño en las gradas del templo de Nuestra Señora, sus dos manos crispadas cayeron sobre los hombros de Farnesio, pues aquella mujer era Leonor de Montaignes.

El cardenal se quedó inmóvil como una estatua. Leonor, lívida y agitada, hermosa como una leona desencadenada, clavó su mirada en los ojos de Farnesio. Luego aquella mirada, en que había rabia, odio, duda y desesperación, se volvió hacia Juana Fourcaud, arrodillada y sobrecogida de espanto y terror.

—¿Qué dices? —exclamó Leonor—. ¡Mi hija... nuestra hija... Juan, Juan Farnesio! Nuestra hija es ésta.

—Es aquélla —contestó Farnesio señalando a la crucificada.

—¡Violeta!

—¡Es tu hija!

Leonor se volvió hacia la cruz. Indescriptible expresión se pintó en su hermoso semblante. Se levantaron sus manos temblorosas y con voz débil balbució:

—¡Mi hija!... ¿Es verdad?... ¿Eres tú?... Di... ¿eres tú?... Sí, ya te conozco...

¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Oh! ¡Ayudadme a sacarla de aquí! ¡Tal vez no esté muerta!
¡Espera, hija mía, espera! ¡Ya voy!

El cardenal Farnesio permanecía inmóvil. El esfuerzo que hacía para moverse era enorme, pero continuaba en el mismo lugar. Le parecía haberse convertido en piedra, que sus miembros habían adquirido la dureza y la inflexibilidad del bronce, que sus venas transportaban plomo fundido. Se esforzó en gritar, pero su boca sólo despidió un sonido ronco y débil. En realidad, solamente sus ojos estaban animados por la vida.

Éstos se habían fijado sobre la adorada, recobrada por fin, y ésta lo había reconocido. No vio más que a Leonor. Sus ojos no se dirigían hacia la cruz, y en su corazón, ya que no en sus labios, sólo había una exclamación:

—¡Leonor!

A la sazón, he aquí lo que veía: La madre abrazó a su hija por la parte que le fue posible, es decir, por las extremidades inferiores. No lloraba ni gemía. Sus palabras breves surgían de su boca, como surge la sangre de una herida mortal. Profería a la vez la esencia de las exclamaciones de ternura que durante dieciséis años había contenido. No callaba más que para besar furiosamente los blancos piecitos hinchados por la presión de las cuerdas. Y con toda su fuerza, decuplicada por la desesperación, trataba de arrancar la cruz del lugar en que estaba clavada.

Sin duda no reconocía a las gentes que la rodeaban, porque, a veces, volvía la cara a los rostros fúnebres de los cardenales y exclamaba:

—¡Ayudadme!... ¡Por favor!... ¡Tened piedad! ¡Os aseguro que no está muerta!
¡Y si lo estuviese, con mis caricias la resucitaría! ¡Soy una madre!... ¡Señores, tened piedad!... ¡Nunca había visto a mi hija! ¡Mejor dicho, no sabía que fuese ella!...
¡Espero, hija mía!... ¡Yo tendré fuerza para ayudarte!

Hizo un esfuerzo más rudo que le agotó totalmente las fuerzas. Entonces cayó de rodillas, sus uñas se incrustaron al pie de la cruz y arañaron el suelo; luego, de pronto, se levantó, y en el mismo instante cayó de espaldas, con los ojos vueltos hacia su hija. Ya no respiró más y se quedó inmóvil para siempre.

He aquí lo que vio el cardenal Farnesio en aquel minuto horroroso que siguió a su entrada en la explanada. Cuando vio caer a Leonor y sintió en el corazón aquel choque que le dio a entender su muerte, le pareció que sus piernas iban a obedecerle por fin. Pudo andar. Se dirigió hacia ella, se inclinó y, llevándose las manos a la frente, dijo:

—¡Muerta!

Y lo dijo de tal modo, que los mismos guardias formados detrás del trono se estremecieron, y los cardenales bajaron la cabeza. Únicamente Fausta permaneció impassible.

Entonces el cardenal desenvainó el puñal que llevaba al lado de la cruz, tendió el brazo hacia Fausta y exclamó:

—¡Maldita! ¡Maldita seas! ¡Ya ha llegado la hora!

Creyó que se lanzaba contra ella y que iba a hierla, pero, en realidad, continuó inmóvil. Nuevamente comprendió que todo moría en él y que no podía dar un paso. Entonces repitió su imprecación siniestra y, con rápido gesto, se hundió el puñal en el pecho. Casi enseguida cayó cerca de Leonor.

No estaba muerto todavía. En el supremo espasmo de la agonía pudo acercarse a ella y la estrechó en sus brazos. Trató de acercar sus labios a los de la muerta, pero, en el momento en que iba a lograrlo, cuando iba a dar el beso de la muerte en la boca de la adorada, se estremeció y dio el último suspiro.

Quedaron así abrazados en la muerte, y el abrazo del amante fue tal, que no se logró separar los dos cadáveres.

Por grande que fuese la impasibilidad de los que asistían a aquella escena, un estremecimiento de horror y, tal vez, de lástima, recorrió todos los cuerpos. En los cardenales dominó, quizá, otro sentimiento, porque sus inquietos ojos, llenos de ansiedad, iban de Fausta al cardenal Rovenni, el cual, pálido y tembloroso, miraba con avidez hacia la abadía, murmurando:

—¿Por qué no llega Sixto V? ¿Dónde está el hombre que ha de precederlo?

Fausta, al ver caer a Leonor, y luego al cardenal Farnesio, sonrió misteriosamente, diciéndose:

—En cuanto Maurevert traiga los otros dos y llegue Guisa, estaremos listos.

Entonces, mirando a los cadáveres se levantó lentamente, y con voz en que no había lástima ni cólera, ni tampoco emoción, dijo:

—Roguemos por las almas de esos desgraciados y pidamos al Todopoderoso que perdone la traición del cardenal Farnesio, pero que también castigue a los traidores, como acaba de castigar a éste. ¡Así perecerán todos los que...!

Se detuvo de pronto, poniéndose lívida. Un asombro extraordinario se apoderó de ella y su mirada atónita se fijó en un punto del muro a veinte pasos de ella, mientras interiormente daba un grito de rabia y de espanto y pronunciaba al mismo tiempo un nombre:

—¡Pardaillán!

En el mismo instante Pardaillán franqueó el muro seguido por Carlos de Angulema y avanzó hacia Fausta.

—¡Guardias! —mandó Fausta— prended a estos dos hombres.

A una señal del cardenal Rovenni avanzaron los alabarderos y Pardaillán llevó la mano a la espada.

—Parece, señora...

Un grito atroz lo interrumpió. Lo dio Carlos al reconocer a Violeta en la crucificada y, rápido como un rayo, se precipitó hacia el instrumento de tortura.

—... que en todos nuestros encuentros —continuó Pardaillán sin volverse— he de sorprenderos en flagrante delito de asesinato, pero, como siempre, espero llegar a tiempo. ¡Atrás vosotros! —añadió desenvainando la espada.

—¡Prendedlo! —dijo Fausta.

Los alabarderos lo rodearon. Pardaillán estaba frente a frente de Rovenni. Se puso en guardia e iba a dirigir algunas estocadas, cuando se quedó inmóvil y estupefacto. Rovenni, en lugar de huir, se inclinaba humildemente ante él. Obedeciendo al cardenal retrocedieron los alabarderos y entonces el purpurado dijo:

—¿Qué me mandáis, señor? Hablad.

¿Qué sucedía? Pardaillán no podía adivinarlo.

La causa de todo ello era la siguiente: En el momento en que Pardaillán se puso en guardia, la mirada de Rovenni se fijó en la mano derecha del caballero, en cuyo índice brillaba el anillo de oro de forma especial, que únicamente podía haberle dado Sixto V.

Por esta razón, para Rovenni y para todos los que rodeaban a Fausta, que estaban dispuestos a hacerle traición, Pardaillán era el enviado del Papa. Como ya recordará el lector, aquella sortija es la que le había dado el señor Peretti cinco meses antes, en el cerro de San Roque, en agradecimiento del inmenso servicio que le prestó el caballero.

—¿Qué ordenáis, señor? —repitió Rovenni dirigiéndose a Pardaillán.

—¡Prended a ese hombre! —rugió Fausta—. ¡Rovenni! ¡Guardias! ¿Qué hacéis? ¿Sois todos traidores?

—¿Mis órdenes? —exclamó Pardaillán a todo evento—. Por de pronto, contened a esa mujer.

Fausta, lívida y furiosa por lo que entreveía, bajó de su trono y se dirigió hacia Pardaillán, pero en aquel momento se oyó un cántico entre los cardenales, un cántico que la heló de espanto y que decía así:

*Domine salvum fac
Sixtum Quintum
Pontificem summum
Et exaudí nos in die
Qua vocaverimus te!...*

Fausta se llevó las manos a la frente; sus ojos despedían llamas y un temblor convulsivo recorrió su cuerpo al observar que la rodeaban sus propios guardias. Y, tras la barrera de las alabardas, los obispos y cardenales entonaban el cántico de su traición.

—¡Traición! ¡Traición! —murmuró.

En aquel momento resonó en el fondo del huerto una fanfarria de trompetas y aparecieron una veintena de hombres que avanzaban rápidamente.

—¡El duque de Guisa! —gritó Fausta—. ¡A mí duque! ¡A mí!

—¡Cajetán! —contestó el cardenal Rovenni—. Su Santidad, Sixto V. *Domine, salvum fac Sixtum Quintum.*

Fausta levantó al cielo los ojos, en los que había una maldición, y luego bajó la

cabeza. Inmóvil, desdeñosa e impasible, ya no pronunció ninguna otra palabra.

Toda esta escena, desde que apareciera Pardaillán, se desarrolló en menos de un minuto. Cuando el caballero hubo observado el extraño cambio de los guardias, a quienes se preparaba a atacar, envainó tranquilamente la espada y murmuró entre dientes.

—Que me destripen y me cuelguen por los pies, como al pobre Coligny, si comprendo lo que aquí sucede. Pero el señor Picuic nos afirmó que hallaríamos a la gitanilla.

Hablando así, Pardaillán se volvió. En aquel momento Carlos de Angulema acababa de dar el grito desgarrador que ya hemos señalado.

Pardaillán, de una ojeada, contempló el terrible espectáculo que se ofrecía a su vista; los dos cadáveres abrazados, la cruz florida, y en ella la joven atada de pies y manos, y al pie, Carlos, arrodillado, caía de espaldas.

Pardaillán, se precipitó hacia la cruz. La cogió con sus vigorosos brazos, la sacudió, tratando de levantarla y de arrancarla de su alvéolo. La cruz se balanceaba, cual si el soplo ardiente de Pardaillán fuese un viento huracanado que la moviera. Y en aquel momento, en que aparecía un anciano en la escena, con la diestra levantada, los cardenales y los obispos, prosternados exclamaban:

—*Domine, salvum fac pontificem nostrum.*

Únicamente Fausta estaba en pie. Su mirada se cruzó con la de Sixto V.

—¡De rodillas, hija del orgullo! —dijo el Papa levantando los tres dedos—. Bendición o maldición.

—¡Hijo de la traición! —contestó Fausta irguiéndose—. Mi orgullosa frente no se inclinará más que bajo el hacha de tu verdugo.

A la sazón, la cruz, frenéticamente sacudida, empezaba a inclinarse. Pardaillán la sostenía en sus brazos y, por último, la dejó en el suelo. En un instante, cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas y los tobillos de Violeta y luego puso la mano sobre el corazón de la joven.

Carlos de Angulema recobró también el sentido y, de rodillas, se arrastró hacia Violeta. Como el joven creía que estaba muerta, tuvo una violenta sacudida de alegría cuando Pardaillán dijo:

—¡Está viva!

Carlos miró a su alrededor, y a sus pies vio a Leonor envuelta en su gran capa de gitana, pero no la reconoció, porque entonces no habría reconocido a su propia madre, pero, inclinándose hacia la difunta, tomó la capa, llena de adornos de cobre, y con ella envolvió a su adorada.

Entonces, sin decir una palabra, preocupado únicamente con la idea de que la joven vivía y que era necesario huir de allí, olvidó a Pardaillán, y cogiendo a la joven entre sus brazos, echó a correr en dirección a la abadía. Nadie se opuso a su marcha.

Corría con los ojos fijos en el pálido semblante de la joven y observó con claridad que respiraba. Poco a poco el seno de Violeta se levantaba con menos esfuerzo, y a él

mismo le pareció que respiraba mejor, como en realidad sucedía, porque su respiración se regulaba inconscientemente por la de la joven.

Llegado que hubo a la bóveda que conducía a la puerta de entrada, comprendió que iban a abandonarlo las fuerzas. Una nube le cubrió los ojos; sus manos se crisparon para sostener aún a la joven, sus labios balbucieron vagas palabras y, sintiendo que la tierra huía bajo sus pies, cayó.

XVI - Ante la Abadía

PARA CRUCIFICAR a Violeta, Fausta tuvo necesidad de hallar un verdugo, cosa que no le fue difícil, pues lo tenía al alcance de la mano. Era el gitano Belgodere, es decir, el padre de la llamada Juana Fourcaud, o, en realidad, Stella. Para decidir a Belgodere a que llevara a cabo la odiosa misión, Fausta le dijo:

—Una de tus hijas ha muerto, es verdad, pero la otra vive. Si Violeta muere, verás de nuevo a Stella.

Pero por potente que fuese el amor paterno en el alma feroz de aquel gitano, no hubo necesidad de tal promesa para decidirlo, pues bastaba el odio que sentía contra Claudio.

Por esta razón, Belgodere acudió puntualmente a la cita que le dieron en la abadía. Llevaron a Violeta aturdida por algún brebaje, gracias a lo cual la joven apenas se daba cuenta de lo que sucedía. Belgodere, con alegría furiosa, cogió a la desgraciada, la tendió en la cruz y la ató con fuerza, de pies y manos. Luego, con la ayuda de algunos alabarderos, clavó en el suelo el extremo inferior de la cruz.

Fausta, en aquel momento, estaba en la explanada con una docena de guardias. Leonor y Juana Fourcaud, encerradas en el pabellón, con Rovenni y los otros cismáticos, y en cuanto hubo terminado su odiosa tarea, Fausta dijo a Belgodere:

—Puedes retirarte. Ve a esperarme a la puerta del convento.

—¿Y Stella? —preguntó Belgodere, mirando a Fausta de un modo poco tranquilizador.

Fausta comprendió entonces el por qué el gitano no había querido dejarla. Comprendió que la mataría si no cumplía su palabra, pero, como estaba decidida a devolver a Stella al gitano, no se preocupó.

—Escucha —dijo—. No juro nunca porque, el hacerlo, es ofender a Dios. Retírate confiadamente adonde te digo y dentro de una hora verás a Stella. Pero si advierto que dudas o tratas de espiar lo que sucederá aquí, quebrantaré mi costumbre y te juro que tu hija reemplazará en la cruz a la que acabas de atar...

Dichas estas palabras, Fausta subió lentamente, sin volver la cabeza, las gradas de mármol. Por un instante, Belgodere se quedó pensativo, pero luego, esbozando un gesto de violenta amenaza, se retiró y salió del convento, como se lo habían mandado.

En aquel mismo instante vio detenerse una litera en la puerta principal. Reconoció enseguida a los que bajaron de ella. Eran maese Claudio y Farnesio.

Ya se ha visto que únicamente el cardenal pudo entrar en el convento. Claudio, entre tanto, se retiró bajo la sombra de un roble, esperando que saliera el cardenal con Leonor y Violeta.

Ya hemos dicho cuánta era la tristeza del ex verdugo. Éste había vivido hasta entonces en la atmósfera de terror que inspiraba, y estaba habituado a oír al pasar cómo los hombres mascullaban una maldición, los niños le dirigían insultos y las

mujeres murmuraban una oración, haciendo la señal de la cruz y apresurando el paso.

Sabía perfectamente que la repulsión que inspiraba podía extenderse a los que vivieran con él. Se horrorizaba de pensar que Violeta fuese objeto de la aversión general si vivía con él, y se estremecía solamente al imaginar que el duque de Angulema se enterase de su verdadera personalidad.

Claudio halló la solución de semejante situación. Desaparecer. Pero hacerlo de modo que Violeta no fuese salpicada por el reflejo rojo que lo escoltaba. Es decir, morir.

Aquel verdugo tenía corazón de padre y esto, mejor que nuestras palabras, explica sus sentimientos. Por esta razón se proponía sacrificarse y morir por Violeta. Pero morir era condenarse a no verla más y esto le parecía muy duro.

He aquí cuáles eran los pensamientos de maese Claudio, mientras estaba bajo la sombra del roble, con los ojos fijos en la puerta principal de la abadía y esperando a que saliera Violeta.

—¿En qué diablos pensaré? —se preguntó Belgodere examinándolo a distancia.

Y, amargamente, añadió:

—He aquí al que ahorcó a la mujer que amaba: a la pobre Magda. He aquí también, al que se negó a decir a un padre dónde estaban sus hijas. No tenía que decir más que una palabra, y por ella yo le habría perdonado la muerte de Magda. No tuvo piedad de mi dolor de padre. Es verdad que ese padre era un gitano, un juglar. ¡Por el diablo! He sufrido bastantes años en espera de este minuto, y ahora lo tengo.

Belgodere dio un suspiro y avanzó hacia Claudio.

El verdugo, al verlo, palideció. La presencia de Belgodere en el lugar y la hora en que debía ver a Violeta, le pareció un mal augurio.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¿No te lo imaginas? —dijo el gitano.

Estaban los dos, uno frente al otro, semejantes a dos mastines formidables.

—Sigue tu camino —dijo el verdugo.

—Mi camino es el tuyo —exclamó el gitano—. Además, he de decirte algo.

—Habla, pero sé breve, porque si no...

—¿Quieres que sea breve? Está bien. Cuando te vi recientemente en la casa de la plaza de la Gréve, creí poder vengarme.

Claudio, ante este recuerdo, cerró los puños.

—Te escapaste aún, porque Violeta se salvó. Se han perdido para mí Stella y Flora, pues ésta murió ante mis ojos. Triunfaste una vez más de mi dolor.

—Señor —dijo Claudio con humilde dulzura— en cuanto a vuestras hijas ya os expliqué...

—«Bueno» —exclamó el gitano—. «Ahora me llama señor, como si fuese gentilhomme o cristiano».

—Ya os expliqué, digo, que al confiarlas al procurador Fourcaud, creí obrar en su beneficio. ¿Podía yo prever lo que sucedió a aquel pobre hombre?

—Bueno, pero yo, que era el padre, merecía también cierta consideración — exclamó Belgodere.

—Hice mal, lo confieso, pero ahora que ya he sufrido vuestros reproches, seguid vuestro camino, creedme, no me tentéis.

—Verdaderamente, señor, ¿confiesas que hiciste mal al quitar al padre sus dos hijas?

—Sí —murmuró Claudio como hablando consigo mismo—. Sin duda por este crimen he sufrido tanto.

—Realmente, fue un crimen —exclamó Belgodere— mucho más terrible que haber matado a mi pobre Magda. En cuanto a haberlo expiado, ya es otra cosa.

—¿No he llorado como tú? —preguntó Claudio.

—No basta.

—¿No me quitaste a Violeta?

—No basta.

—¿No experimenté el mismo dolor que tú? ¿No te has vengado bastante entregando a mi hija a la que tú sabes, el mismo día en que la hallé?

—No basta.

Estas tres respuestas de Belgodere fueron creciendo en intensidad rabiosa, en tanto que Claudio hablaba cada vez con mayor humildad.

—Pues habla —dijo maese Claudio—, dime lo que quieras y lo que me pidas te juro concedértelo por el día de hoy, en que renace mi corazón para morir muy pronto. Pero luego vete, por Nuestra Señora; te lo ruego, gitano, no me tientes la paciencia, en un día como hoy. Vamos, dime qué quieres.

—¡Sangre por sangre, muerte por muerte!

Claudio levantó la cabeza y contestó:

—Pues tendrás satisfacción, porque moriré.

—Sin duda bromeas, verdugo, ¿qué me importa a mí tu vida? El suplicio de Flora exige el de Violeta.

Claudio cogió una rama de roble que colgaba sobre su cabeza, la torció, la arrancó y estrechándola en su mano gruñó:

—¡Vete!

—Me iré enseguida —dijo Belgodere— cuando mi hija Stella salga de este convento, porque quiero que lo sepas, van a devolverme a mi hija, la única que me queda. Esto ya es algo, y, en cuanto a Violeta...

Claudio dio un paso, levantó la rama y exclamó:

—Te aconsejo que no profieras ninguna amenaza contra ella. Van a devolverte a tu hija; muy bien. A estas palabras debes el no estar muerto ya. Ahora vete, sin amenazar a mi hija.

—¡Amenazar! —dijo Belgodere riéndose—. No me conoces, Claudio; yo no amenazo, mato. Y si te dije que deseaba el suplicio de Violeta, es porque ahora debe estar ya muerta.

Claudio tiró la rama. Su enorme mano cayó sobre el hombro del gitano y lo miró en los ojos de un modo terrible.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Digo —rugió Belgodere profiriendo una blasfemia—, digo que yo, Belgodere, he atado a tu hija a una cruz; que la guardan veinte hombres de armas y que Violeta debe haber expirado ya. Digo... pero escucha, escucha cómo doblan a muerto. En este momento, tu hija...

La palabra expiró de pronto en sus labios. Claudio lo cogió por el cuello con sus dos manos, que, semejantes a tenazas vivas, se hundieron en la carne. No decía una palabra. Estaba pálido como un cadáver y rígido como una cariátide monstruosa. Únicamente de sus dos ojos desorbitados e inyectados en sangre, manaban abundantes lágrimas.

El gitano, vigoroso como era, y con las fuerzas centuplicadas por el odio, trataba de substraerse a la presión. Iba retrocediendo y arrastrando a Claudio, y también cogió al verdugo por el cuello.

Por algunos segundos permanecieron inmóviles en el apacible silencio de la hermosa mañana y tratando de estrangularse uno a otro.

Duró algunos instantes, pero por fin las manos de Belgodere se aflojaron, y la cabeza se inclinó sobre el hombro.

Claudio no lo soltó. Cuando vio que la cara del gitano estaba amoratada, aflojó las manos y Belgodere cayó al suelo, muerto.

Claudio se inclinó ante él y le puso la mano sobre el corazón. Parecía muy tranquilo, a no ser por su respiración jadeante, pues estaba medio estrangulado. En cuanto se convenció de que el gitano estaba muerto, se levantó y miró a su alrededor con asombro, cual hombre que acaba de despertar de una pesadilla.

Los fúnebres tañidos de la campana de la abadía atrajeron su atención, pero de momento no comprendió el por qué tañía la campana. De pronto, un retorno de la memoria lo devolvió a la realidad.

—¡Violeta! —exclamó cogiéndose los cabellos.

Y se precipitó hacia la puerta del convento, que estaba abierta. En efecto, acababa de pasar por ella una tropa bastante numerosa, pero ni Belgodere ni Claudio se fijaron en ello.

—¡Alto! —gritó un centinela, viendo llegar a Claudio fuera de sí.

El ex verdugo, sin fijarse, pasó derribando al hombre y casi enseguida se detuvo, dando un grito de desesperación. Acababa de reconocer a Violeta en los brazos del duque de Angulema. La joven estaba pálida como un cadáver, muerta sin duda alguna.

El duque se tambaleaba e iba a caer. Claudio abrió sus gigantescos brazos y recibió la doble carga de Carlos llevando a Violeta.

Y, con esfuerzo furioso, levantó a los dos y se los llevó, con los ojos fijos en Violeta y mordiéndose los labios para no gritar. Instintivamente se dirigió a la fuente

cercana junto a la cual, dieciséis años antes, Maurevert hirió a Luisa de Montmorency.

Dejó a los jóvenes sobre la hierba, se arrodilló, y, humedeciendo las manos en la fuente, bañó el rostro de Violeta, que, casi en el mismo instante, dio un suspiro, abrió los ojos y, sonriendo como hiciera en el palacio de Fausta, murmuró:

—¡Papá! ¡Papá Claudio!

* * * * *

Los minutos siguientes fueron para Claudio, Violeta y Carlos, inefables momentos de éxtasis, pues los tres dudaban aún de su felicidad. Las preguntas, las exclamaciones, las manos estrechadas cien veces, los besos ardientes, las lágrimas y toda la mímica de las personas que han sufrido largo tiempo, apaciguó, por fin, su angustia y pudieron, con más tranquilidad, examinar la situación.

Para Carlos y Violeta no podía ser mejor. Su felicidad los embriagaba, pero en cambio, para Claudio, no podía ser más sombría.

Toda vez que Violeta estaba salvada y reunida, por fin, con el que amaba, iba a sonar la hora de su desaparición, la hora de morir. Y, a la sazón, en presencia de su hija, es cuando comprendía todo el horror de la palabra morir.

El duque de Angulema había reconocido en Claudio al hombre que viera en su casa de la calle de los Listados, al hombre misterioso que tanto le había intrigado. Pero entonces el pobre enamorado no veía más que a Violeta y le parecía que nunca llegaría a saciarse de contemplarla.

Violeta no perdía de vista ni a su prometido, ni al que ella llamaba padre. Ciertamente era para ella inaudita felicidad el ver al hombre que amaba, y apenas se atrevía a creer en la realidad de aquella hora dichosa, pero el afecto filial que sentía por Claudio tenía en ella profundas raíces.

Entonces Violeta vio cómo el rostro de su padre adoptivo se ponía sombrío. Vio que los ojos del réprobo se fijaban en Carlos, e, intuitivamente, la joven comprendió la dolorosa verdad. Miró con atención a Claudio y luego, desprendiendo las manos que el duque le tenía cogidas, se abrazó al ex verdugo y apoyó su cabecita en el robusto pecho.

—Papá, ¿qué tienes? ¿Por qué no estás alegre como cuando me salvaste en la sala de los suplicios?

—¡Silencio! ¡Silencio, hija mía! —balbució Claudio mirando el duque con terror.

—¿Por qué lloras, papá?

—Es de alegría; te lo juro.

La joven movió la cabeza y fijó la mirada en su prometido, mientras reposaba la mejilla sobre el pecho del ex verdugo. Tal vez con la bravura espiritual de las mujeres en circunstancias en que su vida entera puede cambiar rápidamente, quiso medir de una vez el amor del duque de Angulema. Y heroicamente se aventuró en la

explicación que Claudio quería evitar con su muerte.

—No —dijo con dulce firmeza— no lloras de alegría, papá, sino de dolor. No estás como el día que, en la sala de los suplicios, me cogiste en brazos y te arrojaste en la trampa.

—¡Silencio, desgraciada! —exclamó Claudio.

—¡La sala de los suplicios! —repitió Carlos de Angulema.

Y desde entonces sintió la convicción de que iba a conocer la verdad y de que Claudio dejaría de ser un misterio para él. Claudio ocultaba su rostro con una mano, mientras con la otra trataba de tapar la boca de la niña. Ésta, atrevidamente, y con no poco heroísmo, continuó:

—Sí, la sala de los suplicios en que yo debía perecer. Monseñor duque, escuchad. Éste es mi padre.

—Monseñor —exclamó Claudio— no la creáis. Su padre, como ya sabéis, es el príncipe Farnesio.

—Mi padre —continuó Violeta— es el que al nacer me tomó en sus manos y ha consagrado su vida a mi existencia. Monseñor, os amo. En lo profundo de mi corazón he unido mi destino al vuestro. No os olvidaré nunca y creo que si me separara de vos, moriría enseguida.

—¡Oh, hija mía! —sollozó maese Claudio.

—¡Separarnos! —exclamó el duque de Angulema estremeciéndose—. ¿Queréis que me muera, dulce Violeta?

—Esto es lo que sucedería si vuestra felicidad exigiera el sacrificio de la de mi padre. Escuchad, monseñor, mi padre se llama maese Claudio.

—¡Hija mía, por piedad!

—Mi padre —continuó Violeta con la intrepidez de una heroína— es un burgués de París. Él me ha educado y nadie más que yo sabe con qué ternura y qué exquisitos cuidados. Me ha dado su vida, monseñor, y si vivo, a él lo debo. Después de una larga separación, al encontrarlo de nuevo, me salvó la vida. Y ahora escuchad, querido señor. Aquel día, después de haberme salvado, lloraba como hoy y cuando quise saber qué pesar había en la existencia de este justo, qué dolor me había ocultado a fuerza de ternura y sacrificio, me dijo que no era digno de ser mi padre porque, en otros tiempos, fue verdugo jurado de la ciudad de París. Miradme, monseñor, soy la hija de maese Claudio.

Carlos de Angulema, lívido, con los cabellos erizados, retrocedió dos pasos. Se tapó la cara con las manos y gimió:

—¡El verdugo!

—¡Dios mío! ¡Puedo morir feliz! —se dijo Claudio transfigurado por sobrehumana alegría—. ¡Hija mía, bendita seas por este momento de inefable orgullo que das a tu padre!

Dichas estas palabras, cogió rápidamente el frasquito de veneno que llevaba en su limosnero y se tragó su contenido. Violeta, con los ojos fijos en Carlos, esperando su

decisión con la vertiginosa ansiedad del que se halla al borde del abismo, no vio aquel gesto, y Carlos, atontado por tal revelación, tampoco se fijó en él.

Durante algunos segundos permaneció con los ojos cerrados, como deslumbrados por siniestros resplandores. Al abrirlos nuevamente, Violeta dio un grito de alegría, porque en los ojos de su prometido acababa de ver la victoria que el amor había conseguido sobre el horror y el espanto.

En el mismo instante los dos amantes se arrojaron uno en los brazos del otro, cambiando el abrazo que los unía para siempre. Carlos tomó una mano de Violeta y avanzando hacia Claudio, dijo:

—Señor, permitid que salude en vos al padre de la que adoro y a la cual, en vuestra presencia, juro consagrar mi vida. Ignoro lo que fuisteis, porque este secreto se ha desvanecido ya en mi mente. Esto no debe asombraros, señor. He estado algún tiempo junto a un hombre cuyo contacto me ha transformado, aboliendo en mí antiguas creencias y haciéndome un alma nueva. El caballero de Pardaillán, señor, me ha enseñado que un hombre es aborrecible aun cuando lo cubra el manto real, si no practica la justicia y la bondad; y que es venerable cuando en su corazón hallan eco los nobles sentimientos, el amor y el perdón. Así sois vos, y he aquí mi mano.

Carlos, temblando a su pesar, tendió la diestra. Claudio la estrechó dando un suspiro y murmurando:

—Ahora estoy seguro de la felicidad de mi hija.

—¡Oh, Carlos mío! —balbució Violeta—. Te bendigo. ¡Oh, padre mío! También tú serás feliz con nosotros.

Claudio sonrió. En el mismo instante sintió un sudor glacial en la raíz de los cabellos, se tambaleó, cayó de rodillas, y como todo empezó a dar vueltas a su alrededor, se tendió en el suelo, agarrándose a la hierba.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó Violeta arrodillándose y sosteniendo la cabeza de Claudio.

—No te alarmes... es... la alegría.

—¡Oh! —tartamudeó la joven asustada—. Se le descompone el rostro... sus manos están heladas... ¡Dios mío!... ¿Acaso se muere mi padre?

Inefable sonrisa iluminó el rostro del moribundo que, con voz infinitamente dulce contestó:

—¡Sí... me muero... hija mía... me muero... de alegría... Hermosa muerte... no llores... es imposible... morir... mejor... Monseñor... mi bendición... os acompañará en la vida... Os doy a esta niña... adiós... tu mano... hija mía... tu mano!

Haciendo un esfuerzo, cogió la mano de Violeta, la apoyó en sus labios y cerró los ojos.

—¡Mi padre ha muerto! —sollozó la joven.

—¡Muerto!... —dijo Claudio sonriendo—. ¡Muerto de alegría!

Y expiró.

En aquel momento, y mientras Violeta, acurrucada, ahogaba sus sollozos con un faldón de la capa, el duque de Angulema, mirando en torno, divisó el frasquito que había rodado hasta el borde de la fuente. Se estremeció de horror y dirigió al muerto una mirada de lástima. A la sazón comprendía de qué había muerto maese Claudio.

Entonces recogió el frasquito y, para que Violeta no lo viera y conservara siempre la ilusión que el verdugo quiso crear en su mente, echó la delicada cápsula en el agua pura de la fuente.

El frasquito se llenó de agua y desapareció en el fondo de la fuente, que continuó manando con suavidad, formando el lindo arroyuelo que se deslizaba entre las pulidas piedras de Montmartre.

En aquel momento salió corriendo de la abadía una joven, se detuvo un momento, no lejos del roble bajo el cual yacía Belgodere estrangulado, miró a su alrededor y divisó, por fin, el grupo formado por Carlos de Angulema y Violeta, arrodillados junto al cuerpo de Claudio, y, llena de terror, se dirigió hacia la joven dando un grito de alegría.

—¡Querida amiga! —exclamó—. Estamos libres. ¡Cuánto hemos pasado! ¿Cómo escapasteis del suplicio?

Violeta, levantando el rostro lleno de lágrimas, reconoció a Juana Fourcaud y se echó en sus brazos.

—¡Mi padre ha muerto!

Era, efectivamente, la hija de Belgodere^[1].

Cuando se produjo la colisión entre Fausta y Sixto V, se levantó, asustada del papel inconsciente que había representado en aquella tragedia. La exclamación del cardenal Farnesio, las quejas desgarradoras de Leonor al pie de la cruz, le dieron a entender que Fausta había mentido, pues no era hija de Salzuma. Aterrada por el espectáculo que tenía ante los ojos, atravesó corriendo el jardín, llegó a la abadía y hallando una puerta abierta se aventuró por un corredor, y viendo, por fin, abierto el portalón, salió del convento. Pasó cerca del cadáver de Belgodere, su padre, sin verlo.

El duque de Angulema advirtió un socorro en la llegada de aquella hermosa joven, a la que no conocía, pero que parecía amar tiernamente a su prometida. Dijo algunas palabras al oído de Juana Fourcaud, que se llevó consigo a Violeta a cierta distancia.

Se acercaron entonces algunos habitantes de la aldea de Montmartre. Carlos les hizo una seña, y mediante una moneda de oro, consiguió que levantasen el cadáver y lo depositaran en una cabaña. En cuanto al de Belgodere, fue enterrado en el mismo lugar en que cayera.

Mientras Juana Fourcaud, en la cabaña en que yacía maese Claudio, trataba de consolar a Violeta, Carlos de Angulema se acercó a la entrada de la abadía. Inquieto por Pardaillán, iba a penetrar en el convento cuando lo vio salir.

El caballero parecía muy tranquilo, pero Carlos ya conocía muy bien su fisonomía. En ciertas señales comprendió que Pardaillán acababa de sufrir violenta

emoción, que el joven atribuyó a la escena de la explanada. Se contentó, pues, con ponerlo al corriente de lo sucedido junto a la fuente.

—Muy bien —dijo Pardaillán moviendo la cabeza—. Ya no tenéis más que hacer sino conducir a vuestra prometida a Orleáns. Creo que ahora estáis en el umbral de la felicidad. El palacio de la dicha, amigo mío, es encantado, y es preciso entrar en él cuando se puede. Si hay un momento de indecisión, el palacio se hunde y desaparece. Cuidad de que se entierre a ese desgraciado y marchaos con Violeta.

—¿Y vos, querido amigo? Os advierto que no os dejo.

—Es necesario —contestó Pardaillán—. Debo quedarme. Por otra parte, nuestra separación no será larga. En cuanto haya terminado cierto asunto que me retiene en París, iré a buscaros a Orleáns, pero ahora no os detengáis.

Después de breve discusión, Carlos tuvo que rendirse a la evidencia. Era preciso, ante todo, poner a Violeta en seguridad, y con la promesa de que Pardaillán iría en breve a Orleáns, se echó en sus brazos para despedirse de él. Luego, no sin volverse muchas veces hacia el caballero, se alejó con el corazón triste, las lágrimas en los ojos, y a pesar de todas las promesas de Pardaillán, con el presentimiento de que no lo vería más.

Llegó a la cabaña en que Violeta lloraba junto al cadáver de Claudio, mientras Juana trataba inútilmente de consolarla.

El duque de Angulema empleó el día en procurarse una litera para su prometida y un caballo para él. Al día siguiente por la mañana se enterró a maese Claudio, y sobre el túmulo que cubría su cuerpo, Violeta lloró largo rato. Por fin, Carlos consiguió arrancarla de allí y la hizo subir a la litera, en donde se sentó también Juana Fourcaud. Él montó a caballo y la comitiva dio la vuelta a París para tomar el camino de Orleáns.

Cuando la litera emprendió la marcha, el duque de Angulema vio surgir al lado de su caballo a dos tipos que reconoció enseguida, sobre todo a Picuic, a quien debía el haber llegado a tiempo para salvar a Violeta.

Efectivamente, Picuic tuvo la idea de ir a la posada de «La Adivinadora», y allí se fue, hallando a Pardaillán y a Carlos que se preparaban a acudir a la cita que les diera Maurevert. Nuestros lectores adivinarán el resto.

Picuic y Graznido, pues, después de la terrible escena que tuvo lugar en la abadía, vieron al duque de Angulema en sus idas y venidas y formaron inmediatamente su plan. Asistieron al entierro de Claudio y cuando vieron al joven duque dispuesto a partir, se acercaron a él.

—¡Monseñor! —exclamó Picuic—. No nos abandonéis.

Carlos sintió lástima y se dijo que, en resumidas cuentas, debía a Picuic su felicidad presente.

—¿Queréis, pues, venir conmigo?

—Al fin del mundo —contestó Picuic.

—Pues bien —dijo Carlos sonriendo, echándoles algún dinero—. He aquí con

qué ir a Orleáns y, una vez hayáis llegado, presentaos a mí, y si os gusta estar a mi servicio os quedaréis conmigo.

Los dos compañeros empezaron interminable sarta de bendiciones y con alegre paso emprendieron el camino que Carlos de Angulema hacía a caballo. La litera en que iban Violeta y Juana Fourcaud, llegó sin incidentes a Orleáns, escoltada por Carlos, la noche del quinto día. Tres días más tarde llegaron los dos compañeros de miserias, y Picuic dijo a Graznido:

—Creo, al fin, en Jauja.

XVII - El agradecimiento de Fausta

FUERZA ES AHORA retroceder algunas horas hasta el momento en que Pardaillán vio a Carlos de Angulema envolver a Violeta en la capa de Salzuma, cogerla en brazos y echar a correr. El primer movimiento del caballero fue seguir a Carlos, porque una vez Violeta salvada, el resto no tenía, para él, ninguna importancia; pero una idea se presentó entonces a su mente:

—Maurevert.

Éste, sin duda alguna, sabía lo que iba a suceder en la abadía, porque le dio cita para aquel día a las doce, junto a la puerta de Montmartre, diciendo:

—No solamente os indicaré dónde se encuentra Violeta, sino que os conduciré adonde está y la veréis.

Con la rapidez del relámpago, Pardaillán comprendió cuál era el proyecto de Maurevert. Si les había dado cita en la puerta de Montmartre, era para conducirlos a la abadía y si la cita era para las doce, era con objeto de que llegasen demasiado tarde.

De acuerdo con el plan de Maurevert, el joven duque y el caballero debían ver a la gitanilla, pero a cosa de la una de la tarde, cuando habría sido crucificada a las nueve de la mañana y no quedaría, por lo tanto, más que su cadáver. Pardaillán tembló de ira al pensar en aquella traición tan miserable. Quiso saber por Fausta la verdad entera y se quedó. Entonces la miró así como también a un hombre vestido como un burgués de la clase media a quien aclamaban los obispos y los cardenales. Y reconoció al señor Peretti, al molinero cuyos sacos de oro salvó él.

—*Domine, salvum fac Sixtum Quintum* —cantaban los cardenales reunidos en el estrado.

—¡El Papa! —murmuró Pardaillán—. El Papa y la Papisa frente a frente. Es necesario confesar que tengo una gran suerte, pues me hallo, a la vez, ante dos Papas, cuando tantos peregrinos han de hacer un viaje a Roma para no ver más que a uno y gracias.

—¡De rodillas! —repitió Sixto V alzando la amenazadora diestra—. De rodillas, o te hago prender y crucificar... pero no, porque tu contacto sobre el símbolo de redención sería un sacrilegio... Te entregaré a las picas de tus propios hombres de armas.

Fausta no se arrodilló. Irguió su orgullosa cabeza, cuya tranquilidad contrastaba con la agitación que se advertía en el anciano, trastornado de furor. Y con el extremo de los labios, con un desdén que probaba, por lo menos, su innegable valor, pronunció estas palabras:

—Papa de la mentira, gran sacerdote de la traición. Hoy obtienes la victoria, gracias a la cobardía humana, pero no a la protección divina. Hazme matar si quieres, te precederé muy poco en la tumba y no obtendrás de mí ni la sumisión que esperas, ni el respeto debido únicamente a los enviados de Dios. ¡Eh, vosotros, rebaño de

traidores! ¡Ganad los treinta dineros asesinando a vuestra soberana! Hiere el primero, Rovenni, si quieres ganar gracias al crimen, como tu amo reina gracias a la impostura.

Su voz era despreciativa y, al pronunciar las últimas palabras, subió, sin apresurarse, las gradas de mármol y se sentó en su trono, tan majestuosa y escultural, con tal brillo en sus ojos de azabache, que todos retrocedieron para dejarle paso y nadie se atrevió a mirarla sino cuando estuvo sentada.

—¡Por Dios vivo! —exclamó Sixto V—. He aquí la audacia de la herejía. He aquí el orgullo del cisma, Señor, perdóname por derramar la sangre de un ser humano sin dejarle, tiempo de reconciliarse contigo. ¡Guardias, matad a esa mujer!

Hubo un tumulto. Los hombres de armas de Sixto y los alabarderos de Fausta, avanzaron hacia el estrado de mármol. Fausta, al verse tan cerca de la muerte, se limitó a murmurar:

—¡Traición!

Y cerró los ojos.

En aquel instante en que se disponía a morir como había vivido, es decir, dominada por indescriptible orgullo, un largo estremecimiento agitó su cuerpo. Su pensamiento osciló violentamente, desde el odio el amor, y palpité su seno. De un salto, un hombre se interpuso entre ella y sus enemigos.

Dicho hombre, con uno de aquellos gestos que imponen el espanto mortal a las multitudes, sacó de la vaina una larga y sólida espada, cuya punta dirigió al pecho de Sixto V, que estaba en la última grada del estrado.

—Santo Padre, sentiría mucho mataros, pero si no contenéis a esa banda de lobos, sois hombre muerto.

Sixto V hizo un gesto de desesperación y, al verlo, todos los hombres de armas cesaron en su avance, no atreviéndose a hacer un solo gesto, porque comprendieron que el hombre de la espada estaba dispuesto a cumplir su amenaza.

—¡Pardaillán! —murmuró Fausta con un suspiro de alegría.

—¡Caballero! —dijo Sixto con voz firme—. ¿Osaría herir al Supremo Pontífice de la Cristiandad?

—De igual modo que vos os atrevéis a herir a esa mujer. No os mováis, santo y venerable Padre. Porque al menor movimiento ocurriría algo sensible. Señora, servíos levantaros.

Fausta, atónita ante aquella escena imprevista, obedeció sin darse cuenta de lo que hacía. En el mismo instante, Pardaillán se acercó al Papa, mientras los guardias, temblorosos, buscaban el medio de herir al caballero sin peligro para el Pontífice.

—No os mováis, hijos míos —dijo Sixto V—. Dios terminará este asunto como mejor convenga.

—No hay duda —contestó fríamente Pardaillán—. No comprendo por qué los hombres se empeñan en mezclarse en los asuntos de Dios. Señora, bajad. Vosotros, quietos. Bajad, señora. Bueno, ahora dirigíos a la puerta de ese pabellón. ¿Ya estáis?

¡Eh, vosotros, cuidado!

En el mismo momento Pardaillán dejó a Sixto V. De un salto bajó del estrado y entonces se levantaron veinte puñales y otras tantas picas contra él.

—¡Muera! —vociferó Rovenni, que había asistido a aquella escena con la secreta esperanza de ver morir al Papa.

—¡Muera! —gritaron los guardias.

Pardaillán atacó como tenía por costumbre, es decir, en línea recta, sin decir una palabra y dirigiendo la punta de la espada a todos lados. Se oyeron algunos gritos de dolor y el caballero, sin más que algunos rasguños en el jubón, llegó a la puerta del pabellón, penetró en él y se encerró. Luego se parapetó en poquísimo tiempo.

Fausta se sentó allí en uno de los sillones que habían servido para los cardenales, y se cubrió el rostro con un velo para ocultar la emoción que la dominaba. Pardaillán acababa de arrebatarse a Violeta, y además, la salvaba a ella. Era el eterno obstáculo de sus planes.

¿Debía amarlo o aborrecerlo?

Pardaillán, entre tanto, estaba ocupado en su trabajo, mientras fuera, los guardias de Sixto V trataban de abrir la puerta. En cuanto tuvo la seguridad de poder resistir por lo menos una hora, Pardaillán dio algunos puñetazos en la puerta, gritando al mismo tiempo con voz estentórea.

—Callaos un momento, que no se puede oír nada. Quiero hablar con vuestro amo.

Sin duda Sixto V debió de dar una orden, porque se restableció el silencio casi inmediatamente.

—Venerable y Santo Padre de la Cristiandad. ¿Estáis ahí?

—¿Qué queréis? —preguntó una voz ruda que no conocía, y que, sin duda, era la de Rovenni.

—No quiero nada —añadió Pardaillán—. Servíos tan sólo recordar al señor Peretti que, en cierta circunstancia, y en un molino que él conoce muy bien, no tuvo queja de mí.

—El servicio que ese hombre nos prestó entonces queda anulado por su insolencia y por sus criminales amenazas de hoy —contestó la voz del Papa—. Cardenal, preguntadle si esto es todo lo que debe decirnos y añadid que, en agradecimiento del pasado, le concedo una hora para que se reconcilie con Dios.

—¿Habéis oído? —preguntó Rovenni.

—No soy sordo y he de añadir que para ser tan viejo y estar casi moribundo, el Santo Padre tiene una voz muy vigorosa. Decidle, señor cardenal, decid a ese venerable y santo Padre, que necesito, por lo menos, tres horas para reconciliarme con Dios. No rezo casi nunca, pero cuando lo hago me gusta recitar todo el rosario.

—¿No tenéis nada más que decir?

—Sí, decidle, además, que antes de que yo haya terminado mis oraciones, es decir, antes de tres horas que os costará derribar esta barricada, pues me he parapetado muy bien tras esa puerta, antes de tres horas, digo, el convento se verá

invadido por gentes que no tendrán para el Santo Padre los respetos que yo le guardo. Éste es el último servicio que presto al Santo Padre. Otra cosa, monseñor; ya os habréis fijado que salté el muro en compañía de un amigo. Averiguad dónde está mi compañero, y tened presente que en dos horas hay tiempo bastante para ir a París y regresar en compañía de un buen número de truhanes y de malas cabezas, de gentes muy capaces de faltar al respeto al Santo Padre, a sus guardias, obispos, cardenales y canónigos, lo cual sería abominable por todos los siglos de los siglos. Amén. He dicho.

—¡Miserable e insolente impío! —vociferó Rovenni—. Guardias, ¡hundid esta puerta!

Pero el Papa hizo un gesto y los hombres se detuvieron. Entonces Sixto V conferenció con tres o cuatro de los que formaban su escolta.

—He visto, estudiado y pesado a este hombre —dijo—. Es la audacia personificada. En el molino del cerro de San Roque llevó a cabo prodigios. Luego he sabido de él cosas asombrosas. Es de aquellos hombres que Dios crea a veces para hacer sentir a los príncipes la nada de su grandeza, y cuya mano no aparece más que para trazar sobre los muros las fatídicas palabras: *Mane, Thecél, Phares*. Vámonos, Rovenni; os esperaré con vuestros compañeros en Lyon. Desde allí proseguiremos juntos a Roma. Querido Rovenni, decid a vuestros compañeros que hay para todos indulgencia plenaria y lo demás. En cuanto a vos, ya sabéis lo que os espera. Sería horrible que al final de mi vida tuviese yo el dolor de ver a mis más queridos hijos degollados por los truhanes.

Sixto V entonces avanzó hacia la puerta del pabellón.

—¡Hijo mío! —preguntó—. ¿Estáis ahí?

—Sí, Santo Padre, completamente a vuestras órdenes —contestó Pardaillán.

—Recibid, pues, mi bendición. Ésta será mi única venganza. Si los azares de vuestra vida aventurera os llevan algún día a Roma, y si todavía sois de este mundo, id sin temor a llamar al Vaticano y en defecto de Sixto V, hallaréis seguramente al señor Peretti, el molinero del cerro de Saín Roque.

—Santo Padre —contestó Pardaillán—, recibo agradecido vuestra bendición, pero, con mayor placer todavía, la invitación del señor Peretti, a quien considero un hombre muy hábil. Al volver al Vaticano decídselo de mi parte, os lo ruego.

—¡Pillo! —exclamó Sixto V, sonriendo a su pesar.

Y se alejó seguido de sus hombres de armas y de sus gentilhombres, mientras el coro de los cismáticos, por fin reconciliados, con Rovenni al frente, entonaban con mayor ardor que nunca el *Domine, Sálvum fac Pontificem*. Sixto V, al alejarse murmuraba:

—Sí, sí, miserables traidores; ya os haré cantar de otro modo en Roma.

En suma, y aun cuando Fausta había escapado, pudo lograr el objeto de su viaje. Acababa de destruir el cisma, hiriéndolo en pleno corazón y sonriendo subió a la litera de viaje que esperaba al pie de la colina.

Media hora después de la salida del Papa, Pardaillán, no oyendo nada, se atrevió a demoler en parte las fortificaciones que levantara en el pabellón. Abriendo la puerta no vio a nadie. La explanada y el estrado estaban igualmente desiertos. Entonces salió e inspeccionó rápidamente el huerto y tampoco vio a nadie.

—Se han marchado, a fe mía —dijo.

Regresó a la explanada y, pensativo, se detuvo ante la cruz extendida en el suelo.

—¡Pobre Violeta! —murmuró enternecido—. ¿Por qué tal suplicio? Su culpa consiste en ser demasiado hermosa. ¡Caramba! ¿Qué es este papel?

Se inclinó hacia la cruz y arrancó de ella un ancho pergamino, que estaba allí fijado por medio de un clavo y en el cual, en caracteres griegos, estaba escrita la palabra «Airesis».

—¿Qué querrá decir esto? —se preguntó Pardaillán.

—Esto significa «herejía» —dijo a su lado una voz grave.

Pardaillán, al volverse, vio a Fausta. Aquella mujer extraordinaria parecía no experimentar ninguna emoción, a pesar de las trágicas escenas que acababan de tener lugar y del peligro que ella misma había corrido. Pero Pardaillán no se asombró por tal actitud.

—¡Herejía! —dijo—. ¡Caramba, nunca me lo había figurado! ¿Y qué significa esta palabra?

Fausta no contestó. Lo miró algunos momentos, tratando de atravesar con su mirada aquella máscara de ironía y despreocupación que ocultaba el rostro del caballero.

—Me habéis salvado la vida —dijo por fin—. ¿Por qué?

Pardaillán levantó la cabeza, que aureolaba entonces la luz del sol, y dijo:

—¡Ah! Si me habláis así, señora, si salimos de la locura furiosa de las herejías, de las crucifixiones, y nos escapamos de la pesadilla que ha sido mortal para este sacerdote, si entramos nuevamente en la naturalidad y en la vida corriente, os contestaré tan sólo que he visto que iban a matar una mujer indefensa, y, sin preguntarme la razón, me he interpuesto entre ella y sus enemigos.

—¿Así, pues, habríais defendido a cualquier otra que se hubiera hallado en mi situación?

—Sin duda alguna —contestó Pardaillán asombrado—. Fijaos, señora, en que tenía menos motivos para salvaros a vos que a otra. Cualquiera, en mi lugar, os guardaría cierto rencor.

Fausta, pensativa, inclinó la cabeza, tal vez para ocultar su turbación.

—Ahora, señora —continuó el caballero— ¿queréis permitirme que os dirija una pregunta? ¿Sí? Hela aquí. ¿Por qué el señor de Maurevert me citó para esta mañana en la puerta de Montmartre?

—Porque yo se lo ordené —contestó Fausta con tranquilidad—. Porque Maurevert debía traeros aquí en un momento en que habría asegurado mi triunfo y porque, a no ser por la traición de los míos, aquí os habrían cercado los hombres de

Guisa; y porque, en fin, me proponía salir dejando vuestro cadáver al lado de esos otros dos.

Pardaillán sintió violentísimo deseo de arrojarse contra aquella mujer y aplastarla como a una víbora. Fausta leyó tal intención en los ojos del caballero, pero permaneció inmóvil.

Durante algunos instantes creyó que Pardaillán iba a matarla, pero no por eso se movió. Por fin, vio cómo el caballero se iba tranquilizando gradualmente. Y luego, Pardaillán se echó a reír y, con apacible tono, contestó:

—Siento mucho, señora, que vuestras intenciones no hayan merecido mejor acogida en el cielo. Pero no hablemos más de ello. ¿Puedo seros útil en algo?

Fausta se sintió humillada como nunca lo fue en su vida. Aquella generosidad extraordinaria la anonadaba y a sus ojos no fue más que un desdén inconmensurable. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

Se levantaron sus brazos y una fuerza desconocida la empujó hacia aquel hombre, al que odiaba y a quien quería matar. Tal vez iba a dejar que su amor desbordara y a caer de rodillas ante el caballero, pero entonces recordó la contestación que éste le diera en la catedral de Chartres. Las palabras que profería en lo íntimo de su ser no asomaron a sus labios. Se quedó petrificada en su orgullosa actitud, y una vez más el odio triunfó en ella. Se decidió, pues, a matarlo. Ya que la había salvado, ella se aprovecharía para hacerlo desaparecer del mundo de los vivos. Pardaillán mataría a Fausta, o ésta al caballero.

—Señor de Pardaillán —dijo sonriendo—, tengo que pedir os el último favor. Temo que sea un lazo la desaparición de los hombres de Sixto. Bajo la salvaguardia de vuestra espada no temería atravesar un ejército, pero tal vez no querréis acompañarme hasta París.

Pardaillán comprendió el sentido de la sonrisa que en aquel momento arqueaba los labios de Fausta, y a pesar de comprender que en la proposición se ocultaba tal vez un lazo, contestó:

—¿Por qué no, señora? Ya que me honráis aceptando mis servicios, os escoltaré hasta vuestro palacio.

—Gracias, caballero —contestó Fausta—. Servíos esperarme ante la puerta de la abadía y dentro de pocos instantes estaré con vos.

El caballero se descubrió, pero sin inclinarse. Luego, con tranquilo paso y sin volver la cabeza, se alejó en dirección al huerto.

—¡Oh! —murmuró Fausta viendo cómo se alejaba—. ¿Por qué no iré a hundir mi daga en el corazón de ese hombre?

Pero ya era demasiado tarde. Pardaillán desaparecía por el fondo del jardín. Entonces Fausta miró a su alrededor, vio los cadáveres de Leonor y Farnesio abrazados al pie de la cruz y sonrió.

—Por lo menos éste —murmuró— ha recibido el castigo de su traición. En cuanto a los demás, en cuanto a ese miserable Rovenni, confío su castigo a Sixto V.

En aquel momento apareció Claudina de Beauvilliers pálida y temblorosa.

—¡Ah, señora! —dijo—. ¿Qué catástrofe? ¡Hemos sido vencidas!

—¿Quién os ha dicho que yo haya sido vencida? ¿Acaso es posible? Vamos, hija mía, el terror os hace perder la cabeza. Pero yo no he olvidado lo que os debo.

—¿Qué queréis decir? —balbució la abadesa.

—Que me habéis servido bien y que no es culpa vuestra el que un incidente de mediana importancia haya retrasado por algunos días la ejecución de mis proyectos. Enviad hoy mismo a un hombre a mi palacio, y le entregarán la suma convenida.

Claudina se inclinó, dando un grito de alegría, y besó la mano de Fausta.

—Sois la generosidad personificada —exclamó.

—Os engañáis —dijo fríamente Fausta—. Únicamente sé pagar mis deudas, de amistad, de dinero o de odio —añadió mirando en la dirección por la que había desaparecido Pardaillán—. Cuidad de esos dos cuerpos, señora abadesa, y haced que sean dignamente enterrados en el cementerio de la abadía.

—Mañana mismo lo haré, señora.

—Bien. Acompañadme ahora a vuestra habitación para quitarme el traje de ceremonia.

Fausta se dirigió entonces hacia las habitaciones de la abadesa, que iba a su lado aterrada y estupefacta, por la tranquilidad que aquella mujer conservaba en semejante momento, a pesar de lo sucedido. Claudina la ayudó a quitarse aquel pesado y espléndido vestido, a la vez religioso y real. Luego Fausta bajó y ante el portal de la abadía halló a Pardaillán que la esperaba.

La litera que había conducido a Farnesio y a Claudio continuaba en el mismo sitio. El caballo del hombre que fue a buscarlos estaba atado a una argolla. Pardaillán montó en él y Fausta subió en la litera. El grupo se dirigió a París y Fausta, mientras no estuvieron en la ciudad, por una rendija de la ventanilla mantuvo los ojos fijos en el caballero, el cual precedía a la litera, a una distancia de diez pasos. ¿Se atrevería Pardaillán a entrar en París?

Llegaron a la puerta y Pardaillán franqueó el puente levadizo, pasó bajo la bóveda del puente, tranquilo, como si a cada paso no hubiese corrido peligro de ser reconocido por un guisardo, y prosiguió el camino hacia la Cité, es decir, hacia el palacio de Fausta. Entonces, jadeante, y con un rayo de alegría en los ojos, Fausta murmuró:

—¡Insensato!

XVIII - Maurevert

MIENTRAS PARDAILLÁN descendía de la colina de Montmartre, miró a lo lejos, y examinó cuidadosamente la puerta del mismo nombre. Había transcurrido con exceso la hora de la cita con Maurevert, y Pardaillán no dudaba de que aquel hombre estaría ya al corriente de lo sucedido en la abadía. No sintió, pues, la menor sorpresa al ver que Maurevert no estalla allí.

—Bueno —murmuró—, ya nos encontraremos otra vez, por muy lejos que vaya y por muy bien que se oculte. Puesto que no está aquí, es que lo sabe todo y espera lo que ha de sucederle. ¡Es una lástima! Me habría gustado acabar hoy mismo con él. En resumidas cuentas, tal vez es mejor que sea así. No soy libre, pues me he constituido en el caballero de la hermosa tigresa que me sigue. Pero en llegando a su puerta, buenas noches, señora.

Monologando así, con la tranquilidad que le era característica, Pardaillán andaba por la calle de Montmartre. En cuanto traspuso la bóveda de la puerta, salió una cabeza pálida de una espesura inmediata al camino de extramuros, y el hombre a quien pertenecía salió de su escondite y exclamó:

—¡Insensato!

Era Maurevert, que había ya hecho su viaje a Blois, en donde cumplió el encargo de Guisa. Una vez en posesión de datos precisos acerca de la guarnición del castillo, de las costumbres de Enrique ni, de las habitaciones que ocupaba y, por fin, acerca de la posibilidad de dar un golpe de mano contra la persona del rey y los que lo rodeaban, tomó el camino de París, con la oportunidad necesaria para estar en la ciudad al mediodía del veintiuno de octubre.

La vuelta fue, para Maurevert, igual que la ida, es decir, un viaje encantador, sin otra preocupación que comer agradablemente y hallar buen alojamiento. Maurevert no hubiera sido reconocido por sus mejores amigos. Estaba alegre, era generoso con las criadas y amable con las hosteleras. Ya no temía nada y sólo tenía una preocupación: la de asistir al suplicio de Pardaillán.

El veinte de octubre, por la tarde, llegó a París y al día siguiente, muy de mañana, se vistió y armó cuidadosamente, y en cuanto se hubo revestido de una cota de malla bajo el jubón y de la coraza de cuero sobre éste, observó que podía disponer aún de cuatro horas.

Pero, con gran intranquilidad, se marchó a la puerta de Montmartre, en donde eligió un lugar que le permitiera verlo todo sin ser visto.

Sentado en la hierba, al abrigo de un seto, apartó un poco las ramas para hacer un observatorio, y desde entonces ya no se movió, manteniendo la mirada fija en la puerta. Sonreía vagamente y trataba de contar el tiempo que lo separaba aún del mediodía. Luego combinaba la escena.

Pardaillán y Carlos de Angulema aparecerían y entonces él, con grave continente, se acercaría a ellos, diciendo:

—Señores, os he prometido que hoy al mediodía estaría aquí y he cumplido mi palabra. Os prometí que veríais a la que buscáis. Seguidme y la veréis.

Entonces se dirigiría a la abadía. No sabía lo que había de suceder allí, pero lo que sabía bien es que Fausta habría preparado una trampa en la que irremisiblemente caería Pardaillán. Era seguro que el caballero y su amigo hallarían muerta a Violeta y también que la abadía estaría llena de hombres de armas y que, si Pardaillán entraba allí, no saldría vivo.

—Hay un cementerio en la abadía —se dijo entonces.

En el mismo instante palideció y estuvo a punto de dar un grito de terror. Tres hombres salían de la puerta de Montmartre y se dirigían hacia la abadía. Reconoció enseguida a los dos primeros. Eran Pardaillán y Carlos de Angulema; en cuanto al tercero no lo conocía, sin contar que apenas lo miró, porque no tenía ojos más que para Pardaillán, que desaparecía a lo lejos.

Maurevert se aterró al reflexionar sobre tan extraño suceso. Si Pardaillán aparecía entonces, mucho antes de la hora de la cita, no era para buscarlo. Además, Pardaillán se dirigía hacia la abadía, o sea al mismo sitio adonde Maurevert quería conducirlo. ¿Acaso lo habría avisado alguien del peligro? ¿Pero quién sería?

—¡Oh! —murmuró Maurevert—. Hay para volverse loco. ¿A ver si se me escapará otra vez? ¿Quién sabe si Fausta me hace traición? ¿Quién sabe si han preparado la trampa para mí?

Se secó la frente húmeda de sudor, y cuando Pardaillán había desaparecido ya, se levantó, abandonó el escondrijo y dio precipitadamente algunos pasos, cual si quisiera entrar en París.

—No —dijo deteniéndose—, no es posible. Fausta lo odia. No tanto como yo, es verdad, pero a ella le interesa mucho que el caballero muera. Sin duda ha cambiado de plan durante mi ausencia. Tal vez ha olvidado su promesa de hacerme asistir al suplicio de mi enemigo. Probablemente ella lo habrá mandado a buscar, y en tal caso asistiré yo también a la entrevista.

Y a su vez se dirigió a la abadía.

Pero mientras trataba de tranquilizarse, mientras se decía que iba a presenciar el suplicio de Pardaillán, adivinaba que no era cierto y su corazón latía precipitadamente, y avanzó profiriendo imprecaciones de rabia.

* * * * *

Cuando dos horas más tarde bajó por la colina de Montmartre, Maurevert lloraba. La sacudida había sido terrible. Sentíase débil como un niño. Ya no había esperanzas; todo había concluido. ¿Por qué volvió a esconderse en el seto en que se guareciera por la mañana? ¿Qué esperaba todavía? Nada, sin duda alguna. Tal vez quería esperar el regreso de Fausta para hablarle. En cuanto a Pardaillán, estaba seguro de que no entraría en París, y de pronto lo vio cómo precedía a la litera.

Maurevert no se preguntó el por qué Fausta y Pardaillán volvían juntos. No se preguntó si existía la posibilidad de una reconciliación entre los dos enemigos. Desde que viera entrar en París a Pardaillán, abandonó su observatorio y entró en la ciudad. Pasaba un heraldo de Guisa. Maurevert le obligó a apearse y montando en el caballo se dirigió a galope al hotel del duque.

Éste se hallaba en su gabinete. Maurevert, jadeante, lívido, separó con violencia a los guardias y a los criados, abrió la puerta, avanzó precipitadamente hacia Guisa estupefacto y dijo:

—¡Monseñor, Pardaillán está en París!

Guisa, que se disponía a echar al intruso, palideció al oír estas palabras.

—¡Maurevert! —exclamó—. ¿Sois vos? ¿Qué me decís?

—Digo, monseñor, que vuestro encarnizado enemigo acaba de entrar en París. Lo he visto con mis propios ojos. El señor de Pardaillán ha entrado por la puerta de Montmartre, solo y tranquilamente. De modo que si monseñor quiere...

—¡Por Dios vivo! —dijo uno de los consejeros de Guisa, que presenciaba aquella escena.

—¡Por los cuernos del diablo! —masculló otro.

—¡Es necesario cogerlo!

—¡Y empalarlo en la flecha de la Sainte Chapelle!

—¡Paz, Maineville! —dijo el duque de Guisa—. ¡Silencio, Bussi! Veamos, Maurevert, dame más detalles. ¿Cuándo y cómo lo has encontrado? Pero antes, dime cuando has regresado.

—Hace una hora, monseñor. Venía aquí al paso, y me disponía a ir a casa de Lartigues para saber cómo sigue...

—Ha muerto —dijo Bussi— y nadie sabe quién fue su matador.

—No lo sabía —contestó Maurevert con tranquila voz—. Pues bien, cuando me disponía a entrar en casa de Lartigues, vi a Pardaillán que andaba tranquilamente, viniendo de la puerta de Montmartre, que acababa de atravesar. Puedo aseguraros monseñor, que he tenido que violentarme para no provocar inmediatamente a ese maldito. Pero he reconocido a tiempo que os pertenecía esta pieza. Entonces olvidé a Lartigues para venir a avisaros. Pero ahora que pienso en ello ¿no será Pardaillán el que mató a nuestro pobre amigo? Ya sabéis que el miserable ha jurado matar a todos vuestros servidores.

Guisa rechinó los dientes. Aquella insolente audacia de Pardaillán, que penetraba en París en pleno día y sin tomarse la molestia de ocultarse, lo humillaba y lo exasperaba.

—Es necesario apresurarse, monseñor —añadió Maurevert.

En aquel momento entró un lacayo y dijo:

—Ha llegado un hombre que trae un mensaje importante de la señora princesa

Fausta.

Maurevert retrocedió algunos pasos. Si el duque se enteraba de sus relaciones con la princesa Fausta podía darse por perdido. Guisa hizo una seña. El hombre anunciado entró y se inclinó ante el duque.

—¡Habla! —dijo éste.

—La señora princesa ha salido esta mañana de París para un asunto que ignoro. Según la costumbre, había diversos servidores escalonados por el camino que debía seguir a su regreso, para poder llevar de prisa una orden en caso necesario.

—Buena costumbre —murmuró el duque—. La adoptaré en lo venidero.

—Yo estaba apostado —continuó el hombre— cerca de la puerta de Montmartre. Vi llegar la litera de Su Señoría y, como es natural, no me moví. Pero cuando pasó por mi lado vi entreabrirse las cortinillas y cayó a mis pies este papel arrollado, al mismo tiempo que oía las siguientes palabras: «*Hotel de Guisa*». Luego he venido, monseñor, y he aquí el papel.

Guisa desdobló el papel y leyó estas palabras:

«*Haced cercar la Cité. Allí conduzco a Pardaillán. —F*».

—¡Ah! Teníais razón, Maurevert —exclamó Guisa—. Preparaos. Bussi, toma cien hombres del Chatelet y apostá cincuenta en el puente de Notre-Dame, y el resto en el Petit Pont. Maineville, toma cien hombres del Arsenal y divídelos entre el puente de los Changeurs y el puente de Saint-Michel. Maurevert, toma cien hombres del Temple y coloca cincuenta en el puente de Colombes. Yo iré a situarme en el pórtico de Notre-Dame con toda la gente que tengo aquí. El bandido está en la Cité, y aunque me sea preciso demoler la isla entera, no se me escapará. Maurevert, irás a Notre-Dame a darme cuenta de tu misión.

Maurevert, Bussi-Leclerc y Maineville salieron apresuradamente. Cinco minutos más tarde hizo lo mismo el duque de Guisa, al frente de sesenta jinetes. Al llegar a la Cité, diseminó aquella fuerza para guardar los puentes, mientras se esperaba la llegada de refuerzos. Menos de una hora después estaban ocupados todos los puentes indicados por él, y los jinetes se replegaron en el pórtico de Notre-Dame. Los miembros del Parlamento creyeron que iban a exterminarlos y se parapetaron en el palacio.

Como ya se sabe, entre el Parlamento y el duque de Guisa existía desconfianza mutua.

XIX - El fiasco de la cité

MIENTRAS el duque de Guisa ponía en pie de guerra más de cuatrocientos hombres de armas para apoderarse de uno solo ¿qué era del caballero de Pardaillán, causa involuntaria de todo aquel movimiento? Atravesó París, cabalgando siempre a una quincena de pasos ante la litera de Fausta. Entró en la Cité y se detuvo ante la siniestra casa con puerta de hierro. Echó pie a tierra y ofreció el brazo a Fausta para que pudiese bajar. Fausta, en efecto, se apoyó en aquel brazo y luego saltó ligeramente al suelo.

Pardaillán levantó el llamador y no pudo dejar de estremecerse al oír el sordo ruido que repercutió en el interior y que le recordaba desagradables escenas. Se abrió la puerta y Fausta miró fijamente a Pardaillán.

—¿Me atreveré a rogaros que entréis a descansar unos instantes?

Por un momento Pardaillán sintió deseos de prolongar su bravata, pero el recuerdo de la nasa de hierro le hizo ser más cauto.

—Señora —exclamó con una sonrisa significativa—. Ya conozco el interior de este magnífico palacio y no vería nada nuevo en otra visita. Además, desde que me sucedió cierta aventura en una casa de la Cité, no podéis imagináros el horror que me causa el verme encerrado, de modo que la mayor parte de las noches las paso al raso.

—Pues deseo que las estrellas os sean propicias —dijo Fausta prestando oído y con evidente intención de retener a Pardaillán.

—¿Qué debo hacer de este caballo? —preguntó Pardaillán preparando la despedida.

—Conservadlo —contestó Fausta— si no como recuerdo de amistad, por lo menos en memoria mía.

Pardaillán ató el caballo a una anilla y contestó:

—Señora. No soy más que un pobre gentilhomme que no tiene casa ni cuadra. Ya tengo una montura equipada y, de aceptar la que me ofrecéis, me vería obligado a dejarla morir de hambre. Ahora, señora, permitid que me despida de vos.

—No os retengo, caballero —dijo Fausta—. Adiós y muchas gracias.

Pardaillán se inclinó profundamente, mientras Fausta entraba en su palacio. En tanto que la puerta permaneció abierta, Pardaillán, que esperaba un ataque, estuvo prevenido.

—¡Vaya, me vuelvo malo! —murmuró alejándose—. ¿Por qué esta mujer, a la que he salvado, querría hacerme daño?

Hablando así, Pardaillán seguía lentamente la orilla del río, y llegó a poca distancia del puente de Notre-Dame, en el mismo instante en que un grupo de quince caballeros se apostaba allí. Desde dónde se hallaba Pardaillán no podía ver a aquellos caballeros, porque la calzada del puente estaba oculta por las casas que la rodeaban, pero vio perfectamente que tendían las cadenas.

—¿Qué será eso? —pensó—. Andemos precavidos por si acaso.

Dio la vuelta hacia la derecha y llegó a la calle de la Juiverie, desde donde pudo convencerse de que el puente de Notre-Dame estaba guardado. Estaba lejos de creer que todo aquello fuese contra él, pero en la situación en que se hallaba, no tenía el menor deseo de parlamentar con los hombres de armas que llevaban el blasón de Lorena.

—Entraré en la Universidad por el Petit Pont —pensó— y una vez allí, esperaré que el paso esté libre.

Entonces se dirigió hacia el Petit Pont. A cien pasos de distancia se detuvo, observando que había también un grupo de caballeros y que la cadena estaba tendida.

—¡Diablo! —exclamó—. Esto me hará perder mucho tiempo. No quisiera pasar el día en la Cité porque el señor de Maurevert podría impacientarse.

Como se ve, Pardaillán no sospechaba que todas aquellas medidas se dirigieran contra él. Porque, aun suponiendo que el duque de Guisa se hubiese enterado de su regreso a París no podría averiguar que se hallaba en la Cité. Sin más inquietud que la pérdida de tiempo, Pardaillán dio una vuelta para ver si podría salir por el puente de los Changeurs o por el de Saint-Michel y, ya con cierta alarma, observó que aquellos dos puentes estaban totalmente obstruidos.

Se vio, pues, obligado a reconocer que estaba preso en la Cité.

Pensó entonces en atravesar el Sena con una barca o sencillamente a nado, pero al acercarse a la orilla observó extraño movimiento de gentes. De uno a otro puente, cierto número de hombres de armas se eslabonaban, como formando una barrera, y Pardaillán vio que estaba completamente encerrado.

Entonces notó que de todas partes llegaban hombres de armas y penetraban en las callejuelas de la Cité. No solamente estaba cercado, sino que también iba a ser reconocido.

Sin duda alguna perseguían a alguien. Se organizaba una batida. Por las calles, los burgueses y las mujeres se apresuraban a regresar a sus casas. En la calle de Calandre, Pardaillán vio un ropavejero que, lleno de miedo, cerraba la tienda.

—Esperad —dijo el caballero—. Voy a ayudaros.

Y, efectivamente, ayudó al pobre hombre, pero no sólo por caridad.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—A fe mía caballero, el diablo lo sabe. Somos muy felices con la Liga, y gran motivo de contento para París es que monseñor haya echado a Valois y a sus secuaces. Pero, en fin, siempre hay alarmas y yo hace mucho tiempo que no vivo tranquilo. En cuanto a mi mujer, ha cogido unas tercianas.

—¿De modo —preguntó Pardaillán desalentado— que no sabéis el por qué la Cité ha sido invadida por las tropas de monseñor, que Dios guarde?

—«¡Qué Dios confunda!» —murmuró el tendero.

—Creo —añadió en voz alta— que se tratará de coger a algunos hugonotes que andarán ocultos. También se dice que el señor duque tiene cierta enemistad con los señores del Parlamento.

—¡Ah, ya! Ahora lo comprendo. Muchas gracias.

—Yo os las doy, señor, por vuestra amabilidad. Mirad, ahora entran en las casas para registrar. ¡Señor, ten piedad de nosotros!

El ropavejero se apresuró a entrar en su casa y su terror estaba plenamente justificado, porque siempre que los hombres de Guisa hacían algún registro, se apoderaban de lo que hallaban de más valor en las casas.

No todos los transeúntes estaban tan asustados como el tendero. Gran número de gente se reunía para ver prender o tal vez ahorcar o quemar a los hugonotes que se buscaba. Algunos voluntarios se creyeron en el deber de ayudar a los soldados, pero con ánimo también de apoderarse, de paso, de algún objeto de valor.

Pardaillán estaba rodeado por aquella multitud, y de pronto oyó pronunciar su nombre. Sin detenerse escuchó.

El primero en pronunciar el nombre fue un oficial y luego lo repitieron otros varios.

Pardaillán sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo al comprender que lo buscaban a él.

Miró a derecha e izquierda, a su espalda y ante sí. Al frente avanzaba lentamente un grupo de hombres de armas, que se detenían de casa en casa. Detrás había otro grupo igual ante el que huía. A la izquierda estaban las casas de la calle de Calandre, con las ventanas llenas de gente. A la derecha había un terreno desprovisto de vegetación, a cuyo extremo empezaba el mercado nuevo. En el centro de aquel terreno, se erguía una casa solitaria, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas.

Con su mirada rápida y segura, Pardaillán observó enseguida que, si bien las ventanas estaban cerradas, no sucedía lo mismo con la puerta entreabierta. Se dirigió hacia allí con tranquilo paso, si bien le costó enorme esfuerzo el no echar a correr. Pero estaba ya algo acostumbrado a las aventuras de aquel género y consiguió dominarse.

En el momento en que llegaba a la puerta entreabierta de aquella extraña casa, las gentes que estaban en las ventanas de las casas de enfrente gritaron:

—¡Tened cuidado, no entréis!

Pero Pardaillán no lo oyó. Empujó la puerta, penetró en una especie de vestíbulo, y después de haber cerrado cuidadosamente, exclamó:

—¡Quienquiera que habite en esta casa, que no tema nada!

Con gran asombro suyo, no contestó nadie. Y su voz despertó el eco, como si la casa estuviera vacía. Pardaillán avanzó hasta el fondo del vestíbulo y antes de abrir la segunda puerta, exclamó:

—¿No hay nadie en esta casa?

No obtuvo ninguna respuesta. Entonces se decidió a abrir. Se halló en una estancia bastante grande, en la que había algunos muebles de severo aspecto. En las paredes, por todo adorno, no había más que un crucifijo.

—Aquí vivirá algún canónigo de Notre-Dame —pensó Pardaillán—. No creo que

tarde en llegar, porque la puerta estaba entreabierta.

Entonces Pardaillán observó que los muebles estaban cubiertos por espesa capa de polvo y que el aire de la habitación parecía no haberse renovado en mucho tiempo.

—¿Quién vivirá aquí?

Pardaillán sintió cierta angustia. Llegó a olvidar que era perseguido y que corría grandísimo peligro. Por último, no pudiendo soportar la extraña tristeza que parecía desprenderse de las paredes de aquella casa, abrió otra puerta que daba a una estancia vecina, algo más clara que la primera.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Qué habitación tan desagradable la que he dejado! Sin duda era el oratorio del canónigo, en tanto que aquí pasará sus ratos de recreo.

Mientras pronunciaba estas palabras, su mirada se fijó en cierto número de objetos que guarnecían las paredes, pues al revés de la habitación anterior, los muros de ésta estaban llenos de objetos, cuya vista hizo palidecer al caballero.

Había una colección de hachas, gran número de cuchillos de diversas formas, mazas de hierro erizadas de clavos, paquetes de cuerda ordenados en diferentes grupos y, por fin, pinzas, tenazas y otros instrumentos semejantes, cubiertos todos de polvo y cuidadosamente ordenados. Pardaillán se estremeció, sintiendo cierto malestar. En una mesa que había en el centro de la estancia vio algunos pergaminos. En aquel momento el rumor de la multitud se acercó a la casa, pero Pardaillán no lo oyó, impresionado como estaba por el misterio de la misma. Se acercó a la mesa llena de polvo, en uno de cuyos extremos había unos treinta pergaminos y, al fijarse en ellos, vio que todos llevaban el sello del Gran Prebostazgo.

Sajo la capa de polvo que los cubría, leyó algunas palabras y entonces retrocedió horrorizado. Aquellos pergaminos eran órdenes de ejecución; las hachas, las tenazas y las cuerdas, eran instrumentos de suplicio. Aquella casa era la del verdugo.

Cuando retrocedía tembloroso, sin otra idea que la de huir, llegó al vestíbulo y entonces resonaron violentos golpes contra la puerta de entrada y una voz, dominando el tumulto, exclamó:

—¡Está aquí, monseñor; ya lo tenemos!

Pardaillán reconoció la voz de Maurevert.

—Que rodeen la casa —mandó la voz de Guisa.

El caballero, angustiado, miró a la puerta. Felizmente estaba defendida interiormente por una chapa de hierro, y comprendió que le quedaban algunos momentos para formar un plan. De un salto fue a la habitación primera en que había entrado, abrió el postigo de la ventana, y por una rendija de la misma pudo ver lo que sucedía fuera.

Guisa estaba a caballo, rodeado por una veintena de jinetes. Ante la puerta, buen número de hombres de armas empuñaban un pesado tablón para servirse de él como de un ariete. Maurevert dirigía la operación. Al lado de Guisa, Pardaillán vio también a Bussi-Leclerc y a Maineville. Detrás se apiñaba la multitud que, habiéndose enterado de que iban a matar a alguien, vociferaba.

Pardaillán, tranquilamente, se hizo cargo de la situación y recobró su sangre fría.

A lo lejos se oían algunos arcabuzazos y desgarradores gritos femeninos. No eran más que sencillos incidentes de los múltiples registros que tenían lugar en la isla entera. A cada momento presentaban a Guisa hombres con los vestidos rotos y llenos de sangre.

—Monseñor, éste debe ser el señor de Pardaillán. Lo hemos hallado escondido debajo de una cama.

Guisa movía negativamente la cabeza y se encogía de hombros. Entonces soltaban al preso, no sin darle algunos mojicones, para enseñarle que la autoridad no se equivocaba. Pero el duque, a pesar de que ya sabía dónde estaba su enemigo, no mandaba cesar los registros domiciliarios, porque las pagas de los soldados estaban algo atrasadas y era preciso dejar que se resarcieran un poco a costa de los burgueses. Hubo, pues, muchas viviendas devastadas, hombres apaleados, algunos muertos y numerosos heridos.

Pardaillán volvió al vestíbulo en el momento en que un grito de júbilo anunciaba que la puerta se había rajado, a consecuencia de un golpe de ariete.

—Vaya —se dijo— éste es el principio del fin. Lo que es aquí voy a perder la piel. Y cuando pienso que ese Maurevert...

Se detuvo desesperado, crispando los puños.

Una vez hubo franqueado el vestíbulo, llegó a una habitación estrecha que, sin duda, servía de cocina a la criada del verdugo cuando maese Claudio habitaba la casa. La cocina daba a un patio rodeado de altas paredes, y contra el muro del fondo estaba apoyada una escalera.

Pardaillán subió. Su cabeza sobrepujó la cresta del muro. Entonces vio una estrecha e infecta callejuela que se subdividía en dos; una de ellas comunicaba con la calle Calandre, y otra se dirigía hacia Notre-Dame para ir a morir al Sena.

Eso es lo que vio Pardaillán y también a una quincena de hombres de armas que guardaban la callejuela. Entonces bajó, volvió a entrar a la casa del verdugo y algunos instantes más tarde reapareció con un hacha en la mano. Casi enseguida se halló nuevamente en lo alto de la escalera.

En aquel momento resonaron fuertes gritos en la calle de Calandre. La puerta había sido hundida y las gentes de Guisa penetraban en la casa. Maurevert se quedó fuera. A su espalda, Pardaillán oyó los aullidos, el ruido de armas, el tumulto de precipitados pasos y las vociferaciones de sus enemigos.

Pardaillán se sentó sobre el muro e inmediatamente saltó.

—¡Paso! —gritó cayendo de pie.

Los guardias apostados allí se quedaron un momento atónitos y luego trataron de reunirse, pero Pardaillán se precipitó sobre ellos hacha en mano y la descargó dos o tres veces, tiñéndola en sangre. Algunos cayeron al suelo y él, aprovechándose del estupor que causó su inesperado ataque, pasó.

Entonces se volvió hacia el grupo de sus enemigos y, con toda su fuerza, lanzó

contra ellos el hacha que tenía en la mano y cayeron heridos dos o tres hombres más.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaron los guardias.

En un momento los hombres de armas de la calle de Calandre, invadieron la callejuela. Otros saltaron a ella desde la casa de maese Claudio. La estrecha callejuela, en pocos segundos se vio llena de gentes que se empujaban, impidiéndose mutuamente el paso.

—¡Alto! —gritaron algunos.

—¡Se ha escapado! —gritaron otros—. ¡Cogedlo!

Pardaillán echó a correr, y, con la espada en la mano, huía precipitadamente, sin volver la cabeza.

De dos o tres casas salieron algunos hombres para impedirle el paso, pero sin duda les debió parecer un hombre terrible, porque, sin llevar a cabo su intento, lo dejaron pasar en libertad.

Siempre en línea recta y perseguido por la multitud, Pardaillán llegó a la parte posterior de la iglesia de Nuestra Señora. La jauría humana iba a su alcance y el caballero se decía:

—Si doy un tropiezo o me detengo, soy hombre muerto.

Era necesario hallar el medio de escapar. La Cité entera estaba cercada. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? No le quedaba más que un recurso. Acercarse a la orilla del río, pasar a toda costa y echarse al Sena. ¿Pero tendría tiempo? Y aunque se echara al agua ¿no lo cogerían enseguida?

Cuando salió de la callejuela cuya estrechez lo había salvado, comprendió que en aquel espacio más ancho iba a ser rodeado por sus enemigos y vencido sin remedio. Se resolvió a morir antes que caer vivo en manos de Guisa o Maurevert, y la desesperación se apoderó de él.

En la suprema mirada de despedida que dirigió a todo lo que le rodeaba, vio que se hallaba ante una casa con puerta de hierro: el palacio de Fausta. Iba a morir ante el palacio de Fausta.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, y de un salto entró en la posada de «El Broche de Hierro». Al entrar en la sala derribó a algunos bebedores que le obstruían el paso y, sin saber adónde iba, fue internándose en la posada. En el mismo instante ésta fue teatro de espantoso tumulto. Los perseguidores entraron todos juntos. De habitación en habitación perseguían a Pardaillán frenéticos aullidos. Le era imposible cerrar las puertas. Varias veces sintió el roce de las armas de sus perseguidores más inmediatos. Gritos espantosos llenaron sus oídos, y acorralado en la última habitación de la posada, vio una ventana abierta, y saltando por ella cayó en el vacío.

En la ventana resonaron algunos arcabuzazos. Durante algunos instantes continuó el tumulto en la posada, pero luego toda aquella gente salió rápidamente para ir al borde del agua.

En aquel momento llegaba Maurevert daga en mano. Dirigió una mirada a su alrededor, sin comprender lo que pasaba. Tras él llegó el duque de Guisa, que

exclamó:

—¿Dónde está el truhan? ¿Por qué no lo han cogido?

—Monseñor —exclamó el oficial—. El señor de Pardaillán se ha echado al Sena y, además, va herido.

—Que desamarren todas las barcas y que vigilen el río. En cuanto el rebelde aparezca, que le disparen algunos arcabuzazos.

Y volviéndose hacia Maurevert, añadió:

—Creo que esta vez no se nos escapa.

Maurevert no contestó. Fue uno de los primeros en entrar en una barca con tres o cuatro hombres armados de arcabuces. Poco después de la caída, o, mejor dicho, del salto de Pardaillán al Sena, el río estaba lleno de barcas, mientras en las orillas se apiñaba la multitud, ansiosa de enterarse del desenlace. Tres o cuatro hombres estaban dispuestos a disparar sobre Pardaillán en cuanto apareciese sobre la superficie del agua.

Transcurrió una hora y Pardaillán no se dejó ver. Fue evidente para todos que se había ahogado y que su cuerpo había sido arrastrado por el agua, o bien enterrado por el cieno del río. Esto no obstante, las pesquisas continuaron hasta la noche, pero sin el menor resultado.

XX - En que Fausta se conforma con una corona

PARDAILLÁN, al saltar por la ventana de la posada, no se dio cuenta de que daba al río. Al observar que se hundía en el agua pensó que tal vez podría remontar la corriente y tomar tierra en la isla de Notre-Dame.

Pero en el segundo en que el agua zumbaba en sus oídos y en que su traje pegado al cuerpo paralizaba sus movimientos, y en que la necesidad de subir a respirar se le presentaba inminente y terrible, porque subir a la superficie era exponerse a las balas, en aquel momento, decimos, sus movimientos fueron desordenados. Con todas sus fuerzas luchó a la vez contra la corriente que lo arrastraba y contra la presión natural de abajo arriba; se ahogaba, dio vueltas sobre sí mismo, cogido en los remolinos del río que iba a chocar contra aquella punta de la Cité. Muy pronto le faltó la respiración, y extendió los brazos en un espasmo final...

Entonces comprendió que iba a morir, pero de pronto se estremeció entreviendo un medio de salvación. Efectivamente, en el movimiento supremo que sus brazos acababan de hacer bajo el agua, su mano crispada topó con algo. No sabía qué. Era un puntal de madera hundido en el río. Se cogió a él y, al mismo tiempo, subió y sacó la cabeza.

Su primera mirada fue para buscar la ventana por la que se había arrojado, pero sobre su cabeza no había más que un techo de madera. A su alrededor había varios puntales que emergían del fondo del río y se cruzaban unos con otros, formando el andamiaje que sostenía aquel techo.

Pardaillán ahogó un grito de alegría. Comprendió que, en su lucha contra la corriente, había llegado bajo la prisión del palacio de Fausta, bajo aquella habitación en que había un agujero por el cual Fausta arrojaba al agua los cadáveres de los condenados. En el mismo instante divisó el enrejado, la nasa en que estuvo a punto de perecer.

Pardaillán se izó a lo largo del puntal, al que se había cogido, salió completamente del agua y se sentó en la primera bifurcación de los puntales. Estaba casi salvado. No podían verlo, pero, en cambio, él oía los gritos de sus perseguidores a quienes, naturalmente, no podía ocurrírseles la idea de remontar el río. En efecto, poco a poco se alejaron las voces y Pardaillán, sonriendo, murmuró:

—Tal vez me salvaré también de este chapuzón. Me gustaría ver la cara del señor de Guisa y de esa señora Fausta, personificación del agradecimiento.

Al pronunciar el último nombre, Pardaillán tuvo una idea. Sospechaba que el Sena sería vigilado en la corriente y en las orillas, y que le sería muy difícil alejarse del refugio en que se hallaba. Por otra parte, pudiera ocurrir a sus perseguidores la idea de examinar el lugar en que se hallaba.

Y como en él la ejecución seguía inmediatamente a la concepción, Pardaillán, de uno a otro puntal, llegó al enrejado de hierro, es decir, a la nasa de Fausta.

Allí observó que el enrejado estaba levantado. Lo estaba, sin duda, desde el día en

que dio paso a los cadáveres. Al recordarlo no pudo menos de estremecerse. Pero volviendo a bajar a lo largo del enrejado, con la firmeza de una resolución bien decidida, buceó y entró en la nasa. Entonces subió hasta llegar al techo.

Cogiéndose por un brazo a una viga, con el otro consiguió levantar la trampa que cerraba el agujero cuadrado. Entonces se suspendió con las manos a los bordes de aquel agujero, hizo una contracción de brazos y, algunos momentos más tarde, se hallaba en la estancia en que se batió contra los hombres de Fausta, es decir, en la sala de los suplicios, que estaba oscura y silenciosa.

La primera idea de Pardaillán fue la de cerrar la trampa. Luego se quitó el jubón, lo retorció y tomó, en fin, todas las medidas necesarias para secarse tanto como le fue posible en semejante situación.

Así transcurrieron varias horas. Pardaillán, con los vestidos ya casi secos, empezó a sentir hambre, pues desde la mañana no había comido nada.

Llegó la noche. En el misterioso palacio no se oía el más pequeño ruido. Pardaillán se figuró que aquella casa estaría casi desierta, ya que Fausta había sido traicionada por la mayoría de sus parciales y abandonada por todos los que había llevado a la abadía.

Dos planes se presentaban al caballero. El primero era aprovechar la noche para echarse nuevamente al río y ganar la orilla, y el segundo consistía en salir por la puerta del palacio. Aun suponiendo que en él hubiese algunos criados, Pardaillán se sentía con ánimo de obligarlos a que le abrieran. Esperó, pues, dos o tres horas más, pero, por fin, el hambre lo decidió a obrar. A la idea de sentarse ante una mesa bien provista en «La Adivinadora», se le hacía agua la boca. En aquel momento no pensaba ni en Guisa, ni en Fausta, ni en Maurevert. Sólo le preocupaba una idea: la de comer.

Poniéndose, pues, en marcha, de puntillas, llegó a la puerta de la sala de suplicios que estaba abierta. Pardaillán pasó, la cerró tras sí y atravesó aquella pieza, que ya hemos descrito y que se parecía a una cárcel que precediera a la muerte. Luego se halló en una galería y empezó a seguirla.

«Al primero que encuentre» —se decía— «le pongo al cuello la punta de la daga y le digo: “Amigo, por azar he entrado en esta casa. Hacedme el favor de conducirme hasta la puerta principal, que me abriréis, y, en tal caso, habrá un escudo para recompensaros de vuestra molestia. De lo contrario, me veré obligado a mataros”. No hay duda de que elegiré el escudo».

El caballero estaba sumido en profunda oscuridad. Se dirigía hacia un vago reflejo luminoso que divisaba en la galería, a una quincena de pasos de distancia. Al llegar allí, vio que la luz procedía de una pequeña abertura de unos cortinajes de terciopelo que había en una puerta. Pardaillán miró por aquella rendija, y vio una gran sala alumbrada por algunos candelabros. La reconoció enseguida. Era la magnífica sala de las columnas, de las estatuas y de los candelabros de oro. La sala del trono.

—¡Trono sin soberana! —murmuró Pardaillán moviendo irónicamente la cabeza y sintiendo cierta lástima hacia aquella mujer que, por tres veces, había querido matarlo.

Porque ¿quién sino Fausta habría podido avisar a Guisa?

Pardaillán se disponía a alejarse y a continuar su excursión, diciéndose que si podía llegar a la puerta sin encontrar a nadie, hallaría el medio de abrirla, cuando se quedó inmóvil en el mismo sitio, por haberle parecido oír ligero ruido de pasos.

El ruido procedía de la sala del trono. Pardaillán miró por la abertura de los cortinajes y vio una figura vestida de blanco que andaba con majestuoso paso.

—¡Fausta! —murmuró el caballero.

En efecto, ella estaba tranquila y serena, como de costumbre. La seguía un hombre que, al entrar en la sala, llevaba el rostro oculto a medias por la capa. Al dejarla caer, el caballero reconoció en él al duque de Guisa.

Fausta se detuvo en el centro de la sala y, sentándose en un sillón, indicó al duque que hiciera lo propio.

—He aquí —se dijo Pardaillán— la mujer que ha querido matarme siempre que con ella me he encontrado como hoy. He aquí al hombre que ha echado en mi persecución a una jauría de rabiosos, trastornando la Cité, para hacerme asesinar. He aquí al hombre que me llamó cobarde porque me rendí a él para salvar a una mujer. Tengo a los dos en mi poder y están solos. Si apareciese ante ellos y, aprovechándome de su estupor, los hiriese mortalmente, estaría en mi derecho.

Pensando así, Pardaillán oprimía el mango de su daga. Pero de pronto se tranquilizó su rostro y, dejando caer la mano, murmuró:

—Tal vez estaría en mi derecho, pero entonces merecería el calificativo con que me abofeteó Guisa en la calle de San Dionisio: sería un cobarde. No; no es así como debo vengarme. Guisa morirá por haber pronunciado esta palabra. Lo he jurado, pero un Pardaillán no hiere por la espalda. Ahora esperemos y escuchemos.

Y lo hizo así, olvidando el peligro de su situación.

* * * * *

Fausta, al dejar a Pardaillán en la puerta de su palacio, se cercioró por algunos rumores lejanos de que Guisa había tomado sus precauciones contra el caballero. El regreso del mensajero portador del billete dirigido al duque, cambió tal creencia en certidumbre, pues le aseguró que todos los puentes estaban ocupados.

Tal noticia fue, para Fausta, un rayo de alegría en el dolor acerbo que hasta entonces había ocultado con semblante impasible, pero cuando estuvo encerrada y sola en su cuarto, se le descompuso el rostro, sus ojos lanzaron rayos y sus labios furiosas imprecaciones.

Echada vestida sobre la cama, empezó a desgarrar las almohadas con uñas y dientes, luchando contra la crisis de desesperación que la dominaba. En efecto ¡qué

hundimiento! Después de haber soñado un prodigioso trastorno social en la conquista y seducción de los príncipes de la iglesia, colocando sobre su cabeza la tiara que debía hacerla reina del mundo, y tras haberlo previsto todo, fallar tales proyectos por la traición de algunos comparsas que, no por ser tales, eran menos necesarios. De nada servía el haber gastado, sin contar, los millones de los Borgia y los tesoros heredados de su abuela Lucrecia, como tampoco el haber prodigado el genio de un diplomático consumado, pues todo había terminado en una trampa vulgar, sin gloria, viéndose despreciada por sus mismos vencedores, que no se tornaron la molestia de matarla.

Sola, estaba casi sola a la sazón. No le quedaban más que algunas mujeres, en vez de los numerosos servidores de su corte pontifical.

Durante algunas horas Fausta lloró y se retorció en la cama a impulso del furor. Luego se tranquilizó, recobrando, al mismo tiempo, la lucidez de espíritu y entonces empezó a preguntarse cómo había podido organizarse la traición.

Se presentaron a su memoria algunos detalles de que antes no hiciera caso. Vio de nuevo la actitud de Rovenni durante los tres últimos meses, pesó sus palabras, midió sus gestos y adquirió la convicción de que Sixto había comprado a Rovenni al llegar a Francia con los millones destinados a Guisa. Rovenni, entonces, hizo el resto conquistando a su vez a los demás cardenales que aún le permanecían fieles.

Comprendió que había cometido una gran falta de inexperiencia y orgullo. Inexperiencia porque nunca había tenido en cuenta la posibilidad de una traición; de orgullo porque, al ver que se arrodillaban ante ella, acabó por creer que adoraban, realmente, a su persona y no el poder, los favores y las riquezas que podía distribuir.

Fausta se calmó casi completamente, y pensó en el porvenir. Examinó con claridad su situación presente y he aquí las conclusiones a que llegó:

Acababa de sufrir una derrota. Y con ella perdía toda la posibilidad de realizar su ensueño. Jamás sería en Roma la papisa continuadora de la traición de Juana. Pero si no podía ser la Suma Pontífice, podía y debía ser reina.

Ser reina de Francia era todavía una esperanza hermosa para tal mujer. Sería reina de Francia, casándose con Guisa, y, tal vez, más tarde, llegaría a ser reina absoluta, por la muerte de éste.

Por de pronto, la muerte de Enrique III le daba la mitad de la realeza y acabaría de conquistar la otra mitad al morir Guisa. Entre tanto tema la venganza asegurada. Con Guisa y Alejandro Farnesio emprendería la conquista de Italia, encerraría al Papa en Roma, sin dejarle más que un poderío ilusorio.

Fausta se perdía en aquel proyecto que, realmente, ofrecía probabilidades de realización. Y ya establecido en líneas generales, entró en los detalles del asunto.

Ante todo, la muerte de Valois y luego la coronación de Guisa. Seguiría la repudiación de Catalina de Clèves, esposa del duque. Luego vendría el casamiento de Guisa con Fausta. Entonces se conquistaría Italia y se encerraría al Papa en Roma.

He aquí como llegaría al poder supremo. El primer escalón de tal proyecto era un

asesinato. El andamiaje estaba cimentado en un charco de sangre. En lo alto había la corona y abajo un puñal. Todo descansaba en el asesinato de Enrique de Valois y, por lo tanto, era preciso matarlo.

Fausta, estableciendo así el nuevo proyecto que hacía necesaria la inmediata muerte de Valois, borró el pasado de su espíritu, apagó de un soplo su ensueño de soberanía pontifical y convino consigo misma en que si no podía reinar en la cristiandad, lo haría en los países más hermosos del mundo cristiano. Entonces resolvió obrar inmediatamente.

Saltó de la cama y, sentándose ante un espejo, obra maestra de las fábricas de Venecia, empleó una hora en borrar de su rostro las señales de agitación interior.

En cuanto lo hubo logrado, escribió una carta que llevaron inmediatamente al hotel de Guisa y, dos horas más tarde, el duque se presentaba ante Fausta.

* * * * *

—Os escucho, señora —dijo el duque de Guisa una vez se hubo sentado en el sillón que le señalaba Fausta—. Pero antes de empezar la grave conversación que adivino por vuestra misiva, por la hora de la cita y, en fin, por vuestro rostro, creo que van a decirse aquí cosas irremediables. Por esta razón, antes de empezar, princesa, creo que valdría la pena de cerciorarnos de que estamos solos.

Y Guisa examinó con la mirada no solamente los rincones oscuros que había en el fondo de la gran sala, sino también el rostro de Fausta.

—Sí —dijo ésta—. Seguramente recordáis una conversación que tuvisteis con la reina Catalina en la que, creyendo estar solo, dijisteis todo lo que pensabais. Por eso os figuráis que yo también he ocultado tras de un cortinón a un Sixto que pueda oír vuestras palabras.

—Tranquilizaos —añadió Fausta—. Estamos aquí bajo la mirada de Dios, único que puede vernos y oímos.

—¡Caramba! —pensó Pardaillán—. Heme aquí promovido al rango de divinidad, pues soy el único que puede ver y oír. Pues bien, representemos lo mejor posible el papel que nos atribuye esa noble dama.

—Señor duque —continuó Fausta—. Hace tres años fuisteis a Roma para implorar el auxilio de Sixto V. Su Santidad os dio su bendición y yo dos millones de oro antiguo que, no por serio dejaba de tener curso. Me preguntasteis entonces qué pedía en cambio y os contesté que más tarde lo sabríais.

—Es cierto —dijo Guisa inclinándose— y mi agradecimiento...

—No hablemos de agradecimiento, duque, hablemos de intereses... de los míos y de los vuestros. Continúo. En la segunda entrevista, me expusisteis vuestras esperanzas y, a través de vuestras reticencias, comprendí perfectamente que vuestra ambición era la de ser rey.

Guisa miró inquieto a su alrededor.

—Estamos solos —continuó Fausta no sin cierto desdén e impaciencia—. Quedamos, pues, en que queríais ser rey. Pero no os atrevíais. Teníais la Liga de vuestra parte, pero ésta era débil. Por otra parte, la Liga no quería un cambio de dinastía, sino otra jornada de San Bartolomé. Lo que vos no os atrevíais a hacer, lo he hecho yo. He reunido los tenues hilos de la Liga, he desparramado mis agentes por Francia. Durante un año y medio os he mostrado los progresos de mi obra, y de qué modo se prepara una tempestad capaz de aplastar el trono. Al mismo tiempo os di a comprender lo que costaba cada hombre, cada sacrificio, cada idea adquirida; de modo que, con los dos millones que os entregué en Roma, ya sabéis que ahora me adeudáis diez millones.

—Es cierto —dijo Guisa pasándose la mano por la frente.

—Más de veinte veces, tal vez, me habéis preguntado qué exigía yo a cambio de ello. Y os he contestado que ya lo sabríais más tarde. Tan largo trabajo ha dado fruto, señor duque. La jornada de las Barricadas es obra mía. Valois ha huido y si no estáis ya en el trono, no es culpa mía, sino vuestra.

—También es cierto —dijo el duque estremeciéndose.

—Después de la fuga de Enrique de Valois, reconociendo que me debíais vuestra victoria y vuestra corona futura, me preguntasteis otra vez cuál era mi objeto y qué quería yo de vos. Os contesté que lo sabríais en cuanto llegase la hora. Monseñor, la hora ha llegado ya.

—¡Ah, ya! —dijo el duque tranquilamente, como contestando: «*De modo que hablo ahora con la acreedora. Lo prefiero, porque, a Dios gracias, sé cómo librarme de una deuda*».

Fausta comprendió, tal vez, pero no dejó traslucir nada. Por su parte el duque creyó que quizá era peligroso el modo de acoger la insinuación de aquella mujer, que tan poderosamente lo había ayudado, porque añadió con acento desprovisto de sinceridad:

—Pedidme la vida, señora, y seré feliz ofreciéndosla.

—Vuestra vida, duque, es demasiado preciosa para vos, y para mí sería muy poco útil. Por consiguiente, guardáosla.

Guisa se mordió los labios.

—Lo que he de pedir os a cambio de cuanto he hecho por vos —continuó Fausta— tal vez os parezca más difícil darlo que vuestra vida. Así, pues, como podríais rehusarme la única cosa que me satisfaría, voy a demostraros, ante todo, que os es imposible negármela.

—Os escucho, señora —dijo Guisa con sorda inquietud—. Pero...

—Habéis tenido paciencia durante muchos años y podéis esperar aún algunos minutos. Primero ved mis pruebas. Queréis ser rey. Para ello es necesario, ante todo, que muera el monarca reinante; luego, que podáis anular al pretendiente natural y legítimo, o sea a Enrique de Bearn, rey de Navarra; y, por fin, que podáis evitar una guerra civil, y reinar con el asentimiento de los Parlamentos de Paris y de las

provincias. ¿Me equivoco?

—De ningún modo, señora. Razonáis con maravillosa precisión.

Fausta se dignó sonreír y continuó:

—Voy a probaros, señor duque, que nada de esto puede suceder sin mi asentimiento expreso y que, si yo quiero, no seréis rey de Francia. Si me lo propongo seréis tratado como rebelde y sometido al castigo reservado a los rebeldes en el hermoso país de Francia.

—Ya dije bien, señora, al contestaros que vuestros razonamientos son de maravillosa precisión.

—Decíamos que, ante todo, es necesaria la muerte de Valois. Pues bien, si yo quiero, Enrique III no morirá. Si no doy contraorden, en cuanto amanezca saldrán dos caballeros, uno hacia Blois y otro hacia Nantes, y únicamente desistirán de este viaje en caso de que yo, en persona, les retire sus instrucciones. El primero lleva al rey de Francia la prueba de que vos queréis asesinarlo.

Guisa rechinó los dientes y, sí su mirada hubiese sido un puñal, Fausta habría muerto en aquel instante.

—El segundo —prosiguió Fausta imperturbable— se dirige a Nantes, en donde se halla el rey de Navarra con doce mil infantes, seis mil caballeros y treinta cañones. Mi misiva le da cuenta de vuestras intenciones, y le prueba que sólo hay un medio para que no le quiten la corona a la muerte de Enrique III, y es reunirse con el rey de Francia y con él marchar hacia París. Señor duque, ¿cuántos hombres y cuánto dinero tenéis para resistir el ataque de dos ejércitos combinados?

—¡Magnífico! —murmuró Pardaillán, que no perdía un gesto ni una palabra.

En cuanto al duque, un abismo abierto a sus pies no le habría producido mayor impresión que tales palabras. Dio un suspiro y balbució con cierta dificultad:

—Señora, no parece sino que me amenacéis.

—De ningún modo, duque, sencillamente os digo cosas posibles. Supongamos ahora que Valois muriese por un accidente fortuito. Supongamos que Enrique de Navarra no se moviese. Entonces podríais haceros coronar siempre y cuando se probasen vuestros derechos.

—Están probados —dijo Guisa cobrando ánimo—. Los ha probado suficientemente Francisco de Rossières en su libro.

—Cuya impresión en número de doscientos mil ejemplares he pagado yo de mi bolsillo, cuidando, además, de hacerlos repartir por todo el reino.

—Es cierto, señora —contestó el duque.

—Resulta, pues, que vuestros derechos están atestiguados por doscientos mil ejemplares del libro del arcediano Rossières.

—Y nadie puede contradecirlos.

—Nadie, en efecto..., exceptuando el arcediano en persona —contestó tranquilamente Fausta.

Guisa, pálido como un muerto, miró fijamente a Fausta. El golpe había sido tan

rudo que, tambaleándose, no se atrevió a pedir explicación de aquellas palabras. Fausta, sin levantarse, alargó el brazo a una mesa que tenía al lado, y tomó un delgado volumen que tendió a Guisa, diciendo:

—He aquí señor duque, un nuevo libro de micer Francisco de Rossières, arcediano de Toul. Como podéis observar, el digno eclesiástico abjura completamente de sus errores, pide perdón a Dios por haberse dejado sobornar por vos, y tomando uno a uno los argumentos que había acumulado en vuestro favor, los destruye... más fácilmente, es preciso confesarlo, de lo que los había acumulado. ¡Ah, señor duque! ¡Es mucho más fácil destruir que crear!

Guisa, asustado y lleno de estupor, hojeaba el libro con temblorosa mano.

—Existen —exclamó Fausta— treinta mil ejemplares de este libro en París, quince mil en Lyon, otros tantos en Tolosa, cinco mil en Orleáns, Tours, Angers, Rennes... En todas partes, señor duque, en todas partes. En total suman cuatrocientos mil, desparramados por el reino. En cuanto yo diga una palabra, todos esos volúmenes saldrán de los almacenes, en donde esperan la ocasión de ser leídos.

Guisa arrojó el libro al suelo con gran violencia. Luego se levantó y empezó a dar grandes pasos en dirección a los cortinajes tras de los cuales se hallaba Pardaillán. El Acuchillado estaba sombrío, la cicatriz de su rostro parecía sanguinolenta sobre la piel lívida. Y de sus ojos salía tal llamarada, que era evidente la idea de asesinato que en aquel momento llenaba su cerebro.

—¡Oh, oh! —murmuró Pardaillán—. No daría un dinero por la vida de la hermosa Fausta, si yo no estuviese aquí. Pero como veo lo que sucede, no quiero que la maten.

Se preparó a todo evento y, daga en mano, esperó la ocasión de intervenir.

Durante aquel terrible momento en que Fausta comprendió que su vida corría grandísimo peligro, no hizo un solo movimiento. Se jugaba el todo por el todo. Se proponía dominar al duque o morir. La situación en que la dejara la derrota de la mañana no le permitía otra alternativa. En el palacio desierto y abandonado había tal vez algunas mujeres o lacayos, pero ninguno que pudiera defenderla.

Guisa llegó casi a tocar los cortinajes tras los cuales se ocultaba Pardaillán, pero, sin duda, el Acuchillado comprendió que, matando a Fausta, se suicidaba también y, dando media vuelta, se sentó nuevamente en el sillón y exclamó:

—Me tratáis con dureza, señora, y las precauciones que habéis tomado contra mí me quitan el placer que habría sentido en pagar de buena gana la deuda que con vos tengo contraída, pero vengamos a los hechos. ¿Qué queréis? ¿Qué pedís?

—¿Os parecen suficientes mis pruebas? —preguntó Fausta—. ¿Os he convencido de que si retiro la mano que hasta ahora os ha guiado y que os sostiene no seréis rey y, en cambio, os convertiréis en rebelde?

—Sí —contestó humillado el duque.

—Perfectamente; y ahora que os he mostrado el abismo en que caeríais si dejarais de apoyaros en la mano que os ofrezco, voy a mostraros la gloria esplendorosa que os

espera, sí, para siempre, unimos nuestras fuerzas. Al día siguiente de la muerte de Valois, Farnesio entrará en Francia.

—¿Farnesio? —exclamó el duque.

—Es decir, el ejército que debía desembarcar en Inglaterra y que, a consecuencia de la destrucción de la Armada Invencible, espera órdenes del rey de España, a no ser que yo le mande las mías.

Los ojos de Guisa brillaron de alegría.

—Veo que empezamos a comprendernos —dijo Fausta—. Así, pues, una vez muerto Valois, Farnesio os ofrecerá su espada, apoyada por cinco mil lanzas, doce mil mosquetes, diez mil terciados de caballería y setenta cañones, lo cual, unido a las tropas reales, de las que seréis único jefe, constituye un ejército que os permitirá apoderaros del rey de Navarra. Una vez Enrique de Bearn preso y... ejecutado como factor de herejía, conquistáis a los jefes de los hugonotes, prometiéndoles algunos privilegios. Entonces os hallaréis al frente del ejército más poderoso de Europa. Vais a Reims a que os coronen en la antigua Basílica y con una marcha triunfal pacificáis el reino. Luego franqueáis las montañas; Mantua, Verona, Venecia, Bolonia, Milán, Turín, y, por fin, Roma, caen en vuestro poder. Lo que no pudieron hacer Luis XII ni Francisco I lo conseguís vos. Un vastísimo imperio sería vuestro dominio. Luego regresando rápidamente, atravesaríamos Francia, y marcharíamos contra Flandes y los Países Bajos. Como seríais un potentado más formidable que Carlos V, reconstituiríais el imperio de Carlomagno y con sólo fruncir las cejas haríais temblar al mundo entero.

Guisa, jadeante, deslumbrado, fascinado, y pronto a arrodillarse ante aquella mujer que, momentos antes, se proponía coser a puñaladas, exclamó:

—¡Perdón! ¡Oh, perdón! Os desconocía aun cuando ya habéis llevado a cabo grandes cosas. Pero tenía una venda en los ojos y no os veía como os veo ahora. Sois, en realidad, la soberana, no solamente por el poder oculto de que disponéis, sino por el genio, por la inteligencia y por la voluntad, que son las armas de los grandes conquistadores, como el puñal es el arma de los pobres soldados como yo.

Y diciendo estas palabras el duque tiró el puñal, se arrodilló, humilló la frente y añadió:

—Ordenad, estoy dispuesto a obedecer.

El deslumbrador proyecto que Fausta acababa de hacer brillar a sus ojos, hubiera sido capaz de realizarlo, disponiendo de hombres y dinero. No era solamente valeroso y audaz, sino que en el campo de batalla tenía la mirada segura, la decisión pronta y la habilidad de aprovechar todas las ventajas. Tenía todas las cualidades y todos los vicios del conquistador. De haber sido jefe de Estado, habría igualado en Europa a los que la historia llama genios conquistadores, pero le faltaba el Estado y el ejército, cosas ambas que no era capaz de procurarse. Aquí se detenía su genio.

Por esta razón Fausta lo completaba, abriéndole nuevos horizontes, y derribando la barrera dentro de la cual estaba encerrado como un león fogoso, diciéndole:

«*Ahora eres libre de devorar el espacio derribando con tu robusto pecho a los que quieren detenerte en tu camino*».

—Duque —contestó Fausta aceptando el homenaje del Acuchillado con aquella serenidad que le era peculiar—, duque, no os pido obediencia. Os he indicado las grandes cosas que podéis llevar a cabo, demostrándoos que sin mí no sois nada y conmigo podréis convertirlos en el señor de Europa.

—¿Qué queréis? —dijo el duque levantándose.

—Vuestro nombre —contestó Fausta.

—¿Mi nombre?

—La mitad de vuestro poder y la mitad de vuestra gloria. Sentarme a vuestro lado en el trono que vais a ocupar y, en fin, ser la reina como vos vais a ser el rey. Escuchadme, tenéis motivos bastantes, según creo, para repudiar a Catalina de Cléves. Necesitáis un mes para conseguirlo. Celebraremos nuestro matrimonio a los ocho días siguientes y yo, duque, redactaré el contrato que deberéis firmar.

—¡Nuestro casamiento! —murmuró el duque.

—Al día siguiente de habernos casado —continuó Fausta— iremos a Blois. El resto me concierne hasta que, al mando del triple ejército de Farnesio, de Enrique III y de Enrique de Bearn, toméis el camino de Italia, confiando la regencia a la reina de Francia, coronada como vos, y consagrada como vos, también, y para siempre unida a vuestros intereses, a vuestra ambición y a vuestra gloria.

Fausta se detuvo un instante y luego dijo:

—Duque, os doy tres días para decidirlos.

Guisa contestó:

—Ya he reflexionado, señora.

Fausta se estremeció. El duque de Guisa se había inclinado y cogiendo una mano de Fausta la llevó a sus labios, con aquella gracia altanera que lo hacía rey de la elegancia entre los reyes de nacimiento.

—Duquesa de Guisa —dijo—, reina de Francia, recibid el homenaje de vuestro esposo y de vuestro rey, que sólo quiere ser el primero entre todos vuestros súbditos.

—Duque —contestó sencillamente Fausta—, acepto el compromiso que adquirís con estas palabras. Idos y, desde mañana, haced los preparativos necesarios para poder uniros libremente conmigo.

Aturdido, fascinado y realmente dominado por aquella sencillez, como antes lo fuera por las amenazas y las promesas, Guisa se inclinó nuevamente. Luego se envolvió en su capa y con los ojos parecía buscar un criado que lo acompañara hasta la puerta. Fausta se levantó, cogió un candelabro y echó a andar ante el duque.

—¿Qué hacéis, señora? —exclamó Guisa.

—El ser alumbrado por el amo de la casa es un privilegio real —exclamó Fausta—. Sois el rey y os enseño el camino, sire.

Guisa la siguió en silencio, admirando la dignidad, la gracia y la majestad de aquella sirena y diciéndose que el trono de Francia no habría sido nunca ocupado por

una mujer más verdaderamente reina, por la belleza y la inteligencia.

Pero al acompañar al duque de Guisa, Fausta tenía otro propósito que el de rendirle un homenaje real. Al llegar al vestíbulo puso el candelabro sobre un mueble, hizo seña a un lacayo para que abriera la puerta y se volvió hacia Guisa como para despedirse. El duque comprendió que iba a decirle algo importante.

—Adiós, señor duque —dijo Fausta— pero antes de marcharos me gustaría saber que ha sido del hombre a quien hicisteis perseguir hoy.

—¿Pardaillán?

—Sí, Pardaillán.

—¡Ha muerto! —contestó Guisa.

Fausta no palideció ni demostró de ningún modo su emoción.

—Ha merecido tal castigo —dijo.

Guisa, franqueando la puerta, hizo seña a sus servidores para que le acercaran el caballo. Entonces Fausta, con la misma tranquilidad, añadió:

—Ha merecido la muerte porque hoy mismo, ante mí, mató de una puñalada en el corazón a una joven inocente... a una gitana llamada Violeta.

Entonces se cerró la puerta y separó a Fausta de Guisa, pero si hubieran podido verse habrían sentido lástima uno de otro.

—¡Pardaillán ha muerto!

—¡Muerta! ¡Violeta muerta!

Estos dos pensamientos dolorosos nacieron juntos y mientras Fausta, anonadada por aquella muerte de que ella era la causante, entraba tambaleándose en su dormitorio, el duque permanecía petrificado ante la casa.

—Monseñor, dijo alguien tocándole el brazo.

Un sollozo salió de la garganta del duque. Alzó la cabeza y vio que su escolta se había acercado. Sin pronunciar una palabra montó a caballo y adelantándose a la escolta, se dirigió hacia el hotel de Guisa.

—¿Se ha encontrado el cadáver de Pardaillán? —preguntó a Maineville al llegar a sus habitaciones.

—No, monseñor.

—Tanto peor, dijo el duque con extraña voz.

Y se encerró en su despacho, para trabajar, según dijo, pero cuando al día siguiente entró el criado, observó que monseñor no se había acostado, que estaba muy pálido y que tenía los ojos enrojecidos.

XXI - La carta

EL DUQUE pasó la noche con los codos apoyados en la mesa ante la que estaba sentado y con la cabeza entre las manos. Al oír el ruido que hizo el criado al entrar, despertó de su modorra y vio que era día claro. Entonces se levantó y, con los ojos fijos en una imagen que sin duda flotaba ante él, murmuró:

—¡Adiós, Violeta! ¡Adiós para siempre, ensueño de amor! Todo eso ha muerto. El duque de Guisa, enamorado de una gitanilla, ya no existe. En su lugar Guisa, el conquistador, el rey de Francia y el emperador, se prepara a poner manos a la obra. Ya que es necesario pisar un cadáver para llegar a la gloria y al poder, ¡vamos a preparar la muerte de Valois!

Hizo abrir las puertas del gabinete y entraron los cortesanos.

—Señores —dijo el duque con firme acento—. Su Majestad el rey ha convocado los Estados Generales. El clero, la nobleza y la burguesía, han enviado a Blois a sus diputados, que han empezado ya las conferencias. Creo, por consiguiente, que no tenemos nada que hacer en París, sino en Blois, en donde, tal vez, nos esperan grandes acontecimientos. ¡A caballo, pues, señores! Marcharemos dentro de una hora.

Los cortesanos se retiraron apresuradamente para hacer los preparativos de marcha. El duque se sentó entonces y escribió la siguiente carta:

Señora:

Me habéis convencido tan absolutamente, que no quiero esperar un minuto para ejecutar el admirable plan que habéis desarrollado de un modo tan admirable. Por esta razón no iré a Blois dentro de un mes o dentro de ocho días, sino que hoy mismo me dirijo allí.

En Blois tendré el honor de esperaros para apresurar los sucesos que espero con igual ardor: La muerte de quien sabéis y la unión de los dos poderíos que ya conocéis.

Enrique, duque de Guisa... de momento.

Guisa cerró la carta y, mirando a su alrededor, no vio más que a Maurevert.

—¡Cómo! —exclamó con ruda ironía—. ¿Estáis aquí?

—Monseñor —contestó Maurevert inclinándose—. Me ordenasteis que, exceptuando cuando me confiarais alguna misión, permaneciera siempre cerca de vos.

—Sí —se dijo Guisa—, estaba celoso, pero ahora ya no hay motivo.

Y, en voz alta, dijo:

—Ya estáis libre. ¿Y sabéis por qué?

—Espero que monseñor me lo diga.

—¿Sabéis por qué os mandé a Blois, Maurevert?

—Me lo figuro. Porque Blois estaba algo lejos de la abadía de Montmartre.

—«*Ya no hay motivo de sospechar*» —se dijo el duque con tristeza.

Y, volviéndose a Maurevert, añadió:

—Continuaréis vuestro servicio ordinario. Sois libre de ir y venir.

—Me hacéis feliz, monseñor, al ver que he recobrado vuestra confianza.

—Sí, pero no os he dicho el por qué, Maurevert. Ya no tengo sospechas y sois libre de ir a Montmartre si queréis, porque ella ya no existe.

El rostro de Maurevert expresó solamente asombro, pero no el dolor que el duque esperaba. Guisa fue hacia él y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Vamos, he de hacerte justicia, Maurevert. Veo que fui sobradamente desconfiado.

—Me hacéis feliz, monseñor. De modo que aquella gitana...

—Ha muerto —contestó Guisa ahogando un sollozo—. Ha muerto, amigo mío..., asesinada por el infernal Pardaillán.

—¡Caramba! —exclamó Maurevert estupefacto.

—Felizmente, el miserable ha sido castigado y su cuerpo debe de ser pasto de los peces. Pero no es así cómo yo hubiera querido que acabara. Ha sido una muerte demasiado dulce para él.

—¡Hum! —exclamó Maurevert.

—¿Qué dices?

—Digo, monseñor, que a pesar de todas las pesquisas, no se ha podido hallar el cadáver de Pardaillán. Y en tanto que yo no lo vea muerto con mis propios ojos y no le haya enterrado con mis propias manos, esperaré verlo aparecer el día menos pensado.

—Daría cien mil libras para que no te engañases.

—Y yo daría doscientas mil si las tuviese, pero no las tengo, aun cuando monseñor me las ha prometido.

—No tardarás mucho en tenerlas.

—Pues bien, yo las daría para estar seguro de que me engaño.

—El miedo que te inspiraba este hombre, te hace tontear, amigo. Pero ya no pensemos más en él. Toma esta carta.

Maurevert obedeció.

—Llévala al palacio de la Cité lo más pronto posible —dijo el duque— y no la dejes un momento de las manos.

—Me la guardaré en el jubón, monseñor, como veis. Monto a caballo y dentro de un cuarto de hora habrá llegado a su destino.

El duque hizo una seña de aprobación y algunos instantes más tarde Maurevert montaba a caballo. Guisa lo vio alejarse y murmuró como César:

—*Alea jacta est.*

Maurevert, en cuanto hubo perdido de vista el hotel, pasó del galope al trote y del trote al paso.

—¡Imbécil! —murmuró, mientras una llamarada de odio iluminaba sus ojos—. Monseñor me devuelve su confianza y se figura que con ello me contento. Olvida las humillaciones de que me ha hecho objeto y yo debo olvidarlas también, porque él me devuelve su confianza. ¡Ah, si tuviese la seguridad de que Pardaillán ha muerto! Ya no me verías más. Guisa, o, por lo menos, no me verías hasta que pudiese devolverte el mal que me has hecho. Pero atacar a un duque de Guisa no es prudente.

Monologando así, Maurevert no se dirigía a la Cité, adonde hubiera debido ir, sino a su propia vivienda, a la que no tardó en llegar. Una vez hubo dejado el caballo en la cuadra, subió a su habitación, cerró cuidadosamente la puerta, corrió las cortinas de la ventana, tapó la cerradura con una servilleta, encendió un candelabro y, cogiendo la carta destinada a Fausta, comenzó a examinarla en todos sentidos.

Entonces empezó un trabajo singular con ayuda de unas pinzas muy finas y un cuchillo de hoja muy delgada, instrumentos que, sin duda, había empleado con frecuencia, porque los manejaba con gran habilidad. Al cabo de cinco minutos de trabajo la carta estuvo abierta con el sello intacto.

Maurevert la leyó repetidas veces, primero con una mueca de desencanto, luego con mayor atención y, por fin, con la alegría del hombre que ha descifrado un enigma.

Entonces se dedicó a otra operación. Copió la misiva letra por letra, empezando diez veces el trabajo hasta obtener una imitación perfecta del carácter de la letra de Guisa. Luego quemó las copias malas, aplastó con el pie las cenizas de los papeles y, con grandísimo cuidado, quitó el sello de la carta verdadera y lo puso sobre el de la falsa.

—Ésta para Fausta —dijo sellando la copia.

Luego, sonriendo, mientras miraba la carta verdadera, añadió:

—¿Y ésta? ¿Para mí, acaso? No: para el rey de Francia.

Entonces guardó la verdadera misiva de Guisa en un bolsillo oculto de su jubón y llevando en la mano la copia que había hecho, bajó a la calle, montó nuevamente a caballo y se dirigió al palacio de la Cité. Algunos instantes más tarde, la carta falsa estaba en manos de Fausta.

Maurevert, entonces, volvió al hotel de Guisa, en donde supo que el duque y su séquito se habían marchado hacía dos horas. Maurevert partió apresuradamente y después de tres horas de marcha alcanzó a la comitiva y se mezcló con las últimas filas. En la primera etapa se acercó al duque de Guisa, el cual lo interrogó con la mirada.

—Ya está, monseñor —se limitó a contestar.

XXII - El camino de Dunkerque

PARDAILLÁN, después de la salida de Fausta y Guisa, permaneció inmóvil, lleno de asombro por lo que había oído.

—¡Diablo! —pensó—. ¡Qué lástima de que esta mujer sea tan mala! ¡Es valerosa! Tiene grandes ideas, ambición muy grande y deslumbradora belleza. ¡Qué admirable tipo de conquistadora! Es cierto que tiene un modo muy singular de demostrar el agradecimiento a las personas. Apenas la hube salvado de Sixto V, cuando me hizo perseguir por Guisa. Pero, después de todo...

Pardaillán estaba reflexionando así, cuando vio entrar a Fausta en la sala del trono.

—Ahora sería el momento —pensó— de mostrarme y reprocharle la villanía que ha cometido conmigo. ¿Pero, qué diablos hace? ¿Está llorando? ¿Por qué?

Efectivamente, Fausta se dejó caer en una silla y empezó a sollozar. Pardaillán, presa de extraña emoción, se disponía a avanzar, cuando Fausta movió la cabeza como para desprenderse de ideas desagradables, y llamó golpeando un timbre con un martillito.

Apareció un lacayo, que se quedó inmóvil a poca distancia de Fausta. Entonces ésta empezó a escribir. Sin duda lo que escribía era grave y difícil de expresar, porque, con frecuencia se detenía para reflexionar.

La carta era larga, pues en escribirla, Fausta empleó una hora. Entonces se volvió hacia el lacayo y le preguntó:

—¿Dónde está el conde?

—En un sitio, cerca de la basílica de Saint-Denis.

—Hacedle entregar esta carta de modo que la reciba mañana a las ocho de la mañana. Que se ponga inmediatamente en camino y que vaya directamente hacia Dunkerque. Entonces deberá entregar la carta a Alejandro Farnesio.

El lacayo tomó el pliego sellado y se alejó.

—Decidle —añadió Fausta después de haberlo llamado nuevamente— que si a su vuelta no me halla aquí, vaya a encontrarme a Blois.

El criado desapareció.

—Bueno —pensó Pardaillán—. Esta carta es la que ordena a Farnesio estar preparado para entrar en Francia, a fin de que el señor duque de Guisa sea emperador de Europa, de África y de otros lugares.

Fausta se retiró entonces y, al cabo de pocos instantes, apareció otro lacayo que apagó las luces. Pardaillán oyó todavía algunos ruidos, que fueron cesando uno tras otro, y, por fin, fue evidente que todo dormía en el palacio.

Entonces Pardaillán, daga en mano, echó a andar. Lo hizo al azar, con lentitud y tal lujo de precauciones, que transcurrió media hora desde que abandonó su observatorio hasta que llegó a una pieza bastante grande, alumbrada por una linterna colgada de la pared. Pardaillán reconoció el lugar. Era el vestíbulo del palacio.

Sea porque la vigilancia pareciese allí menos necesaria que en el resto de la casa, o que los dos guardias formasen parte de los servidores que arrastró Rovenni consigo, el caso es que el vestíbulo estaba desierto.

La puerta que, desde fuera, habría sido necesario hundir, abríase interiormente con la mayor facilidad. Los enormes cerrojos que la mantenían sujeta, cuidadosamente engrasados, corrían bien y sin hacer ruido. En pocos minutos Pardaillán abrió la puerta y salió a la calle.

En aquel momento daban las once y media en Notre-Dame. Pardaillán ajustó la puerta lo mejor que pudo, no por escrúpulos, sino para que no se dieran cuenta de ello demasiado pronto. Y, después de dar un suspiro de satisfacción, tomó a buen paso el camino de «La Adivinadora», adonde llegó sin ningún mal encuentro.

La posada estaba cerrada, pero, a pesar de que todos dormían, Pardaillán tenía un modo especial de llamar. Y según parece no era del todo malo, porque a los diez minutos le abrió una criada medio dormida.

—Dame de cenar —dijo el caballero, que se moría de hambre.

—Señor caballero, me estoy cayendo de sueño —dijo la criada.

Pardaillán miró a la joven, y viendo que no mentía, le dijo sonriendo:

—Bueno, vete a dormir. Dime, ¿está hecha mi cama?

—Sí señor caballero.

—Bueno. Ahora escucha; acuérdate de llamarme a las seis.

—No hay inconveniente, porque me levanto a las cinco.

—Bravo, vete a dormir. Pero si te olvidas de despertarme, no solamente haré que te echen, sino que te cortaré los cabellos como a una monja, de modo que tu novio, si lo tienes, te volverá la espalda, y si no lo tienes...

—Sí que lo tengo —exclamó la joven riendo— pero no tengáis miedo, caballero. Ya sabemos los honores que se os deben en esta casa, en donde sois más amo que la misma dueña.

Dichas estas palabras, la maliciosa criada huyó, dejando a Pardaillán descontento de su generosidad.

—Esto me enseñará —se dijo— a tener lástima del sueño de una criada. ¡Pobre Rosa! He aquí su reputación en peligro. Y sin embargo... Pero me muero de hambre y de sed.

Y el caballero, penetrando en la cocina, encendió la luz. Luego se quitó la espada y el jubón y su casaca de cuero. Como conocía detalladamente la casa, bajó a la cueva y volvió a subir con dos botellas. Luego fue en busca de leña y la echó en el hogar para hacer fuego. Brilló la llama, y en los ojos de Pardaillán se advertía otra de bondad, buen humor e ironía.

—Si monseñor el duque de Guisa, Fausta, Bussi-Leclerc, Maineville y Maurevert, es decir, todos los que quieren matarme y que no tienen bastantes hombres para cazarme, me vieran en mangas de camisa, encendiendo el fuego y en disposición de hacer una tortilla, ¡cómo se reirían!

Pardaillán, con la sartén en la mano, se echó a reír también. En aquel momento, a su espalda, resonó otra carcajada como un eco.

—¡Hola! —exclamó Pardaillán, volviéndose para coger la espada.

Pero se tranquilizó enseguida. La risa era sonora, fresca y clara. No podía salir más que de una boca joven y amiga. En efecto, era Rosa que, en el umbral de la cocina, contemplaba al caballero y se reía con toda su alma.

—Despediré a Agustina —dijo adelantándose y quitando la sartén a Pardaillán.

—Querida amiga —dijo Pardaillán—. Mejor será que me despedáis a mí, porque he obligado a la pobre muchacha a que se acostase por miedo de que, medio dormida, dejase quemar la tortilla. Pero dejadme hacer y ya veréis.

—Sentaos —contestó Rosa—. Aquí mando yo.

Y, en un momento, Rosa puso un cubierto sobre una mesa y se acercó a la llama del hogar. Algunos minutos más tarde Pardaillán, con un apetito digno de los veinte años, devoraba la tortilla que le ofrecía Rosa, y vaciaba el vaso que la hostelera le había llenado hasta el borde.

Fue una cena completa, una de las mejores que Pardaillán había hecho en su vida. La cocina estaba iluminada por la leña ardiendo. Los manjares eran suculentos y el vino exquisito. Bajo la mesa roncaba «Pipeau», el perro de Pardaillán. La hostelera, con la falda corta, iba y venía sonriente. Nunca Pardaillán había sentido tal bienestar invadirlo poco a poco.

Rosa lo contemplaba sonriendo y, ciertamente, aquella mirada era entonces más que la de una amiga, la de una hermana o de una enamorada. Rosa, en una ocasión terrible, confesó su amor, pero una vez recobrada la tranquilidad y establecida la paz para largo tiempo, según le parecía a ella, volvía a ser la de costumbre, es decir, la buena hostelera que sólo aspiraba a ver al caballero instalado en su posada. Verle todos los días, tranquilo, feliz, servirlo, cuidarlo como a un niño. Éste era su sueño dorado y no tenía otras pretensiones. Sin embargo, este sueño abría la puerta a otros.

¿Quién sabe si un día el caballero se curaría del amor que llevaba en el corazón, y que ella respetaba, tanto más, cuanto que el objeto de aquel amor no existía? En cuanto a la distancia que podía separar a Pardaillán, gentilhomme, de Rosa, hostelera, el caballero, con sus actos y palabras, así como con su amistad, tenía gran cuidado de borrarla él mismo.

Mientras tanto, el amor de Rosa no se traducía más que en adhesión, y este sentimiento humilde era el que expresaban sus hermosos ojos al contemplar al caballero.

—¿Sabéis, querida Rosa —dijo Pardaillán— que vuestra posada es un verdadero paraíso? Empiezo a enmohecer. Estoy cansado de la vida de aventuras.

—¡Ah, señor caballero! —exclamó Rosa suspirando—. ¡Ojalá que fuese verdad!

—¡Pues lo es, *pardiez!* El arnés empieza a cansarme. Siempre a caballo por montes y valles, con lluvias, viento y buen tiempo, no saber nunca por la mañana en dónde se acostará uno por la noche... A la larga se cansa uno, y yo, Rosa, ya estoy

cansado.

—Pues descansad —contestó Rosa llena de alegría—. La posada es buena y la hostelera no es mala. Quedaos. Para vos, caballero, estará preparado siempre el mejor lecho de la casa, así como el mejor jamón y la botella más vieja. En invierno, mientras cae la nieve, es muy agradable estar junto al fuego. Entonces me referiréis vuestras aventuras. Yo las escucharé, figurándome que recorro el mundo en la grupa de vuestro caballo. Y vos, entre tanto, os haréis la ilusión de que volvéis a vivir.

—¡Ah, Rosa! A pesar de la buena cena que acabáis de darme, la boca se me hace agua.

—Si decís la verdad, señor caballero, me haréis la más feliz de las mujeres.

—Ya lo sé —contestó el caballero—. No sois solamente la buena hostelera, sino el corazón más tierno y la mujer más encantadora que existe. ¿Sabéis que sois poetisa, querida mía?

—¿Yo?

—Sí. Acabáis de trazar un cuadro capaz de entusiasmar a un perro viejo como yo. Sí, Rosa, me habéis conmovido y os aseguro que me costará mucho el decidirme mañana a montar nuevamente a caballo.

—¿Mañana? —exclamó Rosa palideciendo.

—Es preciso que a las siete esté en Saint-Denis. Tengo deseos de visitar la basílica en que duermen nuestros reyes.

—¡Ah, señor caballero! Habéis hecho muy mal —exclamó Rosa con los ojos llenos de lágrimas— en darme la ilusión de que os quedabais.

—Es cierto, hija mía, pero oídmeme. Me veo obligado a ello por mi honor y también por otra cosa... por una vieja cuenta que debo pagar. Pero espero que esta campaña será muy corta. Luego, si vuelvo y siento el deseo de descansar, os prometo no buscar albergue en otra parte que en «La Adivinadora». Ya sabéis, Rosa, que sois la única persona a quien amo en el mundo. Representáis mi pasado, mi juventud. Aquí vivió mi padre, y yo... Pero ya me dejaba seducir por el risueño cuadro que me hicisteis entrever y es preciso que mañana, a las seis, me levante.

—¡Buenas noches! —dijo Rosa con tristeza.

—¡Buenas noches, querida Rosa! —contestó alegremente el caballero.

Pocos instantes más tarde, Pardaillán se había acostado. Dedicó un recuerdo a la hostelera, y se durmió tranquilamente bajo la protección de aquella amiga, seguro de que, a las seis, su caballo habría recibido su ración de avena y que su espada estaría limpia y su traje cepillado y cuidado.

A las seis, una criada despertó a Pardaillán, el cual, ante todo, fue a ensillar el caballo, almorzó y se despidió de Rosa, prometiéndole que iría a envejecer al hogar de «La Adivinadora». Luego montó a caballo, y Rosa, después de haberle ofrecido un vaso de vino, lo miró alejarse hasta que desapareció.

—¿Lo volveré a ver, acaso? —se preguntó entrando en «La Adivinadora».

Un poco después de las siete, Pardaillán se detuvo a poca distancia de la basílica

de Saint-Denis. Ató su caballo a una anilla y, para pasar inadvertido, entró en una taberna, desde la cual empezó a vigilar el camino.

A las siete y media de la mañana vio llegar a un caballero procedente de París, armado de todas armas y con tipo de gentilhombre. Lo reconoció enseguida. Era el hombre a quien Fausta entregara la carta dirigida a Alejandro Farnesio.

El jinete se detuvo, como lo hiciera Pardaillán. Desmontando a un centenar de pasos de la taberna, entró en una casa en la que permaneció cosa de media hora. Luego salió, montó a caballo y regresó a París.

—Bueno —pensó el caballero—. He aquí que la carta ya está en manos del mensajero. Veremos quién será.

Todo lo relatado sucedió, naturalmente, sin que el jinete procedente de París tratara de ocultarse un solo momento, pues no podía sospechar que lo espiaban.

Diez minutos después de su partida, se abrió la puerta cochera de la casa, dando paso a un hombre que salió montado a caballo y tomó el camino de Dammartin. Pasó ante la taberna en que estaba Pardaillán. Éste salió enseguida, montó a caballo y se dispuso a seguir de lejos al jinete.

—Éste será el mensajero que va a Dunkerque —pensó—. El que Fausta llama conde. ¿Cuál será su nombre? Me gustaría saberlo, pero ¡bah, tanto da!

El jinete tomó el trote y Pardaillán imitó su ejemplo, conservando, sin embargo, la misma distancia. El conde no parecía llevar prisa.

Al cabo de un rato, pareció notar que lo seguían, pero en vez de espolear al caballo, se detuvo. Pardaillán hizo lo mismo. El jinete partió entonces al galope, para tomar el trote pocos momentos más tarde. Y Pardaillán ejecutó las mismas maniobras. Desde entonces fue evidente para el conde que Pardaillán lo seguía.

No se detuvo en Dammartin, sino que llegó a Senlis. Allí desmontó ante el «Tonel de Baco», y comió en la sala principal, cosa que también hizo Pardaillán. Luego el mensajero se retiró a su habitación, ordenando que lo dejaran dormir hasta las ocho.

—Bueno —pensó Pardaillán—. Que me maten si no se levanta a las cinco.

Y, retirándose a su vez, ordenó que le tuvieran preparado el caballo para las cinco. Antes de dormirse, Pardaillán empezó a meditar acerca de la situación. ¿Qué quería en resumidas cuentas? La carta destinada a Farnesio.

¿Cómo haría para apoderarse de ella? Si sólo se tratase de herir o matar al mensajero, la cosa habría sido fácil, pero Pardaillán sentía repugnancia de hacer daño a aquel hombre, que no le inspiraba ninguna antipatía. Y, no obstante, quería apoderarse de la carta.

«¡Bah!» —acabó por decirse— «ya encontraré el medio. Me dirigiré a ese gentilhombre sombrero en mano y, con la mayor cortesía, le diré: “Caballero, ¿queréis tener la bondad de entregarme la carta que lleváis al general Farnesio? Os juro que me haréis un favor que agradeceré muchísimo”». Le diré todo eso con amable sonrisa y ya veremos si se atreve a negármela.

Contento por haber hallado la solución, Pardaillán durmió de un tirón hasta las

cinco, hora en que lo despertaron. Saltó de la cama y antes de vestirse abrió la ventana. Mientras lo hacía se dijo:

—Estoy seguro de que mi hombre no tardará en salir.

Pero mucho después de haberse vestido Pardaillán, el gentilhombre no se veía por parte alguna.

—¡Caramba! ¿Será capaz de salir a las ocho?

A las siete Pardaillán no pudo contenerse más y, llamando al patrón, le dijo:

—Espero que no os olvidaréis de despertar a las ocho al gentilhombre que ayer llegó conmigo.

—Lo siento mucho, caballero, pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque se ha marchado a las tres de la mañana.

Pardaillán contuvo una blasfemia y saltando sobre su caballo, que estaba preparado desde las cinco, tomó a galope por el camino de Amiens.

—¡Fiaos de los hipócritas! —se decía—, ¡yo que me estrujaba el cerebro por hallar el medio cortés de pedirle la carta! He aquí con qué recompensa mis buenos deseos. Os aseguro, señor mensajero, que vamos a enfadarnos.

Y monologando así, azuzaba al caballo, que corría con la rapidez del viento. Pardaillán comprendió que, a aquel paso, el pobre animal agotaría pronto sus fuerzas y, una vez desmontado, no tenía la seguridad de poder comprar otro caballo, sin contar con que tenía cariño al suyo y que su bolsa no le permitía semejantes lujos. Todas estas razones decidieron a Pardaillán a abandonar la persecución directa y tratar de llegar a Dunkerque por un camino de segundo orden que abreviaría la duración del viaje. En Montdidier, en donde se detuvo para dar una hora de descanso a su caballo, supo que un caballero había entrado a refrescar en la misma taberna en que él lo hizo. Por la descripción que le hicieron, le pareció que aquel caballero era el mensajero de Fausta. Además, supo que no le llevaba más que media hora de ventaja.

—«*Ha llegado el momento de vengarme de la mala partida que me ha hecho*» —pensó Pardaillán.

Y volviendo a montar al cabo de diez minutos, que empleó en cuidar a su caballo, emprendió una rápida persecución, arriesgando, a la sazón, la vida del pobre animal.

—«*Pueden suceder dos cosas*» —se decía—: «*o que el conde llegue a Amiens sin que yo lo haya alcanzado, o que me reúna antes a él, en cuyo caso no lo suelto. Si entra en Amiens antes que yo, como me sería muy difícil el descubrirlo, atravesaré la ciudad sin detenerme y, en tal caso, lo tendré también en mi poder*».

Al llegar a lo alto de la cuesta, Pardaillán dirigió una mirada sobre la vertiente opuesta, pero no vio más que una carreta que estaba a cosa de media legua de él. Una vez la hubo alcanzado, supo que aún no hacía un cuarto de hora que pasó un caballero. Pardaillán continuó la carrera, fiando en que su caballo podría resistir. Más por fin divisó a lo lejos, en la llanura, los campanarios y los tejados de Amiens, sin haber alcanzado al jinete.

—Ya estará en la ciudad —pensó.

Caía la noche y Pardaillán se detuvo para reflexionar. El resultado de sus reflexiones fue continuar el camino al trote corto, cosa que el caballo le agradeció infinito. Pero, en vez de entrar en Amiens, el caballero rodeó la ciudad, exclamando:

—Vigila bien, conde. Vigila a todos los que entren en la ciudad.

Se imaginaba al jinete en la ventana de la posada más cercana al camino de París, observando con atención a todos los que llegaran. Y se reía al pensar en la estratagema de que iba a valerse. En cuanto Pardaillán, después de haber dado vuelta a la ciudad, llegó al camino del Norte, puso el caballo al paso y prosiguió el camino hasta llegar a la aldea de Villers. Cuando llegó era completamente de noche.

Villers estaba a la orilla del camino. Y junto a éste había una posada, ante la cual era forzoso pasar para todo el que llegase de Amiens. Pardaillán echó pie a tierra, hizo llevar el caballo a la cuadra, presencié los cuidados que le prodigaban y, una vez lo hubo visto seco, con un buen haz de paja para acostarse y el pesebre bien provisto, pensó en sí mismo. Una buena cena le apaciguó el hambre, pero tras éste, Pardaillán tenía otro enemigo: el cansancio. No obstante, su intención era velar toda la noche en caso necesario, para que el mensajero no le pasara inadvertido.

Se encaminó a su habitación, cuya ventana daba al camino, y dirigió una mirada de envidia a la excelente cama que lo esperaba.

Se rascó la frente, perpleja, con deseo de hallar un medio salvador.

—¿Quieres ganarte dos escudos? —dijo de pronto al mozo que le había indicado la habitación.

El mozo, que llevaba zuecos y un gorro de algodón, tenía una cara bobalicona, y, asombrado, abrió los ojos al oír mencionar tan enorme cantidad, que no ganaba él en cuatro meses.

—¡Dos escudos! —exclamó.

—Dos escudos de seis libras. Aquí están —dijo Pardaillán enseñándoselos.

—¿Qué hay que hacer?

—Ya has acabado tu trabajo, ¿verdad?

—Me falta cerrar las puertas de los establos y las cuadras.

—Bueno, ve a hacerlo y luego vuelve pronto.

Al cabo de diez minutos el mozo compareció de nuevo.

—Ya está —dijo—. Ahora indicadme cómo puedo ganarme esos dos escudos.

—¿Dónde duermes? —preguntó Pardaillán.

—En la cuadra, sobre la paja.

—Pues bien; si quieres pasar la noche en esta habitación, sentado en la silla que pongo ante la ventana, te daré los dos escudos. Pero esto no es todo. Como te aburrirás sin hacer nada, te entretendrás en escuchar y mirar el camino. Y si pasa un caballo con un jinete, a cualquiera hora que sea, me despiertas. Un jinete procedente de Amiens.

—Comprendido —contestó el mozo—. Esperáis a un amigo y teméis que pase

durante la noche.

—Amigo mío —dijo Pardaillán—, tendrás tres escudos: uno por el cansancio, otro por tu amabilidad y el tercero por tu inteligencia.

El campesino hizo una reverencia y, sentándose en la silla, pegó la cara a los cristales de la ventana.

—Ya estoy en mi puesto —dijo—, y os aseguro que de aquí a mañana no pasará nadie sin que os lo avise. Dormid, pues, caballero.

Pardaillán dejó la pistola de arzón sobre la mesa y la espada a la cabecera de la cama, y se tendió sobre ésta dando un suspiro de satisfacción. Se durmió enseguida. El campesino veló escrupulosamente y, al salir el sol, despertó al caballero como había sido convenido.

—¿No ha pasado nadie? —preguntó Pardaillán entregando los tres escudos al campesino.

—Solamente algunas carretas.

—Bueno, ahora súbeme uno de esos pasteles de venado que hacéis tan bien y una botella del mejor vino que tengáis.

Pardaillán se desayunó junto a la ventana, y ofreció al mozo un gran vaso de vino, honor que el pícaro agradeció tanto como los tres escudos.

Cuando fue completamente de día, Pardaillán ensilló mi caballo y, apostado en la sala de la posada, espero tranquilamente.

Hacia las ocho se vio un caballero procedente de Amiens y Pardaillán sonrió al observar que era el mensajero enviado por Fausta a Alejandro Farnesio. El desquite de Pardaillán iba a ser tan completo como había deseado.

Dejó pasar al mensajero, que iba al trote, como hombre que está seguro de haber despistado al importuno perseguidor. Entonces Pardaillán esperó que el servidor de Fausta hubiese tomado alguna delantera, y luego, a su vez, montó a caballo, cuidando de conservar suficiente distancia para no ser visto.

Atravesaron los pueblos de Doullens, Saint-Pol, y luego Saint-Omer. El jinete pasó la noche en este último pueblo, y el caballero fue a alojarse en la misma posada, cuidando de no ser visto. Pero, a la mañana siguiente, cuando continuaba su persecución, cometió, sin duda, alguna imprudencia dejándose ver, porque el jinete, en vez de dirigirse hacia el Norte, marchó hacia Calais.

Pardaillán estaba resuelto a abordarlo a pesar de todo. Durante todo el viaje trató, inútilmente, de hallar un medio para hacerle entregar la carta. Y no hallándolo, se resignó a interpelar al jinete, y si no se mostraba dispuesto a complacerlo, le propondría unos minutos de conversación espada en mano. Entre tanto el mensajero se alejaba al galope.

Al mediodía estaban a la vista de Calais. Pardaillán trataba de alcanzar al hombre que, dejando la ciudad a la izquierda, continuó el galope por el camino que seguía la cuesta muy empinada.

—A ver si se me escapa —decía Pardaillán.

Sin embargo, iba ganando terreno, y cada vez estaba más cerca del mensajero. De pronto, éste se detuvo en seco y, dando media vuelta, esperó al caballero pistola en mano. Pardaillán, al observarlo, tomó el trote, luego el paso y, al estar a poca distancia del mensajero, paró su caballo, se quitó el sombrero y empezó a sonreír con tanta amabilidad como le fue posible.

El mensajero de Fausta se quedó estupefacto. Era imposible recibir a tiros a un hombre que se presentaba con tanta amabilidad y que, ante el cañón de una pistola apuntado a él, a cinco pasos de distancia, sonreía sin esbozar el menor gesto de defensa. Todo ello indicaba un valor extraordinario o la temeridad de un hombre que desprecia la muerte, dado el caso de que no estuviera loco. Sin embargo, Pardaillán podía parecer todo lo que se quisiera, excepto loco.

El mensajero saludó a su vez con cortesía no exenta de gracia, y guardó la pistola en el arzón de la silla.

—¡Caballero! —dijo—, me llamo Luigi Capello, conde toscano. ¿Y vos?

—Yo, señor, me llamo Juan de Margency, conde francés.

Los dos hombres, después de haberse indicado sus nombres y sus títulos, se saludaron por segunda vez y como si, desde entonces, ya les estuviera permitido conversar, echaron a andar, uno al lado del otro, por el camino que conducía a Gravelinas.

—¿Sería indiscreción —preguntó el conde italiano a los pocos minutos que empleó en examinar a su compañero—, sería indiscreción preguntaros de dónde venís?

—De ningún modo. Vengo de París y más especialmente de la isla de la Cité, y he pasado por la basílica de Saint-Denis.

El conde Capello tuvo un sobresalto y, mirando fijamente a su compañero, hizo en el aire un signo con la mano, Pardaillán sonrió.

—Señor conde —dijo—, no contestaré al signo que me hacéis porque ignoro el de respuesta que, sin duda, esperáis. No soy de los vuestros.

—Muy bien, ¿tendríais, en tal caso, la amabilidad de decirme adónde vais?

—Pues, a Dunkerque, adonde vais vos también. Y desde allí me llegaré, si es necesario, al campo de vuestro compatriota, el generalísimo Alejandro Farnesio.

El mensajero se quedó pensativo. Aquel extranjero que lo perseguía ¿no sería un afiliado de Fausta? Pero, en tal caso, ¿por qué no contestaba al signo que le hiciera? Y ¿cómo estaba tan bien informado?

—Caballero —dijo resueltamente—, contestáis con tal amabilidad a mis preguntas, que voy a permitirme haceros otra.

—Tantas como queráis, pero quiero luego tomar el desquite.

—No hay inconveniente. Decidme, ¿por qué me seguís desde Dammartin?

—Desde Saint-Denis —rectificó Pardaillán.

—Como queráis. ¿Por qué desde Saint-Denis vais siguiéndome, y por qué, después de haberos despistado en Amiens, habéis procurado y conseguido hallarme

de nuevo?

—Ante todo por tener el placer de viajar en vuestra compañía.

—¿Cómo sabíais que yo iba al campo de Farnesio?

—Porque así se lo oí decir a la noble señora Fausta —contestó el caballero.

—¡Ah, ya! —exclamó el mensajero asombrado—. Pero, en fin, me decís que, ante todo, me seguís para tener el placer de viajar en mi compañía. ¿Cuáles son los otros motivos?

—Señor conde —dijo Pardaillán—, ha llegado mi turno de hacer preguntas, ¿queréis? ¿Conocéis el contenido de la carta que os entregaron en Saint-Denis de parte de la señora Fausta y destinada a Alejandro Farnesio?

El mensajero se quedó aterrado. Era imposible dudar. El extranjero, no siendo un enviado de Fausta, era un enemigo peligroso que había sorprendido grandes secretos.

Miró a su alrededor. A la derecha había campos y a la izquierda los acantilados, más allá de los cuales se oía el ruido del mar. Ante él, a media legua y un poco a la derecha, se divisaba un campanario con algunas cabañas de pescadores a su alrededor. Era Gravelinas. La soledad era completa, y el lugar excelente para desembarazarse de un impertinente.

El mensajero de Fausta miró a Pardaillán, que continuaba sonriendo.

—Caballero —dijo—, me sería difícil contestar a vuestra pregunta porque, como no soy portador de ninguna carta, no puedo deciros el contenido de una misiva que no existe.

—¡Ah, señor conde! —exclamó Pardaillán—. Recompensáis muy mal mi franqueza. Os he dicho la pura verdad y ahora vos queréis engañarme.

—Pues bien —dijo palideciendo el mensajero—. Llevo una carta. ¿Qué queréis?

—Os pregunto si conocéis el contenido.

—No, y aunque lo supiera...

—No me lo diríais, lo comprendo. Pero no lo sabéis y, por consiguiente, voy a decíroslo.

—¿Quién sois, caballero? —exclamó el conde sumamente irritado.

—Me preguntasteis mi nombre y os contesté que me llamaba el conde de Margency; en cuanto a deciros quién soy, es harina de otro costal. Hablemos de la carta, que es lo que nos interesa. He aquí lo que contiene: una orden de la señora Fausta al generalísimo de que esté preparado a entrar en Francia, y a dirigirse hacia París con su ejército, en cuanto reciba la orden necesaria.

El mensajero se puso muy pálido.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Pues que no quiero que esta carta llegue al campamento de Farnesio, querido señor.

—¿Qué no queréis?

Diciendo estas palabras el mensajero empuñó la pistola y Pardaillán hizo lo mismo.

—Reflexionad —dijo—. Entregadme la carta.

Y apuntó la pistola al conde, el cual se encogió de hombros.

—No pensáis en una cosa —dijo con tranquilidad que admiró a Pardaillán—, pero quiero decíroslo antes de mataros.

—Soy todo oídos.

—Pues bien; que acabáis de revelarme el contenido de la carta que yo ignoraba. Por consiguiente, si yo tuviera miedo, podía entregárosla y dar la orden verbalmente.

—No —contestó Pardaillán—, porque el generalísimo sólo obedecerá a una orden escrita.

—Pues siendo así, os mato —gritó el mensajero.

Y al mismo tiempo hizo fuego. Pardaillán, de un espolonazo, hizo dar un salto a su caballo, que hubiera desarzonado a cualquier jinete. La bala pasó a dos pulgadas de su cabeza. Inmediatamente disparó a su vez, no al caballero, sino al caballo. El animal, herido en la cabeza, se desplomó. Entonces el mensajero saltó y desenvainó la espada, ejemplo que imitó Pardaillán.

—¡Caballero! —dijo gravemente—. Antes de cruzar nuestras espadas, servíos escucharme un instante. Os he dicho que me llamaba conde de Margency y tengo derecho a este título, pero tengo también otro nombre. Soy el caballero de Pardaillán.

—Lo sospechaba —exclamó el conde.

Y al mismo tiempo, dirigió una mirada inquieta y curiosa hacia el caballero.

—Puesto que me conocéis —dijo éste— no habrá necesidad de hablar tanto. Ya sabéis, señor conde, que vuestra ama ha tratado en tres o cuatro ocasiones distintas de hacerme asesinar. La última vez fue después de haberle salvado yo la vida. Y, en prueba de agradecimiento, lanzó en mi persecución a todos los hombres de armas del duque de Guisa. Yo habría podido matarla. Estaba en mi derecho y tuve ocasión de hacerlo. Me habría bastado con tender el brazo. Me repugnó cometer un asesinato, pero lo que me repugna es considerar a Fausta como una enemiga encarnizada, y hacer cuanto pueda para desbaratar sus proyectos tanto como me sea posible, y considerar a sus amigos y servidores como enemigos míos, desde el duque de Guisa hasta vos mismo. No me mataréis, caballero, y como no quiero que su carta llegue y sois, por otra parte, el servidor de una mujer que quiere mi muerte, vais a morir a mis manos.

Al mismo tiempo Pardaillán se puso en guardia y las dos espadas se cruzaron.

El conde Luigi, como hombre hábil, se mantuvo a la defensiva. Lo esencial para él no era obtener una victoria, sino apartar o detener a su adversario. Lo más importante era que la carta llegase a su destino.

Pardaillán, de acuerdo con su costumbre, atacó dando una serie de estocadas rápidas como el rayo. El mensajero debió la salvación a haber dado unos pasos hacia atrás. Pero se defendía con un valor y una habilidad tales, que por algunos momentos impidieron a Pardaillán emplear todos sus recursos.

—¡Caballero! —dijo de pronto Pardaillán—. Me parecéis un hombre digno, y os

ruego que me dispenséis.

—¿Por qué? —preguntó el conde Luigi.

—Por haberos rogado que me entregaseis la carta. Habría debido comprender que un hombre como vos puede ser vencido por la fortuna, pero que, voluntariamente, no inclina la cabeza.

—Gracias, caballero —contestó el conde parando una estocada.

—Recibid, pues mis excusas por haberos hecho tal proposición y os aseguro que lamento mucho el verme obligado a trataros como enemigo.

Al mismo tiempo se tendió a fondo. El mensajero dio un grito ronco, soltó la espada, giró sobre sí mismo, y cayó.

—¡Caramba! —exclamó Pardaillán—. ¿Habré cometido la torpeza de matarlo?

Se arrodilló, desabrochó el jubón del conde y examinó la herida, moviendo la cabeza.

En aquel momento el herido abrió los ojos.

—¡Caballero! —dijo Pardaillán—. Soy el amo de la situación. Podría quitaros la misiva que lleváis, pero no quiero trataros como enemigo, porque sois un valiente. ¿Queréis entregarme la carta de buen grado? ¿Queréis que nos separemos como amigos?

El herido hizo con la mano un ademán para señalar el bolsillo secreto del jubón.

—¿Tenéis la carta ahí? —preguntó Pardaillán.

—Sí —contestó el mensajero moviendo la cabeza.

Pardaillán la tomó. Y los ojos del herido expresaron desesperación profunda.

—Veamos —dijo el caballero sintiendo lástima del herido—. ¿Qué os importa eso en resumidas cuentas? Supongo que no temeréis que yo use esta carta como arma contra la señora Fausta.

—Sí lo temo —murmuró el herido con débil voz—. Vais... a llevar esta carta... al rey de Francia... Soy hombre... deshonorado, porque seré la causa... de las desgracias que ocurrirán.

—¿De veras teméis eso? —preguntó Pardaillán.

—Sí —contestó el herido.

—¿Y si os pruebo que os engaños y que no entregaré la carta a Valois? —dijo Pardaillán.

—No hay prueba posible —murmuró el herido.

—Hay una —dijo Pardaillán—. ¡Mirad!

Y, dichas estas palabras, cogió la carta y, sin abrirla, sin mirar siquiera el sobrescrito, la rasgó en pequeñísimos pedazos. Cuando estuvo reducida así, en partículas realmente ilegibles, echó al aire los papeles. El viento cogió la mayor parte y los llevó al agua.

Durante esa operación, el conde Luigi miraba a Pardaillán estupefacto y, con acento que traducía su agradecimiento, murmuró:

—Gracias, caballero.

Pardaillán se encogió de hombros.

—Ya os dije que solamente deseaba impedir que la carta llegase a su destino. En cuanto a servirme de ella para hacer matar a una mujer, esto no entra en mis costumbres. Una vez la carta destruida, no queda ni el recuerdo de ella. ¿Estáis tranquilo?

—Sí, caballero... y os doy las gracias... antes de morir.

—No moriréis —contestó el caballero.

El herido movió tristemente la cabeza. Luego, agotado por el esfuerzo que acababa de hacer, se desvaneció.

Pardaillán fue hacia su caballo, y del maletín sacó lo necesario para curar provisionalmente una herida.

No es obligado alabar a Pardaillán por esta precaución, que entonces era común a todos los aventureros.

Luego el caballero se dirigió al mar, humedeció un trapo, lavó la herida y la vendó con gran destreza.

El herido, aliviado por tales cuidados y por la frescura del agua, recobró el sentido.

—Es agua salada —dijo Pardaillán—. Pica un poco, pero cura mejor. Ahora, caballero, atención. Voy a levantaros y a colocaros en mi caballo. Pero ¿por qué diablos no me entregasteis la carta antes de obligarme a heriros?

Entonces se inclinó y, con delicadeza y vigor a la vez, levantó al herido, y lo colocó sobre su caballo.

—¿Podréis llegar hasta Gravelinas? —preguntó.

—Creo que sí.

—Pues en marcha. Si no os veis con ánimos, decídmelo.

Llevando al caballo de la brida, y volviéndose a cada momento para mirar al herido. Pardaillán empezó a andar despacio. Veinte minutos más tarde llegaba a las primeras casas del pueblo.

Gravelinas no se componía más que de una treintena de cabañas de pescadores. Pero la entrada de aquel caballo que llevaba un herido, hizo que alrededor de Pardaillán se formase un corro de mujeres y muchachos.

—¿Dónde está la posada? —preguntó Pardaillán.

—No hay —contestó una mujer.

—¿Quién quiere ganar diez escudos? —preguntó entonces Pardaillán.

—Yo —dijo la mujer que acababa de hablar—. Si se trata de albergar y cuidar a este caballero, me encargo de ello.

—¿Dónde vivís, buena mujer?

—Aquí —gritó la mujer señalando la cabaña ante la cual se hallaba el grupo.

El herido fue transportado a la cabaña y allí extendido sobre un jergón.

—¿Hay algún cirujano o médico? —preguntó Pardaillán.

—No, pero tenemos un brujo.

—¿Un brujo?

—Sí, un viejo que lo sabe todo, que cura las fiebres, las torceduras de pie, y que sabe curar las heridas tanto de arma de fuego como de arma blanca.

En aquel momento el viejo, al que el pueblo calificaba de brujo, avisado sin duda de lo que sucedía, entró en la cabaña. Era un viejo de fisonomía inteligente, y de ojos vivos y maliciosos. Sin decir palabra se arrodilló al lado del herido, deshizo el vendaje y examinó la llaga.

Por la habilidad de que hizo gala en tal operación, Pardaillán comprendió que era experto en la materia. Al cabo de diez minutos de examen, durante los cuales el herido perdió otra vez el sentido, el brujo colocó nuevamente el vendaje y se levantó.

—¿Qué os parece? —preguntó Pardaillán.

—Que es muy grave, pero se curará.

Pardaillán dio un suspiro de alivio, pero inmediatamente tuvo una idea. Si el herido curaba, iría al encuentro de Farnesio y le contaría todo lo sucedido, dándole verbalmente las órdenes que contenía la carta. En tal caso todo lo que había hecho Pardaillán sería inútil. Entonces llevó al brujo a un rincón.

—¿Estáis seguro de que curará?

—Muy seguro.

—Desearía que mi amigo continuara el viaje lo antes posible.

El brujo meneó la cabeza.

—Si se mueve de este jergón antes de ocho días, morirá —dijo—. Si trata de andar antes de un mes, podrá salvarse tal vez, pero si monta a caballo antes de dos meses, no respondo de nada.

¿Dos meses? Era más de lo que Pardaillán necesitaba. Tendió un escudo al brujo, que lo rehusó con un gesto, diciendo:

—No necesito dinero. Para que los cure de sus enfermedades, los pescadores me dan pescado y pan. Para que los cure de sus heridas, los leñadores me dan leña para el invierno, y para que no embruje a las barcas de sus maridos, las mujeres me dan sidra y legumbres.

No obstante, el brujo lo hizo tan bien, que al cabo de cuatro días declaró que el herido estaba fuera de peligro. Pardaillán pasó aquellos cuatro días en la cabaña. Pero en cuanto vio al conde en vías de curación, se marchó.

Seguro ya de que el conde Luigi no moriría y de que estaría convenientemente cuidado y, convencido, además, de que no podría ir a avisar a Farnesio, una mañana el caballero se despidió de su ex enemigo y a pequeñas jornadas tomó el camino de París.

Le quedaban dos cosas que hacer: Hallar de nuevo a Maurevert y luego a Guisa, de modo que pudiera hablarle con libertad. Reflexionando acerca de estos dos puntos, el caballero entró en París.

XXIII - Blois

MIENTRAS PARDAILLÁN corría por el camino de Dunkerque y se apoderaba de la carta destinada a Farnesio^[2], el duque de Guisa, rodeado por imponente escolta, se dirigía a Blois, adonde acudían, de todos los puntos de Francia, diputados de la nobleza, del clero y del tercer estado, para asistir a aquella conferencia suprema, a la cual Enrique III invitó a su pueblo y que se conoce en la historia con el nombre de los Estados Generales de Blois.

La seguridad de Guisa era absoluta. Maurevert le hizo una relación exacta de las fuerzas de que podía disponer Enrique III.

Tales fuerzas eran considerables y además estaban mandadas por un valeroso capitán, que había probado sus altas condiciones en más de un campo de batalla, no sólo como hombre valiente, sino como admirable estratega. Era el valiente Crillón. Sus tropas ocupaban el castillo de la ciudad. Evitando diseminar sus soldados por los alrededores, Crillón había convertido a Blois en un formidable cuartel, y un día en que la reina madre le preguntó si el rey estaba en seguridad perfecta, contestó:

—Señora, si yo no estuviese aquí, veinte mil hombres podrían llegar hasta el rey, pero como estoy yo, serían necesarios para ello cuarenta mil.

Catalina sonrió como sabía hacerlo, y contestó:

—También estoy yo aquí, a la cabeza de otro ejército, que vale tanto como los cuarenta mil hombres de que habla el valiente Crillón.

El rey estaba, pues, bien defendido. Es más, de desearlo, podría haber intentado un ataque. Pero a pesar de todo, la seguridad de Guisa era completa.

En efecto, sabía que cada uno de los ciento cincuenta gentilhombres que lo acompañaban, había puesto en él todas sus esperanzas y toda su fortuna futura. No había uno solo que no estuviese dispuesto a hacerse matar por salvar al jefe. Sabía además que, una vez llegado a Blois, hallaría los diputados de los tres órdenes y que entre ellos, tanto señores como burgueses o sacerdotes, no había uno que no le fuese adicto en cuerpo y alma. En realidad iba a ser el verdadero amo de los Estados Generales. Valois sólo tenía a los soldados, cantidad despreciable si se podían hacer dueños de Crillón. Porque los soldados, cuyas pagas estaban un poco atrasadas, habían tratado ya de amotinarse, según le dijera Maurevert.

De estos asuntos hablaba Guisa durante la última etapa del viaje. En aquel momento estaba rodeado por ocho o diez de sus fieles amigos que, formando un pelotón, iban delante del cuerpo de la escolta.

Y poco a poco, se hizo una selección en aquel grupo de íntimos, de modo que el duque acabó por encontrarse entre Bussi-Leclerc y Maineville, confidentes íntimos a los que no ocultaba nada.

El grueso duque de Mayena iba en el centro de la escolta y estaba enterándose de los albergues que se podían hallar en Blois y de la posibilidad de comer bien. El

cardenal iba a la cola, hablando con los más inteligentes de entre los gentilhombres. Así, uno de los hermanos se ocupaba de los soldados, el otro de las comodidades gastronómicas y el tercero, por fin, reunía a su alrededor a los políticos.

El grupo que formaba el duque y sus íntimos hablaba entonces de Pardaillán.

—¡Por fin! —dijo Maineville—, ya nos hemos desembarazado de él. Pero, no obstante, siento cierto pesar. La asfixia fue para él una muerte sobrado dulce.

—Es verdad —añadió Bussi-Leclerc—. Yo hubiera tenido gran placer en devolverle...

—La lección de esgrima que te dio —exclamó Maineville riéndose.

—¡No, *pardiez!* Eso ya lo hice. ¿No te acuerdas de que lo desarmé en la Bastilla?

—Como yo no lo vi...

—Pero Maurevert sí. ¿No es verdad, Maurevert?

—Perfectamente cierto —contestó Maurevert, que iba detrás de Guisa—. Le hicisteis saltar la espada tres veces y el truhan tuvo que confesarse vencido.

Bussi-Leclerc hizo un gesto de viva satisfacción y con una mirada dio las gracias a Maurevert.

—Bueno —pensó éste—. He aquí uno que podrá servirme más de lo que imagina. Llegaban entonces al pueblo de Villerbon.

—¡Vamos, señores! —exclamó Guisa—. No hablemos más de los muertos.

Pensaba en Violeta y un suspiro deshinchó su pecho. Luego, moviendo la cabeza exclamó:

—¡Bussi! Vete al galope adonde están aquellos caballeros que ves allí abajo y entérate de lo que quieren.

En la plaza de la iglesia estaban alineados unos sesenta caballeros, pero Bussi-Leclerc no tuvo necesidad de ejecutar la orden que acababa de recibir, porque los caballeros, al ver la tropa de Guisa, galoparon a su encuentro. Por un momento Guisa se turbó y dirigió la mano hacia el puño de su espada. Por su cerebro cruzó la sospecha de que Enrique III le había preparado una emboscada, pero se tranquilizó al observar que los que llegaban le decían:

—Sed bienvenido, monseñor.

Era un grupo de gentilhombres, diputados por los ligueros reunidos en Blois para ir a su encuentro, a saludarle y a testimoniarle su fidelidad. Guisa recibió aquella embajada y cuando tales gentilhombres se reunieron a su escolta les saludó amablemente, exclamando:

—Ahora, señores, tengo una escolta real.

Tal vez estas palabras fueron dichas sin intención, pero corrieron de boca en boca hasta llegar a las últimas filas de la cabalgata y en ellas vieron todas las secretas intenciones del duque. A la cabeza, pues, de aquel cortejo, el Acuchillado atravesó Villerbon. Tomó entonces el trote largo y al mediodía llegaron a la vista de Blois.

* * * * *

En aquel momento el rey de Francia, pálido y nervioso, se hallaba en el departamento que ocupaba en el primer piso y que pronto tendremos ocasión de describir. De momento diremos tan sólo que había un gran salón, al que se llegaba por una gran escalinata, la cual, a su vez, daba a una gran terraza.

Enrique III, con una agitación que contrastaba con su habitual indolencia, iba y venía y a menudo se acercaba a una ventana, desde la cual podía ver el patio cuadrado y el pórtico majestuoso del castillo.

Enrique III esperaba al duque de Guisa.

En la terraza había cincuenta gentilhombres armados de pies a cabeza. Una compañía de suizos ocupaba el patio cuadrado. La gran escalinata estaba llena de señores realistas, cuyos sombríos rostros expresaban claramente que no esperaban nada bueno de la llegada del duque. Los demás patios y galerías del castillo estaban ocupados por hombres de armas, arqueros, arcabuceros y mosqueteros. En una palabra, se habían tomado las precauciones para «recibir dignamente a nuestro amado y fiel primo de Lorena», según dijo Catalina de Médicis.

En el salón, una veintena de gentilhombres esperaban silenciosos y con los ojos fijos en el rey. En un rincón, Catalina de Médicis, que hablaba con su confesor, formaba, por su tranquilidad y alegría, violento contraste con aquella sombría impaciencia.

—¿Dónde está Birón? ¿Ha vuelto ya? —preguntó Enrique III después de haber mirado por vigésima vez a través de la ventana, desde la cual se divisaba el pórtico y más allá, una plaza en la que Crillon acababa de hacer formar tres compañías de guardias.

—Aquí estoy, sire —dijo el mariscal de Birón.

Armando de Gontaut, barón de Birón, tenía entonces sesenta y cuatro años, pero llevaba la coraza con una facilidad que le envidiaban otros más jóvenes que él. Era un hombre honrado y católico. Formó parte de aquella minoría de valientes que trataron de oponerse a las matanzas de la jornada de San Bartolomé. En su calidad de gran maestro de la artillería, pudo salvar en el Arsenal, en donde habitaba, a una cuarentena de desgraciados hugonotes.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí? —dijo Enrique III—. Temía que no vinieras, pues te di ocho días de licencia.

—Sí, pero me he enterado de la llegada del señor duque y he querido aprovechar la ocasión para presentaros mis respetos.

El rey se echó a reír, los gentilhombres lo imitaron, y Catalina dijo a su confesor:

—He aquí a mi hijo que recobra el buen humor.

—Y ya veis, sire, que he llegado a tiempo.

En efecto, en aquel mismo instante, se oyó gran ruido procedente del patio cuadrado. Ruido de caballos que pasaban el pórtico, y de armas y espuelas de los jinetes que echaban pie a tierra. Enrique palideció, pero más de rabia que de temor.

—Conde de Loignes —dijo con alterada voz—. Id a ver qué sucede en el patio.

Lo sabía muy bien. Adivinó que era Guisa que llegaba y antes de haber recibido respuesta alguna, se dirigió a un gran sillón colocado sobre un estrado, y que formaba un trono. Se sentó y con colérico gesto se caló el sombrero.

—Señor —exclamó Chalabre, que se había asomado a la ventana al mismo tiempo que Loignes—. Es el señor duque de Guisa, que Dios guarde.

—A no ser que el diablo se lo lleve —murmuró Montsery al lado del rey.

—¡Ah! —exclamó Enrique III, con indiferencia tal que asombró hasta a su madre—. ¿El duque de Guisa? ¿Qué querrá?

—Vamos a saberlo, sire, pues el duque está subiendo la escalera.

Así era, en efecto. En la gran escalera se oía el ruido de mucha gente que subía. Aquella gente era toda la escolta del duque, que lo acompañaba hasta la misma puerta de la habitación en que estaba el rey. Había en ello una amenaza que no pasó inadvertida para Crillón. Éste precedía al duque, so pretexto de honrarlo, y al llegar ante la puerta del salón, se volvió hacia los gentilhombres guisardos y dijo:

—Monseñor, señor duque de Mayena, señor cardenal, el rey me ha encargado deciros que os concede audiencia. En cuantos a vosotros, señores, servíos esperar.

—¿Cómo? —exclamó Bussi-Leclerc—. ¿En la escalera?

—Donde queráis —contestó Crillón frunciendo las cejas.

—Paz, Bussi —dijo el duque de Guisa—. Señores, tened la bondad de esperarme. Señor de Crillón, ya que Su Majestad se digna recibirnos, estamos dispuestos a seguimos.

La escolta se quedó escalonada en la escalera, que, como ya estaba ocupada por gran número de realistas y hombres de armas, se vio llena de gentes que se miraban unos a otros de soslayo, y a los que poco faltaba para atacarse mutuamente. Sin embargo, todos guardaban silencio, no sólo por respeto, sino para oír alguna cosa que les indicara la marcha de los acontecimientos. Crillón había abierto la puerta, y haciendo entrar a los señores de Lorena, la cerró luego con gran cuidado.

Los tres hermanos avanzaron hacia el sillón en que Enrique III, con el sombrero puesto y con el codo apoyado sobre el brazo del sillón, y la barbilla en la mano, los miraba venir sin hacer un gesto. El duque era el primero y lo seguían Mayena y el cardenal. Mayena maldiciendo *in mente* toda la política y la ambición de sus hermanos, y el cardenal, con la cabeza alta y la mano en la espada, mirando fijamente al rey.

El duque de Guisa, menos hábil que Enrique III en disimular sus sentimientos, palideció al observar la recepción altanera y glacial que le dispensaban. Se detuvo a tres pasos del trono y se inclinó profundamente, así como sus dos hermanos. Luego, levantándose, esperó a que el rey le dirigiera la palabra.

Hubo un momento de silencio terrible y trágico, en que se habría oído volar una mosca en aquel salón lleno de gentilhombres. Por fin, el rey dirigió una mirada al duque y, con voz ligeramente gangosa y algo impertinente, preguntó:

—¿Sois vos, señor duque? ¿Qué tenéis que decimos?

XXIV - Reconciliación

TALES PALABRAS DEL REY hicieron estremecer a todos los presentes, que eran realistas; y los tres hermanos pudieron oír aquel estremecimiento de las espadas que rozaban unas con otras, como hojas de acero. Pareció a todos que Enrique III iba a mostrarse violento, para aplastar al duque de Guisa mientras lo tenía en su poder. Se prepararon, pues, y llevaron la mano a las dagas o a las espadas. Ésta fue la causa de aquella agitación del acero que se prepara a salir de la vaina.

Mayena dio un paso atrás y masculló una blasfemia. El cardenal de Guisa se irguió, dirigiendo a su alrededor una desdeñosa mirada. Únicamente el duque permaneció tranquilo, armonizando su actitud con la del rey.

—Sire —dijo con voz firme—. Ya sabéis que mi hermano el cardenal, es presidente del clero, al mismo tiempo que monseñor el cardenal Borbón. Es, pues, natural su presencia en los Estados que Vuestra Majestad se ha dignado convocar en esta ciudad.

—¿Y vos, señor duque? —preguntó Enrique III con la misma impertinencia.

—Sire —exclamó Guisa—. Ya sabéis que mi hermano Mayena es presidente de la nobleza, al mismo tiempo que el señor mariscal conde de Brissac.

—Mariscal de barricadas, como el señor de Borbón es cardenal de conspiración.

Aquella vez Guisa palideció porque el ataque era directo y anunciaba tempestad.

—Pero no se trata de vuestros dos hermanos —prosiguió el rey—, sino de vos. Me gusta mucho veros a los tres juntos, pero os pregunto especialmente a vos: ¿qué venís a hacer aquí?

En aquel momento Catalina de Médicis se acercó al rey y se puso en pie al lado del estrado. Aquella sombría figura que se presentó de pronto ante Guisa le pareció el mal augurio de alguna catástrofe. Dirigió a su alrededor una rápida mirada, vio a los señores realistas dispuestos a arrojarse sobre él, y poco faltó para que pronunciara la palabra irrevocable.

—Si hace un solo movimiento sospechoso —pensó—, llamo a mis gentilhombres y empezaremos a repartir golpes.

Entre tanto, como no estaba preparado, quiso contemporizar si le era posible y contestó:

—Señor, podría decirles que soy diputado de la nobleza con tantos títulos como otros señores y que, con este motivo, puedo y debo asistir a la convocatoria de Vuestra Majestad.

—No se trata de vuestra asistencia a los Estados Generales —interrumpió el rey, con obstinación fría, terrible y cruel—. Se trata de vuestra presencia aquí, en mi casa, en la casa del rey. ¿Qué habéis venido a hacer?

Estas palabras eran terribles, y la situación, más todavía.

Guisa, aturdido, balbució algunas palabras confusas. Su hermano, el cardenal, le pisó el pie como diciéndole: «¿Qué esperáis? ¡Desenvainemos, *pardiez!*».

La angustia que pesaba en aquella escena, creció aún más al pronunciar Enrique III las siguientes palabras:

—De todas suertes, he visto que llegáis en buena compañía. ¡*Pardiez*, os felicito! Si alguien estableciera comparaciones entre vos y yo, podría creer que yo no soy casi rey y que vos casi lo sois.

—Sire... —exclamó la reina madre, interviniendo.

—¡Callaos, señora! ¡Por Dios vivo, aquí hay un rey, sólo uno, y cuando el rey habla todos deben callarse, hasta vos! Querido primo, os felicitaba acerca de vuestra escolta, pero me parece que falta alguien.

—¿Quién, sire? —exclamó el duque de Guisa poniéndose lívido.

—Pues... el fraile que debía matarme en la catedral de Chartres. ¿Lo habéis olvidado en París?

Estas palabras resonaron como un trueno. Sordo rumor, precursor de la tempestad, cundió entre los gentilhombres realistas. Chalabre desenvainó a medias la espada. El conde de Loignes sacó por completo la daga y empezó a limpiarse las uñas con ella, mirando a Guisa con ferocidad.

El duque de Guisa se volvía ya hacia la puerta e iba a dar el grito de alarma. ¿Quién sabe lo que habría sucedido entonces? De pronto, Catalina de Médicis, extendiendo el brazo, dijo con autoritario acento:

—Señores de Lorena, escuchadme, escuchad a la reina. El rey permite que hable, ¿no es verdad, hijo mío?

—¡Por Nuestra Señora! —exclamó Enrique—. Yo ya he dado el golpe. Ahora, si os conviene, curadlo. Hablad, señora, os escuchan.

Los personajes que asistían a aquella escena continuaron en la misma actitud. Únicamente el duque de Guisa dio media vuelta hacia la reina madre y entonces ésta dijo:

—Señor duque, seguramente ignoráis, que descubrimos en Chartres un complot contra Su Majestad. En efecto, un fraile se había vanagloriado de querer matar al rey. Pero como Dios vela sobre el hijo mayor de la Iglesia, el crimen abortó. Lo cierto es que aquel fraile, para penetrar en Chartres, se unió, sin vos saberlo, a la gran procesión. Esto es lo que quería decir Su Majestad.

—Ignoraba, en efecto —balbució el duque—, que hubiese en todo el reino un ser bastante criminal e insensato para atreverse a poner la mano sobre una persona real.

—Ahora —añadió Catalina sonriendo graciosamente—, el rey, después de haber concedido audiencia a su querido primo, le pregunta sencillamente cuál es el motivo especial de la misma. Pero su pregunta no tiene otra finalidad.

Guisa miró a Enrique III, el cual, temiendo haber ido demasiado lejos, hizo un movimiento de afirmación. Todos los cortesanos comprendieron que el rey había retrocedido. Loignes, después de haber terminado el aseo de sus uñas, envainó nuevamente la daga. Mayena dio un suspiro que, en rigor, podía pasar por el mugido de un buey. El cardenal de Guisa sonrió. El rey apoyó la espalda en el sillón, cruzó la

pierna derecha sobre la izquierda y dio un bostezo.

—Sire —dijo entonces Guisa con voz más firme— y vos, señora y reina, la audiencia que Vuestra Majestad ha querido concedernos, tiene, en efecto, un motivo especial. No he venido a Blois, sino al castillo de Blois. No con ánimo de asistir a las conferencias, sino a casa de Su Majestad. Y si he rogado a mis dos hermanos que me acompañasen, e invitado a todos mis gentilhombres amigos a que me siguieran, es que quería decir algo solemne, para lo cual desearía que en este salón estuviera reunida toda la nobleza de Francia.

—No hay inconveniente —dijo el rey—. Que abran las puertas y entre todo el mundo.

Inmediatamente se cumplió la orden. La puerta del salón se abrió por completo y un ujier gritó:

—¡Señores, el rey quiere veros!

Entonces todos los señores que esperaban en la escalera y en la terraza entraron, llenando completamente el salón. Los que no pudieron entrar se quedaron en el rellano, y algunos en los escalones. Intensa curiosidad reinaba en aquella multitud.

—Primo —dijo el rey—. Ahora tenéis un auditorio a vuestro gusto. Hablad, pues, atrevidamente.

—Hablaré con más franqueza que atrevimiento —contestó Guisa—. Sire, cuando tuve el honor de veros en Chartres, os dije que vuestra ciudad de París reclamaba ardientemente la presencia de su rey. Ahora, sire, añado que el reino entero reclama el fin de estas discordias y suplica a Vuestra Majestad que se encargue de un modo visible del gobierno del país. Equivocadamente, sire, yo, Enrique I de Lorena, duque de Guisa, he sido considerado como jefe de la guerra civil. Con gran pesar mío, los que querían turbar la paz del reino creyeron hallar en mí un jefe de su misión, cuando no soy más que jefe del ejército real. Estas esperanzas de los fautores de desórdenes, serían apoyadas por mí si en alta voz yo no los desengañara. Sire, he venido aquí leal y francamente a depositar mi espada a vuestros pies y a proponeros una reconciliación solemne, aun suponiendo que haya existido nunca alguna diferencia.

—No, no ha existido —exclamó la reina madre.

Sería difícil dar idea exacta de la estupefacción que se pintó en el rostro de los gentilhombres, tanto guisardos como realistas. Para unos aquello significaba el hundimiento repentino e inexplicable de una conspiración que ya duraba hacía quince años. Para otros, las palabras del duque no hicieron más que despertar un sentimiento de desconfianza.

Solamente una veintena de íntimos del duque se quedaron completamente tranquilos. Aquéllos sabían a qué atenerse. En cuanto a Enrique III si se asombró o no, nadie podría decirlo, porque su rostro continuó impenetrable. Únicamente miró a su madre, la cual dijo:

—He aquí unas palabras nobilísimas que acaba de pronunciar nuestro primo. ¡Qué lástima que una escena tan tierna no tenga a Dios por testigo!

El rey, acostumbrado a entender a su madre con medias palabras, se levantó y, con la mano apoyada en la cintura, dijo:

—Señor duque, ¿estaríais dispuesto a pronunciar estas mismas palabras ante el Santísimo Sacramento?

El duque vaciló un instante sorprendido por aquella solemne demanda y dijo:

—Ciertamente, sire, cuando Vuestra Majestad quiera.

—¿De modo que estaríais dispuesto a prestar juramento de reconciliación y de buena amistad con el Santísimo Sacramento puesto en el altar?

—Estoy pronto, sire. En cuanto hayamos regresado a París, si así place a Vuestra Majestad, iremos a Norte-Dame...

—Señor duque —interrumpió Enrique—. En todas partes hay altares y se encuentra a Dios si se le busca. La catedral de Blois me parece tan buena como Norte-Dame para tal juramento.

—No deseo otra cosa, sire. Cuando Vuestra Majestad quiera. Mañana mismo.

—¡Mañana! ¿Quién sabe dónde estaremos? Ha de ser inmediatamente, señor duque.

Guisa vaciló de nuevo y aquella vez por rápida que hubiera sido su vacilación, la sorprendió Catalina de Médicis. Pero el duque contestó con firme voz:

—Pues vamos enseguida, si así place a Vuestra Majestad.

—¡Crillón! —dijo el rey—. Vamos a la catedral. Señores, estáis invitados todos. Quiero que sea un espectáculo del que se hable en todo el reino y del que la historia guarde recuerdo. Ahora dejadme solo.

Todo el mundo salió para prepararse a la cabalgata proyectada. Guisa hizo lo mismo para hablar en el patio con sus hermanos y con sus favoritos. Crillón salió también para preparar la escolta real y para demostrar a los Lorena que no tenían nada que temer. Únicamente la reina madre se quedó con Enrique III.

—¿Y bien, madre mía? —dijo el rey alegremente—. ¿Regresamos a París?

Catalina guardó silencio.

—En cuanto terminen las conferencias nos pondremos en camino. Os aseguro que pienso en ello con placer. Ya empezaba a aburrirme.

—Sí —contestó entonces la reina—. He aquí lo que os interesa. Volver a París. Continuar vuestras diversiones favoritas en el Louvre y en otras partes; organizar mascaradas y preparar fiestas y más fiestas, a riesgo de que se amotinen vuestros burgueses, cansados de pagar vuestras locuras y las de vuestros favoritos.

Enrique III bostezó. Consideraba los sermones de su madre como otras tantas rarezas de vieja.

—¡Vaya una gran cosa! —añadió Catalina—. ¿Ganaréis mucho volviendo al Louvre si al llegar allí entráis con vuestro poder real disminuido, y únicamente con la sombra de vuestro poder?

—¿Y por qué ha de ser así? Explicádmelo, madre. Ya sabéis cuánta confianza tengo en vuestro buen juicio y en vuestros consejos.

—¿Olvidáis, pues, que se van a reunir los Estados Generales, y que la lista de las quejas y reclamaciones, en caso de que las concedáis todas, bastan para reduciros al estado de rey sin reino?

—Total me pedirán que despida a Epernon y a algún otro.

—Y algo más. ¿Y el derecho concedido a vuestros peores enemigos de comprobar el estado de la hacienda?

—El resto no importa, señora. Nadie piensa seriamente en ello, pues sólo era una excusa para hacerme comprender el malhumor de la nobleza. Pero una vez reconciliado con los Lorena...

—¿Creéis, pues, en esa reconciliación?

—¿Por qué no he de creer en ella, si el duque de Guisa lo jura por el Santísimo Sacramento? —dijo Enrique III, con una sinceridad que hizo sonreír amargamente a su madre.

Enrique III, que sin duda fue un rey dado a toda clase de vicios, y que no lo ocultaba, fue el monarca más sinceramente creyente de Francia. Su piedad igualaba a la de Luis XI. Un juramento por el Santo Sacramento era para él irrefutable prueba de la buena fe de Guisa.

—No es que crea —añadió— en los buenos sentimientos naturales del duque. Pienso, por el contrario, que prestará este juramento obligado por las circunstancias. ¿Qué podría hacer si no se reconciliara conmigo? Impulsado por la Liga es necesario que se declare rebelde o súbdito fiel. Sabe muy bien lo que le costaría la rebelión y, por lo tanto, se somete. No le debo, pues, ningún agradecimiento, pero si extiende su mano sobre el altar, prestaré crédito a sus palabras.

—Tened cuidado, hijo mío.

—¡Oh, señora! —dijo el rey, equivocándose sobre el sentido de la advertencia—. Crillón habrá tomado las precauciones necesarias, y precisamente ahora viene —añadió para cortar la conversación.

Catalina de Médicis dio un suspiro, dirigió la mirada a su hijo y se retiró lentamente, mientras Crillón entraba en el salón para anunciar al rey que sólo esperaba sus órdenes para ponerse en marcha hacia la catedral.

El rey bajó enseguida al patio cuadrado, y sonrió al ver a sus gentilhombres que formaban una masa imponente, mucho más todavía que los hombres de armas que Crillón tenía dispuestos. Montó a caballo y todos lo imitaron.

El rey salió del castillo precedido de una fanfarria de trompetas, de una compañía de mosqueteros y rodeado por tres filas de gentilhombres. El duque de Guisa iba inmediatamente después de él, hallándose así separado de sus partidarios. Aquella formidable y brillante cabalgata se dirigió hacia la catedral en una especie de recogimiento inquieto. Nadie se atrevía a hablar y todos se preguntaban si aquella ceremonia no disfrazaba una emboscada.

El capítulo de la catedral, avisado a toda prisa, se reunió precipitadamente y, revestido con los ornamentos sacerdotales, esperaba a Su Majestad.

El rey echó pie a tierra ante la iglesia, en la que entró silencioso y seguido por aquella multitud no menos callada. Guisa lo seguía a poca distancia visiblemente preocupado.

En un instante la catedral estuvo llena de gente. El rey y Guisa se dirigieron al altar mayor. El cura decano de la catedral se arrodilló entonces rodeado de sus vicarios e hizo una corta oración. Luego subió las gradas del altar, abrió el tabernáculo, descubrió el ostensorio de oro enriquecido con piedras preciosas y, mientras los sacerdotes entonaban el *Tantum ergo*, se volvió sosteniendo el emblema en sus manos.

Todo el mundo se arrodilló siguiendo el ejemplo del rey, que se golpeaba el pecho con fervor extraordinario. Luego, una vez el ostensorio estuvo colocado sobre el altar, el rey se levantó.

—No veo —dijo—, el Santo Evangelio. Para un juramento de esta importancia no estará de más.

El sacerdote se apresuró a obedecer y junto al ostensorio expuso el volumen abierto sobre el pupitre después de haber descubierto la funda de terciopelo que lo cubría. El rey miró entonces fijamente al duque de Guisa y éste, con paso firme, subió las gradas del altar y extendió la mano derecha. Entonces reinó en la catedral extraordinario silencio.

—¡Por el Evangelio y por el Santo Sacramento —dijo en voz clara y distinta— tanto en mi nombre como en el de la Santa Liga, de la que soy teniente general, juro reconciliación y amistad perfecta a *Su Majestad el rey!*

Enrique III, que hasta entonces había sentido ciertas dudas, sumamente contento, subió a su vez, extendió la mano y dijo:

—¡Por el Evangelio y el Santo Sacramento juro reconciliación y perfecta amistad a mi fiel primo duque de Guisa y a los señores de la Liga!

Entonces estallaron los vítores entre los realistas, mientras los guisardos permanecían sombríos y silenciosos. El rey tendió la mano al duque el cual se inclinó profundamente. La reconciliación estaba sellada.

Radiante y realmente aliviado de los negros cuidados que lo habían preocupado, Enrique III ordenó a Crillón y a sus gentilhombres el inmediato regreso al castillo. Tuvo que repetir la orden dos veces. Pero Crillón se vio obligado a obedecer y el rey quedó solo entre los guisardos.

—¡Señores! —dijo el rey—. Ya que estamos reconciliados, no hay ligueros ni realistas. Aquí sólo hay un rey lleno de confianza en sus gentilhombres.

—¡Viva el rey! —gritaron los guisardos con más cortesía que entusiasmo.

—¡Viva el duque! —añadió el rey—. Servíos acompañarme al castillo con algunos de estos gentilhombres. En cuanto a vos, señor cardenal, y a vos, señor de Mayena, os reuniréis con vuestro amado hermano a la hora de comer. Quiero sentaros a todos a mi mesa y juro que celebraremos el día de hoy como la más hermosa victoria de nuestro reinado.

—¡Viva el rey! —gritaron los guisardos, mientras el rey se alejaba, escoltado por Guisa y una veintena de ligueros.

En cuanto hubieron partido, el cardenal de Guisa, con un gesto, retuvo en la catedral a algunos gentilhombres que, por su orden, se deslizaron rápidamente entre los ligueros que se marchaban tristes y desesperados. De tales idas y venidas resultó que casi doscientos guisardos se quedaron en la catedral, cuyas puertas fueron cuidadosamente cerradas. Una vez se hubieron asegurado de que en la iglesia no quedaba nadie que no estuviera afiliado al partido de Guisa, el cardenal pronunció las siguientes palabras:

—Señores, ya habéis oído a mi hermano el duque. Inmediatamente le interrumpieron algunos gritos furiosos:

—¡Es una traición infame!

—¡No debió jurar más que en su nombre!

—¡Será condenado como Valois!

El cardenal sonreía, como hombre seguro del efecto que iba a producir, y contento al observar aquella explosión de furor. En cuanto la tempestad se hubo calmado, continuó:

—Veo, señores, que no habéis entendido al duque mi hermano. Ha jurado amistad perfecta y reconciliación, es cierto, ¿pero a quién?

—¡Al rey! ¡Al rey! —gritaron los ligueros.

—En efecto, señores, *al rey*, pero no al rey Enrique III, no a Valois. Toda vez que hemos condenado a Valois, Enrique III ya no es rey. El duque ha jurado amistad al rey de la Liga, al que vosotros elijáis, señores, y a mi vez os juro que está dispuesto a mantener este juramento. Pero éste solo.

XXV - La carta

LOS SEÑORES GUIARDOS que se habían puesto tan tristes como si, a la vez, se les hubiera muerto su padre y su madre, al oír la explicación del juramento se pusieron alegres instantáneamente, comprendiendo que había sido solamente una estratagema. No fue necesario decir nada más. El juramento de reconciliación no destruía nada, sino que, por el contrario, arreglaba todo.

Por la noche, durante la gran recepción que hubo en el castillo, los ligueros mostraron un rostro sereno, alegre y un tanto burlón cuando miraban a Enrique III.

El rey, que cenaba con bastante apetito, contra su costumbre, no notó la singular actitud de los guisardos, pero otros lo hicieron por él y entre éstos se contaban Ruggieri y Catalina de Médicis.

El astrólogo asistía a la cena del rey desde un gabinete contiguo, mirando a través de una pequeña abertura practicada en la pared. Catalina lo instaló allí, recomendándole que estudiara el rostro de los Guisas. La vieja reina nunca había sentido tal angustia. Flotaba una desgracia en el aire y la amenaza la leía en el rostro de los guisardos.

En cuanto al rey, estaba completamente entregado a la alegría de la reconciliación, no porque pusiera término a los males que afligían el reino, sino porque iba a permitirle el regreso a París.

En la misma mesa que él se sentaron el mariscal de Birón, Villequier, d'Aumont, de Guast, Crillon, los tres Lorena y algunos señores de la Liga. Los invitados estaban fraternalmente confundidos unos con otros y si el rey no se hubiera sentado en un sillón algo más elevado que los otros, habría sido imposible distinguirlo de entre los demás.

El resto de los señores que tenían autorización para ver cenar al rey, estaban también en la sala del festín, pero entre ellos no reinaba la misma cordialidad. A una parte de la sala estaban los ligueros, en tanto que en la otra se habían agrupado los realistas. De vez en cuando se dirigían algunas miradas provocadoras, pero no se pasaba de allí.

—¡Por Nuestra Señora de Chartres, a la que al partir regalé una capa de tisú de oro! —exclamó el rey de Francia— quisiera ver la cara que pondría el Bearnés al vernos sentados en la misma mesa. Me río sólo de pensarlo.

Y, como lo decía, se echó a reír. El duque de Guisa lo imitó y luego todos los comensales y, por fin, todos los señores que estaban en pie.

—Me parece que ya lo oigo —continuó el rey—. Seguramente soltaría alguna blasfemia gascona.

Y Enrique III repitió una de las favoritas del Bearnés, imitando el acento gascón con tanta gracia, que aquella vez las carcajadas sí fueron espontáneas.

—A propósito, sire —dijo el cardenal—. ¿Sabéis lo que hace en este momento?

—No, a fe mía. ¿Y vos, duque, lo sabéis?

—No, sire —contestó Enrique de Guisa, que aún reía—. Pero mi hermano va a decírnoslo.

—Pues bien, sire —continuó el cardenal—, ha vuelto a la Rochela, en donde presidirá la asamblea general de los protestantes.

—Algo así como los Estados Generales de los hugonotes —dijo el rey.

En cuanto se hubo apagado el murmullo de admiración que provocó la comparación del rey, Su Majestad Enrique III, añadió:

—Ya no le tememos. Que reúna tanta gente como quiera. Marcharemos contra él y, con la ayuda de Dios y la de nuestro amigo (mirando al duque), lo destrozaremos.

—Sire —dijo el duque de Guisa—, si así place a Vuestra Majestad, prepararemos la expedición.

—Ya hablaremos a nuestro regreso a París —dijo el rey—. No estaremos tranquilos mientras la Rochela esté en manos de los hugonotes.

Dicho esto, el rey bebió un vaso de vino y todos los invitados lo imitaron. Así transcurrió la cena, en la que se habló de todo, excepto de los Estados Generales para los que se había reunido tanta gente. Después de cenar hubo un juego en la gran sala de honor. Por fin, llegó el momento en que el rey se fue a acostar. Los tres hermanos Guisa se acercaron a él para cumplimentarlo y cuando el duque se inclinaba, el rey le cogió la mano y le dijo:

—Ya que somos amigos, abracémonos, primo.

Guisa recibió el abrazo palideciendo. Luego el rey, precedido por sus portadores de antorchas y escoltado por su servicio de honor, llegó a su dormitorio. Los Guisas se retiraron y los cortesanos se alejaron a su vez, uno después de otro.

Catalina de Médicis, a pesar de su edad y de sus débiles fuerzas, se quedó hasta el fin. En cuanto estuvo sola entró en el comedor y se dirigió al gabinete en donde dejara a Ruggieri. En aquel momento, en la semioscuridad, un gentilhombre se irguió ante ella.

—¡Maurevert! —exclamó la reina.

—Sí, señora —dijo Maurevert, inclinándose profundamente.

Luego se enderezó, miró a la reina fijamente y añadió:

—Es el mismo Maurevert que disparó al almirante Coligny aquel arcabuzazo que sin duda no habéis olvidado. El mismo Maurevert que os llevó al Louvre cierta noche, roja de sangre y negra de humo, la cabeza del almirante y que, por vuestra orden, señora, la llevó a Roma. Tales tiempos están lejos. Poco a poco se han borrado aquellas épocas en que todos los fieles servidores de la Iglesia y de la monarquía, arriesgaban su vida, y se han desvanecido también en la memoria de los que en el mundo tienen la misión de recordarlas. Por esta razón, señora, temía que mi fisonomía fuese desconocida para Vuestra Majestad, más veo, con placer, que no es así.

Catalina de Médicis dirigió sombría mirada al hombre que le hablaba con tan insolente familiaridad. Pero no veía a Maurevert. Veía el pasado formidable que aquel

hombre evocaba en su memoria. Por un instante volvió a vivir los terribles días en que el Sena, rojo de sangre, arrastraba los cadáveres y en que los incendios formaban en la noche y en todos los horizontes de París siniestras auroras boreales mientras en la inmensa hoguera resonaban gritos de agonía y alaridos de espanto de los perseguidos. Su pálido rostro se coloreó con furtivo rubor y su corazón empezó a latir con mayor violencia.

Profundo suspiro deshinchó su descarnado pecho bajo el negro traje que llevaba con fúnebre majestad. Por un momento bajó la cabeza como agobiada por el peso de tales recuerdos. Luego examinó atentamente a Maurevert y le dijo:

—Sí, habéis sido un buen servidor. Hicisteis mucho por mi hijo Carlos IX.

—No, señora —contestó Maurevert—. Lo hice por vos.

—Fuisteis un apoyo fiel del trono.

—No, señora, sólo fui vuestro servidor.

Catalina se quedó pensativa ante tal insistencia. Conocía bien a Maurevert y sabía que no obraba nunca sin motivo.

—¡Señor de Maurevert! —dijo de pronto—. ¿Dónde estabais el día de las Barricadas?

—Os comprendo, señora —dijo Maurevert—. Estaba con aquella turba de marineros que rechazó Crillon hasta las Casas Consistoriales. Ayudé a los parisienses en su rebelión. Soy uno de los que contribuyeron a que el rey de Francia se marchara de París. Esto es lo que, sin duda, quiere saber Vuestra Majestad.

—Señor de Maurevert —continuó la reina—, ¿qué hacéis desde el día de las Barricadas?

—He servido al duque de Guisa con toda fidelidad. He trabajado en beneficio de sus proyectos con el mismo ardor que empleé para los vuestros. Desde el día de las Barricadas, soy enemigo del rey vuestro hijo y de vos misma. ¿No es esto lo que queríais saber, señora?

—Pero ¿y antes, señor de Maurevert? ¿Qué fue de vos durante los diez años anteriores?

—Hace cosa de diez años, soy uno de los más activos propagandistas de la Liga. Soy uno de los más firmes sostenes de las pretensiones de los Lorena, y si, por azar, el rey se decidiese a hacer cortar el cuello al señor duque de Guisa, es muy seguro que yo sería, por lo menos, ahorcado.

—Veo, señor de Maurevert que continuáis siendo inteligente —contestó la reina—. Pero, en fin, supongo que no os habéis presentado a mí para probármelo.

—No, señora, porque ya sé que este extremo lo conoce Vuestra Majestad hace mucho tiempo.

—¿Qué queréis, pues? Hablad. No os recomiendo el atrevimiento, pues veo que esta noche estáis bastante atrevido. Lo único que he de recomendaros es franqueza.

—Esperaba tal orden de Vuestra Majestad —contestó Maurevert—. He aquí pues, señora, lo que he venido a deciros. Cuando exterminamos los hugonotes, cuando por

vos, por vos sola, arriesgué mi sangre y mi vida, no una, sino diez veces, sin contarlas, Vuestra Majestad se dignó hacerme algunas promesas. Esperé su cumplimiento durante seis años. Un día me coloqué a vuestro paso y vuestra mirada me dio a entender que había sido olvidado. He querido explicaros, señora, por qué me he hecho adepto de la Liga, por qué he contribuido al buen éxito de las pretensiones ostensibles u ocultas del señor duque de Guisa y por qué, finalmente, me he convertido en enemigo de la fortuna de los Valois.

—¿De modo, caballero, que habéis querido decirme todo esto? —preguntó Catalina.

—Sí, señora —contestó tranquilamente Maurevert—. Y ahora que me he desahogado, Vuestra Majestad puede llamar a su capitán de guardias y hacerme prender. Pero así sabréis que si os he hecho traición, es porque me habéis engañado y que si os he perjudicado más de lo que os figurabais, es porque olvidasteis, y no cuidasteis de pagar al más fiel y leal servidor que habéis tenido.

—¡Ah, víbora! —murmuró sordamente la reina—. Preciso es que Guisa sea terrible para que os atreváis a hablar de este modo a vuestra reina. Muy grandes servicios le habéis debido prestar para tener tal seguridad de que os libertará si os hago prender. Pero no quiero hacerlo. ¡Os echo! Habláis como un lacayo y os trato como a tal. ¡Salid!

La vieja reina, furiosa consigo misma al verse tan débil, después de haber sido tan poderosa, hizo, no obstante, un gesto de majestuosa dignidad como lo haría antaño. Pero Maurevert, después de haber saludado con una profunda reverencia, permaneció inmóvil en el mismo sitio.

—¡Cómo, caballero! —exclamó la reina con fuerte voz, con ánimo de que acudiera alguien—. ¿No habéis oído que os echo? ¿Será necesario que llame a mi gente para que os apalee?

En aquel momento se oyó una voz, al mismo tiempo grave, humilde y acariciadora, que decía:

—Señora y venerada reina, perdonadme si me atrevo a interponerme entre vuestra augusta cólera y este gentilhombre. Quedaos, señor de Maurevert, la reina os autoriza a ello.

Era Ruggieri que, desde la habitación contigua, y a través del agujero practicado en la pared, había visto y oído toda la escena. Hizo rápida seña a Catalina y ésta, cambiando de tono y de rostro, con aquella facilidad admirable que probaba cuán dueña era de sus pasiones, dijo:

—Señor de Maurevert, os perdono vuestra conducta y vuestras palabras.

Maurevert se arrodilló y dijo:

—Creo que ahora podré decir a la reina todo lo que me proponía.

Y se levantó. La reina, asombrada e indecisa, comprendía, en la actitud del astrólogo, que se hallaba en presencia de algún misterio y añadió con encantadora sonrisa:

—¿Tenéis algo que decir, querido señor de Maurevert?

—¡Oh! —exclamó Ruggieri—, es muy sencillo. Siente el no haber sido recompensado según merece.

La reina miró a Maurevert, que se inclinó.

—Y es preciso recompensar a este digno gentilhombre —añadió Ruggieri—. ¿No es cierto, caballero?

Maurevert se inclinó más aún.

—Y, sin duda, para estar más seguro de obtener una recompensa digna de vos —continuó el astrólogo—, os disponéis a ofrecer algo a la reina.

—En efecto, señor. Tengo algo para Su Majestad... lo mismo que le llevé en el Louvre el domingo por la noche de San Bartolomé.

—¿Qué? —preguntó Ruggieri, mientras la reina palidecía.

—Una cabeza —contestó Maurevert.

* * * * *

Siniestra alegría se apoderó de Catalina, que se dijo:

—«¡Una cabeza!... ¡la cabeza de Guisa! ¡Oh!, envejeczo, puesto que no he comprendido enseguida que si Maurevert se arriesgaba a hablar tanto en mi presencia, era para traicionar a su dueño».

—¡Caballero! —continuó en alta voz—. Servíos seguirme, y tú también, Ruggieri. No estará de más tu presencia.

La reina atravesó el comedor y luego el salón en que aquel mismo día el rey recibiera a los Guisas; luego bajó, no por la escalinata que daba al patio cuadrado, sino por una escalera que conducía a su habitación. Ésta, situada en la planta baja, estaba precisamente debajo de la del rey, a la que era exactamente igual.

Únicamente, en vez de dormir en la habitación que correspondía al dormitorio de su hijo, hizo instalar una cama en una pieza situada bajo el saloncito que precedía al dormitorio real. Estos detalles son útiles para comprender el desarrollo de nuestro relato.

Catalina de Médicis hizo entrar a Ruggieri y a Maurevert en un pequeño oratorio, y después de haber despedido a sus doncellas, se cercioró de que nadie podía verlos ni oírlos, y se sentó en su sillón, mientras los dos hombres se quedaban en pie.

—¿Qué queréis? —dijo la reina fijando su mirada en Maurevert.

—¡Perdón, señora! —exclamó Ruggieri interviniendo—. ¿Vuestra Majestad me permite que diga una palabra?

—Habla, fiel amigo mío. Habla; tus palabras son, generalmente, el eco de mi pensamiento.

—Pues bien —dijo el astrólogo—. Me parece que antes de preguntar a este gentilhombre lo que quiere, sería más conveniente preguntarle lo que da.

Catalina movió la cabeza afirmativamente y dijo a Maurevert:

—¿Qué queréis?

—Poca cosa, señora —exclamó Maurevert—. Me contentaré con trescientas mil libras.

—Es poco, en efecto —dijo Catalina pensativa.

—No obstante, eso me basta. Lo que traigo vale, efectivamente, un millón, y al pedir solamente trescientas mil libras, estimo en setecientos mil el placer que tengo en servir los intereses de Vuestra Majestad.

—Bueno —pensó la reina, cuya comprensión era rápida—. Parece que odias mucho a Guisa y que, en caso necesario, le harías traición gratuitamente. Ruggieri —añadió en voz alta—, busca en ese mueble y en el tercer cajón hallarás varios pergaminos. Dame uno.

Ruggieri obedeció y tendió a la reina uno de los pergaminos pedidos. Eran bonos contra el tesoro real, ya preparados de antemano, sellados con el sello de Enrique III y firmados por su mano. La reina lo llenó y la hoja estuvo redactada entonces en la siguiente forma:

Bono por la suma de quinientas mil libras, que nuestro tesorero entregará a la vista de la presente a manos del señor de Maurevert, por servicios particulares que nos ha prestado.

Catalina tendió el bono a Maurevert, el cual lo recibió con la mayor frialdad, aun después de haberse percatado de que la suma por él pedida había aumentado considerablemente.

—Señora —dijo—. Vuestra Majestad es la generosidad personificada.

Y mientras decía estas palabras se fijó en que el bono llevaba al pie las siguientes palabras:

Dicha suma es pagadera en... el... de... de...

No había el nombre de la ciudad ni la fecha y, por lo tanto, el bono no tenía ningún valor.

Catalina, que observaba atentamente a Maurevert, sonrió y dijo:

—Devolvedme ese bono, caballero. Me parece que he olvidado...

—En efecto —dijo Maurevert volviendo a colocar el pergamino sobre la mesa—. Vuestra Majestad ha omitido la fecha y el lugar en que debe efectuarse el pago.

Ruggieri, que conocía perfectamente a Catalina, así como todos los recursos de su astucia, asistía a aquella escena con la impasibilidad de un espectador que conoce ya el desenlace de la comedia que se representa.

—¿Dónde queréis que os paguen, señor de Maurevert? —preguntó la reina con encantadora sonrisa.

—Pues, en París, si así place a Vuestra Majestad —contestó Maurevert.

—En París. Bueno. Mirad: escribo pagadero en París. Falta la fecha: ¿Cuándo queréis cobrar?

—Lo más pronto posible —contestó Maurevert riendo—. Confieso a Vuestra Majestad que espero con impaciencia.

—Lo antes posible —dijo la reina—. Muy bien. Mirad: indico la fecha más cercana posible, es decir, el mismo día en que el rey podrá disponer a su antojo de la Hacienda, o sea...

Y Catalina, con las cejas fruncidas y la expresión siniestra, acabó de escribir:

Pagadera en París al día siguiente de la muerte del señor duque de Guisa.

—Catalina —dijo Ruggieri, empleando para decir estas palabras una especie de dialecto italiano, comprendido solamente por él y por la reina—. Catalina, ¿estáis loca? Pensad que este hombre puede llevar el papel al duque de Guisa, que le pagará un millón por él, y amotinará a toda la nobleza contra vuestro hijo.

—Así sería si este hombre no quisiera más que dinero, pero también quiere vengarse y me parece que por la venganza dejaría el dinero. Veo que odia en gran manera al duque. Cállate, ya le conozco.

Catalina no se engañaba. Maurevert, en aquel asunto, buscaba dos cosas: ante todo una suma de dinero bastante para expatriarse, y huir de Pardaillán en caso de que éste no estuviese muerto. Para ello había fijado a sí mismo la suma de doscientas mil libras y pidió trescientas mil; y por si ello no fuera bastante, le doblaban casi la cantidad; y, además, Maurevert, realmente quería vengarse de Guisa.

Guisa lo había humillado; Guisa, en el período en que buscaba a Violeta, tuvo para Maurevert un trato insolente, una desconfianza insultante, y una serie de precauciones sospechosas, capaces de inspirar odio terrible. Catalina, pues, lo había juzgado admirablemente.

Maurevert leyó sin sorprenderse las palabras que Catalina acababa de escribir. Tomó el bono, lo dobló fríamente y, guardándolo en el bolsillo de su jubón, dijo:

—Doy las gracias a Vuestra Majestad. La fecha que indica me conviene perfectamente.

—¿Os parece que es cercana la fecha? —preguntó la reina.

—¡Oh! Eso no depende de mí, señora, porque yo no soy Dios para decretar la muerte de Guisa, ni tampoco rey para mandarlo al cadalso.

—¡Al cadalso! —exclamó sordamente Catalina palideciendo.

Ruggieri, mirando a Maurevert, le dijo:

—Explicaos claramente. No se trata de...

—¿De un arcabuzazo como el que disparé a Coligny? —preguntó Maurevert—. De ningún modo. Por esta razón, en vez de poner pagadero al día siguiente de la muerte de Guisa, Vuestra Majestad puede poner pagadero al día siguiente de la

ejecución del señor de Guisa.

—¡Maurevert! —exclamó la reina—. ¿Tenéis acaso el medio de dirigir al duque una acusación formal? Hablad, amigo mío. Os olvidé antes, pero si hicierais tan buen servicio a mi hijo, os daría bastante más de las quinientas mil libras. ¿Comprendéis?

—Comprendo, Majestad, pero me contentaré con lo que me habéis ofrecido. Fáltame tan sólo entregaros un papel a cambio de otro. Me habéis dado un bono por quinientas mil libras y yo, a mi vez, os voy a dar un bono por una cabeza. Leed esto, señora.

Diciendo estas palabras sacó de su bolsillo una carta que entregó a la reina Catalina. Ésta la miró ávidamente y murmuró:

—Es letra de Guisa.

Catalina y Ruggieri se inclinaron al mismo tiempo sobre la carta que estaba encima de la mesa. Sus dos cabezas, que se tocaban casi, formaban, en la penumbra, uno de aquellos cuadros que únicamente Rembrandt hubiera sido capaz de reproducir. Y aquel espectáculo habría impresionado a cualquier otro que no fuese Maurevert. He aquí lo que contenía la mencionada carta:

Señora:

Me habéis convencido tan absolutamente, que no quiero esperar un minuto para ejecutar el admirable plan que habéis desarrollado de un modo tan admirable. Por esta razón no iré a Blois dentro de un mes o dentro de ocho días, sino que hoy mismo me dirijo allí.

En Blois tendré el honor de esperaros para apresurar los sucesos que espero con igual ardor: La muerte de quien sabéis y la unión de los dos poderíos que ya conocéis.

Enrique, duque de Guisa... de momento.

Esta carta era la misma que Guisa entregara a Maurevert para Fausta. Maurevert, como recordará el lector, había copiado la carta y entregado la copia, perfectamente imitada, a Fausta, guardándose el original para sí. La firma «*Enrique de Guisa... de momento*» constituía una confesión escapada a la prudencia del duque. Tales palabras aclaraban el resto de la carta. «*El que vos sabéis*» era el rey.

Cuando Catalina hubo releído esta carta, no para descifrar el sentido, que le parecía muy claro, sino para descubrir la posibilidad de abrumar al duque con una acusación preguntó:

—¿A quién iba dirigida esta carta?

—A la princesa Fausta —contestó Maurevert.

—¿De modo que no la ha recibido?

—Sí, señora. La princesa Fausta recibió esta carta o, mejor dicho, una copia bastante bien imitada. Catalina lo contempló admirada.

—¿Estáis seguro de que nadie, excepto vos, ha leído la carta?

—Completamente seguro, señora.

Catalina apoyó el codo sobre la mesa y, con la cabeza en la mano y los ojos fijos en el papel, empezó a reflexionar.

—¡La princesa Fausta! —murmuró por fin.

¿En qué pensaría al pronunciar este nombre?

XXVI - Pardaillán en el convento

DEJAREMOS a Catalina de Médicis sumida en sus reflexiones, reservándonos para luego el relato del resultado que tuvo la traición de Maurevert, iremos con la mágica rapidez del pensamiento desde Blois a París.

Han transcurrido algunos días desde la partida del duque de Guisa. París estaba inquieto.

En el palacio de Fausta, cosa de doce días después de la partida de los Lorena, se produjo algún movimiento. Fausta leyó la carta que Guisa le hizo entregar por Maurevert y formó la resolución de reunirse al duque en Blois. En ello vio doble ventaja: ante todo vigilar de cerca al que iba a ser rey de Francia, y animarlo, en caso de que no estuviera decidido a llevar a cabo el plan convenido. Además, se proponía ocultar al duque aquella debilidad en que estaba sumida desde la traición de Rovenni.

Todo estaba dispuesto para el viaje. Una litera esperaba ante la puerta, así como doce hombres que, reclutados poco tiempo antes, podían servirle de escolta. Desde hacía cuatro días, dos criados de confianza habían marchado hacia Blois, a preparar las habitaciones de la soberana. Fausta subió en la litera, con sus dos doncellas Myrthis y Lea, las cuales emprendieron felices aquel viaje, que les permitía salir, aunque fuese por pocos días, de la vida monótona del sombrío palacio.

En el momento de la partida, Fausta dirigió una mirada a aquel palacio en donde tanto había pensado, sufrido, calculado y combinado la más formidable de todas las conspiraciones. La imagen de Pardaillán pasó por su sombrío espíritu, pero movió la cabeza diciéndose contenta que ya estaba libre de él, puesto que había muerto.

Por fin dio la señal de marcha, apartó la mirada de aquel palacio en que tantas cosas habían sucedido y con el corazón oprimido por vago presentimiento, dejó caer las cortinillas de la litera. Una hora más tarde, Fausta y su escolta se hallaban en el camino de Blois.

* * * * *

En la misma hora en que Fausta salía de París por la puerta de Notre-Dame des Champs, después de una corta parada en el convento de los Jacobinos, situado en la vecindad de aquella puerta, el caballero de Pardaillán entraba nuevamente en la ciudad por la puerta de Saint-Denis, es decir, por el extremo opuesto.

Había regresado, a pequeñas jornadas, de Gravelinas, de donde salió después de estar seguro de que el conde Luigi curaría de su herida. En Amiens, Pardaillán se detuvo dos días. El caballero experimentaba una especie de laxitud, no del camino o de las aventuras a que, según él decía, lo impulsaba su destino, sino de la soledad de que estaba rodeado. Era una soledad de cuerpo y alma, porque estaba solo en el mundo.

En suma, sentía interés por dos cosas. Ante todo por vengarse de Maurevert, pues habría sentido grandísimo disgusto de morir sin haberle sido posible aplastar a aquella víbora. Luego deseaba hacer entrar en la garganta del duque, con ayuda de su buena espada, los insultos que Guisa profirió contra él el día en que el caballero se le rindió para salvar a Rosa.

Fue, pues, en un momento de indecisión, cuando el caballero se detuvo en Amiens. Tendido en la cama de la mísera habitación de una posada, pensaba:

—Supongamos que venza a Maurevert, a Guisa y a Fausta. ¿Qué haré luego?

Ésta era la cuestión. ¿Qué haría de su vida?

Y la contestación era, realmente, difícil, pues Pardaillán no podía darla.

Se aburría, y esto porque la antigua cicatriz de su corazón no estaba cerrada aún.

—¿Qué haré? ¿Dónde iré? ¿Pediré hospitalidad al duque de Angulema y envejeceré para enseñar a manejar la espada a los hijos de Violeta? ¡Hum! Es una perspectiva poco agradable y, además, las personas felices son fastidiosas. ¿Iré a envejecer al lado de Rosa?

Durante unos momentos Pardaillán continuó con los ojos fijos en el techo y luego continuó:

—Después de todo quedan en Francia muchos caminos y en ellos grandes árboles, sol, aire y lluvia.

Y éste fue el último proyecto que formó. Para él la vida errante tenía sus encantos y le hizo sonreír.

Cuando Pardaillán reanudó el camino hacia París, sólo había decidido una cosa. Habíase propuesto vigilar de cerca la conducta de Guisa. Al llegar a París lo primero que supo fue la salida del duque hacia Blois. Y, por lo tanto, decidió ir allí.

Pero, sin duda, una nueva idea atravesó su espíritu y le hizo cambiar de intención. Únicamente evitó pasar por la calle de Saint-Denis, para no verse detenido a su pesar en «La Adivinadora».

Se dirigió entonces hacia el convento de los Jacobinos y, una vez allí, detuvo su caballo ante el pórtico, echó pie a tierra, y ató el corcel a una anilla de la pared. Luego levantó el llamador.

Se entreabrió el ventanillo, a través del cual el hermano portero le preguntó qué se le ofrecía, y le informó, asimismo, de que en el convento no se recibía a los peregrinos ni a los viajeros, cosa que era verdad.

Pero Pardaillán contestó que no iba a hacer una novena ni a pedir hospitalidad, sino sencillamente a visitar a un reverendo padre. Contestó el portero que estaba prohibido a los monjes toda comunicación con los laicos, cosa que no era cierta. Por fin, Pardaillán acabó por pronunciar el nombre de Jacobo Clemente y entonces el portero, con un apresuramiento que pareció extraño a nuestro héroe, abrió la puerta y le rogó que entrase:

—¿Y mi caballo? —preguntó Pardaillán.

—No tengáis cuidado, porque ese noble animal será llevado a la cuadra con los

caballos de nuestro muy reverendo prior.

—¡Amén! —contestó el caballero echándose a reír.

—Servíos esperar en este locutorio —añadió el fraile—. Haré avisar a nuestro hermano Jacobo Clemente.

Y el portero partió apresuradamente, dejando al visitante bajo la vigilancia de un hermano que le ayudaba en sus funciones. Pero no fue a la celda de Jacobo Clemente, sino a las habitaciones del prior Bourgoing, a quien dijo que un laico, un hombre de guerra, quería ver al hermano Clemente.

Bourgoing no dudó un momento de que aquel visitante era un hombre encargado de conferenciar con Jacobo Clemente acerca de la gran obra, es decir, del asesinato de Enrique III. Dio, pues, la orden, no de hacer salir al locutorio al hermano Clemente, sino de conducir al caballero a la celda del reverendo. El digno prior se prometió, además, ir a examinar de cerca a aquel desconocido y asistir, sin dejarse ver ni oír, a la entrevista que tendría con Clemente.

Es preciso añadir que tales idas y venidas no llamaron la atención de Pardaillán, pues no se fijó en ellas. Cuando el hermano portero volvió para anunciarle que se le concedía la autorización para entrar en el convento y que iba a ser conducido a la celda del reverendo, se limitó a dar las gracias con un gesto y echó a andar en seguimiento del fraile que lo conducía. Después de varias vueltas y revueltas, el fraile se detuvo ante la entreabierta puerta de una celda, y dijo:

—Es aquí. Podéis entrar, hermano.

Pardaillán empujó la puerta, entró y vio a Jacobo Clemente sentado ante una mesita y escribiendo. Jacobo Clemente, como ya hemos dicho, gozaba de favores y libertades desconocidas de los otros frailes. Especialmente podía escribir a quien quisiera, y tenía en su celda tinta y papel.

Cuando el caballero entró se volvió el monje, y al verlo ocultó precipitadamente en su libro el papel en que escribía. Vivo carmín tiñó sus pálidas mejillas. Se levantó y avanzó hacia Pardaillán con las manos tendidas.

—¡Alabado sea Dios! —dijo alegremente.

—¡Pardiez! —dijo Pardaillán estrechando las manos del fraile—. Es bastante difícil llegar hasta vos. ¡Uf! ¿Permitís que me instale?

Se desciñó la espada, se sentó en el borde de la cama y, dirigiendo una escrutadora mirada a su alrededor, dijo:

—¿Cómo podéis vivir aquí? Es una tumba anticipada para los hombres como vos, que toman las cosas demasiado a lo vivo. ¿Por qué no imitáis a vuestro digno cofrade, el hermano portero? He aquí uno que tiene un rostro tan alegre, que da ganas de enterrarse en un convento.

Clemente sonrió con amargura.

—Querido amigo —dijo—, me hacéis el mismo efecto que un rayo de sol que entrara en una tumba. Desde que habéis venido todo parece más alegre. ¡Se está tan triste aquí!

—¿Pues por qué estáis?

—No lo he querido yo así. Educado como he sido en un convento, he vivido en él como la hiedra en el árbol a cuyo pie ha nacido. No hago más que seguir mi destino, caballero.

—¿Qué hacíais cuando yo entré? —preguntó Pardaillán.

Jacobo Clemente volvió a ruborizarse.

—Bueno, bueno —dijo el caballero—. No quiero enterarme de vuestros secretos.

Pero, al mismo tiempo, dirigió una mirada hacia la parte inferior de la hoja que salía del libro, y sonrió admirado.

—¡Versos! —exclamó—. No me habíais dicho que fueseis poeta.

En efecto, eran versos lo que escribía el fraile y, al oír las palabras de Pardaillán, se quedó confuso.

—¡Caramba! —exclamó el caballero, que, sin cumplido alguno, leía el papel después de haberlo tomado—. ¡Qué celo... religioso! Porque supongo que el amor de que aquí se habla, no puede ser más que el amor de Dios y de María. Y... ¿quién es esta María?

El fraile había palidecido.

—Me distraigo a veces —balbució—, en estos entretenimientos profanos.

El caballero miraba el papel en todos sentidos. De pronto murmuró, estremeciéndose:

—María de Montpensier. ¡Ah, ya! ¿Hacéis estas declaraciones inflamadas a la duquesa de Montpensier?

Pardaillán se quedó pensativo algunos instantes, diciéndose para sus adentros:

—Ahora comprendo la razón del odio contra Enrique III. Ya sé quién ha inducido a este desgraciado a que mate al rey. Tomad —añadió en voz alta, devolviendo el papel a Jacobo Clemente—. No entiendo mucho de poesía, pero encuentro estos versos admirables y creo que la persona a quien van dirigidos será de mi opinión.

El fraile tomó la hoja de papel y la ocultó en su seno.

—Veamos —dijo el caballero—. Supongo que ya habréis abandonado aquellas terribles ideas que os trastornaban, cuando os encontramos en Chartres.

—¿Qué ideas? —murmuró el fraile.

—Pues, por ejemplo, la de...

Y Pardaillán imitó el gesto del hombre que da una puñalada.

—¿Os referís —dijo Jacobo Clemente en voz baja, pero firme y tranquila— a mi resolución de matar a Valois?

—Sí —dijo Pardaillán, asombrado de aquella tranquilidad.

—¿Por qué queréis que haya renunciado? Valois morirá. Por vos y por la infinita gratitud que os debo, he retrasado la ejecución de mi proyecto. Pero ya llegará la hora.

Pardaillán se estremeció. En la actitud y la voz del fraile había una resolución inquebrantable. El fraile sentíase movido, no sólo por el odio, sino por un sentimiento

extraño, en que había algo de religioso. El caballero comprendió que no le sería posible hacer vacilar tal resolución. Por otra parte, ¿con qué derecho? ¿Qué le importaba el rey de Francia?

—Pardaillán —dijo Jacobo Clemente—. Me pedisteis que esperase. Me dijisteis que os era útil la vida del rey de Francia hasta el día en que Guisa no pudiera aprovecharse de su muerte. No he tratado de indagar vuestra intención. Y, si tuvierais necesidad de mi ayuda para hacer vivir a Valois, os la prestaría con gusto para que logrased vuestro objeto. Pero, a vuestra vez, cuando vuestros designios sobre Guisa se hayan cumplido, dejadme seguir mi destino. La madre del rey mató a la mía y, por lo tanto, el hijo de Alicia matará al de Catalina. Y nada habría podido salvarlo si vos no me hubieseis pedido la vida del rey. ¿Acaso venís ahora a decirme que ya no os interesa su vida?

—No —contestó Pardaillán—. Aún no.

En aquel momento el prior Bourgoing entró en el comedor, al cual se abrían las puertas de las celdas, y con pasos quedos se acercó lo suficiente para oír lo que se decía en la celda de Jacobo Clemente.

—Pues esperaré —decía éste—, y las palabras que me diréis al juzgarlo oportuno, serán la sentencia de muerte de Valois.

—Es lo que me figuraba —pensó el prior—. Este gentilhombre forma parte de la expedición, y es, sin duda, el que ha de guiar a Jacobo Clemente.

—Veamos —añadió Pardaillán—. He venido para haceros una proposición, que creo os convendrá.

—Explicaos —dijo el fraile sonriendo.

—Es la de que me acompañéis a Blois, adonde me voy ahora.

—Perfectamente —pensó el prior desde su escondite.

—¡A Blois! —exclamó Jacobo Clemente.

—Sí. Figuraos, querido amigo, que hace algún tiempo me aburro mucho y, para distraerme, he hecho algunos viajes. Ante todo me fui a Dunkerque y luego he vuelto, porque me cansaba el viajar solo. Entonces pensé en que tal vez querríais hacerme compañía.

—¡A Blois! —repitió Jacobo Clemente.

—Sí, a Blois —contestó el caballero—. ¿Y por qué a Blois?, me preguntaréis tal vez. Pues porque en la actualidad Blois es la ciudad más divertida del reino. Por de pronto allí se ve al rey.

—¡Bravo! —exclamó para sí el prior Bourgoing, cada vez más persuadido de que el caballero trataba de arrastrar al monje a la ejecución del esperado proyecto.

—Además —continuó Pardaillán—, se ve allí a toda la nobleza del reino, reunida para los Estados Generales, sin contar los señores del tercer estado y del clero. Por fin se ve al señor de Guisa, al grande, al ilustre señor de Guisa.

—¡Qué simpático es este gentilhombre! —pensó el prior Bourgoing.

—Y acompañando al señor duque de Guisa, gran número de caballeros

sumamente amables. El señor de Maineville, el señor de Bussi-Leclerc, el señor cardenal, el señor de Mayena, y sin contar muchas nobles y hermosas damas, como la duquesa de Montpensier.

El caballero dijo estas últimas palabras con una carcajada. Jacobo Clemente palideció, cogió la mano del caballero y murmuró con apagada voz:

—¿Estáis seguro de que esta dama que decís...?

—¡Está en Blois! ¡Caramba! ¿Dónde queréis que esté? No en este convento, me parece. Vamos, dejaos llevar por mí. Nos distraeremos uno a otro; pero, ahora que caigo, tal vez no tendréis libertad de salir.

En aquel momento apareció el prior sonriendo con benevolencia.

—¿Y qué, querido hermano, estáis contento? ¿Y vos, caballero, estáis satisfecho de la visita?

—Mil gracias, digno padre —contestó Pardaillán.

—¿Y vos, hermano mío? Sí, ya veo que estáis contento. Estoy seguro de que este gentilhombre ha debido daros buenos consejos. Es necesario seguirlos, hijo mío, y escuchar a este gentilhombre.

—Pero, reverendo padre... —murmuró Jacobo Clemente.

—No hay pero —contestó Bourgoing—. Estoy seguro de que este caballero os ha dado excelentes consejos.

—A fe mía, reverendo padre —dijo Pardaillán algo asombrado—, le proponía sencillamente hacer un viajecito.

—Excelente consejo —exclamó Bourgoing—, ¿pero hacia qué lado? Éste es el punto más importante.

—Le aconsejaba ir a Blois.

—Admirablemente aconsejado. El aire de Blois es sublime. Por lo menos así me lo han asegurado. Además, nuestro querido hermano está enfermo... muy enfermo... Necesita un aire puro y vivificante.

—Esto es lo que yo le decía —observó Pardaillán.

—Y yo le ordeno que lo haga. ¿Oís, hermano? Os ordeno seguir rigurosamente todos los consejos de este gentilhombre. Haced, pues, inmediatamente, vuestros preparativos de marcha. Yo voy a mandar que ensillen mi mejor caballo de viaje. Recibid mi bendición, hermano, y vos también, señor caballero.

Y el prior Bourgoing, dejando al caballero estupefacto, se apresuró a salir, murmurando:

—Se acerca el gran día.

Pardaillán se echó a reír.

—A fe mía —dijo— he aquí el fraile más agradable que he conocido. ¿Es vuestro superior? Pues os felicito por tenerlo tan bueno. ¿Así, pues, nos marchamos?

—Sí —dijo Jacobo Clemente algo tembloroso.

—¿Y vamos juntos a Blois?

Jacobo Clemente se puso más pálido e hizo un signo afirmativo.

Media hora más tarde, en el locutorio del convento, apareció el fraile con el mismo traje de caballero que llevara a su regreso de Chartres. Ante la puerta del convento, había un caballo ensillado junto al de Pardaillán. Y los dos amigos partieron juntos.

XXVII - Matar o morir

TAL VEZ PARDAILLÁN tenía algún propósito oculto al llevarse a Jacobo Clemente a Blois. Lo cierto es que salieron juntos de París y tomaron enseguida el camino de Chartres, para, desde allí, ir al objeto de su viaje.

No hacía una hora que habían salido del convento de los Jacobinos, cuando de él salió otro caballero, el cual no era otro que el hermano portero en persona que, montado en una mula excelente, se dirigía a Blois por su cuenta o, mejor dicho, por la del prior Bourgoing.

El fraile, bajo el hábito, llevaba una carta dirigida a la duquesa de Montpensier. Por pura precaución el prior recomendó al digno portero que no tomase la delantera a los dos caballeros, que seguirían el mismo camino que él. Tal recomendación era, por otra parte, inútil, según pensaba Bourgoing, porque era poco probable que el fraile, con su mula, pudiera reunirse con Jacobo Clemente y su compañero, que iban montados en buenos caballos.

Dejaremos a Jacobo Clemente y Pardaillán y al hermano portero en su mula, que continúen el camino y volvamos a Blois, a la habitación del rey. La escena que vamos a relatar, tenía lugar una semana después de que Maurevert entregase a Catalina de Médicis la carta de Guisa, a cambio de las quinientas mil libras.

Durante toda aquella semana, la reina había reflexionado, vacilado, estudiado de cerca la actitud de los Guisas, y tratado de sorprender en sus rostros el crimen que meditaban.

Aquel día, pues, era el domingo doce de noviembre. Espesa niebla subió del Loira al asalto de la colina en la cual se extienden las calles de Blois. Había habido descanso, es decir, que los diputados no se reunieron como de costumbre para continuar la elaboración del nuevo régimen que se quería arrancar al rey. En las calles de Blois no se veía a nadie. Por el contrario, el castillo estaba lleno de señores, así como las habitaciones del rey.

Un correo acababa de llegar de La Rochela, con gran asombro de los cortesanos realistas o guisardos, unidos por su odio común contra los hugonotes. ¿Qué podía querer el Bearnés?

Como prueba de confianza y grande amistad, el rey había abierto ante todos la misiva de Enrique de Navarra y la leyó en alta voz. En resumen, el Bearnés, hablando en nombre de los protestantes reunidos en La Rochela, hacía una petición doble:

Primero, pedía que se restituyesen a los hugonotes los bienes que se les habían confiscado; segundo, reclamaba para ellos la libertad de conciencia.

Una vez hecha esta lectura, como ya hemos dicho, en alta voz, por el rey en persona, fue acogida por gritos, risas y amenazas contra el mensajero, el cual, muy tranquilo y con gran dignidad esperaba la respuesta. Por opinión unánime, la primera de estas dos peticiones fue juzgada impertinente y la segunda extravagante.

—¿Qué debo contestar al rey, mi señor? —preguntó el hugonote, en cuanto se

hubo calmado la tempestad de risas y amenazas.

—Decid al rey de Navarra —contestó Enrique III— que reflexionaremos acerca de las cuestiones que nos somete y en cuanto hayamos tomado una decisión, monseñor de Guisa, teniente general de nuestros ejércitos, le llevará nuestra respuesta.

Estas palabras originaron furiosas aclamaciones. Era la guerra declarada a los hugonotes y conducida por Guisa, el sostén de la Iglesia.

Tal respuesta debía acarrear incalculables consecuencias.

En efecto, después de haberla recibido, fue cuando Enrique de Navarra emprendió la campaña con su ejército, resuelto a conquistar con las armas en la mano lo que le rehusaban por las buenas.

En cuanto a su mensajero, se inclinó fríamente ante Enrique III y volviendo la espalda, atravesó los grupos de burlones o curiosos, con tal aire de amenaza en los ojos, que todos le cedieron el paso. Diez minutos más tarde, sin descansar, volvía a montar a caballo en el patio cuadrado y salía de Blois. El mensajero se llamaba Agrippa d'Aubigné.

He aquí lo que había ocurrido aquella tarde de noviembre.

El rey, con muy buen humor, gracias a las aclamaciones que acogieron su respuesta, se quedó hasta las diez hablando preferentemente a los gentilhombres de la Liga y prodigando toda suerte de caricias al duque de Guisa. Por fin se dio la señal de retirarse y todo el mundo dejó las habitaciones reales. El rey, en la suya, estaba acompañado por su criado, que preparaba algunos detalles para dejar la cama en disposición de acostarse. Cuando tales preparativos estuvieron listos, cosa que no era de tan poca importancia como parece, el rey, envuelto en una amplia bata, despidió a su ayuda de cámara, diciéndole que lo llamaría para apagar las luces.

En aquel momento entró la reina madre, y Enrique III, que siempre miraba aburrido la posibilidad de una conversación con ella, no pudo contener una mueca de fastidio.

—Pero, señora —dijo sin tomarse la molestia de disimular—, iba a acostarme después de haber examinado un poco las peticiones de los parisienses. Es inconcebible todo lo que piden. ¡Ah, miserables! ¡Dejad que yo entre en París con un buen ejército!

Catalina de Médicis se sentó silenciosamente. Y es cierto que con su traje negro, su cabeza pálida y sus ojos grises de extraño brillo, se asemejaba bastante a un fantasma. Al ver cómo se sentaba, Enrique III se echó malhumorado en un sillón, como dando a entender que estaba dispuesto a apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

—Enrique —dijo la anciana reina con voz dolorida y temblorosa—, muy pronto yo no existiré y la muerte os habrá librado de mí. Entonces, tal vez me echaréis de menos y quizá recordaréis a vuestra madre que velaba por vos y se exponía a vuestros bufidos. Entonces probablemente haréis justicia al sentimiento que siempre me ha

guiado y que es un cariño indescriptible, toda vez que vuestra ingratitud no ha podido atenuarlo.

—Ya sé que me queréis, madre —dijo Enrique III con voz acariciadora.

—¡Madre! —repuso Catalina—. Pocas veces me llamáis así, Enrique, aun cuando sabéis lo que me gusta. Sí, os quiero y mucho. Pero vos, Enrique, no me queréis. Me soportáis con impaciencia y he de confesar que he hallado siempre más cariño en Carlos y en Francisco, a los que no amaba tanto, como sabéis. Y, no obstante —añadió con voz sorda— los dejé... morir... por querer daros el trono a vos.

Catalina inclinó la cabeza y en voz baja, que casi no se oía, añadió:

—Éste es mi castigo. Hace dieciséis años que sufro en cada momento de mi vida. Sufro de ver que inspiro miedo a mi hijo, a mi querido Enrique. ¿Sabéis la primera palabra que me dijo vuestro padre al casarse conmigo?

—No, señora, pero me figuro que sería una palabra de amor —contestó Enrique bostezando.

—Yo era joven... casi una niña. Llegaba de Italia, alegre en extremo ante la esperanza de ver París y de ser la reina en el hermoso país de Francia. Yo era hermosa y llegaba decidida a amar con todo mi corazón a aquel esposo que era tan gran rey y, según se decía, tan amable. Una sonrisa, una palabra de amor, habrían hecho de mí la mujer más sumisa y más feliz. Nos casamos y cuando estuvimos solos en la cámara nupcial, vi, estremeciéndome dulcemente, que vuestro padre se acercaba a mí. Me parece verlo. Iba vestido con un traje de seda blanca. Se acercó a mí y me examinó atentamente. Yo casi desfallecí.

Y cuando me hubo examinado bien, se inclinó hacia mí y me dijo: «*Señora, oléis a muerto*».

Enrique III palideció. Catalina de Médicis levantó la cabeza, en que sus ojos brillaban extraordinariamente.

—Y vuestro padre salió de la cámara nupcial —añadió—. Mi vida fue muy triste, hasta el día en que el lanzazo del señor de Montgomery me hizo viuda. Pues bien, Enrique, mi vejez es tan triste como lo fue mi juventud.

—¡Madre! —exclamó Enrique III.

Catalina lo detuvo con un gesto.

—Ya sé cuáles son vuestros sentimientos. Evitao todo fingimiento. Vuestro padre ya me lo dijo, huelo a muerto, y toda mi vida se ha resumido en esta pregunta, que todos los días me he hecho yo misma: ¿Matar o morir?

—¿Qué queréis decir? —exclamó Enrique, dominado por el terror que le inspiraba su madre.

—Quiero decir que toda mi vida me he visto obligada a matar para no ser muerta. He tenido que matar para que no murieran los que yo amo, para que no murierais vos, hijo mío.

Entonces Enrique III no trató de disimular el espanto que se apoderaba de él.

—¿He de morir, pues? —dijo con estrangulada voz—. ¿Acaso quieren matarme?

—Tal vez lo habrían hecho ya cien veces si yo no estuviera aquí. Y ahora la terrible pregunta se yergue ante mí. Si os matan, hijo mío, moriré. Así, pues, para mí continúa subsistiendo siempre el mismo dilema: matar o morir.

Enrique III empezó a temblar, porque su madre ya no lo fastidiaba, sino que lo espantaba. Todo aquel misterio de que se rodeaba Catalina y que le daba apariencia de sibila, aquellas palabras de terror y de muerte que pronunciaba con fúnebre voz, producían terrible impresión en el rey.

—Así, pues, hijo mío, es preciso decidirnos nuevamente por uno de los dos extremos. ¿Queréis matar o preferís morir? ¡Escoged!

—¡Por Nuestra Señora! —exclamó Enrique, haciéndose la señal de la cruz—. Explicaos, madre.

—Ya os lo explico; si no estáis decidido a matar, tendréis que prepararos a morir.

—¡Matar! ¿Pero a quién?

—A los que quieren vuestra muerte.

—¿Y quiénes son éstos? —preguntó el rey.

—Leed —contestó la reina madre.

Catalina sacó un papel de entre los velos negros que la cubrían y lo tendió a Enrique, que lo cogió con avidez, se acercó a una antorcha y empezó a leer. Era la carta que Maurevert entregara a la reina. Cuando hubo terminado su lectura, Enrique se volvió hacia su madre. Estaba lívido y sus manos temblaban.

—¿De modo —exclamó—, que Guisa quiere asesinarme a pesar de su juramento de fidelidad? Es lo que se desprende de esta carta. Esta muerte de que aquí se habla es la mía, ¿verdad?

Catalina hizo un gesto afirmativo.

—¿Quién os ha entregado esta carta? —preguntó Enrique.

—Un servidor de Guisa, un traidor, porque a su alrededor hay traidores, como nosotros los hemos tenido. El señor de Maurevert.

—Es preciso recompensar a ese hombre, señora.

—Ya está hecho.

—¿Y desde cuándo tenéis esa carta? —preguntó el rey, en quien el espanto se transformaba en cólera.

—Desde hace ocho días —contestó Catalina.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando se mordió los labios. En efecto, el rey exclamó:

—¡Ocho días! La carta es, pues, anterior al juramento de amistad.

—Sí —contestó Catalina—, ¿pero qué importa? Si creéis que Guisa ha tenido intención de mataros, ¿qué importa cuándo fue? ¡Ah, tened cuidado! Ya veo que disipáis vuestro miedo y vuestra cólera. ¡Insensato!, tened cuidado, os digo. Si no queréis morir, es preciso matar.

—Señora —dijo fríamente Enrique III—. No hay motivo de sospecha. Nada en esta carta prueba positivamente que el duque haya podido concebir tal fechoría. Y de

haber sido así, el juramento lo borra todo. ¿Acaso yo no he querido matarlo también? Ello no me impide, sin embargo, cumplir de buena fe mi juramento. Es imposible que un hombre que esté en su cabal juicio se exponga a la venganza que, seguramente, lo alcanzaría si faltaba al juramento prestado ante le Santo Sacramento y el Evangelio. La tierra se hundiría bajo sus pies, y el cielo mataría de un rayo al impío.

Catalina se estremecía.

—¡Ciego! —murmuró—. ¿De modo que no queréis creerme, hijo mío?

—Creo —dijo Enrique con firmeza— que vuestro cariño os hace injusta. ¿Creéis, señora, que siento gran amistad por el duque o que creo en la suya? No, lo sufro, y esto es todo. Si quiero entrar en París como rey, debo someterme hoy para tomar más tarde mi venganza. Vos misma me habéis enseñado mil veces esta política. En cuanto a suponer un solo instante que pudiera ser perjuro, esto, señora, es completamente imposible.

—Y si yo os lo probase, Enrique, y si os trajese la prueba de que tanto hoy como antes del juramento, el duque intenta mataros, ¿qué haríais?

—En tal caso ¡desgraciado de él!, porque yo sería el rayo del cielo, y no sólo creería guardarme, sino vengar la Majestad Divina al herirlo. ¿Qué haría? Reuniría inmediatamente a los más valientes de mis gentilhombres y les diría: Id, y no volváis sin su cabeza.

—Sire —dijo Catalina, levantándose—. Os pido tres días y pasados que sean os traeré la prueba.

—¡Desgraciado de él sí es verdad! —repitió el rey.

—He aquí lo que nos conviene, Enrique. Si os pruebo que Guisa es perjuro y quiere mataros y que debéis matar para no morir, es necesario acariciarlo más que nunca. Es necesario emplear la astucia, tener paciencia y esperar el momento favorable para preparar con tiempo nuestras redes, a fin de que ninguno de los suyos se nos escape. Sire, es necesario hacer otra jornada de San Bartolomé. Los tres Lorena han de morir para que vos sigáis viviendo. Los jefes de la Liga han de morir, así como todos esos insolentes ligueros que se os burlan en la cara. Dejadme hacer. Yo lo prepararé y lo combinaré todo. Bastará con que en el último momento deis la orden y hagáis la señal. Adiós, hijo mío, y medita mis palabras. Ya que se trata de sembrar la muerte a nuestro alrededor, dejadme obrar.

Mientras hablaba, Catalina retrocedió hacia la puerta, de modo que, al decir las últimas palabras, pareció borrarse y desvanecerse en la sombra. En aquel instante, en el gran silencio que reinaba en el castillo de Blois, el reloj empezó a dar las horas.

Enrique, con los cabellos pegados a la frente por el sudor, las contó:

—¡Las doce de la noche! —murmuró luego.

En aquel momento un grito ahogado llegó a los oídos de Enrique III. Un ruido lejano, semejante al grito de agonía de un hombre a quien matan. Los cabellos de Enrique se erizaron. Se quedó inmóvil en el mismo sitio, lleno de angustia y escuchó, pero el gemido no se repitió. El triste silencio de noviembre envolvía todas las cosas,

como si las neblinas del Loira hubiesen almohadillado toda la ciudad y el campo. En el castillo el silencio era más profundo todavía, y nadie parecía inquietarse por aquel grito humano, lleno de angustia.

Supersticioso terror se apoderó del rey. Le Pareció que él mismo había exhalado aquella queja y que lo degollaban a él. Débil suspiro deshinchó su pecho, y se desvaneció sobre el sillón.

XXVIII - Los fosos del castillo

EL MISMO DOMINGO, cuya noche acabamos de describir, mientras tenían lugar los acontecimientos referidos, se desarrollaba una escena muy distinta en otra parte de la ciudad.

A las cuatro y media, es decir, hacia el crepúsculo, un fraile, jinete en una mula, se acercaba al trote corto a la puerta de la ciudad. Aquel fraile no era otro que el hermano portero del convento de los Jacobinos, a quien el prior Bourgoing encargara una misión de confianza para la duquesa de Montpensier.

El hermano Timoteo había servido más de una vez de mensajero al prior Bourgoing y en su hoja de servicios constaba más de una expedición. Era un antiguo reitre^[3], que había hecho las guerras religiosas, y, por esta razón, conservaba aún las aficiones al saqueo, que tan queridas le fueron en los tiempos de su juventud.

El hermano Timoteo, pues, montado en su mula, hizo el viaje a Blois en siete días, es decir, sin apresurarse mucho. Por una parte, porque le habían recomendado no adelantarse a Jacobo Clemente, y luego porque había hecho numerosos altos en las posadas del camino, sobre todo en aquéllas en que las criadas estaban dispuestas a contestar a sus groseras bromas.

Cuando llegó, por fin, a la vista de Blois, una brumosa tarde de noviembre, el sol acababa de ponerse y la noche llegaba rápidamente, de modo que entró en la ciudad cuando se disponían a cerrar las puertas. Una vez hubo entrado, echó pie a tierra y llevando a la mula por la brida, anduvo por las calles al azar, en busca de una posada que le conviniera.

Nuestro hombre divisó una que estaba colocada por su enseña bajo la protección de San Mateo, y esta protección debía ser muy eficaz a juzgar por el número de gentilhombres que había en el interior, por la actividad que reinaba en la sala principal, por el alegre ruido de los cacharros, y por los aromas que se desprendían de la cocina. El fraile se acercó aspirando tales perfumes, tan queridos a los viajeros hambrientos.

Pero, mirando a través de una ventana del piso bajo dio un suspiro al observar que aquella posada no convenía, de ningún modo, a un pobre fraile.

Alrededor de las mesas, cargadas de fuentes humeantes y de grandes jarras de vino, estaban sentados una cuarentena de gentilhombres, jurando, pellizcando a las criadas y riendo a carcajadas, y, en una palabra, bromeando ruidosamente. Eran todos del séquito de Guisa y su conversación versaba acerca de los Estados Generales o del rey, abundaban en palabras de doble sentido y en expresiones amenazadoras para Enrique III.

El fraile no oía nada, pero veía los rostros enrojecidos por el vino, los jubones que se entreabrían y las mandíbulas que funcionaban con frenesí, y se decía:

—¡Qué bueno debe de ser todo esto!

En aquel momento, cuando daba otro suspiro y se disponía a ir en busca de otra posada más modesta, sus ojos se fijaron en un gentilhombre que estaba sentado a cierta distancia del grupo de los demás, ante una mesa en la que habían dispuesto cinco o seis cubiertos, esperando, sin duda, a los invitados para empezar a servir.

—¿Qué veo? —exclamó el fraile, cuyo corazón, o, mejor dicho, su estómago, latió esperanzado—. ¿No es el señor de Maurevert, el fiel amigo de nuestro gran Enrique? No hay duda, es él. Y como no conozco a nadie en esta ciudad, puedo fiarme del señor de Maurevert y voy a preguntarle dónde hallaré a la señora duquesa de Montpensier. Además, como tiene por mí cierta estima, tal vez me invite a compartir con él los suculentos manjares que, sin duda, se ha hecho preparar. Vamos.

Dicho esto, el hermano Timoteo que, en su cualidad de antiguo reitre y de fraile, era doblemente descarado, ató la mula a una de las anillas que había en la fachada, entró majestuosamente en la sala, distendiendo la boca en una sonrisa, y se dirigió hacia Maurevert.

Éste, que, en efecto, estaba en continuas relaciones con el prior Bourgoing, como todos los gentilhombres de Guisa, reconoció al fraile. Por otra parte, la entrada del hermano Timoteo pasó inadvertida para casi todos los demás ocupantes de la sala.

—¡Ah, señor marqués de Maurevert! —empezó a decir el fraile con los ojos brillantes.

—No soy marqués —contestó Maurevert.

—Pues entonces, señor barón. Tengo un vivo placer...

—Tampoco soy barón —interrumpió Maurevert.

El fraile, que estaba empeñado en que Maurevert lo invitase a cenar, no se dejó intimidar por tan fría acogida. Atrayendo, pues, un escabel, se sentó sin que nadie lo hubiera invitado.

—¡Caballero! —dijo—. Estoy seguro de que el reverendo Bourgoing tendría gran satisfacción al saber que me hallaba en tan excelente compañía. Párame ésta —se dijo el hermano Timoteo.

En efecto, Maurevert que, ante la insistencia del monje fruncía ya el entrecejo y se disponía a hacerle sentir la distancia que separa a un fraile de un gentilhombre, cambió de aspecto al oír el nombre de Bourgoing y prestó oído.

—¿De modo? —dijo para averiguar las intenciones del hermano Timoteo—, ¿de modo que el prior Bourgoing os ha dirigido a mí?

—No del todo, pero casi... casi. Servíos permitirme, caballero, pero me muero de sed.

Y al mismo tiempo se llenó un vaso hasta los bordes y se lo bebió de un trago.

—A vuestra salud, a la de la Liga y por la muerte del tirano —añadió guiñando un ojo.

Maurevert se estremeció e inclinándose hacia el fraile, le dijo en voz baja y rápida:

—¿Acaso venís a Blois para esto?

Timoteo volvió a guiñar el ojo, respuesta que juzgaba adecuada para conciliar su deseo de cenar bien y su completa ignorancia de la misión que le habían encargado, pues él sólo sabía que llevaba una carta. Pero tal respuesta, Maurevert la juzgó afirmativa y desde entonces resolvió a qué atenerse.

Su odio contra el duque de Guisa, más todavía que el deseo de pasar lo más pronto posible por casa del tesorero real, le hacía desear ardientemente la muerte del duque. Durante los ocho días transcurridos desde que consumara su traición, a pesar de su cuidado en estudiar todos los rostros, observar los menores incidentes, recoger todos los rumores, no había podido sorprender todavía el menor indicio de que el rey estuviera decidido a hacer prender a Guisa.

Ya se concibe, pues, el enorme interés que a sus ojos tomó el hermano Timoteo, enviado de Bourgoing, es decir, de un ligero acérrimo.

—Bebed, ya que tenéis sed —dijo con tono más amable.

Y sirvió otro vaso al fraile, que entonces se instaló, diciendo:

—No solamente me muero de sed, sino que también tengo mucha hambre. Pensad, caballero que, en menos de cuatro días, he hecho el viaje de París a Blois. Esta vez —pensó—, me invitas a cenar sin remedio.

Y otro guiño indicó toda la importancia de la misión que iba a cumplir a Blois.

—¿Es muy urgente? —exclamó Maurevert, que palideció al pensar que tal vez Guisa se adelantaría a todos los demás—. Veamos, ya sabéis que soy buen católico, buen ligero, e íntimo de vuestro prior y de monseñor de Guisa. En nombre de los grandes intereses que ya conocéis, si os han enviado a mí, os ruego que habléis y si no os envían a mí os ruego...

—Querido señor de Maurevert —contestó el fraile—, a vos os buscaba porque hace cuatro horas que ando preguntando a todo el mundo por vos. El reverendo prior me ha recomendado expresamente no hacer nada sin vuestro consejo. Así, pues, hablaré, pero antes de cenar mis ideas no están muy claras.

—Venid —dijo Maurevert, que repentinamente se levantó y salió por la puerta de la posada, de modo que nadie viera que salía en compañía del fraile.

El hermano Timoteo se quedó un instante asombrado, dirigió una mirada llena de desconsuelo hacia la cocina, se bebió por descargo de conciencia el jarro de vino que ante él tenía y salió a su vez sin haber sido observado. Una vez en la calle desató la mula y melancólicamente se dispuso a seguir a Maurevert, que lo esperaba.

—Quiero daros de cenar según merecéis —dijo Maurevert—, es decir, mucho mejor que en esta posada. Seguidme, pues, a corta distancia, porque es preciso que nadie nos vea juntos, ¿comprendéis?

—¡Ya lo creo! —exclamó Timoteo, alegre en extremo—. Anda, —se dijo entre dientes—, que ya te sigo. Comprendo que voy a cenar como un príncipe.

Había cerrado completamente la noche. Las estrechas calles de Blois estaban sumidas en las sombras que la niebla hacía más intensa. No obstante, circulaban gran número de transeúntes, semejantes a fantasmas, burgueses que regresaban a sus

moradas, o señores que acudían a la recepción real. A la luz de los faroles de los transeúntes, Timoteo volvía a seguir a Maurevert, que subía una callejuela escarpada y empedrada, con cantos puntiagudos, destinados a facilitar el descenso a los caballos.

—Si este imbécil es portador de alguna orden grave, lo sabré —reflexionaba Maurevert—, y enseguida avisaré a la vieja Médicis. Entonces el rey o Guisa obrarán uno antes que el otro. O bien Guisa matará al rey o éste hará dar muerte a Guisa. En el segundo caso habré prestado un servicio inmenso a la monarquía y, sin duda alguna, me lo tendrán en cuenta. En el primero tendré que esperar otra ocasión para probar a Guisa que no se me trata impunemente como a un criado. Y como no sabe nada y nada puede saber, continuaré siendo uno de sus favoritos.

Maurevert se detuvo ante una posada de mediocre aspecto. Allí tenía su habitación. Timoteo hizo una mueca y suspiró. La posada de San Mateo le parecía mucho más respetable.

—No os fiéis de las apariencias —dijo Maurevert—. Os he prometido trataros de acuerdo con vuestros méritos y os aseguro que lo seréis. Entrad, pues, haced conducir la mula al establo, luego atravesad la sala, subid la escalera del fondo y haced que os den la habitación número tres.

Timoteo empezaba a arrepentirse de haber seguido a Maurevert, y experimentaba extraño malestar. A la sazón habría preferido marcharse, aun a riesgo de cenar mal, pero la calle estaba ya desierta, Maurevert lo vigilaba y, además, no habría ninguna probabilidad de que Maurevert, amigo de Guisa y de Bourgoing, le hiciera mal alguno.

Se conformó, pues, con las instrucciones que acababan de darle y, llamando a un mozo, le dio la orden de que condujera su mula al establo. Luego entró y sin preocuparse por las preguntas de la hostelera, pidió el cuarto número tres, como Maurevert se lo había recomendado.

La hostelera lo condujo a la habitación pedida, y se marchó llevándose la bendición del fraile, que se quedó solo. Transcurrió media hora.

—¡Por las tripas de San Pancrancio! —exclamó el fraile, que, de vez en cuando, se convertía en reitre y blasfemaba como un hereje.

Después de soltar este voto poco elegante, pero enérgico, el hermano Timoteo añadió:

—¿Acaso el señor de Maurevert, que no es marqués ni barón, será un quídam que se burla de mí? Ya lo veremos, porque el honor de los Jacobinos está en juego.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Maurevert, poniéndose un dedo en la boca, cosa que, en todos los países del mundo, significa «cállate». El fraile se contentó con seguir a Maurevert que, con otro gesto, le invitó a hacerlo.

El gentilhomme atravesó el corredor en el cual se abrían varias habitaciones de la posada y penetró en el aposento que estaba precisamente enfrente del que ocupaba el fraile. Desde entonces el rostro de Timoteo expresó mayor contento que nunca, y de

rubicundo que ya era, se convirtió en incandescente.

En el centro de la habitación en que acababa de entrar Maurevert, una mesa servida ofrecía a la mirada los elementos de una comida, al lado de la cual, los de la posada de San Mateo hubieran parecido sólo sencillos entremeses. En el rincón de la chimenea esperaban una docena de frascos, en buen orden de batalla.

—¡Ah! —exclamó sencillamente el hermano Timoteo, chasqueando la lengua. Pero esto sólo era ya un poema.

—Mi querido invitado —dijo Maurevert—, sentaos y usad sin cumplidos de una hospitalidad que se os ofrece también del mismo modo.

—En ese caso me quitaré el hábito, que me molesta para comer. Nosotros, los ex soldados, no podemos acostumbrarnos completamente a estos trajes largos, molestos en todas las batallas, especialmente en las de la mesa, porque una mesa, noble caballero, es una batalla que se precisa ganar.

Al mismo tiempo el digno hermano portero se desembarazó del hábito y apareció vestido con una chaqueta de cuero. Entonces se sentó resueltamente cuchillo en mano, dirigiendo a un plato de asado una mirada de reto.

—Ataquemos —dijo Maurevert—. Veo que conserváis algunas costumbres de vuestra antigua profesión, pues lleváis una chaqueta de cuero.

—Es una pequeña precaución —dijo el hermano Timoteo—. ¡Se recibe tan fácilmente una puñalada en los tiempos que corremos!...

Maurevert hizo un gesto de aprobación.

—¿De modo que antes que jacobino fuisteis soldado?

—Saint-Denis, Jarnac, Montcontour, Dormans, Coutras... —dijo el monje blandiendo el cuchillo.

Continuó la comida entre éstas y parecidas conversaciones. Completamente tranquilizado acerca de sus sospechas, el fraile comía como dos y bebía como cuatro. Al mismo tiempo narraba sus hazañas, encantado de la complacencia con que parecía escucharle Maurevert.

Llegó el momento en que éste creyó a su invitado en la situación de espíritu que deseaba, es decir, bastante borracho para experimentar el deseo de aliviar la conciencia de cualquier secreto.

—Decíais —exclamó Maurevert— que el reverendo Bourgoing os enviaba a mí.

—No del todo, pero podéis ayudarme, caballero. ¡Qué Dios os bendiga por la admirable comida que me habéis dado! Decía, pues, que he venido con el encargo de ver a la duquesa de Montpensier.

—¿Para qué? —preguntó Maurevert, destapando otra botella.

—No lo sé —balbució Timoteo.

—¡Diablo! ¿Me parece que no será para hacerle una declaración de amor?

—¡Oh, oh! Otras cosas peores podría intentar —exclamó Timoteo, con la fatuidad de los borrachos—. Pero, en fin, la verdad es que le llevo una carta cuyo contenido ignoro y como no sé de qué modo hallar a la señora duquesa, he contado con vos

para...

—¿Entregar la carta? —dijo vivamente Maurevert—. No hay inconveniente.

—No, no —exclamó el fraile—. El reverendo Bourgoing me ha dicho: Timoteo, antes de hablar a nadie de esta carta, arráncate la lengua.

—Pero —objetó Maurevert—, ¿no os dijo que me hablaseis?

—Añadió —continuó el monje, que cogido en su mentira juzgó conveniente no oír la interrupción—, añadió: Timoteo, antes que dejaros quitar la carta, haceos matar, pero antes de morir tragáosla. Así, pues, caballero, no puedo mostraros ni entregaros esta misiva, que llevo cosida en el forro de mi hábito.

—¿Entonces qué queréis de mí?

—Pues sencillamente que me conduzcáis adonde está la duquesa.

—¡Diablo! Será algo difícil porque, sin duda alguna, la duquesa está durmiendo actualmente.

—No he dicho enseguida, bastará con que la vea pasado mañana.

—Sería demasiado tarde —dijo Maurevert, moviendo la cabeza.

—Pues entonces mañana por la mañana —replicó el fraile con cierta inquietud.

—También es demasiado tarde. La duquesa sale de Blois mañana por la mañana a primera hora. Así me lo ha dicho hoy mismo el señor de Guisa.

El fraile se puso intensamente pálido.

—¡Bah! —añadió Maurevert—, con esperar que regrese estáis listo. Porque el duque me ha afirmado que estaría ausente un par de meses.

—¡Demasiado tarde! —gimió el fraile, haciendo un gesto para arrancarse los cabellos—. ¡Ah!, qué maldita idea tuve de detenerme dos días porque una criada no quería besarme en... Bueno, ya he olvidado el nombre. ¿Qué diré al reverendo? Me echará, sin duda alguna, o tal vez me hará algo peor.

—Es probable —dijo fríamente Maurevert—; pero veamos, vuestro pesar me causa gran lástima y tal vez habrá medio de arreglarlo todo.

—¡Ah, me salvaríais! Decidme cómo.

—Pues yendo a ver enseguida a la duquesa. Estoy bastante bien con ella para correr la responsabilidad de despertarla.

—Vamos —dijo el fraile—. ¿Dónde vive la duquesa?

—Cerca del castillo —exclamó Maurevert—. Poneos el hábito y cobrad ánimo. Me encargo de todo.

—¡Ah, qué feliz idea he tenido al entrar en la posada de San Mateo! Al volver al convento pondré un cirio en el altar de este santo cuya protección me es tan manifiesta.

—En vuestro lugar yo pondría dos —dijo Maurevert con gran ironía—. Vámonos, seguidme y no hagáis ruido. Es inútil despertar a las gentes de la posada ¿comprendéis?

—¿Pero cómo saldremos?

—Ya lo veréis —dijo Maurevert que, después de haber apagado los candelabros

atravesó el corredor, y llegando a la habitación número tres penetró en ella.

Entonces abrió la ventana. Y maese Timoteo pudo darse cuenta de que de ella partía una escalera exterior que daba a la calle.

Si el monje hubiese estado menos preocupado por sus pensamientos, y menos turbado por el vino, habría podido observar que Maurevert le había recomendado aquella habitación y no otra. Pero no reflexionó tanto. Bajó y Maurevert lo siguió, dejando la ventana entreabierta.

A la sazón, eran cerca de las doce. Lejos de disiparse la niebla, como a veces ocurre por las noches, era cada vez más opaca. La oscuridad era profunda. En las calles de Blois no se veía ni un ser humano. El hermano Timoteo andaba al lado de Maurevert.

—¿En qué pensará? —se preguntaba éste—. ¿Acaso sentirá desconfianza?

El hermano Timoteo no pensaba en nada. Se ocupaba únicamente en guardar el equilibrio porque, sorprendido por el frío, la cabeza le daba vueltas. Maurevert se dirigió a los alrededores del castillo y empezó a contornear los fosos llenos de agua. De pronto se detuvo y, con extraña voz dijo:

—¿De modo, que según me habéis dicho, lleváis, la carta oculta en el forro del hábito?

—Aquí —contestó el fraile con estúpida sonrisa—. Muy listo sería el que adivinase dónde está.

Y se tocaba el pecho.

—¿Y decís que es grave?

—A más no poder.

—¿Y qué no la daríais a nadie?

—Ni a vos mismo.

—Pues bien, me la darás a pesar de todo —exclamó Maurevert con sombrío acento.

Al propio tiempo levantó el brazo y brilló su daga en el aire. En el mismo instante el monje dio un grito y cayó desplomado. La daga de Maurevert había penetrado en el cuello del fraile, por encima de la chaqueta de cuero.

Maurevert miró a su alrededor, y observó con satisfacción que no había nadie. El grito del desgraciado fraile, aun suponiendo que hubiese sido oído, no había causado la más pequeña alarma. Maurevert se inclinó fríamente hacia él, palpó el hábito y cogió la carta, desgarrando antes la tela con su daga. Luego levantando el cadáver lo desnudó, y lo echó en el agua del foso. En cuanto al hábito, se lo llevó a su vivienda.

Así pereció el hermano Timoteo, víctima de su gula y de su fidelidad.

Una vez en su habitación, Maurevert abrió la carta y empezó a leerla. He aquí su contenido:

Señora:

Tengo el honor de avisar a Vuestra Alteza Real de que nuestro hombre ha decidido repentinamente ponerse en camino hacia Blois. Se lleva el puñal, el célebre puñal que le entregó el ángel que ya sabéis.

Si Valois escapa esta vez, preciso será reconocer que tiene el diablo en el cuerpo. No sé si nuestro hombre tendrá el valor necesario para irse a ver.

Y por esta razón os aviso. Sería de desear que Vuestra Alteza Real pudiese descubrirlo en Blois, y quitarle los últimos escrúpulos en caso de que los tenga. Creo que una de vuestras miradas bastaría.

Os ruego tener en cuenta que va acompañado por un gentilhomme que, sin duda, es de los nuestros. Es alto, robusto, de elegante aspecto, de expresión burlona, de modo que el tal gentilhomme me ha parecido poseer todas las cualidades de audacia, vigor y sangre fría necesarias para el gran acontecimiento.

Soy señora, de Vuestra Alteza Real, fidelísimo servidor, y espero que en el próximo día de la victoria, no seré olvidado en los ruegos que dirijáis a vuestro ilustre hermano. Entre tanto yo dirijo los míos al cielo.

La carta llevaba como firma un signo sin duda convenido y que servía de seudónimo. Como se ve, Bourgoing daba a la duquesa de Montpensier el tratamiento de Alteza Real, como si Guisa se hubiera ya sentado en el trono.

Terminada la lectura, Maurevert dobló la carta, se la guardó en el jubón, se envolvió en la capa, apagó la antorcha que había encendido y murmuró:

—Es necesario que la vieja Médicis reciba esto enseguida. Primero porque esta carta completa la anterior. Y luego porque es preciso desembarazarme de ella cuanto antes. Vamos al castillo.

A pesar de estas palabras no se movió. En pie en las tinieblas, envuelto en la capa, reflexionaba profundamente y de vez en cuando un estremecimiento recorría sus miembros. Transcurrió un cuarto de hora sin que hiciese el más pequeño gesto.

—Veamos —se dijo de pronto—. Volvamos a leer. Después de haber leído estas palabras un pensamiento insensato atraviesa mi frente.

Golpeó el eslabón y volvió a encender la luz. Leyó nuevamente la carta con la cabeza entre las dos manos. Sólo leía un párrafo, siempre el mismo y todo lo relacionado con la muerte del rey lo dejaba indiferente.

Un ruido en el corredor, sin duda el de un tablón que dio un chasquido, lo hizo estremecerse violentamente. Se levantó de un salto, daga en mano, con los ojos desorbitados y la frente llena de sudor.

—Acaban de andar por ahí ¿quién será? —se dijo.

Al cabo de un rato, que sin duda fue bastante largo, se calmó. Con la antorcha en la mano fue a examinar el corredor y observó que no había nadie. Entonces colocó nuevamente la carta en el pecho, apagó la luz y, como lo hiciera antes, murmuró:

—Vamos.

Pero a pesar de todo no se movía. Y en aquellas tinieblas profundas, con la barbilla en la mano, se quedó meditabundo.

¿Acaso Maurevert sentía remordimiento? ¿O se arrepentía de la traición? ¿Acaso el espectro del fraile atormentaba su conciencia, o reflexionaba tan sólo en el partido que podía sacar de la carta? ¿Titubeaba en el último momento entre Guisa y Valois? Nada de eso.

No era el cálculo ni la ambición del lucro, así como tampoco el remordimiento, lo que le tenía inmóvil en las tinieblas. Era el miedo. Porque cuando se decidió por fin a ponerse en marcha, en voz muy baja, como si temiera oírse a sí mismo, murmuró:

—El que ha de matar al rey, va acompañado de un gentilhomme de semblante irónico y burlón y orgulloso aspecto, alto, robusto; ¿quién será ese gentilhomme?

Bajó por la escalera exterior que daba al cuarto número tres y cuando hubo dado cien pasos en la calle se detuvo nuevamente y se encogió de hombros.

—Vamos —dijo—. No puede ser él. ¿Por qué ha de serlo?

Llegando ante el pórtico del castillo, hacia el cual se dirigió, sin duda, maquinalmente, tal preocuparón había dejado de molestarle, porque repitió sordamente:

—La Cité estaba cercada por todas partes. Un zorro no habría logrado huir. El Sena también estaba vigilado. Casi cuatrocientos hombres estuvieron junto a la orilla hasta llegar la noche. No hay duda, está muerto y bien muerto.

Furiosamente crispó los puños y añadió:

—Sí, pero entonces ¿por qué no han hallado el cadáver?

—¡Alto! —dijo una voz que salió de entre las tinieblas.

Era el centinela que estaba ante el pórtico y que había la divisado a Maurevert. Éste se estremeció, se arrebujo en la capa para ocultar el rostro y dijo tranquilamente:

—Avisad al señor Larchant de que hay un correo para Su Majestad.

Larchant era el capitán de guardias que, bajo el mando directo de Crillon, velaba por la seguridad del castillo.

Las palabras “ha llegado un correo para el rey”, tenían el poder de ponerlo todo en movimiento. Maurevert lo sabía.

El centinela llamó. Hubo idas y venidas de linternas y, por fin, al cabo de media hora, apareció el capitán Larchant, se acercó a Maurevert y trató de reconocerlo.

—Señor —dijo Maurevert ocultando el rostro y fingiendo la voz— haced el obsequio de avisar a Su Majestad la reina madre de que ha llegado otra misiva semejante a la que recibió hace ocho días.

—Caballero —contestó Larchant—, ¿estáis loco u os burláis de mí?

—¡Caballero! —continuó Maurevert—. Avisad a la reina de que es preciso que reciba inmediatamente al hombre al que pagó quinientas mil libras por un pedazo de papel.

—¡Caballero! —dijo el capitán—. Estáis loco. Daos por contento si no os hago

detener. Buenas noches.

—Sois vos el que está loco —contestó Maurevert con gran frialdad— porque si mañana sucede una desgracia en el castillo, diré que me habéis impedido llegar hasta Su Majestad y seréis detenido como cómplice. ¡Buenas noches!

—¡Eh! ¡Un momento, caballero! Voy, voy allá, pero os prevengo que si la reina no os recibe o se enfada de que la despierten a las dos de la madrugada, os hago cortar las orejas. Entrad en el puesto de guardia.

Maurevert se encogió de hombros y dijo:

—Esperaré en el patio cuadrado. Hay demasiada luz en vuestro cuerpo de guardia. Ahora una advertencia, capitán. Si observo que me habéis reconocido, me veré obligado a mataros en el acto.

El capitán frunció el entrecejo y poco faltó para que se arrojara al cuello de aquel desconocido, pero reflexionó y se dijo que si lo mataba, no podría evitarse la desgracia de que le había hablado. Lo hizo entrar en el patio cuadrado, lo puso bajo la vigilancia de cuatro guardias y se alejó rápidamente. Un cuarto de hora más tarde estaba de vuelta.

—Venid, caballero —dijo con gran asombro—. Venid y dispensadme. La reina os espera.

Cuando Maurevert estuvo en presencia de Catalina de Médicis, en el oratorio de la planta baja, le tendió la carta, diciendo:

—Del prior de los Jacobinos a la señora duquesa de Montpensier.

La reina devoró la carta de una mirada. Pero guardó para sí sus impresiones.

—Es necesario asegurarnos del hombre que ha traído esta misiva —dijo.

—Ya está hecho, señora —contestó Maurevert.

—¿Dónde está?

—En los fosos del castillo, en donde bebe agua por el cuello abierto, en pena de haber bebido demasiado vino en mi casa.

La reina se estremeció y miró asombrada a Maurevert.

—Éste se ha educado en mi escuela —pensó.

Diez minutos más tarde, Catalina de Médicis entraba en la habitación del rey, lo despertaba, y le ponía ante los ojos la carta del prior Bourgoing, diciendo:

—Sire, os pedí tres días para presentaros la prueba. Pero tres horas han bastado. Ahora no hay un momento que perder.

EL VENGADOR DE SU MADRE

XXIX - Las llaves del castillo

SE CELEBRABA EN BLOIS la solemne sesión de los Estados Generales convocada por el rey. La atención de toda Francia, tanto de los partidarios realistas como de los leales al duque de Guisa, se concentraba en aquella asamblea de la que también el pueblo esperaba conseguir grandes ventajas.

Después de la misa celebrada por el anciano cardenal de Borbón, Enrique III se dirigió a la sala de sesiones.

Como para establecer marcado contraste con el duque de Guisa, que no se dirigía nunca al castillo sin ir acompañado de buena escolta, el rey dio la orden de colocar en la sala solamente el número preciso de guardias exigido por la etiqueta. Tal prueba de confianza absoluta inquietó a la nobleza y asombró al clero. El tercer estado fue el único que la aprobó con la actitud más deferente que adoptó.

En cuanto a Guisa, al ver que el rey sólo iba escoltado por algunos guardias, palideció y mandó a su hermano Mayena al patio cuadrado, para avisar a los que formaban su séquito de que estuvieran dispuestos a todo.

El rey se sentó en su trono, y Guisa, en su calidad de gran maestre, se sentó ante él, al pie de las gradas. Entonces el rey empezó un largo discurso en el cual dijo que el reino estaba cansado de luchas intestinas, y que era necesario acabar de una vez. Recomendó eficazmente a los tres estados que le ayudaran a pacificar las conciencias, y se declaró dispuesto a emprender el exterminio de la herejía. Luego afirmó que hacía responsables ante Dios a los diputados si no le secundaban lealmente en sus intenciones.

Al salir de la sala de sesiones, el rey regresó a sus habitaciones, y recibió en el salón de honor, que aún hoy día se enseña a los que visitan el castillo de Blois. Tal vez los Guisa habrían dado alguna orden especial a los suyos, porque los diputados de la nobleza estaban o fingían estar alegres y contentos, cosa que asustaba a aquel rey desgraciado, siempre presa del espanto y temiendo recibir a cada momento la puñalada que había de dar fin a su vida.

No obstante, Enrique III ponía buena cara a todos aquellos enemigos mortales que le sonreían. Se hubiera presenciado un horroroso espectáculo si a través de tales sonrisas pudiera verse el miedo o el odio. Y no era necesario poco valor a Enrique III para mostrarse tranquilo y risueño. Sin embargo, sentíase sostenido por la mirada fija de Catalina, que no le perdía de vista y mantenía la partida con su habitual presencia de espíritu e intrepidez maternal para salvar a su hijo.

Su plan era admirable. Consistía en inspirar a Guisa una seguridad absoluta. El rey empezó por coger a solas al duque de Mayena y prometerle el gobierno del Lyonnais. Mayena se confundió en sinceras expresiones de agradecimiento, y con su buen sentido muy desarrollado pensó:

«¡Caramba! Si Enrique III cumple su promesa, me dará más que mi hermano».

Al cardenal de Guisa, Enrique le prometió la legación de Aviñón. Al señor

d'Espinac, que acababa de publicar un libelo contra él, le dijo en alta voz:

—Un hombre de vuestra valía es inestimable. A partir de hoy, formaréis parte de mi consejo privado.

Hallando a Maineville, le dijo:

—Ya sé en cuánto os estima el duque. Esto sólo sería para mí una garantía, si no sintiera por vos igual estimación. Señor de Maineville, he dado órdenes a mi cancillería para que prepare vuestro nombramiento de consejero de Estado.

Durante una hora, y de acuerdo con una lista hecha la noche anterior, el rey derramó mercedes a su alrededor. Los realistas estaban estupefactos y admirados. Guisa, entre tanto, pensaba:

—Se entrega a nosotros atado de pies y manos.

En fin, después de haber evolucionado, sonreído, murmurado promesas a los oídos de todos, distribuido rentas y cosas por el estilo, Enrique III, obedeciendo a una seña de su madre, dio el último golpe.

—Señor duque —dijo en alta voz.

—Aquí estoy, Sire —contestó Guisa, vigilando con el rabillo del ojo a Crillón.

El Acuchillado obedeció al monarca, se acercó a él y se inclinó.

—¿Sois gran maestre, duque?

—Lo soy, en efecto —contestó Guisa.

—¿Cómo se explica, pues, que no gocéis de todas las prerrogativas concedidas a vuestro cargo?

—Sire, no comprendo —exclamó Enrique de Guisa poniéndose en guardia.

—¡Caramba! —dijo Enrique III, dirigiendo una mirada de cólera a su madre y a Crillón—. Quiero que acaben de una vez todas esas desconfianzas. Quiero que la paz esté no solamente en las palabras sino en los actos. No quiero que haya esta serie de celos que ya me cansan. Puesto que el gran maestre debe tener en su poder las llaves del castillo, desde esta misma noche, duque, obrarán en vuestro poder.

Dichas estas palabras, reinó gran silencio y casi enseguida se oyeron algunos murmullos procedentes del grupo de los realistas, en que se advertía un asombro sin límites. De entre los guisardos también partieron exclamaciones, pero de alegría y de admiración.

Era, en efecto, una prerrogativa del gran maestre la de guardar y llevarse todas las noches las llaves del castillo. Pero jamás Guisa se atrevió a reclamarlas, so pena de dar a entender que tenía malas intenciones con respecto al rey. Enrique III, al ofrecérselas libremente, y en circunstancias semejantes, daba al duque extraordinaria prueba de confianza o de sublime ceguera.

Puede decirse que el tal golpe era de prodigiosa habilidad. Sus inmediatos resultados fueron: por una parte, que los señores realistas se prometieron velar más que nunca sobre el rey, y, por otra, que los Guisas se vieron completamente desconcertados. Su plan de ataque había cambiado. Era necesario servirse de la nueva ventaja, pero no sin haber estudiado la trampa que podía ocultar.

Esta nueva situación de espíritu se tradujo en una especie de tregua tácita, como también era tácito el duelo formidable empeñado entre los dos partidos.

¿El rey habría querido preparar una trampa? ¿O bien se entregaba en realidad? He aquí las preguntas que todos se hacían.

La tregua duró un mes, es decir, casi hasta llegar a Navidad. Entre tanto hubo varios conciliábulos en muchas casas de la ciudad. Y también llegó la duquesa de Nemours, madre de los Guisas. Durante aquel espacio de tiempo, además, el rey acumuló las pruebas de su ceguera o, mejor dicho, de su ruina.

Para volver a la escena que estábamos relatando, el duque de Guisa, en cuanto el rey hubo cesado de hablar, tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para no dar a comprender la alegría y la inquietud que, a la vez, le invadían. Lo que le pareció más favorable en aquel momento crítico, fue afectar naturalidad como hombre a quien no podía sorprender semejante proposición, y dijo:

—Agradezco a Vuestra Majestad el honor que se digna hacerme. Ya que el rey lo quiere, guardaré las llaves del castillo. Pero lo haré solamente mientras plazca a Vuestra Majestad. Porque nunca me vino a las mientes reclamar en mi favor la aplicación de tan peligroso privilegio.

Guisa carecía muchas veces de oportunidad en sus respuestas y en esta ocasión poco faltó para que el rey le contestase:

—Caballero, el guardar las llaves no es solamente vuestro privilegio, sino también vuestro deber, porque, en vuestra calidad de gran maestro, debéis cuidar, ante todo, de mi seguridad personal.

Una mirada de Catalina contuvo oportunamente al rey, que se limitó a sonreír, y haciendo llamar al capitán Larchant, le dio orden de entregar todas las noches las llaves al duque de Guisa.

XXX - En las proximidades de navidad

EL 15 DE DICIEMBRE de 1588 heló de un modo extraordinario. El rey hizo anunciar que estaba enfermo y que, por lo tanto, no se celebraría consejo. En consecuencia, Enrique de Guisa se presentó por la mañana, como de costumbre, en las habitaciones reales, y se volvió con sus hermanos. La escolta, compuesta de un centenar de caballeros, no lo abandonaba nunca y, por lo tanto, lo acompañó también al salir con sus hermanos. Los cortesanos realistas se marcharon también, porque el rey había hecho anunciar que no saldría de sus habitaciones. Muy pronto no quedaron en el castillo más que los hombres de armas, los centinelas y las patrullas, que cada cuarto de hora recorrían con ruido los patios y corredores. En las habitaciones del rey no quedó más que el servicio ordinario de Su Majestad. En cuanto a la ciudad, estaba desierta. Todos habían quedado en sus casas. El frío parecía haber detenido todo el movimiento. No nevaba, pero el cielo estaba triste y gris. El Loira arrastraba grandes témpanos de hielo, y sordo silencio reinaba en la ciudad y en todas las casas.

Había un buen fuego en la chimenea monumental de la habitación del rey. Enrique III, pálido y pensativo, estaba sentado junto a ella. Algunas veces miraba hacia la ventana como para interrogar el silencio exterior. Estaba sentado a la derecha del fuego y enfrente de la ventana. A la izquierda de la chimenea veíase a Catalina de Médicis más inmóvil que nunca, y más pálida que de costumbre.

Entró un gentilhombre, e iba tan bien envuelto en su capa, que era imposible reconocerle. Pero ni el rey ni la reina tenían necesidad de verlo, sin duda alguna.

—Para dentro de poco —dijo el gentilhombre en voz baja.

—¿Cuándo? —preguntó Catalina, mientras el rey se estremecía.

—No sé el día exacto, que no está fijado, pero será antes de Navidad. En cuanto hayan fijado el día lo sabréis, Majestad.

El rey dio las gracias moviendo la cabeza, y la reina dijo:

—Podéis retiraros. Como siempre, por la escalerilla de servicio.

El gentilhombre se inclinó y salió. Entonces el rey murmuró:

—Valiente sinvergüenza es ese Maurevert.

La reina, entre tanto, se levantó, y fue a abrir una puerta. El rey no se había movido del rincón de la chimenea y tendía las manos al fuego, aunque en realidad hiciese calor en la habitación. Entonces apareció cierto número de gentilhombres, algo así como una quincena; entraron, y la reina, por sí misma, cerró la puerta. Es necesario añadir que las dos habitaciones a las que daba la del rey, una hacia la parte de los jardines y otra hacia el patio, estaban guardadas, no por hombres de armas o criados, sino por gentilhombres, a fin de que nadie pudiera acercarse para ver u oír lo que iba a decirse. Cuando Catalina hubo cerrado la puerta y regresado a su lugar, se volvió hacia los que acababan de entrar y les dijo:

—Sentaos, señores.

Los gentilhombres obedecieron sin hacer cumplidos. Parecía que la distancia que

los separaba del rey, hubiera disminuido notablemente. Entre aquellos gentilhombres estaban Crillón, el capitán Larchant, Montsery, Sainte-Maline, Chalabre, Loignes, Dessefrenat, Birón, Du Guast, D'Aumont y otros. En cuanto todos estuvieron sentados, el rey, que se había inclinado a medias hacia la llama del hogar, se incorporó, los miró un momento y dijo con voz tranquila:

—Señores, el duque de Guisa quiere asesinar me. Sería difícil dar idea del efecto producido por tales palabras, a pesar de que todos sabían ya de larga fecha que aquél era el más grande temor del rey. Además, todos sabían ya que iba a decirles aquello antes de entrar en la habitación; pero, no obstante, tales palabras hicieron el efecto de un trueno, porque el rey no había hablado nunca de ello con tal claridad, circunstancia que les dio a entender que la situación era terrible. Se miraron unos a otros presa de gran ansiedad, y algunos desenvainaron a medias las armas, como si el duque de Guisa hubiese estado allí. El rey los tranquilizó con un ademán y añadió:

—Mientras me ha sido posible dudar y cerrar los ojos, me he negado a creer en tal crimen de un hombre a quien he colmado de beneficios. Hoy, señores, es necesario tomar una determinación, porque ha de matarme antes de Navidad. Os he reunido para pedir vuestro auxilio y vuestros consejos. Hablad, Crillón.

—Sire, si se tratase de un plan de batalla, os daría mi consejo, pues mi oficio es herir con la espada y preparar emboscadas al enemigo. Pero se trata de un crimen y creo que el aconsejaros corresponde a vuestros jueces.

—¿De modo —dijo el rey— que me aconsejáis someter al duque a un tribunal de justicia?

—Así se procede contra todos los criminales. El acusado se defiende y si se prueba su crimen se le condena y se le ejecuta.

Birón y algunos otros aprobaron con un gesto.

—A menos —dijo Enrique sonriendo— que los amigos del acusado no lo rapten durante el juicio y ejecuten al acusador. Vuestro consejo no sirve, Crillón.

—Sire, soy soldado...

—¿De modo —continuó el rey, después de algunos instantes de silencio— que, exceptuando el juicio, no sabéis qué se puede hacer contra un traidor y un felón que conspira contra la vida de su rey?

—No, Sire —contestó fríamente Crillón— cuanto más enorme sea el crimen, mayor interés debe tener el rey en darle publicidad.

—Mal consejo —repitió Enrique en voz baja—. Yo os diré lo que se debe hacer. Al que quiere matar se le mata. ¿No hablabais de emboscadas contra los enemigos? Pues bien, se organiza una, se atrae al felón y se le mata como a un perro rabioso. ¿Os encargáis vos, Crillón?

El anciano capitán se inclinó y dijo:

—Sire, ordenadme que provoque al duque de Guisa. Lo haré cuando esté rodeado de sus gentilhombres. Y una vez hayamos cruzado el hierro, en pleno día y ante todos, Dios decidirá entre su causa y la mía.

—No me fío de Dios en semejante ocasión —contestó el rey.

—¿Es decir, que Vuestra Majestad desconfía de mi espada? Puedo ser vencido, es cierto, porque el duque es un buen maestro de armas, pero si soy vencedor habré salvado a mi rey sin escándalo. Si muero, ya habrá otro que recogerá mi espada.

El rey, indeciso, miró a Catalina de Médicis, que le hizo una seña.

—No —continuó entonces—. No, querido Crillón, no quiero exponeros, pues sois utilísimo para mí. Por otra parte, no quiero confiar este asunto a la suerte de las armas, porque muchas veces no es el inocente el que obtiene la victoria. Idos, Crillón.

Crillón comprendió que el rey había formado anticipadamente su plan.

—Sire —dijo algo conmovido—, tened cuidado con la responsabilidad que vais a adquirir ante Dios y ante los hombres. Si Vuestra Majestad cambia de parecer, siempre estoy dispuesto a desenvainar mi espada.

El anciano capitán se inclinó entonces y salió.

—Tal vez —murmuró Catalina— sería conveniente asegurarse de ese valiente durante algunos días.

—Callad, señora —dijo el rey—; un secreto confiado a Crillón, es un secreto enterrado. Y vos, Birón, ¿qué me aconsejáis?

—¿Vuestra Majestad está seguro de los malos propósitos del duque? —preguntó el mariscal.

—Tan seguro como vos mismo. Porque todos los que estáis aquí sabéis mejor que yo que el duque no se contendrá, aun cuando haya pronunciado un juramento ante el altar.

—Es cierto, Majestad. Digo, pues, que soy del parecer de Crillón, es decir, de que se juzgue al duque y que se haga un castigo ejemplar.

—¿Y quién lo juzgará? —preguntó el rey con amargura.

—El Parlamento de París.

—¿Y quién lo conducirá allí?

—Yo, Sire. Dadme la orden de arresto y me obligo a conducir al duque a París...

—Que se levantará en masa para ponerlo en libertad —interrumpió Catalina de Médicis—, que incendiará el palacio de Justicia, que demolerá el Louvre para hacer barricadas y que nos matará a todos, mariscal, desde el rey hasta el último soldado.

Birón bajó la cabeza, mientras los demás miembros del consejo permanecían silenciosos.

—Creo —añadió el mariscal— que Vuestra Majestad tiene razón en parte. Pero, no obstante, insisto en aconsejar al rey una acción pública, a fin de que el reino y el mundo sepan que si el duque de Guisa muere, es por haber merecido tal castigo.

—Gracias, Birón, gracias —dijo el rey afectuosamente—. Comprendo vuestros escrúpulos, pues yo he sido el primero en tenerlos, pero ya no es hora de andar con remilgos. Tened la bondad de retiraros, porque no quiero que recaiga en otro que yo la responsabilidad de lo que se ha de decidir aquí.

—Sire —contestó Birón—, me retiro, pero no me alejaré. Desde este momento no

me aparto de vuestra antecámara; por la noche dormiré a través de la puerta. Ya sea hombre o diablo el que quiera llegar hasta Vuestra Majestad, tendrá que pasar por encima de mi cuerpo.

—¡Qué lástima! —exclamó la reina suspirando en cuanto el mariscal hubo salido—. ¡Qué lástima es que hombres tan valientes y tan fieles tengan tan poco cerebro en el consejo!

Después de Birón, D'Aumont, interrogado a su vez, dio una respuesta parecida y se retiró. Luego fue Matignon el que salió.

Es de notar que Enrique tenía ilimitada confianza en aquellos cuatro hombres, y que la tal confianza estaba plenamente justificada. Como lo había dicho, confiar un secreto a aquellos hombres, era enterrarlo en la tumba, y en caso de batalla o pelea, podía contar con ellos hasta la muerte. Pero no eran buenos para asechanzas. He aquí todo.

Después de la salida de Matignon todos se quedaron ya; porque estaban de acuerdo. En efecto, al ser interrogado el conde de Loignes, contestó tranquilamente:

—Sire, no quiero criticar los pareceres que acaban de darse a Vuestra Majestad. Los que han salido son buenos y fieles servidores, en los que se puede confiar para guardar la vida del rey. Creo que todo está bien y que así cada uno tendrá su papel. Crillon, D'Aumont, Birón y Matignon serán, para Vuestra Majestad, una guardia como no la habrá tenido ningún otro monarca. Nosotros, libres ya de este cuidado, podremos obrar tranquilamente. En cuanto a la acción, sólo conozco una, y con respecto a jueces, únicamente me inspira confianza éste.

Y al mismo tiempo desenvainó el puñal.

—¡Muera! —exclamó Chalabre—. Únicamente los muertos son incapaces de preparar atentados y de realizarlos.

—Creo —añadió Montsery— que no hay necesidad de tanta discusión para matar a un jabalí que enseña los colmillos.

—Os aseguro, Sire —dijo Sainte-Maline a su vez—, que nos encargaremos del juicio y de la ejecución.

Durante unos instantes reinó cierta confusión en aquella estancia, pues cada uno quería meter baza en la conversación, o proponía algún plan de ataque. Por fin, Catalina de Médicis, que había escuchado en silencio, los hizo callar con un gesto y dijo:

—Señores, sois todos valientes, adictos y atrevidos, y el rey, que os deberá la vida, no lo olvidará.

—Su Majestad puede olvidarlo si gusta —exclamó Dessefrenat, uno de los Cuarenta y Cinco.

—Sí, lo haremos por nuestra cuenta, así como por la del rey.

—Odiarnos a Guisa mortalmente.

—Me dio una puñalada —exclamó Loignes— que aún me hace sufrir. Y todo ello con el ridículo pretexto de que yo abrazaba a su mujer. A este paso debería asesinar a

todos los señores que lo rodean.

—Nos hizo encerrar en la Bastilla, de donde salimos por milagro —añadió Sainte-Maline.

La reina sabía perfectamente el odio de que estaban animados aquellos gentilhombres, pero no le disgustó haber suscitado su explosión y dijo:

—¿Estamos, pues, de acuerdo? ¿Está Guisa condenado a muerte?

—¡A muerte!

El rey se había vuelto hacia el fuego y calentaba sus pálidas manos, como si quisiera permanecer ajeno a la discusión.

—Falta saber cuándo y dónde hay que ejecutar a ese miserable —continuó Catalina.

—En seguida —exclamó Montsery.

—En su casa —añadió Loignes.

—A puñaladas.

—Queridos amigos —dijo Catalina—. No basta saber cortar, sino que es preciso saber coser también. En ello hemos de pensar el rey y yo. Es preciso tomar las precauciones necesarias, para la hora inmediata a la de la muerte de Guisa. Tenemos dos o tres días ante nosotros. No nos precipitemos y hagamos las cosas razonablemente. Hemos de resolver dónde, cuándo y cómo.

Reinó gran silencio. Todos se habían acercado a la chimenea, porque Catalina hablaba en voz baja, a pesar de haber tomado la precaución de hacer guardar las estancias vecinas por hombres de completa confianza. En cuanto al rey, parecía no ver ni oír nada. La reina acabó diciendo:

—¿Dónde? Ni en su casa ni en la calle. Aquí mismo, en el departamento del rey. ¿Cuándo? Tal vez lo sabremos mañana. ¿Cómo? Éste es el plan que voy a exponeros.

* * * * *

La noche del día en que se tomaron definitivas decisiones en la habitación del rey, penetramos en una posada de pobre apariencia, vecina al castillo, y que por esta causa se llamaba la «Hostería del Castillo».

En una habitación del primer piso, Pardaillán iba y venía, a la luz de una bujía humeante, que apenas disipaba las tinieblas. La mesa estaba dispuesta y servida, como si Pardaillán esperase a un invitado. Es decir, que sobre ella había con qué satisfacer el hambre y la sed de tres o cuatro personas de buen apetito.

Por fin llegó el invitado y Pardaillán, llamando a una criada, le ordenó que encendiera un par de candelabros. Entonces, a la luz más viva que inundó la estancia, el invitado de Pardaillán dejó caer la capa y mostró el grueso bigote, la frente llena de cicatrices y la mirada leal del bravo Crillón, el cual iba a visitar a Pardaillán.

¿Por qué? ¿Con qué objeto? Vamos a saberlo.

Por la mañana, como ya se ha visto, Crillón salió de la habitación real, para no

asistir a los preparativos de la celada que se preparaba. Crillón, por otra parte, era de parecer que sería muy conveniente librarse para siempre de Guisa con una buena estocada, pero no con una puñalada por la espalda. Crillón admitía el duelo, pero no el asesinato. Por estas razones el valiente capitán salió malhumorado de las habitaciones del rey.

—Todos esos Ordinarios van a hacer que el pobre Enrique cometa una tontería. Guisa muerto en duelo estaría bien muerto. Pero temo que, asesinado por alguno de los Cuarenta y Cinco, no se muera de verdad, y que a partir de entonces sea más temible que cuando estaba vivo.

Crillón, entonces revisó cuidadosamente las guardias, y reforzó los puntos débiles. Dobló el número de las patrullas, de modo que, a partir de entonces, no se oyó en el castillo más que pasos de soldados y ruido de armas.

—Valiente idea la que tuvo confiando al duque las llaves del castillo —se dijo Crillón—. No veo la razón de meterse en la boca del lobo para luego pedir auxilio contra él. Todo esto es demasiado complicado para mí. Esto huele a Ruggieri a una legua. Me parece, por otra parte, que no es tan difícil lo que yo proponía.

Ya se ve, pues, que Crillón estaba, a la vez, descontento e inquieto. En cuanto hubo dado las órdenes necesarias y cambiado el santo y seña, salió del castillo con la intención de dar una vuelta alrededor para asegurarse de que no era posible ningún golpe de mano.

Cuando dejaba la explanada que se extendía ante el pórtico, observó que lo seguían a cierta distancia y entonces se detuvo frunciendo el entrecejo.

—Si es un guisardo que me busca querella, a fe mía que llega oportunamente. Por Dios, que daría diez escudos con tal de poder pelearme con alguien. Tal vez eso me curaría el malhumor.

Entre tanto el hombre que parecía seguirlo, continuó acercándose a Crillón y se dirigió en línea recta hacia él, envuelto en la capa hasta los ojos.

—¡Eh, caballero! —dijo Crillón, en cuanto el desconocido estuvo a dos pasos—. ¿Venís a mi encuentro?

—Sí, señor Luis de Crillón —contestó tranquilamente el desconocido.

Y al mismo tiempo se desembozó mirando sonriente a Crillón. Éste lo reconoció enseguida y le tendió la mano con gran cordialidad.

—¡El caballero de Pardaillán! —exclamó.

—El mismo, capitán, que acude a vos para recordaros una promesa que me hicisteis.

—¿Cuál?

—La de presentarme al rey.

—Pues la verdad es que habéis esperado bastante —dijo Crillón sonriendo—. Pero, en fin, nunca es tarde cuando llega.

—¿Qué queréis? Tengo grandes deseos de ver de cerca un rostro real. Como no he podido hacerlo nunca, me figuro que será un espectáculo curioso.

—Basta, amigo mío. No me interesan los motivos por los que queráis conocer al rey. Basta con que lo deseéis. Me encargo, pues, de presentaros; pero os advierto que, si vos no conocéis al rey, éste os conoce perfectamente.

—No sabía que tuviese el honor de ser conocido de nuestro soberano.

—Le he relatado varias veces el auxilio que me prestasteis para salir de París. ¡Pardiez! Fue un bonito hecho de armas. He visto muchos, pero ninguno que me haya impresionado tanto como aquella salida de París.

—Me aduláis, querido señor de Crillón, y me prodigáis alabanzas que, ciertamente, no merezco.

—¿Y qué ha sido de aquel valiente joven —continuo Crillón— que sólo tenía la desgracia de ser miembro de la familia real?

—¿Os referís al duque de Angulema?

—Sí, al sobrino del rey y al hijo del otro.

—Pues bien, ha acabado mal.

—¡Dios mío! —exclamó Crillón—. ¿Qué le ha sucedido?

—Se ha casado —contestó Pardaillán—. Por lo menos así lo supongo. Pero, querido señor de Crillón, ¿no creéis que deberíamos celebrar en la mesa nuestro encuentro?

—No hay ningún inconveniente —contestó Crillón— y os aseguro que con nadie cenaré tan a gusto.

—Me honráis mucho con vuestra amistad —contestó el caballero—, porque no en vano se os llama el bravo Crillón.

Aquel cambio de cumplidos era de rigor en aquella época, pero al hacerlo Crillón y Pardaillán, no obedecían solamente a la moda caballeresca, sino que expresaban el concepto en que se tenían mutuamente.

—Así, pues —dijo Pardaillán—, ya que os conviene, os esperaré esta noche en la hostería cuya enseña se ve desde aquí.

—La «Hostería del Castillo» —dijo Crillón—. Ya la conozco; se bebe en ella un vino excelente.

—¿A qué hora os esperaré?

—Pues entre el servicio de día y el de noche, es decir, a las seis, y podré estar en vuestra compañía hasta las siete.

—Poco es, pero procuraremos aprovechar el rato.

—Y convendremos el día de la presentación a Su Majestad.

—En eso precisamente pensaba —contestó Pardaillán sonriendo.

Entonces los dos hombres se estrecharon las manos y Pardaillán desanduvo lo andado, en tanto que Crillón continuaba la ronda en torno del castillo.

—Ciertamente —se decía Crillón— otros que no valían tanto como Pardaillán han sido presentados al rey. No obstante, me gustaba más como antes lo vi, al día siguiente del de las Barricadas, es decir, orgulloso y no pensando en reclamar el premio de sus servicios. Habrá cambiado de idea y, ¡por Nuestra Señora!, si quiere

hacer fortuna en la corte, lo ayudaré con todas mis fuerzas.

Entre tanto, Pardaillán regresó a la «Hostería del Castillo». En su habitación lo esperaba un hombre sentado al lado del fuego que miraba con fijeza. Era Jacobo Clemente. Llevaba aquel traje de paño negro que ya le hemos visto una vez y que le prestaba fúnebre elegancia.

—¿Sabéis quién viene a cenar conmigo esta noche? —preguntó Pardaillán.

—No.

—Pues el bravo Crillon en persona, es decir, el gobernador del castillo de Blois, que debe presentarme al rey.

Jacobo Clemente miró con fijeza al caballero como para interrogarlo y luego, bajando la cabeza, dijo:

—Pardaillán, suceden actualmente cosas que no comprendo.

—¡Bah! No os preocupéis. Todo se aclarará.

—Decidme, Pardaillán, ¿sabéis qué vino a hacer en Blois el hermano portero de los Jacobinos?

—No.

—¿Sabéis quién lo mató?

—Ante todo, ¿estáis seguro de que el cadáver que había en el foso fuese el del fraile?

—Completamente seguro, y vos mismo, Pardaillán, aunque lo visteis un instante, pudisteis reconocerlo.

—Sí, era el que me guió hasta vuestra celda.

—No hay la menor duda. Pero ¿quién habrá tenido interés en matar al hermano Timoteo?

—¿Y para qué diablos os servirá saberlo? El hermano Timoteo ha muerto. Dejadlo en paz.

—Nadie podrá disuadirme —continuó Jacobo Clemente— de que el fraile no venía a Blois para darme instrucciones. ¿Quién sabe si lo que ocurre hoy se habría evitado, de haber visto al fraile antes de su muerte?

—Os repito que todo se arreglará —contestó Pardaillán sonriendo.

—Todo puede arreglarse, en efecto —dijo Jacobo Clemente—, excepto las decepciones amorosas. ¡Ah! ¡Si hubieseis visto con qué desprecio me ha recibido!

—¿La duquesa de Montpensier?

Jacobo Clemente pareció no haber oído la pregunta. Había dejado caer la cabeza entre sus manos y se puso a mirar el fuego con expresión de sufrimiento. Con amarga voz, continuó:

—Ya no me necesitan, Pardaillán. Vacilé en herir la primera vez y ahora me desdeñan como a una vaina de cuero, dentro de la cual hubiesen esperado hallar una hoja de acero. Todo huye de mí a la vez, el amor y la venganza.

—Comprendo que se os escape el amor —dijo Pardaillán—. De acuerdo con lo que me habéis contado de vuestra visita, esa hermosa y endemoniada mujer, a la que

llamáis ángel, os ha tratado un poco mal. Y permitidme añadir que no perderíais gran cosa en caso de que la perdierais.

—¿Qué queréis decir? —balbució Jacobo Clemente.

—Que, desgraciadamente para vos, no la perderéis, pues volverá a buscaros.

—¡Oh, si fuera así! ¡Si pudiese verla y amarla de nuevo!

—Pues os repito que la volveréis a ver, que la hablaréis, que ella os corresponderá y que, en una palabra, conoceréis hasta dónde puede llegar el buen humor de la duquesa. Pero, explicadme, ¿por qué decís que se os escapan a un tiempo el amor y la venganza?

—¿No os he contado ya la escena a que he asistido? Enrique III está condenado. Van a matarlo. Pero no lo haré yo, sino otro. Y, siendo así, qué me importa su muerte si no puedo decir a la vieja Médicis: «*¡Matasteis a mi madre y ahora yo acabo de heriros en el corazón matando a vuestro hijo!*».

—Querido amigo —dijo Pardaillán—, sabed que esta noche he invitado a cenar al valiente Crillón.

—Sí, ya me lo habéis dicho y creo adivinar vuestro pensamiento. Queréis haceros presentar al rey para avisarlo de lo que los Guisas traman contra él.

—Vamos —dijo Pardaillán—, tanto si es esto como otra cosa, tened paciencia y esperad. Sólo que no hay necesidad de que Crillón nos vea juntos. Por consiguiente, tened la bondad de retiraros cuanto antes a vuestra habitación, y esperad que os vaya a buscar o que os llame.

Jacobo Clemente hizo un ademán de asentimiento y los dos hombres comieron entonces juntos o, mejor dicho, comió Pardaillán por los dos, porque Jacobo Clemente estaba absorto en sus ideas lúgubres y no se acordaba de probar bocado. Luego, de acuerdo con lo que se había convenido, se retiró a su habitación.

Pardaillán se sentó junto al fuego y empezó a meditar profundamente. Tomaba notas en un trozo de papel, las tachaba y volvía a empezar. Cuando, por fin, hubo terminado aquel trabajo singular, lo leyó con sonrisa complacida y murmuró:

—Creo que así no estará muy mal.

Lo que Pardaillán había escrito con tanto cuidado era el menú de la noche. Llamó al huésped y le dio las necesarias instrucciones para que fuese preparado oportunamente. Y en cuanto apareció Crillón, la mesa estaba dispuesta y servida.

—¡Ah! —exclamó Crillón—. Según parece queréis tratarme como a un príncipe.

—No, porque entonces no habría hecho ningún gasto. Pero ya sea comida de príncipe, de glotón o de rey, es preciso comerla. Sentaos aquí, querido señor, con la espalda al fuego, y yo aquí ante vos.

Crillón obedeció, tomando asiento en el lugar que le indicaba Pardaillán, y empezaron a cenar.

Cuando Crillón inició el ataque contra las vituallas, Pardaillán dirigió a su invitado la siguiente pregunta, hecha a quemarropa.

—A propósito, señor, ¿sabéis que quieren matar al rey?

Crillón, que se llevaba el vaso a la boca, se detuvo en su movimiento y miró a Pardaillán, asombrado en extremo.

—¡Caramba! Parece que os asombra —exclamó el caballero.

—No, no me asombra, querido amigo. Únicamente debo preveniros que, si en esta posada, que es un nido de espías, os oyen hablar de este modo, vuestra cabeza corre peligro.

—No nos oirán —dijo Pardaillán sonriendo—. Soy maestro en las emboscadas y he apostado algunos centinelas avanzados. ¿Os figuráis que sin tales precauciones habría yo pronunciado tales palabras, capaces de comprometer a mi invitado? En cuanto a mí, no temo nada.

Pardaillán hablaba sinceramente. Se había preocupado para no comprometer a Crillón. Pero sucedió que su sinceridad le sirvió, como sucede a menudo, mejor que una astucia maquiavélica. En efecto, Crillón, como valiente que era, se indignó de que sólo hubiera tomado precauciones por él.

—¡Pardiez! —dijo vaciando el vaso—. ¿Os figuráis que tengo miedo?

—No, capitán, todo el mundo sabe que no lo tenéis. De no ser así, no os llamarían el valiente Crillón. Decía, sencillamente, que he tomado mis precauciones para que nadie pueda oírnos y porque tengo que deciros cosas muy graves, la primera de las cuales es que quieren matar al rey.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Crillón.

—Poco os importa. ¿Creéis lo que os digo?

—Sin duda alguna, bastante lo sé.

—Bueno, pues ya que lo sabéis, paso a deciros la segunda cosa grave, que tal vez lo es más que la primera.

—¡Diablo! Me hacéis temblar. Decidme de qué se trata.

—Pues allá va: No quiero que maten al rey.

Crillón miró estupefacto a su anfitrión. Cuando lo vio por primera vez en París le había oído decir dos o tres cosas que le causaron asombro y este sentimiento se repitió en él.

—¿Acaso estará loco? —se preguntó.

Esta pregunta que se hacía Crillón, debió reflejarse, sin duda, en su rostro, porque el caballero, sonriendo, añadió tranquilamente.

—Creo, no obstante, que hasta ahora he dicho cosas muy razonables. Ante todo, que quieren matar al rey, y luego, que yo no quiero que lo maten.

—Pero, en fin —dijo Crillón asombrado—, ¿cómo sabéis que quieren matar al rey?

—Veo que es preciso satisfacer vuestra curiosidad, pues por segunda vez me hacéis la misma pregunta. Sabed, pues, que asistí a la reunión de las personas que han formado el complot.

—¿Quiénes son? —preguntó Crillón.

—Si no supierais sus nombres no os los diría, pero como los conocéis tan bien

como yo, os diré que uno lo resume todo. Es el duque de Guisa.

—¿Y decís —preguntó Crillón, que ya no pensaba en comer ni beber— que se reunieron?

—Sí, para decidir la muerte del rey.

—¿Y vos lo visteis y lo oísteis todo?

—Os he buscado únicamente por esto, querido señor Crillón y, por esta causa, además del placer que tengo sentándoos a mi mesa, os he rogado que vinierais a compartir mi cena. Pero *pardiez*, bebed, porque si no voy a creer que mi vino es malo y la comida detestable.

Crillón se quedó pensativo unos instantes.

—¿Y por eso queréis ser presentado al rey? —dijo de pronto.

—No, caballero. No soy el preboste para ir a contar a Enrique III lo que he podido ver u oír. El señor de Guisa quiere matar al rey y esto le incumbe personalmente. Pero lo que me incumbe a mí es que no quiero que maten al rey, y por esto intervengo.

—No comprendo —dijo Crillón.

—Ya comprenderéis un día u otro. Lo esencial es esto. ¿Creéis que quieren matar al rey?

—Sí, ya lo sabía.

—¿Creéis de buena fe que yo no quiero que lo maten?

—Sí, porque vos me lo decís.

—Gracias, capitán. Pues bien: si creéis en estos dos puntos, el resto marchará solo.

—¿El resto?

—Sí, sólo quiero persuadiros de que puedo y debo salvar a Su Majestad si vos me ayudáis, y no podéis ayudarme más que de un modo. Presentándome... no al rey, como decía, sino al palacio del rey. Ocultándome o sin ocultarme, poco me importa. Pero si el duque de Guisa o alguno de los suyos me viera rondar en torno de las habitaciones reales, ello podría contrariar mis proyectos.

Crillón pensativo, examinaba a aquel hombre, que con tal tranquilidad hablaba de cosas tan terribles.

—¿Sabéis —dijo por fin— que es muy grave lo que me pedís?

—Ya os lo dije yo al principio.

—¿Sabéis, en resumidas cuentas, que yo no os conozco mucho?

—Sí, pero yo os conozco a vos, y esto basta. Veamos, ¿qué pensáis? Decídmelo sin reparo alguno.

—Voy a deciros una cosa que no pienso y que, por lo tanto, no puede molestaros. Por otra parte, sabed que me trataría yo mismo de felón, antes que dirigiros una acusación.

—No importa, decid —añadió sonriendo el caballero.

—Pues bien, amigo. Si tuvierais deseo de matar al rey, no obraríais de otra suerte.

—Es muy posible. Es cierto que el deseo de matar y de salvar puede manifestarse de muy parecidos modos. Por esta razón comprendo y apruebo vuestra duda. Pero he de añadir que si no queréis introducirme en el castillo, me veré obligado a entrar en él a pesar vuestro. Y para una emboscada de este género preferiría teneros como amigo.

—Y lo soy, en efecto, ¡*pardiez!* Vamos, me fío de vos enteramente. ¿Qué queréis?

—Entrar en el castillo el día y la hora que sea necesario. Entrar secretamente y ser colocado de modo que para llegar al rey sea preciso encontrarme antes a mí.

—Os doy mi palabra de hacerlo —contestó Crillón—. ¿Pero cómo me avisaréis del día y la hora?

—Os mandaré a un hombre de confianza.

Dichas estas palabras, los dos hablaron de otros asuntos. Crillón comprendía que se había comprometido a una de aquellas cosas que cambian la suerte de los Estados. Pardaillán, por su parte, teniendo la palabra de Crillón, se guardó muy bien de insistir.

Por fin, cuando iban a dar las siete, Crillón se levantó diciendo:

—He aquí el momento de ir a establecer el servicio nocturno. Si antes de recibir la visita de vuestro hombre de confianza yo tuviese necesidad de veros o hablaros, ¿dónde os encontraría?

—Aquí, querido capitán. Estoy recluido como un monje en su celda.

Los dos hombres se estrecharon la mano, asegurándose su mutua amistad, y cuando Crillón se hubo alejado, apareció Jacobo Clemente.

—¿Habéis oído? —preguntó Pardaillán.

—Lo he oído y entendido todo.

* * * * *

En uno de aquellos antiguos hoteles que existen todavía en Blois, había aquella noche una brillante reunión, por la calidad de las personas que la componían, si bien eran poco numerosas. Los alrededores del hotel estaban cuidadosamente vigilados por numerosos centinelas, dispuestos a poca distancia uno de otro.

Seguiremos a un hombre que, sobre las doce de la noche, salió de la mala posada en donde el desgraciado hermano Timoteo hizo su última comida que, para colmo, no tuvo tiempo de digerir. Aquel hombre era Maurevert. Andaba con extrañas precauciones. Bajo su capa empuñaba la daga, y sondeaba el terreno, por decirlo así, y sólo se aventuraba en las tinieblas después de tener la seguridad de no tropezar con ningún enemigo o truhan.

Sin embargo, no había atracadores o, por lo menos, si los había, Maurevert no los temía. No eran ellos los que, de vez en cuando, hacían estremecer de espanto a Maurevert y adosarse a una pared temblando de miedo. Hacía mucho frío, pero Maurevert se secaba el sudor de la frente y algunas veces se encogía de hombros, murmurando:

—Estoy loco. Si él fuese el hombre de quien habla la carta del prior, no habría

dejado de descubrirlo, pues no en vano he recorrido Blois de uno a otro extremo.

Al mismo tiempo Maurevert distinguió una sombra que obstruía el paso de una callejuela. Maurevert dio un salto, pero percatándose de que la voz que se hizo oír, por muy amenazadora que fuera, no era de la persona que temía, se tranquilizó muy pronto y dijo:

—¿Por qué no he de pasar? ¿Acaso lo ha prohibido Lea?

—No pasaréis, caballero, sin decirme adónde vais.

—Voy a casa de Myrthis —contestó Maurevert.

—Está bien, pasad —dijo el desconocido centinela.

Nuevamente fue detenido Maurevert y dio otro santo y seña. Por fin, a la puerta del hotel en que tenía lugar la reunión que hemos citado, cambió otras palabras de reconocimiento.

Cuando, por fin, estuvo en el hotel, nadie se ocupó de él. Desde el momento en que había conseguido llegar hasta allí debía conocer perfectamente la casa. Por otra parte, apenas hubo franqueado el vestíbulo de la planta baja, Maurevert no encontró a nadie que lo guiase. Pero, sin duda, no lo necesitaba, porque subió decididamente la escalinata que arrancaba del vestíbulo.

El hotel parecía desierto. Reinaba en él profundo silencio. Y, si el vestíbulo estaba apenas alumbrado por un farol colgado de un muro, el resto del hotel estaba oscuro.

Maurevert subió hasta el primer piso y en todas partes halló el mismo silencio e iguales tinieblas.

En el segundo piso tampoco observó ningún cambio. La soledad era absoluta y se respiraba allí un aire viciado, como si el hotel hubiera estado deshabitado desde mucho tiempo atrás.

Maurevert subió al desván. Allí, del fondo de un corredor salía confuso rumor, como de muchas personas que hablasen, y en aquella dirección empezó a andar Maurevert. Pero en lugar de empujar la puerta tras la cual se oía aquel rumor confuso, dio vuelta hacia la derecha, a una bifurcación del corredor, el cual daba la vuelta alrededor de una sala inmensa que era el desván del hotel y en la cual tenía lugar una reunión.

Maurevert, como hemos dicho, siguió por un corredor angosto y llegó a un cuartito estrecho y sombrío, que, sin duda, no tenía más habitantes que ratas y arañas. No había puerta en aquel cuartito, es decir, que se entraba por el extremo del corredor citado.

Maurevert fue hasta el fondo del cuartito y desplazó un ladrillo a la altura de un hombre. Entonces pasó por allí un rayo de luz. Aquel agujero estaba disimulado en la otra estancia por una rejita perfectamente desfigurada.

Desde allí Maurevert podía ver y oír todo lo que se decía y sucedía en el desván. Empezó, pues, a mirar y a escuchar, toda vez que no era otro su objeto al ir allí.

Ya hemos visto que la reunión era poco numerosa, pero, en cambio, muy brillante por la calidad de las personas que la formaban. Citaremos, ante todo, a la duquesa de

Nemours, llegada a Blois hacía muy pocos días. Los tres hermanos: el duque de Guisa, el duque de Mayena y el cardenal. Estaban también el duque de Borbón y la duquesa de Montpensier.

En suma, era un consejo de familia. Sin duda Maurevert llegaba retrasado y la conferencia había dado fin porque, en el mismo instante en que deslizaba el ladrillo, la duquesa de Nemours, el cardenal de Borbón, el duque de Mayena y el cardenal de Guisa, se retiraban. No quedaron más que el duque de Guisa y María de Montpensier. Ésta, entonces, se dirigió a una puerta que abrió y dijo:

—Podéis entrar, señores.

Inmediatamente entraron en el desván cierto número de gentilhombres, entre los cuales estaban Maineville, Bussi-Leclerc, Bois-Dauphin, Espinac y otros.

—¿Estamos todos? —preguntó el duque.

—Falta Maurevert —dijo Maineville.

—A Maurevert —exclamó la duquesa de Montpensier— no lo he convocado ni le he comunicado el santo y seña, porque desde hace algún tiempo lleva una conducta extraña. Creo que debe vigilársele.

Maineville contrajo ligeramente las cejas, no porque se irritase por la acusación dirigida a su amigo, sino porque se inquietaba al recordar que el mismo día él le indicó el santo y seña. Sin embargo, no dijo nada y guardó sus recelos para sí.

—Señores —dijo el duque de Guisa—, hemos recibido informes del castillo. Parece que Su Majestad siente grandes sospechas contra mí, a pesar del juramento de amistad que pronuncié.

Se oyeron algunas risas burlonas.

—¿Qué debemos hacer ante semejante circunstancia? —preguntó Guisa.

—Monseñor —dijo uno de los conjurados—. Ya conocéis a Du Guast. Es un ambicioso y un espíritu calculador. Actualmente sirve al rey, pero he llegado a arrancarle algunas palabras que, en este momento, tienen incalculable valor.

—¿Cuáles son, Neully?

—Helas aquí, monseñor: «*Decid a vuestro duque que haría muy bien yendo a dar una vueltecita por París. El aire de Navidad es muy malsano a orillas de Loira*». He aquí lo que me dijo Du Guast.

—¿Y qué deducís de ello?

—Pues que no solamente Valois siente sospechas, sino que tal vez quiere tomarnos la delantera. Creo, por consiguiente, que deberíamos aplazar la ejecución del proyecto.

—Quien aplaza una partida, la pierde —exclamó con tono agrio la duquesa de Montpensier.

—No obstante, señora, si el ilustre duque, que es el jefe supremo de la Liga, pereciese por no tener un poco de paciencia, ¿qué sería de nosotros, a pesar de nuestro número? Monseñor, os renuevo mi aviso y os suplico salir de Blois mañana mismo, pues creo que, en este momento, el peligro de muerte es tan grande para vos

como para Valois.

—Neully —contestó el duque—, aunque yo viese entrar la muerte por esta ventana, ello no sería razón para que saliera por la puerta. Si ha de haber batalla, tanto mejor, ¡por Nuestra Señora! Y, para expresaros mi pensamiento, creo que Valois sentirá sospechas contra mí, pero que no se atreverá a tomar ninguna resolución grave.

—Vos la habéis tomado contra él, ¿por qué no puede hacer él lo mismo?

—No se atrevería —contestó Guisa con aquella seguridad que constituía el fondo de su carácter—. Señores —añadió— ¿puedo contar con vosotros?

Todos extendieron la mano y hubo un instante de intensa emoción.

—En vida y muerte —dijo Bussi-Leclerc.

—En vida y muerte —repitieron los otros.

—Pues bien, ya que es así, os diré que se han decidido ya el día y la hora, y que nada, a no ser un milagro del cielo, impedirá que Valois sucumba el 23 de diciembre a las diez de la noche.

Los que rodeaban a Guisa se estremecieron al hallarse ante el proyecto formulado con precisión. Hasta entonces habíase tratado de matar a Valois, aunque siempre de una manera vaga, pero ya, según las palabras del duque, la muerte de Enrique III iba a salir del orden de los proyectos para entrar en el de las realidades.

—He aquí cómo se hará —añadió el duque—. Ya lo hemos decidido mis hermanos y yo. Cada uno de vosotros, señores, será jefe de una compañía de gentilhombres, cuya lista os van a dar.

La duquesa de Montpensier entregó a cada uno una hoja de papel en la que estaban escritos varios nombres.

—Señores —continuó el duque—. Estudiaréis cuidadosamente estas listas y por vuestra propia voluntad borraréis el nombre de todos aquellos que, a vuestro juicio, no estén dispuestos a morir en caso necesario. Tendréis así de treinta a cuarenta gentilhombres a vuestras órdenes. Los avisaréis por la tarde del 23 de diciembre, para estar listos a las ocho de la noche, en el lugar señalado para cada compañía. No se han elegido todavía esos lugares, pero os serán comunicados el día 23 al mediodía.

Todos escuchaban en silencio y bastante emocionados. Únicamente se oía la voz solemne de Guisa, que continuó:

—El ataque tendrá lugar en tres puntos; y, por lo tanto, habrá tres cuerpos combatientes. Uno a las órdenes del cardenal, otro a las del duque de Mayena y otro a las mías. Cuando cada una de vuestras compañías esté reunida, a las ocho de la noche, sabréis, entonces, en qué cuerpo debe ir cada uno de vosotros. He aquí, señores, en líneas generales mi plan de ataque que espero se llevará a la práctica, en breve. La ejecución de este plan nos la ha inspirado el hecho de que todas las noches están en nuestro poder las llaves del castillo. Por esta razón no habrá más que entrar y...

—¡Matar! —interrumpió Bussi-Leclerc con violencia—. ¡Por el diablo! Vaya una

hermosa matanza que tendremos.

Maurevert había asistido a aquella escena viendo y oyendo todo lo que sucedía. Al pronunciar *el Acuchillado* las últimas palabras, comprendió que iba a terminar la sesión y, volviendo a colocar el ladrillo en su sitio, se envolvió en la capa y se alejó rápidamente. En el vestíbulo, para salir, tuvo que dar un santo y seña diferente al que diera a la entrada.

La calle estaba libre y Maurevert regresó corriendo a su hostería, en donde entró sin despertar a nadie, gracias a la escalera exterior, por la que podía llegar a su habitación. Se desnudó rápidamente, a oscuras, y después de haberse acostado prestó atento oído.

Hizo bien en marcharse, porque, al poco rato, los conjurados se dispersaron. Maineville, al salir de la reunión, se dirigió apresuradamente a la posada de Maurevert.

Despertó al patrón haciendo gran ruido y se hizo conducir a la habitación de su amigo. Como la puerta no estaba cerrada con llave, la abrió de un empujón y entró, llevando una lámpara en la mano. Miró hacia la cama, como si hubiese esperado no hallar a Maurevert. Pero allí lo vio... dormido profundamente.

Maineville cerró la puerta, colocó la lámpara sobre la mesa, y, al acercarse a la cama, examinó a aquel compañero, del que era amigo hacía tanto tiempo. Evidentemente, Maurevert se había acostado temprano. Dormía apaciblemente y Maineville pensó:

—Que el diablo me destripe si Maurevert piensa en hacer traición. Además, ¿por qué ha de hacerla? Sus intereses corren parejas con los de Guisa ¡Cómo duerme! ¡Y yo que pensaba sorprenderlo! ¡Pobre Maurevert! Después de todo, me ha hecho más de un favor y no quiero que le suceda nada malo. ¡Eh, Maurevert!

El fingido durmiente abrió los ojos sin manifestar sorpresa, y dijo:

—¡Cómo! ¿Eres tú? ¿Qué hay? ¿Necesitas dinero? ¿Has perdido en el juego? Mi bolsillo está allí, sobre la chimenea. Ahora vete al diablo y déjame dormir.

—Maurevert —preguntó Maineville—, ¿por qué no has asistido a la reunión de esta noche?

—¿Cuál?

—Hombre, ya te lo he explicado esta misma mañana.

—¡Ah, sí! ¿Para qué quieres que hubiese ido? ¿Han notado mi ausencia?

—Sí, el duque se ha fijado en ello.

—Pues bien —dijo Maurevert incorporándose—, puedes decir al duque que notará mi ausencia más de una vez. ¿Por qué no me han convocado como a los demás? ¿Acaso quiere que vaya sin ser llamado? Que no lo espere.

Maineville se sentó al borde de la cama. Tales palabras habrían borrado su sospecha si la hubiese tenido, pero lo cierto es que no sentía ninguna. No obstante, sabía que un hombre que pasara por sospechoso a los ojos de Guisa, en circunstancias tan trágicas, era un hombre muerto. Maineville sentía por Maurevert aquel afecto

rudo de compañero de armas y fatigas y resolvió salvarlo.

—¿Sabes —le preguntó— por qué no has sido convocado?

—No lo sé, ni me importa. En varias ocasiones el duque ha estado frío conmigo y luego ha vuelto a tratarme amistosamente. Esta vez hará lo mismo.

—Ahora es diferente, amigo mío, porque sospechan de ti.

—¿De qué?

—De todo y de nada, lo cual es mucho peor que una acusación precisa. Si se dijera francamente que has hecho o dicho algo grave, podrías defenderte, pero sólo se dice que es necesario desconfiar de ti.

—¿Y quién lo dice?

—La duquesa de Montpensier.

—¿La coja, aquella víbora, aquella cabeza loca que perderá a su hermano? Pues bien: que me acuse, no me tomaré siquiera el trabajo de defenderme.

—Maurevert, escucha un consejo.

—Oye, ahora es muy tarde, déjalo para mañana.

—Mañana será demasiado tarde, óyelo ahora.

—Lo oigo —dijo Maurevert, bajando la cabeza con tan cómica resignación que Maineville se echó a reír, pensando:

—Realmente, hay que confesar que la duquesa es una víbora.

Y en alta voz continuó:

—He aquí el consejo. ¿Tenías deseos de viajar? Pues hazlo.

—Perfectamente, ¿y cuándo te parece que huya? Porque lo que me propones es una fuga.

—Esta misma noche y ahora mismo, querido amigo.

—Muy bien, ¿y adónde he de ir? ¿A París o con los turcos?

—Adonde quieras, con tal sea muy lejos de Guisa.

—Excelente, ¿y con qué viajaré?

—Pues con tu caballo, tu espada y tus pistolas.

—Sí, ¿pero con qué dinero? ¿Acaso con las dos mil libras que el duque me debe y me deberá mucho tiempo todavía? ¿Acaso con mi paga de oficial, que no me han entregado hace cinco meses?

Maineville vaciló un momento y luego, dando un suspiro, dijo:

—Oye, tengo doscientas pistolas que se están aburriendo en mi maleta. Hazlas viajar y esto nos hará un favor a los tres. A ti que, con ellas, podrás huir, a las pistolas, que verán nuevas tierras, y a mí, que no sentiré deseos de jugar.

Maurevert estuvo a punto de conmoverse, pero se contuvo diciéndose:

—Este tuno de Maineville me está tendiendo un lazo. Ha venido para ver si conspiro y entregarme en cuanto lo sepa.

Al mismo tiempo Maurevert tendió su mano a Maineville diciendo:

—Gracias, amigo. Puedes disponer de mí hasta la muerte, pero no haré uso de tu generosidad, porque me quedo.

—Haces mal, te repito que se sospecha de ti. Tal vez mañana mismo reciba orden de coserte a puñaladas y ya puedes comprender cuán triste sería eso para mí.

—¿Acaso lo harías?

—Sí, sí me daban la orden.

Maurevert entonces bajó la cabeza, impresionado por las palabras de Maineville.

—Y si no lo hiciese yo —añadió éste—. Bussi u otro cualquiera lo haría. Actualmente vales aún doscientas pistolas que te ofrezco, pero dentro de dos o tres horas no valdrás dos sueldos parisís.

—¡He aquí en lo que acaban diez años de fieles servicios! Me veo obligado a huir como un traidor.

—Me encargo de conseguir para ti el favor del duque. Probaré tu inocencia, y una vez pasado el peligro volverás. ¿Estamos de acuerdo? ¿Te marchas?

—¿Qué remedio tengo?

—Perfectamente, dentro de veinte minutos tendrás las doscientas pistolas.

—Cien me bastarán. No iré lejos. Iré hasta Chambord y te esperaré allí.

Maurevert se vistió enseguida, guardó cuidadosamente algunos papeles y en especial el bono de las quinientas mil libras, pagadero al día siguiente de la muerte de Guisa. Pronto regresó Maineville, llevando las doscientas pistolas, de las cuales Maurevert tomó cien. Luego los dos amigos se abrazaron, y bajaron juntos.

—¿Sabes el santo y seña para que te abran la puerta? —dijo Maineville.

—No.

—*Catalina y Coutras*. Y ahora, adiós. Si por azar te sucede algo malo antes de llegar a la puerta recuerda que no me has visto.

Entonces Maineville dirigió una mirada llena de inquietud a la calle envuelta en tinieblas, estrechó la mano de su amigo, y se alejó rápidamente siguiendo la línea de las casas.

Maurevert se quedó inmóvil, hasta que tuvo la seguridad de que su amigo se había alejado. Entonces, a su vez, echó a andar, pero no en dirección a las puertas de la ciudad, sino hacia el castillo. No había dado diez pasos, cuando se golpeó la frente y retrocedió murmurando:

—¡Imbécil! Si dejo mi caballo, Maineville sabrá que no me he marchado. Tal vez mañana por la mañana vaya a preguntar si durante la noche un caballero ha salido de la ciudad.

Ensiló y embridó su caballo, y anduvo a pie hasta el castillo llevando al animal por la brida. Un cuarto de hora más tarde, llegaba al oratorio de la reina. Catalina de Médicis había sido despertada por orden del caballero (pues a la sazón lo obedecían ciegamente al pronunciar una palabra convenida) y no tardó en presentarse a Maurevert, al que interrogó con la mirada.

—Señora —dijo Maurevert—, ya sé el día, la hora y cómo debe llevarse a cabo el atentado.

Catalina se estremeció. Para ella el minuto aquél era de terrible angustia.

—Hablad —dijo mirando fijamente al que llevaba tal noticia.

—Ante todo —dijo Maurevert— me permitiré rogar a Vuestra Majestad que haga salir de Blois, y en este mismo instante, a un oficial, que deberá montar en el caballo que he dejado en el patio e ir cubierto con mi capa. Es esencialísimo este punto.

—¡Larchant! —llamó la reina.

Y el capitán entró, mientras Maurevert se ocultaba en un rincón.

—Larchant —continuó Catalina—. Acabo de saber que hay algunas reuniones de hugonotes por el lado de Tours. Mandad ahora mismo a un hombre seguro para ver lo que sucede, y para que recorra el país durante ocho días. Vuestro mensajero hallará un caballo ensillado en mi patio. Y haced también que se cubra con esta capa. Dentro de cinco minutos ha de estar fuera.

Larchant tomó la capa, que estaba sobre un sillón y salió sin contestar una sola palabra.

—Ahora —añadió Maurevert—, ahora que salgo de Blois y emprendo la fuga, es preciso que Vuestra Majestad me albergue en el castillo durante algunos días.

—Ruggieri —llamó la reina, decidida a satisfacer por entero los deseos de Maurevert.

Transcurrió un minuto, y la reina fruncía el entrecejo, cuando apareció el astrólogo, diciendo:

—Acaban de despertarme y he venido enseguida, Majestad.

La reina había dado la orden de que se llamara siempre a Ruggieri en cuanto llegara un mensajero, ya fuese de día o de noche.

—Ruggieri —dijo—, ¿dónde estás alojado?

—Ya lo sabéis: en el piso alto, señora; es decir, lo más lejos posible de la tierra y lo más cerca del cielo.

—¿Va alguien a espiarte allí arriba?

—Todo el mundo teme acercarse —contestó Ruggieri—. Nadie llega allí de no verse obligado a ello. Ya sabéis que paso por ser un espíritu maléfico, capaz de hacer mal de ojo.

—En efecto —dijo Catalina—, esos pobres ignorantes no pueden comprender la utilidad que reporta el trato con los genios benéficos o maléficos. Mi buen Ruggieri —añadió—, ocultarás a este gentilhombre en tus habitaciones, en donde, sin duda alguna, estará más al abrigo de la curiosidad que en las mismas habitaciones del rey.

Ruggieri, con un gesto, manifestó que había comprendido. En aquel momento la reina palideció y cayó desvanecida sobre un sillón. Mortal temblor agitó sus manos. Ruggieri se dirigió a ella, sacó con viveza un frasquito de su limosnero y derramó algunas gotas en los labios de Catalina que, casi instantáneamente, respiró con mayor libertad.

—Ya lo ves —dijo con sombría desesperación—. Éste es el principio del fin.

Maurevert contemplaba aquella escena con curiosidad y algo impresionado.

La reina poco a poco volvió en sí, recobrando la energía asombrosa que durante

cincuenta años la sostuvo, a pesar de las terribles e incesantes luchas que se veía obligada a sostener.

—Ruggieri —dijo—. ¿Crees que voy a morir? Dilo sin temor.

—No —contestó el astrólogo—. No, señora, tranquilizaos. La muerte no ha entrado aún en este castillo.

—¿Has consultado los astros?

—Os afirmo que no estáis en peligro de muerte. Vuestro horóscopo es terminante acerca de este particular.

—Te creo —dijo la reina, que se sentía mejor—. Esto no es más que un aviso. Pero estoy muy débil. ¿Y el cordial que debías componer y para el cual me pediste la séptima piedra del talismán?

—Mañana lo tendréis, reina mía.

Catalina se volvió entonces a Maurevert, que durante toda aquella escena había permanecido inmóvil y silencioso.

—Bien, caballero; podéis hablar.

Maurevert empezó su relato, que duró casi una hora, mientras Catalina lo escuchaba con la cabeza entre las manos y sin dejar traslucir asombro o emoción.

—Ruggieri, ¿estás seguro de que viviré hasta el 23 de diciembre?

—Juro a Vuestra Majestad que este año morirá antes que vos —contestó el astrólogo.

—Bueno —dijo la reina sonriendo—. Me das ocho días más de los que necesito. Vamos, señor de Maurevert. Seguid a Ruggieri. Estaréis bien oculto en el lugar que él os señalará y podréis quedaros allí mientras os parezca bien. Antes de marcharos, procurad verme.

La reina entró en su habitación y se metió en cama, con un poco de fiebre. Maurevert siguió a Ruggieri, y llegó por fin al último piso. El astrólogo condujo a su compañero a una habitación muy espaciosa y bien amueblada.

—Os traerán aquí la comida —dijo—. En este estante hallaréis algunos libros y en este armario algunas botellas de buenos vinos. Durante el día podréis distraeros también con esta ventana, desde donde podréis contemplar el Loira, el Cosson y los bosques de Chaumont, de Riessy y de Bolonia. Pero recordad que quien mira puede ser visto.

Maurevert dio las gracias a su huésped, le aseguró que los paisajes lo dejaban indiferente, que no tocaría los libros, pero que, en cambio, vaciaría las botellas. De este modo Maurevert se instaló en las habitaciones de Ruggieri.

Al día siguiente el astrólogo bajó para adquirir noticias de la reina, la cual, en apariencia, no se resentía de su crisis nocturna. Ruggieri, por el camino, encontró a Crillón, el cual lo saludó cortésmente y le dijo:

—Señor nigromante. Sea dicho sin ánimo de molestaros, tal vez recordaréis que en ciertas ocasiones me ha sido muy grato el poderos prestar algunos servicios.

—Sí, señor —dijo el astrólogo—. ¿Tendré la dicha de seros útil a mi vez?

—Precisamente, querido señor, y confieso que os buscaba.

—¿De qué se trata?

—Voy a decíroslo. Por razones que sabréis más tarde, pero que se relacionan con el servicio y la seguridad del rey, tengo necesidad de ocultar en el castillo y durante algunos días a un hombre... pariente mío. Como sé que vivís retirado y que nadie va a molestaros, había pensado que vuestras habitaciones serían las más indicadas.

Ruggieri sintió bastante asombro, pero se guardó de darlo a conocer, pensando: «Bueno, lo colocaré al lado de Maurevert y tendré dos huéspedes en vez de uno».

—Pues bien, acepto —añadió en voz alta—. Traedme a vuestro pariente, señor Crillón.

—¿Y os comprometéis a ocultarlo?

—Tanto como pueda, y en lo que de mí dependa, nadie conocerá en el castillo la presencia de vuestro pariente.

—Muchas gracias, señor astrólogo.

—Tengo gran placer en haber podido seros útil, señor capitán.

Durante el día, Crillón salió del castillo y se dirigió a la hostería en que cenara con Pardaillán. Como lo había dicho, el caballero no se movió de ella. Crillón lo halló vaciando a vasitos una botella de moscatel de España. Pardaillán, al ver entrar a Crillón, tomó un vaso, lo puso ante el capitán y lo llenó.

—Lo admirable en vos —dijo Crillón— es que enseguida adivináis lo que más puede gustar a las gentes.

—Sí —dijo Pardaillán—. Por vuestra cara comprendí inmediatamente que teníais sed. Y, por lo tanto, el hecho de haber llenado un vaso de excelente vino de España no es amabilidad, sino deber.

—¿Sabéis para qué vengo?

—Para decirme que habéis hallado el medio de introducirme en el castillo, y ocultarme allí.

—Esto mismo, y cuando queráis podemos ir. ¿Queréis que sea hoy mismo?

—Como queráis.

—Bueno, pues hasta la noche —dijo Crillón—. Procurad estar a las seis en punto ante la puerta del castillo, y yo me encargaré del resto.

* * * * *

Por la tarde, a las seis, es decir, cuando era ya completamente de noche, Pardaillán, cuidadosamente envuelto, se paseaba ante el pórtico del castillo, y a poco llegó Crillón.

—Vamos a entrar —dijo el capitán.

—Entremos —contestó Pardaillán.

—¿Me juráis qué?...

—No juro nada —interrumpió Pardaillán—. Os repito tan sólo dos cosas:

primero, que van a matar al rey, y, segundo, que yo no lo quiero.

—Venid.

Crillón cogió del brazo a Pardaillán que, hablando alegremente con él, pasó al pórtico, mientras los centinelas presentaban armas. Subieron por una escalerilla excusada y, una vez en el segundo piso, Crillón exclamó:

—¡Ahora estamos salvados!

—¿Dónde vais a esconderme?

—En el piso en que vive Ruggieri —contestó Crillón—. Si lo deseáis, podréis haceros sacar el horóscopo.

Pardaillán palideció, pero contestó flemáticamente:

—A fe mía, tal vez lo haré, porque siempre he deseado saber lo que se piensa de mí en el cielo.

Cuando hubieron llegado al piso superior, Crillón empujó una puerta y Pardaillán, en una pieza severamente amueblada, divisó al astrólogo que leía en un gran libro de tapas de madera.

Crillón presentó al caballero como pariente suyo y añadió al oído de Ruggieri que contaba mucho con aquel pariente para el buen servicio del rey. Luego se retiró. Ruggieri dirigió a Pardaillán una mirada viva y penetrante, pero ya fuese que el rostro del caballero hubiese cambiado mucho con el tiempo, o que la edad hubiera disminuido en Ruggieri la facultad de la memoria, no reconoció a Pardaillán, a quien, no obstante, había querido desangrar para llevar a cabo su obra de infundir la vida a un cadáver.

—Venid, caballero —se contentó con decir.

Y lo condujo a una estancia vecina, diciéndole:

—Aquí estáis en vuestra casa. Esta puerta da a mi gabinete de trabajo, del que acabamos de salir. Esta otra da al corredor y esta última, por fin, está condenada y da a una habitación semejante a ésta. Si queréis guardar riguroso secreto, os recomiendo que no hagáis ruido alguno, porque precisamente en esta habitación he alojado a un gentilhombre que, como vos, pasa algunos días oculto en el castillo.

Dicho esto, Ruggieri saludó y se marchó.

—¡Caramba! —exclamó Pardaillán—. ¿Quién será ese gentilhombre que, como yo, tiene necesidad de ocultarse en este castillo?

XXXI - La Duquesa de Guisa

LA ESCENA que relatamos a continuación tuvo lugar en la noche del 21 de diciembre de 1588 en aquel hotel tan bien guardado en que vimos a Maurevert asistir a una reunión de conjurados. Pero esta vez no conduciremos al lector al desván.

El primer piso lo ocupaba casi por entero uno de aquellos salones inmensos a que tan aficionados eran nuestros antepasados. La tal estancia tenía seis ventanas que daban al patio de honor. Precediendo al salón y formando una antecámara, había otra habitación de dimensiones muy reducidas. Y en ella penetraremos hacia las diez de la noche.

Una mujer sentada en un sillón hablaba con un hombre que estaba en pie ante ella. El hombre acababa de hacer un largo viaje. Sus vestidos estaban manchados de barro y parecía estar muy cansado.

La mujer era Fausta y el hombre un correo que llegaba de Roma.

Fausta conservaba aquel rostro impenetrable que había llegado a ser su expresión verdadera. Pero su mirada brillaba más que de costumbre, y el ligero rubor que cubría sus mejillas habría demostrado, a los que la conocían bien, que estaba muy emocionada. Entre tanto el hombre decía:

—Llegué a Roma el 20 de noviembre, portador de vuestras instrucciones verbales y escritas. ¿Es necesario decir las gestiones que tuve que hacer?

—No, dime lo principal. Sé breve y claro.

—Fue el cardenal Rovenni el que, al cabo de tres días, me presentó al papa Sixto. Como yo no tenía la elección de medios, tuve que aceptar la ayuda que me ofreció un traidor, sin duda con la esperanza de reconciliarse con vos.

—Poco importa quién te ayudó.

—Pues vi al Papa cuatro veces seguidas. La primera, cuando le dije que era enviado vuestro, me hizo prender, diciendo que sólo la muerte sería el castigo proporcionado a mi audacia... Fui encerrado en un calabozo del castillo de Sant-Angelo. Allí Sixto fue a verme al día siguiente, y me preguntó qué tenía que comunicarle la rebelde y la hereje. Le contesté que le llevaba la paz, pero que nada diría en tanto que continuara prisionero, y que toda vez que os representaba, quería tratar de potencia a potencia.

—¿Y qué dijo el ex porquerizo?

—Me volvió la espalda, diciendo: «*Que reviente como un perro*». Pero al día siguiente los guardias abrieron el calabozo y me condujeron a un oratorio en que Sixto estaba solo. Me examinó largo rato y luego me dijo con rudeza: «*Habla, estás libre*». Entonces expuse vuestra renunciación. Repetí vuestras ofertas, que escuchó atentamente. Le aseguré que no regresaríais a Italia y que haríais cuanto os fuera posible para salvaguardar su poder temporal y espiritual. Añadí que yo tenía en lugar seguro un pergamino firmado por vos, en que ratificabais todas las renunciaciones que le enumeraba de viva voz. Entonces me preguntó qué queríais a cambio de ello y le

contesté que tan sólo una bula de divorcio que anulara el casamiento del duque de Guisa y de Catalina de Cléves. No pareció sorprendido. Me dijo que volviese tres días después. En el día indicado me presenté en el Vaticano y vi a Sixto a solas. Se paseó durante un rato sin decirme nada. Luego, de pronto, se detuvo ante mí y me preguntó dónde estaban los pergaminos que yo debía entregarle. Le contesté que se los llevaría en cuanto nos pusiéramos de acuerdo. Entonces abrió una cajita, de la que sacó un estuche de plata. De allí extrajo un pergamino y lo extendió ante mis ojos. Era una bula de divorcio. Luego encerró nuevamente el pergamino en el estuche y me lo entregó diciendo: «*Soy más confiado que tu ama. Ahí va lo que me pide y, además, mi bendición. Ve a buscar los papeles que me has prometido*». Yo los saqué de mi pecho e hincando una rodilla se los presenté, diciendo: «*Los traía conmigo, Santidad*». Sonrió y leyó con indiferencia su contenido, pero por el suspiro que dio comprendí que estaba satisfecho. Entonces salí del Vaticano y rápidamente tomé el camino de Francia.

Diciendo estas palabras, el hombre dobló una rodilla sobre la alfombra, como lo hiciera ante el Papa, y sacó del jubón un estuche de plata que llevaba colgado de una cadenita alrededor del cuello. Fausta tomó el estuche con la mayor impasibilidad.

—Muy bien —dijo—. Retírate y ve a descansar. Has obrado como servidor fiel y hábil diplomático.

El mensajero se levantó entonces ante Fausta y desapareció, en tanto que ésta se quedó pensativa.

Miraba aquel estuche de plata, indecisa, como si contuviera su condenación. Por fin lo abrió y sacó el pergamino sellado con las armas pontificias de Sixto V, y por dos veces lo leyó atentamente.

Como el mensajero dijo, era, en realidad, una bula anulando el casamiento de Guisa y de Catalina de Cléves, a la cual sólo faltaba la firma del duque.

Cuando hubo terminado aquella lectura, Fausta llamó y compareció su doncella Myrthis.

—¿Ha venido? —preguntó Fausta.

—Aún no —contestó la criada.

—¿Y el viejo Borbón?

—Vendrá a las diez y media.

—En cuanto llegue hazlo entrar donde sabes, así como a Mayena y al duque de Guisa. Supongo que todo estará dispuesto en el salón.

—Vuestras instrucciones han sido seguidas al pie de la letra.

—En cuanto llegue el duque hazlo entrar aquí. Y a los otros allí.

Myrthis se retiró y Fausta fue a abrir la puerta que daba al salón. Reinaba allí una semioscuridad, pues sólo estaba alumbrado por dos antorchas. No obstante, tal luz debía bastar a Fausta, porque, desde la puerta, sin avanzar, examinó por unos instantes la inmensa y desierta sala.

Entonces dio un largo suspiro, cerró la puerta con mucho cuidado, y fue a

sentarse nuevamente en el sillón que poco antes ocupaba.

—El veintitrés, a las diez de la noche —murmuró, resumiendo de tal modo las ideas que la preocupaban.

Eso quería decir:

—Dicho día Enrique de Valois morirá. Enrique de Guisa será rey y yo reina.

—¡Reina! —prosiguió—. Reina de este hermoso país, dotada de un poder que en mis manos puede, ser un instrumento terrible. Sí, esto es algo, sin duda, pero no todo.

—¡Monseñor el duque de Guisa! —anunció una voz.

Fausta levantó lentamente la cabeza y vio al duque de Guisa que se inclinaba ante ella. Estaba nervioso y agitado.

—Heme aquí, a vuestras órdenes, señora —dijo el duque—. Aunque tal vez habría valido más no vernos hasta el día...

Y se interrumpió.

—Hasta el día en que sucumba Enrique III —dijo Fausta con frialdad.

El duque se inclinó.

—Es decir —continuó ella—, hasta el día en que debo unir mi destino al vuestro, duque.

Guisa se estremeció. Reinó entonces un silencio preñado de amenazas. Viendo que Guisa no contestaba a tales palabras, Fausta añadió:

—Resulta, duque, que todo está dispuesto gracias a mí. La red está bien tendida. Valois ha de morir. Lo que vos nunca os habríais atrevido a preparar, lo he preparado yo. He distribuido a cada uno su papel. He dispuesto la asechanza de tal modo, que ni aun la intervención divina puede salvar a Valois e impedirnos a vos ser rey.

—Es cierto, señora —dijo Enrique de Guisa con alterada voz—. Es cierto. Allí donde nosotros, los hombres, vacilábamos, habéis desplegado una audacia fría e implacable, digna de una gran conquistadora. Cuando nuestros cerebros de hombres batalladores se estremecían, el vuestro vio claro. Lo habéis previsto todo y preparado en sus menores detalles. Lo confieso, señora, si Valois muere, tal vez será mi brazo el que hiera, pero seréis vos la que lo habréis matado.

—Quería oíros decir estas verdades —replicó Fausta— pero ya sabéis que esto no es todo. Como os dije, mandé un correo a Alejandro Farnesio y, de acuerdo con las fechas que he calculado, en estos momentos Alejandro Farnesio está seguramente en Francia y en camino de París. Por consiguiente, he hecho más que daros un trono. Os doy un ejército.

—También es cierto, señora. ¿No hemos convenido ya en lo que haremos de este ejército?

—Sí, anular al Bearnés, atraeros a los hugonotes, que son buenos soldados, luego conquistar Italia y, por fin, Flandes.

—¡Ah! —exclamó el duque de Guisa—. Con tales medios me siento capaz de conquistar el mundo entero.

Fausta dejó desbordar tal entusiasmo y luego dijo con gran dulzura.

—¿Y cuál será mi parte, duque?

—¿No la hemos convenido también? ¿No os juré que seríais reina, así como yo sería rey, y emperatriz del vasto imperio concebido por vuestro intrépido corazón? En una palabra, ¿no hemos de casarnos?

—Es cierto, duque, ¿pero cuándo?

—Así que, ya coronado rey de Francia, haya repudiado a Catalina de Cléves.

—Es muy lejos, duque, y, además, ya conocéis mi franqueza, temo que me olvidéis.

—Lo he jurado —contestó el duque.

—Pues yo no creo en los juramentos de los príncipes —contestó Fausta—. ¡Oh, no palidezcáis inútilmente! Recordad tan sólo que sé leer en el corazón de los hombres.

—¿Y qué habéis leído en el mío? —balbució el duque sonriendo.

—Que el puñal que ha de herir a Valois, puede herir también a Fausta.

—¡Señora!

—Se puede romper el instrumento, una vez que ya ha servido. Que acaso os parecerá exagerada mi recompensa, apenas yo os haya ceñido la corona. Que hoy estáis a mi altura y me veis cara a cara, pero que ya no me distinguiréis una vez os hayáis sentado en el trono. Entonces sólo tendréis que hacer un ademán para ahogarme en la sangre de la que surgirá el trono sobre el que estaréis sentado. He aquí lo que he leído en vuestro corazón.

—Señora, no acierto a creer en lo que oigo.

—Pues, no obstante, ésa es la verdad. Duque, el momento es solemne para nosotros. Con una sola palabra puedo hundiros en el abismo. Si yo quiero, Valois será avisado dentro de una hora y mañana, duque, no subiréis al trono, sino al cadalso.

—¡Por la sangre de Cristo! —exclamó el duque, animado a un tiempo por el furor, el asombro y el miedo—. ¿Qué queréis, pues?

—Mi parte —contestó sencillamente Fausta— o sea, saber si desde este momento soy o no duquesa de Guisa.

—Esto es insensato, señora, porque Catalina de Cléves vive aún.

—Sí, pero si vos queréis, Catalina de Cléves ya no es vuestra mujer. Duque, he aquí la bula de divorcio que anula vuestro matrimonio. Es el regalo de boda que me hace mi antiguo amigo Sixto V, Papa por la gracia de Dios.

Al mismo tiempo, Fausta abrió el estuche, sacó el pergamino y desenrollándolo, lo tendió al duque de Guisa. Éste lo cogió con mano temblorosa, acercó una antorcha y empezó a leer. Terminado que hubo la lectura, y una vez hubo visto que el pergamino llevaba, efectivamente, las armas pontificias de Sixto V, y que era perfectamente auténtico, dejó caer el documento sobre la mesa y guardó silencio.

Pero lo que en aquel momento hacía temblar al duque era un asombro prodigioso. Ante aquella mujer se sentía débil e impotente. Tal audacia y prontitud, tal profundidad en la concepción, y tal espantosa rapidez en la realización, le parecían

imposibles.

Fausta tomó una pluma y la presentó al duque de Guisa, el cual la cogió maquinalmente. Luego señalando con el dedo el lugar reservado en el papel para la firma de Guisa, le dijo:

—Firmad.

El Acuchillado la miró un momento lleno de estupefacción. No sentía repudiar a Catalina de Cléves, que lo engañaba y hacía de él el marido más ridículo de Francia, sino que se veía adivinado por Fausta y completamente a su merced.

La mirada que dirigió a Fausta fue tal, que ésta comprendió claramente que la cuerda estaba a punto de romperse y que poco faltaba para que *el Acuchillado* le saltara al cuello. Pero estaba dotada de valor aun cuando comprendía que en aquella ocasión se jugaba el todo por el todo. Morir o asegurarse el poder. Apoyó el dedo sobre el pergamino con más firmeza y repitió:

—Firmad, duque. Dentro de unos minutos será demasiado tarde.

El Acuchillado rechinó los dientes. Se inclinó lentamente hacia la mesa y, con su rudo carácter de letra, firmó. Entonces Fausta abrió completamente las puertas del salón, que estaba brillantemente iluminado.

Ante Guisa apareció entonces un extraño espectáculo. En el fondo del salón se había levantado un altar. Aquello ya no era un salón, sino una capilla. Junto al altar esperaba el cardenal Borbón, dispuesto a celebrar la misa.

Sentados en sillones y en actitud de esperar la ceremonia, que ya conocían de antemano, estaban allí el cardenal de Guisa, el duque de Mayena, la duquesa de Nemours y la duquesa de Montpensier. Entonces Fausta se volvió hacia *el Acuchillado*, aterrado de lo que veía y adivinaba, y le dijo:

—Duque, dad la mano a vuestra prometida y conducidla al altar.

El duque hizo un movimiento de retroceso, dando un suspiro furioso. Una vez más sus ojos se dirigieron a Fausta, cual si quisiera anonadarla, pero tal resistencia se anuló ante los ojos negros y dominadores de Fausta. Y lívido, con la rabia en el corazón, tendió su mano a Fausta y se dirigió con ella hacia el altar.

El primer movimiento de Fausta fue tender al cardenal de Borbón la bula de divorcio y entonces empezó la misa matrimonial, que unía a Fausta con el duque de Guisa.

—Ahora —se dijo ella— soy reina de Francia. Ahora tengo el poder en mis manos. Ahora el mundo va a conocer a la conquistadora. Ahora ningún poder humano puede impedirme ser la suprema emperatriz en el Imperio de Carlomagno, reconstruido por mí.

XXXII - El hundimiento

LA HABITACIÓN DEL REY daba al patio cuadrado. En la parte delantera había una antecámara y antes que ésta el salón en el cual ya hemos introducido al lector. Así, pues, después de haber franqueado el pórtico del castillo de Blois y subido la escalera, se llegaba a aquel salón. Nuestros lectores no habrán olvidado que, cuando el rey celebraba consejo en el salón, los gentilhombres de Guisa lo esperaban en la escalera o en la terraza, o también en el patio cuadrado.

Al entrar en el salón y yendo hacia la puerta, al fondo, a la derecha, se llegaba a la antecámara del rey, que actualmente se convierte en el centro de nuestra escena. Se abrían en ella tres puertas. Una por la que acabamos de entrar y que daba al salón. La segunda, enfrente, conducía al dormitorio del rey. La tercera, a la izquierda, daba a un gabinete que tenía una ventana al patio interior.

Después de este gabinete, elegante y espacioso, había otra pieza que daba a una escalera interior, la cual llegaba desde las habitaciones de la planta baja de Catalina de Médicis, hasta el piso superior en que se alojaba Ruggieri.

Cuando Guisa, después de subir la escalera, hallaba al rey en el salón, se detenía allí, como era natural, y dejaba en la escalera la formidable escolta que siempre lo acompañaba. Pero cuando el consejo privado no se celebraba en el salón, *el Acuchillado* se dirigía a la cámara real después de haber hecho entrar a su escolta en el salón. En la antecámara siempre había cortesanos, y Guisa preguntaba dónde estaba el rey. Entonces le señalaban con el dedo, o bien la puerta del dormitorio, o la del gabinete de trabajo. Y Guisa se dirigía a una de las dos habitaciones para presentarse al monarca, porque el rey le había dicho que siempre estaba visible para él.

Aquella mañana el capitán Larchant, como de costumbre, cambió los puestos de guardia, pero estableció simplemente guardias sencillas. En el gran pórtico, especialmente, en donde siempre había unos cuarenta hombres, aquel día no colocaron más que diez, y lo mismo sucedió en las restantes puertas, de modo que el castillo pareció desprovisto de sus habituales guardias.

Pero quien hubiera mirado al patio interior que se veía desde el gabinete de trabajo del rey, habría visto desde allí a trescientos hombres de armas inmóviles y silenciosos. Todos estaban armados de arcabuces.

El que hubiese podido entrar en una gran sala situada cerca del cuerpo de guardia y que, ordinariamente, servía de almacén de armas, habría visto cuatro culebrinas de campaña dispuestas a funcionar. Al lado de cada una había los cuatro artilleros en su sitio, y estaban preparados ocho hombres cogidos a una cuerda, para, cuando se abriese la puerta del almacén, arrastrar la culebrina hasta el patio, y ponerla en disposición de funcionar.

Crillón iba y venía por el patio cuadrado, mordiéndose furiosamente el bigote. Se veían también algunos oficiales desocupados, algunos centinelas indolentes y

gentilhombres hablando alegremente. En la gran escalinata, como de costumbre, se veía gran número de cortesanos que subían y bajaban. En el salón, nadie, a excepción de algún que otro lacayo que pasaba rápido y silencioso. Y, por fin, las cercanías de las habitaciones reales conservaban su acostumbrado aspecto.

Atravesemos ahora el salón y penetremos por la antecámara que, según hemos dicho, era el centro de la escena que vamos a describir. Allí esperaba una veintena de gentilhombres, que formaban parte de los Cuarenta y Cinco. Iban vestidos como de costumbre. Pero bajo el jubón de seda o de terciopelo, todos llevaban la coraza de cuero o la cota de malla.

Entremos ahora en las habitaciones del rey. Como la noche en que se tomaron las decisiones que ya conoce el lector, Enrique III estaba sentado junto al fuego, hacia el cual tendía sus pálidas manos. En pie, y a su lado, estaba Catalina de Médicis vestida de negro y semejante a un espectro. Catalina estaba muy enferma; pero, dominándose con su energía extraordinaria, permanecía en su sitio.

Catalina de Médicis y el rey hablaban entre sí y en voz baja.

—Ha llegado el día —decía Catalina—, el gran día.

—El día del asesinato —dijo el rey.

—El día de tu liberación, hijo mío. Esta noche, a las diez, como una manada de lobos en las tinieblas, las gentes de Guisa deben precipitarse contra el castillo, cuyas llaves tienen. Esta noche, a las diez, sus gentes, sedientas de sangre real, deben subir por esta escalera y, después de haber degollado a todos los que se opongan a su paso, hundir la puerta de este cuarto, y matar a puñaladas al rey, que estará en su cama.

Enrique III se estremeció y dirigió a su madre una mirada de espanto.

—Esta noche —continuó Catalina de Médicis— degollarían al rey de Francia... sí...

Y se detuvo en aquel sí con terrible sonrisa añadiendo:

—Si la madre del rey no velase. Pero está atenta. Venid, señores degolladores, y vais a ver de lo que es capaz la vieja reina. ¡Matar a mi hijo!

Y se echó a reír.

—Enrique, hijo mío, ¿estáis dispuesto?

—Sí, madre —contestó el rey con alterada voz.

—Pues bien, bésame. Luego callémonos y dejemos la palabra a Dios.

Pálido y tambaleándose, Enrique III se levantó. Su madre lo estrechó fuertemente en sus brazos.

—No te muevas de aquí —dijo Catalina—. ¿Oyes?

—Sí, madre —balbució Enrique.

—Basta con que, con una palabra, des la orden a los gentilhombres que esperan allí. El resto me concierne.

Entonces se despidió de su hijo y, lentamente, abrió la puerta. Los treinta gentilhombres que esperaban adoptaron respetuosa actitud. El rey se adelantó hacia la puerta y dijo:

—Señores, os ordeno obedecer a la reina madre en todo lo que os diga.

Luego retrocedió hasta la ventana de su cuarto, y empezó a mirar al patio y hacia el pórtico del castillo. Catalina de Médicis, con rápida mirada pasó revista a los gentilhombres de la antecámara. Con el dedo señaló a diez de ellos y les dijo:

—Vuestro sitio está en la habitación del rey con la espada y la daga desenvainadas. Una vez en el cuarto —continuó Catalina— parapetaos y no os mováis por ningún motivo. Sí sucede alguna desgracia, morid antes de que toquen al rey. ¡Juradlo!

—¡Lo juramos! —contestaron todos a la vez.

—Entrad, y que Dios os tenga en su santa guarda.

Los diez entraron en la habitación real con las espadas y las dagas en las manos. Un momento más tarde se les oyó parapetarse en el interior. Catalina dio un profundo suspiro. Luego volvió a pasar revista y señaló a diez gentilhombres más.

—Vosotros —dijo—, en el salón. En cuanto él esté en la antecámara, cerrad la puerta y colocaos delante con la espada y la daga en la mano. Si tratan de forzar la puerta de la antecámara o invaden el salón, morid hasta el último, antes que puedan abrir. ¡Juradlo!

—¡Lo juramos! —contestaron los diez a coro.

—Id a tomar sitio en el salón y que Dios os tenga en su santa guarda.

Los diez entraron en el salón y enseguida se dispusieron allí por pequeños grupos, riendo y hablando de cosas indiferentes. Entonces Catalina señaló a tres de los hombres restantes, que eran Chalabre, Sainte-Maline y Montsery.

—Vosotros —dijo— entrad en el gabinete y esperadme.

Sainte-Maline, Chalabre y Montsery obedecieron enseguida y entraron en el gabinete de trabajo. En la antecámara no quedaban más que siete gentilhombres, entre los cuales estaban Dessefrenat y el conde de Loignes.

—Vosotros —dijo Catalina— escuchad. *Él* entrará aquí, y no hallando al rey en el salón, os preguntará dónde está. Contestaréis que Su Majestad está en su gabinete y entonces él entrará allí. Si os piden ayuda, entraréis para rematarlo. Si no os llaman, esperaréis aquí. En caso de que fuesen atacados los del salón, os parapetais tras de la puerta y morís antes de que puedan llegar a la habitación del rey. ¡Juradlo!

—¡Lo juramos! —contestaron los siete gentilhombres.

—Adiós, pues, y que Dios os proteja.

Entonces la reina se dirigió lentamente hacia el gabinete en donde esperaban Chalabre, Sainte-Maline y Montsery.

—Os he elegido entre los demás —dijo la reina—. El duque os encerró en la Bastilla y os amenazó de muerte, ¿no es cierto?

—Sí, Majestad, hasta el punto de que estaba decidido el día de nuestra ejecución.

—Y que nos confesamos uno con otro —añadió Chalabre.

—Y que, sólo gracias a un milagro, podemos hoy estar a las órdenes de Vuestra Majestad —agregó Sainte-Maline.

—Sea lo que fuere —dijo Catalina—, os he escogido por suponer que además de vuestra fidelidad al rey, sentiréis odio contra el que quiso daros muerte. Ahora va a llegar. El salón está guardado y la antecámara también, así como la habitación del rey. El duque debe llegar aquí forzosamente y es preciso que no salga vivo.

Los tres se miraron con un aire tan decidido que llegó a asustar a Catalina, la cual preguntó:

—¿Puede contar con vosotros el rey, señores?

Los tres desenvainaron las dagas y dijeron:

—Si el duque entra aquí, es hombre muerto.

—Está bien —dijo Catalina—. Esperad, pues, que va a llegar. Adiós, señores, yo voy a rezar por el rey y por vosotros.

Catalina se marchó y desapareció por la escalerilla privada. Una vez llegada a su oratorio, halló a Ruggieri que la esperaba.

—Majestad —dijo el astrólogo—, habéis apostado guardias en todas partes, exceptuando vuestras habitaciones. Si hay pelea, ¿quién os guardará?

Catalina levantó el dedo hacia el Cristo de marfil que había en el oratorio y arrodillándose en el reclinatorio, pareció abismarse en profunda meditación. No se movía, pero escuchaba atentamente el menor ruido. Escuchaba lo que iba a suceder en las habitaciones del primer piso, en donde iban a matar a Guisa.

En el gabinete de trabajo, Chalabre, Montsery y Sainte-Maline hacían los preparativos necesarios, lo que podría llamarse el zafarrancho de asesinato. Colocaron la mesa contra la ventana y amontonaron las sillas y sillones en un rincón, a fin de que la habitación quedara libre por completo y nada pudiera ofrecer un abrigo o una defensa a la futura víctima. Entonces convinieron el plan, y Sainte-Maline, que era el más atrevido de los tres, asumió la dirección del asunto.

—Yo —dijo— abriré la puerta en cuanto llegue. Tú, Chalabre, estarás aquí en el centro del gabinete. Tú, Montsery, te colocarás aquí, junto a la puerta. Abriré, pues, y diré: «Entrad, monseñor», y retrocederé enseguida. Entonces él entrará, y tú, Montsery, cierras la puerta y corres el cerrojo. Chalabre y yo lo atacaremos por delante y tú le asaltarás por detrás. ¿Convenido?

—Convenido.

—Pues cada uno a su sitio y no nos movamos más.

Chalabre se apostó en el centro del gabinete. Montsery, junto a la puerta de modo que quedase oculto al abrirla y Sainte-Maline, ante ella y dispuesto a abrirla. Y pálidos, con las manos en los puñales, esperaron.

—¡Diablo! —dijo de pronto Montsery—. ¿Y la puerta de la escalerilla?

—No hay más que correr el cerrojo —dijo Sainte-Maline—. Ve, Chalabre, y vuelve enseguida a tu sitio.

Chalabre se dirigió hacia la puerta de la escalera, y cuando tenía la mano sobre el cerrojo, la puerta se abrió y entró un hombre, diciendo:

—¡Buenos días, caballeros! ¿Cómo estáis desde que salisteis de la Bastilla?

—¡Pardaillán! —exclamó Chalabre retrocediendo.

—¡Pardaillán! —repitieron los demás.

Pardaillán entró, en efecto, y cerró tranquilamente la puerta.

—¡Caballero! —dijo Sainte-Maline con voz que temblaba de impaciencia—. Salid inmediatamente de aquí porque, sea lo que fuere lo que tengáis que decirnos, nos es imposible prestaros atención en este momento.

—¡Bah! —dijo Pardaillán—. Antes de que *el Acuchillado* entre aquí, podemos disponer de algunos minutos y, por lo tanto, escucharéis lo que he de deciros.

—¡Oh! —exclamó furiosamente Chalabre—. ¿Sabéis acaso?...

—¿Qué estáis aquí para matar al duque de Guisa? Sí, señores.

Los tres hombres cambiaron una mirada de asombro.

—Señores —continuó Pardaillán—, dejad tranquilos vuestros puñales. Si me atacáis, soy capaz de mataros a los tres y entonces no podréis dar muerte al duque. Además, he de advertiros que si no consigo mataros, siempre podré abrir esta ventana y dar un grito, que será oído porque lo esperan. Y entonces, señores, el que lo oiga se interpondrá ante *el Acuchillado* diciéndole que no entre en el castillo, porque quieren matarlo. Nada en el mundo podrá impedir que mi amigo avise al duque, porque ha venido a Blois con el objeto de salvar al duque y matar al rey. Ya lo conocéis, porque lo visteis en Chartres. Se llama Jacobo Clemente.

Los tres se pusieron lívidos. Jacobo Clemente, en efecto, vivía aún, a pesar de que ellos habían afirmado su muerte. Aun suponiendo que las cosas tomasen buen cariz, y dando por sentado que el rey no sería víctima del asesinato, Enrique III o Catalina sabrían que el fraile no estaba muerto y esto significaba, para ellos, el cadalso.

—Hablad —dijo Chalabre rechinando los dientes—. ¿Qué queréis?

—Señores —dijo Pardaillán—, me debéis una vida aún y vengo a pedir os el pago inmediato de vuestra deuda. Vengo a pedir os esta vida.

—¿La vida de quién? —rugió Sainte-Maline loco de desesperación, ante lo que creía adivinar.

—La vida de Enrique de Guisa —contestó sencillamente Pardaillán.

Sainte-Maline bajó la cabeza y se puso a llorar.

Chalabre dijo a Montsery:

—Si matamos al duque a pesar de nuestra deuda, estaremos deshonorados, y si no lo matamos estarnos perdidos. Montsery, hazme el favor de clavarme tu puñal.

—¿Y a mí quién me matará? —dijo Montsery.

Sainte-Maline lloraba.

—Señores —dijo Pardaillán—, veo que estáis decididos a pagar, pero comprendo también que mi demanda es excesiva. Os propongo, pues, un arreglo.

Los tres se acercaron a él llenos de ansiedad y esperanza.

—Caballero —dijo Sainte-Maline emocionado—, si nos cedéis a Guisa, os juramos poner nuestras vidas a vuestra disposición.

—No acepto —contestó Pardaillán—. Pero he aquí lo que os propongo. En lugar

de reclamaros la vida de Guisa, me contento con reclamaros tan sólo diez minutos de esta vida.

Los espadachines lo miraron sin comprenderlo.

—Sí —continuó Pardaillán—. Quiero decir algunas palabras al duque de Guisa y nuestra conversación durará diez minutos, pasados los cuales estaremos en paz. Escuchadme: el duque va a entrar aquí, ¿no es cierto?

—Sí —contestaron los tres.

—Admitís que una vez haya entrado no podrá salir por la antecámara.

—No, pero podrá hacerlo por la escalerilla.

—Pues bien, vais a colocaros los tres en ella. De esta suerte le habremos cortado la retirada y...

En aquel momento se oyó un gran ruido de caballos y de armas.

—Es él —dijo fríamente Pardaillán—. Señores, salid. Dentro de diez minutos Guisa os pertenecerá, pero durante este lapso de tiempo es mío. Salid.

Había tanta autoridad en esta última palabra, que los tres, dominados por completo, retrocedieron, franquearon la puerta y se quedaron en la escalerilla.

—Sólo diez minutos —exclamó Sainte-Maline.

—Tranquilizaos, no estaré más —contestó Pardaillán.

Y cerró la puerta de la escalera. Entonces dio un suspiro y sonrió. Y con los brazos cruzados, se volvió hacia la puerta en el momento en que se apagaban los ruidos lejanos y resonaba en la antecámara una voz que decía.

—En el gabinete, monseñor. Su Majestad os espera allí.

Luego reinó silencio. Pardaillán oyó pesados pasos que atravesaban la antecámara. Se abrió la puerta y el duque de Guisa dio dos pasos.

En un momento, Guisa vio que el rey no estaba en el gabinete y, en su lugar, a Pardaillán en pie con los brazos cruzados. Palideció ligeramente, y con rápido movimiento se volvió hacia la puerta para salir. En el mismo instante aquella puerta se cerró y Guisa comprendió que la sujetaban desde la antecámara. Entonces se volvió hacia Pardaillán, se irguió y, con desdeñoso acento, dijo:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? ¿Qué hacéis aquí?

—Es inútil deciros mi nombre, porque ya me reconocéis. Soy el que en el patio del hotel de Coligny os abofeteó hace dieciséis años.

Guisa rechinó los dientes.

—Soy el que en la plaza de la Gréve, hace ocho meses de ello, os dijo, ante diez mil personas, que os llamabais Enrique *el Abofeteado* y no Enrique *el Acuchillado*.

—¡Maldición! —rugió Guisa.

—Soy el que, en la calle de Saint-Denis, para salvar a una pobre mujer, se rindió a vos, y a quien vos tratasteis de cobarde. Entonces os prometí hundiros esta palabra en la garganta y os juré que moriríais a mis manos. Enrique de Guisa, Enrique *el Abofeteado*, ¿sabéis qué quiero? Vuestra sangre para lavar el insulto. Enrique de Guisa, asesino de Coligny y de otros desgraciados, ¿queréis saber lo que hago?

Esperaros para ofrecer un desafío leal, espada contra espada, daga contra daga y corazón contra corazón.

—Estáis loco, maese —contestó el duque—. ¡Hola! Que venga alguien para prender a ese loco.

Y Guisa quiso abrir la puerta, pero entonces se oyó cómo tras ella gritaban:

—¡Muera Guisa! ¡Matadlo! ¡A él, Chalabre, a él, Sainte-Maline!

Guisa se puso lívido y rápidamente lo comprendió todo.

—Caballero, sólo os queda una esperanza, y es la de huir por esa escalera matando a los tres gentilhombres que os esperan, una vez que me hayáis muerto a mí. Decidíos, os ofrezco un combate leal. Si os negáis, abro la puerta, dejo entrar a estas bandas de asesinos, y les ordeno que os maten, porque sois demasiado cobarde para defenderos.

El Acuchillado miró a su alrededor, como implorando un socorro sobrenatural. En aquel instante trágico comprendió que había caído en una emboscada. Y entonces sintió el no haber obrado con mayor anticipación.

El rey se le había adelantado y estaba perdido.

Y entonces fue cuando se dio cuenta de que sólo podía esperar la salvación de la fuerza de su brazo.

Y entonces fue cuando recobró aquel valor que en los campos de batalla hacía de él un guerrero incomparable.

Se propuso, pues, matar a aquel miserable Pardaillán y luego precipitarse a la escalera derribando todo lo que se opusiera a su paso. Pasaría por las habitaciones de la reina, y una vez llegado al patio llamaría a sus hombres, invadiría el castillo, y llegándose a la habitación del rey, lo mataría con su propia mano. Tal fue el plan que se impuso en aquel momento, en que se veía en la alternativa de vencer o morir.

Sin decir una palabra, desenvainó la espada y se arrojó contra Pardaillán, esperando que éste no tendría tiempo de desenvainar. Pardaillán dio un salto atrás y en el mismo instante Guisa lo vio en guardia y con la espada en la mano.

Fue un duelo terrible. Pardaillán, sin hacer una finta, se tiró a fondo y de una sola estocada atravesó el pecho del *Acuchillado*, el cual soltó la espada, agitó los brazos en el aire y cayó de espaldas. Entonces Pardaillán volvió a envainar la espada, se inclinó hacia el duque y, después de haberlo contemplado unos segundos, murmuró:

—¡Ha muerto! Ha muerto por una palabra que me dijo un día ante «La Adivinadora». Adiós, monseñor duque. Una estocada por una palabra, no es demasiado. Solamente que vuestra palabra cambió un poco las ideas del pobre caballero errante, en tanto que mi estocada cambia la suerte de un reino.

Habiendo filosofado así, Pardaillán se cercioró con otra mirada de que el duque estaba bien muerto. Abrió la puerta que daba a la escalerilla y en la penumbra vio tres cabezas lívidas.

—Señores —dijo—, no han transcurrido todavía los diez minutos. Pero, no importa, podéis entrar. Me doy por pagado de vuestra deuda, y os devuelvo al duque

de Guisa.

Y empezó a subir tranquilamente la escalera. Chalabre, Sainte-Maline y Montsery entraron precipitadamente en el gabinete puñal en mano. Vieron al duque tendido, inmóvil y perdiendo sangre por la herida.

Se detuvieron asombrados, sin comprender lo que había pasado entre Pardaillán y el duque, pues la escena había sido en extremo rápida. En aquel momento el duque hizo un movimiento, porque, contra lo que creyera Pardaillán, no estaba muerto. Abrió los ojos, trató de incorporarse, dio un gemido y logró murmurar:

—¡Socorro! ¡Acabadlo!

Entonces se apoderó el frenesí de los tres espadachines y, con un movimiento simultáneo, se arrojaron sobre el duque y lo cosieron a puñaladas.

—¡Señores!... ¡Señores!... —pudo murmurar el duque tratando de arrastrarse.

Los tres empezaron a vociferar y los que estaban en la antecámara se contagiaron con su ejemplo. Abrieron la puerta con violencia y todos entraron al gabinete.

Entonces el horror dominó en aquella estancia. El odio acumulado, la rabia de los terrores pasados y la vista de la sangre desencadenaron en aquellos hombres instintos de fiera que se encarniza en su presa. Guisa era ya cadáver, pero todos continuaban hiriéndolo.

Luego acudieron los del salón y los de la antecámara. Hubo un espantoso concierto de insultos, de aullidos, y muchos empezaron a patear el cadáver. Todos iban manchados de sangre en las manos y en la cara. Luego arrastraron el cadáver hasta la antecámara.

El rey salió, lo miró un momento y luego murmuró:

—Qué grande es. Me parece más grande ahora que cuando estaba vivo.

Enrique III sonrió de un modo siniestro. Puso su pie sobre la cabeza del cadáver y añadió:

—Ahora soy el único rey de Francia.

Hacia dieciséis años, dice un historiador con sombría y vengativa melancolía, que el duque de Guisa puso su pie sobre la ensangrentada cabeza de un cadáver.

Entre tanto los gritos y los aullidos se oían por todas partes en el castillo. Los guisardos, locos de espanto y aterrados por aquel golpe imprevisto, atacados por las gentes del rey, huían por todas partes. Algunos destacamentos de tropas salieron para apoderarse del duque de Mayena, del cardenal de Guisa y de los principales miembros de la Liga. Las campanas empezaron a tocar a rebato y en algunos minutos reinó extraordinario tumulto en la ciudad, en la que se oían arcabuzazos, ayes y maldiciones, mientras numerosos grupos de guisardos huían hacia las puertas.

Catalina de Médicis jadeaba en su lecho, agonizante, cual si hubiera esperado para morir la madurez de aquel fruto de su espantoso genio.

* * * * *

Como ya hemos dicho, Pardaillán subió la escalera. Sin cuidarse del tumulto que se desencadenaba en el castillo, subía sin apresurarse y muy pronto llegó a la habitación que Ruggieri le dio gracias a la recomendación de Crillón. Sin detenerse, fue a la puerta que comunicaba su cuarto con el del vecino.

La tal puerta estaba condenada antes de que Pardaillán se alojara en su habitación, pero, sin duda, había conseguido abrirla, porque sólo tuvo que empujarla con el pie, y pasó a la habitación vecina. Allí, sobre la cama, estaba un hombre tendido, amordazado y atado, en absoluta imposibilidad de hacer el más pequeño movimiento. Era Maurevert.

Pardaillán le desató primero las piernas y luego los brazos. Inmediatamente le quitó la mordaza. Pálido como un muerto, Maurevert continuaba inmóvil.

—Levantaos —dijo Pardaillán.

Maurevert obedeció, temblando con todos sus miembros. Pardaillán, en cambio, gozaba de pasmosa tranquilidad. Pero su voz temblaba y de vez en cuando un estremecimiento corría por su rostro. Desenvainó el puñal y lo mostró a Maurevert.

—¡Gracia! —dijo éste con voz tan débil que apenas se oía.

—Dadme el brazo —dijo Pardaillán.

Y como Maurevert, en extremo asustado, no contestara, lo cogió del brazo con el suyo izquierdo, y, con la mano derecha tenía su puñal desenvainado bajo la capa, que se había echado sobre los hombros.

—Bueno —dijo entonces—, seguidme y ni una palabra ni un gesto, porque, de lo contrario...

Y le mostró la punta de la daga. Maurevert hizo seña de que obedecía. Pardaillán se puso en marcha arrastrando a Maurevert y sosteniéndolo como habría hecho con un amigo querido.

Empezó a bajar, pero a la sazón lo hizo por la escalera principal. En el castillo reinaban salvajes rumores, gritos de perseguidos, exclamaciones pidiendo perdón.

En el patio cuadrado Maurevert empezó a querer moverse por su cuenta. Pardaillán se detuvo y le miró a la cara sonriendo. Y, sin duda, tal sonrisa debió de ser terrible, porque Maurevert bajó la cabeza y profirió un débil gemido.

—Vamos —dijo Pardaillán reanudando la marcha.

Cerca del pórtico, Crillón, espada en mano, daba órdenes y unos soldados cruzaron las picas ante Pardaillán.

—Señor de Crillón —dijo el caballero—, tengo precisión de salir.

Crillón miró a Pardaillán con cierto asombro, y luego, descubriéndose, dijo:

—¡Dejad pasar a la justicia del rey!

Los guardias se alinearon y presentaron armas. Pardaillán franqueó el pórtico, arrastrando y sosteniendo a Maurevert.

En la explanada, a veinte pasos del pórtico, un hombre se colocó al lado de Maurevert y echó a andar, sin decir una palabra. Los tres, yendo Maurevert entre Pardaillán y el recién venido, franquearon la puerta de Bussi, pasaron el puente y

empezaron a remontar el Loira.

A cosa de una legua del puente de Blois, se detuvieron ante una casa abandonada. Dos caballos ensillados estaban atados a los restos de una empalizada que, sin duda, había servido para cercar el jardín de la casita. Pardaillán condujo a Maurevert hacia la única estancia, y el desconocido cerró la puerta y entró tras ellos.

—Sentaos —dijo Pardaillán a Maurevert señalándole un escabel.

Maurevert obedeció. Sus dientes castañeteaban y, sin duda alguna, no había más vida en él de la que tiene el condenado a muerte a tres pasos de distancia del cadalso. Pardaillán le ató sólidamente las piernas y, desde entonces, una esperanza brilló en los ojos de Maurevert, el cual se dijo que, una vez que lo ataban, no iban a matarlo enseguida.

—Señor Clemente —dijo entonces Pardaillán—, ¿puedo contar con vos?

—Querido amigo —contestó entonces el fraile—, estad tranquilo e id a vuestros quehaceres, sin temor. Juro por Dios que hallaréis a este hombre donde lo dejáis.

Pardaillán dio las gracias con un movimiento de cabeza y, sin dirigir una mirada a Maurevert, tomó apresuradamente el camino de Blois. Jacobo Clemente desenvainó el puñal y se sentó junto a Maurevert.

XXXIII - El último gesto de Fausta

FAUSTA, desde la mañana, había tomado sus últimas disposiciones. Expidió varios correos y, entre otros, un jinete, encargado de decir a Farnesio que apresurase su marcha hacia París, pues no dudaba que el generalísimo estaba ya en Francia desde hacía bastantes días.

Luego lo hizo preparar todo para su marcha en la noche de aquel día, porque había convenido con Guisa que, inmediatamente después del asesinato del rey, se dirigirían los dos hacia Beaugency, Orleáns y desde allí a París. Aquélla debía ser una marcha triunfal, durante la cual el duque reclamaría sus derechos a la corona.

En París tendría lugar la coronación, y Guisa, en Notre-Dame, presentaría a Fausta como reina de Francia.

En tan trascendental acto se concentraba entonces toda la atención de Fausta. Mientras Guisa no le hubiese ceñido la corona, ella podía temer que el duque quisiera eludir sus compromisos, cosa, sin embargo, improbable. Por el contrario, todo parecía presagiar a Fausta el triunfo definitivo, precursor de otros más importantes.

Una vez dadas las órdenes convenientes y expedidos los últimos correos, Fausta esperaba, pues, hacia las ocho de la mañana en aquel gran salón en que el cardenal de Borbón había consagrado el matrimonio. A la sazón, ella esperaba que el duque fuese a decirle:

—Todo está dispuesto, señora. Esta noche seréis reina.

Vaga sonrisa distendía sus orgullosos labios al pensar en el porvenir que se le presentaba.

De pronto, confusos ruidos llegaron hasta ella. Al principio no prestó la menor atención, porque con mucha frecuencia los burgueses gritaban por las calles. Pero luego prestó atento oído. Oyó claramente algunos arcabuzazos, galopar de caballos, gritos de terror y de combate. Un sudor frío le bañó la frente. ¿Qué sucedería? Le habría sido fácil averiguarlo mandando un criado a la calle, pero sentía cierto temor de enterarse.

Instintivamente tuvo el presentimiento de que había ocurrido una desgracia. Pálida como una muerta escuchaba los ruidos de la calle. Algunas palabras llegaron a sus oídos confirmando la horrible sospecha. En su cabeza reinó entonces un caos de ideas confusas.

Transcurrieron casi dos horas y, poco a poco, los ruidos se alejaron. Fausta oprimió la cabeza entre sus manos, murmurando:

—¿Me atreveré a averiguar lo que sucede? ¿Será posible tal hundimiento cuando ya estaba tan cerca el triunfo? No, no puede ser. Será algún motín de los burgueses. Guisa está en seguridad y esta noche, a las diez, ocurrirá lo previsto.

Golpeó un timbre y al oírlo se presentó un lacayo, y cuando ella iba a ordenarle que averiguara lo que ocurría, el lacayo dijo:

—Señora, hay un gentilhomme que quiere ver a Vuestra Señoría y que no quiere

decir cómo se llama.

—Que entre —contestó Fausta con débil voz y casi a su pesar.

Apenas hubo dado la orden, cuando se arrepintió. Adivinaba que aquel gentilhomme desconocido iba a explicarle la causa de aquel tumulto que, sin duda, sería terrible.

En el mismo instante Pardaillán entró en el salón. Fausta sintió un estremecimiento nervioso y lo miró con indecible espanto. Quiso dar un grito, más su boca se quedó abierta sin proferir ningún sonido. Quiso retroceder como ante una aparición de ultratumba y no pudo sino crisar sus manos en los brazos del sillón. Pardaillán se acercó a ella sombrero en mano, se inclinó profundamente y dijo:

—¡Señora! Tengo el honor de anunciaros que acabo de matar al señor duque de Guisa.

El choque fue terrible para Fausta. Por una parte la presencia de Pardaillán y por otra la noticia que le daba, formaban un conjunto capaz de aterrar al más valiente.

—¡Señora! —continuó Pardaillán—. He querido tener la satisfacción de daros cuenta de lo que he hecho. Ya os previne, hace algún tiempo, de que mientras yo viviese, ni Guisa sería rey ni vos reina.

Fausta se esforzó por hablar, pero sus labios sólo pudieron articular una palabra:

—¡Pardaillán!

—En persona, señora. Y concibo vuestro asombro, porque después de haberme querido asesinar varias veces, me hicisteis perseguir por los hombres de Guisa, el mismo día en que os arranqué de manos de Sixto V.

—¡Pardaillán! —repitió Fausta con débil voz.

—En carne y hueso, señora. No lo dudéis. Escuchad, voy a decíroslo todo. En la abadía de Montmartre, cuando hicisteis crucificar a la pobre Violeta, os vi tan valiente ante los traidores y tan desdeñosa ante la muerte, que os lo habría perdonado todo, y en el perdón hubiera comprendido también al duque de Guisa. Pero me obligasteis a hacer el segundo viaje a la nasa, cosa bastante desagradable. Comprendí que erais un ser inhumano y que era preciso aplastaros y os aplasto, señora, con una palabra, diciéndoos que Guisa ha muerto pocas horas antes de ser rey y de coronaros reina. Tened presente que yo lo he matado.

Se calló, mirando a Fausta con una modestia no exenta de ironía. Fausta entonces habló en voz baja y penosa, como si las palabras no pudieran salir de sus labios. Y poco más o menos dijo:

—Ya que vos vivís, no es extraño que yo haya sido derrotada y que, desde la cumbre de un brillante destino, me vea arrojada a un abismo de vergüenza y dolor. Cuando oí gritos por las calles, comprendí que Guisa había muerto y entonces os vi. En vano rechacé vuestra maldita imagen, porque sabía que todo era vuestra obra. Mi desgracia es completa, porque de todopoderosa que era, me veo reducida a la impotencia. Pero vos que venís a insultar mi miseria, sois más bajo que yo todavía. ¡Miserable espadachín, más vil que el último asesino! Habéis puesto la espada al

servicio de vuestras venganzas, pero en vuestras manos el arma de los caballeros se ha convertido en el cuchillo de los asesinos. ¿Qué hacéis aquí? ¡Fuera! Quise mataros cuando erais un hombre, pero ahora no sois más que un lacayo que por detrás, y a mansalva, habéis matado a un amo. Por esta razón os echo. Idos. Id a pedir a Valois el precio de vuestro asesinato.

Hablaba con voz tan ronca y precipitada que apenas se entendía. Su brazo, tendido hacia la puerta, temblaba. Pardaillán había bajado la cabeza, pensativo.

De pronto, al levantarla, vio que Fausta se dirigía a él, puñal en mano. Estaba animada por vesánico furor. Y el caballero dejó que se acercara, pero en el momento en que levantaba el brazo, la cogió por la muñeca y la inmovilizó.

—¿Qué hacéis, señora? —dijo—. Vamos, a mí no se me mata de este modo. Mi hora no ha sonado todavía. Pero, mirad, os suelto; atreveos a herirme.

Y, soltándole la muñeca, se cruzó de brazos. Fausta lo miró y lo vio tan tranquilo, animado por tal valentía, realmente más fuerte que la muerte, y con tal expresión de lástima pintada en los ojos, que dejó caer el arma y retrocediendo se echó a llorar.

—Señora —dijo Pardaillán con gran dulzura—, la escena de la catedral de Chartres vive en mi memoria. Vuestros labios tocaron los míos y por eso estoy aquí. Me he dado la justa satisfacción de anunciaros la muerte de Guisa, pero tal vez tenéis razón al decir que mi acto no es generoso. Permitidme deciros que, al venir aquí, me traen dos motivos. Ante todo, deciros que no seréis reina, y luego, para que veáis que cumplo mi palabra al probaros que Guisa ya no puede ser rey. Además, señora, en el castillo vi prender al cardenal de Guisa, al de Borbón y a otros. Oí que el cardenal decía al señor D'Aumont cuando lo prendía: «*Ésta es una traición de Fausta*». He creído, señora, que vendrían a prenderos también y he tomado la decisión de poner al servicio de vuestra vida y vuestra libertad esta espada que ha aniquilado vuestro reinado. Sois joven y hermosa. Podéis y debéis crearos otra existencia, y si no habéis logrado el poder, tal vez conseguiréis la dicha. A una legua de Blois he preparado dos caballos, uno para vos y otro para un servidor que os acompañe. Apresuraos a seguirme mientras sea tiempo.

A medida que Pardaillán hablaba, sus palabras, al penetrar en el cerebro de Fausta, hacían que ésta diera distinto curso a sus propias ideas. Con la extraordinaria prontitud de decisión que la hacía tan superior, tomó su partido. Se tranquilizó, borró a Guisa de entre sus ideas y de entre sus esperanzas, y su imaginación ardiente edificaba ya otro plan de vida nueva.

Vivir, ser feliz, renunciar al poder para buscar la felicidad y, como en la catedral de Chartres, en el amor entrevió la dicha.

No sería exacto decir que despertó su pasión por Pardaillán, porque nunca se había extinguido. Además, ¿quién sabía si él la amaba entonces? ¿Quién sabía si unos celos no confesados habían armado su brazo contra Guisa?

¿Por qué venía a salvarla? ¿Acaso ello no era un indicio de los sentimientos que tal vez él mismo ignoraba?

¿Por qué le hablaba con tal dulzura a pesar de las muchas traiciones de Fausta? ¿Por qué le decía: «sois joven y hermosa»?...

Otra esperanza nacía en la imaginación de Fausta. Se aferraba a ella, y su orgullo, que sobrenadaba en su naufragio, le mostraba una vida de amor. Sus labios se agitaban, e iba a hablar, cuando resonaron algunos golpes en la puerta del hotel.

Saltó una de las ventanas que daban al patio interior. En algunos instantes la puerta cedió y numerosa tropa invadió el patio, al mando del capitán Larchant, que gritó:

—Registrad el hotel y detened a cuantas personas encontréis.

Fausta se volvió hacia Pardaillán, le cogió las manos y, con ardiente voz murmuró:

—Hace poco quería morir y ahora quiero vivir, Pardaillán. Salvadme.

—Mientras yo viva nadie se atreverá a tocaros.

Pero estas palabras las pronunció con tal frialdad, que ella sintió que la desesperación más profunda la invadía.

—¿Podéis montar a caballo? —preguntó Pardaillán.

—Sí —contestó Fausta.

—¿Dónde hay caballos?

—En el ángulo izquierdo del patio está la cuadra. Hay cuatro caballos ensillados y una litera preparada.

En efecto, Fausta, como ya hemos dicho, había preparado su partida por lo que pudiera ocurrir. Además, se había vestido de hombre, como siempre que preveía alguna expedición peligrosa. Tal traje le sentaba maravillosamente, y llevaba la espada al lado con tanta gracia como cualquiera de los Cuarenta y Cinco o de los gentilhombres de Guisa.

Pardaillán añadió:

—¿Hay alguna escalerilla de servicio por la que se pueda llegar a la cuadra?

Fausta movió negativamente la cabeza.

—¡Es lástima! —dijo Pardaillán.

Entre tanto los hombres de Larchant entraban prudentemente en el hotel. Empezaron por recorrer la planta baja, en donde hallaron algunos lacayos y mujeres, entre las cuales se hallaban Myrthis y Lea, las dos doncellas favoritas de Fausta. Inmediatamente fueron todos cogidos y sacados del hotel. Luego los soldados empezaron a subir lentamente la escalera, al mando de Larchant.

—Señora —dijo Pardaillán—, vais a seguirme. Trataré de abrirme paso por entre los soldados que suben por la escalera. Seguidme muy de cerca. Una vez en el patio, llegaos a la cuadra, sacad dos caballos, montad en uno y el resto me concierne. Pero por Dios, cuidado de no estorbar mis movimientos, queriendo ayudarme. Guardaos la espada en la vaina. Todo vuestro valor debe ceñirse a seguirme de cerca para que no puedan separarnos. ¿Estáis dispuesta?

—Lo estoy.

Pardaillán, con rápido gesto, se apretó el cinturón de cuero, se caló el sombrero, entresacó la espada de la vaina y dirigiéndose a la puerta la abrió. De una mirada, abarcó la escalera, por la que subían una veintena de soldados, y el ancho rellano, en que había una banqueta, dos estatuas de mármol y un lampadario de bronce que coronaba la esquina de la barandilla de hierro forjado. Al aparecer Pardaillán, el capitán Larchant se detuvo a diez o doce escalones de distancia.

—¡Eh, caballero! —exclamó Pardaillán—. ¿Estamos en alguna ciudad conquistada? ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha mandado venir a romper las puertas de las casas tranquilas y hacer entrar a todos vuestros soldados?

—En nombre del rey, caballero, vengo en nombre del rey.

—¡Ah, eso es diferente! ¿Venís, efectivamente, en nombre del rey?

—Sí, caballero, para detener aquí a una mujer rebelde, instigadora de complot, acusada de alta traición y de tentativa de asesinato hacia la persona del rey. Os intimo, pues, si pertenecéis a ella, a que me rindáis vuestra espada, en caso de que no queráis que os prenda como cómplice. Os intimo en nombre del rey.

—Muy bien, caballero; yo os intimo a que os retiréis inmediatamente y os lo intimo en mi nombre.

—¿Os rebeláis al rey?

—¿Os rebeláis a mí?

—¡Guardias, adelante! —exclamó Larchant.

—¡Guardias, cuidado! —exclamó Pardaillán.

Y, al mismo tiempo, cogió entre sus vigorosos brazos la banqueta de roble macizo que había en el rellano, la levantó y, en un instante en que los soldados, siguiendo a Larchant, se lanzaban al asalto, Pardaillán le imprimió una sacudida y a todo impulso la lanzó a la escalera.

La banqueta atravesó volando cierto espacio y al caer se oyeron furiosos gritos de dolor y de maldición. Larchant había saltado hacia atrás, y adosado al muro, vio pasar el formidable alud. Una vez apaciguado el tumulto, vio que uno de los guardias estaba con el cráneo roto y otros cuatro, contusos y molidos, se retiraban del lugar del combate.

Fausta asistió a la desbandada con extraña sonrisa, vio cómo los guardias se formaban de nuevo y oyó cómo Larchant exclamaba furiosamente:

—¡Adelante, cobardes! ¡Adelante u os destripo!

Y de nuevo los guardias, al intentar el asalto, llenaron la escalera con sus gritos. Entonces Fausta vio lo siguiente:

Pardaillán se volvió hacia una de las estatuas de mármol que adornaban el rellano, estatua de tamaño natural y que representaba a Minerva, la diosa de la sabiduría. Pardaillán la arrancó de su zócalo, la levantó en brazos y, en el momento en que los guardias iban a llegar al rellano, Minerva describió una parábola, saltó, y rebotando de escalón en escalón, fue a romperse con gran ruido, entre los gemidos de los heridos, los rugidos de Larchant, y la alocada fuga de los supervivientes.

Pardaillán se inclinó, y la tropa, casi diezmada, se amontonó en la planta baja.

—Señor capitán —dijo Pardaillán— ¿queréis dejarnos salir? Os aviso que aún me quedan Baco, Mercurio y Júpiter para rompéroslos en la cabeza.

—¡Qué lástima que tres años antes no haya encontrado a Pardaillán en vez de Guisa! Hoy sería la dueña del universo —se dijo Fausta.

—Caballero —exclamó Larchant—, voy a cargar contra vos, y todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio, porque sois un valiente, es cogeros muerto para evitaros el suplicio que os espera.

—Vamos, ¡rendíos! —dijo Pardaillán, con una tranquilidad que hizo ponerse loco de furor al capitán.

—¡Por Dios vivo! —exclamó éste—. Sería bueno que quince hombres se rindiesen a uno solo. ¡Atención!

Y, loco de furor, Larchant empezó a formar a sus hombres y les dio las instrucciones que creyó convenientes. Acababa apenas, cuando se oyó un terrible ruido y una cosa enorme cayó tropezando en la baranda. Era el lampadario.

Aquella magnífica pieza de arte del Renacimiento consistía en una columna con siete brazos. Estaba atornillada en la esquina de la barandilla. Pardaillán, mientras hablaba con Larchant, desenroscó el monstruo de bronce.

Y cuando Larchant estaba colocando a sus hombres, Pardaillán imprimió violenta sacudida al lampadario, que cayó semejante a un gigantesco pájaro muerto.

Y aquella vez fue espantoso. Larchant fue herido, con una pierna rota; tres hombres más cayeron muertos a su lado y otros cuatro, heridos, empezaron a gritar, en tanto que los restantes, después de un momento de estupor, retrocedieron en desorden hasta el patio.

—Seguidme —dijo Pardaillán con breve tono.

Y avanzó, espada en mano, seguido por Fausta. No tardaron más que algunos segundos en llegar al patio.

—¡A los caballos!

Y, al mismo tiempo, atacaba a los diez o doce guardias reunidos en el patio.

—¡Matadlo! —vociferó Larchant, tratando de incorporarse.

Fausta se dirigió a la cuadra, sacó dos caballos y montó en uno.

Pardaillán retrocedía hasta el caballo, y su espada, de vez en cuando, hería a alguno de sus contrarios. De pronto, saltó sobre la silla de uno y picando a los dos corceles saltó en medio de los guardias.

—¡Cerrad la puerta! —gritó el capitán Larchant.

Pero ya Pardaillán la había franqueado, asestando un golpe con el pomo de la espada al guardia que le cogía la brida del caballo. Partió al galope, seguido por Fausta. En aquel momento, un grupo de cuarenta hombres de armas, al mando de Crillón en persona, y montados en buenos caballos, aparecieron en un extremo de la calle mientras Pardaillán y Fausta desaparecían por el otro.

Crillón acudía por haber recibido aviso de la resistencia encarnizada que los

habitantes del palacio oponían a los guardias del rey.

En el patio vio el desorden que reinaba entre los sobrevivientes y, además, los muertos y heridos que yacían por allí.

—¡Es un demonio furioso! —exclamó Larchant—. Me parece, señor de Crillón, que es vuestro protegido.

—¡Pardaillán!

—El mismo, ¡corred!

—Al ver esta matanza —dijo Crillón— su nombre me ha venido a la lengua. Tal cuadro no puede llevar otra firma que la de Pardaillán.

—Pero, corred —dijo Larchant furioso, olvidando que hablaba con su jefe.

—¡Bah! —dijo Crillón—. Ya está demasiado lejos para darle alcance.

—Caballero —dijo una voz a su lado.

Crillón se volvió y dijo:

—¿Qué queréis, señor de Maineville?

—Señor de Crillón —dijo Maineville—, somos vuestros prisioneros, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, caballero, el señor Bussi-Leclerc y yo tenemos una antigua cuenta con Pardaillán, y ahora que nuestro señor el duque de Guisa ha muerto, tal cuenta es terrible.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Crillón.

—Dejadnos perseguir a Pardaillán. Os damos nuestra palabra de honor de volver a constituirnos prisioneros trayendo la cabeza del truhan...

—¡Crillón! —vociferó Larchant—. Concededles lo que piden. Yo salgo garante de que volverán.

Y si traen al bandido, yo conseguiré que el rey les conceda la libertad.

—Id, caballeros —dijo Crillón con cierta socarronería— y tratad de vencer.

Maineville y Bussi-Leclerc desaparecieron instantáneamente y entonces Crillón se inclinó hacia Larchant, diciéndole:

—¿Te ha hecho mucho daño?

—Me ha roto una pierna —dijo Larchant furioso—, pero en campo abierto no podrá resistir a esos gentilhombres.

—Bueno; ahora que ya están fuera, ¿quieres que te diga lo que pienso acerca de ellos?

—Decid.

—Pues bien, amigo, que no volverán.

—Hombre, han dado su palabra de honor.

—¡Oh! No dudo de su palabra, pero si consiguen alcanzar a Pardaillán, no tendrán ocasión de cumplirla. O, por lo menos, si vuelven, bastante harán con volver solos.

—¿Tan terrible es ese Pardaillán?

—Ya has podido verlo, amigo, y ahora, ¿quieres que te diga otra cosa?

—Hablad.

—Pues bien, si por azar trajesen a Pardaillán prisionero, ¿qué harías de él?

—¡Pardiez! Hacerlo colgar de las almenas del castillo.

—¡Diablo! ¿Quieres hacer ahorcar a un condestable?

—¿Cómo? ¿Estáis loco? ¿Acaso Pardaillán es condestable?

—Sí, porque el rey ha mandado buscarlo para darle tal título.

—¿Por qué? —preguntó Larchant no comprendiéndolo.

—Porque si el rey está vivo y aún conserva la corona, se lo debe a Pardaillán, toda vez que fue el mismo Pardaillán, y no otro, quien dio muerte al duque de Guisa.

Larchant dio un suspiro, como si le hubieran arrojado una estatua sobre la cabeza, y se desvaneció. Crillon se echó a reír y dio orden de transportar al capitán al castillo. Entre tanto, Pardaillán, seguido por Fausta, se dirigió a la puerta de la ciudad, que franqueó sin obstáculo, y atravesó el puente del Loira. Hasta entonces Fausta había galopado en silencio, con los ojos fijos en aquel hombre extraño que la perdía y la salvaba.

Fausta estaba sombría, y en el corto trayecto que acababa de franquear, había tenido consigo misma una discusión acerca de su porvenir. Éste evolucionaba por entero alrededor de un hombre, alrededor de un sentimiento que, cual suntuosa flor, surgía de las ruinas de su pasado, y en sus labios sólo había un nombre: Pardaillán.

Por esta razón, con voz áspera y dulce a la vez, se detuvo de pronto y dijo:

—Antes de ir más lejos, caballero, tenéis que escucharme.

Pardaillán se detuvo. Estaban en medio del puente. Ante ellos, al otro lado del Loira, el camino estaba libre, y a su espalda Blois, en el que dominaba la negra masa del castillo. A sus pies, el Loira, crecido por las lluvias invernales, desbordado, fangoso, arrastraba sus aguas con vertiginosa rapidez.

—Pero, señora —dijo Pardaillán—, me parece que, por el contrario, sería ocasión de picar espuelas. Pueden perseguirnos.

—Es necesario que os hable antes de seguir adelante —repitió Fausta.

Pardaillán se inclinó, saludó y contestó:

—Hablad, señora, os escucho.

Fausta bajó la cabeza. Sin duda aquel momento era supremo para ella, porque Pardaillán vio que estaba temblorosa. De pronto, su cabeza pálida y hermosa se irguió y sus negros ojos se fijaron en los de Pardaillán.

—¡Caballero! —dijo—. Según me manifestasteis, habíais preparado dos caballos para la fuga.

—Sí, señora y os esperan. Pero, como ya son inútiles, los conservaré para mí.

—Uno de estos caballos —continuó Fausta— era para mí, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—¿Y el otro? —preguntó Fausta temblorosa—. ¿El otro para quién?

—Ya os lo dije: para uno de vuestros criados.

—¿De modo que no era para vos?

Pardaillán la miró. Los ojos de ambos se cruzaron. Y Pardaillán, al ver la expresión del rostro de Fausta, sintió cierta emoción.

No obstante, deseoso de no rendirse ante aquella mujer, llamó en su ayuda al horror que Fausta debía de inspirarle, pero, con gran sorpresa suya, no lo halló. Sin embargo, no se entregó y permaneció glacial.

—Caballero —dijo Fausta con voz intraducible—. Ya no me importa nada en la vida, pues sólo vivo en vos. ¿Me aceptáis tal como soy en vuestro pensamiento, en vuestro corazón y en vuestra vida? Tal como soy, criminal, quizá odiosa, y capaz tan sólo de inspirar horror con mis actos, porque éstos proceden de pensamientos incomprensibles. Tal como soy, es decir, una pasión personificada, porque todos mis actos reconocen por móvil la pasión. En una palabra, ¿me aceptáis? En tal caso, viviré. ¿Me rechazáis? Si lo hacéis, así, soy muerta. Si queréis que viva, tendedme la mano.

Pardaillán se estremeció. Su mano hizo un movimiento vago para acercarse a la de Fausta, pero de pronto se quedó inmóvil. El rostro de Pardaillán fue más frío y más glacial, porque acababa de atravesar su cerebro esta idea.

—Miente y no quiere su muerte, sino la mía.

Y no se movió. Fausta dio un suspiro y levantó los ojos al cielo. En ellos Pardaillán descubrió dos lágrimas, que se evaporaron al ponerse en contacto con sus ardientes mejillas.

Al mismo tiempo Fausta recogió las riendas de su caballo y, dándole a éste un espolonazo, las soltó. El caballo se encabritó, piafó de dolor y, saltando el parapeto, cayó al río en donde él, junto con Fausta, desaparecieron en los torbellinos del río.

—¡Fausta! —gritó Pardaillán.

Y tal nombre, que pronunciaba así por vez primera, resonó en sí mismo como un trueno. E instantáneamente Pardaillán se dijo con espanto:

—¡No quiero que muera!

Inmediatamente el caballero saltó el parapeto y se precipitó al río. Al caer, se hundió en el agua, pero conservó su serenidad. El agua se deslizaba ruidosamente junto a sus oídos y lo cegaba. El traje le molestaba para nadar, pero dando un vigoroso talonazo en el fondo, subió a la superficie. Lo cogió entonces un remolino que lo hundió de nuevo, pero al volver a salir, miró ante él y vio el caballo de Fausta que, nadando vigorosamente, trataba de dirigirse a la orilla.

Pero no la vio a ella. Y con la misma voz angustiada, volvió a gritar:

—¡Fausta!

De pronto la vio que se dejaba arrastrar por la corriente de las sucias aguas. No se advertía en ella ninguno de los gestos instintivos de la persona que se ahoga. Tal vez estaba ya muerta.

Pardaillán empezó a nadar hacia ella, con tal violencia, que llegó a su lado a los pocos instantes, y precisamente cuando iba a hundirse, acertó a cogerla de un brazo.

* * * * *

Pocos minutos más tarde Pardaillán llegaba a la orilla, que era baja y arenosa, no lejos del lugar en que el caballo de Fausta, después de haber salido del río, se sacudía el agua. Fausta no se había desvanecido. Abrió los ojos y miró a Pardaillán con mortal expresión de reproche y desesperación. Por fin, se levantó y, con dureza, preguntó:

—¿Con qué derecho me habéis impedido morir?

—Apoyaos en mi brazo —dijo Pardaillán con gran dulzura, con una voz que Fausta no le había oído nunca—. Apoyaos en mi brazo y os conduciré hasta esa cabaña que desde aquí se divisa. Allí nos secaremos.

Fausta se echó a llorar y se apoyó en el brazo de Pardaillán. Los dos temblaban. Al andar o, mejor dicho, al dejarse llevar, ella lloraba, y le parecía que toda su vida anterior se iba con sus lágrimas. A veces miraba a Pardaillán, pero no con la mirada que le era peculiar, sino con cierta timidez desconocida en ella.

Dos o tres veces se sonrieron. Y cuando ella estuvo convencida, cuando comprendió que en el alma de Pardaillán habíase producido un cambio extraordinario, Fausta, de pronto, se echó a sollozar y se desvaneció.

Pardaillán cogió en brazos aquel cuerpo de virgen de formas tan puras. La cabeza de Fausta se apoyó en su hombro. Entonces, cerrando los ojos, posó los labios en aquella frente. Luego se dirigió hacia la cabaña que había visto, dejó a Fausta junto al hogar, y ofreció una moneda de oro a los que la ocupaban, ordenándoles que encendieran el fuego, que muy pronto despidió dulce calor.

* * * * *

Una hora más tarde, Fausta y Pardaillán, completamente secos, estaban sentados ante el fuego del hogar. Habían cambiado pocas palabras, y las pocas que pronunciaron fueron indiferentes.

—Es necesario que os marchéis —dijo por fin Pardaillán—. Los de Blois podrían tener deseos de perseguiros.

—¿Adónde iré? —preguntó Fausta como si, en adelante, Pardaillán tuviese derecho a indicarle sus deseos o su voluntad.

—¿No podríais esperarme? —dijo Pardaillán—. Tengo asuntos pendientes en Francia.

—Puedo esperar en Italia —contestó Fausta.

Hablaban tranquilamente, porque su conversación más interesante estaba en sus ojos y no en sus labios. Ella continuó:

—Roma es un lugar peligroso para mí, porque Sixto V no perdona. Pero tengo un palacio en Florencia, el palacio Borgia, que heredé de mi abuela. Allí os esperaré, si

queréis.

—Perfectamente —contestó Pardaillán—, pero el camino es largo, ¿no teméis?...

Ella lo detuvo sonriendo. Por otra parte, no le pidió la promesa de ir, porque ésta la hacía Pardaillán tácitamente.

—¡Oh! —exclamó él de pronto—. ¿Y dinero?

Ella sonrió de nuevo.

—Tengo dinero en Orleáns, en Lyon y en Aviñón —dijo—. Sólo me tiene preocupada una cosa: Han detenido a mis dos pobres criadas.

—Yo haré que las pongan en libertad.

—Pues si lo conseguís, que vayan a reunirse conmigo en Orleáns, en donde las esperaré cinco días en la casa que saben.

Y salieron de la cabaña dando las gracias a sus huéspedes, un matrimonio muy pobre. Fausta buscó en sus bolsillos y, no hallando nada, deshizo la hebilla de su cinturón, y la tendió a la pobre mujer, que estaba estupefacta. La hebilla era de diamantes y valía cien mil libras.

—Querida mía —dijo Fausta—, cuando vuelva a Francia os pediré un favor.

—Estoy a vuestras órdenes, señora —contestó la pobre mujer deslumbrada.

—Os rogaré que me vendáis esta cabaña. Os daré por ella cien mil libras, porque para mí vale cien veces más.

Y, dejando al matrimonio atontado como si hubiesen recibido la visita de algún genio fabuloso, se dirigió rápidamente hacia su caballo que, después de haber tomado tierra, mordisqueaba la hierba en un campo. Ligeramente saltó sobre la silla, dirigió una mirada a Pardaillán y dijo:

—¡Hasta Florencia, en el palacio Borgia!

Pardaillán inclinó la cabeza.

—Sí —dijo.

No se dieron la mano. Ella marchó al paso sin volver la cabeza y finalmente, al galope. Por fin desapareció en una vuelta del camino.

Pardaillán se quedó inmóvil en el mismo sitio, reflexionando acerca de lo sucedido. De pronto una mano se posó sobre su espalda. Pardaillán se estremeció violentamente, salió de su ensimismamiento y mirando a su alrededor vio a Bussi-Leclerc y a Maineville.

XXXIV - La persecución

EN AQUEL MOMENTO, Pardaillán pensaba que una vez salvada la ambición, y desembarazada de aquella úlcera, Fausta se convertía en un ser lleno de amor y belleza. En cuanto a los sentimientos que manifestaba por él, el caballero se figuró que pronto los olvidaría. Iría a Florencia, ciertamente, pero para acabar la curación de aquel corazón. Entre ella y el caballero cabía que la amistad reemplazara al odio, pero nada más.

En aquel instante fue cuando Maineville le tocó en el hombro.

—Buenos días, señor de Pardaillán —dijo Maineville.

—Muy buenos, mi querido ex prisionero —añadió Bussi-Leclerc.

—Señores, muy buenos días, ¿puedo servirlos en algo?

—Concediéndonos cinco minutos de conversación —dijo Bussi-Leclerc.

—¡Ah, ya!

—Pero no aquí —añadió Maineville.

—¿Pues dónde, señores?

—En Blois, en donde os buscan como rebelde al rey. Seguidnos, caballero, porque sois prisionero nuestro.

—Decididamente, tenéis alma de esbirro —dijo con tranquilidad el caballero—, porque tan pronto sois carcelero en jefe como proveedor del verdugo. Os felicito.

—Vamos, seguidnos —dijo Bussi-Leclerc rechinando los dientes—. Esta vez, caballero, os hemos vencido.

—Señores —dijo Pardaillán—, no tengo inconveniente en seguirlos, pero no a Blois. Prefiero dirigirme a aquel molino cuyas aspas se ven girar y que tanto se parece al molino del cerro de San Roque.

Maineville hizo un gesto de amenaza y Bussi-Leclerc empezó a blasfemar como un pagano.

—Decidíos, pues, caballeros —continuó Pardaillán—. ¿Vamos al molino? En tal caso os sigo. Pero si queréis ir a Blois os ruego que me dispenséis, porque tengo prisa.

—¡Pardiez! —dijo Bussi-Leclerc—. ¡Si no nos seguís, os atacamos!

—Hacedlo, caballero —dijo Pardaillán desenvainando la espada y poniéndose en guardia.

Bussi-Leclerc y Maineville imitaron su ejemplo. Los dos arremetieron furiosamente contra el caballero, sin avergonzarse de ser dos contra uno. Pero apenas los aceros se hubieron cruzado, cuando Bussi-Leclerc dio un grito de rabia. Por tercera vez, después de varios encuentros con Pardaillán, acababa de verse desarmado, y su espada, describiendo una parábola, fue a caer a cierta distancia.

—Tu puñal, Bussi —gritó Maineville.

Pero el gobernador de la Bastilla, ebrio de furor y lívido de vergüenza, no oía nada y corrió a recoger su espada. Al cabo de pocos segundos la empuñaba ya

nuevamente y, al volverse hacia donde estaba Pardaillán, vio a Maineville agitar los brazos, caer pesadamente y vomitar sangre. Se retorció durante algunos instantes, golpeó la tierra con los pies, clavó las uñas en el polvo y se quedó inmóvil. Maineville había muerto.

Bussi-Leclerc se quedó estupefacto durante algunos instantes. Luego, conteniendo un sollozo, se arrojó contra Pardaillán, que lo esperaba a pie firme.

—Lo que es ahora —dijo Pardaillán—, voy a mandar vuestra espada al río.

Y apenas acababa de decir estas palabras, cuando la espada de Bussi saltó, yendo a caer, no en el agua, sino en la arena de la orilla.

—Cogedla —dijo Pardaillán.

Bussi-Leclerc se sentó en el suelo, se cogió la cabeza entre las manos y se echó a llorar. Pardaillán envainó nuevamente la espada.

—Dispensadme, caballero —dijo—, pero cada vez que nos hemos encontrado habéis querido matarme. Por mi parte me he limitado a desarmaros, cosa que os dará a comprender que nunca os he odiado. Perdonadme si esgrimo algo mejor que vos.

—No es culpa vuestra. Vamos, no lloréis así, porque el único testigo de vuestra derrota ha muerto.

—¡Estoy deshonrado! —exclamó Bussi-Leclerc a través de los sollozos.

—Si queréis volver a empezar, tal vez seréis más afortunado —dijo Pardaillán con gran sinceridad.

Bussi-Leclerc le dirigió una mirada rabiosa.

—Pues adiós —acabó diciendo Pardaillán—, no os guardo rencor. Conozco siete u ocho medios distintos de hacer saltar una espada. Si queréis os los enseñaré, y entonces estaremos en igualdad de condiciones para otro encuentro.

—¿Decís la verdad? —exclamó Bussi levantándose, y vencido tal vez por la generosidad de su adversario.

—¡Caballero! —dijo Pardaillán—. Tened la seguridad de que nunca me burlo de cosas que, como una lección de esgrima, puedan ser causa de la muerte de un hombre. Cuando queráis os enseñaré mis siete sistemas distintos, porque ya sabéis uno.

—¡Mil diablos! —exclamó Bussi-Leclerc—. Sois un hombre honrado, caballero, y es una lástima que no hayáis sido de los nuestros. ¿Queréis darme la mano?

Pardaillán le dio su mano, que Bussi-Leclerc estrechó cordialmente.

—¿De modo que no somos enemigos? —dijo el caballero sonriendo.

—No, y si me lo permitís, me declararé amigo vuestro. Pero quedamos en que me prometéis...

—¿Enseñaros esos sistemas de desarmar al adversario? No hay inconveniente. Me los enseñó mi padre, el cual, sin gozar de vuestra reputación, no por eso dejaba de ser un excelente maestro de armas. Adiós, caballero. Nos volveremos a ver en París.

Entonces Pardaillán saludó y se alejó rápidamente remontando el curso del Loira y dejando a Bussi-Leclerc, que miraba apenado el cadáver de Maineville.

—Ahora le toca a Maurevert —murmuró Pardaillán, cuyo rostro se puso sombrío.

Y apresuró el paso hacia la casa medio arruinada en que dejara a Maurevert bajo la guarda de Jacobo Clemente. Cuando estaba a cosa de trescientos pasos, vio a un hombre que en el umbral de la puerta iba y venía con agitación. Muy pronto vio que era Jacobo Clemente, y el corazón le latió con fuerza. Echó a correr y se dirigió hacia el fraile, el cual, al verlo, hizo un gesto de desesperación.

—¿Y Maurevert? —preguntó Pardaillán.

—¡Ha huido! —contestó Jacobo Clemente.

—¡Maldición!

Pardaillán penetró en la casucha y vio que estaba vacía. Dirigiéndose al seto, observó que, de los caballos que allí estaban atados, sólo quedaba uno. La cólera se apoderó de él, quizá por vez primera en su vida, pero al poco rato se tranquilizó.

—¡Qué desgracia! —exclamó Jacobo Clemente—. Nunca me lo perdonaré.

—Es, en efecto, una desgracia —dijo Pardaillán con frialdad—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Con la mayor sencillez —contestó Jacobo Clemente—. Me había yo sentado ante él puñal en mano. Ya sabéis que tenía los pies atados, pero no las manos. Yo esperé, y a fuerza de hacerlo, quise ver si llegabais. Al levantarme, dejé maquinalmente el puñal sobre la mesa y me dirigí a la puerta. Apenas estuve allí dos o tres segundos, pero a él le bastaron.

—Sí —dijo Pardaillán—. Yo hubiera debido recordar que el preso tiene más interés en escaparse, que el carcelero en guardarlo. Sin duda alguna, con el puñal cortó las cuerdas de las piernas, ¿verdad?

—Sí, cuando me volví para entrar, recibí un golpe violento en la cabeza y un empujón que me hizo caer. Al levantarme, vi a Maurevert que montaba uno de los caballos y partía al galope.

—Perfectamente —dijo Pardaillán—. Habíamos convenido en volver juntos a París, pero hacedlo vos solo, y ya nos veremos allí.

—¿Vais a emprender su persecución?

—No hay duda —contestó Pardaillán, montando el caballo que quedaba—. Y decidme, ¿qué dirección ha tomado?

—La de Beaugency. ¿Dónde nos veremos?

—En el convento de los Jacobinos, si queréis. ¡Adiós!

—Una palabra —dijo Jacobo Clemente—, ¿soy libre ahora?

—¿Libre de qué?

—De matar a Valois.

Pardaillán se estremeció. Se quedó un instante pensativo y luego dijo:

—Seguid vuestro destino, ya que es necesario.

Jacobo Clemente estrechó la mano que le tendía al caballero, y luego, con rápido paso, se encaminó hacia Blois. Pardaillán dio un suspiro y lo miró alejarse durante algunos instantes. Luego se volvió hacia el punto del horizonte que le mostrara

Jacobo Clemente, espoléó su caballo y se lanzó a un galope desenfrenado.

A dos leguas de distancia halló a un campesino que conducía una carreta arrastrada por dos bueyes. Pardaillán se detuvo y lo interrogó, haciendo una descripción exacta de Maurevert y de su traje. El campesino le mostró a cien pasos de distancia un camino que se alejaba perpendicularmente del Loira:

—He hallado al caballero que decís en aquel camino.

—¿Y adónde va ese camino?

—Se interna cinco leguas en las tierras de labor. Luego tuerce a la derecha y conduce a Tours.

Pardaillán dio una moneda de plata al campesino, y tomando el camino que le había señalado, reanudó el galope desenfrenado. Era fácil comprender la maniobra de Maurevert. Había echado a correr como si marchara hacia Orleáns, y persuadido de que lo perseguirían, aprovechó la primera revuelta del camino para tomar la dirección opuesta. Muy pronto, sin embargo, el caballero se vio precisado a moderar la marcha, pues, de lo contrario, habría reventado a su caballo. Cuando llegó al cruce de caminos que le señalara el campesino, el pobre animal estaba ya muy fatigado por el galope de seis leguas.

Pardaillán echó pie a tierra ante una posada miserable, que estaba situada en la encrucijada, y por esta razón se llamaba la «Posada de los Cuatro Caminos». Interrogado el posadero, contestó manifestando que no había visto pasar a nadie.

Pardaillán masculló una maldición al comprender que Maurevert se le escapaba de nuevo y, sin duda, tal vez para siempre.

El caballero sintió que se apoderaba de él el desaliento. No dijo nada, sin embargo, y después de haber instalado su caballo en la cuadra, tomó asiento junto al fuego y ordenó que le sirvieran la cena. Llegó la noche, y el tiempo era muy triste. Pardaillán decidió pasarla en aquella posada y mientras comía miró al posadero con el rabillo del ojo, diciéndose:

—¡Vaya un tipo de bandido que tiene este hombre!

En efecto, el hombre aquél tenía muy mal tipo. Además, había dos mozos, lujo insólito para una posada de camino, cuya parroquia no sería, sin duda, muy numerosa. Aquellos dos hombres tenían también aspecto desagradable, capaz de inspirar a cualquier viajero el deseo de alojarse en otra parte. La posada tenía aspecto siniestro, pero Pardaillán no se preocupó gran cosa por este detalle. En cuanto hubo terminado la cena, se apoyó de codos en la mesa, con las botas cerca del fuego. El posadero colocó entonces sobre la mesa una vela humeante, y se retiró.

Pardaillán vio que estaba solo, y sintió gran fatiga. Su pensamiento, tan activo y metódico de costumbre, estaba, a la sazón, perezoso. Poco a poco cayó en sopor y cuando hizo un esfuerzo para mantener los ojos abiertos, su mirada se fijó de pronto en un fragmento de espejo, colgado ante él y a poca altura de su cabeza.

Aquel espejo reflejaba de un modo vago la sala iluminada por la vacilante llama de la bujía. Cuando iba a cerrar los ojos, vio por el espejo cómo se abría despacio la

puerta del fondo de la sala. Todo ello era vago, impreciso, pero bastante para despertar la atención de Pardaillán que, medio adormecido, miraba como se hace en los sueños.

La puerta se abrió sin ruido. Pareció entonces a Pardaillán que veía el rostro siniestro del posadero, cuyos ojos brillantes estaban fijos en él. Pardaillán se inmobilizó, con el codo apoyado sobre la mesa. Durante algunos segundos tuvo la sensación de que aquellos ojos estaban fijos en él. Y, por valiente que fuese, en aquel silencio y en semejante oscuridad, sintió un rápido estremecimiento.

De pronto vio que el hostelero se ponía en movimiento. Sin duda andaba descalzo, porque no oyó el menor ruido. Entonces aparecieron los dos mozos, y Pardaillán oyó:

—¡Duerme! Ahora es la ocasión.

¿De qué sería la ocasión? Pardaillán se lo preguntó cómo entre sueños. Vio a las tres sombras que avanzaban lentamente hacia él, le pareció ver lucir un puñal o un cuchillo, y que el brazo del posadero se levantaba.

—Creo que, en efecto, ha llegado la ocasión —pensó Pardaillán.

En el mismo instante se levantó y, volviéndose, derribó la mesa. Vio, a la roja luz de la vela, al posadero con sus dos acólitos, que llevaban algunas cuerdas. Los tres hombres se quedaron como petrificados.

—¿Qué esperáis para atarme? —preguntó Pardaillán echándose a reír—. Y vos, ¿no creéis llegada la ocasión para desangrarme?

Y, diciendo estas palabras, distendió los brazos y dio un puñetazo a cada uno de los dos criados. Éstos dieron un grito de dolor y cuando Pardaillán se volvió al posadero para aplicarle igual correctivo, éste cayó de rodillas, exclamando:

—¡Perdón, monseñor! Ya os lo diré todo.

—¡Cómo! ¿Pero teníais otra intención que la de robarme?

—Quería mataros, monseñor —contestó ingenuamente el posadero.

—Ya lo supongo, pero ¿para robarme?

—Tal vez sí, pero, principalmente, para obedecer a un gentilhombre que me ha pagado.

—¡Ah, caramba! La cosa se hace interesante. Levántate, amigo, y vosotros, muchachos, marchaos.

Los dos mozos obedecieron prontamente y con evidente placer. El posadero se levantó preguntando:

—¿No me haréis ningún daño?

—Si me dices la verdad, no; pero si veo que mientes, te ato a esta silla con las cuerdas que me habíais preparado, y te cortaré las orejas con el cuchillo con que querías matarme. Ahora enciende la vela y trae vino.

El posadero ejecutó estas órdenes con gran prontitud.

—Habla —dijo Pardaillán, una vez estuvo instalado ante el vaso lleno.

—Pues; bien, monseñor, he aquí la pura verdad. Vi, en efecto, al gentilhombre por

quien me preguntasteis al llegar.

Pardaillán palideció y, cogiendo al posadero por el cuello, le dijo.

—¡Miserable! Siento grandes deseos de estrangularte.

Lo dijo con tan terrible tranquilidad, y su mano de hierro le estrechaba con tal fuerza el cuello, que el posadero creyó llegada su última hora.

—¡Monseñor! —exclamó con gran congoja—. Me prometisteis no hacerme ningún daño si os decía la verdad.

—¿Y qué prueba tendré de tu sinceridad?

—El miedo que me causáis —contestó el posadero, castañeteándole los dientes.

Pardaillán lo soltó.

—Continúa —dijo con sombría voz.

—Pues, como decía, el gentilhombre de quien me hablasteis, se detuvo, como vos, en mi posada y se sentó ante esta misma mesa que vos habéis derribado. Después de haberme hecho beber en su compañía, me hizo un retrato tan exacto de vuestra señoría, que os reconocí cuando echasteis pie a tierra.

—¿Y qué más? —preguntó Pardaillán.

—Pues me afirmó que me preguntaríais por dónde había pasado, y me dio tres escudos para que contestase que no lo había visto.

—Pero, según parece, no te ha encargado asesinarme, porque en el fondo es un excelente gentilhombre incapaz de semejante acción.

—No lo creáis, caballero —contestó el posadero—. En seguida pude comprender que lo animaba un odio mortal contra vos. Por fin, después de haber vacilado un buen rato, sacó cinco escudos y me encargó que si no os mataba, que os hiriese por lo menos, de modo que os vierais obligado a quedaros aquí durante una quincena.

—Ya ves que este gentilhombre no me deseaba la muerte —dijo Pardaillán.

—Nada prueba que no hubieseis muerto de la herida —contestó maliciosamente el posadero.

Pardaillán permaneció silencioso durante algunos instantes, convencido de que era inútil discutir con aquel hombre.

—Monseñor —dijo entonces el posadero—. Creo que prestaréis fe a mis palabras. Veo que discurrís... y...

—¿Y te figuras que me pregunto si será necesario acabar de estrangularte? Pues bien, te perdonaré la vida con la condición de que me digas qué camino ha tomado. Únicamente, piensa que si me engañas volveré aun cuando sea dentro de seis meses, y si no estás aquí, sabré hallarte.

—A fe mía —contestó el posadero— os diré la verdad, suceda lo que suceda, porque tengo más simpatías por vos que por él.

—Gracias, ¿y por qué?

—Porque sois el hombre más fuerte que he conocido. Pues bien, me ha encargado deciros, en el caso de que me apalearais, en vez de dejaros matar, porque también previo esta posibilidad, que se va derecho hacia Tours, siguiendo el camino que pasa

ante la posada.

—¿Mientras que, en realidad?...

—Ha tomado el sendero que conduce al camino de Beaugency.

—Bueno, prepárame una cama si es posible, y mañana por la mañana me despiertas al alba.

El posadero se inclinó y salió. Diez minutos más tarde regresó para avisar a Pardaillán que estaba preparada su cama. El caballero siguió al posadero y penetró en una habitación que, con gran asombro suyo, estaba bastante limpia.

El posadero le indicó que la puerta estaba provista de un sólido cerrojo interior.

—¿Para qué? —preguntó Pardaillán—. ¿Cómo podrás despertarme si dejas la puerta cerrada?

El posadero se retiró asombrado.

—Decididamente —pensó— este caballero no es muy inteligente, porque de igual modo habría podido despertarlo llamando a la puerta. Pero, en fin, sin duda es muy valiente, porque ¿quién le prueba que no trataré de matarlo en cuanto esté dormido?

Pero Pardaillán, por tonto que pareciera, conocía muy bien a los hombres y había estudiado perfectamente al posadero. Porque, si bien dejó la puerta abierta, no solamente el huésped no atentó contra su vida, sino que vigiló toda la noche para evitar que sus dos acólitos trataran de entrar. Pardaillán, pues, durmió tranquilamente bajo la guarda del hombre que pagara Maurevert para que lo asesinase. Hacia las seis de la mañana reanudó el viaje, no sin haber interrogado nuevamente al posadero:

—Oye —dijo—, ¿por qué por tan poco dinero aceptaste el encargo de asesinar a un hombre que no te había hecho mal alguno?

—¡Qué queréis, caballero! Los tiempos son muy malos. Saqueado por los hugonotes y por los católicos, me veo obligado a ejercer todos los oficios.

—Hasta el de asesino a sueldo —dijo Pardaillán—. He aquí un escudo para ti, a título de propina. Otra vez fíjate en las gentes con quien tratas y recuerda que la vida de un hombre vale la pena de ser respetada, sin contar que cinco escudos de oro son muy poco dinero.

Y Pardaillán, dejando asombrado al posadero, empezó a marchar al trote por el sendero que le había sido indicado.

Éste cruzaba algunos campos y se dirigía al Loira. Dos horas más tarde, Pardaillán se vio nuevamente en el camino que dejara la víspera. Se dirigió entonces hacia Beaugency, que no tardó en distinguir al otro lado del río.

Mientras pasaba a la sombra de un bosquecillo de chopos que parecía ser una prolongación del bosque de Riessy, se oyó una detonación a su derecha y una bala tronchó una ramita que estaba a poca distancia de su cabeza. Pardaillán saltó a tierra y, arrastrándose, se dirigió al lugar de donde saliera la humareda del disparo, pero por más que hizo no encontró a nadie y, muy pensativo, regresó adonde había quedado su caballo.

¿Quién habría disparado? ¿Serían acaso algunos de los bandidos que infestaban

entonces los caminos, o bien algún criminal a sueldo de Maurevert?

Era imposible el saberlo.

Montó nuevamente a caballo y al galope llegó frente a Beaugency.

Tuvo que cruzar el río en una barcaza que transportaba caballos y peatones. El barquero hallábase precisamente en la orilla izquierda, o sea donde estaba Pardaillán, el cual no tuvo que hacer más que embarcarse. Entonces el barquero empezó a tirar de la cuerda atada a la otra orilla.

Pardaillán le preguntó si el día anterior había transportado a un caballero, y si había visto qué dirección tomaba luego. El barquero contestó que no había atravesado el río ninguna persona de las señas que le dio Pardaillán, pero que el día anterior, un caballero lo llamó desde la orilla izquierda del río, para preguntarle si el camino continuaba hasta Orleáns.

—Bueno —pensó el caballero—, también podré llegar a Orleáns siguiendo la orilla derecha del río.

Mientras así pensaba, se hallaban los dos casi en el centro del río y entonces el barquero imprimió tan torpe movimiento a la barca, que el caballo de Pardaillán cayó al agua.

El caballero, que iba montado en él, se vio precipitado igualmente al agua. Al notarlo, se desprendió con viveza de las espuelas, y se cogió a la crin del caballo, el cual, libre de movimiento, se dirigió hacia la orilla derecha.

Las orillas del río estaban, aparentemente, desiertas, pero en cuanto Pardaillán, después de haberse hundido, salió nuevamente a la superficie, se oyó la detonación de dos arcabuzazos en la orilla derecha y el caballo, esta vez herido en la cabeza, se hundió.

Pardaillán hizo lo mismo para evitar un nuevo ataque. Sentía furiosa cólera, porque aquella vez ya no pudo dudar de que los arcabuceros cumplían las órdenes de Maurevert y de que el barquero era su cómplice. Pero no por esto perdió la sangre fría. De momento, lo esencial era escapar a los asesinos y luego ya vería lo que hacía.

Pardaillán permaneció bajo el agua tanto como le fue posible y, arrastrado por una corriente muy rápida, sólo reapareció en la superficie cincuenta pies más abajo.

Una mirada rápida a la orilla, lo convenció de que estaba desierta como antes. La misma mirada le demostró que el barquero se había detenido a la mitad del río y que no manifestaba la menor intención de socorrerlo.

—Me pagarás cara tu traición —murmuró Pardaillán entre dientes.

Le era muy difícil nadar, porque le molestaba mucho el traje, pero siguiendo una diagonal alargada se aproximó, sin embargo, a la orilla, cuando le dispararon dos arcabuzazos más. El agua, herida por las balas, saltó en torno de Pardaillán, el cual sintió viva cólera.

Comprendió que era necesario arriesgarse y ganar la orilla lo antes posible. Su vida estaba pendiente del azar si uno solo de los tiradores era hábil. Empezó a nadar furiosamente dirigiéndose, a la sazón, en línea recta hacia la orilla.

Nuevamente, y sin duda después que los asesinos hubieron cargado sus armas, resonaron dos detonaciones más, pero no consiguieron tocarlo. Llegaba casi a la orilla y de tres brazadas tomó tierra. Entonces se sacudió el agua y miró a lo lejos, en la dirección de que procedían los tiros, pero tampoco vio a nadie. Echó a correr, registró los alrededores, pero sin descubrir a los asesinos. Entonces se dirigió a Beaugency, diciéndose.

—¿A ver si tendré que bañarme muchas veces?

En la primera posada que halló, entró completamente mojado, se hizo dar una habitación, se desnudó e hizo secar su traje ante el fuego. Una vez se hubo vestido de nuevo, salió de la ciudad, no sin haber vaciado antes una botella de vino de Beaugency, que entonces gozaba de gran reputación, para contrarrestar el efecto del baño.

XXXV - El bosque de Marchenoir

EL CABALLERO llegó al desembarcadero de la orilla derecha. Desde lejos pudo observar que el barquero se hallaba entonces en la orilla izquierda, esperando a sus clientes, y Pardaillán aguardó pacientemente.

Al cabo de una hora se presentaron para pasar dos campesinos con una carreta tirada por un asno.

Carreta, asno y campesinos se embarcaron, y la barcaza empezó la travesía a lo largo de la cuerda. Pardaillán, en cuanto vio que estaban a punto de desembarcar, acudió y entró en la barcaza en el momento que se alejaban los dos campesinos. El barquero lo reconoció y, poniéndose muy pálido, se echó a temblar.

—Vamos —dijo Pardaillán con apacible tono—. Llévame a la otra orilla y procura ser más hábil que hace poco, porque, de lo contrario, no sólo no te pagaré, sino que te haré pagar por mi caballo.

—¡Ah, caballero! —exclamó el barquero completamente tranquilizado—. No fue la culpa mía, y puedo aseguraros que temí por vos en cuanto oí el arcabuzazo. Pero espero que hayáis conseguido coger a los dos asesinos.

—¡Hombre! ¿Cómo sabes que eran dos?

—Porque los vi —contestó el barquero con cierto embarazo.

—¡Hombre, pues yo no fui tan afortunado!

Entre tanto, tranquilizado el barquero, empezó a maniobrar y Pardaillán se sentó en un banco, aparentemente con la mayor indiferencia. Pero en cuanto la barca estuvo en el centro del río, Pardaillán se levantó, se acercó resueltamente al barquero y de un empujón lo echó al agua. Pero, en el mismo instante, lo cogió por el cuello y lo mantuvo hundido en el río con la cabeza fuera.

—¡Perdón, perdón! —gritó el barquero lleno de terror—. Dejadme subir, porque no sé nadar.

—¡Mejor!

—¡Perdón!

—¡Bandido! Confiesa que me quisiste ahogar.

—No —exclamó el barquero lleno de espanto.

Pardaillán le metió la cabeza en el agua y luego lo sacó cuando ya había empezado a tragar agua.

—Confiesa que conoces a los que me arcabucearon. Confiesa que te pagaron para ahogarme.

—No, no... yo...

Un nuevo chapuzón interrumpió al desgraciado, el cual, no obstante, consiguió sacar la cabeza fuera del agua y dijo:

—¡Perdón! ¡Ya lo diré todo!

—Pues habla.

—¿En el agua?

—Vale más hablar en el agua que correr el peligro de ser arcabuceado en ella, como me ocurrió a mí. De modo que, si no quieres hablar, te vuelvo a hundir.

—¿Y si hablo?

—Te perdonaré la vida, a fe de Pardaillán.

—¡Pardaillán! Éste es el nombre que me dijo el señor de Maurevert.

—¿Así, pues, lo conoces?

—Desde hace ocho años, que estoy afiliado a la Santa Liga. Pues bien, el señor de Maurevert vino ayer y me habló de un terrible protestante que había intentado asesinar al señor duque de Guisa.

—¿Al duque de Guisa?

—Sí, señor, y, según parece, errasteis el golpe. Entonces el señor de Maurevert y otros salieron para daros alcance y para dar la consigna a todos los fieles ligueros. Ya veis, pues, que no era pecado el hacerlos ahogar.

—Al contrario —contestó Pardaillán, izando hasta la barca al ligero—. Maurevert mintió —dijo—, porque no soy hugonote.

—¿Sois, pues, católico?

—Tampoco —contestó Pardaillán—. Pero dime, ¿se ha dirigido Maurevert a Orleáns, como me decías? No mientas, ya sabes que la Santa Iglesia lo prohíbe.

—Pues bien —dijo el barquero después de corta vacilación—, la verdad es que lo pasé en mi barca y se dirigió hacia Beaugency, en donde sé que pasó la noche en «El León de Oro».

—Llévame a la orilla —dijo entonces Pardaillán.

—¿Hacia Beaugency?

—Sí.

Pocos minutos después Pardaillán, sin cuidarse más del barquero, se dirigió a la ciudad, y empezó a hacer indagaciones en la posada «El León de Oro». Esta posada estaba situada en la extremidad de la ciudad y Pardaillán atravesó las calles a toda prisa. Nadie se fijó en él, porque los grupos de gente que las llenaban, hablaban con gran animación. Se oían gritos, maldiciones y algún que otro sollozo.

Todo ello era debido a que acababa de cundir la nueva de la muerte del duque de Guisa, y la emoción era extraordinaria. Pardaillán se dirigió a la hostelera, vigorosa comadre que peroraba rodeada de un grupo de burgueses, a los que excitaba a armarse y a dirigirse a Blois.

—Señora —dijo entonces el caballero—, llevo de Blois, en donde ha muerto el duque de Guisa.

Inmediatamente Pardaillán fue rodeado, y todos se apresuraron a pedirle noticias y él entonces relató en algunas palabras el asesinato de Guisa, añadió que estaba encargado de perseguir a uno de los asesinos e hizo una descripción tan exacta de Maurevert, que la hostelera exclamó:

—¡Pero si no hace un cuarto de hora que este hombre estaba aquí! ¡Ah, miserable! Ya comprendo ahora por qué ha huido a caballo con tanta precipitación.

—¿De veras? —preguntó Pardaillán.

—Sí, dos hombres, sus cómplices sin duda, han venido a hablarle misteriosamente y enseguida ha hecho ensillar el caballo.

Pardaillán comprendió que los tales cómplices no eran otros que los que lo habían arcabuceado. Comprendió que Maurevert, seguro de haberse librado de su enemigo, se detuvo en Beaugency para reflexionar, pero al enterarse de que Pardaillán había conseguido escapar a todos los ataques, se apresuró a emprender inmediatamente la fuga.

—Señora —dijo entonces Pardaillán—, es preciso que alcance a ese hombre. ¿Qué camino ha tomado?

—El de Chateaudun.

—¿Tenéis un buen caballo a cambio de estos cincuenta escudos?

—Y también sin escudos. Tengo uno muy bueno que corre como el viento.

Entonces la comadre que, a pesar de ser guisarda, no perdía la cabeza, tomó los cincuenta escudos y dio órdenes a un muchacho. Pocos instantes más tarde, Pardaillán cabalgaba en un caballo que, a la primera mirada, le pareció buen corredor.

—Traednos al hombre para ahorcarlo aquí —gritó la hostelera en el momento en que el caballero tomaba al galope el camino de Chateaudun.

Muy pronto Pardaillán vio dibujarse en el horizonte una masa negra de árboles despojados de follaje, y cuyas ramas se retorcían en el triste cielo, como brazos sumidos en la desesperación. Era el bosque de Marchenoir, que debía atravesar de un extremo al otro.

La persecución era cada vez más encarnizada. El Caballo, bajo la presión de hierro de las piernas de Pardaillán, activaba cada vez más su carrera. Pálido e inclinado sobre el cuello del animal Pardaillán devoraba el camino con la mirada.

Hacía ya veinte minutos que entrara en el bosque, cuyos árboles huían rápidamente ante él como fantasmas. El caballo, entre tanto, devoraba el espacio y su respiración fatigosa anunciaba un supremo esfuerzo.

De pronto Pardaillán se estremeció de pies a cabeza y se puso pálido como un muerto. A poca distancia oyó piafar a un caballo. Dos minutos más tarde divisó a un jinete que corría ante él y una sonrisa terrible crispó sus labios. Era Maurevert.

Éste galopaba sin volver la cabeza. Sabía, no obstante, que Pardaillán lo perseguía y comprendía que iba a morir. Galopaba o, mejor dicho, se dejaba llevar por su caballo, al que ni siquiera espoleaba.

La energía lo abandonó. La horrible amenaza suspendida sobre él desde hacía dieciséis años, iba, por fin, a hacerlo su víctima. La persecución iba a terminarse. He aquí lo que confusamente pensaba Maurevert.

Su rostro, pálido como el de un cadáver, se contraía a veces y, de vez en cuando también le parecía que su corazón cesaba de latir y que luego, de repente, volvía a hacerlo con terrible fuerza.

Desde hacía dieciséis años, Maurevert tenía miedo, no precisamente de la muerte,

sino de batirse con Pardaillán. Y tal terror horroroso, que había durado por espacio de tantos años, iba, por fin, a llegar al desenlace.

De pronto su caballo, al que ya no sostenía, tropezó y cayó al suelo sin tratar de levantarse. Maurevert no se hizo daño al caer y pudo ponerse de pie.

En su cerebro no había ninguna idea, ningún pensamiento. Sus labios blancos temblaban convulsivamente. Vio a Pardaillán, a treinta pasos de distancia, que echaba pie a tierra.

Tal espectáculo reanimó por un instante su energía. Se inclinó con viveza, sacó una pistola del arzón de la silla de su caballo, hincó una rodilla en tierra y apuntó a Pardaillán. El caballero se dirigió hacia él y en cuanto estuvo a diez pasos dijo:

—Tira, pero no me tocarás.

Maurevert lo miró un momento. Pardaillán le pareció como envuelto por una nube a través de la cual sólo distinguía los negros ojos del caballero. Disparó la pistola, y al disiparse la humareda, vio que no había tocado a su enemigo. Arrojó el arma al suelo, se levantó dando un suspiro de angustia y comenzó a retroceder a medida que Pardaillán avanzaba hacia él.

Halló un árbol a su espalda y, apoyándose en el tronco, se quedó inmóvil mirando a Pardaillán.

—Cuando nos vimos en la colina de Montmartre te perdoné —dijo Pardaillán—. ¿Por qué has querido asesinarme?

Maurevert no contestó. Sufría horrorosamente, y su corazón le daba tales saltos en el pecho, que se advertían las palpitaciones por los movimientos que hacía la tela del jubón.

Pardaillán continuó:

—Asesino de Luisa, que no te había hecho ningún mal; asesino de mi padre, probablemente, que tampoco era enemigo tuyo. Asesino mío, que tampoco te hice daño alguno. A pesar de haber podido hallar la salvación en la fuga, pagaste al posadero de los «Cuatro Caminos» para que me matase, a dos criminales para que me arcabucearan, al barquero para que me echase al río. Contesta, pues, asesino de Luisa. ¿Qué te haré yo en castigo de los sufrimientos que me has causado? Te dejo el cuidado de elegir tu castigo. ¡Contesta!

Maurevert guardó silencio. Pardaillán vio tan sólo que la respiración del condenado era cada vez más jadeante y que se convertía en una especie de estertor. Maurevert ya no vivía. Estaba en la agonía. Pardaillán lo miró un momento. Sus ojos brillaron de lástima, dio un paso para acercarse a Maurevert y, con voz severa y dulce al mismo tiempo, dijo:

—Ya que no contestas, voy a fijar yo mismo tu suplicio. Escucha.

Diciendo estas palabras, Pardaillán tocó con el dedo el pecho de Maurevert, en el lugar en que veía latir el corazón. A este contacto, la entraña dio un salto terrible. Maurevert abrió la boca y sus ojos se desorbitaron. Se quedó apoyado en el tronco del árbol, con las piernas vacilantes y pareciendo no sostenerse más que por el contacto

del dedo de Pardaillán sobre su pecho. El caballero no se fijó en ello y continuó:

—Tu suplicio será el siguiente: Durará años, tanto como tu vida. Es un suplicio de vergüenza. Toda tu vida te dirás que, a pesar de haberte odiado, de haberte alcanzado y de haberte tenido en mi poder, te he despreciado bastante para dejarte vivir. Maurevert, no morirás. Asesino de Luisa, he aquí tu castigo: Pardaillán te perdona.

En aquel momento el cadáver de Maurevert, que ya no estaba sostenido, se inclinó y cayó suavemente al suelo. El caballero se estremeció al notarlo, se inclinó con gran asombro sobre el cuerpo de su enemigo, y entonces vio que estaba muerto.

Maurevert no murió al retroceder Pardaillán, sino que había perdido la vida algunos instantes antes, es decir, cuando el dedo del caballero se apoyó un momento sobre su corazón. Tal contacto lo había matado.

Un médico que hubiese hecho la autopsia a Maurevert, habría visto que murió a consecuencia de la rotura de algún vaso, pero nosotros podemos decir que Maurevert murió de miedo.

XXXVI - Un espectro que se desvanece

PARDAILLÁN permaneció inmóvil, tal vez durante una hora, junto al cadáver. Su ensimismamiento lo llevó a los lejanos tiempos de su juventud. Tenía a Maurevert ante los ojos, pero veía a Luisa tal como estaba en el momento de morir, cuando, rodeándole el cuello con sus brazos, fijó en él sus ojos llenos de desesperación y radiantes de amor a un tiempo, para despedirse eternamente de él.

La veía nuevamente tendida en su lecho, blanca entre las flores blancas de que la habían rodeado. A la sazón Luisa reposaba en el cementerio de Margency, en donde quiso que la enterraran. Y, a la sazón, también su asesino yacía a los pies del caballero. Entonces le pareció a Pardaillán que ya no tenía nada más que hacer en el mundo. Habían muerto sus amores y sus odios y se encontraba solo, sin ningún sentimiento que lo ayudara a vivir.

Por un instante pasó por su imaginación la imagen de Fausta, pero la vio pasar con triste indiferencia. Luego recordó a Violeta y al duque de Angulema y una triste sonrisa vagó por sus labios y, por fin, atravesó su cerebro el dulce rostro de Rosa, y Pardaillán murmuró:

—Allí encontraré, tal vez, la piedra en que el viajero fatigado descansa su cabeza.

Largo tiempo permaneció sumido en su ensimismamiento; y, por último, los pesados pasos de un leñador lo distrajeron de sus ideas.

Volvió al mundo real, y llamando al campesino, le rogó que le prestara un azadón, ofreciéndole, en cambio, un escudo en recompensa. El leñador, al ver un cadáver, obedeció tembloroso. Pardaillán excavó una fosa en la tierra dura y helada, y en cuanto fue bastante profunda, colocó en ella el cadáver de su enemigo, lo cubrió con la manta que había sobre la silla del caballo de Maurevert, tapó el hueco con tierra y devolvió el azadón al leñador.

Después se acercó a su caballo, al cual había proporcionado descanso aquella parada, cogió la brida bajo el brazo y, seguido por el corcel, tomó el camino de Chateaudun.

Al cabo de una legua montó nuevamente, y al trote llegó a Chateaudun, en donde reinaba la mayor agitación, a causa de la noticia que, como en Beaugency, corría en todas las bocas y que se propagaba por todo el reino, como las ondulaciones del agua cuando se echa una piedra.

Allí como en todas partes, se armaban los partidarios de Guisa y proferían gritos de venganza.

—¿Qué me sucedería —pensó Pardaillán— si ahora dijese a todas esas gentes que yo he matado al duque en leal combate?

Pernoctó en una buena posada y al día siguiente volvió a tomar el camino de Blois, en donde, al llegar, vio al valiente Crillon ocupado en rechazar una multitud de burgueses que gritaban desaforadamente:

—¡Muera Valois! ¡Vengüemos a nuestro duque!

—¡Eh, señor de Crillón! —gritó Pardaillán en cuanto vio que la calle estaba libre.

El interpelado divisó al caballero y le tendió la mano.

—He de pedir os un favor —continuó Pardaillán.

—Todos los que queráis.

—Uno bastará, pero os lo agradeceré infinito. El otro día detuvieron en el hotel de la señora Fausta a dos pobres camareras, que nada tienen que ver con lo sucedido, y desearía obtener su libertad.

—Dentro de una hora estarán libres —dijo Crillón—. Yo mismo las acompañaré hasta que estén fuera de la ciudad.

—Gracias, ¿tendréis la bondad de decirles que las esperan en Orleáns, en la casa que ya saben?

—Así lo haré. En cuanto a vos, amigo mío, tened cuidado con Larchant.

—¿Acaso quiere que le rompa la otra pata?

Crillón se echó a reír, diciendo:

—No importa. Su Majestad os protegería en caso necesario. Venid, voy a presentaros al rey.

—¿Por qué?

—Pues porque el rey quiere veros y recompensar al que...

—¡Oh, pero yo no quiero verlo, tiene un tipo muy desagradable! Señor de Crillón, si os habla de mí hacedme el favor de decir que no me habéis visto.

—Como queráis —contestó Crillón asombrado.

Se estrecharon la mano y Pardaillán llegó tranquilamente al interior de la ciudad, en donde reinaba un gran silencio, interrumpido de vez en cuando por exclamaciones y maldiciones, comunes en las ciudades en tiempo de motín.

—¡Vaya un hombre extraño! —exclamó Crillón pensando en el caballero—. ¡Qué me maten si lo entiendo!

Pardaillán se dirigió hacia la «Posada del Castillo», en donde, como ya se recordará, se albergaba antes de que Crillón lo llevara al castillo. Buscó a Jacobo Clemente, pero no lo halló.

—Bueno —se dijo—, habrá marchado a París.

Y volvió a tomar la habitación que antes ocupara con el propósito de marcharse a los dos días siguientes. Se daba por pretexto que necesitaba descanso. En realidad, tenía necesidad de reflexionar y tomar una decisión de que iba a depender su vida.

Aquel día Pardaillán supo que la duquesa de Montpensier, el duque de Lorena, así como todos los señores principales que habían acudido a Blois, consiguieron escapar. Por consiguiente, Enrique III no se había aprovechado de su victoria.

Únicamente el cardenal de Guisa había sucumbido, cosido a puñaladas, el mismo día en que Pardaillán entró en Blois.

A los dos días de su regreso, Pardaillán supo que el rey se había marchado a Amboise. Enrique III decía que deseaba ver a sus prisioneros, pero, en realidad, quería marcharse de Blois, porque la ciudad, reducida al silencio por Crillón, no

inspiraba ninguna confianza.

Pardaillán, que se había propuesto partir a las cuarenta y ocho horas de su llegada, se quedó ante todo porque estaba irresoluto, y no sabía si ir o no a Florencia, y, además, porque había trabado gran amistad con Crillón que, durante la ausencia del rey, era gobernador del castillo y de la ciudad. Pardaillán, acompañado por Crillón, hizo una visita a Larchant y le dijo:

—Lamento haber sido tan torpe para haberos roto la pierna con el lampadario.

—Entonces es que deseabais matarme —contestó Larchant, que estaba furioso al verse obligado a guardar cama.

Pardaillán añadió sonriendo:

—Si por haberos roto la pierna siento pesar, no hay que decir que habría lamentado el haber muerto a un gran capitán como vos.

Transcurrieron algunos días. El fin del año pasó con relativa tranquilidad. Sin embargo, el 3 de enero se supo que Mayena había reunido un ejército que, a su mando, se dirigía a París, aclamado por el pueblo amotinado. Crillón disponía de casi diez mil hombres en Blois, y se preparó para posibles acontecimientos, pero el rey no regresaba.

El día 5, por la mañana, Pardaillán bajó a la sala de la posada para irse al castillo, adonde se encaminaba cada mañana para visitar a Crillón, y entonces supo que el rey había regresado aquella misma noche. Por lo menos tal era el rumor que corría en la posada. Cuando ya iba a salir, vio entrar, por la puerta del fondo de la sala, que comunicaba con los pisos de la posada, a un fraile que con la capucha ocultándole el rostro, avanzaba hacia la puerta de salida.

—Yo conozco a este tipo —se dijo Pardaillán.

Y se colocó ante el fraile que atravesaba la sala. El fraile se detuvo un instante, y luego dijo:

—Venid.

Pardaillán reconoció la voz de Jacobo Clemente.

Y relacionando para sí mismo la repentina aparición del fraile con el rumor de la vuelta de Enrique III, se dijo:

—¡Diablo! Creo que voy a asistir a un gran acontecimiento y que si mi espada ha cambiado la faz de la historia actual, al atravesar el pecho del jefe de la Santa Liga, hay bajo este hábito un puñal que, al atravesar el pecho de Valois, podría cambiar la historia de la monarquía. Quiero verlo.

Y siguió a Jacobo Clemente, que había salido. En la plaza, a veinte pasos del pórtico del castillo, el fraile se detuvo.

—¿De modo que habéis vuelto a Blois? —dijo Pardaillán.

—No he vuelto —dijo el fraile con sombría voz—. No he salido un momento de mi habitación. Sabía que estabais en la posada, pero quise estar solo conmigo mismo, con mi conciencia y con Dios que me hablaba.

—¡Ah, caramba! —dijo irónicamente Pardaillán—. ¿Y qué os decía?

—¿Quién? —preguntó Jacobo Clemente con cierta distracción.

—Dios. ¿No acabáis de decirme que hablabais con él en vuestra habitación? Pero creedme, entremos otra vez en la posada, porque tenéis fiebre. Esto provendrá, sin duda, del agua que bebéis en abundancia y de los ayunos que hacéis.

—Pardaillán —dijo el fraile cogiendo la mano del caballero—, ha llegado la hora. Nadie ni nada podrá impedirme matar a Valois esta misma mañana. Hace ya quince días que espero su regreso y Dios me lo manda, por fin. Y Dios también ha querido que estuvierais en Blois para ayudarme.

—¿Cómo? —dijo Pardaillán asombrado.

—He contado con vos —dijo el fraile—. Sí, tengo fiebre, la cabeza me arde, pero mis ideas son muy claras. Os he observado y visto la amistad que os une a Crillón, y yo, que dudaba de Dios en mis insomnios espantosos, y que buscaba en vano el medio de entrar en el castillo, he visto en vuestra amistad la intervención divina.

—¡Diablo, diablo! ¿Lo creéis así?

—Pardaillán, es preciso que me hagáis entrar en el castillo. Presentadme a Crillón como a uno de vuestros amigos. Haced lo que queráis, pero es preciso que yo entre.

—¿De modo que habéis contado conmigo para matar al rey?

Pardaillán se quedó pensativo no sabiendo cómo hacer comprender al fraile su pensamiento.

—Querido amigo —dijo—, escuchadme. Si me dijerais que ibais a batiros y que necesitabais que yo os sirviera de testigo, no tendría inconveniente en desafiarme con el testigo de vuestro adversario; pero ayudaros a conseguir la entrada hasta donde está un hombre a quien os proponéis matar, cuando él menos lo espere, no entra en mis costumbres.

—¿Os negáis, pues?

—Sí, me niego a ayudaros en un asesinato.

Jacobo Clemente se quedó aterrado y se pasó una mano por su frente pálida. En aquel momento preciso vio cómo Crillón salía del castillo y avanzaba hacia ellos.

—¿Conocéis a este reverendo? —preguntó el capitán al caballero.

—Lo conozco —contestó Pardaillán.

—Esto basta —añadió Crillón—. Padre mío —añadió volviéndose a Jacobo Clemente—, el capellán está ausente del castillo. La reina madre está enferma y pide un confesor. Seguidme. Sin duda Dios os envía.

Jacobo Clemente cogió el brazo de Pardaillán y le dijo:

—Ya lo oís, Dios me envía.

Y el monje siguió apresuradamente a Crillón.

—¡Fatalidad! —murmuró Pardaillán, petrificado y sobrecogido de horror.

* * * * *

Jacobo Clemente entró en el castillo en seguimiento de Crillón, el cual lo condujo

con la mayor rapidez a la habitación de Catalina de Médicis, situada en la planta baja.

Cosa extraña. Nadie parecía preocuparse por la enfermedad de la reina, que, sin embargo, debía ser muy grave cuando ella solicitaba un confesor. En efecto, desde hacía ocho días que la reina estaba enferma, nadie se había preocupado de ella, y los mismos lacayos y criados que la servían cumplían sus deberes con cierta repugnancia.

Era espantosa la indiferencia de todos ante la agonía de Catalina de Médicis. Únicamente Ruggieri le fue fiel hasta el fin.

Aquella mujer que había hecho temblar a Francia y que había tenido en su mano el destino de un reino, se extinguía sin que nadie pensara en ella. Representaba otra época. Su hijo Enrique, al que ella había amado tanto, no la soportaba más que con visible impaciencia, lo cual en la corte, era un modo de tratar de intrusa a la reina.

Con Catalina moría la edad de hierro. Era un espectro del pasado que volvía al olvido. Crillón, yendo en busca de un confesor para Catalina, cumplió un acto de valentía y un acto de caridad.

Jacobo Clemente, al acercarse a la habitación de la reina, observó claramente aquella soledad y aquella indiferencia, mientras en el resto del castillo resonaba ruido de armas, de conservaciones y hasta de carcajadas. En el momento en que Crillón iba a entrar en la antecámara, el fraile lo detuvo tocándole el brazo.

—¿Dónde está el rey? —preguntó.

—No se trata de él, padre mío —contestó el guerrero—, sino de la reina madre enferma.

—Sí ¿pero dónde está el rey?

—¿El rey? En el castillo de Amboise. Entrad, os lo ruego.

Jacobo Clemente rechinó los dientes.

—¿No ha regresado esta noche, como se dice?

—No, pero entrad.

Jacobo Clemente ahogó un rugido de desesperación, y como Crillón abrió la puerta, entró. Entonces el capitán se retiró.

Jacobo Clemente se halló en una habitación oscura en que reinaba infinita tristeza. Aunque afuera era de día, los cortinajes estaban corridos y una antorcha de cera ardía sobre la chimenea. Se hubiera dicho que aquella fúnebre luz estaba allí tan sólo para acentuar las sombras de los rincones de la estancia.

Al cabo de algunos instantes el fraile vio un lecho y en él a una mujer vieja, arrugada y pálida que lo miraba con sus ojos inmóviles.

—La madre de Enrique III se muere —pensó Jacobo Clemente— y el que la verá morir es el hijo de Alicia de Lux.

Luego un movimiento de la vieja reina lo arrancó de aquel ensimismamiento. Con lento gesto de su mano débil, Catalina le hizo seña de que se acercara y murmuró:

—Más cerca, padre, más cerca.

Jacobo Clemente dio algunos pasos, y se acercó a la cabecera de la cama. Catalina de Médicis lo miró y con palabras entrecortadas dijo:

—No sois el capellán del castillo.

—No, señora —contestó Jacobo Clemente—. El capellán está ausente. Pasaba ante el castillo y me han llamado para asistir a la madre del rey de Francia.

—Mejor —murmuró Catalina, que tal vez prefería confesarse con un monje desconocido.

—Mejor —repitió también Jacobo Clemente.

—¿Y mi hijo? —preguntó la moribunda—. ¿Dónde está mi hijo?

—El rey está en Amboise.

La reina guardó silencio durante unos instantes, mientras algunas lágrimas salieron de sus ojos, y añadió:

—No podré verlo ya. Me muero y mi hijo no está aquí. Entre tantas muertes terribles que he temido, ninguna lo es tanto como ésta. ¡Oh, hijo mío, te he querido tanto!... Y mis ojos al cerrarse para siempre no llevarán tu imagen a la tumba.

Y luego empezó a hablar con voz rápida y palabras confusas. El monje, inclinado sobre ella, sólo pudo coger al vuelo algunas palabras, o mejor dicho, algunos nombres.

—Diana de Francia... Montgomery... No es verdad... Y vos Coligny... No quiero... Escucha, Maurevert...

Jacobo Clemente escuchaba con grandísima atención. En aquellos jirones de ideas, esperaba sorprender una entera y espiaba un remordimiento. De pronto Catalina se detuvo, abrió los ojos, y sintiéndose reanimada, preguntó:

—¿Qué he dicho?

—Nada, señora —dijo el fraile—. Espero que plazca a Vuestra Majestad el confiarme los secretos de su alma, para depositarlos al pie del temible trono del justiciero que lo ve y lo oye todo, y que perdona o condena.

La reina se incorporó estremeciéndose. Miró al confesor con ardientes ojos y dijo:

—Padre mío, si me arrepiento de mis faltas, ¿me las perdonará Dios?

—Si las confesáis, sí.

—Escuchad, pues, ya que es preciso.

El fraile se recogió para escuchar la confesión suprema de la reina. Ésta, por su parte, permaneció un rato silenciosa, sin duda para recordar todos sus crímenes.

—Pie matado o he hecho matar —dijo la moribunda con voz apenas perceptible— algunas docenas de pobres diablos, jóvenes señores testarudos que se obstinaban en no seguir mis indicaciones, o burgueses y vasallos rebeldes. He tenido que emplear el hacha, la horca, las mazmorras y el veneno. Confieso que habría podido evitar estas muertes, pero en detrimento del buen gobierno del Estado.

—Adelante, señora —dijo el fraile—, esto no tiene gran importancia.

Catalina sintió profunda alegría y añadió con cierta decisión:

—Montgomery mató de un lanzazo a mi esposo Enrique II. Confieso que tal accidente no fue del todo casual.

—El rey, vuestro esposo, os hizo sufrir tantos disgustos que, por enorme que sea

el crimen, se concibe perfectamente. Pasad a otra cosa, señora.

Catalina respiró como aliviada de un gran peso.

—Juana de Albret —continuó— murió de una fiebre que la acometió en el Louvre. Confieso que si yo no le hubiera mandado cierta caja de guantes, la fiebre no habría sido mortal.

—Adelante, señora —dijo el fraile.

—Mi hijo —exclamó la moribunda—, mi hijo Carlos IX, habría vivido más, sin duda, si yo no hubiese tenido ardiente deseo de ver a Enrique III en el trono.

A la sazón expiró un sollozo en sus labios y añadió:

—Coligny... ¡Oh, cuánta gente lo rodea! Son centenares, son millares, padre mío. Yo los hice morir a todos, pero fue para salvar a la Iglesia.

—¿Qué más? —preguntó el fraile.

—Nada más —contestó Catalina haciendo esfuerzos para recordar—. Lo juro —añadió tratando de incorporarse—. Padre, por piedad, dadme la absolución o moriré maldita.

—¡Pues muere maldita! —rugió el fraile—. ¡Muere sin absolución! ¡Muere para sufrir el castigo eterno!

—¡Misericordia! —exclamó la reina entre el hipo de la agonía.

—Condenada y maldita para siempre —exclamó el fraile—, porque de todos tus crímenes, más numerosos que las arenas, según dice el Evangelio, más atroces, más horribles que todos los crímenes que han podido cometerse en París en cien años, has olvidado el más terrible de todos.

—¡Oh! —exclamó la reina aterrada—. ¿Quién eres? ¿En nombre de qué espectro vienes? ¿Qué has querido decir?

—He venido a decirte —exclamó el fraile, más pálido que la moribunda—, vengo a decirte, que tu hijo, tu amado Enrique, va a morir a mis manos y, como tú, morirá maldito de Dios y de los hombres.

La moribunda dio un grito estridente y desgarrador. Hizo un esfuerzo sobrehumano para arrojarse contra el fraile, pero no lo consiguió.

—¿En nombre de quién vengo? —continuó el fraile en el paroxismo de la exaltación—. En nombre de una de tus víctimas, en nombre de la más hermosa y de la más inocente. Llevo el nombre de la que asesinaste entre las más espantosas torturas. Vengo en nombre de Alicia de Lux.

Se oyó un nuevo grito de la reina Catalina, que postrada en su cama consiguió unir las manos y miró al fraile con espanto.

—Y ahora, sabe quién soy —dijo el fraile echándose la capucha sobre los hombros—. Mírame, soy el único que puede darte la absolución o declararte maldita en nombre de Dios vivo para condenarte a las penas eternas del infierno. Catalina de Médicis, soy el justiciero, soy el vengador de mi madre. Soy Jacobo Clemente, el hijo de Alicia de Lux.

Un tercer grito, más espantable que los dos anteriores, surgió de la garganta de la

vieja reina. A pesar de su estado agónico consiguió ponerse casi en pie y luego cayó en la cama con la cara desencajada por el horror y balbució:

—Señor..., eres grande..., eres justo... Señor..., he merecido esta expiación... Señor, muero maldita y condenada.

—¡Condenada! —repitió Jacobo Clemente.

Ligero estremecimiento agitó a la reina, que luego quedó inmóvil para siempre. Catalina de Médicis estaba muerta.

* * * * *

Enrique III regresó a Blois a la mañana siguiente. Cuando le dieron cuenta de la muerte de su madre, dijo:

—Bueno, que la entierren.

Un cronista de la época cuenta que nadie se preocupó de enterrar dignamente a la reina, y que durante la noche fue echada como una carroña (sic) en una barca. Se excavó una fosa en un rincón oscuro, y allí la enterraron. En 1609 se retiró de allí su cadáver y lo transportaron a Saint-Denis, en donde fue depositado en una magnífica tumba que Catalina había hecho construir en la Basílica.

* * * * *

Jacobo Clemente, al ver que la reina estaba muerta, salió de la habitación mortuoria. En aquel momento entró un hombre que se arrodilló junto al lecho y empezó a sollozar. Era Ruggieri, el único que sintió cariño por Catalina de Médicis. La noche de aquel mismo día, Ruggieri se marchó de Blois y nadie supo más noticias suyas.

Jacobo Clemente salió del castillo sin que nadie tratara de impedirle el paso. En la plaza halló a Pardaillán, el cual, sin hacer ninguna pregunta se limitó a decirle:

—El rey no está en Blois.

—Ya lo sé. Está en Amboise —contestó el fraile.

—Sí, pero lo que no sabéis es lo que acaba de contarme Crillon. Que el ejército real va a ponerse en marcha hacia París para contener al ejército de Mayena.

—Pues iré a París —contestó el fraile.

Entró en la posada, pagó su cuenta, se quitó el hábito de fraile, y vestido con el traje de caballero se despidió de Pardaillán.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó el caballero, impresionado al ver el rostro del fraile trastornado por la emoción sufrida.

—Sólo Dios lo sabe —contestó Jacobo Clemente.

Montó a caballo, hizo un ademán de despedida, y a poco desapareció por la primera callejuela, Pardaillán, pensativo, entró nuevamente en la «Posada del

Castillo». Algunos minutos más tarde salía llevando a su caballo por la brida. Crillón, instalado bajo el pórtico lo divisó y se acercó a él.

—¿Os marcháis? —le preguntó.

—Sí.

—Quedaos. El rey os dará el mando de un regimiento.

—Bastante tengo que hacer con mandarme a mí mismo. Adiós.

—Pues adiós. Y ¿adónde vais?

—No lo sé —contestó Pardaillán.

Y, quitándose el sombrero, lo mantuvo en alto.

—¿Conocéis la rosa de los vientos? —preguntó al capitán.

—Sí, ¿por qué?

—Pues haced el favor de decirme hacia qué lado impulsa el viento a la pluma de mi sombrero.

—Vamos —contestó Crillón—. Por allí está París, por allí Orleáns y en esta dirección Tours, y por este lado... Señor de Pardaillán, la pluma de vuestro sombrero señala Italia.

—¿Italia? —exclamó el caballero con extraño tono—. Pues me voy a Italia. Gracias por vuestra amabilidad, señor de Crillón.

Y, Pardaillán, cubriéndose nuevamente, estrechó las manos del valiente capitán, montó a caballo y se alejó silbando una fanfarria de caza del tiempo de Carlos IX.

XXXVII - Los gastos de viaje de Pardaillán

PARDAILLÁN salió de Blois en el momento en que se acercaba Enrique III a la ciudad, de regreso de Amboise, adonde había ido a ver a sus prisioneros, el cardenal de Borbón, el arzobispo de Lyon, el duque de Nemours, hermano uterino de los Guisa, el joven príncipe de Joinville, el duque de Elbeuf, Pericard, secretario de Enrique de Guisa, la Chapelle-Marteau, presidente del tercer estado, Brissac y Bois-Dauphin. Éstos eran todos los que pudieron ser presos, porque los otros lograron emprender la fuga.

El caballero estaba satisfecho y no sentía el menor remordimiento. Acababa de saldar dos antiguas cuentas de odio que durante dieciséis años le amargaron la vida. El duque de Guisa fue muerto en leal combate y Maurevert se murió en el bosque de Marchenoir.

El frío era seco, los cascos del caballo resonaban en la tierra endurecida. Viajaba al trote, muy satisfecho, saludando con su sonrisa al cielo gris, a los árboles y hojas, y a todos los animales que hallaba al paso, compañeros de los aventureros.

Renacía a la vida. Respiraba a plenos pulmones la embriaguez de viajar libre, independiente de todo y de todos y con la fantasía por único guía.

Excitando, a veces, a su caballo con un chasquido de la lengua, seguía el camino de Blois a Beaugency y Orleáns, por la orilla derecha del Loira. Una vez llegado a esta última ciudad, Pardaillán se encaminó directamente al hotel de Angulema y, no sin cierta emoción, se acercó a la casa amiga en que iba a ver al duque, por el que sintiera tanto cariño, a Violeta, cuya vida salvó, y a María Touchet, que constituía uno de los agradables recuerdos de su juventud.

La casa era grande y estaba rodeada de un extenso jardín. Era de ladrillos rojos con los marcos de las ventanas de piedra blanca y las barandas de los balcones de hierro forjado.

Pardaillán echó pie a tierra en el patio. A la seña que hizo un suizo majestuoso, acudieron dos lacayos para tomar el caballo de Pardaillán y conducirlo a la cuadra. Entonces el suizo de aquella hospitalaria mansión, preguntó el nombre del caballero.

Éste, sin contestar, miraba a su alrededor, cuando de una puerta surgió un ser inmenso, vestido con una librea llena de galones, hinchado a fuerza de estar obeso, con brazos gruesos como muslos y los muslos de la corpulencia de columnas. El tal, al divisar al caballero, se quitó el sombrero, hizo cuanto pudo para expresar su júbilo y con voz de bajo profundo, dijo:

—¡Dios mío! ¡Si es el señor caballero de Pardaillán!

Éste miró al fenómeno sin reconocerlo.

—¿Es posible que el señor caballero no me reconozca? —continuó el gigante—. Si hemos guerreado juntos. ¡Valientes estocadas hemos dado los dos! En la capilla de San Roque, en la abadía de Montmartre, en la posada de «La Adivinadora»... ¡Pues no hemos dispersado a pocos enemigos! Todas las noches, en la cocina, empleo dos

horas en relatar mis hazañas y las vuestras, y aún no las he terminado, ¿verdad, señor suizo?

El suizo murmuró algunas palabras y volvió la espalda. Estaba celoso porque su compañero lo aventajaba en estatura y en corpulencia.

—Ya caigo —dijo Pardaillán—. Ahora os reconozco en la voz, señor Graznido. Perdonadme el no haberos conocido enseguida, porque antes estabais delgado, en tanto que ahora...

—Sí —dijo Graznido con cierta desenvoltura—, la casa es buena, a Dios gracias, y no me veo obligado a tragar más sables, piedras ni estopas inflamadas, sino que me nutro con buenos solomillos de ciervo y buenos trozos de venado...

Pardaillán escuchaba con extrema complacencia. Y, sin duda, se habría visto obligado a escuchar largo rato, si otro gigante, pero éste delgado, no hubiese aparecido inesperadamente.

—Señor caballero —dijo inclinándose—, dignaos perdonar la charla de este imbécil a quien la buena vida ha convertido en idiota, pues deja en el patio al mejor amigo de monseñor. ¡Monseñor acabará por despedirnos si continuas así, gagnápiro! —le dijo.

Y Picuic mostró el camino a Pardaillán mientras Graznido era víctima de los sarcasmos del suizo. Pardaillán siguió a su conductor, que atravesó un gran salón de honor, en uno de cuyos muros había un retrato de cuerpo entero del rey Carlos IX. Luego subió una hermosa escalera de roble encerado y entró, por fin, en una habitación en que reinaba encantadora intimidad.

—El señor caballero de Pardaillán —anunció Picuic, con el mismo tono que los ujieres de la corte habrían empleado para anunciar al rey.

Un joven que escribía en una mesita, con la espalda vuelta a la puerta, dio un salto sobre su silla, se levantó precipitadamente y se volvió, en extremo pálido, hacia el caballero. Se quedó un instante inmóvil, y luego corrió a echarse en brazos de Pardaillán, el cual, conmovido por aquella alegría sincera, le devolvió el abrazo.

—Por fin habéis venido —exclamó Carlos de Angulema—. Querido amigo, o, mejor dicho, hermano mío. Por fin venís a contemplar mi felicidad, que es obra vuestra.

—Es decir —dijo el caballero sonriendo—, que pasaba por Orleáns, yendo de un desierto a otro, y he querido detenerme en un oasis.

El duque, entre tanto, había llamado a los demás habitantes de la casa, y pocos momentos más tarde entró Violeta con las mejillas teñidas de carmín a causa de la emoción y, acercándose a Pardaillán, le presentó la frente, murmurando:

—Ya no falta nada para la felicidad de mi noble esposo y la mía, puesto que habéis venido.

Pardaillán, más conmovido de lo que quería aparentar, besó en las dos mejillas a la graciosa joven. Inmediatamente se presentó María Touchet, la madre de Carlos, y como Pardaillán se inclinara ante ella, la dama dio tres pasos y lo estrechó entre sus

brazos, diciendo a través de los sollozos:

—Soy muy feliz querido hijo mío, de poder deciros en voz alta lo que digo a Dios en mis diarias oraciones: «*Dios proteja al último representante de la antigua caballería*».

Y volviéndose a otro retrato de Carlos IX, más pequeño que el del salón, añadió:

—¡Ay! ¡No está aquí para dar las gracias al salvador de su hijo! Pero yo os querré por los dos, caballero, y la doble carga del agradecimiento no será excesiva para mi corazón.

—Señora —dijo el caballero, tratando de contener la intensa alegría que le ocasionaba tal acogida—: me veo recompensado regiamente, ya que veo la felicidad en vuestros ojos y una sonrisa en vuestros labios.

Pasados los primeros momentos de emoción, se sentaron todos y Pardaillán, agobiado a preguntas, tuvo que relatar cuanto le había sucedido a partir de la escena de la abadía de Montmartre. Lo hizo con aquella sencillez que tanto precio daba a sus hazañas. Relató la muerte de Guisa, la de Maurevert y, por fin, la de Catalina de Médicis, pero no dijo una palabra acerca de Fausta.

Mientras hablaba, miraba con el rabillo del ojo tan pronto a Violeta, como al duque de Angulema o a María Touchet, y pudo convencerse de que si en el mundo existían tres seres felices, eran, sin duda, los que tenía ante sus ojos.

—¡Con tal que dure! —pensó, con una especie de presentimiento y como adivinando las aventuras a que la inquietud y la ambición debían llevar más tarde al hijo de Carlos IX.

—¿De modo —dijo María Touchet— que la vieja reina ha muerto?

—Y también el duque de Guisa —añadió Carlos.

—Recordad que queráis vengaros de los dos —dijo Pardaillán—. En cuanto al tercero, Enrique de Valois, corre tanto peligro, que si queréis vengaros de él, tal vez no llegaréis a tiempo. Guisa ha muerto. La reina Catalina también. Enrique III está muy cerca de perder la vida. Queda, pues, cumplida vuestra triple misión, sin que os haya sido preciso intervenir en todo ello. Ahora sólo debéis defender vuestra felicidad contra las emboscadas de la vida y las asechanzas de la ambición.

El joven duque escuchó estas proféticas palabras con aire pensativo y Violeta se acercó a él, mirándolo con tal ternura e inquietud, que Carlos exclamó:

—Sí, sí, caballero, y vos, amada mía, y vos también, madre. Solamente en nuestro mutuo cariño hallaremos la felicidad.

Transcurrió una velada encantadora. Se celebró una cena de gala, a la que fueron invitados todos los notables de Orleáns. En la mesa, Pardaillán, a pesar de su resistencia, fue colocado en el sitio de honor y, como si hubiese sido el dueño, el maestresala, el mayordomo y el copero, permanecieron constantemente tras él. A juzgar por la actitud de los invitados y por la curiosidad que despertaba en toda la casa, desde los dueños hasta el último pinche de cocina, sé habría podido creer que aquella noche el refectorio del hotel de Angulema tenía el honor de albergar a un

emperador.

—Ya veis cómo sois conocido aquí —dijo por lo bajo María Touchet—. En este hotel y en casa de cuantos os conocen, se habla de vos como se haría de un caballero de la Tabla Redonda. En las veladas de invierno, todos me ruegan que refiera vuestras hazañas, desde el día que salvasteis a Juana de Albret hasta el día en que salvasteis a mi querida Violeta. Y cuando hablo de vos, caballero, todos me escuchan, como antaño en los castillos se escuchaba a los trovadores cantar heroicos episodios.

Fue aquélla, para Pardaillán, una noche inolvidable. Pero al día siguiente, cuando Carlos de Angulema penetró en la habitación del caballero para anunciarle que en su obsequio había organizado una cacería, Pardaillán contestó que se marchaba.

—¡Cómo! ¿Os marcháis? —exclamó el duque palideciendo—. Supongo que será por pocas horas. ¿Volveréis a la hora de comer?

Pardaillán movió negativamente la cabeza.

—Todos nos hemos forjado la ilusión de que os quedabais con nosotros —dijo el duque—. Ya no nos separaremos más.

—Tal vez un día venga a pedir os hospitalidad —contestó el caballero—, pero actualmente es preciso que me despida de vos.

Ni las súplicas de María Touchet ni las lágrimas de Violeta fueron bastantes para hacer mudar de propósito al caballero. Y cómo estaban los tres rodeándolo, y derramando abundantes lágrimas, suplicándole que regresara pronto, el caballero les dijo:

—Pues bien, sí, amigos míos. Os prometo que si alguna vez soy desgraciado vendré aquí a reposar mi cabeza, y a buscar el consuelo para mi ancianidad.

Dio un abrazo a todos y se marchó.

—Ahora —exclamó en cuanto se hubo alejado— puedo jactarme de haber visto de cerca la felicidad.

Y, sonriendo, añadió:

—¡Mientras dure!...

A mediodía se detuvo en una posada para comer y dar algún descanso a su caballo. Al buscar en su cinto de cuero observó que solamente le quedaban siete escudos de seis libras, con los cuales había de hacer el viaje que intentaba.

—¡Diablo! —exclamó haciendo una mueca—. ¿Con esto he de hacer el viaje de ida y vuelta a Florencia?

Con la esperanza de hallar algo más, buscó en su maletín, y halló en él una caja bastante voluminosa que contenía una miniatura, una carta y cinco cartuchos de monedas. Pardaillán los abrió y observó que eran de monedas de oro y que cada rollo contenía un centenar. Miró la miniatura y vio que era un retrato de María Touchet, del tiempo en que vivía en la casa de la calle de Barrés, en donde Carlos IX iba a descansar. Rodeaba el retrato un marco de oro viejo en que estaban engarzados doce diamantes. Era un regalo de Carlos IX. Entonces Pardaillán abrió la carta y he aquí lo que leyó:

Partís para un largo viaje, querido hijo mío. He pensado que me corresponde el derecho de subvenir a vuestros gastos de viaje, como en otras ocasiones he sufragado los de mi segundo hijo Carlos, vuestro hermano. En cuanto al retrato, me fue dado el año 1572, que tal vez habéis olvidado, pero del cual guardo imperecedera memoria. Éste es el recuerdo más precioso que me queda del que amé. Os lo doy porque os estaba destinado, siendo, de acuerdo con mi corazón, el mayor de mis hijos. Adiós, querido hijo mío. Me servirá de alegría y consuelo el veros de nuevo antes de morir. Pensad en ello y Dios os guarde como nos habéis guardado.

Pardaillán estuvo tal vez una hora con la carta en la mano y absorto en sus recuerdos. Un mozo fue a decirle que la comida estaba dispuesta, y lo halló inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y los ojos llenos de lágrimas.

XXXVIII - El Palacio Riente

PARDAILLÁN llegó a Florencia a fines de abril, lo cual prueba que se entretuvo bastante por el camino. Pardaillán, que no se aburría nunca en parte alguna, se divertía mucho, especialmente cuando viajaba. Le gustaban las aventuras imprevistas, la vida errante. Sin duda lo había heredado de su padre. Le gustaba la buena y la mala fortuna de las etapas desconocidas, el placer de llegar al albergue y secarse ante el fuego la capa chorreando agua, mientras la criada ponía el cubierto. En una palabra, tenía alma de viajero, pues su mayor placer era ir de una parte a otra, y en cuanto al motivo del viaje, era para él una cosa muy secundaria.

A cortas jornadas, deteniéndose de vez en cuando uno o dos días en alguna parte, o dando un rodeo donde mejor se le antojaba, Pardaillán llegó a Lyon, descendió siguiendo el curso del Ródano, y llegó al Mediterráneo, por cuya orilla continuó el viaje hasta llegar a Liorna, en donde se internó, dirigiéndose a Florencia. Al día siguiente de la llegada, se encaminó al palacio que le indicara Fausta. Halló a la puerta a una especie de suizo que le preguntó si era el ilustre señor de Pardaillán. El caballero, que ya había viajado por Italia, no extrañó la excesiva cortesía del servidor y contestó que, en efecto, tenía el honor de ser el señor de Pardaillán, aunque ignoraba que era ilustre; a lo que el guardián del palacio no contestó, pero yendo a un mueble que abrió, sacó del cajón una carta sellada, que el caballero abrió inmediatamente. No contenía más que las cuatro palabras siguientes:

Roma, Palacio Riente. Fausta.

—Bueno —dijo Pardaillán—. ¿De modo que la señora Fausta me espera en Roma?

El suizo contestó que únicamente le habían encargado entregar la misiva al ilustrísimo señor de Pardaillán y que no añadiría una sola palabra aun cuando su excelencia se dignara abrirle el vientre para adquirir más noticias.

Pardaillán, que, como ya hemos dicho, gustaba de viajar, no sintió el verse obligado a prolongar su excursión y retrasar, además, su visita a Fausta. El lector podrá objetar que si no deseaba verse con Fausta, tenía el remedio de no ir. Este razonamiento es tan claro y natural que también se le ocurrió al caballero.

—¿Y qué diablos habré venido a hacer en Italia? —se preguntó al día siguiente, mientras recorría agradable camino, embalsamado por las primeras flores e inundado por los rayos del sol de mayo—. ¿Acaso porque me emocioné un poco al ver que Fausta saltaba el parapeto del puente, he de crearme obligado a acudir a la cita que me dio? ¿Y quién me impide volver grupas y regresar a Orleáns, en donde pasaría una vida tan regalada? En invierno permanecería junto al fuego, en otoño dedicado a la caza y en verano ocupado en escribir mis memorias a la sombra de los tilos.

¡Caramba! ¿Y por qué no he de escribir mis memorias, como tantos otros?

Y Pardaillán se echó a reír al pensarlo.

El caballero, pues, hablando consigo mismo, y afirmándose que era libre como un pájaro a pesar de todo, prosiguió su viaje hacia Roma.

Entró en la Ciudad Eterna una magnífica tarde, el 13 de mayo de 1589. Se albergó en la posada del «Franco Parisiense», palabras que escritas en francés en la enseña, le decidieron a echar pie a tierra ante aquella posada de agradable aspecto. El patrón, en efecto, era francés y medio, es decir, parisiense de la calle de Montmartre; hacía quince años que se había establecido en Roma, haciendo comer a los romanos los guisados de la cocina francesa y a los parisienses los de la cocina romana.

Pardaillán cenó con gran apetito. Luego se marchó a dormir prosaicamente, negándose a visitar el Coliseo a la luz de la luna, a pesar de que el patrón le afirmó que aquélla era la primera visita que hacía todo extranjero de cierta categoría. El caballero durmió de un tirón hasta las ocho de la mañana, se vistió cuidadosamente y después de comer se informó de la situación del Palacio Riente, en donde Fausta le había dado cita. El patrón le indicó el camino que debía seguir, y añadió:

—Es un edificio que ha debido ser muy bonito antiguamente, pero que ahora está casi arruinado. Fue saqueado durante el pontificado de Alejandro VI y apenas ha sido restaurado. Desde el tiempo de Lucrecia Borgia está deshabitado.

Pero ya Pardaillán se había puesto en camino, y seguía una calle paralela al curso del Tíber, y no tardó en hallarse ante el Palacio Riente, magnífico edificio brillante y sombrío como un capricho de Lucrecia Borgia. Estaba adornado de esculturas en bajo relieve que contribuían a darle esplendor, pero el polvo, las ventanas cerradas, el gran atrio exterior devastado, la puerta tapiada y otros detalles semejantes le daban el aspecto sombrío de que hemos hablado.

—Me parece otro palacio de la Cité —murmuró Pardaillán—. ¡Mientras no haya aquí sala de ejecuciones y nasa de hierro!...

Y se acercó con curiosidad al antiguo palacio. Mientras estaba allí sin saber si podría entrar, porque la puerta estaba tapiada y no había el recurso de escalar las ventanas cerradas, un hombre pasó por su lado, lo tocó ligeramente y le dijo:

—Seguidme.

—Según parece, me esperan —dijo Pardaillán, siguiendo sin hacer observación alguna, pero cerciorándose, al mismo tiempo, de que la daga estaba en su lugar.

El hombre se aventuró por un estrecho paso que limitaba el Palacio Riente por un lado y conducía al Tíber. Hacia la mitad del paso desapareció por una puertecita baja y Pardaillán lo siguió. Anduvieron silenciosos durante algunos instantes, siguieron por un largo corredor y desembocaron por fin en un vestíbulo inmenso que, sin duda, ocupaba toda la planta baja del lado de la fachada. Años atrás ¡cuántos nobles señores, príncipes, eclesiásticos, poetas y artistas de fama, habían paseado por el mosaico de aquel vestíbulo, esperando que los recibiera Lucrecia Borgia! A la sazón no era más que un desierto de mármol poblado de impasibles estatuas que,

sucesivamente, habían sido víctimas del furor popular, porque a una le faltaba un brazo, a la otra la cabeza... Las ventanas estaban condenadas y la puerta tapiada, como ya hemos dicho. Algunos lampadarios torcidos, cornisas caídas, columnas derribadas y los muros ennegrecidos por las llamas, parecían indicar que algún drama había desarrollado allí sus sombrías peripecias. Pardaillán, siguiendo a su conductor, franqueó otra sala que era tan triste como el vestíbulo y luego, por una puerta de bronce, penetró en una parte del palacio en que reinaba todo el lujo y todo el fausto de que gustaba rodearse la princesa Fausta. Allí se detuvo, notando que su conductor había desaparecido. Quedó, pues, mirando un cuadro de Rafael de Urbino que representaba a una joven de maravillosa belleza, de ojos negros, imperiosa sonrisa y formas a la vez delicadas y majestuosas. Era el retrato de Lucrecia Borgia, abuela de Fausta. Mientras estaba ensimismado ante la imagen de aquella hija de Papa, cuyo destino fulgurante deslumbró al mundo, oyó a su espalda un ligero ruido, se volvió, y en el marco de terciopelo de una colgadura, vio a una mujer joven que lo contemplaba. Era la misma belleza y los mismos ojos misteriosos de la mujer del cuadro. Pardaillán reconoció a la descendiente de Lucrecia y se inclinó profundamente.

—¿Mirabais a mi abuela? —dijo Fausta adelantándose y haciendo una leve inclinación de cabeza—. Por otros caminos que los míos y por medios más seguros pudo realizar durante algunos años mi ensueño favorito. Por su hermano César dominó Italia, por su padre Alejandro dominó a la Cristiandad. Este palacio, que ahora está triste y abandonado y que parece la tumba de una gloria difunta, era entonces el centro de todos los placeres; se oía en él la melodía de las violas, un ejército de criados y servidores animaba las ahora desiertas salas. La multitud de cortesanos, de príncipes, de embajadores de todos los países, y hasta monarcas, paseaban bajo estas bóvedas. Desde esta sala, Lucrecia hacía temblar al mundo. ¿Qué queda de todo aquello? Sombras que viven en mi imaginación. Por la noche solitaria me gusta recorrer estas salas inmensas en que la hija del Papa, la hermana de César, más papisa y más princesa guerrera que el Papa y el capitán, paseaba sus ensueños suntuosos entre perfumes de flores raras, mientras que los hombres más ilustres, los reyes de las artes, los genios de la guerra se inclinaban ante su paso mendigando sus sonrisas. ¡Qué vida embriagadora habría sido ésta si yo hubiese podido subir también al pináculo del poder, y si bajo la protección de una espada invencible, de un hombre fuerte y valiente entre todos hubiese habitado en este palacio como soberana temida y no como proscrita que se oculta!

Fausta, hablando así con cierta melancolía, se sentó en un sillón y con un gesto invitó a Pardaillán a que hiciera lo propio.

—Señora —contestó el caballero—, me figuraba que las terribles aventuras que os ocurrieron más allá de los Alpes, habían arrancado de vuestro pensamiento este germen de ambición que os corroe y que acabará por mataros. La vida, tan complicada y hostil para los espíritus despóticos, es, por el contrario, muy fácil y

dulce para los que han querido percatarse de que no hay nada bueno y hermoso fuera del placer de vivir, es decir, de tomar la vida tal como es, o sea, el paso de un ser entre otros seres. ¿De qué sirve molestarse tanto para dominar, es decir, para ser la desdicha de los demás? Pero me callo, señora, porque podría parecer que quiero predicar. De todo lo que acabáis de decir, no quiero fijarme más que en una cosa, en que estáis aquí oculta y proscrita. Me figuraba que habíais hecho las paces con Sixto.

Fausta movió la cabeza con amargura.

—Entre Sixto y yo —dijo— hay un duelo a muerte. Por un momento me figuré que estaba acabado. Caballero, escuchadme, porque vamos a decir cosas muy serias. En tanto que estuve en Francia, al salir de Blois, me figuré que podía emprender una vida nueva. Me dije que existía un abismo entre mi pasado y mi porvenir. Pero al poner el pie en Italia, he comprendido que era la nieta de Lucrecia y que no podía olvidar nada. He sido vencida, principalmente porque os habéis interpuesto en mi camino. Pero si no hubierais contrariado mis planes y hubierais peleado a mi favor, si yo hubiese podido infiltraros el fuego que me devora, volvería a la lucha, a la lucha encarnizada, feroz y despiadada, con la seguridad de obtener la victoria.

Fausta se detuvo un momento para esperar la contestación de Pardaillán. Pero éste permaneció frío, indiferente. En él también la ilusión estaba destruida. En el puente de Blois tuvo la impresión de que Fausta volvía a ser mujer, pero, a la sazón, hallaba nuevamente a la estatua que al chocar contra él podía aplastarlo.

—En cuanto a Sixto —continuó Fausta—, aun suponiendo que yo hubiese renunciado a la lucha, él no habría abandonado su venganza. ¿No os ha llamado la atención que no os esperase en Florencia?

—No, señora; cuando supe que me esperabais en Roma, vine aquí como habría ido al fin del mundo.

Si Fausta hubiese conocido a fondo a Pardaillán, esta hipérbole trivial le habría mostrado la indiferencia del caballero, pero equivocándose acerca del sentido de tales palabras, continuó con vehemencia.

—Si lo que decís es cierto, puedo esperar aún. Los dos juntos podemos llevar a cabo grandes cosas. Pero sabed, ante todo, que si he salido de Florencia, donde os esperaba, ha sido para huir de los hombres de Sixto que me vigilaban. Ese hombre no ha renunciado al odio que yo le inspiro. Está ya en el borde de la tumba y se propone arrastrarme con él. En Florencia cercó mi palacio y estuve a punto de ser cogida. Por esta razón huí.

—¿Y habéis buscado refugio en Roma?

—Sí —contestó Fausta—. Me buscarán por todas partes, excepto a la sombra del castillo de Sant-Angelo. Sixto dirige su mirada a lo lejos para averiguar mi refugio y se olvidará sin duda alguna de mirar a sus pies.

—Bien imaginado —dijo Pardaillán echándose a reír.

Pero, sin embargo, experimentaba cierto malestar. Aquella mujer tan hermosa, demasiado virgen y tan poco mujer, que meditaba alguna venganza horrible, y que,

no obstante, en el puente de Blois, hizo latir por un instante su corazón, no le inspiraba entonces más que cierta repulsión. Habría dado lo que no tenía por no haber acudido a la cita que le diera, y en los sentimientos que trataba de ocultar había también cierto terror.

—Caballero —añadió Fausta con una dulzura extraña en ella—, en cuanto supe que habíais matado al duque de Guisa, en cuanto comprendí que sois una de aquellas fuerzas con las que la naturaleza nada puede, creí que había terminado mi destino. En el puente de Blois quise morir y me substrajisteis a la muerte. En aquel momento sucedió entre nosotros algo muy grave, y sobre ello he construido yo mi porvenir. Voy, pues, como a un asociado mío, como al que, en adelante, no deberé ocultar nada, a revelaros enteramente mi plan. No protestéis. Callaos. En cuanto haya hablado, me contestaréis sí o no.

—En tal caso, escucho, señora, y suceda lo que suceda, podéis contar con que vuestros secretos quedarán ocultos en el fondo de mi corazón.

Fausta reflexionó un momento y luego, dirigiendo la mirada hacia el caballero, dijo:

—En Italia tengo yo amigos muy poderosos. Están dispersos y desanimados por la victoria de Sixto, pero se convertirían en un ejército formidable si yo obtuviese una victoria tan sólo. En Roma, dos mil hombres de armas están dispuestos a formar el núcleo de este ejército, y tengo inteligencia en el mismo castillo de Sant-Angelo. Supongamos que Sixto muera.

Pardaillán hizo un movimiento.

—O sencillamente que me apodere de él, que lo tenga aquí preso; entonces sería dueña absoluta de la situación. Caballero, he contado con vos para prender a Sixto en el Vaticano y traerlo preso aquí. No os faltarán hombres ni dinero para llevar a cabo esta empresa. ¿Os parece posible?

—Todo es posible, señora.

—Bueno —dijo Fausta con mayor animación—. Una vez Sixto preso, con mis dos mil reitres, os apoderaréis de Roma y yo, entonces, tomo posesión del Vaticano. Los amigos de que antes os hablaba, se congregan entonces y cada uno de ellos me trae su contingente. Al cabo de un mes tenemos en la campiña romana un ejército que, por lo bajo, calculo en treinta mil infantes, quince mil jinetes y cuarenta cañones. Con este ejército, caballero, puedo volver a Francia y tomar allí el desquite. Pero a tal ejército le hace falta un jefe, y éste seréis vos. Esto por ahora. Éste es el primer plano del proyecto que os descubriré por entero cuando sea oportuno. ¿Qué os parece?

—Digo, señora, que todo es posible.

Y pronunció estas palabras con tal frialdad, que Fausta sintió en el corazón una duda espantosa. Se quedó unos momentos pensativa, y luego añadió:

—Todo este andamiaje está construido sobre un sentimiento.

—Ya estamos —pensó Pardaillán.

Fausta se levantó temblando ligeramente y, por fin, como decidiéndose, añadió:

—Caballero, todo depende ahora de la contestación que vais a darme. No quiero que la deis enseguida. Venid dentro de tres días y volveremos a hablar. Si contestáis afirmativamente, mi triunfo y el vuestro es seguro. Si contestáis negándoos, volveréis a Francia y nos separaremos para siempre. ¡Oh, ahora callaos! Volved dentro de tres días.

Iba a hablar algo más sobre el mismo asunto, pero, conteniéndose, dijo:

—Necesito tres días para tomar algunas disposiciones. Vos también los necesitáis antes de comprometeros. Dentro de tres días, por la noche. Adiós, caballero.

Dichas estas palabras desapareció tras un cortinón y Pardaillán vio entrar a Myrthis, la cual le hizo seña de que la siguiera. Obedeció asombrado aún por lo que acababa de oír y algunos minutos más tarde estaba en la calle y regresaba a la hostería del «Franco Parisiense».

—¿Qué diablos he venido a hacer aquí? —murmuró cuando estuvo en su habitación—. La tigresa sigue siéndolo. Habría debido sospecharlo. ¡Tres días! Lo mejor sería que los aprovechara para tomar las de Villadiego. Pero ¡ah!, parecería que huyo.

Entre tanto Fausta se había echado sobre una cama, y se decía:

—Nada, nada, ni un estremecimiento. Nada que indicase la menor emoción. ¡Oh! Pero él no sospecha tal vez que su vida corre peligro, porque ahora está en mi poder.

¿Qué sucedió en el Palacio Riente? ¿Qué preparativos se hicieron? ¿Qué órdenes dio Fausta? Durante el tercer día hubo extrañas idas y venidas en la planta baja. Por la noche, los veinte servidores que había en el palacio, hombres y mujeres, se alejaron como de un lugar apestado y en el palacio no quedaron más que Fausta y Myrthis.

Cosa de media hora después de la salida de los criados, es decir, cuando la noche empezaba a extender sus velos sobre la Ciudad Eterna, Pardaillán, de acuerdo con su promesa, se presentó en la puertecita del corredor y fue introducido por Myrthis. Pero aquella, vez le hicieron subir por una escalera de servicio y lo condujeron al primer piso. Pardaillán, al salir de la posada, había dicho al hostelero:

—Me marcharé mañana por la mañana. Preparad la nota.

—¿Cómo? —exclamó el parisiense—. ¿El señor nos deja ya? ¡Pero si el señor no ha visto nada!

—Dispensad, querido patrón, pero he visto y voy a ver nuevamente al monumento más curioso, no sólo de Roma, sino de Italia entera. Por lo tanto, procurad que se dé un pienso de avena a mi caballo a las cinco de la mañana.

Y Pardaillán se dirigió entonces a pie hacia el Palacio Riente.

XXXIX - Fin del Palacio Riente

—SEÑORA —dijo Pardaillán al hallarse en presencia de Fausta—. Os debo una explicación tan franca como las que hemos tenido ya en diversas ocasiones. Empiezo por deciros que mañana por la mañana regreso a Francia. Añado que durante estos tres días he reflexionado acerca de las ofertas que os dignasteis hacerme, y a todas las preguntas me he contestado negativamente. Esta serie de negativas merecen una explicación y voy a decíroslo porque, de otro modo, no se comprendería por qué fui a Florencia y he venido a Roma. He venido a veros porque en el puente de Blois y en la cabaña contigua al Loira, a cuyos habitantes hicisteis tan magnífico regalo, me pareció, digo, que en vos se había operado un cambio y que, por fin, un rayo de luz había penetrado en vuestra alma, que no llego a comprender. Entonces me dije que la palabra de un enemigo, que se había convertido en amigo vuestro, podía tal vez completar el cambio que se bosquejaba en vos. Confieso que he sido sobrado fatuo y que he visto mal. Vine a deciros palabras fraternales y vuestro solo aspecto me probó que estaba en un error y que Fausta es siempre Fausta, tal vez, más que nunca. Perdonadme, pues, señora. Volvéis a darme miedo y ya no os comprendo. Lo que me figuré que era un rayo de sol que penetraba en vuestra alma, no ha sido más que el rayo de los nuevos pensamientos que meditabais. Ahora, señora, os debo razones. No iré al castillo de Sant-Angelo para apoderarme de Sixto ni me pondré al mando de vuestros dos mil reitres, para apoderaros de Roma. Tampoco seré jefe del ejército que pensáis reunir. Y, todo ello, no porque crea en vuestra derrota ni porque me sienta fatigado o indigno de mandar un ejército. Os expongo las razones que claramente existen en mi corazón. Me causan horror, señora, esas gentes que se ponen al mando de cincuenta o sesenta mil hombres para pillar, devastar o incendiar, atravesar regiones como meteoros, detrás de cuyo paso no queda más que devastación y ruina. Por buena que sea su causa, siempre hay alguna joven o un desgraciado campesino que sufren y mueren, y entonces ya es una causa maldita. Siempre he maldecido a esas gentes, señora, y me causa horror todo el que mata, a no ser en defensa propia. Todas mis simpatías y todo mi sentimiento, van para el pobre desgraciado cuya sangre se vierte y considero que la aureola del conquistador, rojo de sangre, es un símbolo, más que de gloria, de infamia. Esto no es todo, señora. Me causa horror el mandar, y como experimento infinita alegría haciendo lo que me viene en gana, supongo que los demás hombres serán como yo y que no debo impedirles que hagan su voluntad. Éstas son razones pobres, que un espíritu político como el vuestro debe tener en muy poca estima. Pero, sin embargo, son mis razones y, además, tengo otras. Y si yo paso del aspecto general al detallado, y si considero el hecho de armas que me proponéis, me causa horror preparar una emboscada contra un anciano que no perjudica en nada mi vida ni mi libertad. Sixto no me ha hecho nada personalmente y su querrela con vos no me concierne. Cuando tuve que vengarme de Guisa, lo aceché, lo esperé y le dije: «Defiéndete». Y Guisa, señora, como Maurevert, sabían empuñar

una espada. ¡Pero Sixto! ¿Con qué motivo he de tenerle mala voluntad? He aquí, señora, las razones que me obligan a contestar negativamente a vuestra proposición, y por las cuales mañana por la mañana, a las cinco, regresaré, a Francia. Me quedan dos cosas que añadir, señora: la primera, que marcharé contento si sé que nos separamos amigos, y la segunda que si mi franqueza es causa de que me odiéis, yo no seré nunca vuestro enemigo, porque estoy resuelto a olvidar la nasa de hierro, la persecución de los hombres de Guisa y, en fin, el recuerdo de todas las veces que habéis atentado contra mi vida, para no recordar más que la escena del puente de Blois.

Pardaillán se detuvo y respiró; tenía la frente bañada en sudor.

—¡Pardiez! —pensó—. Prefiero un duelo a espada, a daga, a arcabuz y hasta a cañonazos si se quiere, pero no volveré a tener otro duelo de palabras. Éste es el último.

Fausta había escuchado a Pardaillán con los ojos cerrados. Permanecía impasible como si hubiese oído alguna lisonja de poeta o de cortesano. Cuando Pardaillán hubo terminado de hablar, abrió los ojos y con perezoso gesto golpeó un timbre. Myrthis apareció enseguida. Sin duda estaba detrás de la puerta.

—Haz lo que te he mandado —dijo Fausta— y luego sal del palacio.

Pardaillán observó que Myrthis palidecía y que movía los labios como para contestar, pero una mirada de Fausta contuvo la respuesta. Myrthis dirigió extraña mirada al caballero y se alejó.

Pardaillán se cercioró de que la espada y la daga estaban en su sitio, y se preparó para posibles acontecimientos.

Creyó de momento que Fausta había dado orden de matarlo y esperaba ver entrar a una docena de espadachines dispuestos a cumplir la orden.

Fausta, con el oído atento, parecía escuchar un ruido lejano. Pardaillán se levantó y ella también. Llegó un momento en que estuvieron en pie los dos, cara a cara y animados por terribles pensamientos.

—Señora —dijo Pardaillán con voz tranquila, pero amenazadora—. ¿Qué orden habéis dado a vuestra sirvienta?

Fausta, en aquel momento, dejó de escuchar. Volvió hacia el caballero un rostro que éste no reconoció.

Cuanto puede alterar la pasión en un rostro femenino, se advertía en el rostro de Fausta. En sus labios se advertía la expresión de sobrehumano amor. Sus ojos ardían. La virgen pura, la virgen desdeñosa y altanera, gracias a una transformación rapidísima, se convertía en la más impura de las cortesanas. Con un solo gesto hizo caer su bata de lino blanco, y a los ojos de Pardaillán apareció su maravillosa desnudez. El caballero se quedó deslumbrado, fascinado y trastornado, atónito como ante una sublime creación de otro Miguel Ángel.

Entonces ella habló con voz de extraña dulzura y con extraordinaria vehemencia.

—Te amo —dijo—. Te amo y me rechazas. Te amo, yo, la virgen, que en su alma orgullosa sentía soberano desprecio por el hombre. Te amo y me entrego a ti.

Tómame, te pertenezco. Soy tuya por entero, y he jurado que por una hora seríais mío en cuerpo y alma.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó estrechamente.

—¡Fausta! —balbució Pardaillán, enloquecido por aquella pasión que penetraba en su cuerpo como un sutil veneno.

Ella acercó sus labios a los del caballero. Por un momento un destello de razón hizo comprender al caballero que corría un peligro espantoso, pero ella lo enlazó más estrechamente y entonces perdió la cabeza. Olvidó todo lo del mundo. El amor, semejante a una flor extraña que un sol desconocido hiciera abrir por un momento, el amor lleno de angustia y de vértigo se apoderó de su cerebro, de su corazón, de su alma y de su cuerpo.

—Vencida —murmuraba la virgen—, vencida por ti, obtengo en mi derrota la mayor victoria. Escucha, ¿sabes lo que he hecho para poseerte?

—¡Oh! —balbució el caballero—. ¿Qué importa? Este ensueño que me absorbe ahora, borra todo lo demás.

—Quiero que sepas... que he querido tu muerte... Sí, tu muerte en el primer beso de pasión que la virgen inmaculada ofrece a un hombre. Escucha, ayer llenaron de leña la sala de este palacio.

Pardaillán escuchaba apenas. Tal vez no oía. Hallábase sumido en un ensueño brillante, mágico, inefable, que vivía con todas las fibras de su ser, narcotizadas por el amor, como por un potente narcótico. Más hermosa y apasionada cada vez, Fausta continuaba:

—Myrthis ha prendido fuego, ¿comprendes? Y ahora el palacio arde. Myrthis ha salido cerrando todas las puertas... y ahora estamos solos... solos en un gran brasero. ¡Pardaillán, Pardaillán! ¡Tú me amas!

—¡Te amo! —balbució Pardaillán—. ¿Qué importa la muerte ni el incendio? Morir así no es sino pasar de un ensueño ideal a otros desconocidos.

Se unieron sus labios y transcurrió tal vez una hora. Pardaillán no tuvo conciencia del tiempo.

Cuando salió de aquel delirio creado por la magnífica pasión de Fausta, y que había provocado tal vez por emanaciones de perfumes cuyo secreto desconocemos actualmente, Pardaillán paseó su mirada por la estancia, y vio una gran humareda que penetraba por las rendijas de las puertas. Buscó a Fausta a su lado, murmurando:

—Morir en tus brazos y rodeado de amor y llamas, será un hermoso fin para mi accidentada vida.

Pero no vio a Fausta. A sus palabras contestó una carcajada estridente. Entonces la razón entró apresuradamente en su cerebro, y con ella el terror. Aquella carcajada entre el humo, mientras en el palacio roncaban las llamas del incendio, tenía algo horroroso, extra humano, que destilaba espanto.

Pardaillán se levantó de un salto y oyó los rugidos del incendio, los chasquidos de las vigas, pero en el palacio, exceptuando tales ruidos, reinaba enorme silencio.

Entonces comprendió la horrible verdad. Estaba encerrado con Fausta en el Palacio Riente. Y el edificio ardía por entero. Estaba solo con ella e iban a morir. En aquel momento horroroso, cuando ya estaba casi sofocado y las serpientes de color escarlata empezaban a rodearlo, pensó en Fausta y lamentó que estuviese a punto de perecer.

—¡Fausta! ¡Fausta! —exclamó.

Quería salvarla. Quería salvar a la virgen, que si bien había querido matarlo, luego se había entregado a él.

Le contestó la misma carcajada y de pronto vio a Fausta rodeada por el humo negro y rojo. Apenas era visible y parecía un ser misterioso. La vio confusamente. Pardaillán avanzó titubeando y medio cegado por el humo, exclamando:

—¡Ven! ¡Huyamos! ¡Oh, te salvaré! ¡Vivirás!

Y de una nube de humo surgió la voz de Fausta, que dijo tranquilamente:

—Sí, yo viviré, Pardaillán, pero tú, en cambio, morirás. Hace poco me has vencido nuevamente. Ahora tomo mi desquite, y mi beso de amor te asesina, puesto que eres invulnerable para el acero. Adiós, Pardaillán, empieza a morir y en tu último instante, piensa que yo te he matado y que mueres porque yo he deseado tu muerte.

A medida que hablaba, Fausta parecía alejarse, confundirse con el humo, hundirse en la nube, y su voz era cada vez más débil. Dicha la última palabra, desapareció completamente.

Loco de rabia por aquella traición suprema, Pardaillán, empuñando la daga, se precipitó en la dirección en que oyera a Fausta, pero tropezó con una puerta de hierro que disimulaba un tapiz. Sin duda alguna, Fausta había hallado el medio de escapar y, a la sazón, estaba en seguridad.

Pardaillán comprendió que iba a morir solo. Aparentemente no había la menor salvación porque las llamas lo sofocaban ya, y, además, una puerta de hierro lo separaba del camino por el que huyera Fausta. Pardaillán marchó resueltamente hacia las llamas y en el momento en que alcanzaba la puerta por la que entrara en aquella habitación, la puerta se desplomó.

Al verlo, retrocedió.

Ante él había el inmenso brasero de la escalera que ardía. Era una escalera de roble que en aquel momento devoraba el fuego. Se oían crepitaciones secas, sordas detonaciones, silbidos agudos y ronquidos graves, y contemplando aquella visión infernal estaba un hombre que aún pensaba y que no había renunciado a la esperanza de vivir. Veíase obligado a respirar con parsimonia para economizar el aire y con sublime testarudez estudiaba la probabilidad infinitesimal de huir.

En aquel momento, es decir, cosa de diez segundos después de la desaparición de Fausta, cuando Pardaillán comprendió que iba a morir, pues sus pulmones no hallaban aire respirable, un ruido espantoso dominó todos los demás producidos por el incendio. La escalera se hundía. Quedó un agujero negro de humo, un pozo de vapores caldeados. En el mismo instante las llamas fueron vencidas por el

hundimiento y ahogadas por algunos segundos. En aquel momento en que Pardaillán vacilaba y sentía que la cabeza le daba vueltas, presa ya del vértigo de la muerte, respiró más fácilmente, como si una corriente de aire hubiera disipado el humo. Entonces, concentrando su atención, vio al otro lado de aquel abismo de la escalera desplomada, en una pared ennegrecida, una ventana cuyos cristales acababan de saltar. Pardaillán se inclinó más y calculó el espacio que le separaba de aquella ventana.

Fue un instante de terror indescriptible. Lo separaban de la ventana diez o doce pies o tal vez más. No lo sabía. Lo que sabía es que si no lograba agarrarse al marco caería en el pozo de humo y en un mar de llamas, cuyas olas rojas, dominadas por un instante, se levantaban más furiosas.

Pardaillán se quitó la espada y el jubón y retrocedió hasta la puerta de hierro. Y tomando impulso, se lanzó de un salto hacia la ventana, atravesando el hueco de la escalera precisamente en el momento en que las llamas subían retorciéndose en rojas espirales. Un instante después se halló cogido al reborde interior de la ventana.

Había franqueado el abismo. ¿Cómo? ¿Por qué prodigiosa habilidad de sus músculos y por qué impulso sabiamente calculado?

Entonces se izó sobre la ventana. Fuera, a sus pies y a gran distancia, vio a una multitud enorme que contemplaba el incendio.

Pardaillán apoyó los pies en una ancha cornisa que corría a lo largo del edificio. Respiraba a plenos pulmones.

Adosado al muro ardiente y con el rostro vuelto hacia el vacío, avanzaba de lado. Se alejaba del brasero central y cada vez su sangre fría era mayor. No miraba la altura en que se hallaba ni cosa alguna, exceptuando el lugar en que ponía los pies. Por fin llegó a la esquina del edificio y, mirando un instante a sus pies, vio que por allí corría el Tíber.

—Estoy salvado —murmuró—. Y ¡qué el diablo me destripe si en adelante no desconfío de las mujeres, como me recomendaba mi pobre padre!

En efecto, estaba salvado. Aquella parte del Palacio Riente, no había sido alcanzada aún por las llamas. Pardaillán hizo saltar las vidrieras de la primera ventana y halló una escalera que bajó en pocos saltos, y llegó a una gran sala embaldosada, cuya puerta del fondo daba al Tíber.

Se echó a nado y diez minutos más tarde llegó a un pequeño embarcadero. Y un cuarto de hora después regresaba a la hostería del «Franco Parisiense». Como todo el mundo había ido a contemplar el incendio, pudo llegar a su habitación sin ser visto. Se acostó, y casi enseguida se durmió con sueño de plomo.

* * * * *

Pardaillán fue despertado a las cinco de la mañana por el huésped en persona que, con la sonrisa especial de todos los hosteleros en el ejercicio de sus funciones, le

presentó la cuenta. El caballero lo mandó a comprar un jubón, una espada y un sombrero. El parisiense cumplió este encargo y al poco rato volvió con un cargamento, entre el cual Pardaillán pudo elegir lo que más le convino y explicó que la noche anterior había perdido todos aquellos objetos al defenderse contra una banda de malandrines que lo habían atacado.

—¿El señor no ha visto el fuego? —le preguntó el huésped.

—No —dijo Pardaillán—. Aquí tenéis los diez escudos y las tres libras que importa vuestra nota. Además, tomad este noble de oro y relatadme el incendio, porque ya veo que sois capaz de hacerlo muy bien.

—¡Oh, caballero! —dijo el parisiense inclinándose—. Este cumplido por sí solo ya vale diez escudos de oro.

E hizo un pintoresco relato del incendio, que Pardaillán escuchó con la mayor atención.

—Pero figuraos, caballero —dijo al terminar—, que este palacio, que se creía desierto desde los tiempos de Lucrecia Borgia, estaba habitado, según parece, por un personaje notable, por una mujer sobre la cual corren muchas versiones y que, según la más extendida, era una rebelde contra la autoridad de nuestro Santo Padre.

—¿Decís que era?

—Así lo digo yo porque, según todo el mundo asegura, ha muerto entre las llamas.

Pardaillán volvió el rostro, mientras el hostelero continuaba su narración. El caballero había sentido que se ponía pálido. ¿De modo que Fausta había muerto? Durante algunos minutos, Pardaillán se quedó pensativo, dedicando un recuerdo a la que quiso matarlo, pero que lo había amado. Luego movió la cabeza y murmuró:

—Muerta Fausta, ha muerto con ella el pasado. Miremos ahora el porvenir.

Cuando estuvo a caballo, el patrón le ofreció un vaso de vino de Borgoña que guardaba para las grandes ocasiones. Media hora más tarde trotaba a caballo por el camino de regreso.

* * * * *

Fausta no había muerto. En el momento en que Pardaillán se alejaba de Roma, era encerrada y con guardias a la vista en una habitación del castillo de Sant-Angelo en compañía de su criada Myrthis. Ésta, después de haber incendiado los haces de leña que había en la planta baja, salió cerrando las puertas y esperó a su ama, de acuerdo con las instrucciones que había recibido. El incendio se declaró. La multitud acudió y, naturalmente, se congregó ante la fachada en que el incendio estaba en todo su apogeo. La criada observó algunos hombres que rondaban en torno suyo, pero preocupada por lo que iba a suceder, no prestó a ello la atención requerida. Entre tanto y poco a poco, el fuego empezó a invadir el ala izquierda, y Myrthis experimentaba gran ansiedad por la suerte que pudiera sobrevenir a su ama, cuando

se abrió la puertecita convenida y apareció Fausta, que se reunió a su sirvienta.

En aquel momento los hombres que habían vigilado a la criada, se acercaron y rodearon a las dos mujeres. Uno de ellos, poniendo una mano sobre el hombro de Fausta, le dijo en voz baja:

—Sois la princesa Fausta. Hace ocho días que vigilamos el palacio. Os detengo en nombre de Su Santidad, señora. Tened la bondad de seguimos sin hacer resistencia, en caso de que queráis conservar alguna probabilidad de ponerlos de acuerdo con el Santo Padre.

Fausta dirigió una mirada amenazadora hacia el cielo, alumbrado por los rojizos resplandores del incendio, y al mismo tiempo se vio arrastrada.

XL - El Rey de Navarra

DURANTE LA PRIMERA ETAPA, Pardaillán se sintió agobiado por la tristeza al pensar en la horrorosa muerte de Fausta y tal tristeza era, en suma, un sentimiento generoso, porque Fausta por uno y otro medio trató de darle muerte cinco veces seguidas.

Pardaillán era generoso, pero justo. Resultaba de su generosidad que estuvo triste durante la primera etapa, pero de su sentimiento justiciero, que en la segunda empezó a morigerar su tristeza.

A medida que se alejaba de Roma, iba recobrando su carácter despreocupado que tan fuerte lo hacía en los combates de la vida. Al entrar en Francia, la escena del Palacio Riente se presentaba a su memoria como un hecho lejano, cada vez más borroso. Además, las extrañas noticias que recogía durante el camino a medida que avanzaba, eran suficientes para procurarle una distracción.

Supo que el anciano cardenal de Borbón había sido proclamado rey de Francia con el nombre de Carlos X, que Mayena era rey de París, que Enrique III estaba muy apurado, que el rey de Navarra se dirigía con un fuerte ejército hacia Saumur y que Chartres, Le Mans, Angers, Ruán, Evreux, Lisieux, Saint-Lo, Alençon y otras ciudades se habían rebelado contra el rey legítimo. En una palabra, el reino estaba a sangre y fuego, y todos se disputaban la corona.

Pardaillán pensaba en Jacobo Clemente. Antes de regresar a París o a Orleáns, decidió ir a donde estaba Enrique III, pues le molestaban los gritos de «¡Viva la Liga!» y «¡Muera Herodes!», Y pensó tal vez, en salvar a Valois. Hacia el 20 de julio estaba en Blois. Allí supo que el rey, con un ejército muy reducido, acampaba entre Tours y Amboise. Al día siguiente empezó a descender el Loira, y pasado Amboise, halló un fuerte destacamento de realistas que batían los alrededores. Al mando de la fuerza reconoció a Crillon y se dirigió hacia él. El valiente capitán dio un grito de alegría al ver al caballero. Dio el mando de la gente a uno de sus oficiales y propuso a Pardaillán seguirlo al campamento real, cosa que aceptó el caballero.

Después de los primeros instantes destinados al cambio de cortesías corrientes en aquella época, Crillon dio un profundo suspiro que hizo temblar sobre sus hombros la coraza de hierro.

—Páreceme, capitán —dijo Pardaillán—, que no sois del todo feliz.

—Sí, ¡por el diablo!, soy feliz. Empezamos la campaña, y en ella habrá golpes que dar y que recibir, hermosas cargas de caballería, soberbios arcabuzazos y esto, como ya podéis comprender, es mi elemento.

—¿Entonces suspiráis de alegría?

—No, diablo.

—¿Estáis, pues, enamorado?

Crillon levantó la visera de su casco y mostró al caballero el rostro cruzado de cicatrices.

—¿Con esta cara? —dijo echándose a reír—. No, caballero, suspiro porque veo el mal estado de los asuntos de mi pobre Valois. ¡Qué queréis! Por más que lo llamen Herodes, él me ha dado mi espada de mando y me ha hecho caballero de la orden. Por esta razón le soy adicto, y me sabe mal ver que la corona se tambalea sobre su cabeza. ¡Ah, si vos quisierais, caballero!

—¿Si quisiera qué, capitán?

—Pues bien —dijo Crillón—. Los hombres de gran valentía faltan alrededor del pobre Valois, a quien todos abandonan. Me quedan todavía algunos regimientos sólidos que se llevar a cabo extraordinarias aventuras. Caballero, ¿quisierais entrar al servicio del rey?

—Gracias por la buena opinión que de mí tenéis —dijo Pardaillán—. Y si alguna causa pudiera parecerme tentadora actualmente, sin duda defendería la de Valois, porque me parece la más desesperada. Pero, quiero ser libre.

—¿Es esa vuestra última palabra?

Pardaillán se inclinó y Crillón esperó atento.

—Pero ya que todo el reino se ha rebelado contra Valois —dijo el caballero— y éste con sus propios recursos no puede oponerse a Mayena, yo haría una cosa en su lugar.

—¿Qué haríais? —preguntó Crillón.

—Buscaría alianzas. Enrique de Bearn tiene un ejército poderoso.

—¡*Pardiez!* Valois lo sabe muy bien y no le faltan ganas de pedir ayuda, pero tiene miedo porque una negativa del Bearnés sería muy vergonzosa. Muchas veces he pensado, caballero, ir yo mismo al encuentro del Bearnés, pero si se negara a mis proposiciones, sería igual que dar la negativa al rey, porque yo pertenezco a Valois.

—Pues bien, mandad a uno que no tenga nada que ver con Valois.

—Sí, pero ¿quién? La cosa es endiabladamente arriesgada y, si fracasa, ya veo desde aquí la panza del grueso Mayena, agitándose a impulsos de sus carcajadas.

—Pues iré yo, si os parece bien. Me prestasteis un servicio haciendo que Ruggieri me diera hospitalidad y ha llegado mi vez.

—¡Oh! En tal caso sería yo el que estaría agradecido porque os debería más de lo que me debéis. Pero, en fin, si consentís...

—Me encargo de ello —dijo Pardaillán con firmeza—. Valois recibirá proposiciones del Bearnés.

—¡Diablo! Si hacéis eso, el rey estaría salvado.

—¿Lo creéis así? —preguntó Pardaillán.

—¿Consentís? —añadió emocionado Crillón.

—Voy ahora mismo, pero con una condición, y es la de que no hablaréis de ello al rey. Me encargo de poner a los dos monarcas uno ante el otro y luego que ellos mismos se arreglen.

—Basta con que Valois pueda ver a Enrique de Bearn sin haber solicitado la entrevista, porque desde el momento en que el Bearnés esté dispuesto a hablar al rey,

es demasiado listo para no haber resuelto de antemano el fin de la entrevista, es decir, su alianza con nosotros. Caballero, salvaréis a la monarquía si decidís al zorro de Navarra. Pero ya estamos en el campamento real. ¿No queréis que os presente al rey?

—No, prefiero que me invitéis a comer, porque me muero de hambre y sed.

—Pues os prometo daros un festín —dijo Crillón en extremo satisfecho.

Y cumplió su palabra, pues habida cuenta de la escasez de recursos de que disponía el campamento, dio un verdadero festín al caballero.

—Ya veo —dijo Pardaillán— que me tratáis como embajador de Su Majestad. ¿Quién habría dicho a mi padre que su hijo llegaría a ser diplomático? En fin, no me importa, pues ante todo deseo servirlos.

Al día siguiente por la mañana, Pardaillán se puso en camino para llegar a Saumur, en donde acampaba el rey de Bearn. Crillón entró en la tienda de Enrique III, al que halló triste y pensativo y ocupado en hacerse rizar, porque el cuidado de su persona era cosa que no abandonaba nunca.

—Sire —dijo el capitán—, si el astrólogo Ruggieri estuviera aquí con nosotros, anunciaría sin duda a Vuestra Majestad un gran acontecimiento, que cambiará el estado actual de las cosas. No puedo deciros nada más, sire, pero me atrevo a añadir, sin temor de equivocarme, que dentro de dos días estaréis algo más contento que ahora.

El mismo día Pardaillán llegó al campo del Bearnés, el cual, no habiendo podido entrar en Saumur, avanzó en dirección a Tours, para vigilar desde más cerca los acontecimientos. Cuando se acercaba al campamento, vio a dos oficiales subalternos que se dirigían a sus tiendas al paso de sus caballos.

Los dos iban bastante astrosos. Uno de ellos, sin embargo, iba peor vestido que su compañero; no llevaba armadura y su chaqueta estaba agujereada en los codos. El jubón hallábase también en muy mal estado y desgastado en los hombros, sin duda a causa del uso de la coraza. Llevaba unas calzas de terciopelo de color de hoja seca, tan viejas como el resto del traje. Únicamente los detalles se destacaban en aquel conjunto, porque el caballero llevaba sobre los hombros un gran manto de color escarlata y en la cabeza un sombrero gris con penacho blanco.

El otro caballero llevaba una faja blanca sobre la coraza, pero ningún penacho en el casco.

Pardaillán se acercó a aquellos dos oficiales, con la intención de preguntarles el medio de penetrar en el campamento y ver al rey Enrique de Bearn. Continuaron su camino sin fijarse en él, y hablando entre sí con el inconfundible acento que daría a conocer a un gascón en medio de un ejército. Mientras tanto, iban acercándose al campamento y algunos oficiales y soldados saludaban al del penacho blanco.

—Señores —dijo el caballero poniéndose al lado de aquellos hombres y descubriéndose—. Desearía entrar en el campamento.

El caballero del penacho se volvió a Pardaillán, el cual lo reconoció, viendo que era Enrique de Bearn en persona.

El futuro Enrique IV miró atentamente a Pardaillán.

—¿Para qué queréis entrar en el campamento? —preguntó.

—Para ver a Su Majestad el rey de Navarra.

—¿Y qué le queréis a Su Majestad? —preguntó el Bearnés con cierta socarronería.

—Pues hacerle una proposición que le interesa personalmente.

—¿De parte de quién?

—De mi parte —contestó Pardaillán.

El rey de Navarra se sintió impresionado por tales palabras y miró al caballero con mayor atención. Sin duda el examen debió ser favorable, porque dijo:

—Venid y os presentaré al rey, señor...

—Caballero de Pardaillán, que os da mil gracias.

El Bearnés le hizo una seña con la cabeza y empezó a andar seguido de Pardaillán. Al cabo de diez minutos el rey se detuvo ante una gran tienda e invitó al caballero a entrar.

—Caballero —dijo el Bearnés—, no se puede hablar al rey con tanta facilidad, pero si queréis indicarme cuál es la proposición que queréis hacerle, me encargo de transmitírsela.

—Sire —dijo Pardaillán haciendo una reverencia—. Veo que estamos solos. Soy buen juez en valentía y os felicito, sire, porque al cabo yo podría tener malas intenciones.

El rey de Navarra guardó silencio y no pareció turbarse por las palabras que oía.

—¿De modo que me habéis reconocido? —dijo al cabo de algunos momentos.

—Gracias al penacho blanco, que sirve de señal de reunión a los valientes en el combate.

El rey sonrió, dejó el sombrero sobre una mesa ordinaria, se sentó en una caja y dijo:

—Y ahora que ya no llevo el penacho, ¿me reconocéis?

—Sí, sire, por la pobreza de vuestro traje, y por la riqueza de ideas que leo en vuestros ojos.

—¡Pardiez! Me gustáis, señor de Pardaillán.

—Sire, el año 72, es decir, hace dieciséis años, vuestra ilustre madre, madama de Albret me honró con una frase muy semejante a la vuestra.

El Bearnés se levantó más conmovido de lo que habría podido esperarse de él.

—¡Mi madre! —exclamó—. El año 1572... ¡Pardaillán! ¡Oh, esperad! ¿Seríais acaso aquel Pardaillán que un día de motín salvó a mi madre y...?

—Sire —dijo Pardaillán sonriendo a su vez—. Veo que me habéis reconocido, aunque no llevo penacho blanco en mi sombrero.

—¡Venga esa mano, caballero! —dijo el rey de Navarra con aquella familiaridad que tan popular había de hacerle—. Sí, dadme la mano, porque sois un hombre de corazón. Mi madre me habló cien veces de vos antes de su muerte, y yo tengo

memoria, caballero.

Pardaillán estrechó en la suya la mano que le tendía el rey de Navarra, el cual llamó:

—¡Agrippa!

Al cabo de pocos instantes apareció el oficial que escoltaba al Bearnés cuando Pardaillán llegó al campamento real.

—Agrippa —añadió el rey—. Haz que me traigan, si aún quedan, una botella de vino de Saumur para bebérmela en compañía de este caballero, que es uno de mis amigos y lo fue de mi difunta madre.

El oficial dirigió una mirada de asombro hacia Pardaillán y salió.

Casi inmediatamente entró un soldado, que dejó sobre la mesa una botella y dos vasos y luego desapareció. El Bearnés tomó la botella y llenó los dos recipientes. Pardaillán lo dejaba hacer.

—¿Qué pensáis, caballero? —preguntó el rey.

—Que si Vuestra Majestad acostumbra a usar esta sencillez más que real, vuestra fortuna está asegurada, sire.

—Ya sería tiempo de que hiciera fortuna, ¡pardiez! ¡A vuestra salud, caballero!

—¡A la vuestra, sire!

—¡Excelente! —dijo el rey chasqueando la lengua—. Pero es mejor nuestro vino de las cercanías de Nerac.

—No lo creo yo así, sire —contestó Pardaillán—. Los vinos del mediodía son ásperos, espesos y enseguida se suben a la cabeza. En cambio, este Saumur es ligero y espumoso. Es una maravilla. Es el verdadero vino de Francia, sire.

—¡Ah, sí! —dijo el Bearnés— un vino francés que no será nunca mío.

—Sólo depende de Vuestra Majestad que lo sea, sire.

—¿Cómo? A fe mía que me asombran vuestras palabras. Hablad francamente. Por lejos que vaya Vuestra franqueza, os ampara aquí la sombra de Juana de Albret. Veamos, decidme lo que me traéis.

—Sire —contestó Pardaillán—, os traigo la corona de Francia y el derecho de añadir a vuestros dominios los viñedos de Saumur, que son muy superiores a los de Nerac.

El Bearnés miró atentamente al aventurero y luego, admirado sin duda, porque comprendía que tal hombre no aventuraba al azar tan formidable promesa, exclamó:

—¡Pardiez, caballero!

XLI - Dos dinastías frente a frente

—**EXPLICAOS** —dijo el Bearnés, una vez se hubo repuesto del asombro que le causaron las palabras de Pardaillán.

—Sire —contestó Pardaillán—, la explicación será corta, porque un monarca como vos ha debido pensar más de una vez en las razones que voy a tener el honor de someteros. Tenéis un ejército muy fuerte por el número, por la disciplina que en él reina y por el entusiasmo de vuestros soldados. No hay la menor duda de que tanto los oficiales como los soldados son capaces de morir hasta el último alrededor de vuestro penacho blanco, pero, en cambio, son incapaces de conquistar el reino de Francia o de conservarlo si lo conquistan.

—¿Por qué, caballero? —preguntó el rey, que lo escuchaba con atención profunda.

—Porque un ejército como el vuestro puede destruir al de Valois y al de Mayena, pero cuantos más destruya, más tendrá que combatir. De modo que, por último, no os quedarán soldados, a menos de que no consigáis aniquilar hasta el último campesino de Francia, y en tal caso, ¿sobre qué reinaríais?

—Pero ¿por qué, caballero?

—Porque se opone a vos una pasión, la más terrible y más irreductible de todas: la cuestión religiosa.

El Bearnés bajó la cabeza con aire pensativo.

—Creo —añadió Pardaillán— que Vuestra Majestad me ha comprendido. Digo que vuestro ejército de hugonotes podrá ganar tantas batallas como queráis, pero detrás de él se levantarán los muertos en el campo de batalla: os ganará ciudades, pero una vez os hayáis marchado, las ciudades se rebelarán, y todo porque sois rey de los hugonotes.

—Tenéis razón, caballero, y no podré reinar nunca en Francia —contestó el rey.

—Sí, sire, pero con dos condiciones; la primera es la siguiente: Enrique de Valois está en situación desesperada. A su alrededor sólo tiene cinco o seis mil hombres. De modo que está condenado. Enrique de Valois no es más que un fantasma de rey. Pero representa en Francia un principio; podrán matar al rey, pero el principio tiene aún la vida dura. Aunque lo destronen, la palabra del rey de Francia tendría fuerza de ley para una multitud de señores y burgueses diseminados por el reino. Si mañana Enrique de Valois declarase que el caballero de Pardaillán es apto para sucederle en la corona, mañana mismo yo tendría quinientos mil partidarios, aun entre los enemigos del rey. Si Enrique III declara que sois apto para sucederle, mañana, sire, la mitad de Francia estará a vuestro favor.

—Caballero —dijo el Bearnés levantándose—. Explicáis con claridad extraordinaria cosas que sólo me he dicho a solas y con muchas reticencias. Y ahora decidme: para que Valois me designase sucesor ¿qué debería hacer yo?

—Aprovechar su situación apurada para ofrecerle vuestra ayuda espontánea. Ir a

su encuentro y decirle: «*Hermano, sois desgraciado y vengo a socorreros. No tenéis soldados, pero os traigo los míos*».

—¿Y creéis que el rey de Francia aceptaría tal ayuda? Caballero, sed franco; la situación es solemne. ¿Venís o no de parte de Enrique III?

—Sire —dijo Pardaillán—, vengo de mi parte y ya es bastante, pero os respondo de que el rey de Francia os acogerá con gratitud, y que en su alegría y en su odio contra Mayena os designará como sucesor. Por otra parte, Enrique III, sire, está muy enfermo.

—¡Oh, si yo pudiese tener esta seguridad! —murmuró el Bearnés, cuya frente estaba bañada de sudor.

—Sire, me comprometo a acompañaros adonde está Enrique III. Si vuestras ofertas son rechazadas, consiento en que me pasen por las armas.

—Bueno, supongamos que la cosa ya está hecha. Heme aquí aliado del rey de Francia. Me indica por sucesor y se muere. Tengo a mi favor la mitad de Francia, como decíais. Pero ¿y el resto? ¿He de pasarme la vida en guerra civil?

—La guerra civil cesará cuando la otra mitad de Francia os haya aceptado, y ello sucederá cuando queráis —añadió tranquilamente el caballero.

—¿De qué modo? —exclamó el Bearnés con impetuosidad.

—Ya os he dicho, sire, que reinaríais mediante dos condiciones. Os he expuesto la primera; he aquí la segunda: Yo, sire, me avergüenza el decirlo, pero no soy católico ni hugonote, y puedo hablar con imparcialidad. En cuanto hayáis sido coronado rey de Francia y reconocido por la mitad del reino, habréis desencadenado la guerra civil para conquistar el resto. Entonces observaréis que con la guerra no conseguís nada. París será irreductible; y entonces, sire, os haréis católico.

—¡Jamás! —dijo el Bearnés, con más energía aparente que convicción verdadera.

—Perdón, sire —repuso Pardaillán—, me figuraba que queríais reinar. Supongamos que no he dicho nada.

—¡Renunciar a la religión de mis padres!

—Para asegurar una corona a vuestros hijos.

—¡Capitular de este modo ante los parisienses!

—¡Oh, señor! París bien vale una misa.

—¡Pardiez! —exclamó el Bearnés echándose a reír—. Repetiré la frase.

—Cuando vayáis a Notre-Dame.

—¡Chitón! No hablemos de eso. Hablemos del auxilio que puedo llevar a Enrique III. En cuanto a hacerme católico, ya lo pensaré oportunamente. Entre tanto soy hugonote y continuaré siéndolo.

—Bueno —pensó Pardaillán—, ya está convertido. ¡Y pensar que el último palafrenero de este rey sería capaz de dejarse destrozar antes que renunciar a la religión de sus padres como él decía!

—Caballero —dijo el rey—, sois mi huésped durante algunos días. Voy a mandar al señor de Aubigné al campamento del rey de Francia.

—Bueno, me retiene prisionero —pensó Pardaillán—. Pero me iré si quiero. No obstante, me gustará ver el fin de la comedia. Sire —añadió en voz alta—, acepto la hospitalidad que Vuestra Majestad se ha dignado ofrecerme hasta que se haya puesto de acuerdo con la otra Majestad.

El Bearnés sonrió, y llamó luego. A los pocos instantes apareció un oficial.

—Señor de Bartas —dijo—. Os confío al señor caballero de Pardaillán, que era amigo de mi madre y que también lo es mío. Tratadlo lo mejor que sea posible, es decir, como lo haríais conmigo.

* * * * *

Una hora más tarde, Agrippa d'Aubigné partía hacia el campamento de Enrique III, portador de las proposiciones de alianza del Bearnés. Al día siguiente por la noche estaba de vuelta y traía la contestación de Valois. El rey de Francia daba una cita al de Navarra en el castillo de Plessis-les-Tours.

La nueva cundió enseguida en el campamento hugonote. El Bearnés tomó inmediatamente las necesarias disposiciones. Dijo que partiría con veinte oficiales y cien hombres de armas y el resto del ejército seguiría a cortés etapas. Hubo un consejo de guerra, en donde todos los consejeros se esforzaron en probar a Enrique de Bearn que corría a una asechanza, en la que perdería la vida. El rey no hizo caso y al día siguiente emprendió la marcha con la reducida escolta que había indicado, mientras el ejército lo seguía a cierta distancia. Pardaillán hacía trotar su caballo entre los gentilhombres del rey, el cual a veces lo llamaba a su lado y le interrogaba.

Cuando llegaron ante el castillo de Plessis, se vio que todo el ejército de Valois estaba acampado allí. Los oficiales se alarmaron y más que nunca aconsejaron al rey que se abstuviera.

—Por lo menos —exclamó uno de ellos—, vamos todos juntos y ya veremos lo que pueden hacer cien hugonotes en caso necesario.

—Y vos, señor de Pardaillán, ¿qué me aconsejáis? —preguntó el rey.

—Que vayáis solamente con cinco o seis gentilhombres. Si hay alguna traición, un centenar de caballeros no podrá hacer mucho más que seis. Si Enrique de Francia es leal, le habréis probado que pusisteis en él toda vuestra confianza.

El rey aprobó con un movimiento de cabeza y eligió a tres oficiales para que lo escoltaran, es decir, a Agrippa d'Aubigné, Bartas y al mismo Pardaillán. Los otros echaron pie a tierra, a trescientos pasos del castillo.

—¡Pardiez! —exclamó el Bearnés—. ¡Si voy a la muerte iré por lo menos en buena compañía!

Y dirigió una mirada a Pardaillán, que contestó:

—Sire, vais hacia el trono y no hacia la muerte. Pero, sí, por azar, ibais a la muerte, tendríais el pesar de no ir en mi compañía, porque yo os precedería.

Y avanzaron los cuatro capitaneados por el Bearnés.

Había cundido por Tours y los alrededores el rumor de que iba a celebrarse una entrevista entre Enrique de Valois y Enrique de Bearn. Gran cantidad de gente habíase acercado al castillo, y como las puertas quedaron abiertas pudieron divisar un magnífico jardín, después de haberse encaramado en las estatuas y en los árboles.

Enrique III esperaba en el jardín magníficamente vestido. Llevaba un traje de seda blanca, y el gran collar de la orden de la que era fundador. Se cubría los hombros con una capa corta de seda de color cereza, y apoyaba la mano en la empuñadura de una espada, llena de diamantes. Tras él, a quince o veinte pasos de distancia, cortesanos y oficiales formaban un fondo esplendoroso. Más atrás, a la derecha y a la izquierda, una doble fila de alabarderos en traje de gala, formaban tres lados de un gran cuadro. Y, por fin, detrás de los alabarderos, estaban tres regimientos con uniforme de campaña. En el centro de aquel inmenso aparato que contemplaba la multitud, estaba Enrique III inmóvil en un gran espacio vacío.

El Bearnés se adelantó con su escolta de tres hombres, llenos los tres de polvo a consecuencia del camino. Rápida sonrisa cruzó el astuto rostro del gascón al ver la exhibición de fuerzas y magnificencia desplegada por Enrique III. Quiso que el contraste fuera más violento todavía entre aquella riqueza que pedía auxilio y su pobreza que lo ofrecía, y con un gesto detuvo a sus tres compañeros y avanzó solo.

Imponente silencio reinó en aquella multitud de cortesanos, soldados y gentes del pueblo, cuando el Bearnés se detuvo a tres pasos de Enrique III, solo, con un jubón ajado y su sombrero gris adornado con una medalla que era su único lujo, con sus botas desgastadas y con las espuelas oxidadas. Los dos reyes se miraron por un instante, y luego el Bearnés abrió los brazos. Enrique de Valois dio tres pasos rápidos y se arrojó en ellos, exclamando:

—¡Ah, hermano mío! ¡Soy muy desgraciado!

Un estremecimiento prolongado corrió por entre los espectadores, y mientras se descubrían todas las cabezas, resonó una aclamación inmensa de «¡Viva el rey!». Y entonces, al oír aquel grito que no había resonado en sus oídos hacía mucho tiempo, Enrique III se echó a llorar.

—¡Pardiez! —exclamó alegremente el rey de Navarra—. Cobrad ánimo, hermano. Con ayuda de mis montañeses, os llevaré nuevamente al Louvre.

Enrique III dio otro abrazo al Bearnés y luego, cogiéndolo por un brazo, lo llevó a una sala del palacio en donde se había preparado una colación. La paz estaba hecha. Diez minutos más tarde los cien hombres que quedaron en la puerta fueron llevados en triunfo. Y al día siguiente, cuando llegó el ejército del rey de Navarra, oficiales y soldados realistas fraternizaron con los hugonotes. La alianza era un hecho. Y aquella alianza debía conducir al trono al Bearnés, consolidando al mismo tiempo la dinastía de los Borbones.

Tres días más tarde, los dos ejércitos combinados, marcharon juntos, rechazaron

en Tours a las gentes de Mayena, se dirigieron a París, hicieron una aparición hasta el barrio de Saint-Jacques, y luego, dueños del Oise, cayeron sobre Saint-Cloud, se apoderaron del puente, y establecieron sus cuarteles desde Saint-Cloud hasta Vaugirard. París, aterrado por tan repetidas victorias, iba a sucumbir. Reinaba enorme efervescencia y ya algunos de los principales de entre los burgueses, empezaban a decir que valía más abrir enseguida las puertas y que París se reconciliase con el rey.

XLII - Jacobo Clemente

PARDAILLÁN siguió a los aliados hasta Saint-Cloud como espectador independiente y curioso de examinar el resultado de la alianza, que era obra suya. Pero en vano lo hicieron buscar Enrique de Bearn y Valois. No se presentó en la tienda de ninguno de los dos reyes. Iba de Crillon a Bartas, pues se había hecho muy amigo de este último. Y, como es natural, los dos oficiales avisaron cada uno a su señor de que Pardaillán iba siguiendo al ejército. El Bearnés, por mediación de Bartas, le ofreció un lugar en su consejo íntimo, lo cual era darle, tal vez, la situación que más tarde ocupó Sully, Y se la ofreció, dice Bartas en sus memorias, como al más inteligente y leal diplomático que hubiera conocido nunca. Pardaillán se echó a reír y contestó que bastante tenía que hacer con aconsejarse a sí mismo. Enrique III le ofreció, por medio de Crillon, la espada de mariscal de sus ejércitos, en gracia a ser el más intrépido guerrero que conociera nunca. Pero Pardaillán dijo que se contentaba con su buena espada.

El 2 de agosto, después de haber comido con Crillon y Bartas, Pardaillán se despidió de ellos, diciéndoles que se marchaba a un país lejano. Los dos oficiales le rogaron inútilmente que se quedara y, por fin, viendo que era inquebrantable, le dieron un abrazo y se despidieron de él. Pardaillán montó a caballo y franqueando el puente de Saint-Cloud se dirigió a París sin saber, no obstante, si podría entrar. Por otra parte no estaba decidido aún acerca del lugar adonde iría. Si conseguía entrar en París, se proponía sencillamente descansar dos o tres meses en «La Adivinadora». Gracias a María Touchet era rico. Antes de emprender sus correrías por el mundo, quería pasar algunos meses y tal vez un año, con la buena Rosa, en la cual no pensaba nunca sin cierta emoción. Después de un descanso tan bien ganado ya vería lo que hacía.

Pardaillán, pues, iba por el camino, entretenido con sus pensamientos, cuando su caballo dio un salto de lado. Pardaillán cogió entonces las riendas, y miró. El animal se había asustado al ver a un hombre que se interpuso y que sonreía al caballero. Éste lo miró, y reconociendo a Jacobo Clemente echó pie a tierra y le tendió las manos.

—¿Adónde vais, querido amigo? —exclamó Jacobo Clemente con alegre acento, que sorprendió al caballero.

—Vamos, habrá renunciado a su proyecto —pensó—. Tanto mejor para él y para el otro. Voy a París —añadió en voz alta—. Nunca os vi tan alegre como hoy. ¿Sois feliz, acaso?

—Como no os lo podéis figurar.

—¡Ah, caramba! ¿Y de dónde venís?

—Del amor.

—Hombre, ¡gracias a Dios! ¿Y adónde vais?

—A la muerte —contestó Jacobo Clemente.

Pardaillán se estremeció y al ver al fraile observó que estaba pálido como un

hombre que de antemano ha hecho el sacrificio de su vida, pero también alegre, cual el que acaba de ser dichoso.

—¿Cómo entraréis en París? —preguntó el fraile.

—Pues pediré permiso a los guardias.

—¡Ca, no podréis entrar! Pero mirad, voy a haceros un favor. Tomad esta medalla y nadie se opondrá a vuestro paso. Debía servirme para mi regreso, pero como no regresaré...

Pardaillán, impresionado por tales palabras, puso una mano en el hombro del fraile, diciéndole:

—Escuchadme...

—Callaos —interrumpió Jacobo Clemente, poniéndose lúgubre—. Todo lo que vais a decirme lo sé. Nada en el mundo será capaz de impedirme que vaya adonde me propongo, ni aun mi madre que se levantara de la tumba.

Pardaillán comprendió que toda insistencia sería inútil y después de haberse despedido del fraile continuó el viaje.

—¡Caramba! —murmuró mirando al fraile que se alejaba a grandes pasos—. No daría un liard por la piel de Valois, ni tampoco por la del fraile.

Dio un suspiro y continuó su viaje hacia París, en donde efectivamente pudo entrar, gracias a la medalla que le diera el fraile.

* * * * *

Es necesario saber que el Parlamento de París en masa, había sido preso un mes antes de la muerte del duque de Guisa. Esta prisión, que fue obra de Bussi-Leclerc, que regresó a París en enero, dio lugar a una página de historia que trataremos de bosquejar.

El Parlamento, que estaba reunido, se ocupaba en redactar un mensaje para Enrique III para darle gracias por las concesiones hechas al tercer estado durante la reunión de los Estados Generales. Era necesario mucho valor para testimoniar esta simpatía al rey en el momento en que en París se quemaban muchas efigies de Valois, y se derribaban muchas estatuas y se borraba su nombre de todos los monumentos. Mayena fue a buscar en la Bastilla a Bussi-Leclerc, el cual había vuelto a encargarse de sus funciones, y le dijo:

—¿A cuántos huéspedes podríais alojar en la Bastilla?

—A diez mil, si fuese necesario, porque en tal caso los amontonaría unos sobre otros.

—Pues bien, es preciso que esta misma noche los señores del Parlamento sean vuestros huéspedes, porque, de lo contrario, van a hacerme la guerra civil en París.

—Me encargo de ello.

Y tomando quinientos hombres de armas de las milicias, marchó al palacio, entró en la Cámara sin descubrirse y empuñando las pistolas. Hubo gran tumulto, y el

presidente preguntó con rudeza a Bussi-Leclerc con qué derecho entraba de aquel modo.

—Con el del más fuerte —contestó Bussi-Leclerc.

Muchos consejeros trataron de escapar, pero tropezaron con las picas y alabardas de los hombres de armas que ocupaban el palacio. Bussi-Leclerc entonces gritó:

—¡Señores! ¡No tengáis miedo! Seguidme, solamente a las Casas Consistoriales, en donde tienen algo que deciros.

Los miembros del Parlamento, pálidos en extremo, miraron a su presidente, el cual entonces tuvo una frase soberbia:

—Señores —dijo—. Vamos a deliberar a las Casas Consistoriales, ya que este recinto ha sido profanado. Señor Bussi-Leclerc, debéis los honores al Parlamento. Haced de modo que seamos dignamente escoltados.

Los consejeros salieron entre una doble fila de soldados. La escolta no sirvió tan sólo para su arresto, sino que les salvó, además, la vida, porque fuera, un grupo de marineros amotinó al pueblo, que quiso lapidar a los desgraciados.

Dos horas más tarde, todos los miembros del Parlamento estaban encerrados en diversas estancias de la Bastilla. Bussi-Leclerc, que, a ratos era bromista, hizo someter a los presos a pan y agua, lo cual hizo que lo llamaran el Penitenciario del Parlamento.

Durante los meses que siguieron, aquellos desgraciados cuya única esperanza consistía en ser libertados por Enrique III, hicieron varias tentativas para ponerse en comunicación con él. Pero como estaban estrechamente vigilados, no les fue posible conseguirlo. Por último, a fines de julio, un consejero enfermo pidió un confesor que Bussi-Leclerc le concedió generosamente. El tal confesor fue un capuchino, al cual el consejero sondeó hábilmente. El fraile confesó que era partidario del rey. El consejero confesó entonces que no estaba enfermo y que lo había llamado únicamente para ver si quería llevar al rey algunas cartas.

El capuchino aceptó con entusiasmo, salió llevándose las cartas ocultas en su hábito, y las trasladó directamente a Mayena, en cuya casa se celebraba un consejo, al cual asistía la duquesa de Montpensier. Esto sucedía el 31 de julio. El duque de Mayena leyó las cartas en voz alta y añadió que era preciso quemarlas.

—Por el contrario, hay que llevarlas a Valois —dijo la duquesa—. Señores, respondo de que estamos salvados y de que, dentro de tres días, París no estará sitiado, así como de que mañana podremos rogar al diablo por el alma de Enrique III.

La misma noche, Jacobo Clemente recibió las cartas. María de Montpensier estuvo en su compañía aquella noche y parte del día siguiente. Y, sin duda, empleó activamente el tiempo para formar un proyecto de asesinato que el fraile acabó por entender, porque se puso en camino. Las cartas que llevaba el fraile, eran las de los consejeros encerrados en la Bastilla, pero también llevaba un puñal que en la capilla de los Jacobinos le entregara cierta noche un ángel.

Acababa de ponerse el sol cuando el fraile llegó al puente de Saint-Cloud. El puente estaba guardado por tres cañones apuntados hacia París y por un regimiento de arcabuceros, compuesto de hugonotes y realistas. Un oficial interrogó a Jacobo Clemente, el cual contestó tranquilamente que iba a Saint-Cloud para visitar a una pariente que estaba enferma. Con gran alegría suya, vio que lo dejaban pasar.

Una vez llegado a Saint-Cloud, el primer cuidado de Jacobo Clemente fue enterarse del lugar en que estaba el rey, y supo que se hallaba en Meudón, en donde el Bearnés había establecido su cuartel general. El fraile se hizo mostrar la casa habitada por Enrique de Valois. Era una casa de bastante buena apariencia y que constaba solamente de planta baja. La entrada estaba guardada por cincuenta hombres.

Jacobo Clemente esperó ante la puerta hasta las once de la noche, hora en que llegó el rey custodiado por algunos soldados. Luego reinó nuevamente el silencio y la oscuridad.

Jacobo Clemente, deseando no alejarse de la vivienda del rey, entró en una granja que vio abierta, y se acostó en la paja, soñando con el ángel que se le había aparecido.

Al alba, al oír el ruido de las trompetas de aquel extenso campamento, Jacobo Clemente se levantó, y después de haber almorzado en una posada de las cercanías, se halló a las nueve ante la puerta de la vivienda real. A cada instante llegaban y salían algunos correos. Entre tanto, Jacobo Clemente permanecía pensativo y, por fin, decidiéndose, se dirigió hacia la puerta.

El centinela le detuvo, pero él sin hacer caso, dijo:

—Quiero ver al rey.

Dio la casualidad de que el monarca pasaba entonces por delante de la puerta y dio orden a uno de sus oficiales de que fuera a ver lo que quería el fraile.

—¿Qué queréis, digno padre? —preguntó el oficial a Jacobo Clemente.

—Ver al rey —contestó éste.

—No es tan fácil como creéis el lograrlo —dijo el caballero.

—Vengo de París —dijo entonces el fraile— con riesgo de mi vida y traigo al rey cartas importantes.

—¿Cartas de París? ¡Oh, es diferente! Dádmelas, padre, dádmelas.

Jacobo Clemente sacó seis o siete de su hábito y tomando una al azar la tendió al gentilhombre, diciendo:

—Haced que el rey lea ésta. Si cree que vale la pena me llamará, pero os juro que nadie más que yo le entregará las otras.

El oficial, persuadido de que el fraile quería aprovechar la ocasión para obtener una recompensa, hizo una seña de asentimiento y llevó la carta a Enrique III. Al cabo de pocos instantes apareció el oficial e hizo un signo al fraile, el cual se apresuró a obedecer, entrando.

En la habitación en que lo introdujeron, vio al rey rodeado de sus favoritos, y el

monarca, con cierta indiferencia dijo:

—¿Decís que traéis algunas cartas? Dádmelas.

—Sire —dijo Jacobo Clemente—, las cartas no tienen gran importancia. Lo que debo deciros es lo principal.

—Hablad. ¿Venís de París? ¿Habéis entrado en la Bastilla?

—Sire, no puedo decíroslo más que a solas.

Enrique III hizo un gesto, pero los gentilhombres vacilaron. El rey repitió la orden y todos se marcharon.

—He aquí las cartas, sire —dijo Jacobo Clemente tendiendo el paquete.

El rey empezó a leer la primera, diciendo:

—Bien..., muy bien..., es admirable. Y vos, padre, ¿qué tenéis que decirme? Os...

Un grito terrible salió de la garganta del rey al ver que el fraile tenía un puñal en la mano.

—¡Herodes! ¡Vengo a decirte de parte de Dios que ha llegado tu última hora! —exclamó entonces Jacobo Clemente.

En el mismo instante Enrique III sintió algo frío que penetraba en su vientre. Quiso levantarse, pero no pudo. Al mismo tiempo vio que estaba inundado de sangre y que en el bajo vientre tenía hundido un puñal hasta el mango. El fraile sólo había hecho un gesto y después retrocedió cruzándose de brazos.

Todo ello, a partir de la entrega de las cartas, apenas había durado cinco segundos, pero ya la habitación estaba llena de gentilhombres y oficiales que se apoderaron del monje.

—Sire, ¿qué sucede? ¿Os ha insultado este hombre? —preguntó Crillón.

Entonces todos vieron que el rey tenía un puñal clavado en el vientre.

—¡Ah, este monje! ¡Me ha matado! —dijo el rey con apagada voz.

En el mismo instante Jacobo Clemente cayó atontado por un mazazo que le asestó un guardia. Otro le disparó al oído un tiro. Tres o cuatro lo hirieron con sus espadas, de modo que, a los pocos instantes, su cuerpo quedó reducido a una masa sangrienta. Entonces fue arrastrado al exterior, y entregado a la multitud que acudía, la cual lo destrozó. Durante buen rato sólo se oyeron lamentaciones, maldiciones, blasfemias y amenazas contra París. Y todo ello fue cundiendo y propagándose por la ciudad y por el campamento. Los correos partieron en todas direcciones y una hora más tarde llegó el Bearnés al galope desenfrenado y se dirigió a la estancia de Enrique III, el cual estaba tendido en un lecho de campaña y desvanecido, mientras dos cirujanos le hacían la primera cura.

Por la tarde Enrique III recobró el conocimiento. Declaró animosamente a los que lo rodeaban que no era nada, que tenía la vida dura y que curaría. Luego ordenó que lo dejaran solo con el rey de Navarra y que le llevaran recado de escribir.

—Sire —dijo Enrique con voz firme.

—Hermano —interrumpió el Bearnés llorando.

—Sire, escuchadme. Voy a morir. Tengo una hora de vida, lo suficiente para redactar el acta que os designará sucesor mío en el trono de Francia.

Y cogiendo la pluma, añadió sonriendo:

—El rey va a morir. ¡Viva el rey! Adiós Valois. ¡Viva Borbón!

XLIII - La buena hostelera

PARDAILLÁN, como ya hemos dicho, entró en París gracias a la medalla que le entregara Jacobo Clemente, y el mismo talismán le permitió circular por donde quiso. Las calles estaban guardadas por destacamentos de burgueses armados.

Pardaillán pudo llegar hasta «Los dos Muertos que Hablan», taberna que había frecuentado anteriormente, cuando pertenecía a la buena Catho. Era una posada que gozaba de muy mala reputación, pues su clientela se componía de rameras y truhanes. No obstante, Pardaillán se albergó en ella, pues no le repugnaba el contacto con el vicio y, por otra parte, no sentía ningún temor al hallarse en tal compañía.

Se Quedó dos días allí, bromeando con los clientes poco recomendables de aquel lugar, pero de vez en cuando reflexionaba.

En el fondo Pardaillán se sentía solicitado por dos resoluciones que no le satisfacían completamente. La primera era la de aceptar la hospitalidad que en Orleáns le ofrecieran Carlos de Angulema y su madre. La segunda consistía en ir a descansar a «La Adivinadora». Rechazó inmediatamente la primera y dejó en suspenso la segunda.

Por la mañana del tercer día, Pardaillán salió a pie y se fue hacia «La Adivinadora». París estaba agitado. Enorme alegría reinaba en las calles. Se danzaba, se disparaban bombardas y las gentes llevaban bandas verdes, que habían sido distribuidas por la señora de Nemours y su hija, la duquesa de Montpensier. Aquel júbilo era el luto de París por la muerte de Valois, Pardaillán comprendió que ésta había tenido lugar. Se vendían por todas partes algunos retratos de Jacobo Clemente, mártir y salvador del pueblo. Y como no había habido tiempo de imprimirlos en dos días, Pardaillán comprendió que habían sido preparados de antemano.

«¡Pobre desgraciado!» —pensó el caballero—. «*Habrá pagado muy caros algunos besos de la coja. ¿Pero qué diablos ocurre en “La Adivinadora”?*».

Había llegado a la calle de Saint-Denis y observó que la puerta de la cocina de «La Adivinadora» estaba tapiada. La entrada había cambiado también de aspecto. La enseña no se veía ya, y la casa, en general, con ventanas y puertas de roble, tenía aspecto burgués. Pardaillán se quedó unos minutos asombrado y en cierto modo disgustado.

—¡Ya no existe «La Adivinadora»! —exclamó suspirando.

E iba a retirarse con tristeza, cuando, a la izquierda de la hermosa puerta de roble, divisó una placa de mármol en que estaba grabada una inscripción. Se acercó curiosamente y leyó:

ALBERGUE PARDAILLÁN

—¡Albergue Pardaillán! —repitió el caballero con estupor—. ¡Diablo! ¿Por qué

tendré yo uno en París? Voy a averiguar qué es esto.

Se acercó a la puerta y llamó. Acudió una elegante doncella, lo examinó un momento y le hizo entrar.

Entró en la sala principal de lo que antes fuera posada y allí tuvo otra sorpresa. Porque, en efecto, si exteriormente la hostería se había transformado, en el interior todo continuaba igual. La sala no había cambiado absolutamente en nada. Se veían los mismos muebles, los mismos vasos. Al fondo se divisaba la cocina, y el hogar era el mismo de siempre. «Pipeau», el viejo «Pipeau», se arrastraba a sus pies gimiendo de alegría y Rosa, la buena hostelera, aparecía sonriente, con los brazos desnudos, tal como la había visto cien veces y como anteriormente lo acogía, según tenía por costumbre, diciendo:

—¡Ah, señor caballero! ¿Sois vos? De prisa, Margarita. Una tortilla para el señor caballero, que, sin duda, trae apetito. Marta, ve a la bodega y trae una botella de vino.

Y Rosa avanzó hacia Pardaillán, el cual la besó en las dos mejillas.

—Escuchad, querida amiga —dijo el caballero—. No tengo apetito y, por lo tanto, no comeré la tortilla, y como tampoco tengo sed, no probaré el vino, pero, en cambio, vengo hambriento y sediento de felicidad. Explicadme, pues...

—Todo lo que queráis —dijo Rosa sonriendo—. ¿Qué queréis saber?

—¿Por qué habéis cerrado «La Adivinadora»?

Rosa se ruborizó y dijo:

—Pues como he adquirido una fortunita, una noche, se me ocurrió la idea de cerrarla, y si bien no quise que «La Adivinadora» existiese para nadie, decidí, en cambio, que continuara siendo la misma para vos. Por esta razón, en mi vida no llenaré ningún otro vaso que el vuestro, porque, como ya lo habréis visto en la puerta, la posada se ha convertido en el «Albergue Pardaillán».

No hay que decir, lector, que tanta fidelidad y constancia, así como la delicada idea de cerrar «La Adivinadora» a todo el mundo, excepto a él, impresionaron mucho a Pardaillán. Abrió, pues, sus brazos y Rosa se arrojó en ellos temblorosa, llorando de felicidad.

* * * * *

Un mes más tarde tuvo lugar el casamiento de Rosa con el caballero de Pardaillán. No hay necesidad de afirmar que la pobre mujer era feliz y estaba orgullosa y extasiada de tener tal marido. En cuanto a Pardaillán, fue lo bastante generoso para mostrarse más feliz que ella. Colgó la espada en la pared de su habitación, y de vez en cuando exhalaba un suspiro al hallar monótona aquella felicidad apacible. A su pesar, sentía la nostalgia de las aventuras y de los caminos.

El mes de diciembre siguiente, «Pipeau» murió de viejo y de felicidad. Cogió una indigestión después de haber devorado un pavo que, fiel a sus instintos, había robado de la alacena.

La pobre Rosa no gozó mucho tiempo de la felicidad que se había creado con su gentileza y graciosa constancia. Casi al tiempo de la muerte de «Pipeau», cogió un resfriado, que degeneró muy pronto en pulmonía. Pardaillán se instaló a su cabecera, sin dormir apenas y cuidó a su mujer, no como un marido o un hermano, sino como un amante apasionado.

Por esta razón Rosa fue feliz en la hora de su muerte. A pesar de todo, había dudado siempre del amor del caballero. Pero al verlo tan desesperado, tan atento a darle los cuidados que requería su enfermedad, siempre ingeniándose para consolarla, para hacerla reír y para probarle que viviría y sería feliz, no dudó más de los sentimientos del caballero y se sintió dichosa.

—¡Ah, querido amigo! —murmuraba a veces—. ¡Qué feliz muerte me dais!

En efecto, la pobre Rosa murió feliz en extremo. Murió sin sufrir, en el momento en que el caballero le daba un beso en los labios.

Pardaillán cerró piadosamente aquellos ojos que lo habían mirado con tanto amor. Lloró mucho tiempo la pérdida de su esposa y un mes después abrió el testamento que ella hiciera antes de su muerte.

«Lego mis bienes muebles e inmuebles a mi querido esposo, el caballero de Pardaillán».

Con estas palabras empezaba el testamento. Seguía la enumeración de los bienes, muebles e inmuebles, cuyo total formaba un valor de doscientas mil libras.

Pardaillán recorrió entonces lo que había sido posada de «La Adivinadora», recogió algunos recuerdos, especialmente un retrato de Rosa, que hizo poner en un medallón de oro. Luego fue al primer escribano que halló, le enseñó el testamento, y le declaró que, a su vez hacía donación de dichos muebles e inmuebles a los pobres del barrio de Saint-Denis.

La posada de «La Adivinadora» fue, pues, transformada en un asilo para ancianos e indigentes. Pardaillán estipuló que la sala principal y la cocina quedarían intactas y que una parte de las rentas sería destinada a la confección cotidiana de una buena sopa, para distribuir gratuitamente a los pobres.

—Me parece que Rosa no habría podido emplear mejor su dinero —pensó.

Una vez arreglados sus asuntos, montó a caballo y salió de París.

¿Adónde iba? No lo sabía. Intensa alegría corría por sus venas, como la savia en los botones de los árboles. Pobre, altivo y solo, completamente solo, iba al azar, sabiendo que en la tierra toda hay orgullosos y malos que combatir, y pobres seres en beneficio de los cuales iba a sentirse honrado desenvainando la espada que en la cintura llevaba.

El sol se puso y llegó la noche. El paisaje era melancólico y brumoso. El espacio se extendía ante él. Pardaillán se hundió en los lejanos horizontes, solo en la noche que llegaba, solo en la vasta llanura en que nadie se mostraba, solo en la vida, y, poco a poco, su silueta se borró en el fondo de lo desconocido.

XLIV - Conclusión

EN EL MISMO MES de febrero, tuvo lugar en Roma un suceso que debemos señalar a nuestros lectores. Les rogaremos que nos acompañen al castillo de Sant-Angelo; allí, en una habitación pobremente amueblada, y en una estrecha cama, estaba acostada una mujer. Sus misteriosos ojos, inmóviles y soñadores, evocaban ensueños más gigantescos y espléndidos que los ensueños de Borgia y de Sixto.

Aquella mujer, de cabeza escultural y de cabellera negra flotante sobre los hombros de mármol, tenía los ojos fijos en un niño que dormía a su lado, robusto y bien conformado, y que tenía los puños cerrados apretadamente. Una criada estaba inclinada sobre la cama.

Aquella habitación era un calabozo. La criada, Myrthis; la mujer acostada, Fausta; y el niño, el hijo de ésta y de Pardaillán.

* * * * *

Fausta, después de haber sido presa por los esbirros de Sixto la noche del incendio del Palacio Riente, fue encerrada en el castillo de Sant-Angelo en donde, por único favor, le concedieron el poder conservar a su lado a Myrthis, que siempre la había servido fielmente y que una vez Fausta prisionera, creyó lo más natural del mundo compartir su cautividad.

Sixto reunió un Concilio secreto para juzgar a la rebelde. Más de doscientas preguntas tuvo que contestar aquel tribunal excepcional. A todas ellas se contestó que Fausta era culpable y, por consiguiente, el mes de agosto de 1589, fue condenada a ser decapitada, luego quemada y, por fin, a que sus cenizas fueran arrojadas al viento. El 15 de agosto se comunicó a Fausta esta sentencia en la habitación en que estaba prisionera. La escuchó sin estremecerse. Y un pliegue de sus orgullosos labios, demostró que abandonaría la vida con la indiferencia altiva y glacial que hasta entonces había presidido sus actos todos. La ejecución debía tener lugar al día siguiente por la mañana.

En cuanto los jueces se hubieron retirado, Myrthis se arrodilló, sollozando, a los pies de su ama y murmuró:

—¡Oh, qué horrible suplicio!

Fausta sonrió, hizo levantar a su doncella, sacó de su pecho un medallón de oro, lo abrió y lo mostró a Myrthis.

—Tranquilízate. No sufriré el suplicio. No hallarán más que mi cadáver. ¿Ves estos granos? Uno basta para dormir durante varios días, dos hacen dormir también, pero ya no se despierta, y tres matan en el acto y se muere sin sufrir.

—¡Señora! —dijo Myrthis—. Hay seis granos. Una vez hayáis muerto, yo no sabré qué hacer de la vida. Dadme también tres granos a mí.

—Bueno, prepárate a morir —dijo Fausta.

Fausta vertió tres granos de veneno en una copa y tres más en otra. En aquel momento se puso pálida y dando un grito de terror, exclamó:

—Detente... *No tengo derecho a morir aún...*

Los seis granos fueron encerrados nuevamente en el medallón.

Fausta pasó toda la noche, sin dormir, tan pronto enternecida como desesperada. A la mañana siguiente se oyeron pasos en el corredor, y Myrthis, que ignoraba lo que le sucedía a su ama, empezó a llorar, creyendo que iban a llevársela. En efecto, eran los jueces que, acompañados del verdugo, se presentaban para conducirla al suplicio. Uno de los jueces desplegó un pergamino, leyó nuevamente la sentencia de Fausta, y luego el verdugo se acercó a ella para llevársela, pero, con altanería, la joven lo detuvo con un gesto y le dijo:

—¡Verdugo! No es tiempo aún de cumplir tu oficio. Jueces, no podéis matarme todavía.

—¿Por qué? —preguntó el juez que había leído la sentencia.

—Porque no podéis quitar dos vidas habiendo sido condenada una solamente, porque en mis entrañas hay un ser que llega a la vida, porque no soy la virgen, sino que voy a ser madre.

Los jueces se inclinaron y salieron. En efecto, era una ley sagrada, y observada en toda Europa, la de que no se podía ejecutar a una mujer embarazada. Era un caso de perdón, contra el cual se estrellaba la voluntad de los reyes y de los papas, pero Sixto V venció la dificultad. Obtuvo del tribunal que había condenado a Fausta, que no le perdonaran la vida, sino que aplazaran la ejecución hasta que hubiese nacido el nuevo ser. Tal sentencia fue comunicada a Fausta hacia fines de septiembre y ella la acogió sonriendo.

* * * * *

Hacía tres días que había nacido el niño. Todo en él demostraba extraordinario vigor, furioso apetito de la vida, pues se conducía como otros niños a los tres meses de edad. Myrthis estaba extasiada y nutría al niño con leche que le entregaba diariamente el carcelero.

Pero Fausta, en cambio, no decía nada. Únicamente, en cuanto Myrthis había satisfecho el glotón apetito del pequeño, se lo hacía colocar en la almohada, junto a ella, y durante horas enteras lo miraba dormir.

—Mirad, señora —exclamaba Myrthis—, mirad, tiene cabellos negros. ¡Oh, ya abre los ojos! ¡Mirad, ahora mueve el dedo!

Fausta no sonreía ni decía una palabra. Durante aquellos tres días no durmió. No hizo más que contemplar a su hijo con extraña mirada. Ni una sola vez posó sus labios en la frente o en las manos del niño, como hacen todas las madres.

A la tarde del tercer día, se repitió la misma ceremonia siniestra que tuviera lugar

algunos meses antes. Los jueces se presentaron acompañados del verdugo, y anunciaron que ya estaba bastante fuerte para marchar al cadalso al día siguiente por la mañana. Añadieron que el hijo de la rebelde sería expósito, a menos que lo recogiera algún alma caritativa.

La noche transcurrió sin que la condenada dejase de fijar la mirada en el niño, cual si tratase de comunicarle su voluntad. Las seis de la mañana sonaron en un reloj lejano. Entonces Fausta llamó a Myrthis y le ordenó verter en una copa los seis granos de veneno. Myrthis obedeció llorando. A la sazón ya no hablaba de morir ella, pues comprendía que era necesario vivir para el niño.

—Te lo llevarás —dijo Fausta con voz tan tranquila como en los tiempos de su esplendor— y lo educarás en París, pues quiero que viva en aquella ciudad. Luego, en cuanto sea hombre, le dirás quién es, y le referirás mi vida y la de su padre.

—Juro obedeceros —exclamó Myrthis sollozando.

Fausta movió la cabeza en señal de aprobación, miró el vaso que contenía el veneno y que estaba al alcance de su mamo y entonces, por primera vez tomó a su hijo en brazos. Fijó una mirada de fuego en el niño. Éste se despertó y entonces Fausta le dijo:

—Hijo de Fausta y de Pardaillán, ¿qué serás? ¿Te alzarás un día ante tu padre? ¿Serás el vengador de tu madre? Hijo de Fausta y de Pardaillán, ojalá tengas el corazón rodeado por triple coraza de bronce. Ojalá tu alma inaccesible ignore la piedad, y el amor y los sentimientos de debilidad y esclavitud. Ojalá que atraveses la vida como un ardiente meteoro empujado por la fatalidad. Adiós, hijo de Pardaillán. Tu madre, al morir, te da el beso de orgullo y de fuerza, gracias al cual espera que su alma pasará a tu ser. Hijo de Pardaillán y Fausta, ¿qué será de ti?

Al mismo tiempo cogió la copa de veneno, la vació de un trago y violentamente, en el espasmo de la muerte, imprimió su beso, como una mordedura indeleble, en la frente del niño.

Y cayó sobre la almohada.

* * * * *

¿Qué será, en efecto, de aquel niño, nacido de dos seres tan extraordinarios y tan distintos uno de otro? Uno era el tipo caballeresco, síntesis de la generosidad, y el otro un tipo ambicioso, síntesis del orgullo.

¿Qué sería de aquel niño, que en el umbral de la vida, hallábase con la imprecación formidable de Fausta, y que heredaba tal vez la incalculable fuerza del mal que residía en el alma de su madre, y en quien palpitaba, tal vez, el alma magnánima de Pardaillán? ¿Qué ser monstruoso producirán aquellas dos fuerzas enemigas que se unían en la misma sangre, la intrépida y atrevida bondad del padre y la monstruosa malignidad de la madre?

Esto es lo que un día u otro relataremos al lector amigo que se ha interesado en la

historia de Pardaillán y Fausta.

FIN

Las aventuras del caballero de Pardaillán continúan en el siguiente libro. El tomo titulado:

PARDAILLÁN Y FAUSTA
Episodio 14 - Juan «el bravo».

«Los Pardaillán». La serie.

NUNCA el interés fue mantenido a lo largo de una extensa narración de una manera tan viva y creciente como en *Los Pardaillán* —la obra cumbre de Miguel Zévaco—, donde la intriga, hábilmente llevada, se prolonga en una refulgente cadena de recios eslabones que cautivan y a la vez encantan al lector.

Quien se sumerge en el torbellino de *Los Pardaillán* se convierte inmediatamente en un devoto de esa literatura sublime que subyuga el pensamiento y acelera los latidos del corazón. Zévaco, el famoso novelista francés, autor de más de 60 narraciones históricas, con una agilidad asombrosa, con un dominio de las situaciones dramáticas difícilmente igualado por escritor alguno, arrebatada y conmueve hasta el extremo al lector, siempre ávido por desentrañar el fin de la alucinante aventura que se desarrolla ante sus ojos.

El espectáculo de las Cortes fastuosas, de los lúgubres pasadizos de los palacios, de las alegres y bulliciosas ciudades, de un pueblo que alborota, ríe o se pasma al paso de las regias carrozas o al conocer los contrarios pensamientos, las envidias, los celos, las más turbulentas pasiones que agitan el pecho de los reyes y príncipes que le gobiernan, constituye por sí solo un aliciente bastante para estimular el interés del lector.

Pero además quien tiene entre sus manos uno de los episodios que integran la serie de *Los Pardaillán* no se conformará con darle cima, sino que, enseguida, vasallo de su propia pasión, de su particular desasosiego, se lanzará en el vértigo del episodio siguiente, y así, no se hallará satisfecho hasta dar remate al último volumen, hasta recorrer hasta su término esa senda incitante e infinitamente variada que ha dibujado Zévaco con mano maestra en *Los Pardaillán* y que se extiende ante él como una tentación sin cesar renovada.

Y luego, los recuerdos quedan en el alma impresionada tan a lo vivo y los más relevantes episodios permanecen grabados con tanta fuerza en la memoria del lector, que éste adquiere inmediatamente el convencimiento de que las vidas ajenas han enriquecido la vida propia y de que jamás su tiempo estuvo tan bien aprovechado como cuando se contaminó del frenesí que agita y acongoja a cuantos personajes cruzan por las páginas incendiadas —de amor o de odio— de *Los Pardaillán*.

La serie consta de 27 episodios cuya publicación original es como sigue:

Parte 1 - *Publicada en: 1907 / (en 1902 por entregas).*

Época en que transcurre: 1553 – 1572, (el reinado de Carlos IX).

Tomo 1 - Los Pardaillán.

Incluye los episodios 01 - 04: En las garras del monstruo, La espía de la Médicis, Horrible revelación y El círculo de la muerte.

Tomo 2 - Una epopeya de amor.

Incluye los episodios 05 – 07: El cofre envenenado, La cámara del tormento y

Sudor de sangre.

Parte 2 - *Publicada en: 1908 / (en 1903 por entregas).*

Época en que transcurre: 1588 – 1589, (el reinado de Enrique III).

Tomo 3 - Fausta.

Incluye los episodios 08 – 10: La sala de las ejecuciones, La venganza de Fausta y Una tragedia en La Bastilla.

Tomo 4 - Fausta vencida (este libro).

Incluye los episodios 11 – 13: Vida por vida, La crucificada y El vengador de su madre.

Parte 3 - *Publicada en: 1913.*

Época en que transcurre: 1590, (el reinado de Enrique IV de Francia y Felipe II de España).

Tomo 5 - Pardaillán y Fausta.

Incluye los episodios 14 – 16: Juan el Bravo, La hija del rey hugonote y El tesoro de Fausta.

Tomo 6 - Los Amores de Chico.

Incluye los episodios 17 – 19: La prisionera, La casa misteriosa y El día de la justicia.

Parte 4 - *Publicada en: 1914 / 1916).*

Época en que transcurre: 1610, (el reinado de Enrique IV).

Tomo 7 - El hijo de Pardaillán.

Incluye los episodios 20 – 21: El Santo Oficio y Ante el Cesar.

Tomo 8 - El tesoro de Fausta.

Incluye los episodios 22 – 23: Fausta la diabólica y Pardaillán y Fausta.

Parte 5 - *Publicada póstumamente en: 1926.*

Época en que transcurre: 1614, (la regencia de María de Médicis).

Tomo 9 - El fin de Pardaillán.

Incluye los episodios 24 – 25: Tallo de lirio y La abandonada.

Tomo 10 - El fin de Fausta.

Incluye los episodios 26 – 27: La dama blanca y El fin de los Pardaillán.



MIGUEL ZÉVACO (1860 - 1918). Nació en Ajaccio (Córcega) el 1 de febrero de 1860, y murió en Eaubonne (Val-d'Oise, Francia) el 8 de agosto de 1918, a los 58 años.

Después de una breve experiencia como profesor, a los 20 años, ingresó en el ejército, donde permaneció cuatro años (*Teniente de dragones en 1886*). Fue en esta fecha que se trasladó a París.

Atraído por las letras y la política Miguel Zévaco se convirtió en columnista y sub-editor en «*Le Égalité*», que dirigía entonces el revolucionario socialista Jules Roques.

Activista político, se postuló (sin éxito) en las elecciones legislativas de 1889 para la Liga Socialista Roques. En esa época, conoció a Louise Michel, Aristide Bruant, Séverine y otros socialistas notables.

En una época en que no existía la libertad de expresión; debido a lo intenso de sus discursos y la virulencia de sus palabras en medio de los atentados anarquistas de la época, Zévaco fue etiquetado de anarquista y en varias ocasiones encerrado en prisión: ya sea por hablar en contra de personajes públicos, o por defender sus convicciones y la libre expresión, o por elogiar a socialistas declarados. Como un ejemplo: el 06 de octubre 1892, fue condenado por el Tribunal de lo Penal del Sena por haber dicho en una reunión pública en París:

«A los ciudadanos nos están matando de hambre... Robar, matar, dinamitar; todos los medios son válidos para deshacerse de esta infame opresión».

En 1900, Miguel Zévaco abandonó el periodismo político para dedicarse a escribir novelas por entregas. Comenzó esta nueva carrera con la novela: *Borgia*, publicada en el diario: *Le Petite République* de Jean Jaurès, logrando un éxito sin precedentes. El enorme éxito de esta narración explica por qué el autor continuó escribiendo novelas históricas. Tras el éxito de su primera obra, Zévaco sigue escribiendo, lo que se convertiría en una larga cadena de éxitos. Obras como: *Triboulet* (1900 1901), *El Puente de los Suspiros* (1901), *Los Pardaillán* (1902... 1918), *Flores de París* (1904), *Los Misterios de la Torre de Nesle* (1905), *Le Capitán* (1906), *Nostradamus* (1907), *La Heroína* (1908), o *El Hotel Saint-Pol* (1909), etc.

Zévaco continuó con gran éxito su carrera como escritor hasta su muerte en 1918, y, es considerado *uno de los más brillantes exponentes de la novela de capa y espada de todos los tiempos*.

Fuera de Francia Miguel Zévaco no es muy conocido, y esto se atribuye a dos cosas: a que fue etiquetado de anarquista por el gobierno de su época, y al boicot promovido por las autoridades eclesiásticas a quienes no gustaba que las cosas fueran dichas claramente, en lugar de presentarlas en un ángulo siempre favorable a la iglesia católica. Sin embargo los documentos históricos avalan completamente los acontecimientos tal como son presentados por Zévaco, a pesar de que éste los presenta, sólo como escenario de sus novelas.

Durante la Primera Guerra Mundial, Miguel Zévaco dejó Pierrefonds donde residió desde el final del siglo y se instaló en Eaubonne (Val-d'Oise), donde finalmente murió en agosto de 1918, probablemente de cáncer.

Notas

[1] Debido a la muerte de Belgodere, Stella ignoró siempre la historia de su nacimiento. No supo jamás lo que fue de su hermana Flora (Magdalena Fourcaud). Por consiguiente, vivió convencida de que se llamaba Juana Fourcaud y de que era hija del procurador hugonote. En 1591 se casó con el señor de Virac, oficial de los ejércitos de Enrique IV. (N. del E.) <<

[2] Está probado que Alejandro Farnesio se disponía a entrar en Francia. ¡Quién sabe lo que habría sucedido y cuáles cambios habría en la historia de Francia, de haber recibido la carta de Fausta, y si con su ejército hubiera ido a reunirse con el duque de Guisa! (N. del E.) <<

[3] *Reitre*. Soldado. En el Francés del original. (N. del E. D.) <<